





LA POLÍTICA Y SUS MISTERIOS

ó

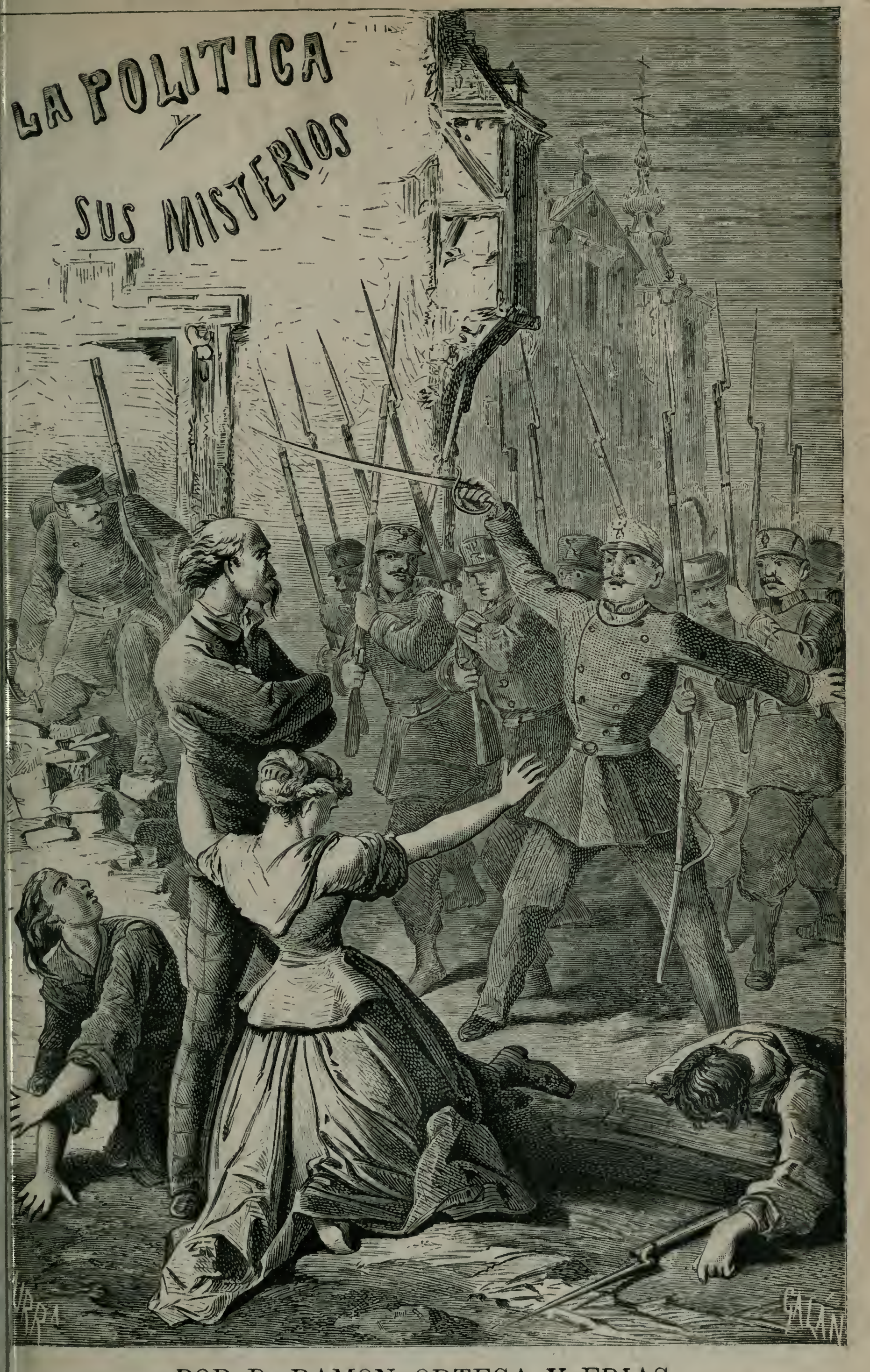
EL LIBRO DE SATANAS

POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO I.

MADRID:
IMPRENTA DE LA GALERÍA LITERARIA,
calle de Béjar, núm. 6.
1869.



POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

ADVERTENCIA.

Los que esperen encontrar en este libro ataques á determinadas personas ó revelaciones de hechos que pertenecen al sagrado de la vida privada, se equivocan. Hasta donde me lo han permitido las leyes y los censores, he combatido en todas mis obras la tiranía; pero mi pluma no se ha manchado nunca, y hago propósito de que no se manche jamás. Habré de juzgar á muchos hombres, eso sí; pero en cuanto á sus actos públicos como hombres políticos y nada más. Si de este juicio quedan algunos mal parados, la culpa no será mia, sino de ellos mismos, y si esto no lo evito, es porque no hay medio de examinar la política sin ocuparse de los que toman parte en ella.

La política tiene misterios que para el pueblo han sido impenetrables, y esos misterios son los que voy á descubrir.

¿Cómo se preparan y se hacen ciertas cosas en las altas regiones de la política? Esto lo ignora el pueblo, que en España se contenta con bien poco, puesto que con los resultados se queda satisfecho.

La máquina política tiene resortes conocidos solamente de los hombres que gobiernan, y es preciso que los conozcan todos.

Los gobiernos reaccionarios apelan á toda clase de recursos, desde la corrupcion á los motines oficiales, invencion de que en Francia se sirvieron con frecuencia hace cuarenta años, y que á falta de otros medios fué despues importada á nuestro país. ¿Y por qué, repetimos, no ha de saber el pueblo cómo todo esto se hace?

Lo que he dicho sobre la vida privada, digo con respecto á la conciencia, y ni una sola palabra escribiré que pueda herir el sentimiento religioso de nadie, ya porque la conciencia debe ser libre y respetada, ya porque declaro terminantemente que soy católico.

Como mis ataques, en cuanto á las personas, han de referirse á los actos puramente públicos, cada partido puede defender á sus miembros, puesto que si las personas emigran, los partidos se quedan, y por consiguiente no podrá aplicárseme la fábula de *La Lámpara y la Lechuza* del inmortal Iriarte, no podrá decirse que del árbol caido hago leña.

Una cosa me falta advertir: vivo con el producto de mi honroso trabajo, no tengo compromisos con ningun partido, no tengo rencores que satisfacer, ni deudas que pagar.

LIBRO PRIMERO.

LA NOCHE DE SAN DANIEL.

CAPITULO PRIMERO.

El pretexto de la tiranía.

La libertad y el órden son hermanos gemelos, más aún, son partes integrantes de una idea, ó más bien de la realizacion del deseo, de la aspiracion natural y espontánea del hombre á ser libre.

Más nos atrevemos á decir: el órden es la libertad, la libertad es por sí el órden perfecto, el verdadero órden.

Partiendo de cualquiera de estos dos principios, tendremos que ni el órden ni la libertad pueden existir aisladamente; que sin la una no puede conseguirse el otro, que sin éste no puede realizarse aquella.

Las dos palabras libertad y órden son las dos fórmulas políticas de más importancia, de más grave tras-

cendencia; son, puede decirse, la base, el cimiento de ese gran edificio que se llama política, y que, tomando cada dia mayores proporciones, ha llegado á ser la cuestion social; son, en fin, la fuente de donde brotan todos los bienes y todos los males de los pueblos.

Y sin embargo, la libertad y el órden aparecen en lucha tenáz, en constante guerra, como si fuesen, no hermanos gemelos, no partes integrantes de la realizacion de una sola idea, sino enemigos irreconciliables, ideas opuestas, manifestaciones de principios, de aspiraciones que no pueden realizarse á la vez.

¿En qué consiste esto?

Para contestar no tenemos que resolver ningun difícil problema, sino decir una cosa muy sencilla: los gobiernos tiránicos entienden por órden la negacion de todos los derechos del pueblo, así como los pueblos que carecen de verdadera educacion política, confunden lastimosamente la libertad con la licencia.

A los gobiernos opresores les sucede lo mismo que á los pueblos ignorantes: creen que tienen todos los derechos y ningun deber, y esta es la razon por qué la palabra órden significa opresion y arbitrariedad en los lábios de un tirano, y la palabra libertad hace temer la licencia cuando la pronuncia un pueblo sumido en las tinieblas de la ignorancia.

Hé ahí la causa de la lucha entre lo que suele llamarse libertad y órden, y que no es sino la lucha entre la tiranía y la libertad.

¿De quién es la culpa?

¿De dónde ha partido la primera agresion?

La historia responde que de la tiranía, y por consiguiente la responsabilidad es de los tiranos.

Al llegar á la época en que éstos no podian justificar sus arbitrariedades, diciendo como antes decian: «Oprimo porque es mi voluntad, porque tengo derecho á hacer cuanto se me antoje, y este derecho es divino, y como lo divino está sobre lo humano, como soy un *semidios*, los hombres, inferiores á mí, tienen el deber de sufrir y callar.» Cuando no pudieron decir esto, repetimos, buscaron otro escudo, otra pantalla, apelaron á otro pretexto, y la frase *derecho divino* fué sustituida por la palabra *órden*.

La idea tiene mérito, siquiera por lo ingeniosa.

Anublábase el horizonte político y la tormenta amenazaba pulverizar la mano de hierro de la tiranía, y ésta gritaba entonces: «El órden peligra.»

Y entonces el instinto conservador del mismo pueblo oprimido y que ansiaba la libertad, hacia temblar á los que más dispuestos estaban á exigir que se reconociesen sus derechos.

Esto ha sucedido y ha de suceder, porque los tiranos no abandonarán fácilmente el pretexto con que tan hábilmente se disfraza la tiranía.

Ésta deja á veces que el pueblo traspase los límites de la verdadera libertad, deja que el pueblo olvide sus deberes, lo deja que amenace convertirse en tirano, y

entonces, pretextando el órden, justifica la opresion, porque apareciendo víctima, nadie puede negarle el derecho de defenderse, porque apareciendo salvador de la sociedad, todos acuden en su auxilio.

¿No veis cómo los pueblos oprimidos se alegran de que los tiranos lleven la arbitrariedad hasta el último extremo, porque así tienen un derecho incontestable á la rebelion?

Pues los gobiernos opresores en ciertos casos se alegran tambien de que el pueblo pierda la razon y se desborde, porque así tienen el derecho y hasta el deber de reprimir, y cuando un gobierno reprime, encuentra el camino fácil para oprimir.

Y siempre la palabra órden es el pretexto, el escudo y la justificacion.

Y el pueblo, que instintivamente ha llegado á comprender lo que en boca del tirano significa esta palabra, contesta, pidiendo libertad.

Así se explica la lucha aparente entre la libertad y el órden, lucha que no existe, porque no contra el órden, sino contra la tiranía se subleva la conciencia de los pueblos.

Seamos justos: si la tiranía tiene su pretexto en el órden, la licencia, el desbordamiento de las malas pasiones lo tiene tambien en la libertad.

Cuando el pueblo, en vez de usar de sus derechos y cumplir sus deberes, olvida éstos y abusa de aquellos, se convierte en un tirano como otro cualquiera.

Somos enemigos de todas las tiranías, ya vengan de arriba, ya partan de abajo.

Amamos la libertad, porque es la justicia, porque es el primer derecho del hombre, y no tenemos que añadir que somos amantes del órden, puesto que hemos dicho ya que sin órden no hay libertad posible, así como sin libertad no puede haber verdadero órden.

La última época de nuestra historia política es muy interesante y bien quisiéramos encerrarla completa en este libro; pero es imposible y tendremos que concretarnos á los acontecimientos que han tenido lugar en el espacio de los últimos años, acontecimientos que aún pueden ser calificados de palpitantes, puesto que ahora empezamos á sufrir sus consecuencias.

Y ya, lector, que hemos hablado del pretexto de las tiranías, quizá con demasiada extension, entraremos en materia, como suele decirse, ó lo que es igual, empezaremos á ocuparnos de los sucesos cuyo conjunto constituye el sombrío drama que procuraremos desenvolver como mejor nos sea posible.

Vuelve, pues, la hoja, lector amado, que no has de tardar en convencerte de que por algo hemos escrito lo que acabas de leer en este capítulo.

CAPITULO II.

La sonrisa en los lábios y el martirio en el alma.

Gruesas alfombras, blandos divanes, cómodos sillones, riquísimas cortinas de terciopelo, cuadros de gran valor, grandes espejos, y en fin, cuantos ricos muebles y primorosos adornos ha inventado el capricho de la moda, veíanse en un espacioso gabinete iluminado por dos magníficas lámparas de porcelana y bronce, cuya luz, á través de dos globos de cristal blanco, esparcíase dulcemente y con perfecta igualdad en todo aquel espacio.

Las paredes estaban tapizadas de riquísima tela de seda azul salpicada de pequeñas flores y estrellas de color de naranja y rosa.

Era uno de los últimos dias del mes de Marzo.

Apenas molestaba ya el frio; sin embargo, ardian en la chimenea de mármol de aquel gabinete algunos troncos de encina, aumentando la claridad por intervalos desiguales con vivas llamaradas.

Cerca de la chimenea, medio recostada en un ancho sillon, inmóvil y silenciosa, habia una mujer, que representaba unos treinta y seis años.

Su cabeza estaba lánguidamente inclinada sobre el pecho, y tenia los ojos cerrados.

Al primer golpe de vista no era fácil decir si estaba dormida ó despierta.

Su pecho se levantaba acompasadamente á impulsos de una respiracion algo violenta.

La cabeza de aquella mujer, con su cabellera negra como el azabache, no podia ser más hermosa, era un modelo digno de estudio.

En su rostro, blanco y pálido, resaltaban más sus cejas, negras tambien y las finas y largas pestañas de sus grandes ojos.

Una contraccion nerviosa entreabria sus lábios.

En aquel instante al ménos, su frente noble y despejada, daba á su semblante cierto tinte sombrío, que constituia un tipo especial de belleza, y esto consistia en dos pequeñas arrugas que se marcaban entre sus cejas.

Si dormia, soñaba y sus ensueños debian ser sombríos como la expresion de su semblante, y si estaba despierta, pensamientos muy amargos debian abrigarse

en el interior de su cabeza, recuerdos negros como la noche debian agitar su alma.

Más de media hora hacia que se encontraba en la inmovilidad en que la hemos presentado, y no sabemos hasta cuándo hubiera permanecido así, si no hubiese llegado nadie á sacarla de su abstraccion, de su preocupacion profunda, si nadie hubiese interrumpido lo que desde luego nos atrevemos á calificar de meditacion dolorosa, amarga, desgarradora tal vez.

Crugió levemente la seda de la cortina que cubria una de las puertas del aposento, y plegándose, dió paso á un hombre, que se detuvo en el umbral, quedando tambien inmóvil y con la mirada fija en la dama.

Ésta no se apercibió de la llegada del nuevo personaje, que por espacio de algunos minutos la contempló con mirada afanosa, en tanto que su frente iba contrayéndose y oscureciéndose tambien.

El silencio era tan ábsoluto, que sin prestar mucha atencion se percibia el ruido igual y leve de la respiracion de aquellas dos personas.

Bien pronto se cubrió el rostro del hombre de nerviosa palidez, y sus ojos brillaron como dos carbunclos, concluyendo por ser profundamente sombría su mirada.

Luego brotaron de su espaciosa frente algunas gotas de frio sudor.

Por fin hizo un leve movimiento como para seguir adelante; pero instantáneamente se arrepintió, retrocedió, dejó caer la cortina y volvió á quedar como una es-

tátua en el inmediato aposento, donde no habia más luz que la ténue que se escapaba á través de un globo de color de topàcio, que entre anillos y caprichosos adornos de dorado bronce, pendia del techo.

Entonces el rostro de nuestro personaje apareció con un tinte rojo bastante subido, que le daba un aspecto indescriptible.

Cruzó los brazos, y su cabeza se inclinó sobre su pecho, bastante agitado ya.

Largo rato pasó.

—Sufre,—murmuró con voz sorda.—¿Y por qué sufre?... ¡Oh!... No me equivoco; los recuerdos, los recuerdos... ¡Siempre ese fantasma del pasado ante mis ojos, siempre!...

Sus manos trémulas se levantaron, oprimiendo sus sienes con fuerza convulsiva.

—¡Y es un fantasma, un recuerdo, no más que un recuerdo!—añadió con el acento del que se desespera cuando lucha por alcanzar lo imposible.—No es más que la imaginacion, lo ideal, lo pasado, lo que no existe.

Quedó silencioso por algunos minutos.

Volvió á cruzar los brazos, y siempre con la cabeza inclinada, empezó á recorrer en distintas direcciones el aposento.

El ruido de sus pasos se apagaba en la mullida alfombra y no se percibia más que el de su respiracion violenta.

—Es el tipo de la nobleza,—dijo,—el tipo de la ab-

negacion, el modelo de todas las virtudes... ¿Pero me ama?... Sí, sí...

Al pronunciar estas palabras volvió á detenerse y respiró como el que se siente libre de la mano que lo ahogaba.

Pasóse las manos por la frente como si quisiera disipar la espesa nube que la oscurecia.

Endulzóse su mirada y empezó á dilatarse su rostro como si su espíritu empezara tambien á tranquilizarse.

Empero semejante estado no duró más que algunos segundos.

Otra vez se contrajo su frente.

—No,—dijo,—no es amor, es gratitud; pero ¿tengo derecho á exigir más?

Una sonrisa profundamente amarga se dibujó en sus lábios, y añadió:

—Su gratitud me hace más daño del que podia hacerme su odio, me desgarra el alma... No, no me hace mal... Sí... ¡Oh!... No sé lo que digo, no sé lo que siento, estoy trastornado, ¡estoy loco!

Empezó á pasearse otra vez, y con acento que revelaba, no ya la desesperacion, sino el dolor y la tristeza, dijo:

—Dios sabe que nada quiero para mí y que no anhelo otra cosa, ni por otra cosa me sacrifico, que porque sean felices los que me rodean... ¡Y no hay á mi lado una persona que no sufra, que no sea horriblemente desgraciada!...

Detúvose como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

La expresion de su rostro habia cambiado completamente.

Sus ojos se humedecieron y dos lágrimas abrasadoras rodaron por sus mejillas.

—Ven á mis lábios, sonrisa, ven para que el mundo te vea,—dijo.

Y esforzándose, consiguió en pocos momentos aparecer tranquilo.

Perdona, lector, si aún no hemos hecho el retrato del personaje que nos ocupa; pero lo haremos con pocas palabras.

Representaba cuarenta y cinco años.

Era de regular estatura, bien formado y presentaba un conjunto bello y noble.

Estaba vestido con elegancia; pero sin afectacion.

Su rostro era perfectamente ovalado, recta su nariz, y sus ojos pardos eran brillantes y expresivos.

Rara vez su mirada dejaba de ser tranquila y agradable, una de esas miradas que nada tienen de particular; pero que revelan claramente nobles instintos, inteligencia y delicados sentimientos.

Sus maneras no podian ser más distinguidas, y al primer golpe de vista reconocíase al hombre que ha recibido una esmerada educacion, y que desde la niñez tiene la costumbre de tratar con personas de elevada clase.

¿Quién era?

Se llamaba don Juan de Bustamante, era dueño de una crecida fortuna, que le producia una renta de quince mil duros, y además como hombre político, ocupaba en su partido un lugar preferente.

En cuanto á sus ideas como hombre público, las daremos á conocer oportunamente; por ahora nos limitaremos á decir que era el tipo de la honradez y caballerosidad, y por consiguiente no habia tomado parte en las luchas políticas sino con el noble fin de servir á su patria.

La bellísima mujer que antes hemos presentado, era su esposa y se llamaba Clotilde, y de su historia, que era tristísima, una historia de grandes sufrimientos, nos ocuparemos tambien cuando llegue la ocasion.

A ella se referia don Juan cuando hablaba de nobleza, de abnegacion y de todas las virtudes, y por consiguiente no tenemos que decir que eran dignos el uno del otro.

Y sin embargo, como vamos viendo, ambos sufrian silenciosamente, ambos eran tal vez dos de las criaturas más desgraciadas.

El mundo no conocia aquellos sufrimientos, ni siquiera los habia sospechado, puesto que los dos tenian para el mundo gratas sonrisas, dulces y tranquilas miradas y devoraban sus dolores sin exhalar una queja, los devoraban y los ocultaban cuidadosamente en lo más recóndito del alma.

¿Para qué habia de conocer el mundo aquellos sufrimientos que quizá no podia comprender?

Y no solamente para el mundo, sino la una para la otra ocultaban tambien aquellas dos criaturas su constante martirio, asegurando que eran completamente dichosas.

Se engañaban; pero la mentira en su situacion era noble, era un acto de verdadera virtud.

No podemos inmediatamente penetrar en estos dos corazones; lo haremos más adelante, y examinando una por una todas sus fibras, levantando uno por uno hasta sus más escondidos pliegues, leeremos en ellos como en un libro, porque en ellos hemos de encontrar escrita una historia interesantísima.

Cuando don Juan consiguió, no tranquilizarse, sino aparecer tranquilo, se dirigió otra vez al gabinete, tosiendo y procurando hacer ruido para que su esposa volviese en sí y no sospechase siquiera que habia sido sorprendida en su dolorosa meditacion.

No podia ser más delicado su proceder.

Este rasgo por sí solo, hubiera sido bastante para dar á conocer la nobleza de sus sentimientos.

Su esposa queria á toda costa hacer creer que era completamente feliz, y estorbarle este noble propósito hubiera sido mortificarla más, centuplicar el callado sufrimiento de la desdichada.

No, no era posible que esto lo hiciese don Juan, cuyo único anhelo sabemos ya que era el de procurar la dicha de cuantas personas lo rodeaban.

Por evitar á su esposa el más leve disgusto, hubie-

ra hecho el tierno esposo todos los sacrificios imaginables.

Levantó la cortina.

Clotilde habia tenido tiempo de cambiar de actitud.

Su semblante no expresaba ya el dolor ni la tristeza.

Sus magníficos ojos negros estaban abiertos y brillaban como siempre.

Sus rojos lábios se entreabrian para sonreir con una dulzura sin igual.

Sin embargo, habia en aquella sonrisa algo de melancólico que no era posible explicar.

Tal vez esto aumentaba los encantos de su belleza, verdaderamente prodigiosa.

Don Juan, sonriendo tambien como un hombre completamente feliz, se acercó á su esposa, le tomó y besó una mano y se sentó frente á ella, en tanto que pronunciaba algunas frases cariñosas.

Ella le respondió con su acostumbrada dulzura, y luego, por algunos instantes, quedaron ambos silenciosos.

CAPITULO III.

Una conversacion íntima.

Don Juan miró el reloj que habia sobre la chimenea, y dijo:

—Las diez.

—Sí,—respondió Clotilde,—van á dar las diez.

Ambos volvieron los ojos hácia el fuego y no pudieron ocultar que buscaban palabras para empezar una conversacion que no debia serles agradable.

Por fin Bustamante volvió á romper el silencio para decir:

—¿Y Alberto?

—Dijo que iria al teatro por si nos encontraba allí.

—No has querido salir esta noche...

—No.

—¿Te sientes mal?

—Perfectamente bien... ¿Y tú, por qué no has salido?

—Nada tenia que hacer fuera de casa.

—Aún es hora de que vayas al teatro.

—Iria si tuviera la seguridad de encontrar allí á Alberto.

—Creo que sí,—respondió Clotilde.

Y por un instante, por un solo instante palideció su rostro y se anubló su frente.

Las pocas palabras que habian cruzado, tan insignificantes en apariencia, debian tener grandísima importancia.

—Yo opino lo contrario,—repuso don Juan,—porque ya sabes que Alberto, segun parece, tiene hace algunos dias muchas ocupaciones, tantas que no le permiten dedicarnos mas que algunos minutos.

Clotilde inclinó la cabeza y exhaló un triste suspiro.

—Perdona,—añadió él con acento cariñoso:—si hago estas indicaciones es porque deseo evitar dolores á tu corazon de madre, deseo evitarlos, previniendo oportunamente sucesos de fatales consecuencias.

—Ya sé que no estás satisfecho de la conducta de mi hijo. ¿Por qué no has de decirlo con claridad? ¿Qué importa que lo calles si yo lo adivino, si lo comprendo, si lo veo claramente?

Estas palabras las pronunció Clotilde con alguna amargura, y sobre todo con un acento de profunda tristeza.

—¿Crees que amo á tu hijo?

—Sí.

—¿No soy para él tan cariñoso como pudiera serlo su mismo padre?

—Lo amas y has hecho por él tanto como su padre hubiera hecho, porque le has dado pruebas del más tierno cariño y has pensado en su porvenir con una solicitud sin igual.

—Te juro, Clotilde,—repuso Bustamante,—que lo amo con todo mi corazon, y por esto precisamente siento más su desvío.

—¡Desvío!

—¿Por qué no has de reconocerlo?

—No,—replicó vivamente la dama,—eso no lo reconoceré jamás.

—Tu amor de madre...

—No me ciega hasta ese punto.

—Tal vez.

—Alberto te ama.

Don Juan hizo un gesto que significaba:

—Bien puede ser; pero no estoy convencido.

—¡Ah!—exclamó Clotilde.—Tus dudas me mortifican horriblemente.

—Pues bien,—repuso el caballero como decidiéndose á hablar con franqueza.—Tengo una duda y no quiero ocultarla.

—No, nada me ocultes... ¿Por qué de una vez no hemos de explicarnos con claridad? Sí, hablemos sin disi-

mulo y así podremos desvanecer nuestros errores. Dices que dudas del cariño de Alberto...

—Dudo si su ternura es hija del cariño ó de la gratitud.

—En ese caso,—replicó la dama, extremeciéndose ligeramente,—la misma razon hay para que dudes de mi amor...

—No hablemos ahora de nuestro amor.

—Bien, ocupémonos de mi hijo.

—Tiene un alma grande y generosa.

—Sí, sí.

—Sus sentimientos no pueden ser más nobles...

—Mucho, y por eso es imposible que no te ame.

—Me amó, no lo dudo.

—¿Y ahora?

—Su cariño se ha entibiado y tiene en su corazon más fuerza el puro sentimiento de la gratitud. El niño me amaba con ternura, porque su delicado instinto le hacia comprender que era tambien amado; pero entonces no habia ningun motivo que nos separase, no se habia levantado entre nosotros la valla que hace algun tiempo empieza á levantarse.

La frente de la dama volvió á contraerse; pero entonces no fué por un instante, puesto que ya no trataba de fingir en cuanto á lo que á su hijo se referia.

—Dices,—replicó,—que una valla empieza á separaros.

—Sí, nuestras opiniones, que son completamente opuestas.

—Es verdad, opuestas son; pero ¿qué tienen que ver las ideas políticas de Alberto con su cariño filial? ¿Qué tienen que ver sus opiniones con su ternura, su razon con su corazon?

—Alberto, á pesar de su juventud, es ya un hombre político, por la firmeza de sus opiniones, y para ser un hombre público, un hombre de partido, no le falta más que dar el primer paso que lo comprometa.

—A pesar de eso...

—Los hombres políticos, cuando son de distintas opiniones, empiezan por mirarse con frialdad y acaban por ser rivales y verdaderos enemigos, aunque desde la infancia hayan estado unidos por los más estrechos lazos de amistad. La pasion política llega á dominarlo todo, á hacer que todo se olvide, y particularmente en la juventud, con el ardimiento propio de los pocos años, en el terreno de la política no hay hermanos, ni padres, ni amigos, no hay nada más que la idea que uno defiende, el sentimiento que nos impulsa y que es superior á todos los sentimientos. ¿Qué debia suceder entre nosotros? Lo que ha sucedido ó lo que sucederá en breve.

—Exageras.

—Desgraciadamente no exagero. Antes era yo para Alberto un padre y nada más, y me amaba como puede amar un hijo, y ahora soy un amigo, el primero de sus amigos, eso sí; pero no otra cosa.

—Yo puedo responder de lo contrario.

—¿Qué sucederá dentro de un año, de dos ó de tres?...

¡Ah!... No seré tampoco el amigo, seré solamente el bienhechor, y él, que es noble, hará todos los sacrificios imaginables para pagar la deuda de gratitud, y yo sufriré horriblemente, porque no me habrá sido posible hacerlo dichoso, porque habia llegado á creer que en mi vejez tendria un hijo y veré desvanecida mi esperanza ilusoria.

Volvió á suspirar penosamente Clotilde y sus negros ojos se humedecieron.

—Te hago sufrir,—añadió don Juan con triste acento, —te hago sufrir, porque te enseño una realidad espantosa y de cuya existencia no quisieras convencerte.

—Me hacen sufrir tus dudas...

—No me quejo, ya lo ves, no me quejo; pero manifiesto mi honda pena y acudo á tí para que me ayudes á evitar los males que nos amenazan. Amo á tu hijo y quisiera detenerlo en el camino que más ó ménos tarde ha de llevarlo al abismo de su perdicion, abismo que él, con su inexperiencia, no ha podido ver.

—Cuanto quieras haré, cuanto sea menester para salvar al hijo de mis entrañas, si es que su porvenir peligra como tú aseguras.

—¿No eres de mi opinion? ¿No crees que Alberto puede perderse si continúa por la senda donde ciegamente se ha lanzado?

—Sí, todos los males los espero, porque para los hombres honrados, las luchas políticas son la causa de las desgracias más espantosas.

—No quiero evocar recuerdos, que destrozarian tu corazon.

—No,—murmuró Clotilde con voz ahogada.

—Si bien es verdad,—repuso el caballero, fijando en su esposa una mirada penetrante y escudriñadora,—si bien es verdad que esos recuerdos, aunque yo no los evoque, deben estar grabados en tu alma...

—El tiempo todo lo borra,—replicó ella sin poder apenas respirar.

—Ménos lo que se escribe en ese libro que se llama corazon.

Clotilde, sin darse cuenta de lo que hacia, se oprimió el pecho, justificando así con su ademan las palabras de su esposo.

—Me alegro,—añadió éste, cambiando de tono,—que opines como yo en cuanto á las fatales consecuencias que en la juventud produce la política, cuando ésta se toma con cierto ardor.

—Haré lo posible para apartar á mi hijo de la senda peligrosa por donde empieza á caminar.

—Como siempre, mi querida Clotilde, acabaremos por entendernos perfectamente.

—No puede suceder otra cosa, puesto que á los dos nos guia la mejor intencion.

—Si Alberto quisiera escuchar los consejos de mi experiencia...

—Cambiaría de opiniones, ¿no es verdad?

—Sí.

La dama hizo un gesto que queria decir:

—No cambiará.

—Su porvenir,—repuso Bustamante,—seria el más halagüeño, porque empezaría á figurar en un partido apoyado por mi gran influencia, y con su carácter, su talento y su rara instruccion, no tardaría en ocupar los puestos más elevados, viendo así lisongeado su amor propio y experimentando á la vez la incomparable satisfaccion de haber contribuido á la dicha de su patria.

Volvió á inclinar la cabeza Clotilde, y guardó silencio.

¿Qué habia de decir?

Lo que deseaba su esposo, lo consideraba ella un imposible.

Alberto haria el sacrificio de apartarse completamente de las luchas políticas, lo haria para pagar la deuda de gratitud que aceptaba gustoso; pero jamás defendería opiniones rechazadas por su conciencia.

—Una madre puede mucho,—dijo don Juan despues de algunos momentos,—y es mayor su influencia cuando ha de emplearla con un hijo tierno y cariñoso, de corazon grande y noble como el de Alberto. Si te empeñas, conseguirás lo que deseamos, lo que conviene, lo que es absolutamente preciso conseguir.

—Lo intentaré; pero sea cual fuere el resultado...

—Espero el mejor.

—Entretanto no dudes del cariño de Alberto, no dudes que te ama como hubiera podido amar á su desgra-

ciado padre, no lo dudes, porque á mí que nada me oculta, me lo ha confesado, y Alberto no miente.

—Hago justicia á su sinceridad.

—Ahora...

—Ocupémonos de nosotros solamente,—dijo Bustamante con el acento más cariñoso.

Y poniéndose en pié, acercándose á su esposa y tomándole las manos, añadió:

—De mi amor tienes pruebas...

—¿Tienes fé en el mio?... ¡Ah!... Tuyo es mi corazon, no más que tuyo...

—Clotilde...

—¡Cuán noble y cuán bueno eres!—exclamó la pobre madre.

Y apoyó su abrasada frente en las manos de su esposo, bañándolas con las lágrimas, que le fué imposible contener.

—¡Me ama, me ama!—exclamó don Juan, con acento de profunda conmocion.

—Sí, te amo...

—¡Oh!...

—¿Lo dudabas?

—Sufres y lloras; pero ¡me haces feliz!

—¡Esposo mio!...

—Enjuga ese llanto,—repuso Bustamante,—vuelva á tus ojos la alegría, la sonrisa á tus lábios y la tranquilidad á tu alma...

—Estoy tranquila.

—Me ama, me ama,—volvió á decir don Juan con creciente exaltacion.

—Sí, sí...

—No llores...

—Mis lágrimas son de felicidad.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó Bustamante, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Oyóse el vibrante sonido de una campanilla.

—¡Mi hijo!—exclamó Clotilde.

—¡Alberto!...

—Sí, sí, debe ser él...

—Limpia tus ojos, porque si te vé llorar...

—No, no quiero que vea mis lágrimas.

—Esfuérzate y tranquilízate...

—Tú tambien estás agitado.

—No importa, porque me iré en seguida.

La pobre madre se apresuró á enjugar su llanto y volvió á sonreir, mientras decia:

—No, no adivinará lo que sufro, no sospechará que una borrasca espantosa agita mi alma... Disimularé, fingiré, porque todo sabe y puede hacerlo una madre por la tranquilidad de sus hijos.

La cortina volvió á levantarse.

La bella figura de Alberto apareció.

CAPITULO IV.

Algo más sobre don Juan y su casamiento.

Ya hemos dicho que don Juan era el hombre de más recta conciencia que puede imaginarse, tan recta, que muchas veces llevaba los escrúpulos de su honradez hasta la exageracion, si es que exageracion cabe en este punto.

Era amante de la justicia y experimentaba la más dulce satisfaccion al hacer un beneficio.

Como toda alma noble, nunca aspiró á recompensa, y como hombre político defendió las ideas que, segun su juicio, debian ser más provechosas á su patria; pero ni pensó en conquistar un elevado puesto, ni siquiera buscó los aplausos, porque le bastaba la conviccion de haber obrado rectamente.

¡Si todos los hombres políticos fuesen así! dirá el lector.

Desgraciadamente no hay muchos; pero los hay, y de uno de ellos hacemos el retrato.

En su ventajosa situacion y con una conciencia tranquila, don Juan debió ser el hombre más dichoso del mundo, y sin embargo ya hemos visto que sufria como pocos.

Los motivos de su sufrimiento eran dos y estaban íntimamente enlazados, tan íntimamente que casi puede decirse que eran dos partes de la misma causa.

Su esposa y el hijo de ésta: hé ahí la desgracia de don Juan.

Y su esposa lo amaba y era un modelo de virtud.

Y Alberto no podia ser más noble, ni más cariñoso.

¿Por qué, pues, estas dos criaturas tan buenas eran la causa inocente de los sufrimientos de Bustamante?

En cuanto al hijo, ya sabemos la razon, y la conoceríamos con más exactitud si don Juan hubiese dicho á su esposa todo lo que sentia.

Pero ya que no lo dijo, lo descubriremos nosotros, que á fuer de novelistas tenemos licencia para descubrir todos los secretos.

Catorce años hacia que don Juan se habia casado con Clotilde, que ya tenia de otro esposo el hijo á quien en breve daremos á conocer.

Aunque más adelante hemos de referir la historia de esta mujer, diremos ahora que despues de haber re-

cibido una educacion distinguida y haber ocupado una posicion brillante, se habia visto sumida en la más espantosa miseria, hasta el punto de serle imposible alimentar á su hijo como no apelase al recurso de llevarlo á un asilo de caridad.

Esto jamás lo hubiera hecho la pobre madre.

Tal vez habria preferido antes morir, estrechando contra su pecho al fruto de sus entrañas y de su primer amor.

En situacion semejante se presentó don Juan, y obedeciendo siempre la voz de su escrupulosa conciencia, en vez de ofrecer á la infeliz oro por su virtud, pan para su hijo en cambio de la honra, le ofreció su corazon y su mano.

El efecto que esto produjo en la viuda, lo sabremos despues; ahora no diremos más sino que aceptó los ofrecimientos de Bustamante y dió gracias al Omnipotente, porque la habia tranquilizado en cuanto al oscuro porvenir de su hijo.

Un año pasó, y don Juan se consideraba el hombre más dichoso del mundo; pero como la dicha, si suele ser completa, no dura mucho tiempo, quiso la fatalidad que un dia el enamorado y feliz esposo observase en Clotilde una distraccion ó preocupacion, muy parecida á la que tambien nosotros hemos visto.

¿Por qué se contraia la frente y palidecia el rostro de Clotilde, si era feliz como esposa y como madre?

Esto se preguntó don Juan, y pensó que si la madre

y esposa no sufria, porque no tenia motivos de sufrimiento, algo extraordinario sucedia en el corazon de la mujer.

La deduccion no podia ser más grave.

Experimentó don Juan una sensacion parecida á la que deben producir muchas agujas que se claven en el corazon.

Era el aguijon de los celos, aunque no quiso reconocer que los tenia.

Lo que sufrió es imposible explicarlo.

Siquiera por gratitud no se concebia que su esposa olvidara sus deberes.

Semejante falta hubiera sido en ella mucho más criminal que en otra mujer.

Don Juan era un hombre generoso y un esposo tierno.

A don Juan debia Clotilde el haber salido de la miseria.

A él le debia el porvenir de su hijo.

Tal vez sin don Juan, hubiera concluido Alberto por perderse en el lodazal de todos los vicios, como se pierden muchos en la desesperacion producida por la miseria y á pesar de sus buenos instintos.

¿Era posible que todo esto lo hubiese olvidado aquella mujer?

No parecia posible.

Pero ¿cuál era la causa de su preocupacion?

Muchas podian ser.

Sin embargo, Bustamante no pensó más que en una, en la más horrible.

A pesar de su nobleza de alma y de su elevada inteligencia, hizo lo que hubiera hecho el hombre más vulgar: se puso en observacion, espió constantemente á su mujer y hasta llegó á tenderle algun lazo.

Los celos trastornan la razon.

No hay talento ni juicio á prueba de celos.

Todo lo que consiguió don Juan fué convencerse de que su esposa no era feliz.

No quiso darse por vencido y miró en torno suyo como si buscase á su rivál.

El rival no existia, y por consiguiente no pudo encontrarlo.

Clotilde daba cada dia mayores pruebas de ternura á su esposo.

Seis meses trascurrieron así, seis interminables meses de mortal angustia, durante los cuales don Juan de Bustamante dejó la política, descuidó sus negocios y abandonó á sus amigos.

Por fin, en fuerza de espiar con la constancia que lo hace quien tiene celos, oyó pronunciar á su esposa un nombre.

El desdichado sintió helársele la sangre.

El nombre era el del primer marido de Clotilde.

El rival era un cadáver, una sombra, un recuerdo.

Pero el recuerdo, la sombra se presentaba á los ojos de don Juan, como un fantasma aterrador.

Desde entonces la ternura de Clotilde no significó sino gratitud para Bustamante.

Y aquella gratitud, como á él mismo le hemos oido decir, le hacia más daño que le hubiera hecho el odio más profundo.

No era el esposo amado, era solamente el bienhechor.

Clotilde habia sacrificado su corazon de mujer á sus sentimientos y deberes de madre.

—No,—dijo desesperadamente don Juan;—no aceptaré ese sacrificio.

Y surgió en su mente la descabellada idea de separarse de su esposa, evitándole así contrariar sus sentimientos, y dejándola en completa libertad de ser dichosa con su hijo.

Concebido este proyecto, principió por decir que tenia que emprender un largo viaje.

Este anúncio produjo en Clotilde un efecto inesperado.

Dió muestras del más profundo dolor, pidió algunas explicaciones á su esposo y le rogó que le permitiese acompañarlo.

Negóse él con frívolos pretextos.

Ella respetó las determinaciones de su esposo; pero su semblante revelaba su sufrimiento, y más de una vez, cuando creia estar sola, dejaba correr el llanto.

¿Por qué este dolor si no amaba á su esposo?

Todos, sin darnos cuenta de ello, instintivamente

acogemos con más facilidad lo que nos agrada que lo que nos hace sufrir.

Por más que á todas horas estemos hablando de nuestras desgracias, antes de convencernos de que somos desgraciados luchamos mucho.

Los razonamientos que tienden á probar aquello que nos halaga, nos parecen más claros y más convincentes.

Nunca dejamos de escuchar la voz que en el fondo de nuestra alma nos habla en favor de nuestros deseos.

Si alguna vez se acordaba Clotilde de su primer esposo y derramaba una lágrima, no significaba esto más sino que era una mujer que sentia y que no olvidaba fácilmente.

Pero su dolor, muy justo y respetable, por la pérdida de una persona querida, ¿probaba acaso que no amaba á don Juan?

Bien podia amarlo sin que de su memoria se hubiese borrado el dulce recuerdo de su primer esposo.

Los recuerdos no son incompatibles con ninguna clase de afecciones.

Además, á los muertos se les llora; pero no se les ama como á los vivos.

Todo esto lo pensó don Juan y buscó pruebas de su dicha, con el mismo afan por lo ménos que habia buscado las de su desgracia.

Desistió del viaje.

La alegría volvió á brillar en los ojos de Clotilde.

Esto no era suficiente, y el esposo empezó á mostrarse frio y reservado con su esposa.

Volvió ella á entristecerse.

En sus mejillas se vieron otra vez las inequívocas huellas del insomnio y el llanto.

Vaciló Bustamante; pero tuvo bastante fuerza de voluntad para seguir la conducta que se habia trazado.

Quince dias no más necesitó Clotilde.

Una noche, anegada en llanto, se arrojó al cuello de su esposo, mientras exclamaba con desgarrador acento:

—¡Ya no me amas!

Quedó él aturdido y sin acertar á responder:

Ella repitió sus amorosas quejas, considerándose la mujer más desgraciada.

¿Qué debia suceder?

Las dudas de don Juan acabaron de disiparse.

Un cuarto de hora despues era completamente feliz, tan feliz como antes lo habia sido.

¿Fué duradera esta felicidad?

No.

Con más ó ménos frecuencia se entregaba Clotilde á sus dolorosas meditaciones.

Su esposo la sorprendió muchas veces en semejante estado, y más de una vez tambien la oyó pronunciar el nombre del que ya no pertenecia á este mundo.

De esto resultó lo que era consiguiente: la vida de don Juan fué una série de alternativas de martirio y de goces.

Y así pasaron los años.

Su verdadero consuelo era el hijo de Clotilde.

Bustamante lo amaba con ternura paternal, y experimentaba la más dulce satisfaccion al ver que á su cariño y sacrificios correspondia la tierna criatura.

Pero como ya hemos visto, esta satisfaccion llegó tambien á turbarse.

¿Se equivocaba don Juan en sus apreciaciones?

¿Qué habia de verdad en lo que pensaba de Alberto?

¿Cuál era el estado del corazon de Clotilde?

Cuando demos á conocer su historia, lo sabremos.

En cuanto á su hijo, muy pronto tendremos ocasion de apreciarlo con exactitud.

Y puesto que ya conocemos á fondo á don Juan de Bustamante, lo dejaremos para volver al gabinete de donde hemos salido por algunos minutos.

CAPITULO V.

Donde empezaremos á dar á conocer á Alberto.

Alberto es un tipo que merece nuestra atencion, y sin embargo, al primer golpe de vista nada se le encontraba de particular.

Tenia veintidos años, es decir, era casi un niño, cuya circunstancia debiera haber tenido presente don Juan al hacer sus apreciaciones.

A los veintidos años el juicio es débil, porque domina la imaginacion; ó de otro modo, más que el juicio, son las impresiones las que impulsan, sobre todo en ciertas naturalezas.

La experiencia es un gran libro y el más sábio de todos los consejeros; la experiencia ejerce en nosotros una influencia poderosísima, y á los veintidos años, de

ese gran libro que se llama experiencia no hemos leido ni la primera página.

Pero don Juan sabia que Alberto, á pesar de sus veintidos años, era una de esas criaturas de constancia infatigable, y que cuando han adoptado una resolucion no retroceden ante nada, ni se desalientan por más que encuentren á cada paso un inconveniente insuperable.

Alberto estaba dotado de una inteligencia nada comun y de una imaginacion ardiente y poderosa, sin que por esto dejara de ser su juicio bastante recto, de lo cual resultaba que á la vez era el niño y el hombre, segun la situacion y las circunstancias que lo rodeaban.

El contraste no podia ser más raro, y por eso hemos dicho que merece nuestra atencion.

Los temores de don Juan no eran infundados; pero debemos ser justos y reconocer las buenas intenciones de Alberto.

Éste, ya fuese por efecto de la ligereza de sus pocos años ó por otra cualquiera razon, no se habia dado cuenta de lo que sentia, no habia apreciado sus propios pensamientos, no habia examinado, en fin, el verdadero estado de su corazon y de su alma.

Siendo niño habia amado con filial ternura al hombre generoso que le habia servido de padre, lo cual no quiere decir que no le amase despues; pero antes, como muy acertadamente aseguraba don Juan, no habia nada que se pusiese entre los cariñosos sentimientos de ambos.

Alberto conocia la historia de su madre, y por consiguiente la suya con toda exactitud.

Ténia, pues, motivos para profesar á Bustamante el amor más tierno y el respeto más profundo.

Todo se lo debia á este hombre generoso: la vida, la educacion, el porvenir y quizá la honra.

El valor de semejantes beneficios no podia ocultarse á una criatura de tan clara inteligencia y tan gran corazon como nuestro jóven.

Empero no pudo conocer hasta dónde llegaba la nobleza de alma de don Juan, sin saber tambien lo que habia sido su padre y la causa de las desdichas de éste.

Cuándo conoció la historia de su familia, Alberto se sintió vivamente herido y no le fué posible mirar con calma á los que él, en la exaltacion de su pena, llamaba verdugos de su padre.

Además creyó que era un deber sagrado seguir el ejemplo del que le habia dado el sér, siquiera fuese como una muestra de aprobacion á cuanto éste habia hecho durante su honrosa vida.

Desde muy jóven habia profesado el primer esposo de Clotilde ideas muy avanzadas en política, y dejándose llevar de los impulsos de su corazon, comprometióse muchas veces y arriesgó la vida en defensa de la libertad de su patria, muriendo al fin víctima de su amor á la libertad.

Pensar en política de distinto modo que su padre, parecíale al jóven Alberto un crímen.

Si el ejemplo de un extraño tiene gran influencia en nuestra conducta, cuánta no tendrá la del que nos ha dado el sér y se ha sacrificado por nosotros.

Alberto se decidió á cumplir lo que él llamaba sus primeros deberes, y los cumplió con la firmeza que lo caracterizaba.

Don Juan de Bustamante profesaba en política principios casi opuestos á los del primer esposo de Clotilde, y era por consiguiente uno de los que, con el lenguaje del corazon, merecian ser calificados durísimamente por el jóven.

¿Se dió éste cuenta de su verdadera situacion con respecto á Bustamante?

Ya hemos dicho que no.

Ni se la habia dado, ni tal vez en mucho tiempo se ocuparía en examinar este punto.

Sin embargo, sus relaciones con don Juan se entibiaron sin saber por qué.

Ya no había entre ellos aquellas espansiones cariñosas que los hacia tan dichosos.

Bustamante intentó muchas veces infundir sus ideas políticas al jóven; pero éste sintió las suyas más arraigadas cuanto más se trató de convencerlo para que defendiese otras.

Desde la primera discusion política entre ellos no pasaron muchos meses sin que ambos se miraran como contrarios ó rivales.

Ni el uno ni el otro se cuidaban de ocultar su alegría

cuando ganaba terreno el partido á que se habian afiliado.

¿Qué le importaba á ninguno de ellos que se sintiese mortificado el otro?

Como amigos, como individuos de una familia, hubieran sacrificado la existencia por evitarse el más leve disgusto.

Como hombres políticos, la desgracia y los sufrimientos del uno eran la dicha y los goces del otro.

Esta lucha sorda, pero terrible, debia dar su resultado.

Antes que las afecciones, ántes aún que el delicado y noble sentimiento de la gratitud, estaba la pasion.

Cuando una pasion se levanta, todo lo arrolla.

Cuando se enciende la llama de una pasion, todo lo envuelve, todo lo abrasa, todo lo convierte en ceniza.

Si Alberto no hubiera tenido á su lado un rival político, no habria tomado quizá con tanto ardimiento la defensa de sus ideas.

Lo mismo le sucedia á don Juan.

La rivalidad hiere el amor propio, y el amor propio herido es para las pasiones lo que el combustible para la hoguera.

—Bien se me alcanza,—se decia el jóven,—lo que debo á este hombre generoso; se me alcanza, y se lo pagaré en cuanto me sea posible con amor y con sacrificios, con toda clase de sacrificios ménos con el de que yo ultraje la memoria de mi padre, poniéndome al lado

de los que fueron sus enemigos, sus perseguidores y sus crueles verdugos, al lado de los que trataron á mi noble padre como se trata al último criminal.

Y trabajó sin descanso.

No tardó en empezar á cambiar su carácter, viéndosele con frecuencia meditabundo y sombrío.

¿Se habia ocultado esto á Clotilde?

No, no se habia ocultado, y era uno de los motivos de su callado sufrimiento, de su cruel martirio.

Alguna vez intentó, no hacer cambiar á su hijo de ideas, sino decidirlo á que se mostrase completamente ageno á las luchas políticas.

Empero el jóven evocaba el recuerdo de su padre, y la pobre madre se daba por vencida.

No podia suceder otra cosa, puesto que ella hubiera hecho lo mismo que su hijo, y por consiguiente no se sentia con fuerza moral para combatir lo que ella misma sentia y sancionaba en su interior.

Dos años habian trascurrido de este modo.

Don Juan de Bustamante se convenció al fin de que serian inútiles todos sus esfuerzos, y decidió apelar al último recurso.

Este recurso era la influencia de la madre sobre el hijo.

Ya sabemos que dió el primer paso.

¿Qué conseguiría?

Clotilde desconfiaba con razon.

Pronto hemos de ver que no se equivocaba.

La lucha, sorda hasta entonces, debia tomar un carácter gravísimo.

Se habian amontonado poco á poco negras nubes en el horizonte de aquella familia.

No debia pasar mucho tiempo sin que estallase la tormenta.

CAPITULO VI.

La madre y el hijo.

Alberto amaba á su madre con frenesí.

Su cariño rayaba en adoracion.

Cuando entró en el gabinete, sus negros ojos brillaron con el fuego de la más intensa alegría.

Y al hablar de los ojos de Alberto se nos ocurre pensar que no hemos hecho más que el retrato de su alma, y aun éste con ligereza.

En cuanto á su persona poco tenemos que decir.

Habia heredado la belleza de su madre, sin más diferencia que el aspecto varonil.

Casi siempre la mirada de Alberto, lo mismo que la de Clotilde, era dulce y profundamente melancólica, una de esas miradas que conmueven sin saber por qué,

una de esas miradas que atraen, que ejercen grandísima influencia en la persona á quien se dirigen.

Pero cuando lo agitaban cierta clase de sentimientos, se contraia la frente del jóven, relumbraban sus ojos, y su mirada era dura y hasta imponente.

El niño cambiaba con facilidad, convirtiéndose instantáneamente en hombre.

El hombre se tornaba niño tierno, dulce y hasta débil cuando ménos se esperaba.

De sus maneras, de su continente nada tenemos que decir.

Habia recibido una educacion distinguida y lo revelaba en todo.

Cuando quedó á solas con su madre, la abrazó y la besó repetidas veces, diciéndole con infantil alegría:

—¡Ya soy feliz, ya soy feliz!

Clotilde fijó en su hijo una mirada afanosa, y se extremeció.

Sospechaba cuál era la causa de la alegría de su hijo, y temblaba.

—¡Dices que ya eres feliz!—replicó ella como sorprendida.

—Sí.

—¿Acaso no lo eras?

—Pero no completamente.

—La dicha completa es un sueño.

—Lo sé, porque siempre tenemos algo que desear.

—Entonces...

—Si aún me quedan por satisfacer muchos deseos, he conseguido al fin ponerme en camino de realizar los que más me interesan. ¡Oh!—exclamó el jóven con exaltacion.—El dia se acerca, el gran dia...

—Alberto,—interrumpió Clotilde,—explícate, porque temo que tu falta de reflexion sea causa de que algun dia tengas que devorar la hiel de los desengaños.

El jóven abrió sus grandes ojos y fijó en su madre una mirada de extrañeza.

—¿Por qué te sorprendes?—preguntó Clotilde.

—Es verdad, madre mia, soy un niño y me alegro hasta dejarme arrebatar por lo que tal vez no tiene ninguna importancia.

—¿Pero qué es ello?

Alberto inclinó la cabeza y exhaló un triste suspiro.

—¿Ya no eres tan feliz como antes?

—Tengo miedo.

—¡Miedo!...

—Sí.

—Pero...

—La vanidad me ha cegado y creí que me seria posible hacer lo que han hecho otros, creí que valia tanto como algunos hombres á quienes admiro...

Interrumpióse Alberto, reflexionó un instante y luego añadió:

—Me tranquiliza la idea de que quizá no ha sido mi vanidad, sino mi deseo.

Las palabras del jóven no podian ser más oscuras.

Sin embargo, su madre siguió creyendo no haberse equivocado en sus sospechas.

—Acaba, hijo mio, porque mi inquietud se aumenta por instantes.

—He adquirido un compromiso,—respondió el jóven con acento que parecia de temor.

—¿Y vacilas para cumplirlo?

—No, madre mia, sino que ahora pienso que mis fuerzas pueden no corresponder á mi voluntad.

—¿Qué clase de compromiso es ese?

—El de escribir para un periódico.

—¡Alberto!...

—¿No lo aprueba usted?

—No,—respondió Clotilde sin vacilar.

Esta negativa produjo en el jóven un efecto inexplicable.

Se contrajo su frente.

La expresion de su rostro sufrió el cambio más completo.

Ya no era el niño, era el hombre.

Clotilde volvió á extremecerse.

—Tenemos que hablar,—dijo con grave tono.

—Ahora me toca á mí inquietarme.

—¿Te considerabas feliz porque has encontrado medio de dar un paso más en favor de tus ideas políticas?

—Sí,—respondió ingénuamente Alberto,—debo confesarlo: la sola idea de que se me ha considerado útil para servir la causa de la libertad, me ha producido un

verdadero trastorno. No sé si á todos los hombres les sucede lo que á mí; pero...

Vaciló el jóven, y acercándose á su madre, añadió despues de algunos momentos:

—A usted todo puedo decírselo... ¡Estoy orgulloso!

—¡Pobre hijo mio!

—¿Me compadece usted?

—Sí.

—¿Por qué, madre mia?

—¿Acaso conoces todo lo grave de la responsabilidad que has aceptado?

—Creo conocerla, porque doy á la mision del escritor toda la importancia que debe tener.

—¿Y no has temblado?

—¿Tiembla el que para defender el honor de su patria arrostra los peligros de la guerra? ¿Tembló mi padre cuando desafió el poder de los tiranos? Madre mia, cuando el hombre cumple su deber, no debe tener miedo; cuando la conciencia está tranquila, no se tiembla. Yo no he pensado hacer un negocio de la mision santa del escritor; yo no he pensado comerciar con mi conciencia, sino arrojar al rostro de los que comercian con la suya, toda la horrible fealdad de su proceder. Sereno me presentaré en el combate, haré poco, porque mis fuerzas son escasas; pero habré cumplido mis deberes de buen ciudadano, habré llevado siquiera un grano de arena al gran edificio de la justicia, de la libertad, de los derechos del hombre. Los que pudiendo hacer nada

hacen y esperan á que los demás, en fuerza de constancia y sacrificios, hagan conquistas para todos, los que con tal indiferencia son espectadores durante la lucha y reclaman luego una parte de lo conquistado, esos, madre mia... No quiero calificarlos, ¿para qué?

Clotilde miró á su hijo, sin que le fuese posible ocultar su orgullo de madre.

No acertó á responder, y aun le pareció que los razonamientos del jóven no tenian réplica.

La situacion se complicaba, porque precisamente en los momentos en que se queria que se olvidase Alberto de la política, éste adquiria el compromiso de defenderla públicamente.

Lo que sufrió la pobre madre, no puede hacerse comprender.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

—¿Desaprueba usted mi conducta?—preguntó al fin Alberto.

—Sí,—respondió su madre.

—¿Y por qué?

—Tus pocos años...

—Veinte no más tenia mi padre cuando adquirió el primer compromiso.

—Si cometió una ligereza...

—No la cometió,—dijo vivamente el jóven.

Comprendió Clotilde que no le convenia discutir, porque habia de quedar vencida, y decidió colocarse en

el terreno de la ternura, apelar á su influencia de madre, en una palabra, pasar de la cabeza al corazon.

—Hijo mio,—dijo con acento el más cariñoso,—deseo que me respondas á una pregunta, por más que te parezca extraña.

—Obedeceré.

—¿Hay algun sacrificio que dejáras de hacer por mí?

—Ninguno.

—¿Absolutamente ninguno?

—Todos los haria, ménos el de mi honra ó mis deberes; pero ninguno de estos puede exigirme mi madre, que seria la primera en mirarme con desprecio si me viera dispuesto á olvidar lo que por nada debe olvidar el hombre.

—No, no quiero que sacrifiques tu honor, no quiero que dejes de cumplir tus deberes; pero...

—¡Oh!... Ahora es cuando tiemblo, madre mia.

—Si yo te dijese que desde el momento en que te comprometas como hombre político he de ser la mujer más desgraciada del mundo, ¿qué harias?

El rostro de Alberto se cubrió de mortal palidez.

—Respóndeme,—dijo afanosamente Clotilde.

—¡Dios mio!—exclamó el jóven, ocultando el rostro entre las manos.

—Respóndeme, Alberto, respóndeme, hijo mio...

—¡Madre mia, madre mia!

—Ven á mis brazos, pon sobre el mio tu corazon y dime si por mí harás el sacrificio de guardar tus senti-

mientos sin darlos á conocer á nadie; dime si renunciarás al deseo de cumplir esos deberes.

Alberto se arrojó en brazos de su madre.

En aquellos momentos faltóle el valor para contestar.

Sintióse profundamente conmovido y se humedecieron sus ojos cuando sobre sus mejillas cayeron las lágrimas de su madre.

—¡Hijo mio, hijo de mis entrañas!—exclamó ésta con desgarrador acento.

—¡Por la memoria de mi noble padre!—dijo al fin el jóven.

Clotilde exhaló un grito.

—Necesito vengar á mi padre...

—Me destrozas el alma...

—Si mi buen padre saliera del sepulcro, volveria á sacrificar la existencia por la santa causa de la libertad... Yo estoy obligado á continuar su obra, y si retrocedo, soy un miserable... Por Dios, madre mia, no me pidais lo que vos misma tal vez creeis que no puedo conceder sin faltar á mis deberes, sin mengua de mi honor y del nombre que llevo.

Y al pronunciar estas palabras, hizo el jóven un esfuerzo sobrehumano y se desprendió de los brazos de su madre.

Ésta, profundamente agitada, no supo hacer más que llorar.

El recuerdo del hombre á quien por primera vez amó, produjo en la infeliz el efecto que era consiguiente.

—¡Por la memoria de mi buen padre!—repetia sin cesar Alberto.

Y esta súplica destrozaba el corazon de la desdichada madre.

A pesar de que no tenia ninguna esperanza y de que aquella lucha era para ella un tormento horrible, intentó aún vencer á su hijo.

Pero todo fué en vano.

Alberto, con una firmeza increible, se negó terminantemente á renunciar á sus deseos.

Si se le combatia con razones, razones sobradas tenia para defenderse, y si se apelaba á sus sentimientos, á su corazon filial, evocaba como buen hijo el recuerdo de su padre.

No habia, pues, medio de conseguir nada.

La infeliz Clotilde, sin fuerzas ya para resistir, dijo:

—Yo tambien he cumplido mis deberes, y si nada he adelantado, no es culpa mia.

¿Sospechó Alberto que lo que su madre hacia era para complacer á don Juan?

Sí, lo comprendió; pero tuvo la delicadeza de aparentar que no lo habia sospechado.

Un momento hubo en que Clotilde dudó si seria conveniente recordar á su hijo la deuda de gratitud que con Bustamante tenia; pero luego pensó que no conseguiría más que mortificarlo, y que esto podria ser causa de que el jóven, dejándose llevar de arrebatados impulsos, determinase no seguir recibiendo más beneficios, para

no tener nuevas obligaciones que cumplir, nuevas deudas que pagar.

La conversacion habia terminado, porque Clotilde habia hecho cuanto le era posible hacer.

¿Qué resultaría de las terminantes negativas de Alberto?

¿Cuál seria desde aquella noche su situacion con respecto á don Juan?

Una situacion la más violenta: no podia suceder otra cosa.

Media hora despues se presentó Bustamante.

Lo mismo la madre que el hijo, aunque sufrian mucho, se esforzaron y consiguieron aparentar completa calma y hasta sonreir como siempre sonreian.

Semejantes esfuerzos eran inútiles, porque la tormenta habia estallado ya.

CAPITULO VII.

Un hombre respetable.

Don Pedro Rubianes era uno de los hombres más respetables de España.

Para ser respetable en España no se necesitan más que dos cosas: tener dinero y ser hipócrita.

Para tener dinero, basta con no tener conciencia.

Esto no quiere decir que don Pedro no era verdaderamente respetable, ni tampoco que la falta de conciencia le habia puesto en camino de hacer fortuna.

¿Por qué hemos de juzgar con ligereza?

Tengamos calma y fallemos cuando conozcamos la verdad, no haciendo entretanto más que lo que el mundo hacia, es decir, respetemos al señor de Rubianes como lo respetaban todos.

Verdad es que era algo oscuro el orígen de la fortuna de este personaje, y por regla general el dinero cuya procedencia no es conocida de todos con más ó ménos exactitud, es un dinero mal adquirido.

Al decir por regla general, no nos hemos expresado con exactitud, pues debiéramos haber dicho en el mayor número de casos.

No faltaba quien hiciese comentarios sobre la fortuna de don Pedro; pero ¿quién hace caso de las hablillas de los ociosos?

La murmuracion es el desahogo de la envidia, y don Pedro Rubianes debia tener muchos envidiosos, como los tienen cuantos siendo pobres consiguen en poco tiempo hacerse ricos.

¿Qué se decia de este hombre respetable?

Nada en suma, puesto que todo ello se reducia á preguntarse cómo habia podido enriquecerse.

Nadie sabia responder á esta pregunta.

Algunos citaban una fecha y recordaban ciertos antecedentes de don Pedro.

Esto ningun valor tenia.

Sin embargo, la envidiable reputacion de Rubianes debiera haber sufrido mucho con los tiros de la envidia, porque ya sabemos con cuánta facilidad se hunde una reputacion.

¿Por qué no sucedió así?

La explicacion es muy sencilla: cuando la calumnia se ceba en la honra, no hay reputacion que resista; pero

no sucede lo mismo cuando asesta sus golpes contra el dinero.

El oro lo resiste todo: con una muralla de oro seria inexpugnable cualquiera poblacion.

No sabemos por qué en vez de hierro no se hace uso del oro para blindar los buques de guerra.

Creemos que de este modo serian respetados, no solamente de las balas, sino del poderosísimo y destructor empuje de las embravecidas olas.

Aclaremos un poco y digamos algo de lo que de Rubianes se decia, aunque nos será imposible ponerlo todo en claro.

La verdad nos la han de decir los sucesos de que muy pronto hemos de ocuparnos.

La juventud de don Pedro Rubianes habia sido algo más que borrascosa: así se comprendia de lo que contaban algunos que aseguraban haberlo conocido muchos años hacia.

Cuando Rubianes no tenia más que veinticinco años era uno de esos patriotas rabiosos que predican el exterminio de cuantos han logrado conquistar una posicion medianamente ventajosa.

Para él no habia hombre honrado ni que tuviese talento.

¿Merecia este personaje la calificacion de hombre político, porque figuraba en todas las conspiraciones y gritaba en todas partes, atacando á todo el mundo?

Ni era hombre político, ni era más que uno de tantos

perdidos como desgraciadamente se encuentran por esos mundos de Dios.

No tenia rentas, ni oficio ni medio alguno de qué vivir.

¿Cómo vivia?

No lo sabemos: hay muchos hombres, particularmente en Madrid, que se encuentran en el mismo caso, y ellos mismos no podrian decir cómo viven uno y otro año.

Són vagos, petardistas, estafadores y cuanto malo hay que ser; pero no están comprendidos entre los delincuentes de que habla el código penal, por más que sean doblemente criminales que los que van á presidio.

No hay leyes posibles contra esta gangrena social, que podrá desaparecer ó disminuirse cuando España se ponga á la altura de otras naciones y el hombre honrado y trabajador sea el único respetado.

La situacion de Rubianes en su juventud no podia ser más precaria, hubiera sido para cualquiera la más horrible; pero él no sufria, porque mientras encontrase medios buenos ó malos de cubrir sus primeras necesidades, se consideraba feliz.

¿Qué podia pedirle á la fortuna?

Nada, esta es la verdad.

Era hijo de un antiguo empleado; pero habia quedado huérfano cuando tenia diez y seis años, y ya fuese por las circunstancias en que se encontró, ó ya por efecto de sus malos instintos, no pensó, no quiso aprove-

char su educacion y las relaciones de su familia para hacerse un hombre honrado y vivir como su padre habia vivido.

Debemos advertir que Rubianes no carecia de inteligencia y estaba dotado de un ingénio agudo.

Si sus sentimientos hubiesen sido otros, habria llegado á crearse una posicion decente y á ser un hombre provechoso.

Empero aquella inteligencia la empleó en vivir á costa del mundo, y en pocos años se le vió llegar hasta el último grado de la depravacion.

Dado el primer paso en la resbaladiza pendiente del crímen, no intentó siquiera detenerse y dió el último.

Con asombro de cuantos lo conocian, Rubianes, á los veintisiete años, cambió de vida.

Una série de circunstancias casuales y que á su tiempo daremos á conocer, lo puso en relaciones con un hombre rico, y éste, que tenia un corazon noble y generoso, vió en el jóven, no un bribon holgazan, sino un desgraciado.

Conmovido, le ofreció protegerlo.

Aceptó Rubianes y puso su inteligencia y sus conocimientos al servicio de su protector.

Pasó un año.

Su conducta no podia ser más arreglada.

Las pruebas de su honradez fueron muchas.

El protector, con esa buena fé de las almas nobles, depositó su confianza ciegamente en su protegido, llegan-

do á considerarlo, no como á un servidor, sino como á un amigo.

Llegó el año 1848, inolvidable para el pueblo español.

El protector, que era ardiente partidario de la libertad, comprometióse en los tristísimos acontecimientos que costaron tanta sangre y tantas lágrimas, tanta sangre vertida cruel y bárbaramente en nombre del órden, de ese pretexto de la tiranía, y triunfante ésta, como otros muchos, aquel hombre fué condenado á la deportácion.

Su familia quedó arruinada sin que se supiera por qué; pero ello es que quedó en la miseria.

Rubianes habia perdido tambien mucho, puesto que se habia quedado sin su generoso protector.

Pero ya habia adquirido la costumbre de trabajar, se habia regenerado y no debia serle difícil encontrar nuevo empleo.

A pesar de esto no lo buscó, ó al ménos nadie supo que lo buscase, sino que pocos dias despues de terminados aquellos horribles acontecimientos, salió de Madrid, diciendo á sus amigos que queria probar fortuna fuera de España.

Nada tenia esto de particular, sino que por el contrario era muy natural y muy lógico, tratándose de un hombre que quiere ser algo y se siente con fuerzas para serlo.

Emprendió su viaje.

Antes de un año nadie se acordaba ya de Rubianes.

A un hombre de su posicion se le olvida fácilmente.

Trascurrió otro año.

Rubianes apareció nuevamente en la escena; pero ya no era el mismo.

Habia hecho fortuna y tenia con qué vivir, no con lujo, pero decorosamente.

Su nueva situacion le permitió entrar en relaciones con cierta clase de personas, que antes no se hubieran dignado tratar con él.

Emprendió algunos negocios y aseguró que la voluble y caprichosa fortuna se habia declarado su más decidida protectora.

En cuanto á sus ideas políticas, tambien habia cambiado.

—El tiempo enseña mucho,—decia cuando le hacian observaciones.

Y con esa gravedad de los hombres juiciosos y de larga experiencia, hablaba en favor de lo que suele llamarse órden; y al cabo de poco tiempo llegó á ser uno de los defensores más ardientes de la reaccion.

Su audacia le abrió camino.

Se dió á conocer y no tardó en tener cierta importancia política.

Sus negocios marchaban siempre viento en popa y su fortuna crecia con una rapidez extraordinaria.

¿Cómo sucedia esto?

¿Qué clase de negocios emprendia, que daban tan pronto y tan buen resultado?

Nadie lo sabia con seguridad; pero se veia el resultado y con esto se contentaba el mundo.

Sobre todo, el señor don Pedro Rubianes era ya rico, y á un hombre rico hay que respetarlo.

Además de rico, era severo, muy severo; hablaba él mismo de la escrupulosidad de su conciencia y predicaba moralidad, mostrándose horrorizado al hablar del estado tristísimo á que la sociedad habia venido con las costumbres desmoralizadoras de la moderna civilizacion.

Este era otro motivo para que el señor de Rubianes fuese respetado.

¿Quién no respeta á un hombre que suspira dolorosamente y asegura que se desquicia la sociedad si no se pone coto al desbordamiento de la nueva generacion?

Un hombre que pide á gritos mordazas para que no se difundan las malas doctrinas de la civilizacion moderna, debe ser forzosamente un hombre muy virtuoso.

¿Y no es esto bueno y conveniente?

Claro es que sí, porque la prueba es muy clara.

Cuando hay muchos frailes y pocos filósofos inspirados por Satanás, cuando hay muchos ignorantes y pocos sábios, cuando háy un pueblo fanático y abyecto y un tirano, la sociedad es una balsa de aceite.

Entonces puede vivirse con tranquilidad.

No hay temor á motines, se disfruta á todas horas de sosiego, mientras que con la libertad hay movimiento, agitacion, ruido, y suelen cometerse abusos, porque la autoridad no tiene fuerza.

Verdad es que cuando la autoridad tiene fuerzas, abusa de ellas hasta el punto de llevar á la horca á un honrado padre de familia por si pensó de este modo ó del otro.

Pero ¿qué importa esto?

Algo ha de costar la tranquilidad dulcísima, el celestial sosiego, la santa paz de que se disfruta; algo ha de costar, porque de balde nada se compra.

Así pensaba el señor de Rubianes, y como el que piensa así prueba que es un hombre muy juicioso y muy virtuoso, se le respetaba, porque nada más justo que respetar la virtud.

Mucha virtud, pues, y mucho dinero.

¡Oh!... Era preciso doblar la frente ante la respetabilidad de semejante hombre.

Con su virtud y su inteligencia podia prestar grandes servicios á la patria.

Así se lo decian sus amigos y aduladores, y al fin, como quien hace un sacrificio, decidióse á permitir que lo eligieran diputado.

¿Quién habia de elegirlo?

No te rias, lector, porque hacemos esta pregunta, ni respondas que es cosa clara que á don Pedro habian de elegirlo los electores; no, no respondas eso, porque te equivocarás lastimosamente.

Don Pedro era de la situacion y amigo de los ministros.

El ministerio decidió que el señor de Rubianes fuese

diputado, y lo fué por un distrito donde ni siquiera su nombre se conocia.

¿Cómo se hizo esto?

Lo sabrás, lector querido, cuando tratemos de elecciones del modo que queremos tratar, es decir, penetrando en el interior del escenario político y viendo cómo los actores se trasforman y cómo el tramoyista hace cambiar las decoraciones, dejando al público admirado y con un palmo de boca abierta.

Don Pedro, repetimos, fué diputado y su voto apoyó constantemente la causa del órden.

No hay que olvidar lo que significa esta palabra, y muy particularmente la importancia que tuvo desde el año 1850.

Pero la pícara fortuna, que es loca, quiso que el pueblo se cansase de tanto órden, de tanto sosiego, y la situacion política sufrió un completo cambio.

Habíase comprometido demasiado el señor de Rubianes y creyó prudente salir de España.

Ya era una víctima.

Su importancia política tomó grandes proporciones.

Habia, pues, ganado en lugar de perder.

Era forzoso que la política cambiase, porque habia mucha libertad y se hacia necesario el órden; habia tanta libertad, que el pueblo llevó su audacia hasta el punto de sostener que tenia el derecho de la soberanía, y á las córtes constituyentes vinieron hombres tan desmoralizados, que se atrevieron á pedir que ante todo se

discutiese la forma de gobierno que el pueblo habia de darse en uso de su soberanía.

¡Horror, horror!

La sociedad se extremeció en sus cimientos.

Si aquello continúa, á estas horas estamos completamente perdidos.

¿No opinas lo mismo, lector?

Para convencerte de que hubiera venido la disolucion social, para que veas hasta qué punto llegaba la desmoralizacion satánica de aquellos representantes de la nacion, no tienes más que recordar que en la Constitucion *nonnata* se consignó el principio de que á nadie podia formársele una causa criminal porque dejase de oir misa.

No podia sostenerse una situacion semejante.

El pueblo pedia libertad y más libertad.

El trono se vió obligado á pedir órden, y como no se le hacia caso, como su voz no se oia, porque era muy grande el ruido de la libertad, tuvo que imponer silencio á cañonazos.

La metralla produjo sus mágicos efectos.

La metralla llevó la conviccion á todos los ánimos y se restableció el órden, que tanta falta hacia, y el derecho divino quedó triunfante y se mostró resplandeciente como nunca.

Nada más justo, ¿no es verdad?

Dos años antes con la metralla se habia convencido á la tiranía de que el pueblo tenia el derecho de ser li-

bre, y nada más lógico sino que los mismos hombres y la misma metralla convenciesen despues al pueblo de que tenia el deber de sufrir y callar.

Esto debió tener su razon, puesto que no hay efectos sin causa.

Los que como simples ciudadanos habian sentido en la garganta la dura presion de la mano de hierro de la tiranía, encontraron muy bella la libertad, muy justos los derechos que el pueblo reclamaba; pero colocados en otra situacion, cuando tuvieron el derecho de mandar en vez de la obligacion de obedecer, parecióles que era mucho más bello lo que suele llamarse órden.

Esto nada tiene de particular: un mismo objeto aparece distinto, segun el punto desde donde se le mira ó las condiciones de luz y lugar en que se le coloca.

«Libertad, mucha libertad,» gritaban en Manzanares doce grandes corazones.

«Orden, mucho órden,» exclamaban dos años despues desde la poltrona ministerial.

«Abajo influencias misteriosas,» gritaban tambien, mirando á los conventos de monjas.

Y más tarde, marchando con aire humilde y contrito en una procesion, decian: «El pan nuestro de cada dia.»

¿Cómo suceden cosas tan contrarias, y que si no son contrarias lo parecen?

El pueblo, que trabaja, paga y sufre callando, no lo sabe.

Pronto lo sabrá.

Todo cambió, como ya hemos dicho y nadie habrá olvidado, y el año 1856 pudieron volver á su patria los que de ella habian huido, por miedo más ó ménos fundado los unos, por tener la importancia de víctima los otros.

Un año despues estábamos en plena reaccion.

La tiranía se quitó la máscara hasta donde le fué posible en aquella situacion, y los que antes habian sido señalados como la causa de todos los males públicos, ocuparon los más elevados puestos, dispusieron á su antojo de la suerte del país.

No es menester decir que el señor de Rubianes volvió á España y que fué considerado como uno de los hombres más importantes de su partido.

Su respetabilidad aumentó considerablemente.

Nada más justo, puesto que estaba al lado de los hombres que aseguraban tener una mision salvadora, la mision de apartar al pueblo alucinado del borde del horrendo precipicio de la disolucion social.

Las palabras disolucion social significan libertad.

Cada partido tiene su diccionario y su fraseologia especial.

A estos diccionarios debe llamárseles diccionarios de la mentira.

Los que habian pedido libertad y luego órden, al verse despojados de la prevenda que con tanto placer disfrutaban, volvieron á pedir libertad, y cuando otra

vez consiguieron ver satisfechos sus afanes pidieron, como antes habian hecho, órden y más órden.

De la palabra moralidad se habia hecho uso hasta el abuso desde Vicálvaro á Manzanares, y la moralidad lloró á lágrima viva al contemplar la contradanza de hombres políticos que se pasaban y contrapasaban con una facilidad prodigiosa.

Esta contradanza fué calificada por el pueblo con una palabra que tiene mucho mérito por lo significativa: se llamó resello.

Don Pedro Rubianes, comprendiendo que la situacion habia de ser duradera, llevó su conciencia á la gran máquina, pidiendo que la sellasen, y como á nadie se le negaba esta gracia, resellada quedó y nuestro héroe siguió en alas de la fortuna con grandes beneficios de lo que ya poseia.

Aquello pasó como todo pasa.

Las influencias misteriosas, los obstáculos tradicionales echaron al fin la zancadilla á reselladores y resellados, y don Pedro Rubianes aseguró que sus ojos se habian abierto á la verdadera luz, que estaba desengañado y convencido de que el órden y el respeto profundo á todo lo *venerando*, eran la única fuente de la felicidad del pueblo español.

A un hombre como él se le abren siempre los brazos.

¿Podia echársele en cara alguna inconsecuencia?

No, porque él decia:

—Estuve al lado de aquellos mientras marcharon por el camino que debian marchar; pero se han extraviado, nos traen la revolucion, abre el caos su inmensa boca, se nos viene á pasos agigantados la disolucion social y me separo de ellos.

Y la fortuna seguia cariñosa y dulcemente acariciando á Rubianes.

Y Rubianes, más severo cada vez y tambien más rico, era por consiguiente más respetable y más respetado.

¿Lo hemos dado á conocer bastante?

Creemos que sí.

Tal era el señor don Pedro Rubianes en la época en que dá principio la presente historia.

Solo nos falta decir que nuestro héroe se habia mantenido soltero, y no parecia que tuviese intenciones de aceptar el yugo del matrimonio.

Vivia en una gran casa de la calle de Alcalá con el lujo consiguiente á su elevada posicion.

Se le tenia por hombre feliz, y efectivamente lo era, puesto que sin conciencia no podia sufrir.

No le faltaba para la completa dicha mas que ser ministro, y habia muchas probabilidades de que en breve realizara este deseo.

CAPITULO VIII.

Un nuevo personaje.

A la misma hora en que la madre y el hijo hablaban, el señor de Rubianes se encontraba en su despacho, sentado junto á la mesa y examinando algunos papeles.

Debia ocuparse en algun asunto de mucha importancia, porque habia dado órden á sus criados para que no recibiesen absolutamente á nadie.

A pesar de estas órdenes tan terminantes, la puerta se abrió, presentándose un sirviente.

—¿Qué quieres?—preguntó ásperamente don Pedro.

—Ahí está...

—¿Quién?... ¿No he dicho que á nadie se reciba?

—Pero como hay una excepcion para siempre...

—¡Oh!...

—No sé si he cometido una torpeza...

—Está bien,—dijo don Pedro.

Su rostro palideció y su frente se contrajo.

¿Quién era el personaje que tenia el privilegio de penetrar allí á cualquiera hora y á pesar de todas las órdenes?

Rubianes, sin duda para evitar miradas curiosas, apresuróse á guardar en un cajon algunos de los papeles.

Apenas habia hecho esto, se abrió otra vez la puerta, dejándose ver un hombre, cuya presencia en aquella casa no podia ser más inexplicable ni más sorprendente, puesto que, segun su aspecto y su ropaje, pertenecia á la última clase del pueblo.

Era de elevada estatura, anchos hombros y formas atléticas.

Podria tener de cuarenta y ocho á cincuenta años; pero conservaba todo el vigor de los treinta, como si su organizacion de acero hubiese resistido sin resentirse en lo más leve la destructora accion del tiempo y de los desórdenes de una vida borrascosa pasada en el lodazal de todos los vicios.

Sí, hay organizaciones privilegiadas que resisten todo esto, y aun casi estamos por decir que estas organizaciones perecerian con una vida arreglada.

La fisonomía del hombre que nos ocupa era de esas que nos infunden terror, no solamente por su horrible fealdad, sino por la expresion de ferocidad que los distingue.

Figúrese el lector una cabeza grande, algo deprimida en su vértice, y cubierta de espesos, ásperos y enmarañados cabellos rojos; una nariz ancha, corta y algo remangada; unos ojos redondos, pardos, relucientes como dos ascuas y de mirada penetrante y dura, que se revolvian en sus órbitas bajo unas cejas que parecian más salientes por su aspereza y espesor; un rostro redondo, de áspero cutis y que por estar todo afeitado dejaba ver más claramente una larga cicatriz, que partiendo de la ceja izquierda atravesaba casi toda la mejilla, y por último una boca grande con blanquísimos y afilados dientes y lábios gruesos, de los que el superior estaba partido completamente y casi en su mitad, dejando ver la roja encía y haciendo doblemente repugnante y horrible aquel semblante; figúrese el lector todo esto, y tendrá el retrato de aquel hombre, conocido entre los suyos con el apodo de *Medio-beso*, sin duda por el defecto del lábio.

Una gorra mugrienta, de indefinible color, de forma extraña, demasiado pequeña y colocada á manera de solideo, era el único abrigo de aquella cabeza.

La blusa de lana que habia sido azul, ancha y corta, el pantalon y los gruesos zapatos, estaban en armonía con la gorra.

Medio-beso, sin cuidarse de descubrir su cabeza, y balanceándose como si perdiese el equilibrio, porque sobre la blanda alfombra no encontraban seguridad sus piés, acercóse á la mesa, sonriendo con una expresion que hizo extremecer al señor de Rubianes.

Aún no hemos dicho que éste era un tipo completamente opuesto, y que por consiguiente ambos presentaban el más rarísimo contraste.

Don Pedro era de regular estatura; pero enjuto de carnes, y el conjunto de sus facciones no carecia de belleza.

Su rostro era blanco y de finísimo cutis.

Dos patillas pequeñas cubrian parte de sus mejillas, frescas á pesar de sus cuarenta y cinco años.

Sus lábios eran delgados, sus ojos algo redondos, azules y de mirada tranquila.

Casi siempre la expresion de su semblante era fria y con dificultad podia deducirse nada de ella.

Aquellos dos hombres se miraron, ó más bien se contemplaron por algunos segundos.

A Rubianes le era imposible ocultar, no solamente su disgusto, sino su miedo.

El otro continuaba sonriendo con una especie de candidez verdaderamente horrible y que para don Pedro era aterradora.

¿Qué clase de relaciones habia entre ellos?

Era imposible adivinarlo.

¿Por qué Medio-beso era recibido en aquella casa, donde solo entraban elevados personajes?

¿Por qué se presentaba allí con el mismo desembarazo que hubiera podido presentarse en una taberna y entre sus soeces compañeros?

¿Por qué don Pedro de Rubianes, con su elevada po-

sicion, con su severidad y todas sus demás circunstancias, toleraba semejante atrevimiento?

¿Por qué no solamente lo toleraba, sino que no se atrevia á dejar de recibir á semejante hombre?

Sobre este punto habian hecho comentarios más de una vez los sirvientes de don Pedro; pero nunca le habian dado al asunto gran importancia, ya porque se inclinaron á creer que Medio-beso no iba mas que á pedir algun socorro, ya porque no se presentaba sino muy de tarde en tarde y sin que sus visitas las hiciese en períodos fijos.

Cualquiera que fuese su objeto al ir allí, la respetabilidad de Rubianes lo ponia á cubierto de toda sospecha, y en vano los murmuradores habrian intentado sacar partido de este asunto.

Más de cinco meses hacia que Medio-beso no se habia presentado en la suntuosa vivienda del señor de Rubianes, y aunque á éste no debia sorprenderle la visita, no por eso dejó de desagradarle ménos.

Ya hemos dicho que su rostro palideció densamente, y muy rara vez palidecia el rostro de don Pedro.

Tambien hemos dicho que su frente se contrajo, y para que esto sucediese era menester que su conmocion fuese muy profunda.

Que tenia miedo lo reveló claramente un ligero extremecimiento nervioso, que recorrió todos sus miembros al solo anuncio de aquella visita.

Pronto saldremos de dudas.

No debian estar mirándose toda la noche.

Medio-beso miró á su lado, tomó una silla y se sentó, haciéndola crujir, lo cual probaba que tenia intenciones de permanecer allí largo rato.

La conversacion iba á empezar.

CAPITULO IX.

Una conversacion interesante.

Despues que Medio-beso se hubo sentado, fué cuando dijo con esa voz ronca y desagradable de los que abusan de las bebidas espirituosas:

—Buenas noches.

Y apoyó los brazos en la mesa, que crugió como la silla, y siguió mirando á don Pedro.

—¿Qué quieres?—preguntó éste.

—Va usted á saberlo, porque he venido para decírselo.

—Lo mismo que siempre, ¿no es verdad?

—¿Qué hemos de remediarle?—repuso Medio-beso, encogiéndose de hombros;—verdad es que ahora no es enteramente lo mismo; pero en fin, lo mismo es con alguna diferencia.

—¡Dinero, siempre dinero!—murmuró Rubianes.

—Siempre dinero, porque sin dinero no se puede vivir, y á mí me gusta vivir, ¿por qué he de negarlo? Yo no soy como otros que siempre están diciendo que les gusta morirse para descansar; porque la verdad, lo que á mí me gusta es el jaleo de este mundo; sí, me gusta y me divierte, y como en el otro no tengo esperanza de ir mas que al infierno, cuanto más tarde mejor.

Y al decir esto, el gigante soltó una estrepitosa carcajada.

—Le parecerá á usted mentira,—añadió;—pero es la pura verdad. Ya sabe usted que llevo una vida perra; pero como suele decirse, «entre col y col, lechuga,» y «entre tropiezo y tropiezo, no falta algun buen rato de gusto.»

—Tengo mucho que hacer...

—¿Y á mí, qué?—replicó Medio-beso volviendo á encogerse de hombros;—yo no he de hacerlo, y por consiguiente no me importa. Además, todos esos quehaceres serán trapisondas...

—Acabemos,—interrumpió don Pedro de Rubianes con aspereza.

—Espere usted, que la vida de Juan soldado es muy larga de contar.

Don Pedro hizo un movimiento de impaciencia; pero se contuvo, cruzó los brazos y recostóse en el respaldo del sillon, disponiéndose á escuchar como la víctima que espera con forzada resignacion el golpe del verdugo.

Medio-beso, con una calma sin igual, empezó á registrar todos sus bolsillos.

Cuando concluyó, apoyóse otra vez en la mesa, y dijo:

—Déme usted un cigarro, porque ni polvo tengo ya.

—Sabes que no fumo hace mucho tiempo,—contestó Rubianes.

—Pero nunca le falta á usted tabaco, y yo, si no doy cuatro chupadas, no sé explicarme.

Don Pedro abrió un cajon, sacó un cigarro y lo echó sobre la mesa.

El gigante lo encendió.

—Esto es paja,—murmuró;—pero como dice el refran, «á falta de pan, buenas son tortas.»

—¿Quieres ya explicarte?

—A eso voy.

—Si no has de hacer más que pedirme dinero, concluye de una vez.

—Pedirle á usted dinero, eso es; pero hoy necesito una cantidad mayor que otras veces, porque tengo un gran apuro.

La frente de Rubianes se contrajo más de lo que estaba.

—Ha de saber usted,—prosiguió Medio-beso,—que hay un hombre á quien yo le debo un favor, y como soy agradecido, quiero pagárselo.

—¿Qué me importa eso?

—Importa mucho, porque es preciso que usted sepa que no soy exigente. Hace diez y ocho años...

—Deja los recuerdos.

—¡Mil rayos!... Hemos de ajustar cuentas, y tenemos que hablar de cosas antiguas, porque de otro modo no nos entenderíamos.

—Nada he olvidado, ¿lo entiendes? absolutamente nada, y mucho ménos tus abusos y tus locas exigencias. Dí lo que quieres, y si lo tengo te lo daré, y si no...

—Tambien me lo dará usted.

—No puedo dar lo que no tengo, y es menester que acabes de convencerte del error en que estás.

Medio-beso desplegó una sonrisa burlona, arrojó una bocanada de humo y replicó:

—Está visto: usted cree que yo soy tonto.

Y despues de pronunciar estas palabras, su semblante tomó una expresion terrible, y mientras su mirada sombría y amenazadora se fijaba en don Pedro, exclamó:

—¡Cuatro millones!... ¡Por las orejas de Satanás!... ¿Qué quiere decir cuatro millones?... ¡Oh!... Si yo no fuera tan generoso... Dígame usted que no tiene, dígamelo usted y ¡por mi alma! que...

—Basta.

—No basta.

—¿Sabes lo que significan esos cuatro millones?— dijo Rubianes con voz agitada.

—Doscientos mil duros.

—Sí, doscientos mil duros; pero nominales.

—Ya lo entiendo.

—Y como no era yo solo, como para mí no habia de quedar mas que una pequeña parte...

—Mentira.

—Te juro...

—¿Cuántos juramentos quiere usted que yo haga por dos pesetas?... ¡Bah! Se ha empeñado usted en creer que soy tonto...

—Escúchame.

—Diga usted lo que quiera.

—De aquellos cuatro millones, solo uno debia ser para mí.

—Bien.

—Ese uno en realidad no valia en aquella época más de veinte mil duros.

—Algo más; pero en fin, lo mismo es para el caso.

—No ignoras mis desgracias políticas.

—Sí, ya sé que tuvo usted que emigrar para darse tono; pero esto nada tiene que ver con nuestro asunto.

—La viuda quedó en muy mala situacion.

—Muriéndose de hambre.

—Aunque mi corazon hubiera sido de pedernal...

—Don Pedro, esta noche tiene usted ganas de broma.

—Te aseguro que socorrí á la viuda...

—Con tanta generosidad, que ya estuvo la pobre para llevar al chico al Hospicio; con tanta generosidad, que para no morirse de hambre tuvo que casarse con otro.

—Se casó porque se enamoró, porque le convino.

—De eso sé yo mucho más que usted.

—¿Qué sabes?

—No me dá la gana de decirlo.

Don Pedro fijó una mirada escudriñadora en el gigante, y replicó:

—Nada puedes saber, porque no hay nada de particular.

—Mejor para mí,—dijo Medio-beso, encogiéndose de hombros y sonriendo maliciosamente.

El rostro de Rubianes cambió de expresion.

Su mirada seguia fijándose afanosamente en su interlocutor.

Las últimas palabras de éste debian tener mucha importancia.

—Hace más de diez y ocho años que nos conocemos,—dijo, procurando endulzar su voz;—siempre hemos hablado como buenos amigos...

—Pero usted quiso engañarme, y si no lo consiguió mas que á medias, fué porque yo anduve muy listo.

—Dejemos eso.

—¿De qué hemos de hablar entonces?

—Dices que sabes más que yo de esa familia...

—Pero tambien he dicho que quiero callar, y callaré, porque tengo mis razones para obrar así.

—Cualquiera creeria que te interesas por ellos...

—No me intereso; pero aunque me interesara...

—Faltarias á tus compromisos, y puesto que tú dices que eres tan leal, puesto que te envaneces de ser hombre que cumple sus promesas...

—Como usted no es capaz de cumplirlas.

—Si por cualquiera razon te pusieses en relaciones con ella ó con su hijo...

—Descuide usted.

—No descuido.

—Volvamos á nuestro asunto, y será lo mejor.

—Pero...

—Repito que no quiero hablar de lo que á nadie le importa mas que á mí.

—Bien, vuelvo á escucharte.

—En diez y ocho años no ha llegado á dos talegas lo que he recibido de usted.

—Ni tampoco llegaron á veinte las que quedaron para mí, y esas veinte las he perdido, de modo que lo que hoy poseo lo he ganado en mis negocios, no tengo que agradecerlo á nadie más que á mi fortuna, y por consiguiente...

—¡Truenos y ràyos!—exclamó el gigante, descargando una puñada sobre la mesa.

—No grites.

—No me desespere usted, no me ofenda...

—¿En qué te ofendo?

—En creer que soy tonto.

—Lo que te digo puedo probártelo con documentos...

—No quiero pruebas, lo que quiero son mil duros.

—¡Mil duros!—exclamó Rubianes, brincando en su asiento.

—Ahora mismo.

—¿Estás loco?

—No saldré de aquí sin llevármelos.

—¡Imposible, imposible!...

—Y antes de ocho dias necesitaré otros cinco mil.

—¡Otros cinco mil!...

—Que sumarán seis,—repuso tranquilamente el gigante.

Por la frente de don Pedro corrieron algunas gotas de frio sudor.

Sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijaron en Medio-beso una mirada de terror profundo.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Mientras no he tenido más necesidades que las mias me he contentado con bien poco,—dijo Medio-beso,—y aun así, en los dos años que anduvo usted por esos mundos de Dios, me comí los puños de hambre. Las cosas van mal, y el dia ménos pensado el diablo tira de la manta y la tortilla se vuelve. Entonces tendrá usted que tomar las de Villadiego y yo me quedaré con un palmo de boca abierta. En todas partes tendrá usted que comer con su dinero, y se reirá usted de mí, porque le importarán bien poco mis amenazas. ¿Me entiende usted?

—No, no es posible entenderte,—murmuró Rubianes sin saber lo que decia.

—Pues hablaré con más claridad.

—No es menester.

—Se murió don Guillermo; pero su hijo vive, y aun-

que jóven, es muy capáz de retorcerle á usted el pescuezo.

—Basta, basta...

—Y como no se ha roto el papel consabido...

—Preciso es que acabemos de una vez,—interrumpió Rubianes, esforzándose para recobrar la calma.

—No es fácil.

—Esta situacion es insostenible.

—Si se empeña usted en ser ambicioso...

—Hagamos un convenio: así quedaré yo tranquilo y tú tambien, porque para siempre te pondrás á cubierto de la miseria.

Medio-beso volvió á encender el cigarro que habia dejado apagar, y dijo:

—Sepamos.

—Es muy sencillo.

—Tanto mejor.

—Tú me entregarás ese papel.

—Mucho pide usted, don Pedro.

—Pido mucho, puesto que lo pido todo.

—¿Y qué piensa usted dar?

—Mientras vivas has de estar haciéndome peticiones como la de hoy.

—Segun mis necesidades.

—Pues bien, te daré de una vez lo que he de darte en muchas, te lo daré aunque me arruine, porque ante todo quiero mi tranquilidad.

—Eso es lo que se llama hablar bien.

—¿Aceptas?

—Aceptaré si no es usted mezquino.

—Fija tú mismo la cantidad.

—Ofrezca usted, don Pedro, ofrezca usted y veré si me conviene.

Rubianes reflexionó.

—Te daré diez mil duros,—dijo luego.

Medio-beso desplegó una sonrisa desdeñosa.

—Diez mil duros efectivos, es decir, más de la mitad de lo que yo tomé.

El gigante volvió á sonreir.

—¿No te conviene?

—No, porque en el espacio de una semana vá usted á darme seis mil, que el diablo sabe lo que será de ellos, y no me quedarán mas que cuatro mil.

—¿Cuánto quieres?

—Voy á probarle á usted que soy justo y que quiero servirlo.

—Veamos.

—Usted tomó cuatro millones.

—No.

—Sí.

—Te he dicho...

—Hemos concluido: vengan los mil duros que necesito esta noche y quedemos como estábamos.

—¡Oh!...

—Se acabó.

—Prosigue y decidiré.

—Con los cuatro millones ha podido usted hacer muchos negocios que le habrán producido más de otros cuatro. Sin el primer dinero, es usted ya rico.

—¿Y qué deduces de eso?

— Deduzco que una vez que ya no necesita usted aquel dinero para hacer su fortuna, debe pasar á otro para que haga lo mismo que usted; y cuando esto haya sucedido, puede entregarse á su legítimo dueño, y así todos quedaremos bien y podremos decir que somos hombres muy honrados.

Rubianes, estupefacto, miró al gigante.

—No comprendo bien,—murmuró.

—Pues á mí me parece muy claro.

—Los cuatro millones...

—Sirvieron de base para que usted hiciera su fortuna, ¿lo entiende usted?

—Sí.

—Sin esos cuatro millones, es usted rico, muy rico.

—Acepto la suposicion.

—Quédese usted con lo que ha ganado, deme usted la base, yo me haré rico tambien, y continuando el mismo sistema, es decir, quedándome no más que con lo que gane, devolveré los cuatro millones á la mujer de don Guillermo y á su hijo. Usted y yo seremos ricos y ellos tendrán lo que es suyo. ¿Lo entiende usted ahora?

Don Pedro no acertó á responder.

Habia entendido perfectamente; pero quedó aturdido al oir semejante proposicion.

—Además,—añadió Medio-beso,—le hago á usted una gracia, un gran favor.

—¡Un favor exigiéndome hasta lo que no he tomado!

—Sí, porque le devolveré á usted el recibo, y usted, aunque es un ladron como yo...

—¡Oh!—exclamó Rubianes sin poder contenerse y apretando los puños.

—Sí, un ladron,—repuso con calma el gigante.—¿Quiere usted que se lo pruebe?

—Concluyamos, concluyamos,—dijo don Pedro sin poder apenas respirar.

—Le hago á usted un gran favor, porque podrá usted decir á gritos que es el hombre más honrado del mundo.

—Has perdido el juicio.

—Bien, si estoy loco no hablemos más del asunto.

—Te daré un millon, por supuesto nominal, que hoy vale mucho más de lo que entonces valía, te lo daré sin haberlo yo tomado...

—No lo quiero.

—¿Es decir?...

—Vengan los mil duros y vamos viviendo.

—Pero esos otros cinco mil...

—Vendré por ellos cuando los necesite.

—Me será imposible dártelos.

—No exijo imposibles.

—Entonces...

—Haré una visita á doña Clotilde...

—¡Silencio!

—¿No decia usted que tenia mucho que hacer? Pues vengan esos cuartos y me largaré en seguida.

Levantóse Rubianes y empezó á pasearse por la habitacion.

Su agitacion crecia por instantes.

El sudor corria en abundancia por su pálida y contraida frente.

De vez en cuando se agitaban convulsivamente sus miembros.

Medio-beso continuaba fumando tranquilamente.

Largo rato pasó.

Detúvose al fin el hombre respetable.

—¿En qué quedamos?—preguntó el otro.

—Te daré los mil duros.

—Muy bien.

—Pero en cuanto á esos cinco mil de que has hablado...

—Tambien, aunque no ahora, sino cuando los necesite.

—No puedo disponer de semejante cantidad...

—Dentro de algunos dias.

—Ni en muchos meses.

—Piénselo usted bien.

—Repito que es imposible.

El gigante arrugó el entrecejo.

—Ya sabe usted,—dijo,—que soy hombre de calma; pero cuando se me sube la sangre á la cabeza...

—Abusas de tu posicion.

—¡Mil rayos!... ¡Que abuso, cuando otro en mi lugar se habria hecho rico y yo me he contentado con pedir lo que necesitaba para salir de algun apuro! Mire usted, don Pedro, que tanto tirará de la cuerda, que al fin se rompa.

—¡Esto es horrible!

—Aún no me he olvidado de que quiso usted engañarme, y debe usted saber que yo lo perdono todo ménos que me engañen.

Era inútil continuar aquella conversacion.

Rubianes estaba convencido de que tenia que someterse, porque conocia perfectamente su peligrosa situacion.

Sin embargo, quiso probar en el terreno de las amenazas, y mientras de un cajon sacaba algunos billetes de banco y contaba los mil duros, dijo:

—¿No has pensado nunca lo fácil que me seria concluir contigo?

—No es fácil; pero tampoco es imposible, ya lo sé.

—Entonces...

—No recurrirá usted á la policía, porque mientras yo esté vivo puedo cantar muy claro y enseñar el papel.

—Pero si dejas de existir cuando ménos lo esperes...

—En otra ocasion dije á usted lo que sobre este punto habia: tras de mí, hay otra persona á quien usted no conoce, y esa persona...

—No lo creo,—replicó turbado el señor de Rubianes.

—Pues haga usted la prueba. Yo moriré, lo cual no es una desgracia; pero usted...

—No hablemos más.

Don Pedro entregó los billetes al que podemos llamar su cómplice.

Éste los contó y revisó cuidadosamente y los guardó, poniéndose en pié.

—Que haya salud,—dijo, dando un paso hácia la puerta.

—Aguarda,—repuso don Pedro Rubianes como si una nueva idea hubiese brotado repentinamente en su imaginacion.

—¿Qué quiere usted?

—Reconozco que á pesar de todo eres leal y cumples tus compromisos.

—Ahora me hace usted justicia.

—Supon, que para un negocio grave, necesitara yo un hombre...

—Lo cortés no quita lo valiente.

—¿Puedo contar contigo?

—Segun.

—¿Qué quieres decir?

—Que segun el negocio y lo que haya de valerme.

—No habrá necesidad de correr ningun peligro.

—Tanto mejor.

—Te pagaré con largueza.

—Explíquese usted.

—Ahora no.

—¿Cuándo?

—Otro dia.

—¿Mañana?

—Tampoco.

—Puesto que he de volver por esos cinco mil duros...

—¿Aún,—replicó el señor de Rubianes,—insistes en tu loca exigencia?

—Yo no digo las cosas mas que una vez,—contestó el gigante con su imperturbable calma.

—¿Sabes qué dia volverás?

—No; pero será en esta misma semana.

—Hoy es martes...

—El viernes ó el sábado.

—Te esperaré.

—Aquí,—dijo el bandido,—me tendrá usted á esta misma hora.

—Bien, déjame ya.

Medio-beso salió, tambaleándose y arrojando bocanadas de humo.

Don Pedro volvió á sentarse, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

Por la conversacion de que acabamos de dar cuenta, puede comprenderse mucho en cuanto á la situacion de don Pedro de Rubianes, y bastante tambien con respecto á la procedencia de su fortuna.

El nombre de la esposa de don Juan habia salido de los lábios de Medio-beso, y tambien éste habia hablado de un hijo jóven á quien debia temerse.

Lo que entre Clotilde y Rubianes habia de comun, no tardaremos en saberlo.

Por ahora dejaremos á este último entregado á sus meditaciones, que no debian ser nada agradables, y salgamos de la casa para dar á conocer á otro personaje que tiene reservado en esta historia un importantísimo papel.

CAPITULO X.

La vecindad de una casa.

Ven, lector, á la calle de la Magdalena, y nos detendremos á la puerta, ó más bien delante de una de las puertas de una gran casa de cinco cuerpos, nueva, con anchuroso portal que permite la entrada de los carruajes hasta el patio, tambien muy espacioso.

A la derecha se encontraba una escalera magnífica y perfectamente iluminada con mecheros de gas, por la que se subia hasta el cuarto tercero.

A la izquierda se veia un pasillo, á cuyo final se encontraba otra escalera más estrecha y empinada, y por la que tambien se entraba en todos los cuartos, y servia para el uso de los sirvientes, terminando en los últimos, es decir, en los sotabancos, que no comunicaban con la escalera principal.

Estos últimos cuartos eran seis y estaban habitados por familias de escasos recursos.

En el número uno tenemos un empleado cesante con su mujer y tres hijos de corta edad.

En el número dos una mujer jóven y de oficio planchadora.

En el número cinco una viuda de bastante edad que disfrutaba una pension con la cual vivia, y costeaba á un hijo de veinte años la carrera de medicina.

En el seis, un matrimonio con un hijo de corta edad, y que eran actores pertenecientes al último grado, ó con perdon de ellos, y como el vulgo los llama, cómicos de la legua.

Hemos dejado de mencionar los números tres y cuatro, porque en ellos debemos fijar más nuestra atencion.

En el primero de éstos habitaba un hombre solo, de cincuenta años, de exterior sencillo, dulce carácter y modestas costumbres, que segun se creia, era corredor de comercio, ó cosa por el estilo.

El inquilino del número cuatro era un personaje bastante misterioso, y por consiguiente objeto de los comentarios de la portera y algunos vecinos.

El misterio consistia en bien poco: muchas noches no iba á dormir á su casa, y en cambio alguna vez se pasaban los dias enteros sin salir. Ignoraban todos con qué clase de recursos vivia este hombre, aunque él habia dicho ser un industrial extranjero.

Su exterior rarísimo influia no poco en los comenta-

rios, y era motivo de profundo descontento de la portera.

Habíanse empeñado algunos en averiguar la vida del extranjero misterioso, y nada habian conseguido, lo cual fué por sí solo bastante para que se le mirase con precaucion.

Hacia tres meses que habia alquilado la habitacion.

Quince dias despues se desalquiló la inmediata, ó sea el número tres, y á la mañana siguiente se presentó á verla el caballero honradote y bonachon, como le llamaba la portera, de quien hemos dicho que se ocupaba en asuntos mercantiles.

Desde el primer momento se conquistó las simpatías de la vigilante del portal, porque mientras examinaba la habitacion, dijo:

—Bien, me agrada y me acomoda. Todo está limpio y revela el cuidado con que mira usted por los intereses del dueño.

—Eso sí,—respondió la portera,—aunque me esté mal el decirlo, hago más de lo que es mi deber. Ayer dejaron el cuarto unas andaluzas, que eran el mismo Satanás. Todo quedó perdido, y sin que nadie me lo mandara lo limpié. Y eso que las tales señoras, aunque siempre estaban incomodándome con encargos y recaditos, no me dieron nunca ni el valor de un vaso de agua. Por supuesto, ¿qué habian de dar cuando no pagaban el cuarto? Pásmese usted, diez meses de trampa, y para que se muden ha sido menester que el amo les dé dinero encima.

Por espacio de un cuarto de hora estuvo hablando la portera, y como el nuevo inquilino la escuchó sonriendo dulcemente y diciéndole á todo que sí, ella lo calificó del hombre más bueno del mundo, de un santo.

Cuando se instaló allí, hizo algunos encargos á la portera y le pagó con un duro, cantidad que ella no habia recibido nunca de ningun vecino.

Quedaba, pues, probado que aquel buen señor era honrado á carta cabal.

A los cinco ó seis dias dijo la planchadora que la noche anterior habia tenido que velar y á las dos de la madrugada habia oido en uno de los cuartos inmediatos un ruido sordo, cuya causa no acertaba á explicarse.

La portera arrugó el entrecejo al oir esta noticia.

Media hora despues la viuda habló del mismo ruido que la planchadora.

A las diez de la mañana salió don Cándido Zurita.

Este era el nombre del inquilino bonachon.

La portera lo detuvo, diciéndole:

—Perdone usted.

—No hay de qué,—respondió el vecino con su acostumbrada dulzura.

—Aunque sea mucho preguntar, ¿se durmió usted muy tarde anoche?

—No.

—Entonces...

—¿Qué?

—Nada, porque no habrá usted oido lo que otros.

—Sí, á la madrugada desperté y en el cuarto contiguo sonaban algunos golpes.

—Eso es.

—Supongo que el vecino del número tres habrá tenido que trabajar.

—Sí, sí, trabajar,—repuso la portera con ironía.

—No me sorprendió el ruido, porque dicen que es un industrial...

—Es que usted es muy bueno y piensa bien de todo el mundo; pero ese franchute nos ha de dar mucho que hacer. Yo se lo he dicho ya al administrador; pero como ese don Cosme es así, y como tiene ese génio tan brusco, no me ha hecho caso. Es claro, el inquilino paga corrientemente y no le importa lo demás.

—Observaremos, porque á mí tampoco me agradan ciertos vecinos.

—Sí, señor don Cándido, usted que está cerca puede observar.

Aquella noche se oyó el mismo ruido que la anterior.

La portera no pudo contenerse, y cuando á la siguiente mañana salió el extranjero, le dijo:

—¿Sabe usted que se quejan los vecinos? Y se quejan de usted y con mucha razon. ¿Qué hace usted de noche? La señora del número cinco no ha podido pegar los ojos; el caballero del número tres que tiene un sueño como una mosca, tampoco ha podido dormir; y la del número dos, que padece jaqueca, porque es planchadora, se ha pasado toda la noche en un grito.

—Entiendo,—dijo el extranjero con voz gutural.

—Ya lo creo,—replicó la portera,—ya lo creo que lo entenderá usted.

—He hecho ruido.

—Muchísimo ruido, como que parecia que la casa se venia abajo.

—Sí, he trabajado dos noches; pero desgraciadamente no trabajaré otras en mucho tiempo.

—¡Desgraciadamente!... Pues mire usted, señor... En fin, nunca me acuerdo del nombre de usted; pero lo que sí le digo es que á los españoles no nos gustan esas cosas, y aquí damos en seguida parte al inspector, y mire usted que los inspectores de España ajustan la cuenta en un santiamen. Con que haga usted el favor de moderarse.

—Ruego á usted pida en mi nombre perdon á los vecinos á quienes he molestado,—dijo el extranjero.

Y se alejó.

—Eso es,—murmuró la portera,—con buenas palabras pagan estos franchutes; pero que se ande con cuidado, porque doy parte al inspector y veremos lo que sucede.

El ruido no volvió á sonar.

No hubo, pues, nuevos motivos de queja; pero no dejó de murmurarse ni de hacerse comentarios sobre el misterioso vecino.

¿Se equivocaban al creer que el extranjero no era lo que parecia?

Tal vez á la portera le sobraba razon para no estar tranquila.

El vecino del número cuatro era uno de esos hombres cuya edad no puede fijarse, porque parecen más ó ménos jóvenes, segun la expresion que dan á su rostro.

Su figura no era en verdad nada tranquilizadora, y sin embargo no habia en toda ella una imperfeccion.

Era de regular estatura y bien formado, aunque algo enjuto de carnes.

Sus ojos eran grandes, negros y relucientes como dos carbunclos.

Pero su mirada era penetrante y dura, y sobre todo profundamente sombría.

Si la cara, como equivocadamente se dice, fuese el espejo del alma, la de aquel hombre debia ser un caos de tinieblas espantoso.

Su barba gris, larga, muy espesa, áspera y enmarañada, ocultaba la mayor parte de su rostro bastante moreno.

Su cabellera estaba en armonía con la barba, y aunque se quitase el sombrero de fieltro de anchas alas y color ceniciento oscuro, apenas se veia su frente, porque casi toda estaba oculta entre desordenados mechones que se escapaban de entre aquel promontorio de pelo.

Llevaba groseros borceguíes, ancho pantalon listado de azul y negro, un gaban, muy ancho tambien, de paño bastante raido, color de castaña, y una corbata ó ta-

pabocas negro, liado al cuello, y medio oculto entre la espesura de la barba.

Su paso era igual y firme.

Sus ojos se volvian con frecuencia á uno y otro lado, como si quisiese observarlo todo.

Decia llamarse Plotoski, ser francés, y descender de una familia polaca.

¿Era esto verdad?

Lo ignoramos.

Lo que sí sabemos es que diez minutos despues que Medio-beso habia salido de la suntuosa vivienda del señor de Rubianes, Plotoski salió tambien de la suya.

Bajaba el primero de éstos por la calle de la Magdalena, concluyendo de fumar, cuando sintió que una mano muy dura se ponia sobre uno de sus hombros.

Detúvose, volvió la cabeza, y vió al extranjero.

—¡Mil rayos!—exclamó el gigante.

—¿Te desagrada verme?—le preguntó Plotoski.

—Ya sabe usted que no.

—¿Adónde vas?—repuso el extranjero con el mismo tono que si hubiese hablado á un inferior.

—Primero á cenar.

—¿Solo?

—Si no encuentro á ningun amigo....

—Te acompañaré.

—¿Y cenará usted conmigo?—preguntó Medio-beso como admirado.

—Sí.

—¡Oh!...

—¿Qué te sorprende?

—No creí...

—¿Acaso es la primera vez que bebo en tu compañía?

—Es verdad, más de una vez he recibido ese honor, —dijo el gigante con acento respetuoso.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Adonde quieras, con tal que no se nos acerque ningun importuno.

—En todas partes tengo amigos...

—Pues arréglate de modo que ninguno nos incomode esta noche.

Medio-beso reflexionó.

—Entonces,—dijo,—iremos casa del tio *Camelo*, porque allí hay una habitacion donde podremos estar solos, y porque nos dará bien de cenar.

—Me es indiferente.

—Cruzaremos por la calle de la Cabeza y llegaremos más pronto.

—Bien.

No hablaron más.

Dieron algunos pasos y volvieron á la derecha, entrando en la calle indicada por Medio-beso.

¿Era Plotoski otro criminal?

Tal vez la portera no se equivocàba.

Un observador se hubiera hecho bastantes preguntas de difícil contestacion.

Segun todas las apariencias, el extranjero no era rico, ni mucho ménos tenia una posicion social de importancia.

¿Por qué lo trataba con tanto respeto un hombre de la clase del gigante?

¿En qué consistia la superioridad de Plotoski?

¿Qué clase de influencia era la suya?

Si era un hombre honrado, ¿por qué tenia relaciones, al parecer tan íntimas, con criminales como Mediobeso?

En cuanto á las observaciones hechas por los vecinos, quizá eran dignas de ser tomadas en consideracion.

Aquellos ruidos que tanto dieron que hablar á la portera, podian no tener ninguna importancia; pero tal vez significaban mucho.

Habia tambien otras circunstancias que debian tomarse en cuenta: segun hemos dicho ya, muchos dias Plotoski permanecia en su habitacion sin salir á ninguna hora.

¿Qué hacia?

¿Qué comia?

Y cuando pasaba una y otra noche fuera de su vivienda, ¿dóndé se quedaba y en qué se ocupaba?

La portera hacia sobre este punto el siguiente razonamiento:

—Ayer no salió en todo el dia ni por la noche el franchute; puede haber comido pan seco; pero ¿qué ha bebido? No tiene aguador, ni nadie ha llamado á

su puerta... Esto es incomprensible y no me gusta.

¿Adivina algo el lector?

Probablemente nada adivinará, y como por ahora no podemos entrar en más explicaciones, habremos de contentarnos con lo que sabemos ya, y tener paciencia hasta que los sucesos lo aclaren todo.

CAPITULO XI.

Algo más sobre la familia Bustamante.

Desde la noche en que hemos dado principio á esta historia, pareció extenderse una sombría nube sobre la familia de don Juan de Bustamante.

Aquellas tres criaturas, nobles y buenas, sufrian horriblemente y unos á otros se hacian desgraciados, cuando el afan de todos era hacerse felices.

Las respectivas posiciones se habian fijado, habian desaparecido las dudas, y por esta razon precisamente eran todos más desgraciados.

Sí, sufrian más, porque las dudas que abrigaban eran hasta cierto punto consoladoras, y más que dudas eran esperanzas.

Empero Alberto habia dado ya el paso decisivo, y su

situacion con respecto á don Juan era demasiado violenta.

¿Quién era de los tres más digno de lástima?

Clotilde, que tenia que sostener una lucha desgarradora.

Para complacer á su esposo, para hacerlo feliz, le era preciso ahogar sus maternales sentimientos, y para entregarse á las espansiones de su amor maternal, debia necesariamente herir las más delicadas fibras del corazon de don Juan, del hombre noble y generoso á quien todo lo debia.

Sin embargo, todos ellos sonreian y aparentaban ser dichosos.

Bustamante, encerrándose en la reserva más delicada, no habia hecho al jóven la más ligera indicacion, y éste, observando la misma conducta, habia evitado tambien hablar sobre ningun asunto que más ó ménos directamente se relacionara con la política.

La escena que aquella misma noche y cuando todos se habian recogido tuvo lugar entre don Juan y su esposa, es indescriptible.

Ella le manifestó francamente el resultado de la entrevista con su hijo, procurando endulzar sus observaciones con muestras inequívocas de sin igual ternura.

Don Juan guardó silencio y devoró su amargura sin exhalar una queja.

—¿Qué me queda en este mundo para ser feliz?—se preguntó.

Y pocos momentos despues, estrechando contra su pecho á Clotilde, se respondió:

—No me queda más que el amor de mi esposa.

Esto era bastante, era sobrado para la dicha de don Juan.

Empero una nueva pregunta destrozó su corazon.

—¿Me ama?

Las dudas de otro tiempo, las dudas de pocas horas antes atormentaron nuevamente al desdichado esposo.

¿Quién disiparía estas dudas, quién lo consolaría?

Nadie, porque su dolor era de esos que á nadie pueden confiarse, uno de esos dolores que deben guardarse en lo más recóndito del alma, como el avaro guarda su tesoro.

Alberto, firme en su resolucion, empezó á trabajar al siguiente dia.

El primer paso no pudo ser más feliz, y decimos esto, porque su primer artículo sobre política fué comentado por muchos periódicos y tomado en consideracion por ciertos personajes.

Lo que Alberto sintió, no es posible explicarlo.

Esta clase de éxitos son los que más halagan el amor propio.

El hombre mas acostumbrado á toda clase de triunfos, se conmueve como no se ha conmovido nunca cuando alcanza uno con su inteligencia.

No hay nada que envanezca, en el buen sentido de la palabra, no hay nada que levante más el orgullo no-

ble, que el convencimiento de estar dotado de un talento mayor que el de la generalidad de las criaturas.

Así nos hace reconocer nuestra propia naturaleza que la inteligencia humana es superior á todo, es lo que más se aproxima á la divina sublimidad, es un destello de la divinidad misma.

En la juventud todo entusiasmo es más ardiente, y el de Alberto rayó en la locura.

Pero comprendió que su entusiasmo debia herir el amor propio de don Juan, y supo ocultarlo, disimulando aunque trabajosamente lo que sentia.

Cuando aquella noche se encerró en su dormitorio, sin temor ya de ser sorprendido, se entregó á los trasportes de su alegría.

Lo primero que hizo fué leer su produccion, haciéndolo tres ó cuatro veces con los párrafos que más habian llamado la atencion.

Luego recorrió en todas direcciones la habitacion, repitiendo algunas de las frases del artículo.

Su agitacion era creciente y llegó un momento en que se le vió convulso.

Sus negros ojos brillaban cada vez con más intensidad.

¿Es todo esto pueril?

Lo será; pero ¿qué criatura está libre de puerilidades?

Ninguna: lo que sucede es que las ocultamos hasta para las personas más allegadas y que más confianza nos

inspiran; las ocultamos, porque la pícara vanidad nos lo manda así, porque el hombre se empeña en no aparecer tal como es, no quiere que nunca lo vean pequeño.

De cualquier modo, hay que perdonar estos desahogos pueriles á la juventud de Alberto.

El sueño huyó de sus ojos.

El cadete no duerme la noche del primer dia que estrena el uniforme y ciñe la espada.

El artista tampoco cierra los ojos la noche que por primera vez se presenta en el escenario y es aplaudido.

Para el escritor, no hay sueño posible el dia que por vez primera vé impreso su nombre ó las letras que él ha trazado antes con la pluma.

El efecto que esto produce es verdaderamente mágico, no puede explicarse, no puede concebirse sin haberse experimentado.

Con el tiempo se acostumbraría nuestro jóven á esto, como se acostumbra uno á todo, y nada sentiría sino cuando su inteligencia alcanzase un verdadero triunfo.

¿Y Clotilde?

Tampoco durmió aquella noche.

Aunque su hijo habia ocultado cuidadosamente su entusiasmo y su júbilo, ella, con su penetracion de madre, lo comprendió y, preciso es perdonarla tambien, á pesar de que aquel acontecimiento debia ser la fuente de donde brotaran grandísimos males, á pesar de que aquel acontecimiento debia ser considerado por ella como

una desgracia, gozó como habia gozado pocas veces en su vida.

Su hijo no era un hombre vulgar y ella era, por consiguiente, una madre dichosísima.

Su orgullo maternal, orgullo noble y santo, se sobrepuso á todo.

En las horas de su insomnio, que para Clotilde fueron breves, brillaron sus magníficos ojos y se entreabrieron sus lábios para sonreir.

Su sonrisa entonces no era un disfraz de martirio, no era una mentira, revelaba el verdadero estado de su alma.

Empero al dia siguiente volvió á presentársele la realidad espantosa de su situacion, y buscó ocasiones en que estar sola, no para gozar y sonreir como la noche anterior, sino para sufrir y llorar.

¡Infeliz mujer!

¿Quién hubiera podido comprender su sufrimiento?

Nadie, ni su propio hijo.

Como sospechaba su esposo, habia grabado en el alma de Clotilde un recuerdo que no podia borrarse jamás.

Era el recuerdo de su historia, de la historia tristísima que hemos prometido referir, para que se comprenda hasta dónde es posible el martirio de la desdichada.

¿Es ya tiempo de que cumplamos esta promesa?

Creemos que sí, puesto que hemos dado á conocer á

algunos personajes que representan un gran papel en la historia de Clotilde.

Así empezaremos á aclarar misterios, aunque algunos de los más interesantes quedarán ocultos hasta que llegue la ocasion.

Ten paciencia, lector, que todo no puede hacerse de una vez.

Por ahora debemos olvidar las escenas que hemos pintado, puesto que hemos de retroceder.

Nada perderemos, puesto que son muy interesantes los sucesos que hemos de referir...

Perdona, lector, si hacemos demasiados comentarios.

Nos corregimos y damos principio á la prometida historia.

CAPITULO XII.

La historia de Clotilde.

Don Claudio Villalobos era un coronel que habia hecho toda la guerra civil, y que tenia el cuerpo lleno de cicatrices y el uniforme de cruces, ganadas todas con su heróico valor y con su sangre.

Militar severo y pundonoroso, habia cumplido siempre sus deberes con religiosa exactitud. Era un verdadero esclavo de la disciplina, y no conocia más leyes, ni más razon, ni más justicia que la ordenanza.

El año 1843 cuando la revolucion... Nos equivocamos: cuando la rebelion se puso frente al ilustre caudillo de Vergara, regente del reino, don Claudio, fiel á sus principios de ciega obediencia, siguió á Espartero sin separarse de él hasta que lo vió alejarse de la española tier-

ra para devorar sus desengaños y amarguras en el ostracismo.

Despues de este acontecimiento, que tan tristes consecuencias debia tener para el pueblo español, Villalobos juró fidelidad al nuevo gobierno, y fiel le hubiera sido á darle ocasion de probar hasta dónde llegaba su lealtad y la severidad de su conciencia.

Empero á los pocos dias se decretó su retiro, y se vió obligado á renunciar para siempre á lo que para él constituia su existencia.

Tenia una esposa tierna y modelo de virtudes y una hija de quince años, tipo admirable de belleza y raro tesoro de nobleza y amor.

¿Pero era esto bastante para un hombre del carácter de don Claudio y de sus antiguas costumbres?

No.

El dia que recibió la órden de retiro, despidióse de sus antiguos compañeros, y dejándose llevar de un arrebato de cólera, rompió la espada de que tan gloriosamente y por tantos años se habia servido en defensa de la patria, de la libertad y de los que le pagaban con tan negra ingratitud.

No hay que decir que el haber seguido Villalobos al regente, el haber obedecido al gobierno legítimo entonces, fué la única causa de su separacion del servicio.

Don Claudio no podia vivir más tiempo que su espada, y murió tres meses despues á consecuencia de una congestion cerebral.

Este triste suceso tuvo lugar en Madrid.

Los tres meses que Villalobos habia vivido más que su espada, no se le vió reunirse y hablar sino con un jóven de privilegiado talento á quien por casualidad conoció.

El jóven comprendia al anciano, y éste sentia calmarse su desesperacion cuando escuchaba al jóven.

Dos criaturas que se comprenden quedan bien pronto unidas por los lazos de la más estrecha amistad.

Las posiciones ni las circunstancias eran iguales; pero ¿qué importaba esto?

El jóven era huérfano y rico, empezaba á vivir, y ante él sonreia un mundo de promesas y esperanzas, se le presentaba un horizonte inmenso de grandeza y de glorias.

Don Claudio se encontraba en el último tercio de su existencia, acababa su vida cuando empezaba la de su amigo, se habian marchitado sus ilusiones, y no abrigaba más esperanza que la negra del descanso eterno. El horizonte estaba para él cargado de sombrías nubes, porque ignoraba lo que seria de su esposa y de su hija, á quienes no podia dejar otra fortuna que una pension, insuficiente para vivir con el decoro y las comodidades que siempre habian vivido.

Cuando espiró don Claudio, la madre y la hija no encontraron más que un corazon amigo, uno solo que comprendiese su dolor y que llorase con ellas, el corazon del jóven amigo del coronel.

Sucedió lo que era consiguiente: el amigo del padre fué el amigo de la hija.

La belleza interesa doblemente cuando se le une la desgracia, y la desgracia conmueve más cuando está con la virtud.

¿Era sorprendente que el corazon de amigo se convirtiera en corazon de amante?

De la amistad al amor hay poca distancia.

Los dos jóvenes se amaron con toda la intensidad de que eran susceptibles sus ardientes y vírgenes corazones.

Eran dos almas creada la una para la otra.

El jóven se consideró el hombre más feliz del mundo.

Ella era todo lo dichosa que podia ser.

El recuerdo de su buen padre era doloroso y triste; pero dulce á la vez.

Los séres se reproducen y dejan de existir: esta es la ley de la naturaleza, está en nuestra naturaleza misma y la aceptamos instintivamente.

Por consiguiente, la jóven podia ser completamente feliz al cabo de algun tiempo y á pesar de la pérdida de su padre.

Tal era el estado en que se encontraba esta familia dos meses despues de haber dejado de existir don Claudio Villalobos.

¿No debemos decir cuatro palabras sobre el jóven?

Creemos que sí.

CAPITULO XIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

El jóven que nos ocupa se llamaba Guillermo Luján.

Sus padres habian muerto víctimas del cólera cuando él no tenia mas que siete ú ocho años, y habia sido educado por un tio suyo y su tutor, hombre de rancias ideas, escaso entendimiento y carácter áspero.

Guillermo no pudo, pues, dar espansion á sus sentimientos de ternura.

Su corazon estaba solo en el mundo, enteramente solo, y esto contribuyó mucho á que su carácter llegase á ser muy reservado.

No podia suceder otra cosa.

Lo mismo sus pesares que sus alegrías, tenia que guardarlas para sufrir ó gozar él solo.

¿Qué debia suceder?

Que la primera vez que amase, su amor debia llegar hasta el frenesí.

Toda fuerza contenida es mayor cuando ya no encuentra ningun obstáculo.

Guillermo no habia tenido más guia que sus instintos, y lo mismo pudo ser un hombre malo que bueno.

Afortunadamente sucedió lo segundo.

Estudió con un afan verdaderamente febril, porque los libros eran sus amigos únicos, el estudio era su sola afeccion.

Cuando tenia veinte años, era Guillermo un hombre que poseia una instruccion rara, y dió muchas pruebas de su talento privilegiado.

Todo esto no tenia ninguna importancia para su tio, y por consiguiente el jóven no encontró siquiera la dulce satisfaccion, la recompensa justísima de una alabanza, de una palabra de consuelo pronunciada por la persona que le era más allegada.

Esto fué para él muy amargo; pero no solamente no le desalentó, sino que pareció ser un incentivo á su afan de instruirse.

No queria ser un hombre como todos, queria ser algo más.

No creia que la fortuna que habia heredado podia darle valor alguno, y quiso hacerse valer por su inteligencia, su sabiduría y su virtud.

Empeñó, pues, una lucha contra todos los inconve-

nientes que se le presentaron, porque el triunfo era ya para él una cuestion de amor propio.

Con una firmeza incontrarestable puso en práctica su propósito.

A los veinticuatro años era Guillermo lo que deseaba ser, y la costumbre de sufrir y callar, hicieron en su alma lo que no habian podido hacer los años y la experiencia.

Entonces fué cuando la casualidad le deparó al coronel.

Éste, á pesar de su carácter violento, estaba dotado de un gran corazon noble y sensible.

A Guillermo le pareció que habia encontrado un padre.

El coronel vió en el jóven un hijo.

Clotilde y Guillermo debian mirarse como hermanos.

Aunque fiel siempre al gobierno legítimo y esclavo de la disciplina, en el fondo de su alma Villalobos era amante de la libertad.

Guillermo, sin más guia que sus nobles instintos, sin otros consejos que su constante observacion de la naturaleza, debia ser tambien uno de los más ardientes defensores de los derechos naturales de la criatura, y como nadie se lo estorbaba, bien pronto adquirió los más formales compromisos en política.

¿Ambicionaba algo?

El bien de su patria y nada más.

Guillermo era una de las excepciones de los hombres políticos de nuestra época.

Creia que tenia un deber que cumplir, lo cumplia y nada más.

Para cumplir su deber estaba dispuesto á sacrificarlo todo, lo mismo su pingüe fortuna que su vida.

Los deberes del ciudadano eran para el jóven los primeros.

—La patria es mi madre,—decia,—y mi madre es antes que todo: los hombres son mis hermanos, y por un hermano todo debe hacerse.

Estas ideas, estos sentimientos habian echado hondas raices en su alma.

Practicaba la virtud sin hacer alarde de virtuoso.

Donde quiera que encontraba la desgracia, procuraba remediarla.

Muchos infelices le debieron la salvacion sin saber de quién habian recibido el beneficio.

Guillermo se consideraba sobradamente recompensado con la satisfaccion de haber hecho el bien, con el convencimiento de haber cumplido sus deberes.

De esto resultó que fuese completamente feliz, á pesar de sus luchas y sufrimientos, á pesar de sus amarguras y de su aislamiento moral.

En cuanto á sus demás condiciones, con pocas palabras las daremos á conocer.

Su calma era imperturbable, y mucho más fria ante el peligro.

En ninguna situacion se dejaba llevar por las impresiones que recibia; así es que nunca se le vió fallar sino despues de examinar imparcialmente y de reflexionar.

Para cualquiera mujer era un raro tesoro semejante hombre.

Clotilde habia, pues, encontrado, no solamente un amante tierno, sino un hermano, un padre y un sábio mentor.

¿Conocemos ya bastante á Guillermo de Luján?

Sí.

CAPITULO XIV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Dice el refran, que ni el amor ni el dinero pueden estar ocultos.

Aunque Clotilde y Guillermo procuraron disimular, su amor fué conocido por la viuda.

Ésta pasó tres dias observando y reflexionando.

Al cuarto dijo al jóven:

—Usted ama á mi hija.

—Sí,—respondió Guillermo sin vacilar.

—Es usted correspondido.

—Tengo esa dicha.

La buena madre fijó una mirada escudriñadora en el rostro del jóven, y repuso:

—A todos nos conviene que ese amor concluya.

—¡Que concluya!—exclamó Guillermo como quien oye hablar de un imposible.

—Es preciso.

—¿Y por qué?

—Usted es rico y Clotilde es pobre.

—Clotilde es virtuosa, y su virtud vale mucho más que mi riqueza.

—Eso lo dice su corazon de usted.

—Es verdad, señora.

—Pero despues que habla el corazon, y cuando éste se encuentra ya satisfecho, despierta la cabeza y habla tambien.

—¡Señora!...

—El mundo,—repuso la viuda,—no es como desearíamos; la sociedad...

—Perdone usted,—interrumpió Guillermo.

—¿Qué queria usted decirme?

—He hecho justicia á la virtud de Clotilde.

—Ciertamente.

—¿No la hará usted á mis sentimientos?

La viuda quedó pensativa.

Más que las palabras, el acento del jóven le habia revelado todo lo que queria saber.

—Señora,—dijo Guillermo despues de algunos instantes,—dentro de pocos dias cumpliré veinticinco años y seré dueño absoluto de mi voluntad.

—Bien,—se concretó á decir la viuda.

No hablaron más de semejante asunto.

Clotilde y Guillermo fueron doblemente dichosos, porque no tuvieron que disimular.

Pero su dicha debia turbarse como se turban todas.

Don Claudio Villalobos no podia vivir sin su espada.

Sin él no podia vivir su esposa.

A los tres meses de la muerte del coronel, enfermó la viuda.

El médico declaró que la mataba una afeccion moral.

No se equivocó y la virtuosa mujer dejó de existir en pocos dias.

¡Pobre Clotilde!

Quedaba sola en el mundo, sola cuando aún no habia cumplido diez y seis años.

¿Qué iba á ser de ella?

Su dolor no pudo ser más intenso.

La viuda, pocos minutos antes de espirar, habia llamado á Guillermo y le habia dicho con el acento solemne, con la voz imponente y profunda de los moribundos:

—Voy á reunirme con mi esposo.

El jóven exhaló un suspiro, inclinó tristemente la cabeza y guardó silencio.

—Si yo no tuviera una hija, estos momentos serian para mí los más dichosos.

—¡Cuanta fé!—murmuró Guillermo.

—Pero Clotilde queda sola en el mundo.

—No, sola no.

—Usted reconoció que la virtud de mi hija era un tesoro inapreciable.

—Sí, sí.

—Huérfana, sin amparo...

—¡Oh!—exclamó Guillermo, mientras dos lágrimas humedecian sus ojos.

Y besando el crucifijo que la enferma tenia entre sus descarnadas manos, y poniendo la diestra sobre su corazon, dijo:

—Sea usted dichosa en estos supremos instantes, si para la dicha no le falta más que la seguridad de que su hija no quedará sola en el mundo, porque antes de quince dias seré su esposo.

—Y yo os bendeciré desde el cielo... ¡Abrázame, hijo mio!

Guillermo abrazó á la moribunda, besándola con ternura filial.

Ella sonrió dulcemente.

Era su última sonrisa.

Como el jóven habia cumplido ya veinticinco años, no tenia que esperar que nadie aprobase sus determinaciones.

Estaba en posesion de su herencia, y como su intencion era casarse, sin decir nada ni aun á Clotilde, habia hecho algunos preparativos.

No hay que pensar que ni por un momento vacilase para cumplir su promesa.

Por el contrario, los dias que tardaba en cumplirla pareciéronle siglos, ya porque amaba, ya porque no podia ser más crítica la situacion de Clotilde.

El dolor de ésta no podia encontrar consuelo mas que en el cariño de su esposo.

Antes de quince dias los dos jóvenes se unieron con lazos que solo la muerte podia romper.

Como era consiguiente en tal situacion, la boda fué bien triste: el llanto corrió en abundancia por las mejillas de Clotilde.

Cuando miró á su alrededor sin ver á sus padres, parecióle que estaba en un desierto.

Pero ya hemos dicho que esta clase de dolores, aunque no terminen, llegan á ser tranquilos.

Al cabo de un mes la jóven recobró la calma.

Al siguiente comprendió con indecible alegría, con una alegría sin igual, que era madre.

El sentimiento del amor maternal debia dominarlo todo.

¿Qué le faltaba á Clotilde para ser completamente dichosa?

Nada, absolutamente nada.

Cada dia era más intenso el amor de su esposo.

El tiempo pasaba para ambos con rapidez, como pasa para los que son dichosos.

Sus tristes recuerdos iban debilitándose, y por consiguiente se disipaba la nube de tristeza que habia ocultado el sol de su felicidad.

Cuando tuvieron un hijo, acabaron de olvidarse de todo lo que podia hacerles sufrir.

El último recuerdo, la última sombra desapareció

con el luto que se quitaron un año despues de la muerte de la viuda.

¿Qué valor tenia lo pasado?

Su mirada se fijó solamente en lo porvenir.

La juventud mira adelante y sonrie.

La vejez mira atras y suspira.

CAPITULO XV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Los truhanes, fulleros, holgazanes por instinto y por costumbre y vagos de profesion, que viven á costa de la gente honrada, sorprendiendo la buena fé de unos y explotando los nobles sentimientos de otros, andan siempre á caza de noticias sobre la vida pública y privada de todo el mundo, porque estas averiguaciones son la base de su criminal industria.

Semejantes hombres, que son una especie de escoria de la sociedad, que en ésta representan el mismo papel que la zizaña entre el trigo, que no hacen ni más ni ménos que lo que el gusano que se introduce en el hormiguero para comer á costa de la laboriosidad de la hormiga, estos hombres, repetimos, lo saben todo, porque

siempre andan á caza de noticias con la constancia del gato que acecha, con la astucia de la zorra que se hace la mortecina, con la habilidad de la fabulosa sirena que canta ó la falsía del cocodrilo que llora.

Un secreto sorprendido por ellos es un tesoro, una mina inagotable.

Segun la índole del secreto, así lo explotan, así lo aprovechan, así lo hacen producir.

Unas veces lo convierten en puñal que amenaza herir la honra, matar la reputacion, y se hacen pagar bien cara la generosidad de no descargar el golpe.

Otras veces lo convierten en mercancía, que negocian á elevado precio.

Cuando no tienen secretos que explotar, apelan á otros mil recursos, porque como conocen la vida privada de todo el mundo, les es fácil hacer lo que parece imposible.

¿Quereis saber la verdadera fortuna de tal ó cual hombre rico, quereis conocer el carácter de ésta ó de la otra persona, quereis averiguar las más recónditas interioridades de una familia?

Preguntadlo á uno de esos bribones, y os lo dirá con los más minuciosos detalles.

Esto es una industria como otra cualquiera y que no deja de tener mérito, porque no puede ejercerse sin algun ingenio, sin mucha audacia y sin desentenderse de la manera más completa de todo sentimiento de vergüenza y de pudor, no puede ejercerse sin haber dado

á la conciencia un narcótico que la haga dormir para siempre ó que la mate.

Lo que no trabaja el cuerpo de semejantes hombres, trabaja su ingenio, y preciso es reconocer que tienen el don de la inventiva hasta un grado inconcebible.

Al presentar al señor don Pedro Rubianes, hombre respetabilísimo en todos conceptos, hablamos de sus antecedentes, y dijimos que habia pertenecido á ese número de bribones, polilla roedora de la sociedad, criminales exceptuados de castigo por los códigos de todos los pueblos, y consumidores de lo que produce la laboriosidad de la gente honrada; pero estas indicaciones no son suficientes, y tenemos que dar á conocer á Rubianes en la época á que se refiere esta historia, y cuando tenia veintiseis ó veintisiete años.

Perico Rubianes, como lo llamaban sus amigos y conocidos, era tan distinto del señor don Pedro Rubianes, como lo es lo negro de lo blanco.

Bien puede decirse que el primero habia muerto, y que el segundo en nada se le parecia, ó de otro modo, que el señor don Pedro Rubianes tenia la desgracia de llevar el mismo nombre que un antiguo truhan, cuyas hazañas eran innumerables.

Ni aun los rasgos característicos del rostro del primero los conservaba el del segundo.

No eran, pues, la misma persona ni física ni moralmente considerados.

En el señor don Pedro Rubianes, en el hombre de

maneras distinguidas, de trato delicado, de severa gravedad, nadie hubiera reconocido á Perico Rubianes, al caballero de industria, al truhan desenvuelto, audaz, vivo y alegre, á quien se encontraba en todas partes, con el sombrero de medio lado, la mirada investigadora y el aire de perdonavidas.

Nadie sabia dónde habitaba Perico, ni tampoco, lo hemos dicho ya, con qué recursos contaba para vivir; pero lo cierto es que ninguna noche le faltaba techo que lo cobijase, ningun dia le faltaba el alimento.

Estos hombres tienen sus alternativas como todo el que vive del azar, y unas veces les sobra el dinero, mientras que otras se esfuerzan vanamente para encontrarlo.

Cuando tienen, gastan como si así quisiesen compensar las anteriores privaciones, y cuando no tienen suspiran porque han gastado, si bien no hacen propósito de enmienda, porque en último caso cuentan con el bolsillo ageno.

En la época á que nos referimos, Rubianes estaba reñido con la fortuna; llevaba una larga temporada de no hacer ningun negocio que le sacase de apuros, y habia sido desgraciado hasta en la peligrosa industria de *levantar muertos* del tapete verde.

—Preciso es dar un golpe decente,—se dijo un dia,—y casi estoy por hacerme hombre honrado.

Estas palabras hicieron brotar en su mente una luminosísima idea, y añadió:

—Una onza puede ser buena ó falsa: cuando uno es hábil para hacerla pasar, la falsa vale diez y seis duros lo mismo que la buena. Esto sucede con la virtud, esto sucede con todo en este mundo. La virtud, como máscara, es decir, la falsa virtud, es más provechosa que la virtud verdadera. Este principio lo he puesto en práctica muchas veces; pero nunca para hacer un buen negocio, lo que se llama un buen negocio. Los tontos van desapareciendo y los pillos vamos siendo más conocidos de lo que nos conviene. Además se aumenta el número de los caballeros de industria, somos muchos peces para un solo anzuelo, ó más bien, hay muchos anzuelos para pocos peces. La concurrencia es grande, y la competencia va haciéndose imposible. ¿Debo adoptar un nuevo sistema? Hasta hoy he seguido la rutina, no he hecho mas que lo que todos hacen, y por consiguiente no he ganado sino lo que todos ganan, he vivido y nada más. No, no me contento con esto. Yo no soy un hombre vulgar, valgo más que mis compañeros y debo hacer algo más de lo que ellos hacen. Meditemos, pues, que mi cerebro parece estar hoy más despejado.

El dia que esto pensó Rubianes habia almorzado, pero no habia comido.

Eran las nueve de la noche.

Se abotonó la levita hasta la garganta para que no pudiera verse mas que el cuello de papel fabricado por él mismo y que se habia puesto á falta del de la camisa.

Hay que advertir que sin camisa y con cuello de papel se habia dado Perico Rubianes la importancia de gran señor muchas veces.

El frio era intenso, y mucho más para nuestro héroe, que tenia el estómago vacío.

Metió las manos en los bolsillos del pantalon, y contrayendo el cuello y encorvando la espalda, lanzóse á través de las calles de la coronada villa.

Media hora despues se le oyó murmurar:

—El plan es bueno; pero ¿quién ha de ser la víctima?

Y luego añadió:

—El que busca, encuentra... Buscaré.

CAPITULO XVI.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Perico Rubianes, repasando en su memoria los nombres de todos los hombres ricos y honrados de Madrid, llegó á la puerta del café Suizo.

—¡Diantre!—murmuró deteniéndose.—El frio aprieta y voy á quedarme hecho una estátua.

Miró á los que salian y entraban en el café por si la fortuna le deparaba algun incauto; pero no tuvo la suerte de que sucediera así, y despues de reflexionar decidióse á entrar él tambien en busca de abrigo, ya que otra cosa no encontrase.

Sentóse, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos para continuar su meditacion.

En la mesa del lado habia dos hombres que por su aspecto parecian pertenecer á una clase distinguida.

Hablaban de diferentes asuntos como para entretener el tiempo.

La conversacion era muy animada, porque sobre ningun punto estaban de acuerdo.

—Me distraen con su charla,—dijo para sí Rubianes.

Y levantó la cabeza y la volvió hácia los otros.

Sus ojos brillaron, y su rostro cambió de expresion.

—Me parece,—dijo,—que tengo lo que buscaba, y no me habia ocurrido pensar en semejante hombre. Principiaré por observar.

Estas palabras se referian á Guillermo de Luján, que era uno de los dos que hablaban junto á la inmediata mesa.

El otro era uno de esos jóvenes cuyos principios consisten en dudar de todo, porque creen que así no pueden engañarse.

Rubianes dejó de meditar y se puso á escuchar, oyendo lo siguiente:

—No,—decia el amigo de Guillermo,—no creo en la virtud con la miseria, porque el hambre tiene más fuerza que la virtud.

El esposo de Clotilde desplegó una leve sonrisa, y replicó:

—¿Y si te presento un ejemplo?

—No puedes presentármelo.

—He visto muchos.

—Has creido ver; pero nada más.

—¿Te sometes á una prueba?

—Sí; pero ha de ser clara, una de esas pruebas que no admiten duda.

—La tendrás mañana, quizá esta misma noche...

—Lo veremos.

En aquel momento se acercó á la mesa una mujer con un niño pequeño en brazos.

Más que los harapos de que iba cubierta, su rostro revelaba la miseria más espantosa.

La infeliz apenas podia sostenerse ni hablar.

El niño se acurrucaba bajo el pañuelo con que se cobijaba la madre, y su mirada, lánguida y triste, vagaba distraidamente de uno en otro punto.

—Una limosna, señores,—dijo la pobre mujer con voz débil y lastimera;—una limosna por Dios.... No tengo pan para mi hijo.

Guillermo fijó una mirada escudriñadora en el rostro de la mendiga.

Ésta alargó una de sus descarnadas manos, añadiendo:

—Por Dios, una limosna.

El esposo de Clotilde metió dos dedos en uno de los bolsillos de su chaleco, sacó una moneda, y sin mirarla y como distraidamente la puso en la mano de la pobre madre.

—Dios se lo pague, Dios lo libre á usted de ver con hambre á sus hijos.

Al pronunciar estas palabras brotaron dos lágrimas de los ojos de la mendiga.

Llegó un mozo y la mandó salir.

Ella obedeció, mientras murmuraba palabras de gratitud y de ternura.

—Con que quedamos,—dijo el amigo de Guillermo,—en que muy pronto veré el rarísimo fenómeno de la virtud más fuerte que el hambre.

—Sí, lo verás.

—¿Hemos de apostar algo?

—Lo que quieras.

—Fija tú la cantidad.

—Poco, muy poco...

—Me es indiferente, puesto que estoy seguro de ganar.

—Media onza de oro...

—Convenidos.

—No quiero que tu incredulidad te cueste más dinero.

—Pero no olvides las condiciones.

—No las olvido.

—Pruebas claras, muy claras.

—Sí, claras, palpables, hasta el punto de que tú reconozcas que te has equivocado.

—Eso es.

Iban á dar principio á otra conversacion, cuando la mendiga volvió á presentarse.

—Caballero,— dijo con voz agitada y alargando la diestra, en la que dejaba ver media onza de oro,—se ha equivocado usted.

—¡Que me he equivocado!...

—Sí, mire usted, esto es media onza, que no me pertenece, porque la intencion de usted habrá sido darme dos cuartos.

Guillermo miró á su amigo.

La frente de éste se contrajo.

Hubo algunos instantes de silencio.

—¿Estás convencido?—preguntó al fin el esposo de Clotilde.—¿Crees ahora en la virtud con la miseria, en la virtud con más fuerza que el hambre? ¿Crees tambien en la mano de Dios, que ha traido aquí á esta desgraciada precisamente en el instante en que negabas la existencia de la virtud?

—Creo,—murmuró el otro.

—Entonces,—repuso Guillermo, cambiando de tono, —me debes ocho duros.

—Los cuales te entrego ahora mismo.

—Y yo acepto, para hacer mayor el beneficio.

El esposo de Clotilde tomó el dinero que su amigo le daba, y lo puso en la mano de la mendiga, que miraba y escuchaba atónita como si nada comprendiese.

—Eso es de usted, hermana. Antes no me equivoqué; pero fingí distraerme, porque necesitaba una prueba de la virtud.

El llanto volvió á brotar de los ojos de la infeliz madre.

Quiso hablar y no pudo.

El mozo llegó otra vez y con áspero acento, dijo:

—Ya la mandé á usted salir.

Y sin miramiento alguno empujó á la mendiga hasta la puerta.

Ella, en su aturdimiento, se dejó llevar y salió como un autómata que obedece á sus resortes.

Quedó pensativo el amigo de Guillermo.

En el rostro de éste se pintó la satisfaccion dulcísima que experimentaba.

Para Rubianes no habia pasado desapercibido ni el más leve detalle de esta escena.

—Tengo cuanto necesito,—dijo para sí.—Con un hombre como éste, es seguro el éxito de mi plan. Anda á caza de ejemplos de virtud. ¿Por qué no he de darle yo uno?

Reflexionó, añadiendo despues de algunos instantes:

—Esta misma noche empezaré mis observaciones, continuaré mañana y los siguientes dias, y daré el golpe apenas se presente la ocasion. No he comido; pero tendré paciencia. Creo que cenaré y dormiré tranquilamente, riéndome del mundo, porque el mundo merece que de él se rian. Yo entro aquí en busca de un hombre á quien engañar, y no me echan, y esa mujer viene con su virtud en busca de pan para su hijo, y la hacen salir como á la criatura más despreciable y criminal. ¿No merece el mundo que de él se rian?

Rubianes cambió de postura y esperó.

Media hora despues se despidió Guillermo de su amigo, y salió del café encaminándose á su casa.

El truhan lo siguió.

Orgulloso, no por lo que habia hecho, sino por el triunfo que habia conseguido sobre la incredulidad, entró Guillermo en su morada y refirió á su esposa el suceso.

Ella lo contempló con infinita ternura y sus negros y magníficos ojos se humedecieron.

—No,—dijo con voz ahogada por la emocion,—no faltará pan á nuestro hijo, porque eres bueno, porque en nombre de Dios te ha bendecido una madre.

Y cayó en los brazos que le tendia su esposo.

CAPITULO XVII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Desde el dia siguiente fué Rubianes la sombra de Guillermo.

No iba éste á ninguna parte sin que lo siguiese aquel, observándolo cuidadosamente.

Por entonces y casi todas las tardes, á las tres y media ó las cuatro iba el esposo de Clotilde al Retiro, paseándose por los sitios más solitarios hasta que el sol se ponia.

Durante estos paseos se entregaba á profundas meditaciones sobre los sucesos políticos en que tanto se interesaba.

Así pasaron tres ó cuatro dias sin que advirtiese que era espiado.

Rubianes creyó que no necesitaba más, y dijo al fin:

—Mañana daré el golpe, á ménos que la casualidad se declare en contra mia.

Y efectivamente, al otro dia y á la hora de costumbre se situó cerca de la casa de Luján.

Salió éste á la misma hora que todas las tardes y se encaminó al Retiro.

El truhan se frotó las manos alegremente.

—Negocio hecho,—murmuró.

Y adelantóse, internándose en la espesura y llegando á uno de los sitios por donde Guillermo habia de pasar.

Allí habia un banco de piedra donde el esposo de Clotilde se sentaba para descansar algunos minutos.

Rubianes echó una ojeada á su ropa, que estaba limpia, pero que revelaba la miseria.

—Bien,—dijo,—hay que reconocer al verme que soy un pobre; pero á la vez decente.

¿Qué intentaba?

Vamos á verlo.

Miró á su alrededor y escuchó.

—Por aquí debe llegar,—dijo, señalando á un estrecho sendero,—y por consiguiente á este lado debo volver la espalda. No tardará en venir, porque anda de prisa.

Dicho esto, se sentó.

Quitóse el sombrero y lo dejó sobre el banco.

Luego sacó una pistola y la amartilló.

—Aquí está la deseada muerte,—dijo con acento de

amargura.—Aquí está el eterno reposo, la felicidad única y positiva á que debe aspirar el hombre. Despues de los desengaños, despues de rudas luchas y horribles sufrimientos, la muerte, no hay más que la muerte. ¿De qué sirve en el mundo un desdichado como yo? Soy una carga insoportable para la sociedad, y la sociedad es una carga para mí.

Exhaló un profundo suspiro.

Su rostro expresaba el dolor más intenso.

Parecia presa de una agitacion horrible.

No podia mirársele sin compadecerlo.

—¡Ah!—exclamó despues de algunos instantes.—He procurado cumplir mis deberes, he luchado sin temblar con las contrariedades de la vida y he sufrido con resignacion; pero me faltan las fuerzas... Dios mio, perdonadme el crímen que voy á cometer, y que es el primero y será el último que manche mi conciencia.

Apoyó el codo izquierdo sobre una de sus rodillas y la frente en la mano.

En la derecha tenia la pistola.

Guardó silencio y quedó inmóvil como una estátua.

De vez en cuando recorria sus miembros un ligero temblor.

Así trascurrieron diez minutos.

Percibióse un leve rumor.

Rubianes continuó sin movimiento.

En su estado de abstraccion dolorosa no era posible que oyese nada.

Presentóse Guillermo, que iba con la cabeza inclinada sobre el pecho y con aire pensativo.

Al ver al suicida se detuvo.

Lo contempló y le bastaron algunos instantes para comprender lo que sucedia.

Su noble frente se contrajo y palideció.

Una sombría nube pareció velar sus negros ojos.

Su corazon palpitó con violencia.

¿Qué debia hacer en semejante situacion?

No vacilaba en cumplir su deber; pero necesitaba saber á qué atenerse en cuanto al desdichado que estaba ante sus ojos.

—El sol desciende,—dijo Rubianes con lúgubre acento:—cuando se oculte el último de sus rayos, habrá concluido mi existencia mísera. El mundo encontrará un cadáver; pero como dijo Espronceda, ¿qué importa al mundo un cadáver más? Pobre y desvalido, he luchado solo con el infortunio, he arrostrado la injusticia de los hombres... ¿Qué más puede pedírseme? He sido honrado, y me he visto despreciado por la sociedad; he dicho que sufria, y se han encogido de hombros mis hermanos; he tenido hambre, he pedido pan, y me lo han negado duramente los que gastan el oro á manos llenas en satisfacer caprichos, en alimentar sus pasiones.. ¡Oh!... Se me abrasa la cabeza... No puedo más, no puedo más... ¡Padre mio, madre mia! vosotros que desde el cielo veis mi alma, vosotros que podeis apreciar los sufrimientos de vuestro hijo desdichado, rogad á Dios que me perdo-

ne, rogádselo, porque sabeis que ya me faltan las fuerzas, y ¿qué he de hacer sin fuerzas para luchar?... Llegó el momento... ¡Perdon, perdon, Dios misericordioso!

Al pronunciar estas palabras levantó el brazo derecho y acercó la pistola á una de sus sienes.

Guillermo dió un paso, alargó la diestra, cogió el arma, y separándola de la cabeza, dijo:

—¿Qué haces, desdichado?

Rubianes exhaló un grito, púsose en pié, volvióse y fijó sus espantados ojos en Luján.

Sus cabellos estaban en desórden y su rostro lívido y desfigurado.

Sus miembros temblaban convulsivamente.

La pistola se escapó de su mano.

Hay que reconocer que el truhan era un cómico admirable.

¿A quién no hubiera engañado?

No es posible explicar lo que sintió Guillermo.

Su corazon generoso se interesó vivamente por aquel desgraciado.

Las últimas palabras de Rubianes eran suficiente para que se comprendiera su horrible situacion, porque encerraban la historia completa de un hombre desgraciado y virtuoso.

No se necesitaban más averiguáciones: el suicida, huérfano quizá desde su niñez, pobre y sin amparo, habia sostenido una de esas luchas espantosas que algunos séres tienen que sostener con la sociedad, y á pesar del in-

fortunio, de los desengaños y la miseria, habia conservado pura su honra, prefiriendo morir antes que mancharla.

El recurso del suicidio no decia nada en contra de la virtud de aquel desdichado, cuya razon debia estar trastornada en fuerza de sufrimientos, como lo está la de todo el que atenta contra su vida.

No solamente digno de compasion, sino de proteccion, era el infeliz.

Habia pedido pan, y se lo habian negado los que lo arrojában á sus perros; habia sufrido sin exhalar una queja, y se disponia á morir invocando el nombre de sus padres, y apelando á la infinita misericordia del Omnipotente.

Nada más interesante, nada más sublime, y á la vez nada más horroroso, más amargo, más desgarrador.

El truhan, á pesar de que iba á cometer con el suicidio una cobardía ó una locura, representaba en aquellos momentos y á los ojos de Luján un gran papel, era una gran figura, era uno de esos séres que se elevan sobre el lodo de las ruindades y miserias del mundo.

Hubiera querido Guillermo que lo acompañase el amigo á quien dimos á conocer, para presentarle otro ejemplo de virtud, diciéndole:

—Ese desgraciado tiene hambre; con el arma que ves en su mano podria obligar á un rico á que le diese pan; y sin embargo, esa arma la emplea en acabar con su vida antes que servirse de ella para cometer un robo.

Las apariencias eran tales, que el incrédulo hubiera tenido que darse por vencido.

Trascurrieron algunos minutos.

Guillermo, más conmovido cada vez, se acercó á Rubianes.

—¡Oh!—exclamó éste.

Y se cubrió el rostro con las manos.

Luego, se dejó caer en el banco como si no le quedaran fuerzas para sostenerse.

CAPITULO XVIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

El semblante de Guillermo tomó una expresion de dulzura sin igual.

Sentóse junto á Rubianes, le tomó una mano y le dijo cariñosamente:

—¿Acaso ha perdido usted la fé? ¿Por ventura se ha extraviado su razon?

—¡Ah!—exclamó el truhan, procurando ocultarse el rostro con la mano que le quedaba libre;—nada me diga usted, caballero, nada me diga usted, porque ya sé que mi intento era una cobardía... ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!...

—¿Quién no tiene un momento de debilidad?... ¡Vergüenza!... El hombre no debe avergonzarse sino de haber cometido un crímen.

—Yo iba á cometerlo...

—Dios me ha traido para evitarlo.

—Pero soy un cobarde, soy un cobarde... ¡Oh!—exclamó desesperadamente Rubianes.

Y mientras evitaba mirar frente á frente á su bienhechor, hizo un brusco movimiento como para levantarse y huir.

—¿Adónde va usted?—le preguntó Luján deteniéndolo.

—Déjeme usted ocultar mi vergüenza.

—No, ya no se separará usted de mí, ó por lo ménos no lo hará sin haberme escuchado.

Rubianes exhaló un penoso suspiro.

—Sí, tengo derecho á que me escuche usted.

—Perdone usted, caballero,—repuso el truhan,—perdone usted si me muestro ingrato con quien me ha hecho, no el beneficio de salvarme la vida, sino el alma; con quien me ha evitado cometer el más cobarde de todos los crímenes.

—No le preguntaré á usted por qué ha tomado esa resolucion desesperada...

—Lo que sufro no puedo explicarlo. Mi vida es una série de desgracias las más horribles. Siendo niño quedé sin padres, debí la existencia á la caridad, y tambien desaparecieron del mundo mis bienhechores cuando empecé á ser hombre. Mi familia pertenecia á esa clase desdichada, que siendo pobre tiene el deber de vivir con decoro. No me hicieron aprender un oficio, porque creian que me deshonraban.

—Desgraciadamente,—repuso Guillermo de Luján,—no se han desterrado de España las necias preocupaciones de otros tiempos.

—Esa ha sido mi perdicion. Yo quise trabajar, porque siempre he creido que el trabajo, sea cual fuere, honra y engrandece al hombre; pero mi educacion no me permitia mas que desempeñar un empleo.

—¡Triste recurso!

—Busqué, y encontré, aunque el mezquino producto de mi trabajo apenas me bastaba para vivir. Pero me consideré dichoso, y dichoso me consideraría si hace dos años no hubiera quedado sin ocupacion. Volví á buscar por todas partes, acudí á cuantas personas creí que podian favorecerme; á todos les pintaba mi horrible situacion, á todos les pedia, no una limosna, sino trabajo, ofreciendo mis conocimientos y mi inteligencia, ofreciendo mi lealtad y mi corazon, y todos me decian: «No puedo...» ¡Oh!... No acierto á decir cómo he vivido, no acierto á explicarme cómo la caridad me ha sostenido cuando yo no la imploraba; pero sin duda mi aspecto revelaba mi estado, porque muchas veces, al negarme el trabajo que pedia, me daban una limosna. Esta situacion era insostenible: las puertas que se me abrian una vez, se me cerraban para siempre. Los que una vez se compadecian de mí, me volvian luego la espalda. No me he quejado, porque no me he creido con derecho á vivir á costa de los demás, porque comprendo que las personas á quienes yo acudia, debian dudar si yo era un

hombre verdaderamente desgraciado, ó un miserable que explotaba su generosidad.

—¿Qué le importa al que socorre la conciencia del socorrido?

Volvió á suspirar Rubianes y dejó caer lánguidamente la cabeza sobre el pecho.

Hubiérase dicho que sus fuerzas se habian agotado, y que ni hablar le permitia su debilidad.

Guillermo reflexionó.

—Este hombre,—dijo para sí,—está dotado de una inteligencia clara, ha recibido una educacion regular, y sus sentimientos son nobles.

Un hombre así puede ser útil.

Luján habia emprendido algunos negocios y no tenia á nadie que le ayudara.

Más ó ménos tarde necesitaría un auxiliar.

¿Por qué no habia de ofrecer á Rubianes trabajo y pan?

Así hacia un beneficio y atendia tambien á sus intereses.

—Caballero,—dijo,—hace algunos dias que para que me ayude en mis negocios, necesito un hombre de las condiciones de usted, y tengo el gusto de ofrecerle el trabajo que he de dar á otro.

—¡Ah!...

—En cuanto á recompensa...

—Un pedazo de pan, no quiero mas que un pedazo de pan.

—Tendrá usted cuanto necesite para vivir con decoro.

Rubianes cogió las manos de Guillermo, las estrechó y se las besó repetidas veces mientras murmuraba palabras ininteligibles con ahogada voz.

—Basta, basta,—dijo el esposo de Clotilde.—Tranquilícese usted y hablemos con sosiego, ó más bien... Perdone usted, porque he olvidado que quizá...

—No he tomado alimento en todo el dia.

—¡Desgraciado!

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Rubianes, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Guillermo sacó una tarjeta y un billete de banco.

—Tome usted,—dijo,—y atienda con esto á sus más perentorias necesidades.

—Pero tanto dinero...

—Tómelo usted y mañana vaya usted á verme y á dar principio á su trabajo.

—Estoy aturdido... No sé...

—Se ha ocultado el sol.

—¡Y yo estoy vivo!...

—Váyase usted antes que sea completamente de noche.

—¡Que me vaya!... Pero...

—Hasta mañana, hasta mañana,—replicó Guillermo poniéndose en pié.

Y dejando sobre el banco la tarjeta y el billete, se alejó, desapareciendo entre la espesura.

—Bien,—dijo el truhan, desplegando una burlona sonrisa.—Estoy satisfecho de mí mismo y me parece que este dinero lo he ganado.

Examinó el billete y lo guardó con la tarjeta.

—¿Por qué no me he dedicado al teatro?... Creo que los grandes actores hubieran quedado muy detrás de mí... Esto marcha á las mil maravillas: el papel de hombre honrado es muy productivo... Adelante, que aún no hemos hecho mas que principiar y es preciso concluir.

Tomó el sombrero y se alejó, cantando alegremente.

CAPITULO XIX.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Rubianes salió del Retiro y mientras seguia haciéndose reflexiones, empezó á recorrer algunas calles.

Por de pronto y cualquiera que fuese el resultado de su intriga, se encontraba dueño de veinticinco duros, cantidad que no habia entrado en su bolsillo mucho tiempo hacia.

A las ocho de la noche dijo:

—Ya he cavilado bastante. Ahora pensemos en cómo ha de pasarse la noche lo más agradablemente posible.

Cuando esto decia se encontraba en la plaza del Progreso.

Detúvose y miró á su alrededor.

Un hombre de elevada estatura, feroz aspecto y miserablemente vestido, pasó en aquel momento por allí.

—¿Adónde vas, tunante?—le dijo alegremente Rubianes.

El hombre se detuvo y replicó:

—Buenas noches, don Pedro.

Aunque los dos debian considerarse iguales, aunque ambos eran criminales de oficio y se entendian perfectamente cuando llegaba la ocasion, Rubianes gastaba al fin levita, hablaba con cierta finura y se llamaba caballero, y por consiguiente el otro, obedeciendo á la influencia de clases, le hablaba con cierto respeto.

—Te he preguntado adónde vas.

—A buscar á alguien que me dé motivo para desahogar la rabia que tengo.

—Eso es decir que estás de mal humor.

—Lo tengo muy malo.

—¿Y por qué?

—Porque sí; yo me entiendo.

—Medio-beso, eres muy bruto.

—Ya lo sé.

—Estás desesperado y yo bailando de alegría.

—Así es el mundo.

—¿Puedo hacer algo por tí?

—Darme un cigarro.

—No lo tengo.

—Entonces...

—Pero sí dinero para comprarlo.

—No quiero dinero.

—¿Tienes mucho?

—Ni un ochavo.

—¿Tampoco quieres acompañarme á cenar?

—Eso sí.

—Vaciaremos un par de botellas y hablaremos como buenos amigos.

—¿Hay algun negocio pendiente?

—Tal vez lo haya dentro de algunos dias.

—Pues ya sabe usted que nada tengo que hacer ahora.

—¿Dónde vamos á cenar?

—Donde usted quiera.

—Yo te llevaría á la fonda, que es adonde deben ir las personas como yo.

—No me gusta la fonda.

—Pues á mí sí me gusta: cada cual con lo que se ha criado.

—Prefiero un bodegon.

—Yo tambien esta noche; pero no porque me agrade la gazofia de los bodegones, sino porque hemos de hablar reservadamente, y no quiero que llamemos la atencion de los que me conocen y á quienes encontraríamos en una fonda.

—Habla usted bien.

—Vamos por aquí.

—Vamos.

Entraron por la calle de Jesús y María mientras continuaban la conversacion.

—Los tiempos están malos, don Pedro.

—Muy malos, es verdad; pero los hombres de inteligencia como yo, y de buenas relaciones, tienen siempre recursos sobrados para hacer buenos negocios.

—Yo soy muy bruto, usted mismo lo sabe.

—Ya te lo he dicho.

—Nunca se me ocurre una idea.

—No sirves mas que para obedecer, para ser el instrumento de los planes de otro.

—Que sí.

—Conmigo podrás hacer mucho; pero solo, nada.

—Es verdad.

—Yo soy la cabeza, tú eres el brazo...

—Por eso estoy dispuesto á obedecer.

—Y yo á mandarte y á darte á ganar mucho dinero.

—Pues explíquese usted, don Pedro, explíquese usted pronto.

—Ten paciencia.

—Ya callo.

—Cuando hayamos empezado á comer y á beber, hablaremos, porque con el estómago vacío no sirve uno para nada.

—Tambien es verdad.

Al final de la calle á la derecha habia por aquel tiempo uno de los bodegones más afamados y concurridos de gente por el estilo de Medio-beso.

Allí entraron los dos amigos, atravesando la primera habitacion y yendo á otra donde no habia nadie y podian hablar más libremente.

Pidieron de cenar lo mejor que hubiese sin olvidar el vino, que debian servir en abundancia.

Cinco minutos despues empezaban á beber y á devorar chuletas de carnero.

—Esto es otra cosa,—dijo Medio-beso castañeteando la lengua,—ahora me siento otro hombre.

—Y por consiguiente, ahora me entenderás mejor.

—¡Que si entenderé!... Con el vino se me aclara el entendimiento.

—Tambien á mí.

—Usted que tiene tanto pesquis podrá decirme en qué consiste esto.

—Te lo diré otro dia, te lo explicaré científicamente y con tanta claridad que no te quede duda; pero esta noche hemos de ocuparnos de asunto de más interés.

—Pues ya escucho.

—Y yo empiezo.

¿Debemos repetir la conversacion de estos dos bribones?

Nos parece que por ahora basta saber que estaban en relaciones.

¿Qué proyectaba Rubianes?

Hemos de verlo y no tenemos que decirlo.

Dos horas despues salieron del bodegon.

A las diez de la siguiente mañana se presentó Rubianes en la vivienda de Guillermo.

CAPITULO XX.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Perico Rubianes no parecia el mismo hombre cuando limpio y decentemente vestido se presentó á Guillermo, lo cual á éste le agradó, porque probaba que aquel habia comprendido que debia, no precisamente por sí, sino por su bienhechor, dar á su persona el posible decoro.

Guillermo habia referido á su esposa el extraño suceso del Retiro y llevó su amabilidad hasta el punto de presentarle al nuevo dependiente.

Las mujeres tienen un instinto más delicado que nosotros.

El corazon de Clotilde se habia interesado vivamente por el desdichado suicida; pero al verlo experimentó un sentimiento de repulsion que no pudo explicarse.

Como no tenia motivos para juzgar desfavorablemente á Rubianes, disimuló Clotilde y ocultó su opinion, disgustándose mucho al ver que á los pocos dias su esposo empezaba á depositar imprudentemente su más ciega confianza en el jóven aventurero.

Entonces fué cuando ella hizo algunas observaciones; pero Guillermo no les dió valor, creyendo que todo ello era efecto de la femenil suspicacia.

Al cabo de cinco ó seis meses ya no tenia Luján secretos para Rubianes, ya era éste, más que un servidor, un amigo de confianza.

Verdad es que el truhan representaba admirablemente su papel de hombre honrado, y además dió pruebas de estar dotado de una inteligencia nada comun.

Clotilde continuaba firme en su opinion.

Guillermo puso dos ó tres veces á prueba la honradez de su secretario; pero éste salió siempre triunfante.

Un año despues eran dos verdaderos amigos.

El horizonte político se cargaba de negras nubes.

El gobierno avanzaba rápidamente en el camino de la reaccion, siempre so pretexto de que era menester á toda costa mantener el órden y poner á salvo los grandes intereses de la sociedad, amenazada de la más horrible disolucion.

Cada derecho de que se prívaba al pueblo, producia una conspiracion.

Cada grado de libertad que se le mermaba, era un incentivo para los conspiradores.

¿Contaba el gobierno de entonces con la mayoría de los hombres sensatos?

Si no con la mayoría, contaba con muchos, con los que más valian, porque más podian.

No debia suceder otra cosa.

El poder decia: «Se conspira. ¿Qué he de hacer? No somos nosotros los amenazados, es la sociedad; es la familia.»

El gobierno tenia razon si esto hubiera sido verdad.

A la libertad del pueblo, al ejercicio de sus derechos incontestables, se le llamaba disolucion social, así como á la tiranía se le llamaba órden.

A las manifestaciones de la opinion se les llamaba subversion, ataques á las venerandas instituciones, así como á las arbitrariedades se les daba el nombre de legítima defensa, de precauciones prudentes para evitar lastimosos castigos.

¿Que habia de suceder?

Cuando á un pueblo no se le permite manifestar sus opiniones á la luz del dia, conspira entre las tinieblas de la noche: cuando no se le permite pedir en alta voz, busca silenciosamente los medios de obtener.

El que en su calabozo no cuenta con los medios materiales de recobrar la libertad, el esclavo que no tiene bastante fuerza para romper sus grillos, emplea la astucia.

Cuando uno pide lo que es suyo y se lo niegan, no vuelve á pedirlo, sino que lo toma donde quiera que lo encuentra y como puede tomarlo.

Claro es que se conspiraba, y mucho más se hubiera conspirado si el sencillo pueblo hubiera comprendido que lo que se llamaba órden, paz y grandes intereses sociales, no era más que tiranía, intereses particulares y bastardas ambiciones.

¿No conspiraba tambien el poder?

Los que eran dueños de la suerte del país, encerrados en una cámara trazaban los planes que á sus particulares deseos convenian, y los ponian en ejecucion, presentándose con la máscara del órden, el sosiego público y hasta la moralidad.

¡Moralidad, cuando de las tinieblas de las maquinaciones políticas salian inmensamente ricos los que eran pobres; moralidad, cuando brotaban fortunas como brotó el agua de una piedra al contacto de la vara de Moisés; moralidad, cuando la prostitucion invadia los palacios, cuando el ejemplo de los grandes desmoralizaba á los pequeños!

Guillermo de Luján, más comprometido cada vez, tambien conspiraba, y no estaba lejano el dia en que arriesgase su fortuna y su existencia.

Rubianes, lo mismo que siempre, decia ser liberal, muy liberal; clamaba contra la tiranía, y era en fin uno de esos demócratas ardientes, que son demócratas porque nada les han dado, que dejan de serlo cuando algo les dan.

Estos hombres desacreditan los partidos, desacreditan las ideas.

Excusado es decir que á semejantes perdidos les importa lo mismo la libertad que la tiranía, y que con la misma facilidad gritan en las calles contra el gobierno, que se acercan al gobierno en solicitud de un honroso empleo en la policía.

A más de amigo era, pues, Rubianes un compañero de Luján, y éste cometió la imprudencia de presentarlo á los suyos.

Así tenemos á Perico Rubianes conspirador, y conspirador de los más entusiastas y decididos.

El momento se acercaba.

Los conspiradores creen siempre seguro el triunfo; pero Guillermo pensó que cabia en lo posible perder la partida.

Por lo que sucediera, redujo todo su capital á papel del Estado y á dinero, porque así en un momento dado podria llevarlo consigo.

El secreto era conocido de Rubianes, que cada dia se mostraba más honrado y más leal.

A pesar de esto, Clotilde no habia cambiado de opinion.

¿Por qué?

Ella misma no lo sabia.

Y como no daba ninguna razon, sus sospechas ningun efecto producian en su esposo.

No se ocultaba nada de esto á Rubianes; pero disimulaba, fingia no apercibirse de ello y estaba con la mujer doblemente atento que con el marido.

—¡Oh!—solia decirse el truhan.—No se equivoca quien asegura que una mujer es más temible que todos los hombres del mundo. Me odia; pero ¿por qué?... Porque me ha olfateado, y nada más, por la misma razon que el chiquillo nunca quiere darme un beso y llora cuando le hago una caricia.

Efectivamente, así sucedia: el pequeño Alberto huia constantemente de Rubianes como si éste le infundiera terror.

En tal estado se encontraba la situacion cuando tuvieron lugar los sucesos que el lector conocerá en los siguientes capítulos.

CAPITULO XXI.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Eran las once de la noche.

El antiguo café de la Iberia, que se ha conservado hasta algunos años despues de la época á que nos referimos, empezaba á estar desierto, aunque más tarde se veia nuevamente ocupado por la gente que á él concurria y que se encontraba mejor entre aquellas paredes forradas de papel ordinario, en aquellas habitaciones mal alumbradas y con aquel servicio montado aún á la usanza de los tiempos en que Madrid empezó á tener cafés.

El dueño de este establecimiento habia abierto otro con todo el lujo posible entonces, otro donde por todas partes se encontraba el sabor del refinamiento del gusto y de las costumbres modernas, es decir, que antes

que otro especulador le hiciese la competencia, se la hizo él mismo, lo cual fué un golpe de habilidad que no aciertan á dar todos los especuladores.

La juventud rica y aristocrática acudió al nuevo café: el brillo buscó brillo.

Los ancianos y la gente modesta se quedó en el antiguo.

Esto era lógico.

Los dos cafés estaban en la misma calle, el uno frente al otro como si se contemplaran, burlándose el nuevo de la modestia del antiguo y como si éste se compadeciera de la vanidad del otro.

Eran dos épocas que se echaban en cara sus defectos y que se defendian, alabando sus ventajas; dos épocas que discutian, que luchaban, pretendiendo cada cual vencer á costa de la ruina del adversario.

Algunos años duró la lucha sin que se conociesen las ventajas; pero al fin la luz triunfó sobre las tinieblas, la juventud llevó al cementerio á la vejez.

El antiguo café exhaló un suspiro y cerró sus puertas.

El jóven elegante y deslumbrador desplegó una sonrisa y aun hoy dia es dueño de la Carrera de San Gerónimo.

Como ya hemos dicho, eran las once de la noche.

Rubianes, ocultando el semblante bajo el embozo de la capa y despues de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie lo veia, entró en el antiguo café, yendo

á sentarse frente á un hombre de cuarenta años, regularmente vestido, que tomaba chocolate.

—Buenas noches,—dijo el primero sin descubrir mucho el rostro.

—Buenas noches,—respondió el segundo.

—¿Le he hecho esperar á usted mucho?

—No.

—Me alegro.

Guardaron silencio por algunos instantes.

El que cenaba dijo al fin:

—¿Está usted dispuesto?

—Segun,—contestó Rubianes.

Hizo el otro un gesto, cuyo significado hubiera sido muy difícil comprender, y repuso:

—Creo que le hablé á usted con bastante claridad.

—Sí, con bastante; pero no con tanta como deseo.

—Yo no tengo facultades mas que para proponer; pero no para resolver. Las exigencias de usted son demasiado exageradas.

—No necesito lo que se me ofrece, puesto que me sobra para vivir con holgura.

—Ya lo sé: encontró usted una mina inagotable y la explota con rara habilidad.

Rubianes se encogió de hombros y con un cinismo horrible, replicó:

—Los hombres honrados encuentran siempre la recompensa de su honradez.

—Ya lo veo.

—Y de cualquier modo que sea, como la necesidad no me obliga...

—Hablemos con franqueza.

—Eso precisamente he pedido.

—El juego de usted es bien conocido.

—¿Y en qué consiste?

—Supongamos que sucediese lo que no es probable, lo que no es casi posible.

—Sí, que triunfara la revolucion.

—¿Qué sucedería?

—Es muy sencillo y no trataré de negarlo; yo me quedaria con los revolucionarios, porque seria una estupidez decirles entonces que los habia engañado.

—Y si el gobierno triunfa...

—Justo será que me pague mis servicios.

—Vá usted, pues, á ganar; pero no á perder.

—Eso mismo haria todo el mundo si pudiese.

—Pero cuando no se está mas que á las ganancias, debe uno contentarse con poco.

—Lo que se me pide es mucho.

—Es de alguna importancia, lo reconozco.

—Se trata nada ménos que del principal foco de conspiracion y de hombres de muchísima importancia en todos sentidos, porque tienen influencia, porque les sobra el dinero y porque son valientes.

El que tomaba chocolate, quedó pensativo.

Rubianes echó á su alrededor una ojeada.

Despues de algunos minutos dijo el primero:

—No puedo resolver; pero creo que quedará usted complacido.

—¿Y cómo hemos de terminar este asunto?

—Decídase usted á hablar con el jefe.

—Ese es un paso demasiado comprometido.

—Lo verá usted condicionalmente.

—¿Y si no nos ponemos de acuerdo?

—Nada se habrá perdido.

—Las consecuencias...

—Ningunas.

—¿Me lo promete usted así?

—Se lo prometo.

—Ya me conoce usted...

—Basta, señor Rubianes.

—Entonces, mejor cuanto más pronto quedemos dentro ó fuera.

—Esta misma noche.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Aún no son las once y media...

—Podemos esperar aquí.

—No me conviene.

—Pues nos veremos más tarde.

—Eso sí.

—No tengo que decirle á usted dónde...

—Ya lo sé,—respondió el truhan levantándose.

—¿Me deja usted?

—Hasta las doce.

—Creo que acabaremos por hacer negocio.

—Tal vez.

Rubianes salió del café, cuidando lo mismo que antes de ocultar su rostro.

En el reloj del Buen Suceso dieron las doce.

Nuestro héroe atravesó la Puerta del Sol, que entonces no era más que un trozo de calle irregular, flanqueada de edificios viejos y horribles.

Solo uno habia, que aún existe, y que ya entonces era célebre; solo uno habia digno del centro de la capital de España, y cerca de éste se detuvo Rubianes.

Aún no habian pasado tres minutos, cuando se le acercó el que habia con él hablado en el café, diciéndole:

—Es usted puntual.

—Aquí me tiene á su disposicion.

—Antes de entrar le daré un consejo.

—Sepamos.

—A los que conspiran contra el gobierno se les engaña fácilmente.

—¿Y á los que conspiran contra el pueblo?

—A esos no puede engañárseles, y si acaso se consigue esto en fuerza de astucia...

—Entiendo.

—En Filipinas hacen falta europeos.

—Sí, y las bodegas de los buques del Estado...

—Eso es, los buques del Estado necesitan lastre, y la experiencia ha demostrado que el lastre mejor es el de carne humana.

—Me parece,—dijo Rubianes,—que se me amenaza demasiado pronto.

—No es amenaza, es un consejo, ó más bien una advertencia, porque así se evita que peque usted por ignorancia.

—Le agradezco la buena voluntad.

—Es deber de todo buen cristiano enseñar al que no sabe.

—¿Entramos ya?

—Vamos.

Y entraron en el edificio de que antes hemos hecho mencion.

Y atravesaron un patio y subieron una escalera.

Abrieron una mampara, penetraron en una habitacion donde habia tres ó cuatro hombres, y cuyas paredes junto al techo estaban llenas de campanillas.

Sin pronunciar una palabra, siguieron adelante por un pasillo muy largo y bastante estrecho, á cuyos lados se veian muchas puertas cerradas y por cuyas rendijas se escapaban destellos de luz.

Llegaron á otra habitacion donde habia dos hombres.

Uno de ellos se puso en pié y se acercó á nuestros conocidos, mientras el otro seguia dormitando en un rincon y al amor de la lumbre de un brasero.

—¿Está?—preguntó el que acompañaba á Rubianes.

—Sí.

—Avise usted.

Abrieron otra mampara y entraron en un aposento silencioso y solitario, sentándose allí.

Escenas como la que iba á tener lugar hemos de presenciar algunas, y por consiguiente nos permitirá el lector que dejemos ahora á Rubianes, concretándonos á decir que el objeto de éste era ofrecer sus servicios como espía de los conspiradores.

Ningun papel como el de Judas convenia mejor al miserable.

Su plan no podia ser más horrible:

Más ó ménos tarde, Guillermo seria víctima de su nobleza y generosidad y se convencería de que su esposa no se habia equivocado al decirle un dia:

—Quiera Dios que no abrigues en el pecho una víbora que te muerda en el corazon.

CAPITULO XXII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Rubianes debió conseguir lo que deseaba, porque muchas noches se le vió ir al célebre palacio de la Puerta del Sol, y otras seguir la calle del Arenal, volver á la derecha y entrar en el sombrío edificio que habia sido convento de San Martin.

La situacion política era cada dia más grave.

Se multiplicaban las prisiones, los destierros y toda clase de arbitrariedades, y la opinion pública excitábase más y más.

No tardó en decirse que se temian trastornos.

¿Cómo se sabia, cuando los conspiradores guardaban la más profunda reserva?

¿Quién esparcia estas voces?

El gobierno aseguraba que estos rumores los esparcian los descontentos para alarmar á la gente pacífica y prevenir los ánimos contra la autoridad.

¿No era posible que los mismos agentes del gobierno hicieran cundir estas voces?

No solamente era posible, sino probable, y aun nos atreveríamos á decir que seguro.

Los hilos de la conspiracion estaban en manos del ministerio.

¿Por qué no remediaba el mal?

Por la sencillísima razon de que así no hubiera aparecido como salvador de la sociedad.

Contaba con sobrados medios materiales de defensa; estaba segurísimo del triunfo, y lo que le convenia era combatir la revolucion, vencerla y aumentar así su prestigio y dar fuerza á su pretendido derecho de obrar despóticamente.

El pueblo, en su cándida sencillez, no podia comprender nada de esto.

Se le decia que se conspiraba y que se estaba al borde de un precipicio; pero que se velaba por sus más queridos y respetables intereses.

Las voces de alarma cundian.

Las noticias eran más graves cada vez.

De dónde salian éstas, nadie lo sabia, ó más bien lo sabian muy pocos.

El ciudadano honrado se contentaba con decir: «Voz del pueblo, voz del cielo.»

Y creia que más ó ménos tarde estallaría la tormenta.

Los resultados de esto no podian ser peores.

La industria, que empezaba á nacer, se aniquilaba.

El comercio se arruinaba.

Guillermo estaba á todas horas preocupado y sombrío.

Clotilde temblaba y suplicaba á su esposo que retrocediese, olvidando la política.

Pero Luján le respondia con frases tranquilizadoras, sonreia y continuaba cada vez con más ardor.

¡Retroceder!

No hubiera podido, aun haciendo el sacrificio de sus sentimientos, porque sus compromisos eran demasiado formales, habia dado una palabra y tenia forzosamente que cumplirla.

Una mañana se paseaba en su despacho.

Eran las diez.

Presentóse Rubianes, que tambien parecia muy preocupado, y que efectivamente lo estaba.

Saludáronse ambos como dos amigos.

El traidor se dispuso á trabajar.

—Deje usted el trabajo,—le dijo Guillermo.

—¿Qué he de hacer?

—Escucharme, porque hemos de hablar de muy graves asuntos.

—Como usted quiera.

El esposo de Clotilde se sentó, pasóse las manos por la frente como si quisiese disipar las sombrías nubes que

envolvian sus pensamientos, y despues de algunos instantes, dijo:

—El momento se acerca.

—Ya lo sé, ¡oh! ya lo sé,—respondió Rubianes, apretando los puños.—Se acerca el momento de la justicia, y triunfaremos, porque nuestra causa es santa.

—No siempre triunfan las buenas causas, y en esta ocasion temo mucho que nuestros sacrificios sean estériles.

—Ya hace muchos dias que está usted desanimado.

—El ejército permanece fiel al gobierno.

—¿Qué importa?

—Importa, porque el gobierno es así más fuerte que nosotros.

—Entonces, ¿qué opina usted que deberíamos hacer?

—Esperar, porque esta no es la ocasion oportuna; pero como mi opinion no es bastante, se dará el golpe y yo cumpliré mis deberes y arriesgaré mi vida, que es cuanto puedo hacer.

Rubianes exhaló un triste suspiro.

Luján prosiguió diciendo:

—Si yo no tuviera una esposa y un hijo, nada me importaría morir; pero quizá dentro de muy pocos dias mi familia se encuentre huérfana, y ya que otra cosa no me sea posible hacer, quiero dejar arreglados todos mis intereses.

Volvió á suspirar Rubianes.

—Amigo mio,—dijo Guillermo,—hé aquí mi plan, que

es bien sencillo: en caja tengo cuatro millones de treses, que producen una renta de seis mil duros, con la cual mi familia podrá vivir desahogadamente. Con los títulos está mi testamento, otorgado ayer.

—Perdone usted,—dijo Rubianes con voz ahogada, —pero...

—Esta conversacion es demasiado triste para quien me ama como usted, lo comprendo así; pero no puedo excusarla, y en nombre de nuestro cariño le ruego siga escuchándome y vele despues de mi muerte por mi desgraciada esposa y mi tierno hijo.

—¡Ah!—exclamó Rubianes ocultando el rostro entre las manos.

—Preciso es tener valor.

—Sí, es preciso... Lo tendré.

—De nada de esto he hablado á Clotilde, porque no quiero destrozar ahora su noble corazon; tiempo le queda para sufrir, y usted le dirá que ella y mi hijo han sido mi pensamiento constante, mi afan único.

El truhan seguia guardando silencio como si su dolorosa conmocion no le permitiese hablar.

—¡Pobre Clotilde!... ¡Hijo de mi alma!—exclamó Guillermo.

Y dos lágrimas humedecieron sus negros ojos.

—El deber,—dijo despues de algunos instantes.—Forzoso es sacrificarlo todo á los deberes. Ahora puedo llorar, porque no me vé el mundo, porque no hay fijos en mí mas que los ojos de un verdadero amigo que com-

prende mi sufrimiento; despues sonreiré y ante nada temblaré, ante nada retrocederé para defender la justicia.

Púsose en pié, dió algunos paseos, y cuando consiguió recobrar la calma, dijo:

—El dia que haya de decidirse la suerte del pueblo, se quedará usted aquí.

—¡Aquí!... Eso no... ¿He de permanecer quieto mientras usted sacrifica la existencia?

—Sí, porque este es el mayor servicio que puede usted prestarme.

—Pero...

—¿Quién velará por mi esposa? A nadie puedo confiar estos secretos.

—Es verdad.

—Además, si no sucumbo en el combate y puedo volver á mi casa, tendré probablemente que huir, y en semejante caso necesitaré la ayuda de una persona de toda mi confianza. Con este fin he empezado á hacer algunos preparativos, que usted me ayudará á terminar en todo el dia de hoy.

—¿Y si antes del momento decisivo intentáran apoderarse de usted como han hecho con otros?

—Por eso quiero prevenirme con anticipacion.

—Bien.

—Llevaré siempre en un cinto dos mil duros en oro.

—Pero supongamos que mañana lo sorprendiese á usted la policía.

—Venga usted,—dijo Guillermo, acercándose á una puerta.

Rubianes lo siguió, procurando conservar su aire de tristeza profunda.

Entraron en una habitacion donde, entre otros muebles, habia un armario grande de caoba.

Luján sacó una llave.

—Aquí,—dijo,—está mi salvacion en un caso de sorpresa y apuro.

—No comprendo.

—Es muy sencillo.

CAPITULO XXIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Abrió Guillermo el armario, que estaba completamente vacío.

Rubianes miró distraidamente, porque su pensamiento estaba fijo en el secreto que antes se le habia confiado, sobre la respetable fortuna que encerraba la caja.

El miserable tuvo que hacer inauditos esfuerzos para disimular su júbilo satánico.

En pocos instantes habia concebido un plan el más horrible, diciendo para sí:

—Esos cuatro millones serán mios como justo premio á mi honradez, y no habrá nadie que me convenza de que más ó ménos tarde los hombres honrados no encuentran el fruto de sus afanes.

Si Rubianes hubiera estado solo cuando se hizo ésta reflexion, le habríamos visto sonreir.

Tocó Guillermo un resorte oculto en uno de los rincones del armario, y el fondo de éste giró como una puerta sobre invisibles goznes.

Quedó en descubierto la pared, pudiendo verse que un gran espacio de ésta estaba carcomido como si se hubiera empezado á practicar una abertura.

—¿Qué significa esto?—preguntó Rubianes.

—Es muy sencillo.

—Aún no comprendo bien.

—Lo extraño, porque le sobra á usted inteligencia.

—Sin embargo...

—Ayer empecé esta obra y hoy la concluiremos. Aquí quedará abierta una puerta.

—Así parece; pero esa puerta...

—Dará paso á la casa inmediata.

—¡A la casa inmediata!...

—Sí.

—Ahora entiendo perfectamente,—dijo el miserable traidor:—¡buena idea!

—Preciso es que conozca usted hasta el último detalle, para que me ayude si el caso llega.

—Sí, sí.

Guillermo cerró el armario.

Salieron de la habitacion.

—Venga usted.

Tres minutos despues se encontraban en la calle

Ancha de San Bernardo, donde no sabemos si hemos dicho que vivia Luján.

En esta calle, lo mismo que en todas las de Madrid, se ven junto á grandes y lujosos edificios, mezquinas casas, que poco á poco van desapareciendo.

Anduvieron algunos pasos, volvieron á la derecha y entraron en la calle Alta de San Vicente.

—Aquí,—dijo Luján, deteniéndose á la puerta de una pobrísima casa de dos cuerpos y medio ruinosa.

Rubianes miraba á todos lados cuidadosamente.

Entraron en el oscuro, estrecho y sucio portal de la casa y subieron una empinada escalerilla, parándose junto á una puerta medio apolillada, que abrió Guillermo.

Nada de particular se veia dentro de aquella habitacion, puesto que nada habia.

Los aposentos eran como correspondian á la casa.

Entraron en uno, donde la pared se encontraba medio derruida como detrás del armario.

—¡Gran idea, gran idea!—exclamó Rubianes.—Si van á prenderlo á usted, aunque dejen guardianes á la puerta de la casa, puede usted salir por aquí, porque es imposible que se les ocurra vigilar en esta otra calle.

—¿Encuentra usted bien el plan?

—Admirable.

—Hágame usted cuantas observaciones se le ocurran, porque de esto depende quizá la salvacion de mi vida.

—Ninguna observacion, absolutamente ninguna. Acabemos de abrir paso por aquí y esperemos los sucesos.

—Como sucede en casi todos los edificios del siglo pasado, no hay paredes de medianería, sino solamente este tabique, que con facilidad se rompe.

—Hoy mismo quedará todo hecho.

—Trabajaremos los dos á la vez, procurando hacer el menor ruido posible, y antes de que llegue la noche estará establecida la comunicacion entre las dos casas.

—Ya lo sabe usted todo, y por consiguiente si antes ó despues que estalle la revolucion me prenden ó muero, entregará usted á mi esposa los valores que hay en caja, á cuyo efecto tendrá usted una llave.

—Esa prueba de confianza...

—La merece usted.

—Gracias; pero no puedo aceptarla de ese modo.

—¿Por qué?

—Porque mi delicadeza no me lo permite,—dijo Rubianes, haciendo un gesto hipócrita.

—¿Me negará usted este favor, de que depende el porvenir de mi familia?

—No, mi querido bienhechor, no se lo negaré.

—Amigo mio...

—Pero no tomaré la llave de la caja sin que usted tome un recibo en que yo exprese que me hago cargo dé esos valores, explicando cómo quedaré á cubierto de mi responsabilidad. Si usted no muere, podrá disponer de su dinero, que entregaré á la persona que me presente el documento firmado por mí, y si sucumbiese usted, el recibo de su esposa anulará el mio.

Mientras esto decia Rubianes, miraba afanosamente á Luján.

El semblante de éste no cambió de expresion; continuaba revelando una profunda tristeza.

—Cuando se trata con hombres como usted, son innecesarios los documentos. ¿Acaso quien me ha dado tantas pruebas de honradez y cariño, quien tiene un corazon como el de usted, puede despojar de su herencia á una familia desgraciada y que queda sin amparo?

No creia el traidor que su noble amigo aceptase el documento, y por lo mismo, con la más completa tranquilidad, insistió en firmarlo, porque así hacia resaltar más y más la delicadeza de sus sentimientos.

Esta vez se equivocó, porque al fin Guillermo dijo:

—Lo conozco á usted y sé que tiene una conciencia quizá demasiado exigente.

—Mi tranquilidad...

—Pues bien, si así ha de quedar usted más tranquilo, aceptaré el documento.

Se contrajo la frente de Pedro Rubianes, que no pudo dejar de hacer un gesto que revelaba su profundo disgusto.

Pero esta circunstancia pasó desapercibida para Luján.

Encontrábase éste demasiado preocupado con la suerte de su familia, y no era posible que fijase su atencion en otra cosa.

Además, tenia en Rubianes la más ciega confianza,

y por consiguiente no creia necesario ocuparse en hacer cierta clase de observaciones.

El traidor se puso á examinar la pared, ó así parecia hacerlo, porque en realidad se ocupaba en modificar el plan que habia trazado.

—Lo del recibo,—decia para sí,—me pone en grande aprieto, porque este hombre no morirá, y más ó ménos tarde se presentará á reclamarme su fortuna. ¿Qué debo hacer?

De la inspeccion de la pared pasó á la del aposento, para tomarse tiempo de seguir meditando.

Difícil era el remedio que buscaba.

—Soy un necio, soy un necio,—se decia.—¿Quién me manda insistir? Puesto que rechazó mi primer ofrecimiento, he debido dejarlo... En esta ocasion me he mostrado torpe, muy torpe... ¡Y se trata de una renta de seis mil duros!... Pero la desgracia ha sucedido ya, y es una segunda necedad perder el tiempo en lamentarla, en vez de emplearlo en buscar recursos para remediarla.

Algunos momentos despues brilló en sus ojos un relámpago de alegría.

Un papel se dá,—pensó;—pero tambien puede quitarse. Si muere este hombre, el recibo volverá á mis manos, porque lo recogeré antes que nadie toque su cadáver, y si no muere, tendrá que huir, y entonces Medio-beso arreglará el negocio, y cuando lo haya arreglado, la policía cumplirá con su deber.

—¿Encuentra usted algun inconveniente?—preguntó Guillermo.

—¡Inconvenientes!... No los hay cuando la voluntad es firme.

—Pero yo puedo haber dejado algun hilo suelto...

—Ninguno, ninguno. El plan es admirable, ya se lo he dicho á usted, admirable y de seguro éxito.

—Me tranquilizo.

—¿Empezamos á trabajar?

—Despues de haber almorzado.

—Muy bien.

CAPITULO XXIV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Antes de que llegara la noche quedó abierta la comunicacion entre las dos casas, y todo preparado segun los planes de Guillermo.

En casa de éste comió Rubianes aquel dia, lo cual sucedia con frecuencia, y á las nueve de la noche salió, prometiendo volver antes de las doce por si ocurria alguna novedad.

Con paso rápido tomó hácia la plaza de Santo Domingo, y dejando atrás calles y calles, llegó á los quince minutos á la de Jesús y María, deteniéndose á la puerta del bodegon donde ya lo vimos cenar otra vez.

—Esto,—murmuró,—es preciso hacerlo pronto, muy pronto, y sentiré no encontrar aquí á ese bribon, porque

tendria que buscarlo en otra parte y me haria perder un tiempo precioso.

Dicho esto entró en el figon.

La fortuna lo protegia.

Medio-beso se encontraba allí completamente solo y con el gesto de un hombre que se aburre.

Al ver á Rubianes, sorprendióse el atleta y exclamó:

—¡Ira de Dios!...

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Esperabas mi visita?

—Tan cierto como soy un tunante, que no creia verlo á usted en lo que me queda de vida, porque ya se vé, desde que es usted rico y no se trata mas que con personas de alto copete, se ha olvidado usted de los pobres que somos desgraciados.

—Con la gente rica te conviene tratar.

—Lo sé; pero es el caso que los ricos no quieren tratar con los pobres.

—Te equivocas, puesto que me tienes aquí.

—¿Pero es á mí á quien usted buscaba?

—A tí, porque te quiero.

—Porque me necesita usted.

—Es verdad.

—¿Por qué no hemos de decir las cosas con franqueza?

—Medio-beso, tenemos que hablar.

—Hablando estamos.

—¿Nos interrumpirá algun importuno?

—No tenga usted cuidado.

—Entonces, escúchame.

—¿No le parece á usted que antes nos dieran algo con que remojar el gaznate?

—Come y bebe cuanto quieras, que yo pagaré,—dijo el traidor.

—¿Y usted?

—No tengo sed ni apetito.

El gigante se encogió de hombros, dió algunas palmadas, y luego algunas órdenes al bodegonero, que se presentó.

Cuando éste obedeció y mientras aquel bebia, dijo Rubianes:

—¿Estás dispuesto á hacer un buen negocio?

—Sí, dispuesto como nunca, porque no tengo un cuarto.

—¿Cuentas con algun compañero de confianza que te ayude?

—Con más de uno.

—Pues has de hacer lo siguiente:

—Ya escucho.

—Examinarás una puerta, ó más bien, dos puertas, y te proporcionarás llaves para abrirlas.

—¿Qué clase de cerraduras son?

—Malas y muy antiguas.

—La cosa no es difícil.

—En el momento que yo lo disponga, tú y el compa-

ñero que te ayude, os introducireis en una casa que está vacía.

—Bien.

—En una habitacion encontrareis una pared rota y cubierta por el otro lado con tablas..

—Entiendo.

—Sin hacer el más leve ruido, esperareis junto á la avertura de la pared, hasta que veais que por ésta sale un hombre.

—Sigo entendiendo.

—Caereis sobre el hombre...

—Y de una puñalada acabaremos con él.

—No, porque os perderíais, porque á la puerta de la casa estará la policía.

Medio-beso brincó como si le hubiese picado una víbora.

—¡Mil rayos!—exclamó.

—Sí,—repuso con calma Rubianes,—esperará la policía para prender á ese hombre, y se lo llevarán sin cuidarse de la demás gente que pueda haber en la casa.

—Eso es otra cosa.

—¿Te tranquilizas?

—Sí.

—Prosigo.

—Vuelvo á escuchar.

—Sujetareis al hombre, registrareis sus bolsillos, y le quitareis la cartera y cuantos papeles llegueis á encontrar.

—¿Y el dinero?

—Hareis lo que mejor os parezca; pero os advierto que no prolongueis la lucha.

—Lo que nos importa es saber si podemos quitarle el dinero, el reloj y cualquier otra alhaja.

—Teneis licencia para hacerlo así.

—¿Habrá billetes en la cartera?

—Es probable.

—¿Qué más?

—Los papeles los necesito.

—Para usted serán.

—Cuando hayais concluido, lo dejais en libertad de irse.

—¿Y se irá sin pedirnos cuentas del atropello?

—Sí, porque huye de la policía que lo persigue.

—¡Ah!...

—Eres muy torpe.

—Bastante; pero ahora me parece que he comprendido.

—El que huye no se detiene.

—Pero si los papeles le interesan mucho...

—Muy poco ó nada: el interés es para mí.

—Eso no lo veo yo tan claro.

—¿Y qué te importa?

—Nada, es verdad.

—Cuando llegue el caso, te daré más instrucciones, para evitar que cometais una torpeza.

—Hablemos ahora de lo que ha de valerme este negocio.

—Primeramente el dinero y las alhajas que encontreis en el bolsillo del otro.

—Eso no es seguro.

—Y además seis mil reales, que te daré inmediatamente.

—Es poco.

—¡Poco trescientos duros!...

—Tengo que partir con mi compañero.

—Puedes contentarlo con ménos de la mirad y se dará por satisfecho, porque la época no está para aspirar á grandes ganancias.

—Eso seria engañarlo.

—¿Tienes escrúpulos de conciéncia?

—¡Mil rayos!... Soy ladron, asesino y todo lo malo que puede ser un hombre; pero antes que ser desleal con mis camaradas, prefiero que me desuellen vivo. Le prometeré la mitad de las ganancias, y yo cumplo siempre lo que prometo. Por consiguiente, es preciso que me dé usted media talega, y si no nada haré.

—Tendrás la media talega.

—¿Y garantías?

—Los mismos papeles de que has de apoderarte, y los cuales no me entregarás si no te pago en buenas monedas de oro.

—Está bien.

Rubianes se puso en pié.

El criminal contrato estaba concluido.

—¿Tan pronto se va usted?—preguntó Medio-beso.

—Ya nada tengo que hacer aquí. Te esperaré á las once en la calle Ancha de San Bernardo, cerca de la de San Vicente, y te enseñaré la casa cuyas puertas has de reconocer.

—No faltaré.

Salió Rubianes.

Medio-beso se frotó alegremente las manos y continuó cenando con el mejor apetito.

CAPITULO XXV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Dos dias despues y con pretexto de trabajar se encerró Guillermo en su despacho con Rubianes á las nueve de la noche.

Clotilde, sin saber por qué, sintió oprimido el corazon, y retirándose tambien á su aposento y dando órden de que á nadie recibiria, estrechó entre sus brazos á su tierno hijo y dejó que el llanto corriese en abundancia por sus mejillas.

Semejante dolor no reconocia más causa que la de un presentimiento espantoso y horrible.

Tres horas despues salió Rubianes.

El rostro de Luján estaba nerviosamente pálido y contraido como nunca.

Largo rato permaneció solo, hasta que, haciendo grandes esfuerzos, pudo recobrar la calma, al ménos en apariencia.

Entonces fué á reunirse con su esposa, que tambien tuvo que hacer esfuerzos dolorosísimos para mostrarse tranquila.

A pesar de esto, hubiérase dicho que una negra nube envolvia á aquellas dos nobles criaturas.

Se amaban con una ternura sin igual, contaban con todos los medios de ser completamente dichosos, y sin embargo sufrian y eran infelices.

El Judas traidor se alejaba entretanto rápidamente y diez minutos despues entraba en el sombrío edificio de San Martin, donde entonces se hallaban instaladas las oficinas del gobierno civil.

Atravesó el portal; pero en vez de subir por la escalera principal, entró por un pasillo medio oscuro, largo y estrecho, dejó atrás un patio y entró en una habitacion completamente desamueblada é iluminada por la rojiza luz de un farolillo que habia colgado en la pared.

Allí encontró una escalerilla bastante empinada, subió dos tramos, empujó una puerta y entró en un aposento cuadrado, donde se veian algunas banquetas forradas de piel de color oscuro, una mesa y una silla donde habia sentado un hombre, cuya inmovilidad y rostro pálido y de inalterable expresion le hacia parecer una

de esas figuras de cera que vemos en las exposiciones públicas.

Sobre la mesa habia un tintero, algunas hojas de papel y un candelero de laton con una bujía encendida, única luz que esclarecia aquel recinto sombrío y tan silencioso como un sepulcro.

Rubianes se acercó á la mesa y preguntó:

—¿Está?

El hombre estátua, moviendo apenas los lábios, respondió:

—Espera.

—¿Puedo entrar?—repuso el traidor.

El otro movió la cabeza como la mueve un autómata, significando que no.

Ni una palabra más pronunciaron.

Rubianes empezó á pasearse de un extremo á otro de la habitacion.

Tres minutos despues se presentó un hombre de aspecto vulgar.

—Buenas noches,—dijo.

Y puso sobre la mesa un abultado pliego, volviendo á salir sin recibir contestacion.

Aún no habian pasado cinco minutos más, cuando otro hombre, envuelto en un largo gaban y con el cuello de éste levantado, cubriendo parte de la cabeza y del rostro, entró, dejando una carta sobre la mesa.

Éste no se cuidó de dar las buenas noches, ni se detuvo un instante.

Tres más, con muy cortos intervalos, fueron llegando y dejando pliegos sin pronunciar una palabra.

El que estaba sentado continuaba inmóvil, tan inmóvil que ni pestañear se le veia.

Sin duda Rubianes habia visto más de una vez ésta escena extraña, porque no pareció que le llamase la atencion, ni se cuidó siquiera de volver la mirada á los que entraban y salian.

Sonó por dos veces un timbre.

El que estaba sentado se levantó, tomó los pliegos, abrió una mampara forrada de bayeta de color verde muy oscuro y desapareció, volviendo á los pocos instantes y diciendo:

—Pase usted.

Rubianes abrió á su vez la mampara y entró en un aposento, cuyas paredes estaban forradas de papel verde con dibujos negros.

Tres ó cuatro sillas y dos sillones con asiento de piel del mismo color, un armario, una mesa muy grande de caoba y un pequeño velador componian el mueblaje de aquel aposento.

En una chimenea de hierro con filetes y molduras de laton, ardian y chisporroteaban algunos troncos de encina, cuyas oscilantes llamas esparcian un resplandor rojizo y casi siniestro.

Puede decirse que ésta era la única luz que iluminaba la habitacion, porque la lámpara de bronce que habia sobre la mesa, tenia una pantalla grande y verde

por la parte exterior, estorbando que la luz diese en otro sitio que sobre una parte de la mesa.

En ésta se veian tambien algunos legajos, papeles sueltos, un libro con forro de cordoban encarnado y los pliegos que acababan de llevar.

Nada, pues, más sombrío, más tétrico ni más silencioso que aquella estancia.

Entre la mesa y la pared, hundido en un sillon de alto respaldo y sin que se le viesen mas que los hombros y la cabeza, habia un hombre que representaba cincuenta años, y cuyo abultado rostro, de expresion cándida, dulce y sonriente, no estaba en armonía ni con aquellas paredes, ni con aquel lugar, y parecia colocado allí para tranquilizar á los que entrasen y se sintiesen impresionados por aquella oscuridad y aquel silencion, que tenia algo de aterrador.

El rostro del nuevo personaje, completamente afeitado, podia examinarse perfectamente; pero nada tenia de particular.

Sus facciones, excepto los lábios, eran algo abultadas; pero guardaban proporcion entre sí.

Bajo sus cejas algo salientes, relumbraban dos ojos pardos, redondos, pequeñuelos y casi despestañados.

En aquellos ojos no se revelaba otra cosa mas que una cándida alegría, la alegría inocente de un niño.

Su frente era espaciosa.

Su cabeza estaba calva en la parte superior y cubierta de escasos cabellos en la posterior y por los la-

dos, unos cabellos rubios, finísimos y relucientes, que hubieran hecho honor á la más elegante jóven.

Sus hombros eran anchos y robustos como debia ser todo su cuerpo, si bien no parecia que la robustez presentara deformidades.

Se ocupaba en abrir los pliegos, y cuando entró el truhan, levantó la cabeza, lo miró y le dijo con la voz más dulce que puede imaginarse:

—Un momento, señor Rubianes... Siéntese usted.

Acabó de abrir el pliego que tenia en las manos y que contenia un oficio.

Sin cuidarse de leer éste, separó las dos hojas, encontrando tres tiras de papel como de dos pulgadas de ancho y unas cuatro de largo.

Cada una de ellas tenia escritos dos ó tres renglones.

Leyó la primera, que decia:

«Linares. Diligencia de Galicia. Bourdon, comisionista francés.»

Sonrió nuestro hombre y murmuró:

—No me equivoqué.

El segundo papel decia:

«Sospechas de aplazamiento; pero confidencia dudosa.»

Dejó el papel y miró un momento á Rubianes.

En seguida leyó el tercero, y dejándolo tambien, dijo:

—¿Hay novedad?

—Mañana.

—¿Con seguridad?

—Completa,—contestó Rubianes.

—¿Qué mas?—dijo el otro, despues de reflexionar algunos instantes y dejando de sonreir.

—De lo demás, hablé á usted anteanoche y no hay ninguna novedad. El plan es el mismo.

—Muy bien.

—Yo pasaré allí el dia.

—No necesito más.

—¿He cumplido?

—Admirablemente si todo se realiza, y tengo la satisfaccion de decirle á usted que le reconozco y se le reconoce inteligencia y lealtad.

—¿Cuándo he de venir?

—Si efectivamente se dá mañana el golpe, pasado mañana.

Y al decir esto, sonrió el empleado, llevó la mano al timbre y le hizo sonar.

Rubianes se sintió contrariado, porque queria prolongar aquella entrevista; pero no se atrevió á hacer observacion ninguna, y saludando con un movimiento de cabeza, salió.

CAPITULO XXVI.

La historia de Clotilde.

(*Continuacion.*)

El personaje á quien hemos dado á conocer, como ya se habrá comprendido, no era sino el jefe de la policía, aunque oficialmente no se le daba este título desagradable para el pueblo, ni se le ha dado despues, porque el pueblo se contenta con que le digan que este empleado se llama cualquier otra cosa, ó que no existe, y efectivamente, el gobierno prueba que no existe con el mismo presupuesto donde no figura semejante destino.

Pero una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace, una lo que por fuera se vé, y otra lo que hay por dentro.

Los gobiernos pueden tener una numerosa policía secreta sin pedir un solo real para pagarla, porque estos gastos se cubren sobradamente con los asignados para

secretos, imprevistos y otros muchos, de que se puede disponer sin ninguna responsabilidad.

Aparentemente puede nombrarse á cualquiera oficial del gobierno de la provincia ó de la secretaría del ministerio, y este empleado, de cuyo nombramiento nada puede decirse por ser perfectamente legal, es sin embargo en realidad jefe de policía, y en cuanto á ésta, que se establece con el pretexto del órden, no es otra cosa que una Inquisicion política, tan temible por lo ménos como la antigua Inquisicion religiosa.

Los agentes de policía secreta los tenemos en todas partes, á veces dentro de nuestra propia casa.

Desde el hombre de continente aristocrático y distinguida educacion hasta el más miserable y soez, todas las clases de la sociedad tienen su representante y á la vez su espía en la policía secreta, porque todas las clases van espeliendo su escoria, van desprendiéndose de sus miembros gangrenados, y éstos, despues de acabar de corromperse en el lodazal de todos los vicios y de todos los crímenes, cuando son peores que todos los criminales, cuando casi no merecen el nombre de criaturas, van á parar al lodazal aún más inmundo de la policía secreta.

No hay nada tan ruin, tan despreciable, tan asqueroso como estos séres.

Para tener una idea siquiera aproximadamente exacta de lo que son, no hay mas que penetrar en una cárcel ó en un presidio, y preguntar á los que más aveza-

dos estén al crímen, si quieren pertenecer á eso que se llama policía secreta. Con dificultad encontrareis uno que acepte, á pesar de que le ofreceis la impunidad y largas recompensas.

Solo así puede comprenderse hasta qué punto llega la depravacion de algunos hombres.

No puede ejercerse esta profesion sin aparecer honrados á los ojos del mundo, y todos ellos antes de ofrecer sus servicios hacen lo que hemos visto hacer á Rubianes.

Cuando éste salió, el jefe de policía, puesto que este nombre le daremos, guardó las tiras de papel, ó sean los *volantes*, como ellos les llaman, tomó la pluma y se puso á escribir.

Su rostro cambió completamente de expresion.

Puede decirse que no era el mismo hombre.

Su frente se contrajo.

Su mirada, dulce y tranquila, pareció velarse por una sombría nube.

Su diestra se movió con una rapidez febril.

Cinco minutos despues volvió el papel en que escribia, trazando de arriba abajo tres líneas á iguales distancias, y otras cuatro de izquierda á derecha, de modo que las últimas cortaban las primeras, resultando una série de cuadros por el estilo de los de un tablero de ajedrez.

Dejó la pluma, apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos, y contempló con atencion profunda aque-

lla extraña obra, con tanta atencion como el artista puede contemplar un cuadro antes de someterlo á la más severa crítica.

A los pocos momentos volvió á sonreir con la expresion inequívoca de la satisfaccion, y dijo:

—Si esto no se acepta, todo se perderá. Las fuerzas de esa gente son pocas en este momento; pero se aumentarán muy considerablemente en pocas horas.

Volvió á reflexionar, dobló cuidadosamente el papel, lo metió en uno de sus bolsillos, tomó su sombrero, y salió.

Diez minutos despues entraba en una habitacion lujosamente amueblada del edificio ocupado por el ministerio de la Gobernacion, y entablaba un diálogo con la persona que allí habia, diálogo que terminó así:

—Las fuerzas se cuadruplicarán por lo ménos,—dijo el jefe de policía.

—Lo temo,—respondió el otro.

—Mi plan es este,—repuso el hombre cándido, sacando el papel de que antes hemos hecho mencion.

El otro examinó las líneas cruzadas y esperó más explicaciones.

—Estas rayas son los nuestros, que así se encontrarán en comunicacion y podrán auxiliarse fácilmente, y en estos huecos estarán los otros, completamente aislados. Cada una de estas porciones será batida fácilmente, aunque no todas á la vez, porque conviene empezar por el Norte y acabar por el Sur.

—¿Con qué fin?

—En la parte Norte la resistencia será de poquísima importancia; los sublevados quedarán batidos en pocas horas, y se irán replegando hácia el centro y despues hacia el Sur; hecho esto, se les estrechará por los costados, cuidando siempre de que esta línea que los divide y que representa la calle de Toledo, no se rompa. Cuando llegue este último caso, es cuando deben emplearse todas las fuerzas y todos los recursos.

—Comprendo.

—¿No es fácil ahogar una rebelion en un pueblo de diez ó doce mil almas?

—Facilísimo.

—Pues bien, no pensemos en luchar con el pueblo de Madrid en masa, sino dividamos este pueblo en cuatro, seis ú ocho, segun lo exija la topografía, y operemos sobre cada una de estas porciones, cuidando de aislarlas, mientras nosotros conservamos expeditas las comunicaciones.

No se equivocaba el astuto jefe de policía.

Con este plan, el éxito era seguro.

No habian pensado en semejante cosa los que debian dar el grito de libertad y lanzarse á la lucha; no, no habian pensado mas que en batirse hasta vencer ó morir.

—¿Y si ellos tienen el mismo plan?

—Se lo desbarataremos fácilmente.

—¿Cómo?

—Cien hombres que griten como desesperados, bas-

tarán para que en cada barrio se concentre la fuerza de los sublevados en el sitio que nos convenga.

—¿Y podremos disponer de esos cien hombres en un momento dado?

—Esta noche quedarán en sus puestos.

—¿No debe temerse que entre ciento haya un traidor?

—Más de uno habrá.

—Entonces...

—Ninguno sabrá lo que ha de hacer hasta que llegue el instante crítico, porque á ninguno se le dará otra órden que la de esperar.

—Estoy convencido.

—Eso quiere decir que mi plan...

—Por mi parte lo acepto.

El jefe de policía desplegó una de sus dulces sonrisas, y preguntó:

—¿A qué hora puedo recibir órdenes?

—A las dos.

No hablaron más.

Por si alguno de nuestros lectores cree que no tratamos bastante á fondo este asunto, recordaremos que ahora no hacemos mas que referir un episodio anterior á la época que nos hemos propuesto pintar, y que en los primeros capítulos advertimos que no nos ocuparíamos sino de estos últimos años.

Por esta razon no entramos en otros detalles que en los absolutamente precisos y directamente relacionados con Guillermo de Luján y su familia.

Las calles de Madrid estaban aquella noche ménos concurridas que de costumbre.

En los cafés y reuniones públicas se encontraba ménos gente, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de los graves sucesos que se temian.

Nadie tenia pruebas de que los temores fuesen fundados, puesto que aquellas voces vagas no significaban nada en último caso; pero todos creian que se aproximaba el instante de grandes acontecimientos, y lo creian sin más razon que aquella de *vox populi, vox Dei*, como ya hemos dicho en uno de los anteriores capítulos.

El gobierno á su vez debia justificar todas sus arbitrariedades y atropellos con el *salus populi suprema lex est.*

A las tres de la madrugada, los cien hombres de que habia hablado el jefe de policía, y cuyos aspectos eran completamente distintos, esparcíanse por las calles de Madrid para ir á colocarse en los puntos donde debian esperar, segun la órden que habian recibido.

Los dejaremos para volver á la vivienda de Luján y saber lo que allí sucedia.

CAPITULO XXVII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Guillermo volvió aquella noche á su casa más tarde que de costumbre.

Su esposa lo esperaba con ansiedad, y apenas lo vió, lo abrazó sin poder contener el llanto.

—¿Qué sucede?—preguntó él, fingiendo sorpresa.

—¡Guillermo, Guillermo!—exclamó la infeliz con acento desgarrador.

—Esas lágrimas...

—Lo sé todo.

—¡Que lo sabes todo! ¡no te comprendo, Clotilde mia!

—Sí, se espera que de un momento á otro estalle la revolucion, tú estás comprometido...

—Sosiégate,—replicó Luján con acento cariñoso y procurando sonreir.

—No, no hay para mí sosiego posible.

—Es verdad que estoy comprometido con los hombres de mis ideas; es verdad que algun dia el pueblo, dejándose llevar de la desesperacion, intentará sacudir el yugo que lo agovia; pero esto no es para mí una desgracia, sino una fortuna, puesto que mis deseos se verán cumplidos.

—¿Y tu vida, Guillermo, y tu vida?

—¡Mi vida!... ¿Acaso he de arriesgarla? No llegan hasta ese punto mis compromisos. Otros serán los que jueguen su existencia, porque es muy distinto el papel que se me destina y que he aceptado.

—Me engañas,—replicó Clotilde,—quieres tranquilizarme y para conseguirlo me ocultas la verdad.

Guillermo sonrió dulcemente y repuso:

—Tus temores son vanos, y el mismo cariño que me profesas, te hace ver lo que no existe. Recobra, pues, la calma, y si algun dia estallase la revolucion y la casualidad hiciese que yo no me encontrase á tu lado, espérame tranquilamente, que yo te prometo hacer cuanto es imaginable para salvar mi existencia.

—¡En nombre de nuestro hijo!...

—Basta, Clotilde, basta... Te estás mortificando, y... acabarás por entristecerme.

Era tan dulce y persuasivo el acento de Luján, era tal su calma en aquellos momentos, que Clotilde empezó á sentirse más tranquila y á creer que su cariño y su debilidad habian exagerado el peligro.

¡Cuánto sufrió Guillermo para conseguir disimular como lo hacia!

El dolor de su tierna esposa le destrozaba el alma, y fué menester que emplease toda la inmensa fuerza de su voluntad para no cambiar de resolucion y olvidar sus compromisos.

Le hubiera sido imposible continuar disimulando algunos minutos más.

Necesitaba estar solo y aseguró que tenia sueño.

Acostáronse.

Clotilde, á pesar de haber recobrado algun tanto la calma, no pudo dormir hasta que se dejaron ver los primeros resplandores del crepúsculo.

Guillermo habia pasado la noche en vela, y apenas se esparció la claridad del alba, dejó el lecho, se vistió, y sin hacer el más leve ruido, fué al aposento donde se encontraban su esposa y su hijo.

Hacia pocos minutos que Clotilde dormia.

Su sueño era agitado.

El del niño, por el contrario, era tranquilo como su inocencia.

Contempló Guillermo á aquellas dos criaturas á quienes tanto amaba.

Quizá las veia por última vez.

Lo que sintió no puede explicarse.

Parecióle que una mano de hierro oprimia su garganta sin permitirle respirar.

¡Con cuánta violencia palpitaba su corazon!

¡Y no le era posible estrechar contra su pecho á aquellos dos séres queridos!

¡Tenia que separarse de ellos, quizá para siempre, sin dirigirles el último adios, sin escuchar de ellos una palabra cariñosa!

—¡Esposa mia, hijo de mi alma!—murmuró sin poder contenerse.

Y el llanto se escapó de sus ojos, bañando sus pálidas y contraidas mejillas.

Si no hubiese dejado correr aquellas lágrimas, se hubiese ahogado, su corazon habria saltado del pecho roto en mil pedazos.

Inclinóse casi hasta poner su rostro en contacto con el de su esposa, de manera que percibia el aliento de ésta.

Extremecióse Guillermo.

Ella tambien se extremeció, exhalando un leve gemido.

El infeliz se oprimió el pecho con fuerza convulsiva.

Era preciso alejarse.

Sus ojos se levantaron al cielo como demandándole valor y ayuda.

Al fin, como si se dejase allí el alma, se separó del lecho, acercándose al de su hijo, que continuaba durmiendo y sonriendo.

El corazon del padre no debia sufrir ménos que acababa de sufrir el del esposo.

Al cabo de algunos momentos comprendió que no podria resistir.

Vaciló y hubo un instante en que casi estuvo decidido á abandonarlo todo para no separarse de su esposa y de su hijo.

Un negro presentimiento le anunciaba desgracias horribles.

Pero aquella debilidad duró poco, y como era consiguiente que sucediera en un hombre como él, la voz de sus deberes lo dominó todo.

—¡Hijo mio, hijo de mi alma!—murmuró.

Y sus lábios, trémulos y ardientes, estamparon un beso de infinita ternura y de dolor mortal en la frente del niño.

Luego llevó las manos á su cabeza, se oprimió las sienes y se lanzó fuera del aposento como un loco.

—¡Oh!—gritó mientras se encaminaba á la escalera.—Si pierdo la vida, ¿con qué pagarán los tiranos que me obligan á sacrificarla en defensa de la justicia y de los derechos de la humanidad?

Secó el llanto.

Su rostro cambió de expresion.

Sus negros ojos relumbraron como dos luciérnagas.

De su pecho se escapó un rugido sordo y espantable.

Volvia á ser el hombre que siempre habia sido, el hombre de indomable voluntad y de un valor que rayaba en lo inconcebible.

Apenas salió Guillermo del dormitorio, su esposa

exhaló un grito y despertó, abriendo los ojos y mirando á su alrededor como si se sintiese poseida de espanto.

—¡Dios mio!—exclamó.—¿No he soñado?

Pasóse las manos por la frente y volvió á mirar como si aún no estuviese convencida de que no se equivocaba.

—Sí,—murmuró.—Yo lo he visto á pesar de mi sueño; lo he visto con los ojos del alma... ¡Oh!... Y se ha ido, y...

Interrumpióse y despues de algunos momentos, añadió:

—No, no es verdad... No puede ser verdad lo que he visto soñando... ¿Para qué habia de venir á estas horas, si habia de irse otra vez sin despertarme? ¿Por qué habia de fijar en mí aquella mirada de mortal angustia que me destrozaba el corazon? ¿Por qué habia de llorar?... No, no es una realidad, es un sueño; pero ¡cuánto he sufrido!...

Oprimióse el pecho y exhaló un penoso suspiro.

—Quiero llorar y no puedo,—murmuró.

Su bellísimo rostro estaba densamente pálido y empezaba á contraerse.

Su mirada se fijó afanosamente en su hijo.

Por algunos minutos permaneció inmóvil.

Luego se incorporó y volvió á mirar á todos lados mientras escuchaba.

No se percibia el más leve ruido.

¿Qué buscaba?

Ella misma no lo sabia.

Sin duda no se habia convencido aún de que habia soñado.

En el aposento no habia más luz que la de una lamparilla.

Trascurrieron algunos minutos.

—Todos duermen,—dijo al fin Clotilde.—¿Qué hora es?

Extendió un brazo, tomó su reloj y lo miró.

—Aún no debe ser de dia,—murmuró.

Y se dejó caer nuevamente.

Volvió á reinar en toda la casa el silencio más profundo.

Dos horas pasaron, que fueron para Clotilde dos siglos de mortal angustia.

Su violenta agitacion empezó á calmarse; pero se sentia desfallecer.

Al cabo de otra media hora se cerraron sus ojos, quedando sumida en un sueño ó más bien en un letargo que podia tener fatales consecuencias.

Si Guillermo la hubiese visto entonces, no se habria separado de ella y habria renunciado á todo y olvidado los deberes que le imponian sus compromisos.

Pero Guillermo se encontraba ya bastante lejos de su casa, y en compañía de algunos de los que habian de jugar con él la existencia aquel mismo dia.

No se habia olvidado de su esposa ni de su hijo; pero separado de ellos, se sentia con valor para todo.

Rubianes entretanto salia de su vivienda para ir á la de su protector y esperar allí los acontecimientos.

Se acercaba el momento decisivo.

La sangre iba á correr á torrentes.

Guillermo habia prometido á su esposa hacer lo posible para salvar la existencia, y la promesa la habia olvidado ya.

CAPITULO XXVIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Clotilde continuaba durmiendo.

Rubianes, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, se paseaba en el despacho.

Su rostro estaba pálido y su frente contraida.

Su mirada era sombría, profundamente sombría; pero mucho más sombrío era su pensamiento.

Estaba muy agitado.

¿Por qué?

¿Quedaba en el miserable un resto de conciencia que en aquellos momentos le gritaba?

¿Era su agitacion producida por el júbilo criminal que experimentaba al ver que iba á llevar á cabo sus planes?

No lo sabemos ni es fácil adivinarlo.

Cuando se detuvo, relumbraron sus ojos con extraño fuego, probablemente con el fuego de la codicia.

—Veamos,—murmuró con voz sorda.

Y sacó una llavecita, se acercó á la caja de hierro y la abrió.

A su vista se presentó un abultado paquete.

Eran los cuatro millones en títulos de la deuda consolidada que constituian la fortuna de Guillermo de Luján.

Sobre el paquete habia otro papel, que tomó Rubianes, desdobló y empezó á leer.

—Es un testamento en toda regla,—dijo despues de algunos minutos.—El original queda en la escribanía; pero como ignoran que existe semejante documento, no se cuidarán de buscarlo. De todos modos la sola declaracion de Luján no prueba que efectivamente se encuentren en mi poder los títulos.

Reflexionó y añadió luego:

—Debo evitar hasta las sospechas, y por consiguiente haré que desaparezca esta copia; y en cuanto al recibo, lo recuperaré. ¡Cuatro millones!... ¡Oh!... No, no dejaré escapar esta riqueza: puesto que he logrado coger el único cabello de la calva fortuna, antes que soltarlo, me dejaré matar. ¿Qué porvenir me espera si cometo la necedad de ser verdaderamente honrado? El gobierno me dará una recompensa por los grandes servicios que le he p restado; pero esta recompensa no me sacará de apuros,

porque consistirá en algunos miles de reales que gastaré en pocos meses, ó en un destino que me obligue á trabajar toda mi vida, ó más bien que me produzca para vivir miserablemente hasta que me lo quite un nuevo ministerio. No, no seré tonto y ni siquiera entraré en más reflexiones sobre este asunto, porque esto equivale á vacilar.

Llevó las manos al paquete, como si hubiera de gozar, palpándolo.

En aquel instante resonaron á lo lejos tres ó cuatro detonaciones que parecian producidas por un arma de fuego.

Luego se percibió un ruido sordo y prolongado muy parecido al del oleaje del mar, y pocos momentos despues sonaron por todas partes multiplicados golpes.

Extremecióse Rubianes, volvió la cabeza y escuchó.

Sus ojos relumbraron más que antes y se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

El ruido se aumentó, se acercó, y bien pronto acabó por ser atronador y pavoroso.

Oyéronse tambien gritos desgarradores y voces destempladas, que hicieron más espantosa la confusion, más horrible el estruendo.

Rubianes cerró apresuradamente la caja.

—Llegó el momento,—dijo.

Y se pasó las manos por la frente y dió un paso hácia la puerta.

Esta se abrió, presentándose una sirviente con el

rostro pálido y desencajado y diciendo con voz ahogada:

—Venga usted, señor de Rubianes, venga usted corriendo.

—¿Qué sucede?

—La señorita se muere, se muere...

—¡Ah!...

—Por Dios, venga usted... ¿Qué hemos de hacer ahora?... Suenan tiros, la gente corre y grita, y no habrá ningun médico que quiera venir.

Rubianes, aparentando gran sorpresa y trastorno, siguió á la criada.

¿Qué era de Clotilde?

A las primeras detonaciones habia salido de su letargo, habíase incorporado sobre el lecho y mirado con terror á uno y otro lado.

Su rostro estaba lívido y descompuesto.

Su respiracion era violenta y desigual.

Por algunos momentos quedó inmóvil como una estátua.

Cuando los ruidos se repitieron, la infeliz exhaló un grito desgarrador, grito que parecia llevarse tras sí el alma.

Arrojóse del lecho y sin cuidarse de vestirse, corrió como impulsada por un vértigo al dormitorio de su esposo.

Sus negros ojos se revolvieron en sus órbitas, escudriñando en un instante hasta el último rincon.

—¡Guillermo!—gritó.

Acercóse á la cama.

Una corriente de fuego se escapaba de sus pupilas.

—¡Guillermo, Guillermo!

Extendió los brazos.

Su cuerpo vaciló, escapóse un gemido de su agitado pecho, y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Afortunadamente su doncella habia oido aquellos gritos, y acudió.

Como mejor pudo llevó á la cama á su señora, llamó á otros criados y acudió á Rubianes cuando supo que su señor no estaba en casa.

Todos se preguntaron lo que habian de hacer y todos hicieron lo que les fué posible.

Diez minutos despues Clotilde recobró el conocimiento.

Su estado era el más lastimoso.

La devoraba una intensa fiebre y su razon empezaba á extraviarse.

Pronunciaba con frecuencia el nombre de su esposo y solia llamar á su hijo.

Las detonaciones continuaban cada vez con más frecuencia, si bien era en otras calles donde resonaban.

—¡Oh!—exclamó uno de los criados desesperadamente.—No dejaré que mi pobre señora se muera sin ningun auxilio.

—¿Qué has de hacer?

—En la calle de San Vicente vive un médico.

—No querrá venir,—observó Rubianes.

—Vendrá, porque le suplicaré, le ofreceré mucho dinero, y en último caso le amenazaré.

—El médico no es bastante...

—Ya lo sé; pero casi enfrente de casa hay una botica.

—Es una locura salir...

—¿Por qué?

—¿No oyes los tiros?

—Suenan lejos aún, y aun cuando las balas lloviesen en esta misma calle, no me detendria. Mi señor está en este momento cumpliendo sus deberes, sin mirar que puede morir, y yo haré lo mismo.

Y al decir esto el leal sirviente, que era un jóven de veinticinco años, desapareció.

Rubianes se mordió los lábios.

Hubiera querido que Clotilde continuase en el abandono en que se encontraba.

Esto hubiera podido dar por resultado la muerte de la infeliz, lo cual era una fortuna para la situacion en que el traidor miserable debia quedar despues de haber consumado su criminal abuso.

Aún no habian trascurrido diez minutos cuando el médico, sin necesidad de súplicas ni de ofertas, ni mucho ménos de amenazas, se presentó, porque era de esos hombres que ante nada se detienen cuando se trata de cumplir un deber.

Examinó á la enferma, hizo un gesto de disgusto y pidió papel y pluma para recetar.

—Tenga usted la bondad de venir al despacho,—le dijo Rubianes.

Y cuando así lo hubieron hecho, preguntó:

—¿Qué opina usted de este accidente?

—En este momento no es posible responder de la vida de esta señora.

—¡Peligra su vida!...

—Sí.

—¿Cuál es su enfermedad?... Anoche estaba completamente buena, y creí que no tenia más que la conmocion producida por los temores de lo que pueda sucederle á su esposo.

—Tiene una fiebre nerviosa, que probablemente degenerará en tifoidea cuando llegue la noche, y si esto sucede, es muy poco, casi nada lo que puede hacer la ciencia: todo ha de hacerlo la naturaleza, ha de hacerlo Dios.

Rubianes exhaló un doloroso suspiro.

Para no hacerse sospechoso tenia que aparentar profundo trastorno.

El ruido de las detonaciones se aproximaba.

Esto no fué inconveniente para que el criado tomase la receta y corriese á la botica.

El médico decidió quedarse allí, porque nada tenia que hacer y así podria mejor estar al cuidado de la enferma.

No habia en la casa una persona que no temblase; no habia un rostro que no estuviese lívido y descom-

puesto, y exceptuando al leal sirviente y al médico, todos revelaban en el semblante el terror de que estaban poseidos.

Como se vé, Satanás protegia decididamente á Rubianes.

CAPITULO XXIX.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

El estampido del cañon resonaba sin cesar.

La metralla despedazaba á los defensores de la justicia, barria las calles, y donde se veia una masa de hombres, no quedaba en pocos minutos mas que un monton de cuerpos horriblemente mutilados, de miembros destrozados.

La sangre corria, se encharcaba y humeaba.

Mezclábanse los gritos de rabia y de dolor.

Y el pavoroso estruendo se aumentaba por minutos, y el ardimiento de los combatientes convertíase en vértigo, en sed devoradora de más sangre, de más víctimas.

El plan que ya hemos dado á conocer habia sido

adoptado, y á las pocas horas de lucha comprendió el pueblo que estaba perdido.

Los diferentes grupos no podian socorrerse y se veian rodeados y estrechados, sin que les quedase otra esperanza que la de morir gloriosamente, y aumentar con sus nombres el largo catálogo de los mártires.

Madrid presentaba un aspecto indescriptible y horroroso.

Lo que es una de estas luchas en las calles, lo diremos cuando llegue la ocasion de hablar del desgraciado alzamiento del 22 de Junio de 1866.

Ahora basta decir que la tiranía, con sus poderosísimos medios, acabó por triunfar, quedando las calles de Madrid sembradas de cadáveres y heridos.

El órden, porque esta es la palabra corriente, quedó restablecido, se habian salvado los grandes intereses sociales, y lo que han dado en llamar venerandas instituciones.

Desde aquel dia hubo en España una gran figura política más; desde aquel dia un pigmeo se convirtió en gigante; desde aquel dia tuvimos un hombre á quien debia considerársele único para salvar en momentos dados á la sociedad.

Verdad es que su talento era bien poco; verdad es que no era un gran político; verdad es que se ignoraba si valia mucho como general; pero, ¿qué importa esto?

Sabia ser tirano, sabia mandar que se derramase sangre, y esto era más que suficiente para que se le con -

siderase un gran hombre, y hasta un hombre indispensable si España habia de estar bien gobernada.

Ya no existe, y hablaremos de él todo lo ménos que nos sea posible, porque nos agrada más ocuparnos de los vivos que pueden defenderse, que de los muertos que ya habrán dado cuenta de sus acciones al Omnipotente.

La severidad significa para algunos hombres lo mismo que crueldad, y la sangre derramada aquel infausto dia en las calles de Madrid, no era más que el principio de los torrentes que debian verterse despues de la victoria.

El vencedor podria ser muy grande; pero no parece que fuera generoso.

Guillermo habia concluido por batirse; pero no recibió ninguna herida.

Cuando concluyó el combate, cuando el aterrador silencio de la muerte reinó por todas partes, y las negras tinieblas de la noche envolvieron los horrores de aquel dia, Luján volvió á su casa con el fin de tranquilizar á su esposa y estrecharla contra su pecho, dar un beso á su hijo y huir, porque estaba seguro de que lo perseguirian.

Esto no era ni más ni ménos que una locura.

Apenas terminada la lucha, se desplegó la numerosa policía con que contaba el gobierno y empezaron las persecuciones con una actividad incansable.

Antes de que volviese á salir el sol, centenares de infelices debian encontrarse en los calabozos, de donde

no saldrian sino para morir ó para ser llevados á las mortíferas islas del archipiélago filipino.

La suerte de estos últimos era quizá peor que la de los primeros, porque separados de su hogar por una distancia de tres mil leguas, sin amigos, sin encontrar otra mirada que la de sus verdugos, que los espiaban constantemente, y en un clima soportable solo cuando uno puede rodearse de cuidados, sucumbian al fin sin haber podido muchas veces saber siquiera lo que habia sido de sus familias.

Esto lo sabia muy bien Luján, y debió ocultarse lejos de su casa y huir en la primera ocasion, escribiendo á su esposa cuando se encontrase en lugar seguro.

Pero el estado de agitacion dolorosa en que se encontraba no le permitia discurrir con claridad.

Todo lo habia sacrificado y el sacrificio habia sido estéril.

Los tiranos sacarian de su triunfo todo el partido que podian sacar, y la situacion del pueblo seria mucho peor que antes.

¿Qué le quedaba á Guillermo?

Las tiernas afecciones de su corazon, su esposa y su hijo.

No habia podido abrazarlos, y era una necesidad imperiosa la que sentia de verlos, de hablarles y de escuchar una palabra de consuelo.

Solo en esto pensó, y sin cuidarse de las consecuencias quiso satisfacer esta necesidad.

Cuando entró en su vivienda corrieron á él todos sus criados, lo miraron afanosamente y exhalaron un grito, que lo mismo podia ser de dolor que de alegría.

—¿Dónde está, dónde está?—preguntó Guillermo.

Y volvió la cabeza á todos lados, mientras sus ojos relumbraban como dos centellas.

Rubianes le estrechó las manos y le dijo:

—Valor, amigo mio, valor, que Dios escuchará nuestras súplicas y tendrá piedad de nosotros.

—¿Qué sucede?... ¡Oh!... ¿Qué sucede?... ¿Dónde está mi esposa, dónde?...

—Ahora la verá usted,—repuso el miserable traidor,—mi desgraciado amigo.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Luján con desgarrador acento.

—Calma, valor...

—Acabad de una vez... ¿Qué sucede?... Quiero verla... ¿Y mi hijo?...

—Alberto duerme...

—¿Pero ella?...

—La conmocion que ha experimentado...

—¡Ah!...

—Está enferma...

—¡Enferma Clotilde!

—Pero nada le ha faltado, porque el médico no ha salido de aquí en todo el dia... Domínese usted, porque si ella se apercibe...

—¿Y cómo se le ha explicado mi ausencia?

— De ningun modo, porque ella no ha pedido explicaciones.

—¡Que no ha pedido explicaciones!

—Aturdida por la fiebre...

—¿Tan grave es su estado?

—No... Pero en fin... Es menester mucha prudencia, porque se acerca el momento de una crisis.

Guillermo no escuchó más.

Entró en el dormitorio de Clotilde.

Desde la habitacion inmediata se oia la precipitada respiracion de la infeliz.

Su rostro estaba desfigurado y cubierto de mate palidez.

Sus ojos, extremadamente abiertos, se movian desconcertadamente.

Sus pupilas, vidriosas y dilatadas, habian perdido la expresion.

No habia mas que mirarla para comprender que su vida peligraba.

Guillermo se sintió trastornado, loco por el dolor.

—¡Clotilde, Clotilde mia!—gritó fuera de sí.

Y se inclinó sobre el lecho, estrechando entre las suyas las manos abrasadoras de la enferma y besándola repetidas veces con una ternura infinita.

Ella se extremeció, exhaló un gemido y murmuró con voz afónica:

—Guillermo, Guillermo mio... Eres tú... Sí, tú eres...

Ya no hay sangre... ¡Ah!... Pero ese fantasma horrible... Míralo, míralo...

Y al decir esto volvió los ojos hácia Rubianes.

Éste palideció y retrocedió sin darse cuenta de lo que hacia.

—No hay ningun fantasma,—dijo Guillermo con dulzura.—No hay á tu lado nadie mas que yo.

—Sí, ya te véo; tú, que duermes con el descuido de tu nobleza en brazos de ese angelical espíritu que se llama amistad... Pero no es ella, no; es Satanás, que se ha disfrazado; siéntate, Guillermo mio, siéntate y te diré todo lo que he visto.

Clotilde se revolvió en su lecho.

Sus ojos empezaron á relumbrar como dos carbunclos.

—Luego me lo contarás; ahora debes guardar silencio y sosegarte, porque así conviene á tu salud. No me separaré de tu lado; pero calla, Clotilde mia, calla.

—Es preciso que lo sepas todo, porque el fantasma te acecha, y hay además otros fantasmas... ¡Oh!... Y yo veo cómo sonrie Lucifer... ¿No lo ves tú, no lo ves? Sonrie porque triunfa... Mira, te persiguen... Y esa llanura que no tiene fin y que se mueve sin cesar, esa llanura donde se levantan montañas que desaparecen en seguida, esa llanura bajo la cual suenan rugidos espantosos... ¡Ah!... Es el mar,—añadió Clotilde, intentando sonreir. —¿Por qué el mar me infundia terror?... No, Guillermo, no te vayas, no te separes de mí...

—No, no me voy...

—Sí, te alejas, te pierdo de vista, no veo ya mas que una sombra... ¡No es más que el recuerdo!...

La infeliz exhaló un grito, cerró los ojos y quedó inmóvil.

—¡Clotilde, Clotilde mia!—gritó Luján con el acento de la desesperacion.

—Ya lo vé usted,—dijo Rubianes;—si no se separa usted de aquí, la matará.

Acudió el médico y Luján salió, dejándose allí el alma.

Su traidor amigo lo siguió.

Cuando estuvieron solos en el despacho, sentáronse y dijo el segundo:

—Perdone usted si le advierto que ha cometido una locura.

—No lo sé,—respondió Luján, encogiéndose de hombros.

—En este momento se le buscará á usted por todas partes, y el haber venido aquí...

—¿Qué me importa que me encuentren ó nó?

—Haga usted un esfuerzo, domine su dolor y reflexione. La presencia de usted no puede salvar á su esposa.

—Pero satisface mi corazon.

—La prudencia aconseja que se oculte usted hasta que encuentre una ocasion de salir de España, lo cual no será imposible.

—Me sobran medios para conseguirlo.

—Entretanto recobrará Clotilde la salud y podrá ir á reunirse con usted.

Luján guardó silencio.

—Poner en práctica este plan,—añadió Rubianes,—le será á usted doloroso; pero debe hacerlo por su esposa y por su hijo.

—Veremos.

—En poder de los agentes del gobierno no debe usted esperar mas que la muerte ó la deportacion, y una y otra cosa equivalen á dejar huérfana á su familia.

—Pero, si no me buscan...

—Está usted demasiado comprometido y es usted demasiado conocido para que lo dejen en paz.

—Esperaré al último momento, y si vienen á prénderme, huiré, puesto que puedo hacerlo fácilmente por la casa inmediata.

—No soy de la misma opinion.

—¿Por qué?

—No lo sé; pero un presentimiento...

—Ese presentimiento no es más que un temor exagerado, hijo del cariño que usted me profesa.

—Tal vez.

—¡Ah!... ¡Cuánto sufro, mi buen amigo, cuánto sufro!

—¿Le faltará á usted ahora el valor que siempre le ha sobrado?

—Abandonar á mi esposa en estos instantes supremos, abandonarla quizá mientras ella exhala el último suspiro... ¡Oh!... ¡esto es horrible!

—Tiene usted el deber de salvarse y vivir para su hijo...

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Guillermo con voz ahogada y ocultando el rostro entre las manos.—¿Qué será de mi pobre hijo?

—La enfermedad de su esposa de usted es muy grave; pero aún no se ha perdido la esperanza, y como es jóven, debemos creer que recobrará la salud. De cualquier modo, es preciso tener ahora más valor que nunca. Si usted se va, yo quedo, y aunque no puedo sustituirle satisfactoriamente...

—Sí, amigo mio,—repuso Luján,—usted velará por ella, usted velará por mi hijo, y adonde quiera que vayan, irá usted y con nosotros comerá el pan amargo de extraña tierra, y con nosotros gozará si algun dia Dios se apiada de este pueblo desdichado y podemos volver á nuestro hogar.

—Jamás los abandonaré á ustedes,—exclamó el traidor, —yo se lo juro, jamás.

Luján estrechó la diestra de su falso amigo, diciéndole:

—Gracias...

—Voy á traerle á usted noticias de Clotilde,—repuso Rubianes poniéndose en pié.

Pero en aquel momento se oyó el metálico sonido de una campanilla.

Extremecióse Luján, su frente se contrajo y su mirada se tornó sombría.

¿Quién llamaba?

Aquella noche no debia esperarse que nadie fuese á visitarlos, porque eran pocas las personas que aún se atrevian á salir de sus casas.

La enfermedad de Clotilde era un suceso ignorado de todos, y por consiguiente no podia ser ningun amigo que fuese á verla.

CAPITULO XXX.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Pocos segundos despues de haber sonado la campanilla, se presentó el leal criado á quien ya conocemos.

—¿Qué ocurre, Antonio?—le preguntó Luján con dulzura.

—Señor,—respondió el sirviente,—un inspector de policía con otros dos hombres pregunta por usted.

—¿Y qué le has respondido?

—Que ha salido usted de casa; pero se ha sonreido burlonamente y me ha replicado: «Véalo usted bien por si se equivoca, que aquí esperamos, y si no lo encuentra, nosotros entraremos y lo buscaremos.»

Guillermo y Rubianes cruzaron una mirada de inteligencia.

—Antonio,—dijo el primero,—no temas comprometerte con una mentira: esa gente no me encontrará.

—¡Comprometerme!... ¿Y qué me importa, señor?... ¿Quiere usted que los echemos por la escalera?... Esto seria lo mejor, porque mientras ellos se rehacen ó piden auxilio, aprovechará usted la ocasion para irse.

—No es menester.

—Somos tres, y...

—Puedo ponerme en salvo sin apelar á ese recurso,—replicó Guillermo.

—¿Qué he de hacer entonces? dígamelo usted, porque á todo estoy dispuesto.

—Asegura que no me encuentro en casa y déjalos que registran si se empeñan en ello.

—Bien.

—Eres bueno y leal... dame la mano y despídete de mí, porque Dios sabe cuándo volveremos á vernos.

Antonio estrechó la diestra de su señor, y salió mientras sus ojos despedian dos centellas.

—Un abrazo, amigo mio,—dijo Luján.

Y estrechó contra su pecho á Rubiánes, añadiendo:

—Nada tengo que decirle á usted... Mi esposa, mi hijo...

—Valor, valor...

—Me sobra.

Separáronse.

Sin perder un momento abrió Luján el armario, hizo girar la tabla y pasó por la abertura de la pared, encon-

tråndose en la inmediata casa y en medio de la más completa oscuridad.

El armario volvió á cerrarse.

Detúvose Luján, creyéndose ya libre de sus perseguidores, y metió la mano en uno de sus bolsillos para sacar fósforos y encender luz con que poder llegar más fácil y prontamente á la puerta.

Empero antes de que esto hiciese, sintió que una mano se ponia sobre su cuello y otras dos le asian los brazos.

Un rugido de rabia se escapó de su pecho.

Intentó desasirse y se revolvió desesperadamente; pero perdió el equilibrio y cayó, mientras una voz ronca y desagradable le decia:

—Quieto, si no quieres morir.

Á no haberlo sorprendido, tal vez los criminales no habrian conseguido su intento, porque Luján estaba dotado de fuerzas nada comunes y habria podido sostener la lucha y rechazar á sus acometedores, á pesar de que éstos eran dos; pero no le dieron tiempo ni aun para pensar en lo que le sucedia, y mientras se esforzaba para levantarse, una mano se introdujo en sus bolsillos, sacándole la cartera, el reloj y el poco dinero que en ellos llevaba, pues ya sabemos que los dos mil duros en oro los guardaba en un cinto.

No advirtió Luján que se le despojaba de sus papeles, ni era posible que lo advirtiese mientras duraba la lucha.

—¡Cobardes, miserables!—gritó mientras hacia un supremo esfuerzo.

Los acometedores, que permanecian silenciosos, se separaron como si se diesen por vencidos.

Guillermo de Luján se puso inmediatamente en pié y extendió los brazos.

A nadie encontró.

Llevó entonces la diestra á un rewolver, y sacándolo, gritó:

—¿Dónde estais?... Venid... ¡Oh!.. Huís ante un hombre solo.

Nadie le respondió, ni se percibió el más leve ruido.

No era Guillermo hombre que se aturdiese por haber corrido un peligro, y bien pronto pudo entrar en reflexiones para explicarse lo que acababa de suceder y que no podia ser más extraño.

Casi seguro de no verse acometido nuevamente, guardó el rewolver y encendió luz.

—Se han ido,—murmuró.—¿Qué significa esto? ¿Para qué me han acometido si habian de dejarme? ¿Cómo se han introducido aquí esos hombres?

Para todos, la casa estaba deshabitada, y por consiguiente los ladrones no tenian para qué penetrar allí.

No era menester pensar mucho para comprender que aquellos hombres esperaban á Guillermo, y para esperarlo debian saber lo que solo Rubianes sabia.

Esto significaba una traicion.

¿Quién era el traidor?

Sin querer recordó Luján la aversion instintiva que su esposa experimentaba contra Rubianes.

Empero el alma generosa de Guillermo rechazó esta sospecha, empeñándose en buscar otra explicacion.

Reflexionó por espacio de algunos minutos y dijo al fin:

—Por lo mismo que este cuarto está desalquilado hace mucho tiempo, y que por su estado ruinoso no parece que deba alquilarse, esos bandidos habrán creido que era á propósito para ocultarse ó para preparar algun golpe en la vecindad. Se han introducido aquí, lo cual les habrá sido muy fácil, y han visto la pared rota. Aquí estaban por casualidad cuando yo llegué, y se han arrojado sobre mí, quizá sin saber á quién acometian...

Interrumpióse y despues de algunos segundos, añadió:

—¿Pero por qué no me han asesinado? ¿Por qué no me han robado?

Al decir esto tentó sus bolsillos, encontrándose sin el dinero y el reloj.

—¡Ah!—exclamó.—Ahora lo comprendo todo... Así que me han robado, han huido, porque ya no tenian interés en prolongar la lucha... Perdona, mi fiel amigo, perdona si por un instante he podido abrigar la más leve sospecha.

Explicado así el suceso, no tenia Luján para qué detenerse, sino que, por el contrario, le convenia salir de allí cuanto antes.

Salió del aposento, atravesó un pasillo, llegó á la

puerta, que encontró á medio abrir, y salió bajando la escalerilla.

Le esperaba otra sorpresa mucho más desagradable.

De un rincon del portal se destacaron tres hombres, mientras que otros tres entraban desde la calle.

No habia más que mirarlos para comprender que eran agentes de policía.

Detúvose Luján, rugió desesperadamente y llevó la diestra al bolsillo donde tenia el rewolver.

—Señor don Guillermo,—le dijo uno de aquellos hombres,—la resistencia es, además de inútil, muy perjudicial para usted, porque agravaría su situacion.

—¿Vienen ustedes á prenderme?

—Venimos por usted, y si nos sigue, le dará explicaciones quien pueda dárselas, porque nosotros no sabemos más sino lo que se nos ha mandado.

Contra seis hombres y algunos más que probablemente habrian quedado en la calle, era imposible luchar.

La resistencia no hubiera servido sino para que á Guillermo se le acusase de haber cometido un atentado contra la autoridad, y este delito debia ser castigado con la pena de muerte impuesta por un consejo de guerra, porque Madrid estaba en estado de sitio.

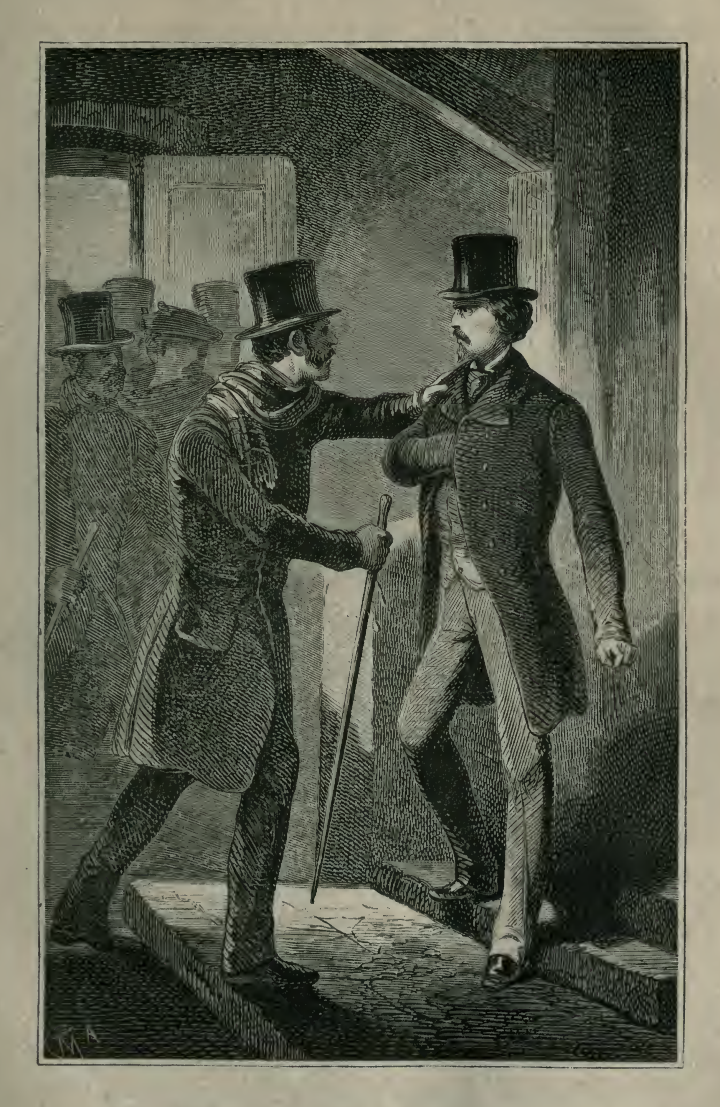
Debia, pues, someterse.

—¿Puedo saber adónde voy?—preguntó.

—A San Martin.

—¿He de ver al gobernador?

—Lo ignoro. Lo único que puedo decir á usted, ca-



Llevó la diestra al bolsillo donde tenia el rewolver.



ballero, es que siento que me haya tocado cumplir este deber; pero le guardaré todas las consideraciones que me sean posibles.

Como Guillermo era rico, se le trataba como no se hubiera tratado á un pobre; pero esto en último caso tenia bien poco valor en aquellos momentos.

—Vamos,—dijo.

—¿Tiene usted alguna arma?

—Sí, este rewolver,—respondió Luján sacándolo.

—Supongo que me lo entregará usted...

—Ahí está.

—Muy bien, caballero... Cuando usted guste.

—Una palabra.

—Diga usted.

—¿Hace mucho tiempo que se encuentra usted aquí?

—Unas dos horas.

—Entonces habrán ustedes visto salir dos hombres...

—Nadie ha salido.

—Es que acaban de robarme, y si no se han ido los ladrones, deben estar en esta casa.

—¿Qué le han quitado á usted?

—El reloj y algun dinero; pero no es esto lo que me importa, sino saber cómo y con qué intenciones han penetrado aquí.

—Si no han salido por los tejados, lo cual es posible, pronto tendrá usted sus prendas... ¿Quiere usted decirme cómo ha tenido lugar el suceso?

Luján refirió brevemente lo acontecido, porque ya

no tenia interés en ocultar que su casa estaba en comunicacion con aquella.

El jefe dijo algunas palabras á dos de sus subordinados, y volviéndose á Guillermo, añadió:

—Mientras vamos á San Martin, se buscará á los ladrones y se procurará no solamente recuperar lo robado, sino adquirir las noticias que usted desea.

—Muchas gracias,—dijo Guillermo.

Y salió con cuatro de aquellos hombres, quedándose en el portal los dos designados por el jefe.

Ya no habia medios de salvacion.

Un cuarto de hora despues llegaban al exconvento de San Martin, cuyo portal estaba lleno de soldados y agentes de policía.

Allí se detuvieron.

El jefe dijo á Luján:

—Vuelvo al momento.

Y desapareció.

Tres minutos despues se paró delante del edificio una silla de posta.

La frente de Guillermo se contrajo más de lo que estaba.

Su corazon palpitó con violencia y su sangre afluyó á su rostro.

Luego pronunció á media voz el nombre de su esposa.

Volvió el agente.

—Tenga usted la bondad de venir,—dijo.

Salieron del edificio, y llegaron donde estaba el carruaje.

El hombre de policía abrió una de las portezuelas.

—Entre usted, caballero.

—¿Adónde voy?

—Lo ignoro.

—Pero...

—No hago más que obedecer, y le ruego á usted que me imite.

—Esto es un abuso...

—Señor de Luján, con la mejor buena fé del mundo le aconsejo á usted que calle.

—¿Y las noticias sobre los ladrones?

—Las tendrá usted antes de partir.

Guillermo entró en el carruaje.

El agente hizo lo mismo.

Se acercó un hombre, que respiraba como si estuviese muy fatigado.

Era uno de los que habian quedado en el portal.

—¿Qué ha resultado?—preguntó el jefe.

—No estaban ya los ladrones.

—¿Por dónde se han ido?

—No tenian mas que dos salidas: una boardilla y el agujero que comunica con la casa del señor de Luján.

—¿Por dónde crees que se han ido?

—Me atrevo á jurar que no ha sido por la boardilla.

—¿Y por el otro lado?

—Tal vez; pero allí tampoco están.

—¿Has venido solo?

—Sí, porque los demás han quedado á la mira por si aún se consigue algo.

—Vuelve y diles que busquen hasta encontrar, porque es absolutamente preciso que quede complacido este caballero.

No hablaron más.

La portezuela se cerró.

Crujió el látigo del postillon.

Partió el carruaje, saliendo á la calle del Arenal y siguiendo hácia la Puerta del Sol.

A los quince minutos salian por la puerta de Atocha y tomaban el camino de Andalucía.

Guillermo no habia vuelto á pronunciar una palabra; pero estaba trastornado, loco por la ira y el dolor.

¿Qué seria de su esposa?

Aun cuando se salvase de la enfermedad, aquel terrible golpe la mataría.

CAPITULO XXXI.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Medio-beso y su camarada habian salido del cuarto, y subiendo otro tramo de escalera, se detuvieron junto á las boardillas.

Cuando sintieron que Guillermo bajaba y se detenia para hablar con los agentes, volvieron los dos criminales al cuarto, llegaron á la abertura de la pared y dieron algunos golpecitos en las tablas.

Giraron éstas y dijo una voz:

—Adelante.

Pasaron al otro lado y se encontraron con Rubianes.

Éste, que estaba muy pálido y agitado, miró á su alrededor y escuchó, preguntando luego:

—¿Teneis eso?

—Sí.

—Aprovechemos la ocasion, venid, y dentro de una hora...

—Entiendo, lo esperaré á usted donde hemos convenido.

—Eso es.

Los agentes de policía no habian llegado á la vivienda de Luján mas que para obligarle á huir por la otra casa; y por consiguiente se contentaron con la segunda respuesta del criado y se fueron.

Todos los sirvientes estaban ocupados en sus faenas ó al lado de su señora.

El camino para salir se encontraba, pues, libre.

Rubianes tomó una bujía y dijo:

—Mucho cuidado: no hagais el más leve ruido, ó nos perderemos los tres.

Hicieron los ladrones un movimiento de cabeza.

Como tres fantasmas, como tres sombras, atravesaron algunas habitaciones.

El traidor amigo abrió cuidadosamente una puerta, diciendo en voz muy baja:

—Salid.

Obedecieron los otros y se encontraron en la escalera, ganando la calle y dirigiéndose apresuradamente á la de la Palma, no sin gran sorpresa del portero, á quien le llamó la atencion que saliesen aquellas dos personas, que no habian entrado, y cuyo aspecto no era nada tranquilizador.

Pocos minutos despues se detuvieron los criminales junto á una puerta sobre la cual habia el letrero que anunciaba una taberna.

Llamaron.

—¿Quién es?—preguntaron desde el interior de la casa.

—Abre, Pelon,—respondió Medio-beso.

Se abrió la puerta y apareció un hombre de escasa estatura, flaco, tuerto y horrible, con un mandil de tela de lana listada de verde y negro.

—Entrad pronto,—dijo con voz cascada.

—Para eso hemos venido, ya lo sabes.

—Es que esta noche, como tú sabes tambien, no podemos abrir y la policía anda que bebe los vientos, y si me echan las uñas, ya que no me fusilen, me arruinarán.

La taberna era de las más pobres y más sucias de Madrid.

Medio-beso y su amigo se sentaron junto á una mugrienta mesa, donde el tabernero puso un candelero de barro con vela de sebo.

—Mira tú, Pelon, tráenos un azumbre y unas sardinas y lárgate de aquí, porque tenemos que hablar.

—¿Se ha hecho negocio?—dijo el tabernero, guiñando el ojo que tenia bueno y haciendo una mueca horrible para sonreir.

—Oye,—replicó Medio-beso,—lo que no has de comer, déjalo cocer. Lo que te digo es que ya sabes que ha de

venir una persona á buscarnos y que no tardes en abrir cuando llamen y pregunten por mí.

—Está bien.

—¿Traes ese vino?

—Allá voy.

El tabernero llevó un jarro, dos vasos y un plato con sardinas saladas, y dejó solos á los dos criminales.

El amigo de Medio-beso era un hombre de treinta años, rechoncho, de frente deprimida y rostro que revelaba la estupidez.

Medio-beso llenó los vasos, y dijo:

—Vamos á cuentas, Cucaracha.

—Eso es,—respondió el otro,—vamos á cuentas, que es lo que más me gusta.

Y se echó á reir como puede hacerlo un idiota, tomando una sardina y empezando á comer.

El gigante sacó la cartera, el reloj y algunas monedas de oro y plata, poniéndolo todo sobre la mesa.

—Beberé,—dijo,—y luego veremos lo que esto significa.

Bebió, se limpió la boca con el reverso de la mano y se puso á examinar el reloj.

—Buena prenda.

—Como que era de quien puede gastarlo.

—No vale este bicho ménos de cuatro mil reales, yo entiendo bien de esto y estoy seguro de no equivocarme; pero tendremos que darlo por la mitad.

—La mitad son cien duros.

—Eso es.

—Cincuenta para tí y otros cincuenta para mí.

—Para ajustar cuentas no eres tan bruto como para lo demás.

Volvió á reirse Cucaracha y bebió.

Medio-beso contó las monedas.

—Treinta y seis duros,—dijo.

—Diez y ocho para mí y otros diez y ocho para tí.

—Veamos la cartera.

En ésta habia algunos papeles y dos billetes de banco de quinientos reales.

—Tú no sabes leer, ¿no es verdad?

—No; pero conozco los billetes y esos son de veinticinco duros.

—Pareces tonto; pero...

—Uno para tí, y otro para mí.

—¿Y los papelotes?

—No quiero ninguno: como no sean billetes de banco, los papeles me dan más miedo que un polizonte, porque yo he visto siempre que por los papeles se comprometen los hombres de más talento y se pierden muchas mujeres.

Y al decir esto Cucaracha, empezó á reir por tercera vez.

—Pues yo,—repuso Medio-beso,—como sé leer, quiero enterarme de lo que dice aquí, porque... en fin, yo me entiendo y bailo solo.

El primer papel que desdobló el criminal fué el documento firmado por Rubianes.

La letra de éste era muy clara; pero aquel no pudo leer inmediatamente.

Lo acercó y separó de los ojos y dijo:

—Estamos medio á oscuras.

En esto no exageraba.

Pasó la punta de la lengua por las yemas de los dedos índice y pulgar, cogió el pábilo de la vela y lo arrancó en la parte que estaba consumido.

La luz fué entonces más intensa y clara.

Aunque con trabajo, empezó á leer.

Su semblante empezó á cambiar tambien de expresion.

No era posible que adivinase todo lo que aquello significaba; pero sí estaba muy claro que habia recibido cuatro millones en títulos de la deuda, y que sin aquel documento no podrian reclamárselos.

Tambien estaba claro que los cuatro millones pertenecian á Guillermo de Luján.

Éste acababa de ser preso, y si no era fusilado, seria deportado como otros muchos.

Las consecuencias no podian ocultarse á la inteligencia ménos clara.

Medio-beso quedó pensativo.

Cucaracha siguió comiendo y bebiendo sin cuidarse de su amigo, sin hacer otra cosa que calcular de vez en cuando el total de lo que habia de recibir por aquel negocio.

Más de veinte minutos pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

—¿Qué te sucede?—preguntó al fin el segundo.

—Nada,—respondió Medio-beso, volviendo á doblar el papel, guardándolo en uno de sus bolsillos y colocando los otros en la cartera.

—Como no bebes ni comes...

—Ajustaba la cuenta de lo que me corresponde.

—Ya la tengo yo ajustada: ochocientos sesenta reales en dinero, de los cuales son quinientos en un billete y la mitad de lo que produzca la venta del reloj, que calculada en cien duros, harán para cada uno de nosotros mil ochocientos sesenta reales, mas cinco mil de los diez que ha de entregarnos ese señor, hacen seis mil ochocientos sesenta.

—No te equivocas.

—Nunca me equivoco cuando ajusto una cuenta,—repuso Cucaracha.

—Bebamos y charlemos.

—Me parece bien.

—Pronto vendrá ese señor, tomarás los cinco mil reales y te irás.

—¿Y esto que hay aquí?

—Lo partiremos ahora mismo.

—¿Y el reloj?

—Tú te lo llevarás, lo venderás como mejor puedas y me darás la mitad.

—Si te fias de mí...

—No te atreverás á engañarme.

—Ya sabes que soy leal.

—Lo sé.

Tomó cada cual su parte.

Cucaracha guardó el reloj.

—¿Sabes,—dijo,—que no entiendo una palabra de lo que ha pasado?

—¿Y para qué quieres entenderlo?

—Es verdad; pero...

—No averigües jamás lo que no te importa, porque la curiosidad suele costar muy cara.

—No soy curioso.

—El negocio ha sido bueno, y esto es lo que te interesa.

—Sí, sí.

—Bebamos.

Aún no habia trascurrido media hora, cuando llamaron á la puerta.

El Pelon acudió, preguntó y abrió cuando le hubieron contestado.

Rubianes, embozado hasta los ojos, se presentó.

Acercóse á los dos criminales.

—¿Podemos concluir ahora mismo?—preguntó con voz sombría.

—Dé usted los cinco mil reales á mi compañero, que tiene prisa, y despues nos arreglaremos nosotros.

El falso amigo dirigió una mirada de inquietud á Medio-beso.

—Haga usted lo que le digo,—añadió éste.

—¿Y por qué no he de dar los diez mil?

—Porque tenemos que hablar.

—¿Y los papeles?

—En la cartera, donde habia tambien mil reales, que ya nos hemos repartido.

—Pues bien, dame la cartera, toma los quinientos duros y hablaremos otro dia.

—¿Y no quiere usted saber todo lo que ha sucedido?

—Lo adivino.

—Bueno será que yo se lo cuente á usted, por si se equivoca en algo.

—Bien, mañana...

—Tal vez no estaré en Madrid.

Aumentóse la inquietud de Rubianes.

No eran nada tranquilizadoras las oscuras palabras de Medio-beso.

¿Qué habia sucedido en los pocos minutos que habia durado la lucha?

El criminal vé fantasmas en todas partes.

Rubianes reflexionó, y resolviéndose al fin, dijo:

—Estás incomprensible.

—Me entenderá usted bien pronto.

—No puedo detenerme...

—Y sin embargo, está usted perdiendo el tiempo.

—Aseguras que tienes la cartera...

—Mírela usted.

—Dámela.

—Cuando quedemos solos.

—¿Y por qué no ahora?

—Se lo diré á usted luego.

Era preciso someterse á la voluntad de Medio-beso.

Rubianes puso sobre la mesa cinco mil reales en billetes.

Cucaracha los tomó.

—Ya puedes irte,—le dijo el gigante.

El otro se levantó sin replicar, y se fué.

—Ahora siéntese usted...

—Ya estoy sentado.

—Pues hablemos.

CAPITULO XXXII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

La inquietud de Rubianes crecia por momentos.

—Don Pedro,—dijo el bandido despues de vaciar su vaso,—yo soy un hombre muy leal.

—Lo sé, y por eso te he confiado este negocio.

—Cuando yo doy una palabra, la cumplo, aunque el cielo se me caiga encima.

—Tampoco lo dudo.

—Tengo corazon, y aunque soy muy bruto, no lo soy tanto que me guste representar ciertos papeles.

—No te comprendo.

—Ya me explicaré; pero poco á poco, porque no tengo talento.

—Acabemos, que el tiempo pasa y me esperan.

—Yo no tengo prisa,—repuso Medio-beso mientras volvia á llenar su vaso.

—Pues yo sí.

—Como soy muy leal, cualquiera puede fiarse de mí.

—Hablemos de la cartera.

—No hablo de otra cosa.

—Dámela, toma los cinco mil reales, y luego dime cuanto te se antoje.

Medio-beso guiñó un ojo, sacó la cartera y se la entregó á Rubianes.

Éste la tomó, la abrió y sacó los papeles que contenia.

Sus manos temblaban y sus ojos relumbraban como dos luciérnagas.

Uno por uno examinó todos los papeles.

Su rostro, antes pálido, se tornó lívido.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Luego fijó una mirada de indescriptible afan en el asesino.

Éste sonrió de una manera que hizo temblar á su cómplice.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Vengan los quinientos duros,—dijo al fin Medio-beso con una calma verdaderamente espantosa.

—¡Los quinientos duros!...

—Eso es.

—Pero...

—Es lo ajustado.

—Esta cartera...

—Es la que llevaba en el bolsillo don Guillermo de Luján, y no tenia otra cosa, como no fuera el reloj y treinta y seis duros en oro y plata, que le quitamos tambien.

—Aquí no están todos los papeles.

—¿En qué lo conoce usted?

—El que yo quiero, el que necesito...

—¿Qué tengo que ver con eso?

—¡Oh!...

—El trato es trato: yo le entrego á usted lo que don Guillermo tenia.

—Habeis sido torpes, no lo habeis registrado bien...

—Se equivoca usted.

—Decís que no llevaba más que la cartera, el reloj y el dinero...

—Y una pistola, que no quise detenerme en quitarle, y tambien una caja de fósforos, que le dejé, porque consideré que la necesitaría para salir de allí sin tropezar.

Rubianes se quitó el sombrero.

Se le abrasaba la cabeza.

Apoyó en la mesa los codos y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

La situacion habia cambiado.

¿Qué habia hecho Guillermo del recibo?

¿Lo habia entregado á alguno de sus amigos, confiándole el secreto?

¿Lo habia perdido?

¿Lo conservaba sin que lo encontrasen los ladrones,

porque tal vez lo hubiese guardado en el cinto con los dos mil duros en oro?

Todo esto era posible.

Lo último era muy probable.

Hay documentos que son dinero, y con el dinero deben guardarse.

No habia previsto Rubianes esta circunstancia.

Ya era tarde para remediar la torpeza.

¿Qué debia hacer?

No lo sabia.

Su sufrimiento era espantoso.

¿Se desplomaría en un momento el edificio que habia levantado en fuerza de su criminal constancia y de la hipocresía que le habia obligado á fingir un año y otro año?

El papel de hombre honrado que habia representado Rubianes, era para él un martirio que pudo soportar con la esperanza de ver realizados sus deseos.

La esperanza era del triunfo le habia dado alientos, como al soldado que todo lo arrostra frente al enemigo.

Pero sufrir, hacer toda clase de sacrificios, y encontrarse luego con que habia luchado con un fantasma, convencerse de que la victoria era una ilusion, esto era horrible.

Medio-beso continuaba bebiendo; pero cuando vió que pasaba el tiempo sin que su cómplice diese señales de vida, dijo:

—¿En qué piensa usted, don Pedro?

Éste levantó la cabeza.

Su rostro estaba horriblemente desfigurado.

—Pienso,—dijo,—que tú has cumplido tu palabra; pero tan torpemente, que de nada me ha servido, puesto que no está en la cartera el papel que necesito.

—No es culpa mia, y ni que esté ni que no esté, ahora mismo me dará usted los cinco mil reales, ó de lo contrario iré á casa de don Guillermo y cantaré más claro que una calandria.

—¿Qué intentas, desdichado?

—Vengarme si usted me engaña.

—No, no...

—Vengan los cuartos, don Pedro.

No habia resistencia posible.

Medio-beso era muy capaz de cumplir su terrible amenaza.

La discusion era inútil.

Rubianes sacó el dinero y lo echó sobre la mesa.

—Ahorá,—dijo,—refiéreme con todos sus detalles lo que ha sucedido.

—Caimos sobre él, rodamos por el suelo, lo robamos y lo dejamos, ocultándonos en la escalera. Luego salió, bajó, lo atraparon los polizontes y se lo llevaron.

—¿Nada más?

—Nada.

—¿No pronunció ningun nombre durante la lucha?

—El nuestro.

—¡El vuestro!...

—Sí, nos llamó canallas y miserables, y no se equivocó.

Rubianes se puso en pié.

—¿Se vá usted tan pronto?

—Nada tengo que hacer aquí.

—Se me olvidaba decir una cosa.

—¿Qué?

—Cuando abrí la cartera y saqué los dos billetes, se cayó un papel.

—¡Un papel!...

—Lo miré, ví que estaba firmado por usted, y...

—¡Mi recibo!...

—Eso es, un recibo.

—Dáme, dáme,—replicó afanosamente don Pedro:—ese precisamente es el papel que busco.

—¿Y para qué lo quiere usted?

—¿Qué te importa?

—Por usted está escrito, por usted está firmado, y por consiguiente puede usted escribirse y firmarse cuantos quiera. Éste lo guardo yo como un recuerdo, y porque, aunque soy muy leal, ya he dicho que no me gusta hacer el papel del tonto... ¡Mil rayos!... ¡Cuatro millones!... Ya arreglaremos esta cuenta, don Pedro.

Y esto diciendo, levantóse el bandido y dió un paso hácia la puerta.

Rubianes lo detuvo.

—¿Qué quiere usted?

—Ese recibo...

—Chiton.

—¡Miserable!...

—Mientras usted se porte bien conmigo, no debe tener cuidado, que el recibo no lo verán ningunos ojos. Soy leal y cumplo lo que prometo... Guarde usted los cuatro millones, que cuando yo esté apurado, iré á buscarlo á usted. Y cuidadito con que haga usted nada contra mí, porque si me ponen á la sombra, cantaré, y si me asesinan, otro se encargará de entregar el papel á quien corresponda. No seré muy exigente, porque no me gusta valerme de la ocasion; pero tampoco seré tonto.

No acertó á replicar Rubianes.

Estaba anonadado.

—Buenas noches y que haya salud,—añadió Mediobeso.

Y llegó á la puerta, la abrió y salió.

Largo rato permaneció el traidor amigo como una estátua.

Su rostro lívido estaba empapado en frio sudor.

Al fin se dejó caer en una silla, se pasó las manos por la frente y murmuró:

—¿Qué haré?... ¡Oh!... Luján no es ya dueño del recibo; pero... ¿hasta qué punto abusará ese miserable de su ventajosa situacion?... Estoy trastornado y necesito recobrar la calma para reflexionar.

Hizo un esfuerzo, púsose en pié, envolvióse en la capa y con pasos vacilantes salió de la taberna.

CAPITULO XXXIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Al dia siguiente empezó á mejorar Clotilde, y pasados otros cuatro se encontraba fuera de peligro.

Apenas recobró el uso de su razon preguntó por su esposo, y Rubianes le respondió que su desgraciado amigo habia tenido que huir para librarse de las persecuciones de la policía.

Pareció que Clotide se daba por satisfecha; pero no fué así, porque creyó que la engañaban para evitarle conmociones, que en su estado hubieran tenido graves consecuencias.

Aunque la hemos visto poseida de terror á la sola idea de los peligros que amenazaban á su esposo, Clotilde estaba dotada de un valor nada comun.

La desgracia no tenia remedio y era preciso hacerse superiores al dolor.

Además, el hijo necesitaba de la madre como no habia necesitado nunca, y la madre debia hacer toda clase de esfuerzos para vivir y proteger á su hijo.

—Caballero,—dijo la desgraciada á Rubianes,—me sobran fuerzas y valor para soportarlo todo; pero quiero conocer mi verdadera situacion.

—No la engaño á usted, señora.

—¿Ha muerto mi esposo?

—No.

—¿Lo jura usted?

—Juro que vivo salió de Madrid la noche del dia que usted cayó enferma.

—¿Adónde ha ido?

Rubianes vaciló.

—Nada me oculte usted,—añadió Clotilde:—necesito conocer mi verdadera situacion.

—Pues bien, señora, ya que es preciso, se lo diré todo.

—Sí, sí.

—Al fin se apoderaron de su esposo de usted, que á estas horas debe estar en Cádiz ó embarcado.

—Deportado,—murmuró Clotilde con breve acento.

—Antes de partir me entregó la llave de la caja, donde encontré en billetes, oro y plata, la cantidad que resulta como saldo en el libro. Ni faltaba, ni sobraba, porque el señor de Luján era muy exacto para hacer sus

apuntes. Iba á darme otras explicaciones sobre sus negocios; pero no tuvo tiempo, porque llegó la policía y se vió precisado á huir sin perder un instante. Desgraciadamente, cuando logró escapar de unos cayó en manos de otros, y nada sabremos hasta que le sea posible escribir, bien desde Cádiz, si le dan tiempo y permiso, bien desde Filipinas.

Clotilde escuchaba sin pestañear.

—Del dinero que habia en caja, y que eran quince mil setecientos veintitres reales, he dado para los gastos más precisos y presentaré á usted la cuenta cuando quiera examinarla.

—Hablaremos de eso otro dia.

—Cuando usted guste. En cuanto á lo demás, advierto á usted que prometí al señor de Luján velar por su familia, y cumpliré mi promesa si usted se digna aceptar mis servicios.

—Gracias.

—Debo á su esposo de usted hasta la salvacion de mi alma, y para pagarle serán pocos todos los sacrificios.

En lugar de responder á estos ofrecimientos, Clotilde dijo:

—Pero usted tambien estaba comprometido por la causa de la libertad...

—Y temo que hagan conmigo lo que con su esposo de usted.

—Sin embargo, todavía...

—Yo no tengo la importancia que el señor de Luján:

hasta hoy parece que me miran con desprecio; pero ¿quién sabe lo que sucederá mañana?

—Es verdad.

—No nos cuidemos de esto, señora, porque ninguna importancia tiene: pensemos en la situacion de usted...

—Pensaré en ella.

Comprendió Rubianes que Clotilde no queria continuar la conversacion, y la dejó, volviendo al despacho, que era su puesto.

Tres dias despues entró el criado con las cartas que acababan de llevar del correo.

Rubianes las examinó, viendo que una estaba dirigida á Clotilde y que la letra era de Guillermo.

—Esto era lo que me faltaba para decidir,—murmuró.

Y empezó á dar vueltas entre sus dedos á la carta.

—Manos á la obra,—dijo despues de algunos momentos.

Y con rara habilidad la abrió de manera que pudiera cerrarse otra vez sin conocerse el abuso.

Empezó á leer.

Su rostro empezó á palidecer y temblaron sus manos.

Guillermo, despues de dirigir á su esposa y á su hijo las frases más cariñosas, y de pintar con vivos colores sus sufrimientos, hablaba de sus negocios, diciendo que Rubianes era depositario de su fortuna, y manifestando sus sospechas sobre la traicion del miserable, sospechas que habia vuelto á concebir cuando echó de ménos la

cartera y recordó las circunstancias del robo y la inexplicable desaparicion de los ladrones.

No bien hubo concluido la lectura, como si la carta fuese una víbora que amenazase morderle, la arrojó el miserable á la chimenea.

Cuando la vió convertida en cenizas, respiró como el que se ahoga y consigue sacar la cabeza fuera del agua.

Luego se dilató su rostro.

Sus pupilas relumbraron.

Sus lábios se entreabrieron para sonreir con satánica expresion.

—¡Ah!—exclamó.—Estoy decidido.

¿Cuál era su resolucion?

No es difícil adivinarla, porque no podia ser mas que una, porque no podia el traidor renunciar al fruto de su trabajo, no podia declararse vencido despues de la penosa lucha que habia sostenido con sus instintos y sus pasiones para fingir y engañar.

Hombres como Rubianes no dan el primer paso, no adelantan para retroceder ante el primer obstáculo que se les presenta.

El tigre no se toma la molestia de acechar para dejar que su presa se le escape cuando se le presenta la ocasion de caer sobre ella.

Medio-beso conservaba el recibo; pero en último caso esto no era mas que un inconveniente para la tranquilidad del porvenir.

Conocia Rubianes demasiado bien al bandido y estaba seguro de que éste cumpliría su palabra.

De vez en cuando se presentaría, exigiendo alguna cantidad; pero ¿qué importaba esto?

Quien tiene una renta de seis mil duros bien puede socorrer á un amigo que se vé apurado.

Una nueva conferencia con Medio-beso seria bastante para establecer condiciones ventajosas, porque hay que advertir que el bandido no era avaro.

Como Medio-beso se encuentran muchos.

No es raro ver ese consorcio extraño del crímen y la honra, de la alevosía y la lealtad, de la ruindad y la grandeza; no es extraño, porque esto no significa malos instintos, sino un alma buena en una cabeza extraviada.

Hay hombres de quienes puede decirse que el sentimiento y el pensamiento son dos cosas completamente opuestas.

El oro es oro, aunque esté entre el cieno, lo cual no quita para que manche el cieno donde se envuelve el oro.

Rubianes no era lo mismo que Medio-beso.

Éste, comparado con aquel, era una rara virtud.

No todos los que cometen crímenes se parecen.

No todos los criminales lo son por instinto y por voluntad, ni por conviccion.

A muchos hombres los ha hecho criminales la sociedad.

Hay muchos criminales que despues de treinta años

de cometer crímenes, no se han dado todavía cuenta de si son buenos ó malos.

Algunos van al patíbulo con el sueño de su irreflexion y bastaría despertarlos para tener un hombre honrado.

Los que con este sueño van á los presidios, encuentran allí el ópio que los aletarga más y más.

Rubianes, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, empezó á pasearse por la habitacion.

No hay que decir en qué pensaba.

Meditaba sobre su situacion y combinaba los medios para llevar su plan á término feliz.

—¿Empezaré por Clotilde ó por Medio-beso?—se preguntó.

Y despues de algunos momentos, dijo:

—Por Medio-beso.

CAPITULO XXXIV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Clotilde dejó el lecho, y aunque muy débil todavía, empezó á ocuparse de los cuidados de su casa.

Todos esperaban verla entregarse á los trasportes de su dolor; pero todos se equivocaron.

A todas horas se la veia triste, grave y silenciosa; pero nada más.

Nadie vió en aquellos ojos una lágrima.

Su aspecto tenia mucho de imponente.

Todo su dolor y toda su amargura se habian reconcentrado en lo más profundo de su alma.

Era la roca en cuyas concavidades ocultas se agitan, vuelven, rugen y despedazan mónstruos que nunca salen á la luz del sol.

El dolor de Clotilde era la borrasca en el fondo del Océano, cuya superficie aparece tranquila.

Hemos dicho que estaba débil; pero ella se creia con fuerzas sobradas para resistirlo todo.

Tal vez no se equivocaba.

¿Cuál era su verdadera situacion?

Esta pregunta se hizo, y para responderse con seguridad, llamó á Rubianes.

Presentóse el traidor, que deseaba tambien entrar en explicaciones.

Clotilde fijó una mirada penetrante en el falso amigo, y le dijo despues de algunos momentos:

—¿Tiene usted algunas noticias que darme de mi esposo?

—Una bastante desagradable,—contestó el traidor, exhalando un triste suspiro.

—No se apure usted,—repuso Clotilde, mientras desplegaba una sonrisa leve, pero profundamente irónica:—siga usted mi ejemplo y tenga valor, porque para estas ocasiones es cuando el valor se necesita.

—¡Oh! Es usted una mujer admirable.

—¿Qué sabe usted de Guillermo?

—Que se embarcó para Filipinas en un buque de vela, en el *Atrevido*, que debe hacer el viaje por el Cabo de Buena Esperanza.

—¿Y cómo se explica usted que mi esposo no me haya escrito?

—Porque no le dieron tiempo para hacerlo.

—¿Hasta ese punto han llevado la crueldad?

—Hasta ese punto, y no es el primer caso, señora.

Clotilde reflexionó.

—De modo,—repuso despues de algunos instantes,—que no podré recibir noticias de Guillermo en muchos meses.

—En siete ú ocho, segun convenga su arribada con la salida del correo.

—Entonces debo ocuparme de todo, para conocer el estado de nuestros intereses.

—Creo que sí.

—Segun entiendo, mi esposo vendió sus fincas para dar á sus capitales distinto empleo.

—Permítame usted que traiga los libros donde constan todas esas operaciones.

—Como usted quiera.

Salió Rubianes, volviendo pocos segundos despues con dos libros, que puso sobre un velador.

—Sepamos,—dijo Clotilde.

—Aquí tiene usted seiscientos mil reales por la venta de la casa de la calle de Santa Isabel, verificada en cinco de Febrero del año anterior.

—Es exacto.

—En ocho del mes siguiente se otorgó la escritura de venta de la dehesa que poseia en término de Jerez de los Caballeros ingresando en caja doscientos noventa y cinco mil reales.

—Perfectamente.

Rubianes pasó algunas hojas del libro en que leia, y dijo luego:

—En veintitres de Setiembre del mismo año, se vendió la casa de la calle de Santa María en ciento ochenta mil reales, y pocos dias despues, el veintiocho, se vendieron quinientos mil reales nominales en acciones de carreteras y cinco acciones del Banco Español de San Fernando, cuyo producto líquido...

—No hace al caso ahora.

—No hay más ventas.

—No creo que hubiese más que vender.

—Dos meses despues, segun aquí consta, empezó su esposo de usted á hacer compras de títulos del tres por ciento consolidado. Hé aquí las partidas.

—El total.

—Cuatro millones nominales en junto, que producen una renta de ciento veinte mil reales anuales. Además de esto habia en caja una cantidad en metálico, invertida en gran parte en gastos que su esposo de usted calificaba de *particulares* y que no eran otros...

—Lo sé; dinero dado para compra de armas y otras necesidades de la revolucion.

—Hay una salida de dos mil duros, que en oro se llevó en un cinto el señor de Luján.

—¿Llevaba dos mil duros en oro?

—Sí, señora.

—Eso me tranquiliza, porque así no se verá obligado á aceptar socorros de sus verdugos.

—Nada más resulta en cuanto á operaciones y negociaciones hechas por su esposo de usted.

—Tenemos, pues, un capital de cuatro millones nominales en títulos de la deuda consolidada.

—Con tres por ciento de interés, que produce ciento veinte mil reales al año.

—Mucho ha menguado nuestra fortuna; pero nos sobra para vivir con decoro,—dijo Clotilde.

Y fijó su mirada en Rubianes.

Éste bajó los ojos y se extremeció.

Las más terribles acusaciones no le hubieran producido tanto efecto como la tranquilidad y el descuido con que aquella infeliz madre decia que le sobraban recursos para vivir con decoro.

El miserable abrió otro libro y dijo:

—Pasemos á la caja.

—Si mal no recuerdo, me dijo usted que habian quedado unos quince mil reales.

—Sí, señora.

—Eso en cuanto al metálico...

—Que es todo, porque no hay otros valores.

—¡Que no hay otros valores!...

—Como podrá usted ver, el señor de Luján, ignoro por qué razon, no dió ingreso á los títulos de la deuda. Donde guardaba éstos, no lo sé, aunque supongo que sobre este punto pensaba darme instrucciones cuando se presentó la policía. ¡Tal vez los haya depositado en el Banco ó los tenga en poder de alguna persona de su

confianza. Yo creí que estaría usted al corriente de todo esto, porque era muy natural que su esposo, en los momentos en que iba á jugar la vida, le hablase á usted de un asunto tan interesante.

Clotilde guardó silencio.

Su rostro palideció más de lo que estaba.

Su mirada profunda se fijó en Rubianes.

Éste volvió á extremecerse y hojeó el libro por hacer algo, puesto que no acertaba á decir nada.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, durante los cuales ella continuó con la mirada fija en el traidor amigo.

Lo que pasó en el alma de aquella infeliz, no es posible explicarlo, no es posible concebirlo.

—Señor Rubianes,—dijo ella al fin.

Levantó él la cabeza y respondió:

—Tengo el honor de escuchar, señora.

—Por de pronto estamos arruinados.

—No lo creo, no lo creo...

—Hoy por hoy debo considerarme viuda.

—Para la cuestion de intereses es cási lo mismo.

—Entonces diré que estoy arruinada, que dentro de algunos dias no tendré con que dar pan á mi hijo.

—¡Oh!... Me parece...

—No disfracemos la verdad, cuando es demasiado amarga: al hambre debe llamársele hambre.

—Señora...

—Nos han robado.

—¡Robado!—exclamó Rubianes, fijando en Clotilde una mirada de terror.

—Sí.

—Pero...

—Usted es el ladron,—repuso la infeliz con acento de la conviccion más profunda.

El miserable traidor se puso en pié como impulsado por un resorte, abrió desmesuradamente los ojos, fijó la mirada en su pobre víctima, y con un acento indescriptible exclamó:

—¡Yo!...

—Usted, sí,—repuso Clotilde con firmeza.

—¡Yo!...

—Usted es el ladron y lo está probando, porque no combate la idea, completamente absurda, de ese robo, porque no responde sencillamente que no hay motivo para creer que semejante robo se ha verificado, porque acepta la suposicion, y porque al verse acusado, en vez de mirarme con desprecio, en vez de levantar la frente con el orgullo del que tiene su conciencia tranquila, se aterra.

—Señora...

—Usted es el ladron.

Esforzóse Rubianes para recobrar la calma.

Su semblante cambió de expresion.

—Señora,—dijo,—acaba usted de hacerme una grave ofensa, que le perdono, porque comprendo que el dolor ha extraviado el juicio de usted; pero mi honra ul-

trajada, heridos mis nobles sentimientos, ofendida mi dignidad...

—¡Miserable!

—Basta... No puedo permanecer aquí un instante más... Ahí tiene usted la llave de la caja, donde encontrará el dinero que queda y la cuenta de los gastos hechos desde que salió de Madrid su esposo de usted... ¡Oh!... Dios la proteja á usted, señora, y á mí me dé fuerzas para resignarme.

Y al decir esto echó la llave sobre el velador y dió un paso hácia la puerta.

Clotilde se levantó, lo asió por un brazo, y sacudiéndolo rudamente, le dijo:

—¿Y así, miserable, se vá usted, llevándose el pan de mi pobre hijo? ¿Con esa tranquilidad horrible vuelve usted la espalda á sus víctimas?... No, no saldrá usted de aquí sin devolver á un desdichado huérfano lo que le ha robado, no saldrá usted, no...

—¿Y quién me lo estorbará?—replicó Rubianes, empezando á recobrar la energía.

—Yo.

—Señora, no agrave usted su desgracia.

—¿Puede acaso ser más horrible?

—Sí, más horrible será si usted me acusa públicamente, porque entonces mi honra me obligará á defenderme, acudiré á los tribunales, pediré pruebas de la acusacion y que se castigue al que me ha calumniado.

—¡Eso más!...

—Eso y todo, porque antes que el cariño que profeso á su esposo de usted, antes que la gratitud, es mi honor, mi limpio honor.

—¡Dios mio!... ¿Es posible tanta maldad?

—¿Y es posible tanto extravío, tanta locura?...

—¡Oh!...

—Soy pobre, señora, no poseo más que mi honra y natural es que ésta la defienda contra todo el mundo... ¿Qué he de hacer si otra cosa no tengo y el adquirirla me ha costado sufrir horriblemente toda mi vida?

¿Qué habia de hacer Clotilde?

Nada conseguiría con acusar al traidor.

No solamente pruebas materiales, sino que tampoco morales podia presentar en apoyo de sus sospechas.

Si hubiera llegado á sus manos la carta de su esposo, la situacion hubiera sido completamente distinta, porque la declaracion de un hombre como Guillermo tenia mucho valor, si no como prueba ante los tribunales, ante el juicio público.

No por esto habria recobrado su fortuna la desdichada familia, pues mientras el traidor se empeñase en negar, nada se conseguiría; pero al ménos Clotilde habria podido decir en alta voz que la habian robado, y habria sido creida.

¿Por qué Guillermo no habia de haber depositado los títulos en manos de algun amigo de su confianza?

Esto era posible, y lo que es más, era probable.

Acusar á Rubianes era, pues, una ligereza.

¿En qué se fundaba Clotilde para acusar?

En su instinto, puede decirse, y nada más.

Solo para ella tenia valor su propio convencimiento.

No necesitó reflexionar mucho para comprenderlo así.

Y puesto que nada habia de adelantar con aquella lucha, que la mortificaba horriblemente, ¿para qué sostenerla?

Tambien su rostro cambió de expresion.

En un instante dejó de revelar el dolor y la ira.

Apareció grave, severo, imponente.

Su cabeza se irguió con una dignidad verdaderamente majestuosa.

Extendió un brazo y señaló á la puerta.

Rubianes se encogió de hombros y salió.

Cuando la infeliz quedó sola, sintió que le faltaban las fuerzas.

Se dejó caer en un sillon y ocultó el rostro entre las manos.

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

—¡Hijo mio, hijo de mis entrañas!—exclamó con desgarrador acento.

Al cabo de algunos minutos levantó al cielo los ojos.

Lo que expresaba su mirada es imposible explicarlo.

—¡Dios mio!—murmuró.

En su acento habia tanto de dolor como de desesperacion, tanto de acusacion, como de súplica, tanto de profunda tristeza, como de horrible amargura.

¿Podria resistir aquel terrible golpe?

En un solo instante habia perdido á su esposo y habia pasado de la opulencia á la miseria.

La que poco antes era dichosa al lado del hombre á quien adoraba, encontróse sola en el mundo.

La que veia para su hijo un porvenir risueño, no tendria bien pronto un pedazo de pan que darle.

No puede concebirse nada más horrible, más espantoso.

¿Qué haria?

Por de pronto, sufrir, y luego... sufrir tambien.

¿Qué habia de hacer si no contaba con ningun recurso?

Amigos tenia; pero con su carácter y sus ideas no era posible que la infeliz se aviniese á vivir á costa de sus amigos.

Al contrario, huiria de ellos y se ocultaría, evitando así que le volviesen la éspalda.

La miseria, no veia para lo porvenir mas que la horrible miseria.

¡Desdichada!

CAPITULO XXXV.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Desde la vivienda de Luján se fué Rubianes á la suya, se encerró en su cuarto y se entregó á meditaciones sobre su situaciòn.

El golpe estaba dado; pero ¿era completo el triunfo?

No.

Clotilde no habia recibido la carta escrita en Cádiz por su esposo.

Hasta entonces todo iba bien.

¿Qué sucedería despues de algunos meses?

Guillermo escribiría desde Filipinas.

No habia medios de interceptar todas las cartas.

Más ó ménos tarde alguna llegaría á su destino.

Luján conocería la situacion de su esposa, porque ésta le escribiría.

Entre ambos se pondria fácilmente en claro el asunto, y á ninguno de los dos les quedaría duda sobre el abuso de Rubianes.

No tenian pruebas suficientes para acudir á los tribunales; pero acudirian á la opinion pública y ésta fallaría, puesto que las declaraciones de Guillermo, cuya severa rectitud y honrosos antecedentes eran conocidos de todos, tendrian mucho más valor que las negativas del criminal.

Ser rico no era bastante para ser feliz; Rubianes necesitaba que tambien se le creyese honrado y se le respetase.

¿Cómo conseguir esto?

No habia más que un medio: salir de España y establecerse con un nombre supuesto donde no fuese conocido de nadie.

¿Qué le importaba vivir en esta ó en la otra tierra? En todas partes podia gozar si tenia dinero.

Mientras no le atormentase la conciencia, podia ser dichoso.

Y la conciencia de Rubianes no daba señales de vida.

Otro peligro presentaba su situación: un cambio político, un indulto ó cualquier otra circunstancia imprevista podia permitir á Guillermo la vuelta de la península.

Y Guillermo no acudiría á los tribunales para recuperar su fortuna, sino que tomaría la justicia por su mano.

Rubianes era demasiado cobarde para hacer frente

á Luján, y esta idea le hizo extremecerse de terror.

Hé ahí, pues, un nuevo motivo para huir y establecerse con otro nombre donde no pudiera ser encontrado.

Nada tendria de particular que Guillermo, como á otros les sucedia, muriese en su destierro y en un breve plazo.

Esto seria una eventualidad dichosa, y Rubianes no dejaria de aprovecharla.

Pero entretanto era preciso ponerse á cubierto de las demás probabilidades.

Mas de dos horas pasó el traidor haciéndose estas y otras muchas reflexiones.

Ni un solo instante le mortificó la idea de la situacion en que quedaban sus víctimas.

Su resolucion estaba adoptada.

Nadie extrañaría verlo salir de España despues de los sucesos que habian tenido lugar y habiéndose quedado sin protector.

Como si estuviese muy triste y muy preocupado, salió de su casa.

Era la última vez que se veia obligado á fingir, y fingió tan admirablemente como siempre lo habia hecho.

Al verlo distraido y absorto, con la cabeza inclinada y el paso desigual, recorriendo las calles, cualquiera hubiese dicho: «Ese hombre sufre, ese hombre vá agoviado por el peso de un dolor profundo; ese es uno de tantos desgraciados para quienes la vida es una pesada

carga, es, en fin, una de tantas víctimas de la sociedad.»

Rubianes encontró á cinco ó seis amigos á quienes aparentó no ver, dando así lugar á que le llamasen la atencion.

—¿Qué le sucede á usted?—le preguntaban;—no parece sino que esté usted fuera de este mundo.

—Nada me sucede,—contestaba Rubianes, haciendo un gesto como si se esforzase para reir.

Y á la pregunta de:

—¿Qué es de su vida de usted?

Respondia:

—Me aburro porque estoy sin ocupacion, y para no aburrirme, voy á hacer un viaje.

—¿Adónde vá usted?

—Á América.

—¡Á América!...

—¿Qué hago aquí?... Quiero probar fortuna, ser algo, ó no vivir.

—¿Deja usted la casa del señor de Luján?

—El señor de Luján no está en Madrid, ni volverá en mucho tiempo.

—¿Dónde se encuentra?

—Pregúnteselo usted á la policía,—contestaba Rubianes maliciosamente.

Y dando un apreton de manos á su interlocutor, se alejaba sin entrar en más explicaciones.

Hecho esto, volvió á su casa.

Arregló cuanto necesitaba para el viaje, que no de-

bia ser largo, puesto que no pensaba pasar de Francia, donde esperaría los acontecimientos y le seria fácil saber lo que á Guillermo le sucedia.

Al dia siguiente salia de Madrid.

Era muy poca ó ninguna su importancia para que nadie se ocupase de su partida.

Entre lo que exigió como premio de sus servicios prestados á la causa del órden, fué una de las cosas un pasaporte con nombre supuesto.

Era cuanto por entonces necesitaba.

CAPITULO XXXVI.

La historia de Clotilde.

(*Continuacion.*)

Dos meses pasaron.

Entremos en la tortuosa y pendiente calle del Molino de Viento, volvamos á la derecha y luego á la izquierda, y detengámonos frente á una casa antigua, de tres cuerpos y bastante fea.

En el portal, que es largo y estrecho, húmedo y oscuro, hay, ó por lo ménos habia un zapatero, que se sentaba á trabajar detrás de un pequeño biombo, dejando apenas un sitio suficiente para que pasase una persona.

El zapatero hacia tambien las veces de portero, puesto que daba razon de los nombres y demás circunstancias de todos los inquilinos.

De este hombre no diremos más sino que tenia cin-

cuenta años, era honrado y trabajador, aunque algo aficionado al vino, y fiel observador de la costumbre, aún conservada entre los de su oficio, de no trabajar en lunes.

Mientras cosía hablaba con cuantos querian entablar con él conversacion, y hablaba con doble placer si se trataba de política.

Era muy liberal y recordaba con orgullo ciertas épocas de su vida, particularmente la en que como miliciano estuvo en el Trocadero.

Siempre andaba á caza de noticias, y no sabemos si gozaba más en recibirlas que en comunicarlas.

Al llegar á la casa veíase asomar por encima del biombo una forma esférica y blanca como el marfil.

Era la cabeza del zapatero, calva en su parte superior.

Por tiempos regulares y como las aspas de una máquina, se veian tambien aparecer y desaparecer sus dos brazos.

Se le daban los buenos dias y contestaba sin levantar la cabeza, aunque mirando de reojo.

Se le hablaba y seguia la conversacion sin dejar de coser.

Era menester que se le diese una noticia muy grave ó se le ofreciese un vaso de vino, para que interrumpiese su trabajo y cambiase de postura.

Al otro extremo del portal se veian cuatro puertas.

Dos correspondian á los cuartos bajos exteriores;

otra daba entrada al patio, donde habia unas cuantas habitaciones, y la última correspondia á la escalera, que era empinada y oscura.

En el piso principal, además de un corredor por donde se entraba á seis miserables viviendas, habia otros dos cuartos con balcones á la calle.

El de la izquierda lo ocupaba una mujer viuda y anciana, que antes habia vivido con lo que ganaba un hijo suyo de veinticinco años y que trabajaba como cajista en una imprenta.

El hijo habia sufrido la misma suerte que Guillermo de Luján y por la misma causa.

La pobre mujer habia quedado sola y desamparada, y aún no sabia cómo le seria posible sostenerse.

Desde el mes anterior que no habia pagado al casero, le habia dicho éste que se mudase; pero cambiar de vivienda es cuestion muy grave para un pobre.

Sus cincuenta años y su falta de salud, no le permitian trabajar.

Hasta entonces, la habian favorecido algunas personas caritativas.

Pero todo se agota, y este triste recurso se agotaría tambien, siquiera fuese porque otros pobres necesitaban lo que ella recibia.

Tres dias antes del en que estamos se habia presentado por quinta vez el casero, y desde la puerta y en alta voz habia dicho á la infeliz que era preciso que dejase la habitacion para fin del mes.

Ella lloró y replicó que se le concediese un plazo.

Sus súplicas fueron contestadas con frases duras y groseras.

La puerta de enfrente se abrió entonces, apareciendo una mujer jóven y de una belleza sorprendente.

Estaba sencillamente vestida; pero su continente era el de una gran señora.

—Caballero,—dijo con dulzura al dueño de la casa,—no tener un techo donde abrigarse, es tal vez más horrible que el hambre.

—Muy horrible, señora,—respondió el casero, dulcificando su voz y tomando una actitud respetuosa;—pero si guardásemos esas consideraciones á todos, nos arruinaríamos.

—Esta pobre mujer ha perdido al hijo que la sostenia, se encuentra sola y desamparada y está enferma.

—No lo niego, señora, no lo niego; pero...

—Concédale usted un plazo y habrá hecho así una obra de caridad.

—No están los tiempos para ser caritativos.

—¿Y qué tienen que ver los tiempos con nuestros deberes?

—Tanto tienen que ver, que usted no se atrevería ni aun á garantizar el pago de lo que esta mujer me debe.

—Tenga usted la bondad de esperarse,—dijo la jóven.

Y desapareció, volviendo á los pocos minutos con algunas monedas, y entregándoselas al casero mientras le decia:

—¿Es ese el importe de la deuda?

—Exacto, y aquí está el recibo...

—Puede usted entregarlo á esa desgraciada,—repuso la hermosa jóven.

Y cerró la puerta.

No creas, lector, que el dueño de la casa se sintiese turbado ni mucho ménos avergonzado por la leccion que acababa de recibir; por el contrario, su rostro se dilató, expresando el contento.

La viuda estaba aturdida y profundamente conmovida y no acertó á pronunciar una palabra.

Largo rato permaneció inmóvil.

Luego se humedecieron sus ojos y lentamente rodaron dos lágrimas por sus pálidas mejillas.

—¡Dios mio!—exclamó cruzando las manos y mirando al cielo.

Exhaló un suspiro y añadió:

—Es un ángel, un ángel... Y yo parezco una ingrata... No le he dicho una palabra, ni siquiera la he saludado... No sé lo que me sucede... ¡Ah!... Debo reparar mi falta.

La buena mujer salió de su habitacion y llamó á la de enfrente, con el fin de dar gracias á la jóven que la habia socorrido tan inesperada y generosamente.

La escena que tuvo lugar entre ambas no hay para qué referirla.

Lo que sí debemos decir es que la caritativa jóven era Clotilde.

¿Cómo se encontraba allí?

Tampoco tenemos que explicarlo.

En la situacion en que habia quedado, lo que le convenia era vivir el más tiempo posible con sus limitados recursos.

En la caja habia encontrado unos doce mil reales, de los que tuvo que dar cerca de nueve para satisfacer algunas cuentas que tenia pendientes su esposo.

Esto lo consideró cuestion de honra y no vaciló para hacerlo.

Vendió los muebles y ropas sin reservarse mas que lo absolutamente preciso para vivir, y dejó su antigua morada.

Ni un solo criado conservó, á pesar de que el fiel Antonio quiso á toda costa continuar sirviéndola sin ningun interés y aun ayudarla en lo que pudiese.

Ella no podia aceptar este noble sacrificio.

Si hubiese tenido esperanza de que mejorase su situacion, tal vez no se habria separado de Antonio.

Pero la esperanza la habia perdido.

Así se comprende todo el valor de la obra de caridad que acababa de hacer.

Sola con su hijo, lloraba y sufria en silencio.

¡Infeliz!

Sus amigos ignoraban lo que habia sido de ella.

No se sabia más sino que la esposa de Guillermo habia deshecho la casa y habia desaparecido.

¿Pero adónde habia ido?

Muchos creyeron que la infeliz habia ido á reunirse con su esposo, lo cual fué calificado de resolucion imprudente y descabellada.

En este estado se encontraba Clotilde, cuando tuvo lugar el suceso que vamos á referir en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXVII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

A las diez de la mañana el señor Crispin, es decir, el portero zapatero, trabajaba segun costumbre sin dejar por esto de escuchar á un vecino que cerca de él leia en voz bastante alta un periódico.

Esto lo hacian casi diariamente.

Ambos tenian las mismas ideas y se entusiasmaban igualmente con la política.

El lector se habia sentado junto al biombo, y por consiguiente obstruia el paso, teniendo que levantarse cada vez que alguien entraba ó salia.

La viuda no se encontraba en su casa.

Clotilde entretanto acariciaba á su hijo, á quien tenia sentado en las rodillas, y se esforzaba para sonreir,

correspondiendo así á las angelicales sonrisas del niño.

Pero quizá entonces sufria más que nunca.

El aposento, si no revelaba la miseria, dejaba ver la pobreza.

Todo estaba allí muy limpio y ordenado; pero todo era de escasísimo ó de ningun valor.

Ya hemos dicho que la infeliz madre no habia conservado más muebles que los absolutamente precisos para vivir.

Lo que pocos meses antes era del uso de los criados, constituia entonces todo su ajuar.

Es menester haber pasado de la opulencia á la pobreza, para comprender lo que este cambio hace sufrir.

No es preciso ser vanidosos para sentirse horriblemente mortificados.

No, no es la vanidad lo que en tal caso mortifica, sino las necesidades, porque para quien está acostumbrado al lujo, éste es una necesidad.

Y la culpa no es suya, sino de las circunstancias en que se ha encontrado.

Al lujo y á las comodidades nos acostumbramos muy pronto.

Siempre se sube con facilidad, casi sin apercibirse de que se sube; pero bajar es casi siempre caer.

Apoyándose en las grietas de una roca, puede subirse á la cumbre de la que esté cortada perpendicularmente; pero es imposible bajar, y si se intenta, se cae.

La caida es siempre mala.

Clotilde tenia un doble motivo de sufrimiento.

Sufria por ella y por su hijo.

Era la mujer más dichosa del mundo pocos meses antes.

Al despertar veia á su esposo que la miraba amorosamente.

El bienestar la rodeaba; el respeto y el cariño de todos la lisongeaba durante el dia.

Y al cerrar sus ojos, dormíase en brazos de esperanzas de mayor felicidad aún.

No habia nada que la contrariase, nada que la molestase, no tenia deseo que no viese inmediatamente realizado.

La comparacion de aquel risueño pasado con lo presente, no podia ser más triste, más amarga, más desgarradora.

Todo habia desaparecido, absolutamente todo.

No le quedaba sino el recuerdo, que la atormentaba más.

Cuando su hijo no la veia, Clotilde lloraba.

Este era el único desahogo de su dolor.

No habia podido acostumbrarse á su horrible soledad.

Uno de sus martirios más espantosos era oir al niño preguntar cándidamente por su padre.

Sin embargo, ella pronunciaba á todas horas el nombre de su esposo, y á todas horas pensaba en él.

El dia en que estamos se sentia Clotilde mucho más triste que otros.

El dolor no es siempre igual: tiene sus alternativas y por esto precisamente es peor.

Lós que sufren tienen dias verdaderamente horribles, dias en que les parece que la luz del sol es triste, que el aire ahoga y que el cielo tiene la sombría profundidad de las tinieblas y el caos.

Los que no han experimentado mas que dolores pasajeros, saben lo que es sufrir; pero no pueden concebir siquiera lo que es el dolor constante.

El alma, siempre en lucha con el dolor, lucha sin tregua, sin descanso; el alma, devorándose á sí misma sin concluir jamás de devorarse...

¿Sabeis lo que es esto?

No tiene explicacion.

Así sufria Clotilde.

Cuando más absorta se encontraba en sus tristes pensamientos, oyó que en la escalera exhalaban gritos desgarradores y que sonaban pasos de dos ó tres personas que subian precipitadamente.

Clotilde no era curiosa, ni podia serlo en su situacion; pero los gritos eran tan angustiosos, que no podian escucharse con indiferencia.

Dejó al niño, corrió á la puerta y la abrió, viendo á la pobre viuda que se retorcia los brazos y se movia de un lado para otro como si hubiese perdido el juicio.

El señor Crispin y el otro vecino, con el periódico en

la mano, intentaban vanamente volverla á la razon.

—¡Hijo mio!—gritaba la infeliz.

—Pero tranquilícese usted,—decia el zapatero,—porque esto tal vez sea mentira.

—Sí, sí,—añadia el vecino lector,—ya sabe usted aquel refran que dice: «Mientes más que la Gaceta.»

—Y los periodistas, por escribir, ponen cualquier cosa y se quedan tan frescos.

—¡Dios mio!—exclamaba la pobre madre.—Mi hijo, mi único consuelo, el pedazo de mi corazon...

—¿Qué sucede?—preguntó Clotilde con voz ahogada.

—Nada, señora,—respondió Crispin,—nada, es decir, mucho; pero esto me huele á mentira, porque ya sabe usted que los periódicos...

—¿Pero qué es ello?

—Yo leia un naufragio cuando llegó esta señora, y al oir el nombre del barco, se ha puesto como usted la vé, diciendo que su hijo ha muerto.

Clotilde quedó por algunos instantes como petrificada.

Luego arrebató el periódico al vecino y su mirada empezó á recorrerlo con indescriptible avidez.

Bien pronto encontró lo que buscaba.

El buque *Atrevido* habia naufragado en uno de los peores sitios de la costa africana.

No se habian salvado mas que el capitan y tres marineros.

El resto de la tripulacion y los pasajeros habian perecido.

El lector recordará que el *Atrevido* era el buque donde iba Guillermo y otros muchos deportados.

Clotilde leyó dos veces el párrafo que contenia esta noticia.

Volvió á quedar inmóvil la desdichada.

Su rostro se cubrió de mortal palidez y se desfiguró.

Crispáronse sus manos.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas y sus pupilas se dilataron.

Hizo un esfuerzo para gritar; pero no pudo ni articular un sonido.

Su cuerpo vaciló un instante y cayó pesadamente sobre el pavimento.

El señor Crispin y el otro vecino quedaron aturdidos y sin saber á cuál de aquellas dos infelices acudir.

—Ya lo vé usted,—dijo el zapatero á la viuda,—tanto ha gritado usted, que esta pobre señora se ha desmayado.

Estas palabras no tenian nada de consoladoras.

No le faltaba á la anciana sino que la hiciesen responsable de los sufrimientos de los demás.

Por fortuna, apenas entendió lo que le decian.

Casi puede asegurarse que no se apercibió sino muy vagamente de que la jóven habia perdido el conocimiento, y mientras continuaba exhalando gritos y derramando

lágrimas, entró en su aposento para entregarse allí á los trasportes de su dolor sin igual.

Los dos hombres acudieron al socorro de Clotilde.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó el zapatero.

—Llevarla á su cuarto, ponerla en su cama y hacerle recobrar el sentido.

—¿Y quién cuidará de ella?

—Alguna vecina.

—¿Y su hijo?

—¡Qué hemos de hacerle!

—Pero...

—Ante todo llevémosla á su cama.

El vecino lector dobló el periódico y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta.

El señor Crispin, sin dejar el tirapié, que llevaba en una mano, se inclinó, y entre ambos levantaron á Clotilde.

No tardaron en acudir algunos vecinos, porque la noticia cundió con rapidez.

Todos fueron llevados por la curiosidad; pero alguno, con la mejor intencion, se ofreció á cuidar de Clotilde y de su hijo.

No consiguieron volverla de su desmayo, y fué preciso que decidiesen ir en busca de un médico.

CAPITULO XXXVIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Cuatro años pasaron.

Despues de la opulencia nadie se acostumbra á la miseria; pero ésta se acepta cuando la imponen las circunstancias con su fuerza incontrarestable.

A medida que menguaban los recursos de Clotilde, cambiaba su sistema de vida, reduciendo más y más el número de sus necesidades.

Era preciso que el dinero que poseia le durase todo el más tiempo posible; pero ¿no habia de gastarse todo al fin?

Esto era inevitable.

¿Qué haria despues?

Queria prevenirse con algun plan de seguro resulta-

do para ponerse en lo porvenir á cubierto del hambre.

Ya sabia vivir pobremente.

Le bastaba un pedazo de pan para ser dichosa en cuanto la dicha era posible para ella.

Por consiguiente con pocos recursos nada tendria que desear.

—Trabajaré,—dijo un dia.

Y quedó tranquila como si hubiese resuelto el problema.

Esto es muy bello en teoría; pero en la práctica es horrible.

Esto parece muy fácil, y sin embargo es muy difícil.

Se quiere trabajar y se busca el trabajo; pero éste no se encuentra.

¿Qué se hace entonces?

Se pide limosna y le dicen á uno que trabaje.

Con las privaciones y los sufrimientos se quebranta la salud.

Con la falta de salud se pierden las fuerzas.

¿Cómo se trabaja?

La persona que desde los primeros años de su niñez no se ha dedicado á trabajar para vivir, encuentra por todas partes inconvenientes cuando trata de hacerlo.

¿A quién acude?

No lo sabe.

¿Qué ha de hacer para que su trabajo sea preferido al de otros?

Tambien lo ignora.

Esto no lo comprendió Clotilde, sino cuando llegó el caso de poner en práctica su resolucion.

Es imposible que la sigamos paso á paso para pintar sus angustias y sufrimientos, porque entonces daríamos á este episodio una extension que no debe tener.

En fuerza de constancia consiguió que en algunas tiendas le diesen ropa para bordar ó coser.

Pero esto apenas le bastó para cubrir las más precisas necesidades, y tuvo que reducirse á vivir en la última miseria.

Su hijo crecia y era preciso educarlo.

¿Con qué medios habia de hacerlo?

Lo que ganaba era insuficiente para comer.

Aunque con gran dolor, decidióse á que el niño recibiera los primeros elementos de instruccion en una de las escuelas gratuitas.

Por entonces quedó cubierta esta imperiosa necesidad.

Empero un año despues enfermó la pobre madre.

Ya no podia trabajar, estaba postrada en el lecho y ni aun le era posible ir en busca de una limosna.

Los vecinos son una verdadera calamidad; pero en ciertos casos son tambien un socorro inestimable.

Clotilde habia cambiado de vivienda.

Habitaba una boardilla.

En la de enfrente vivia una pobre mujer de oficio lavandera, que hizo lo que no es imaginable en favor de su vecina.

Pero la enfermedad se prolongaba y los sacrificios de la buena mujer eran insuficientes.

Se agotaron todos los recursos.

El niño se encontraba en el más completo abandono.

Por fin Clotilde recuperó la salud.

¿Cómo sucedió esto?

Se sabe cómo enferman los pobres; pero no cómo se curan.

La infeliz no habia tenido más médico que la vecina lavandera, la cual á su antojo daba cocimientos y unturas á la paciente.

La situacion de Clotilde fué desde entonces mucho más espantosa.

Aunque bastante débil, quiso volver á su trabajo; pero entonces no lo encontró.

Durante su enfermedad la habian sustituido otras, y le dijeron que esperase para mejor ocasion.

¿Qué resolucion adoptar?

No le quedaba mas que una: ponerse á servir.

¿Y su hijo?

Para esto tendria que abandonarlo.

—¡Jamás!—exclamó la desdichada.

Antes era para ella preferible la muerte.

La casa donde vivia Clotilde era uno de esos edificios grandes y destartalados, que aún se conservan en algunos puntos de Madrid.

La planta baja estaba ocupada por un carpintero.

El cuarto principal lo habitaba un hombre rico, soltero, y que vivia con todo el lujo consiguiente á su situacion.

Sobre este piso no habia mas que las boardillas, muy bajas de techo y muy estrechas.

Tres de ellas estaban habitadas: una por la lavandera de que hemos hecho mencion, otra por el portero y su mujer, y la tercera por Clotilde.

Así estaban cerca, mezclados puede decirse, la opulencia y la miseria, los goces y los sufrimientos, la dicha y la desgracia.

Esto no sucede ya, porque las nuevas construcciones no lo permiten.

En los edificios grandes y destinados para que habite la gente rica, no se hacen viviendas para los pobres.

Para éstos se edifican casas en los barrios más apartados.

El lujo no quiere harapos cerca de sí.

La miseria es un vecino demasiado incómodo.

Los ricos y los pobres se separan, se divorcian, se alejan más cada vez.

Tras la separacion material debe forzosamente venir la separacion moral.

La diferencia de clases será entonces más marcada que nunca.

La distincion dará por resultado la rivalidad y ésta el odio, ese odio que no se satisface sino con el aniquilamiento.

En ciertos puntos de Madrid no pueden vivir los pobres. Tienen en contra hasta el ornato público.

Los ricos alejan á los pobres, y éstos se agrupan y acabarán por considerarse un pueblo distinto.

Y el pueblo de los pobres y el pueblo de los ricos serán dos pueblos rivales.

Desde el barrio de los primeros se mirará con rencor al de los segundos, y desde éste se mirará con desden al otro.

¿Cuál será el resultado?

No lo sabemos.

Nos separamos tal vez del asunto.

Volvamos á él.

Clotilde sufria lo que no puede comprenderse.

Habia agotado el último recurso, habia dado á su hijo el último pedazo de pan.

En la boardilla no quedaba más que un jergon, dos sillas y un cofre.

Ninguno de estos objetos tenia valor para ser vendido.

El cofre estaba vacío.

A tal extremo habia llegado la miseria de Clotilde.

Ésta no tenia más ropa que la puesta, y la puesta eran verdaderos harapos.

Al niño le sucedia lo mismo.

Era un dia del mes de Diciembre.

No se veia un rayo de sol, porque el horizonte estaba cubierto de blanquecinas nubes.

La temperatura de la boardilla debia estar bajo cero.

El aire norte frio y sutil, penetraba por las anchas rendijas de la puerta y de la ventana que daba sobre el tejado.

El hambre es horriblemente atormentadora.

El frio es triste, lúgubremente desconsolador.

Clotilde tiritaba y se habia acurrucado sobre el jergon.

Abrazaba á su hijo, estrechándolo fuertemente contra su pecho y procurando así comunicarle algun calor.

La inocente criatura exhalaba de vez en cuando débiles gemidos y solia decir:

—Tengo frio, mucho frio.

La pobre madre lo estrechaba más y más contra su seno.

Entonces el niño decia:

—Tengo hambre.

Clotilde elevaba al cielo una mirada de desesperacion.

Sus negros ojos brillaban con el fuego de la fiebre.

Ya hacia muchos dias que no lloraba.

—¿Se puede entrar?—oyó decir al mismo tiempo que daban algunos golpes á la puerta.

—Adelante,—respondió Clotilde.

Presentóse una mujer de cuarenta años, flaca, nerviosa y de rostro moreno y tostado por la intempérie.

Era la vecina lavandera.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó acercándose á Clotilde.

Ésta exhaló un suspiro.

—Tengo frio,—dijo el niño.

—Lo que es hoy,—repuso la vecina,—se hielan las palabras. Ahora voy á recoger la ropa del señor del principal, y en seguida tendré que tomar el camino del rio, que estará hecho una maravilla.

—Tengo hambre,—dijo entonces el niño.

Clotilde inclinó sobre el pecho la cabeza, y siguió guardando silencio.

La lavandera los contempló un instante, hizo un gesto de compasion, y dijo luego:

—Mal está usted así, señora, y al fin tendrá usted que tomar una determinacion.

—¿Y qué he de hacer?—replicó la infeliz madre;—pido trabajo, y no me le dan; busco, y no encuentro... ¡Oh!...

—Ya sé yo lo que es eso, porque yo tambien he tenido un hijo; pero una noche encontré un alma caritativa que me sacó de apuros para siempre. ¡Dios bendiga á aquel caballero, Dios lo bendiga!... Cerca de dos dias nos habíamos pasado sin comer, me puse á pedir limosna, y no encontraba quien me socorriese; entré en un café, y me acerqué á unos señores... Cada vez que me acuerdo me dan ganas de llorar.

Clotilde levantó la cabeza y fijó una mirada afanosa en su vecina.

—Verá usted lo que me sucedió, porque es digno de contarse.

—Sí, sí, quiero saberlo.

—Esto sucedió en el café Suizo...

—Uno de aquellos hombres le dió á usted media onza en oro...

—¡Ah!—exclamó sorprendida la lavandera.—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé, y tampoco ignoro que usted devolvió la moneda, creyendo que se la habian dado por equivocacion.

—Eso es, porque antes que dejar de ser honrada, prefiero morirme de hambre.

—Y le dieron á usted otros ocho duros...

—Pero...

—Aquel dinero...

—Fué la bendicion de Dios. Yo estaba enferma y pude curarme, y cuando recobré las fuerzas pude trabajar, haciendo lo que habia hecho toda mi vida.

—¿Y su hijo de usted?

—Dios quiso llevárselo,—respondió tristemente la vecina.

Y limpió sus ojos, que se humedecieron.

En los lábios de Clotilde vagó una sonrisa profundamente amarga.

¿Era aquella sonrisa un sarcasmo impío tal vez?

Todo debia esperarse del trastorno, del extravío producido por el horrible sufrimiento de la desdichada.

¿No habia escuchado el Omnipotente la súplica hecha por la mendiga con la más ardiente fé?

Clotilde no pudo contenerse, y dijo:

—Si viese usted que el hijo de su bienhechor tenia hambre, si viese usted que la madre de esa criatura no encontraba quien le diese para su hijo un pedazo de pan...

—Imposible,—replicó la sencilla mujer.

—¡Imposible!—murmuró Clotilde, volviendo á sonreir.

—Aquel hombre debia ser rico, muy rico...

—Las riquezas se pierden; desde la opulencia á la miseria no hay mas que un paso, así como de la pobreza á la riqueza hay una inmensa distancia.

—Pero Dios no puede haber abandonado á los hijos de aquel hombre que dió de comer al mio.

—¡Oh!... El hijo de aquel hombre es el mio, es esta infeliz criatura que está en mis brazos...

—Tengo hambre,—dijo el niño, como si quisiera justificar las palabras de su madre.

La vecina abrió desmesuradamente los ojos y miró atónita á Clotilde.

En algunos segundos no acertó á pronunciar una palabra.

Si le hubieran preguntado qué sentia, qué pensaba, no habria podido responder.

—¡Es usted, es usted!—exclamó al fin.

Y luego añadió:



—¡Oh!..... El hijo de aquel hombre es el mio, es esta infeliz criatura que está en mis brazos.....



—¡Ese niño es el hijo de aquel hombre generoso!... ¡y tiene hambre!... ¡Ah!... Ya lo vé usted, señora: Dios no abandona al hijo de mi caritativo bienhechor, no lo abandona, porque Dios es quien aquí me envia, y porque yo, aunque no he comido hoy mas que un pedazo de pan y no tengo otra cosa, buscaré para ese pobre niño, buscaré y encontraré.

Clotilde pensó entonces que habia cometido una ligereza, porque con su revelacion obligaba á su vecina á pagar una deuda de gratitud, á devolver el pan que habia recibido.

Esta idea fué un nuevo motivo de sufrimiento para la infeliz madre.

—No,—dijo,—usted nada debe.

—¿Quién ha hablado de deudas?... Pero aún tengo recursos, porque puedo pedir á cuenta de mi trabajo de esta semana.

—No lo consentiré.

—Bien, eso es cuenta mia,—replicó la buena mujer, dirigiéndose hácia la puerta.

—Espere usted, espere usted,—dijo Clotilde, dejando al niño y empezando á levantarse.

—No tengo para qué esperar...

—Aún no le he dicho...

—Vuelvo en seguida.

La vecina desapareció.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Clotilde, elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Y sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en una silla.

Sus pálidas mejillas se inundaron de lágrimas.

Lo que acababa de suceder le habia producido tal efecto, que no acertaba á darse cuenta de su situacion.

El niño se acercó á ella, la abrazó y le dijo:

—¿Por qué lloras?

No pudo responder la infeliz madre.

—¿Estás mala?—añadió la inocente criatura.—Tendrás mucho frio, lo mismo que yo, y tendrás hambre... ¿Por qué no rezamos como otras veces?

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Clotilde estrechando al niño contra su pecho.

Ambos quedaron inmóviles y mudos.

El cuadro no podia ser más triste, más doloroso, más conmovedor.

Dejaremos á estos desdichados para seguir á la vecina.

CAPITULO XXXIX.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

La señora Josefa, porque así se llamaba la vecina de Clotilde, bajó al cuarto principal y llamó.

Abrió un criado, y al reconocerla, le dió los buenos dias y le dejó el paso libre.

—¿Y doña Claudia?—preguntó la lavandera, mientras seguia un largo pasillo.

—Dentro la tiene usted,—respondió el sirviente,—en el cuarto de costura.

Entró la señora Josefa en un aposento donde habia una mujer que frisaba en los cincuenta, de estatura escasa, robusta y de gesto desagradable.

Era el ama de gobierno del señor don Juan de Bustamante, que habitaba allí.

Estaba sentada.

Tenia á su derecha un talegó muy grande, lleno de ropa blanca, á los piés un cesto con una porcion de trapos, y á la izquierda una pequeña mesa con todos los útiles necesarios para coser.

Un ancho mandil blanco cubria su delantera, y de la cintura tenia pendiente un manojo de llaves.

Se disponia á coser y tenia puestas las gafas, que descansaba en la punta de su abultada nariz.

Era una buena mujer en toda la extension de la palabra.

Su mal gesto consistia en su costumbre de reñir á los criados.

Este era su oficio.

—Buenos dias, doña Claudia,—dijo la lavandera.

—Buenos dias.

—Ahora no vengo por la ropa: volveré dentro de un rato.

El ama de gobierno miró con extrañeza y á través de los cristales de sus anteojos á la señora Josefa.

Ésta añadió:

—Necesito que me haga usted el favor de darme un duro adelantado.

—No hay ningun inconveniente; pero no podrá ser hasta la tarde.

—Es que...

—El dinero se me concluyó esta mañana, y no tengo un ochavo hasta que me dé el señor.

—Pues bien, pídaselo usted ahora, que en casa estará.

—Sí, en casa está,—contestó ásperamente doña Claudia;—pero vá á almorzar y no parece que hoy se encuentre del mejor humor.

—La necesidad es urgente.

—¿Y quiere usted que me exponga á que el señor me diga que soy una importuna? Tenga usted paciencia, y esta tarde cuando vuelva del rio le daré cuanto necesite.

La lavandera hizo un gesto de disgusto; pero no se dió por vencida.

—Perdone usted,—dijo,—pero no puedo aguardar.

—¡Que no puede usted aguardar!—replicó el ama de gobierno, quitándose las gafas y mirando fijamente á la señora Josefa.

—No.

—¿Se le debe á usted algo?... ¡Pues me gusta la exigencia!... Pide ustéd un favor...

—Doña Claudia, perdóneme usted; pero no se trata de mí, sino de una pobre madre que tiene que dar de comer á su hijo.

—¿Y qué me importa?

—Sí, le importa á usted mucho que una criaturita no haya comido desde ayer, y que su madre que está enferma...

—No me cuente usted historias de nadie.

—Esa mujer ha sido rica, muy rica, y ahora no tiene

un pedazo de pan, y cuando era rica, su esposo me socorrió, dió de comer á mi hijo...

—¡Una señora rica!—murmuró doña Claudia, esforzándose en vano para seguir hablando con aspereza.

—Ya vé usted, yo no puedo dejarla así. La pobre señora trabajaba noche y dia para mantener á su hijo; pero se puso muy mala, y si no hubiera sido por mí, se hubiera muerto... Ahora no encuentra trabajo, y...

—Vamos, vamos, al fin saldrá usted con la suya... ¡Ya lo creo!... dice usted unas cosas... Espere usted, que como el señor es tan bueno, si se enfada, le diré lo que sucede y me dispensará por haberlo molestado.

—No, no se enfadará, porque se trata de hacer un beneficio, y quizá él tambien quiera socorrer á esa infeliz. ¡Si viera usted qué buena es!... Otra en su lugar no pasaría lo que pasa, porque el mundo está perdido, y como es jóven y muy hermosa...

—Jesús, Jesús,—exclamó el ama de gobierno, levantándose y saliendo de la habitacion.

Pocos minutos despues volvió, diciendo:

—Ha llegado usted en buena hora.

—¿Me trae usted el dinero?

—Le he dicho al señor lo que pasa, y ha mandado que entre usted.

—¡Dios mio!...

—Yo lo conozco bien y estoy segura de que quiere socorrer á esa desgraciada y hacer por ella lo que le sea posible. Ya sabe usted que mi señor, aunque jóven, no

es de los del dia, y tiene un corazon de oro: es muy amable y puede usted hablarle sin cumplimiento.

La lavandera entró en el aposento donde se encontraba don Juan de Bustamante.

Entonces tenia éste unos veintiocho años; pero su juicio, su carácter y sus ideas, eran las de un hombre de treinta y cinco ó cuarenta.

Le habia interesado la desgracia de la madre que necesitaba los socorros, y le habia llamado la atencion que la pobre lavandera, olvidándose tal vez de su propia miseria, no reparase en nada para hacer un beneficio y pagar además los que habia recibido en otro tiempo.

Bustamante quiso por sí mismo apreciar y adquirir noticias, para satisfacer los nobles impulsos de su corazon.

—Entre usted,—dijo con afable tono, y al ver que la señora Josefa se quedaba en el dintel como si tuviese miedo de pisar la rica alfombra.

—Gracias, señor, muchas gracias, y Dios se lo pague...

—He querido verla á usted, para que me diga quién es esa pobre madre enferma que carece de recursos para alimentar á su hijo, y qué razones hay para que tanto empeño muestre usted en favorecerla.

—Primeramente quiero socorrerla, porque se me parte el corazon, y además, tengo obligacion de hacerlo así, porque el esposo de esa buena señora me socorrió hace unos cuatro años, y tan generosamente, que me hizo feliz para toda mi vida.

Don Juan de Bustamante miró con interés á la pobre lavandera.

Ésta, sin esperar á que se le mandase, refirió detalladamente el extraño suceso que habia tenido lugar en el café Suizo.

El jóven escuchó con la atencion más profunda.

—Bien,—dijo despues de reflexionar algunos instantes;—pero aún no me ha dicho usted quién era ese caballero.

—Lo ignoro.

—¿No la conoce usted á ella?

—Sí, la conozco; como que es nuestra vecina.

—¡Nuestra vecina!...

—Vive en la boardilla número tres.

—¡Esa infeliz habita en esta misma casa, y ha estado enferma, y no tiene para alimentar á su hijo!... ¿Por qué no ha acudido á mí?

—Ya vé usted, segun se ha criado, le dará vergüenza pedir una limosna.

—Es verdad.

—Yo creo que preferiria morirse.

—¿Cómo se llama?

—Doña Clotilde.

—¿El apellido?

—No lo sé.

—Clotilde,—murmuró Bustamante como si quisiese recordar.—Y hace unos cuatro años que era rica... ¡Ah!... ¡Dios mio, qué sospecha!...

—¿La conoce usted, señor don Juan?

—Creo que sí... No sé... ¡Oh!... ¡Si fuese ella!...

Bustamante, con muestras de grande agitacion, empezó á pasearse por el gabinete.

La señora Josefa lo miró sorprendida.

Trascurrieron algunos minutos.

—¿Es jóven?—preguntó al fin don Juan, volviendo á detenerse.

—Muy jóven, como que no tendrá tal vez veintidos años.

—Sus señas...

—Muy hermosísima, tan hermosa como un ángel; con unos ojos negros que le cogen la mitad de la cara, y con un aire y con una cosa, que yo no sé explicar. Vamos, si le aseguro á usted que si no fuera tan buena...

—Jóven, ojos negros... Y se llama Clotilde...

—Eso es, Clotilde.

—Y tiene un hijo de corta edad...

—Exactamente.

—Debo socorrer á esa infeliz, y con tanta más largueza, cuanto que está acostumbrada á vivir entre el lujo y las comodidades.

—Dios se lo premiará á usted.

—Encárguese usted de esta mision, buena mujer,—repuso Bustamante, mientras abria un cajon y sacaba unas cuantas monedas de oro.

—¡Ya lo creo que me encargaré!

—Entréguele usted estos cinco duros, no más que esto, porque otra cosa no aceptaría, y ruéguele usted en mi nombre que me permita verla para enterarme bien de su situacion y hacer, no precisamente por ella, sino por su hijo, lo que me sea posible. Entiéndalo usted bien, por su hijo, y hágale usted comprender que mis intenciones son las más rectas y las más puras. Hágale usted comprender que no me mueve otro deseo que el de cumplir mis deberes.

—¡Pues no faltaba más!... Demasiado sé quién es usted, señor don Juan. Vamos, la pobrecita vá á volverse loca de contento.

—Y estos mil reales,—repuso don Juan,—para usted como premio á sus virtudes.

—Yo nada necesito...

—Es un recuerdo de este dia: repito que es una recompensa, que usted no rechazará.

La señora Josefa, más aturdida cada vez, balbuceó algunas frases.

—No se detenga usted... Esa infeliz sufre... ¡Ah!... Pregúntele usted el nombre de su esposo.

La buena mujer salió.

El rostro de Bustamante cambió de expresion.

Sus ojos brillaron y sus mejillas enrojecieron por un instante.

—¿Es posible?—murmuró, dejándose caer en una silla. —Su mismo nombre, su misma edad... Y aquella desaparicion misteriosa... No, no puede ser... Aunque hu-

biese sufrido pérdidas en su fortuna, no habria llegado á tal extremo de miseria. ¿Será otra?... Preciso es aclarar este misterio.

Meditó don Juan

—Si fuese ella,—añadió despues de algunos instantes; —si en los cuatro años que han trascurrido se hubiesen cicatrizado las heridas de su corazon; si aún le fuese posible amar á otro hombre...

Interrumpióse y sus ojos brillaron otra vez, y otra vez sus mejillas enrojecieron, cubriéndose en seguida de nerviosa palidez.

—¡Y se encontraba tan cerca de mí, y sufria!... ¡Oh!...

Extremecióse violentamente y volvió á levantarse y á pasearse.

No tenemos que decir que Bustamante habia conocido á Guillermo y á Clotilde cuando á éstos les sonreia la fortuna.

Tampoco hay que advertir que los encantos de ella habian interesado vivamente el corazon de don Juan; pero éste era demasiado noble para no ocultar cuidadosamente aquel amor.

Lo ocultó, y lo que es más, evitó en cuanto le fué posible las ocasiones de ver á la mujer á quien amaba.

CAPITULO XL.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

La señora Josefa cumplió fiel y prontamente su encargo, pues antes de un cuarto de hora volvió á la vivienda de don Juan, y todas las dudas de éste quedaron disipadas.

Clotilde habia aceptado con muestras de profundo reconocimiento los cinco duros. Si se hubiera tratado de ella, su conducta habria sido distinta; pero aquel dinero debia servir para que su hijo comiese, y como madre no podia rechazarlo.

Bustamante no podia ya dudar; y sin embargo, parecíale imposible que la que cuatro años antes habia vivido feliz y en la opulencia, fuese la misma desdichada que en la más espantosa miseria se consumia lentamente entre las paredes de una boardilla.

Esto no se explicaba fácilmente; pero por más que no se explicase, era verdad.

Sintió don Juan el corazon oprimido y un mundo de amargas ideas brotó en su cerebro.

Queria á toda costa favorecer á Clotilde; pero ¿cómo hacerlo?

Su situacion no podia ser más delicada para conseguir esto.

Su generoso proceder podia ser mal interpretado.

Además, ¿querria ella aceptar aquellos beneficios?

Dudó Bustamante sobre la conducta que debia seguir.

Al fin los impulsos de su corazon tuvieron más fuerza que sus razonamientos.

—¿Le ha preguntado usted,—dijo,—si me permite verla?

—Sí, señor, y por cierto que se puso de veinte mil colores y empezó á temblar. Cualquiera hubiese dicho que tenia miedo; pero yo creo que como usted la ha coconocido rica y ahora se encuentra en tan mala situacion...

—No se equivoca usted.

—En fin, aquello pasó.

—¿Y qué dijo?

—Que se consideraría honrada.

—¿Cree usted que la atormentará mi presencia?

—No, señor, porque habló mucho de usted y aun me parece que aseguró que usted y su esposo eran amigos.

—Es verdad: aunque nos tratábamos muy poco, nos apreciábamos mucho.

—Todo será hasta que se le quite la vergüenza.

Bustamante reflexionó y decidió presentarse á Clotilde.

No podia suceder otra cosa.

Estaba enamorado y el objeto de su amor era doblemente interesante en aquellos momentos.

¿Habia pensado don Juan en Clotilde desde que ésta desapareció?

Sí; pero su recuerdo era tranquilo.

La llama de su pasion habíase amortiguado y tuvo esperanza de que llegara á extinguirse.

Tal vez hubiera sucedido así ó empezaba á suceder; pero las circunstancias lo dispusieron de otro modo.

Quizá de la hoguera no quedaban más que cenizas; pero entre las cenizas habia fuego.

Clotilde era libre: ¿por qué no habia de amarlo?

—Espere usted,—dijo el jóven á la señora Josefa, haciéndole seña para que se sentase.

Y se quitó la bata y empezó á vestirse con cierto esmero y como si hubiera de presentarse, no en una boardilla, sino en un palacio.

Esto no era vanidad.

No significaba tampoco que don Juan creyese que podia interesar por sus prendas personales: su objeto era manifestar que para él Clotilde merecia todas las consideraciones y muestras de respeto.

—Venga usted,—dijo cuando acabó de vestirse.

Y salió seguido de la señora Josefa.

Subieron á la boardilla y llamaron.

—Adelante,—dijo la voz dulcísima de Clotilde.

Entraron.

Nunca la desdichada jóven se habia presentado con un aire de tanta dignidad y grandeza como entonces.

Al verla se hubiera dicho que era una reina disfrazada de mendiga.

Don Juan se quitó el sombrero y adelantó con aire respetuoso.

Ella le alargó una mano, mientras decia:

—Gracias, caballero, gracias porque aún recuerda usted la buena amistad que le unia con mi noble y desgraciado esposo.

—Señora,—dijo Bustamante,—creí que no se encontraba usted en España, y mucho ménos sospeché que sus circunstancias fuesen de tal naturaleza, que me diesen ocasion de honrarme ofreciendo á usted mis servicios.

—Vaya,—dijo la señora Josefa,—pues yo me voy, porque lo cortés no quita lo valiente, y aunque soy rica, tengo que cumplir mis obligaciones.

—No,—replicó Bustamante,—no se vaya usted, porque es muy justo que nos haga compañía, ya que á usted se debe el que yo me encuentre aquí.

—Como usted disponga, señor don Juan.

El rostro de Clotilde cambió de expresion.

Empezaba á convencerse de la delicadeza de sentimientos de Bustamante.

Al exigir éste que se quedase la vecina, quiso probar que no le llevaba allí ningun criminal interés, y que sus intenciones eran las más puras.

Clotilde desplegó una leve sonrisa, impregnada de profunda tristeza.

Extendió un brazo, señaló á la otra silla, única que quedaba desocupada, porque ya hemos advertido que no habia más que dos, y dijo:

—Siéntese usted.

—Gracias, señora: no debo abusar de las infinitas bondades de usted.

—Caballero...

—¡Hermoso niño! — interrumpió Bustamante, acercándose al hijo de Clotilde y besándolo con ternura.

Y luego añadió:

—Señora, nada ofrezco á usted, porque nada querrá usted aceptar; pero voy á permitirme la libertad de hacerle una súplica.

—¡Una súplica á mí!

—Sí, me consideraré dichoso si me permite usted hacerme cargo de la educacion de esta criatura. En su bellísimo rostro se revela una inteligencia precoz y clarísima, la inteligencia de su padre y... ¡el corazon de su madre!

Clotilde no acertó á responder.

—¿Me negará usted esta gracia?—añadió don Juan.

—No es menester que para concedérmela se separe de su hijo, pues yo me concretaré á poner á su disposicion los medios de que usted no puede disponer. Esta criatura tenia un gran porvenir, y aún lo tiene, si usted no rechaza mis ofrecimientos. ¿Lo privará usted de este beneficio?

Dos lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de Clotilde.

Tampoco entonces pronunció una palabra.

Alargó una mano y estrechó la de don Juan.

Éste se extremeció.

Volvió á besar al niño, que no cesaba de mirarlo con expresion de infantil curiosidad.

Luego dijo:

—No quiero molestarla á usted con frecuentes visitas, y esperaré á que tenga usted la bondad de comunicarme su resolucion.

—¡Mi resolucion!...—dijo la desdichada madre.—¿Puedo acaso rechazar lo que con tanta delicadeza se me ofrece para mi pobre hijo? ¿Puedo por una dignidad mal entendida condenar á esta infeliz criatura á un porvenir horrible, á la miseria, al crímen tal vez? Acepto, caballero, acepto con la gratitud más profunda... ¡Ah!... Dios escuchará mis ruegos y lo hará á usted tan dichoso como merece.

Don Juan, más delicado cada vez, dió las gracias y saludó, saliendo antes de que la infeliz madre pudiera dirigirle nuevamente la palabra.

Clotilde abrazó á su hijo y un torrente de lágrimas se escapó de sus negros ojos.

—Pues señor,—dijo la lavandera,—estoy cada vez más aturdida. Esto es lo que se llama un caballero... Vamos, vecina, no llore usted, porque ya ha salido de penas. A este niño no le faltará nada, y claro es que á usted tampoco, porque este buen señor no ha de permitir que se muera usted de hambre.

Clotilde no escuchaba ni veia.

Sentia y nada más.

Su hijo le preguntaba la causa de aquel llanto.

Pocos minutos despues la señora Josefa, acordándose de que tenia que cumplir su obligacion, dijo:

—Hasta luego, vecina, que voy al cuarto principal por la ropa y en seguida he de tomar el camino del rio. Si necesita usted algo, ya sabe usted que deseo servirla, porque así es mi obligacion, y porque por usted he sido siempre afortunada.

—Sin que de ello se apercibiese la pobre madre, salió la lavandera.

Reinó en la boardilla el más profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por los suspiros de Clotilde.

¿Por qué lloraba cuando iba á tener para su hijo todo lo que podia desear?

No estaba la infeliz en estado de darse cuenta de lo que sentia.

Las lágrimas salian de sus ojos sin que ella supiese por qué.

Necesitaba llorar, y lloraba.

Esto era lo único que hubiera podido decir.

¿Y don Juan?

Habia vuelto á su vivienda profundamente agitado.

Clotilde, pálida, ojerosa, demacrada y envuelta en harapos, le habia parecido mucho más bella que nunca.

El dolor que se revelaba en el rostro de la infeliz, la hacia doblemente interesante para don Juan.

Ya no tenia motivos para contener los impulsos de su corazon.

¿Por qué no habia de entregarse á las risueñas ilusiones de su amor?

¿Por qué no habia de procurar ser correspondido?

No salió de su casa en todo aquel dia.

Cuando alguna vez crujia el techo de su habitacion, levantaba la cabeza y murmuraba:

—Es ella, son sus pasos.

CAPITULO XLI.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Pasó un mes.

Don Juan no habia vuelto á visitar á Clotilde; pero habia atendido á cuanto necesitaba el niño.

Éste iba á uno de los mejores colegios de Madrid.

Ya fuese por halagar á la madre, ya porque le interesase la inocente criatura, Bustamante hacia que diariamente la señora Josefa le llevase al pequeño Alberto y lo colmaba de caricias.

A los pocos dias de hacer esto, el niño estaba entusiasmado con su protector.

Para cualquiera, la conducta de Bustamante hubiera sido muy extraña; pero no así para Clotilde, que comprendia perfectamente la delicadeza de aquel proceder.

Don Juan queria que no quedase duda alguna de que ni remotamente pensaba abusar de su ventajosa situacion, ni mucho ménos comprometer la reputacion de Clotilde, como la hubiera comprometido con sus visitas, siendo ella pobre y él rico, siendo él protector y ella protegida.

La pobre madre continuaba sin cesar buscando trabajo; pero sus esfuerzos eran inútiles.

No encontró recursos ni aun para atender á las más perentorias necesidades de la vida.

Como era consiguiente, le fué forzoso aceptar algunos socorros de Bustamante, si bien los absolutamente precisos para la subsistencia, socorros que él daba con toda la delicadeza que es imaginable, ya dando al niño dinero para que le comprasen juguetes, ya valiéndose de otros medios parecidos.

La primera vez que Clotilde y don Juan volvieron á verse, fué porque se encontraron casualmente en la escalera, ella subiendo y él bajando.

Al cabo de ocho dias sucedió lo mismo, tambien por casualidad, ó al ménos así lo parecia.

Una y otra vez se saludaron y cruzaron algunas frases, despidiéndose él sin dar lugar á que ella hablase sobre los beneficios que recibia.

La casualidad volvió á reunirlos tres ó cuatro dias despues.

Luego se encontraban con más frecuencia, llegando á suceder que casi siempre que Clotilde volvia de buscar

el trabajo, lo cual hacia diariamente, Bustamante bajaba para salir.

Si ella no hubiese estado tan preocupada ó hubiese sido más maliciosa, habria observado y visto que cuando entraba en el portal, la portera extendia un brazo, cogia un cordoncito que pendia del techo y estaba en un rincon de su chirivitil, y tiraba.

¿Era esto una señal?

Al tirar la portera del cordon, sonaba un timbre en el aposento de Bustamante, y éste, que siempre se encontraba vestido y con el sombrero puesto, salia desdoblando los guantes, en los que no tenia tiempo de meter sus manos hasta que se habia separado de Clotilde.

Lo que sí creyó advertir ella fué, que Bustamente parecia siempre agitado, que su mirada era intensa y que su rostro palidecia unas veces, y otras enrojecia.

Otros dos meses pasaron.

Los encuentros continuaban siendo frecuentes.

¿Era sostenible semejante situacion?

Clotilde sentia algo de violento que no acertaba á explicarse.

¿Cuáles eran sus sentimientos con respecto á don Juan?

Los de la amistad más pura.

La infeliz habia perdido á su esposo; pero aún lo amaba.

Su corazon no podia ser de otro hombre.

En el alma de ella estaba tan vivo el recuerdo

de Guillermo como el primer dia que se separaron.

No podia, por consiguiente, ser dichosa, aunque viese asegurado el porvenir de su hijo.

No podia ser dichosa aunque Rubianes le hubiese devuelto las riquezas que le habia robado.

Pará ella no habia dicha posible.

Su dolor, con el tiempo, habia perdido mucha intensidad; pero era constante.

A los muertos no se les ama; pero Clotilde seguia amando á su esposo.

¿En qué consistia esto?

Fenó nenos del corazon humano.

Cualquiera que fuese la causa, ello es que Clotilde sostenia una lucha desgarradora y tenaz con su corazon.

Pensaba en Guillermo, como se piensa en un ausente, como pensamos en el objeto de nuestro amor cuando de él nos separa una distancia material.

No pensaba Clotilde en su esposo como se piensa en el que ha dejado de existir.

No lo veia; pero estaba con ella.

Para el alma no hay distancias.

El pensamiento vuela, busca y encuentra.

Donde está la persona amada, allí está el que ama, porque allí está su pensamiento.

¿Qué importa que el cuerpo se encuentre en otro lugar?

Más de una vez dudó Clotilde si su amor era criminal.

Su pensamiento iba hasta el sepulcro á buscar á Guillermo, allí iba su alma.

¿No era esto una profanacion impía?

Tal vez; pero su razon era impotente ante sus sentimientos.

Mientras dormia su tierno hijo, y en medio de la profunda y misteriosa oscuridad de la noche, la infeliz Clotilde, con los ojos del alma, recorria el Océano y penetraba en sus insondables abismos, buscando al hombre á quien amaba.

Y lo encontraba siempre, y le hablaba, y le escuchaba...

¡Delirios del amor!

Pero preciso es que nos ocupemos de estos delirios, porque solo así pueden comprenderse los sufrimientos de aquella desdichada.

Clotilde era ardientemente religiosa.

Debia suponerse que no pasaba dia sin que, poseida de cristiana fé, dejase de orar en bien del alma de su esposo.

¿No era esto natural y lógico?

Era indudable.

Sin embargo, ni una sola vez le ocurrió rezar por el alma de Guillermo, y lo que es más, le horrorizaba la sola idea de hacerlo así.

Tampoco esto podemos explicarlo, sino diciendo que eran delirios del amor.

¿Se habia extraviado la razon de Clotilde?

De un dolor como el suyo, pueden esperarse todas las consecuencias.

Ella no se daba ninguna explicacion.

Verdad es que tampoco la buscaba.

Sentia y nada más; se entregaba á sus sentimientos, y de sus sentimientos se dejaba llevar como la ligera pluma se deja llevar por el viento.

Siempre triste, siempre preocupada.

Si don Juan de Bustamante hubiese adivinado lo que pasaba en el alma de Clotilde, habria hecho todo lo que es imaginable para olvidarla; en huir de ella habria puesto mayor cuidado y más empeño que algunos años antes.

Empero él creia que aquel dolor constante no reconocia por causa mas que la triste situacion en que se encontraba la infeliz.

Si no hubiera perdido su fortuna, Clotilde no habria estado tan triste y preocupada.

Esto creia Bustamante.

Ya sabemos que se equivocaba; pero creyéndolo así, suponia que Clotilde seria dichosa completamente en cuanto cambiase su situacion.

—No he de pasar así toda mi vida,—se dijo al fin don Juan.—Quiero salir de dudas, quiero de una vez ser dichoso ó desgraciado. Si ella ha de corresponderme, ¿para qué aguardar? Y si no ha de aceptar mi corazon, necesito saberlo para no alimentar esperanzas, que encienden más y más mi pasion.

No reflexionó más y decidió salir de dudas inmediatamente.

Este debia ser el término de la lucha.

El amor es impaciente, y no era posible que Bustamante dejase pasar más tiempo.

Demasiado habia trascurrido, y esto era lo sorprendente.

Veamos si consiguió su deseo.

CAPITULO XLII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

¿Podia Clotilde rechazar el amor de Bustamante?

No, porque al hombre que tan generosa y delicadamente se habia conducido con ella, no habia de pagarle con un desvío que le haria sufrir horriblemente.

Además, se trataba del porvenir de su hijo, y los sentimientos de la madre debian sobreponerse á los de la mujer.

Por ambas razones creyó Clotilde que era un deber aceptar la mano de don Juan y hacerlo dichoso en cuanto á ella le fuese posible.

¡Pero cuánto debia sufrir la desdichada!

Iba á imponerse el sacrificio para ella más duro.

Aceptaba una vida de lucha constante, sin ninguna

esperanza de consuelo, porque estaba segura de que jamás le seria posible amar á Bustamante sino como se ama á un amigo ó á un hermano.

Y no le seria permitido exhalar una queja.

Tendria que decir que era dichosa; tendria que sonreir como sonrien los que gozan y son completamente felices.

Sin embargo, no vaciló.

Quince dias despues de haber adoptado Bustamante su resolucion, se habló públicamente del casamiento de éste.

¿Cómo se sabia?

Muy fácilmente: el mismo don Juan lo habia dicho á algunos de sus amigos de confianza.

—¿Con quién se casa?—preguntaban los que escuchaban la noticia.

—Con la viuda de Luján.

—¡Con la viuda de Luján!—replicaban sorprendidos.

—Eso es, la viuda de Guillermo de Luján, que pereció en el naufragio del buque que lo llevaba á Filipinas.

—¿Pero no habia ido ella á reunirse con su esposo?

—Eso se dijo, y así pudo ser; pero debió volver cuando tuvo conocimiento de la desgracia.

—¿Y dónde ha estado desde entonces?

—Nadie lo sabe.

—En Madrid, no.

—Pues dicen que no ha salido de Madrid.

—¿Y dónde ha estado metida?

—Se encerraría en algun convento.

—Esto tiene sabor de novela.

—Y sin embargo es historia.

Se hacian mil comentarios; pero nadie podia decir de cierto más sino que Bustamante se casaba con la viuda, así como tampoco nadie sabia dónde habitaba ella.

Llegó el dia fijado.

Al amanecer salió de su boardilla Clotilde ricamente vestida y acompañada de su hijo y de la señora Josefa.

Su rostro estaba nerviosamente pálido y sus miembros rígidos.

Sus movimientos eran los de un autómata.

Más que una mujer viva, parecia un cadáver galvanizado.

Bajó la escalera y salió de la casa.

En la calle habia dos carruajes.

Entraron en uno y se alejaron.

Pocos momentos despues salió don Juan con tres de sus más íntimos amigos.

Ocuparon el otro carruaje y partieron tambien.

La calle quedó silenciosa.

—A estas horas nadie ha de venir,—dijo la portera, —y por consiguiente, podré subirme con descuido y aprovechar el tiempo para preparar el almuerzo.

Cerró la portería, y subió.

Aún no habia trascurrido media hora cuando en la

calle se detuvo un hombre, que despues de mirar el número de la casa, entró en el portal.

—Aquí debe ser,—murmuró.

Y se acercó á la portería con objeto de preguntar.

Como no encontró á nadie, decidió subir.

Bien pronto se encontró en el pasillo de las boardillas.

—¿Cuál será?—dijo mirando las tres puertas.

Llamó á la del número dos.

Era la que habitaba la portera.

Ésta se presentó, preguntando:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Saber si vive aquí una persona á quien desde ayer busco sin encontrar, hasta que por fin uno que fué su criado me dirigió á la calle del Molino de Viento, y desde allí me dirigen aquí.

—¿Y quién es esa persona?

—Una señora que se llama Clotilde...

—Ya.

—¿No vive en esta casa?

—En esta casa vive.

—¿Su cuarto?

—Esa boardilla; pero no está, ni creo que volverá.

—¿Con que es cierto que esa señora ha venido á parar á situacion tan horrible?

—Dicen que era rica; pero yo no lo sé.

—Tiene un hijo, ¿no es verdad?

—Sí, señor, un hijo que se llama Alberto.

—Y su esposo...

—De su primer marido no estoy enterada.

—¡Su primer marido!...

—Claro es, su primer marido,—repuso sencillamente la portera;—porque supongo que no se referirá usted al segundo.

El desconocido quedó inmóvil.

Su rostro moreno, curtido por la intempérie, cubierto en su mayor parte por una barba negra y espesa, se contrajo hasta desfigurarse.

Sus ojos brillaron con extraño fuego.

Dilatáronse sus pupilas.

Quedó inmóvil como una estátua, y no articuló una sílaba.

—Verdad es,—añadió la portera,—que usted, segun parece, no tenia noticias de lo que habia sido de doña Clotilde, puesto que ignoraba que viviese aquí, y que su miseria hubiese llegado hasta el punto de tener que aceptar una limosna para dar de comer á su hijo; pero ahora lo pasará como una reina, porque se casa con un señor muy rico, con don Juan de Bustamante, á quien tal vez haya usted oido nombrar.

—¡Se casa!—murmuró con voz sorda el desconocido.

—Si hubiese usted venido media hora antes la hubiese usted visto salir para ir á la iglesia.

—Pero...

—A estas horas estará el cura echándoles la bendicion.

El hombre de la negra barba se extremeció violentamente, y sin escuchar más se lanzó escalera abajo, y desapareció.

—Pues señor,—dijo la portera,—esto es muy particular. Me pide noticias de doña Clotilde, y cuando empiezo á dárselas me deja con la palabra en la boca, y echa á correr. ¿Estará loco? Creo que sí. Le relucian los ojos como los de un gato, y me miraba como si quisiera tragarme.

Hizo mil comentarios sobre este suceso la buena mujer, y volvió á cerrar la puerta.

El desconocido, que continuaba corriendo como si lo persiguiese un fantasma, llegó á la iglesia de San Sebastian, á cuya puerta se veian dos carruajes.

Apenas podia respirar; pero sin detenerse á tomar aliento, atravesó el átrio y penetró en el templo.

De repente quedó parado y se apoyó contra la pared.

Clotilde y don Juan, con las personas que los acompañaban, salian en aquel momento.

Ya habian recibido la bendicion nupcial.

Pasaron junto al desconocido sin reparar en él, dejaron el templo, entraron en los carruajes, y se alejaron.

El hombre de la barba negra quedó inmóvil; pero con esa inmovilidad violenta en que no toma parte la voluntad.

Trascurrieron cinco minutos.

Viósele hacer un supremo esfuerzo, y oyósele decir:

—Tal vez es tiempo aún.

Salió de la iglesia.

—Todo puede perderse por un instante,—murmuró.

Su voz era oscura.

Hubiérase dicho que se ahogaba.

Sus pasos eran vacilantes como los de un hombre ébrio.

Quiso correr; pero no pudo.

Volvió á detenerse, se apoyó en la pared, y llevó las manos á la cabeza.

La luz huyó de sus ojos.

Sus ideas eran confusas.

No podia darse cuenta de su situacion.

Luego vaciló su cuerpo, y cayó pesadamente sobre el duro pavimento.

Media hora despues se encontraba en el hospital general, adonde fué conducido antes de recobrar el conocimiento.

¿Quién era?

Por ahora no podemos decirlo, y aconsejamos al lector que no se empeñe en adivinarlo, porque probablemente se equivocaría.

Los recien casados llegaron á su vivienda.

Clotilde se encontró con una servidumbre como correspondia á la elevada posicion de su esposo.

Todo lo habia previsto éste.

La infeliz miró á su alrededor y tuvo que esforzarse para no exhalar un penoso suspiro.

Echaba de ménos las sombrías paredes de la boardilla.

¿Podria soportar el martirio que se habia impuesto?

Aún le esperaba un nuevo motivo de sufrimiento: su conciencia debia tambien levantar la voz para atormentarla.

CAPITULO XLIII.

La historia de Clotilde.

(Continuacion.)

Quince dias pasaron.

Don Juán de Bustamante era completamente feliz.

Clotilde parecia la mujer más dichosa del mundo.

Al hablar de ella los criados, decian:

—Es un ángel.

A ninguno le ocurrió calificarla de mártir.

¿Cómo habian de sospechar que sufria quien tenia para todos dulces sonrisas y palabras benévolas?

Para el mundo, el que sonrie no sufre.

El mundo mira al rostro y no se cuida del alma.

Y sin embargo, los que más se quejan no son siempre los que sufren más.

Una mañana, pocos minutos despues de haber salido

Bustamante, entró una doncella en el aposento de Clotilde, entregando á ésta una carta que acababan de llevar.

La pobre madre miró distraidamente el sobrescrito.

No conocia la letra, que era grande y tenia una forma bastante rara.

Parecia trazada por una mano ruda y muy poco acostumbrada á escribir.

Rompió el sobre y leyó lo siguiente:

«Señora: creyendo que le interesarián á usted los detalles del naufragio del *Atrevido,* la he buscado á usted y tuve la desgracia de no averiguar su paradero hasta el instante en que se encontraba usted en la iglesia, uniéndose á su segundo esposo. Soy uno de los náufragos: me salvé milagrosamente y no he podido salir de Africa hasta hace poco más de un mes. En los quince dias que han trascurrido desde su último casamiento, no he sido dueño de mi razon, porque he estado enfermo. Ahora no puedo esperar una ocasion para hablarle á usted, porque he sido descubierto y tengo que huir; pero algun dia podré volver, aunque ya es tarde para que la historia del naufragio tenga el interés que antes hubiera tenido.

»Ningun amigo tan verdadero como yo tuvo su primer esposo de usted, y por consiguiente no puedo mirar con indiferencia la suerte de usted y de su hijo. ¡Dios los haga á ustedes dichosos!»

La carta no tenia firma.

A medida que leia Clotilde, palidecia más y más su rostro y temblaban convulsivamente sus manos.

Su corazon palpitó con violencia.

Miró la carta con un afan indescriptible.

¿Quién la habia escrito?

No conocia la letra.

¿Era obra de algun enemigo para atormentarla?

El medio era demasiado ruin, el intento demasiado criminal; pero ¿no habia criaturas capaces de cometer tan cobarde abuso?

No habia sido ménos horrible ni criminal el proceder de Rubianes.

Éste no era el único malvado que existia.

¿Qué se proponia el autor de la carta?

Esto tampoco estaba en claro.

¿Acusaba á Clotilde por haberse casado segunda vez?

Así parecia.

Sin embargo, aquel escrito debia encerrar otra intencion.

¿Cuál?

No era posible adivinarlo.

Lo oscuro es doblemente espantoso.

Clotilde se sintió poseida de terror.

Era preciso aclarar el misterio.

Esforzóse la infeliz para aparecer algo tranquila y llamó á su doncella, preguntándole:

—¿Quién ha traido esta carta?

—Lo ignoro, porque la ha subido la portera.

—Llámela usted.

A los pocos segundos la portera se presentó.

Clotilde le hizo la misma pregunta.

—Esa carta,—respondió la sencilla mujer,—me la ha entregado el mismo hombre que estuvo aquí la mañana que usted se casó.

—No tengo noticias de que nadie viniese á buscarme.

—Pues vino un hombre con barbas negras muy largas y con ojos relucientes, que parecian los de un gato. Yo creí que estaba loco y me dió miedo. Me preguntó por usted, diciendo que lo dirigian aquí desde la calle del Molino de Viento, y cuando le respondí que habia usted ido á casarse, echó á correr.

—¿Y ese mismo?...

—Ha traido la carta, me la ha entregado y se ha ido sin darme los buenos dias.

—Las señas de ese hombre, las señas con todos sus detalles...

—Barbas negras y ojos muy relucientes.

—Eso no quiere decir nada.

—Pues no sé más, porque como me daban miedo sus miradas, no reparé mas que en los ojos.

—¿Su ropa?

—Tampoco puedo decir cómo iba vestido.

—¿Pero hoy?...

—En vez de mirarlo, miré hácia la calle para huir y gritar, porque ya vé usted, si está loco, podia suceder que le diese el capricho de despedazarme.

Era inútil hacer más preguntas.

Clotilde despidió á la portera, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Pocos minutos despues pasaban por su mente las ideas como un torbellino de fantasmas sin forma y sin color.

Densas tinieblas envolvian su cerebro.

No tenia, pues, á su alrededor mas que sombras, no existian para ella mas que negros abismos.

Lo misterioso, lo insondable, lo infinito, el caos.

Hé ahí su pensamiento.

No habia para su inteligencia un rayo de luz, no existia un límite para sus cálculos.

Su pensamiento era como el átomo perdido y errante en el espacio inmenso y tenebroso.

Sombras impalpables por todos lados.

El punto luminoso de una estrella no era mas que el testimonio de un más allá infinito, donde continuaba extendiéndose la negra y horrible oscuridad.

Ni un punto de descanso, ni un término de partida.

Como siempre le habia sucedido, Clotilde sentia y nada más.

Su alma en aquellos momentos era el Océano agitado por la borrasca.

Querer penetrar en su interior y examinarlo, hubiera sido igual á querer lanzarse en los abismos profundos encubiertos por las olas.

¿Qué sucederia cuando fijase sus ideas, cuando se

diese cuenta exacta de sus sentimientos y apreciase su situacion?

Sufriria doblemente, porque entonces la conciencia levantaría su voz, y si la conciencia callaba, pensamientos sobrados brotarian para atormentarla en la cabeza de la infeliz.

Más de una hora pasó en semejante estado.

Levantó la cabeza y su mirada febril volvió á fijarse en la misteriosa carta.

—Esto nada quiere decir,—murmuró,—absolutamente nada; pero...

Interrumpióse como si tuviese miedo de expresar lo que pensaba.

Despues de algunos momentos añadió:

—Preciso es hacer todas las suposiciones, porque de otro modo nada deduciré. ¿Es esto la obra de algun enemigo para atormentarme? No, porque semejante enemigo no existe; no tengo otro que el miserable traidor que robó el pan á mi hijo, y ese no se cuidará de mí sino para guardarse de mis acusaciones. ¿Qué le importa que yo me case? Por el contrario, ménos debe temer cuanto ménos me obligue la pobreza á reclamarle lo que me ha robado. Ahora debe estar completamente tranquilo, porque si nada le he pedido cuando me veia acosada por la miseria, ménos le pediré cuando están cubiertas todas mis necesidades, y cuando he asegurado el porvenir de mi hijo. No, Rubianes no ha podido dar este paso, porque no está en sus intereses. ¿Quién ha si-

do, pues? Un amigo de Guillermo, un amigo leal, un verdadero hermano que me arroja al rostro mi debilidad. Sí, esto está claro, muy claro. Aquí se me dice: «Has olvidado al hombre que tanto te amó, al hombre que fué contigo tan noble, tan generoso y tan grande; te ha faltado el valor para resistir las pruebas por que Dios ha querido que pases, y has vendido tu corazon por el bienestar de tu cuerpo. Tu deber era sufrir como sufrió tu esposo, y morir como él murió.»

Tembló Clotilde y se oscureció su frente.

—¿Es verdad que he faltado á mis deberes? ¿Hay debilidad en mi proceder?

Para responderse á estas preguntas se hizo reflexiones que nunca le habia ocurrido hacerse.

Estas reflexiones no podian ser más amargas, más horribles.

El que se empeña en buscar, encuentra al fin.

Cuando no encuentra lo real, encuentra lo imaginario; pero esto es bastante.

Hé aquí lo que Clotilde encontró.

Don Juan de Bustamante, de ideas muy moderadas en política, era por consiguiente rival, enemigo de Guillermo.

El año 1848 Bustamante, con toda su influencia, con todo su poder, habia contribuido al triunfo de la tiranía, y despues, en la tribuna, en la prensa y en todas partes, habia aprobado y defendido los fusilamientos, las deportaciones y todos los abusos del poder.

Esto lo hacia don Juan con la mejor buena fé del mundo, pues creia con toda su alma que esto era lo más conveniente, lo más justo, y lo mejor.

La prueba es que se le ofrecieron elevados puestos y no los aceptó, que tuvo ocasiones de aumentar considerablemente su fortuna, y no las aprovechó.

Era hombre de severos principios y recta conciencia. Ya lo hemos dicho y debemos declararlo otra vez.

Empero á pesar de todo esto habia contribuido poderosamente al triunfo de la reaccion, y habia encontrado muy justo que la sangre se derramase á torrentes y que á honrados padres de familia se les arrancase de su hogar, para condenarlos á perpétuo destierro en un clima mortífero.

Entre estas víctimas se encontraba Guillermo de Luján, y por consiguiente, si no directa, indirectamente, Bustamente era uno de los crueles perseguidores, uno de los verdugos de Guillermo.

¿Debió Clotilde unirse á uno de los hombres que habian sido causa de la desastrosa muerte de su noble esposo?

Para asegurar el porvenir de su hijo, ¿debió Clotilde unirse á uno de los que eran causa de que su hijo se viese sin padre y en la más horrible miseria?

La duda no podia ser más atormentadora.

¿Habia pensado antes en esto Clotilde?

No.

Ni sabia cuáles eran las ideas políticas de Bustaman-

te, ni le ocurrió averiguarlo para decidir sobre su nuevo casamiento.

No se encontraba la infeliz en estado de ocuparse de la política.

Para ella no habia más que su hijo, el pan, la educacion y el porvenir de su hijo.

En cuanto á don Juan, le bastaba tener la prueba de que éste era un hombre de sentimientos nobles, generosos y delicados.

No necesitaba más Clotilde como madre.

Como mujer, es decir, en lo que á ella solamente tocaba, en cuanto á su corazon y á su propia dicha, no quiso pensar.

Habia creido deber sacrificarlo todo por su hijo, y cumplió su deber sin vacilar.

Despues de casada, supo que don Juan era uno de los más ardientes defensores de esa tiranía hipócrita, que no atreviéndose á presentarse como es, se disfraza con un tinte de falso liberalismo; y en vez de luchar, miente y engaña, y triunfa con el engaño y la mentira.

A esto no le dió ninguna importancia.

Cualquiera que fuese el partido político á que don Juan estuviese afiliado, no podia negarse que era un hombre honrado y de noble corazon.

Además, Clotilde no veia en su segundo esposo al adversario político del primero, sino al generoso bienhechor de su hijo.

Tenia, pues, una deuda de gratitud que pagar, de-

bia amar á Bustamante y lo amaba, si bien su cariño era puramente fraternal.

Clotilde hubiera vivido sufriendo; pero con la conciencia tranquila, si aquella carta no hubiese llegado á despertar en su mente ideas como las que acabamos de indicar.

Ya era tarde para poner el remedio, y precisamente porque era tarde sufrió doblemente la desdichada.

Sí, sufrió lo que no es imaginable, porque empezó á dudar si habia obrado bien.

Cada idea es el eslabon de una cadena inconmensurable.

Tras un eslabon viene otro, sin que jamás llegue el último.

Así le sucedió á Clotilde.

Tras unas ideas, brotaron otras.

Volvió á leer la carta como si quisiese encontrar allí la aclaracion de sus dudas ó la prueba de que se la acusaba justamente.

Pero entonces, ¡cosa extraña! no encontró en aquel escrito acusaciones; no vió la mano de un enemigo alevoso que se proponia atormentarla; vió simplemente un aviso.

¿Qué clase de aviso era este?

El hombre que escribia la carta se habia salvado cuando se perdió el buque.

¿No era posible que Guillermo se hubiese salvado tambien, y lo mismo que su compañero de infortunio,

hubiese permanecido errante en la inhospitalaria tierra africana?

Posible era.

A Guillermo se le creia muerto: ¿por qué no habia de estar vivo?

No hay medio de explicar el efecto que esta idea produjo en Clotilde.

Sintióse poseida de terror.

Exhaló un grito que parecia llevarse tras sí el alma.

Por algunos momentos no pudo respirar ni moverse.

Quiso volver á leer la carta; pero le faltó el valor.

Hizo un supremo esfuerzo, púsose en pié, acercóse á un precioso mueble de laca, abrió un cajoncito y guardó allí el manuscrito que pudiéramos calificar de fatal.

Ya era tiempo.

Sus fuerzas menguaban por instantes.

Agotáronse al fin.

Apoyóse en el mueble.

Un momento despues, vaciló su cuerpo y cayó sobre la alfombra.

Una feliz casualidad llevó allí á una de sus doncellas.

A los pocos minutos la casa estaba en conmocion.

Cuando don Juan volvió á su morada, encontró en el lecho á su esposa.

Ésta habia recobrado ya el conocimiento; pero era presa de una violenta fiebre.

¿Qué habia de verdad en todo lo que habia sospechado Clotilde?

Para saberlo, tenemos que esperar los sucesos.

Ahora serian muy aventuradas nuestras congeturas.

Todo lo que habia supuesto la desdichada madre, podia ser; pero tambien algo en que ni siquiera hubiese pensado.

CAPITULO XLIV.

La historia de Clotilde.

(Conclusion.)

Cuando Clotilde recobró la salud, pudo pensar en su situacion con más calma; pero no consiguió acallar sus escrúpulos ni mucho ménos aclarar sus dudas.

¿Vivia Guillermo?

Esta espantosa idea debia ser el roedero de toda su vida.

Ante el mundo estaba justificada la conducta de la infeliz; no podia exigírsele ninguna responsabilidad, porque se le habia entregado un documento con la declaracion legal de la muerte de su esposo.

Empero esto no era bastante para su conciencia, no era bastante para sus sentimientos.

¿Debia hablar á don Juan de aquella carta misteriosa y terrible?

No, porque con esto solo habria conseguido hacerlo el hombre más desgraciado del mundo.

Si ella habia cometido una falta, no era justo que la pagasen los demás.

Tenia, pues, que devorar silenciosamente su sufrimiento y sonreir, fingir, engañar.

Así se lo mandaba la gratitud.

¿Y en cuanto á Rubianes?

La prudencia le aconsejaba tambien callar.

Para acusar al miserable que la habia robado, era preciso presentar alguna prueba.

Ella no tenia más fundamento ni apoyo que su sospecha, su instinto.

Por lo demás, ya lo hemos dicho, la fortuna de Guillermo pudo fácilmente desaparecer sin que Rubianes cometiera ningun abuso.

Aun habiendo indicios del crímen, debia guardar silencio, porque de otro modo Bustamante se hubiera comprometido como hombre al reclamar lo robado.

Estas mismas razones debian obligar á Clotilde á guardar tambien el secreto con su hijo cuando éste se encontrara en edad de conocer los antecedentes de su familia.

No era prudente decirle á Alberto: «Ese miserable fué un traidor que engañó á tu padre y se apoderó de tu herencia.» No era prudente, porque el jóven hubiese querido castigar al criminal, vengar á sus padres y recuperar su fortuna, lo cual hubiera podido tener fatales

consecuencias, porque la cuestion, por falta de pruebas materiales, no podia ponerse en claro ante un tribunal, sino que era preciso llevarla al terreno de una lucha personal, á lo que se llama terreno del honor; era preciso que el valor, la destreza ó la casualidad decidiese con la muerte de uno de ellos.

Clotilde adoptó la resolucion de callar, y la puso en práctica con una firmeza admirable.

Guardó la carta misteriosa con otros recuerdos de su primer esposo, y recurriendo á toda la fuerza de su voluntad empezó á representar el papel de mujer dichosa.

Ahora es cuando se comprende lo que la infeliz sufria; ahora es cuando podemos dar á sus preocupaciones todo el valor que tenian; ahora es cuando podemos apreciar su horrible situacion.

Así pasaron los años.

Su martirio era el mismo siempre.

Cuando estaba sola se entregaba á sus desgarradores pensamientos, principiando siempre por hacerse esta pregunta:

—¿Vive?

Y como ya hemos visto, sus preocupaciones acabaron por hacer á Bustamante el hombre más desgraciado del mundo.

Alberto creció.

Lo que era, lo sabemos ya.

La madre estaba satisfecha y orgullosa del hijo, y éste adoraba á su madre.

Empero ¿qué sucedería si vivia Guillermo y algun dia se presentaba?

La vida de Clotilde era una constante agonía.

Si llamaban á la puerta de su morada, se la veia temblar, y cuando iba por la calle, veíasela mirar recelosamente á uno y otro lado.

A todas horas y en todas partes temia encontrar á Guillermo.

El recuerdo de éste era un fantasma para ella, fantasma aterrador que la perseguia sin cesar, que á todas horas se le presentaba.

¿Dónde encontraría reposo la infeliz?

Semejante situacion no podia ser más horrible.

Clotilde no hubiera podido vivir algo tranquila, sino completamente aislada del mundo, aislada de tal modo, que no hubiese medio de que nadie llegase hasta ella.

Así habria tenido la seguridad de que Guillermo no habia de presentársele un dia.

Y sin embargo, ella amaba á Guillermo, lo amaba como siempre, más que nunca tal vez.

Esto daba por resultado una nueva lucha, un tormento más, porque al mismo tiempo anhelaba y temia ver al objeto de su amor.

Por abrazar otra vez á Guillermo, por estrecharlo un solo instante contra su corazon, hubiera dado Clotilde su existencia, y á la vez hubiera preferido morir á verlo aparecer.

El recuerdo, el fantasma era, pues, un goce y un martirio.

El tiempo que trascurria debió alentarla.

Despues de cinco ó seis años sin que de Guillermo se tuviese noticia alguna, era lógico suponer y creer que habia muerto.

El hombre misterioso de la carta no se habia presentado todavía tampoco, á pesar de su promesa de hacerlo así para dar á conocer los detalles del naufragio.

Todo esto debió tranquilizar á Clotilde, y sin embargo no se tranquilizó.

El fantasma la perseguia siempre.

Sus temores eran los mismos, y aun casi deberíamos decir que mayores.

Si Guillermo existia y habia de presentarse al terminar un plazo más ó ménos largo, cada dia, cada hora, cada minuto que trascurria era un paso de gigante dado hácia el momento fatal, ó lo que es lo mismo, el peligro aumentaba á medida que el plazo disminuia, se acercaba el término segun se alejaba el punto de partida.

Clotilde tenia ideas muy extrañas.

Pero así sucedia, y con razon ó sin ella, así pensaba y sufria.

No habia motivos sérios para creer que Guillermo existiese; pero ella lo creyó.

No debian aumentarse los temores cuanto más tiempo pasase; pero se aumentaban.

Tras aquellos cinco ó seis años, pasaron otros.

Clotilde se encontraba en el mismo estado.

Para ella no habia pasado ni un solo dia.

Parecíale que se encontraba siempre en el terrible momento en que le entregaron la carta del desconocido.

La muerte hubiera sido la única dicha de la infeliz.

Solo con la muerte se resolvian las dificultades de su situacion.

Pero la muerte no responde nunca á quien la llama, sino que, por el contrario, parece huir de los que la buscan, y corre tras los que huyen de ella.

La muerte debe ser cobarde, muy cobarde, y como todos los cobardes, huye ante el valor y se venga, ensañándose con los espíritus débiles.

Provocadla, y os pedirá perdon y echará por otro camino; temedla y suplicadla que no se os acerque, y la vereis sonreir, hacerse la valentona y blandir la guadaña.

Dicen que la muerte nada respeta; podrá no respetar; pero sí tiene miedo.

Por eso los que la conocen bien, convencidos de que no han de hacerse respetar, se hacen temer.

Desde que Alberto era un hombre y habia completado su educacion, desde que su porvenir estaba asegurado, Clotilde sonreia á la idea de dejar de existir.

El descanso eterno era para ella la felicidad imperturbable.

La negra y silenciosa sepultura la miraba como el fatigado caminante mira el blando lecho.

Allí estaba para ella el verdadero reposo.

Allí no habria goces; pero tampoco temores.

Allí no habia nada; pero la nada es la dicha para quien el *algo* es un tormento.

En el sepulcro no solamente no hay pasado ni porvenir, sino que tampoco presente, y en esto precisamente consistia la felicidad para Clotilde, porque su pasado era amargamente desgarrador, su presente horrible, y su porvenir negro y espantoso.

Si no hay goces, ¿qué es la vida?

Un tormento.

Clotilde tenia los goces del amor maternal; pero como madre, sufria horriblemente por el temor de que un dia se presentase Guillermo y la infeliz se viese acusada por su hijo.

Tal era el estado del alma de esta mujer.

Así habia pasado años y años.

Si hubiese sido cobarde, habria puesto fin á su existencia.

Empero tenia demasiado valor y dignidad para no aceptar sin vacilaciones la terrible lucha á que la provocaba el destino.

Y ya que conocemos su historia, reanudaremos el hilo de los sucesos que íbamos relatando y que tuvimos forzosamente que interrumpir.

De los demás personajes que han figurado en esta historia, nada tenemos que decir.

Sabemos cómo se encontraba don Juan.

Conocemos la situacion del señor don Pedro de Ru-

bianes, y no ignoramos que Medio-beso era siempre el mismo.

En cuanto al desconocido de la misteriosa carta, nada podemos decir.

Tampoco ahora tenemos datos para hablar de Plotoski, á quien dejamos en compañía del bandido la misma noche en que éste se habia presentado al señor de Rubianes, exigiéndole mil duros.

CAPITULO XLV.

Algo sobre la policía.

Plotoski y Medio-beso, sin volver á pronunciar una palabra, siguieron andando y dejando atrás varias calles.

Diez minutos despues se encontraban en la de San Lorenzo y entraban en un bodegon, que quizá por ser uno de los más sombríos y sucios de Madrid, era el que más fama tenia en aquellos barrios.

Allí no iba á comer la gente honrada y pobre, sino los criminales más depravados.

A ciertas horas de la noche el bodegon del tio Camelo era como una espumadera que hubiese recogido toda la hez social.

Nada más repugnante ni más amedrentador que

aquel nido, cuando estaba lleno con sus habituales concurrentes.

Contábanse de aquel lugar muchas historias demasiado negras, y si bien es verdad que la murmuracion inventa ó exagera mucho, no hay duda de que una gran parte de lo que se referia era exactamente cierto.

Como aquel nido existian otros en Madrid, y aun existen más de los que conviene á la moralidad y á la seguridad de la gente honrada.

Criminales escapados de los presidios ó que debian ir á ellos: hé ahí la gente que se reunia en el bodegon.

Todo el mundo sabia esto, y por consiguiente no lo ignoraba la policía.

Para llenar en un momento los calabozos de la cárcel, no habia mas que presentarse en el bodegon á cierta hora de la noche y apoderarse de cuántos se encontrasen allí.

¿Por qué no hacia esto la policía?

¿Era respeto á la seguridad individual?

No, porque sin más pruebas que una delacion invadia el hogar de los ciudadanos honrados y los llevaba á un calabozo.

No lo hacia, porque le era imposible, y le era imposible, porque de cada diez individuos de la policía, los ocho habian salido de lugares como el bodegon del tio Camelo.

En los buenos tiempos del *órden*, un desertor de presidio, si era audaz y estaba dotado de mediana inteli-

gencia, no tenia que huir para librarse de la persecucion de la justicia. Hacia todo lo contrario: se presentaba al jefe de policía, le ofrecia sus servicios, y con su nombre ó con otro se convertia de perseguido en perseguidor.

A tales hombres estaba confiada la seguridad de los demás, á semejantes criminales se les daba la mision de perseguir el crímen.

Los que ignoran lo que es la policía de los gobiernos tenebrosos, se preguntan admirados: «¿Por qué odia el pueblo á la policía? ¿No sirve la policía para que yo duerma tranquilamente y sin temor de que vengan á robarme el fruto de mi trabajo, el pan de mis hijos? ¿No debemos á la policía el descubrimiento de muchos criminales? ¿No hubieran quedado impunes muchos crímenes sin el auxilio de la policía? Pues si esto es así, porque así veo que es, la policía, en vez de ser odiada, debe ser respetada y querida, y la gente honrada, en lugar de pedir que desaparezca esa institucion, debe desear que se consolide.»

Esto, repetimos, dicen de buena fé los que ignoran lo que es la policía, lo que son sus individuos, y sobre todo, para qué sirve la policía cuando está organizada y á disposicion de los gobiernos opresores.

Lo que debiera ser una garantía de seguridad para todos, es un motivo de temor.

La policía no infunde miedo á los criminales.

¿Qué miedo han de tener éstos, si saben que no es á ellos á quienes ha de perseguirse?

Los que tienen miedo son los hombres honrados.

¿Sabeis lo que hacen con frecuencia en sus ratos de ocio los agentes de la policía secreta?

Robar.

Esto es lógico, porque su oficio es cometer crímenes, y faltarian á su deber siendo honrados.

¿Qué ha de hacer un desertor de presidio cuando no lo ocupan en otra cosa?

Obedece á sus instintos y á sus costumbres, y no se detiene, porque cuenta con la impunidad.

Cuando no roba por sí, permite que otros roben.

Si no es autor directo y aparente de un delito, es encubridor.

De vez en cuando dicen los agentes de policía á sus antiguos compañeros: «Ahora es preciso que tengais paciencia; pero tranquilizaos, que pasará la mala ráfaga y os desquitareis despues.»

Y dan un golpe de relumbron y gritan, diciendo: «Ya veis cómo la policía es una gran cosa.»

Las casas de juego tienen subvencionada á la policía, porque esta es la tierra de las subvenciones, ó lo que es lo mismo, los dueños de las casas de juego pagan á los agentes de policía para que los dejen tranquilos, y los dejan.

Se murmura, se acusa á las autoridades porque no persigue con bastante celo la inmoralidad, y entonces la policía, despues de ponerse de acuerdo con los jugadores, dá uno de sus golpes de relumbron, recoge unos cuan-

tos reales del tapete verde, impone cuatro multas y acalla la murmuracion.

Los periódicos amigos del gobierno, algunos tambien por el gobierno subvencionados, se convierten entonces en trompetas y refieren con todos sus pelos y señales cómo los celosos agentes de la autoridad sorprendieron á los jugadores en su garito, y dan á conocer la distribucion hecha del dinero recogido, que ha ingresado en los establecimientos de beneficencia.

La gente sencilla se satisface con esto, porque no vé más.

Los inocentes dicen: «No es tan mala la policía.»

Algunos se hacen esta reflexion: «La policía será mala; pero exagera mucho la pasion política, y sobre todo, mala como es, hay necesidad de ella.»

Si penetráran en el interior, ¿qué dirian?

Los gobiernos no ignoran nada de esto, saben demasiado bien lo que hacen sus agentes y desearian remediarlo; pero les es imposible.

¿Cómo han de exigir honradez á los más empedernidos criminales?

¿Cómo han de tener por agentes hombres honrados?

No, no puede ser, porque si los agentes de policía fuesen hombres de bien, no se prestarian á hacer lo que hacen.

Un hombre honrado prefiere morir antes que convertirse en espía.

Un hombre honrado, por un puñado de oro, no se

aviene á ser instrumento ciego de las tenebrosas maquinaciones de un ministro.

Es, pues, forzoso que los agentes de policía secreta sean criminales.

El pueblo tiene un gran instinto y odia la policía.

Es justo el odiarla.

Lo que el pueblo, en su ignorancia ó sencillez, no se explica, lo siente; lo que no puede saber, lo adivina.

Si para todos sus sentimientos acertára el pueblo á encontrar una fórmula con palabras, ¡pobre tiranía!

Para que la tiranía se hunda, no es menester más sino que el pueblo se dé cuenta de lo que siente.

Entonces tendrá conciencia de lo que vale y de lo que puede.

Para la inteligencia popular, la fórmula es el rayo de luz.

De cada ciudadano no puede hacerse un sábio. Dadle fórmulas al pueblo, que él hará lo demás.

Ocasiones tendremos de dar á conocer la policía, y por consiguiente, haremos aquí punto redondo sobre este asunto y volveremos á Plotoski y Medio-beso.

Entraron, como ya hemos dicho, en el bodegon.

De la primera pieza pasaron á la segunda.

En ésta habia una puertecilla, que abrió Medio-beso, y tras la puerta una escalerilla de madera, por la cual empezaron á subir los dos, haciéndola crugir.

CAPITULO XLVI.

Empieza la conversacion de Plotoski y Medio-beso.

Cuando subieron la escalerilla, empujó Medio-beso otra puerta y entraron en un aposento de paredes ennegrecidas y en el cual se veian dos ó tres mesas y algunos bancos.

De una de las vigas del techo pendia un alambre, y al extremo inferior de éste habia enganchado un mugriento velon, cuya rojiza luz se esparcia trabajosamente, iluminando apenas la estancia.

Aunque nadie habia allí, percibíase un olor repugnante á tabaco requemado. Hubiérase dicho que en aquel aposento se conservaban cuidadosamente los hálitos impregnados de vino, exhalados por los concurrentes desde mucho tiempo hacia.

Sentáronse junto á una mesa.

El bodegonero se presentó.

Era un hombre de cincuenta años, de escasa estatura, anchos hombros, abultadas facciones y mirada aviesa.

—Oye, buen mozo,—le dijo Medio-beso,—voy á cenar con este amigo, y es menester que nos sirvas gloria, ¿lo entiendes? lo que se llama gloria, porque cuando lo hay, es preciso gastarlo, y aquí donde me ves, puedo ahogarte en onzas de oro. Además es preciso que nos dejen tranquilamente, porque tenemos que hablar.

—Eso significa que la habitacion corre por tu cuenta.

—Me has entendido.

—Os traeré la cena y cerraré.

—Eso es.

Cinco minutos despues estaba obedecido Medio-beso.

Mientras comian y bebian, entablaron el diálogo siguiente:

—¿De dónde vienes?—preguntó Plotoski, cuya penetrante mirada se fijó en el bandido.

—De arreglar un negocio,—respondió éste.

—Ese negocio te ha producido dinero.

—No quiero negarlo,—dijo Medio-beso, enseñando los billetes que habia recibido de Rubianes.

—Eres dueño de mil duros.

—Justos y cabales.

—¿Por qué te han dado ese dinero?

—Porque lo he pedido.

—Te pregunto para que me respondas con claridad, —replicó el extranjero, entre cuyas espesas cejas se marcó una arruga.

El bandido hizo un gesto de desagrado.

—¿No me oyes?—añadió Plotoski con el acento que el superior habla al inferior.

—No estoy sordo; pero...

—Acaba.

—Este dinero no es mal ganado.

—Ese dinero es producto de un crímen. ¿De dónde, si no, habias de sacar tú mil duros?

—Pues bien, aunque fuera producto de un crímen...

—Quiero conocerlo.

—¡Oh!...

—Medio-beso, eres un miserable.

—Ya lo sé.

—Eres un ingrato.

—¡Ingrato! —exclamó el gigante brincando en su asiento.

Y su rostro tomó por un instante la expresion de la más terrible ferocidad.

—Sí.

—Eso no, eso no.

—Te pregunto, y...

—¿No puedo tener secretos?

—Para todos méños para mí, porque sabes que no es la curiosidad la que me mueve á mezclarme en tus asuntos.

—Eso tambien es verdad.

—Entonces...

—Escuche usted.

—Ya te escucho.

—Hay un hombre que cometió cierto pecado, y además la torpeza de creer que yo era tonto y querer engañarme.

—Y tú no lo has perdonado.

—Ni lo perdonaré jamás.

—Lo creo, porque te conozco.

—Sin embargo, he sido generoso con ese hombre, y aunque me seria muy fácil perderlo, me he contentado con acudir á él en mis apuros.

—Es decir, que conoces un secreto y lo explotas, haciéndote pagar el silencio.

—Es verdad.

—¿Y por qué cometes ese abuso?

—Primeramente, sabe usted que no soy un hombre honrado; y luego, que esto no es abuso. La víctima no es el bribon que me dá el dinero, sino yo.

—Te agradeceré que me expliques ese enigma.

—Pues es muy sencillo: mi hombre se guardó bonitamente un dinero que no era suyo, una fortuna; yo le ayudé sin saber de lo que se trataba, y quiso pagarme con una miseria.

—Es un ladron como tú.

—Es un caballero.

—¡Un caballero!...

—Sí.

—Quiero saber esa historia.

—¿Para qué?

—Para lo que sé otras muchas,—repuso el extranjero, —y sobre todo, porque quiero saber esa.

—Pídame usted la vida; pero...

—No te pido ninguna deslealtad.

—Sí, porque me pagan para que guarde el secreto, que he prometido guardarlo...

—Lo que importa callar es el nombre del ladron y el de la persona robada, lo demás no tiene valor alguno, es el relato de un suceso cualquiera, de un suceso como muchos. ¿Qué adelantarías con que yo te dijese que conozco á un hombre que asesinó á otro, y que para asesinarlo se introdujo por una ventana y huyó luego por una puerta? Saber esto, no es saber nada.

—Tiene usted razon. Soy muy bruto, y... pero en fin, me parece que falto á lo prometido...

—Deja las observaciones, que aún tenemos mucho que hablar.

Medio-beso llenó su vaso, bebió y reflexionó.

Lo que el extranjero le pedia era muy grave.

No tenia razones que oponer; pero no estaba convencido.

—¿Dudas todavía?—preguntó Plotoski.

—Es que...

—¿Quieres que vuelva á llamarte ingrato?

—¡Mil truenos!...

—Concluyamos,—replicó imperiosamente el extranjero.

Y su mirada ardiente se clavó en el bandido.

Éste inclinó la cabeza.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

La mirada de Plotoski era cada vez más ardiente y más profunda.

Sus negros ojos brillaban con un fuego extraño, y su entrecejo volvió á plegarse.

Si la roja y enmarañada barba no hubiese cubierto la mayor parte de su rostro, hubiérase visto cómo sus músculos se contraian violentamente.

Tal vez en aquellos momentos su espíritu se encontraba agitado por una borrasca espantosa.

Como ya hemos visto, la conversacion sobre el crímen de Rubianes no habia sido provocada por el extranjero, sino que se habia entablado por casualidad, siendo la causa el haber hablado Medio-beso de los mil duros que llevaba en el bolsillo.

A pesar de esto no puede dudarse que Plotoski habia empezado á interesarse vivamente en aquel asunto, aunque procuraba disimularlo.

La alteracion de su rostro no tenia para el bandido ningun valor, ó más bien la pasó desapercibida.

—Bebe, bebe y habla,—dijo al fin el extranjero.

El cómplice de Rubianes, sin cuidarse del vaso, tomó el jarro y bebió hasta dejarlo vacío.

—Puesto que es preciso,—murmuró,—hablaré; pero luego...

—Descuida que no te exigiré revelaciones en cuanto á las personas.

—Empiezo.

—Te escucho.

—Es una historia muy antigua.

—Tanto mejor.

—¿Por qué?

—Porque esas historias, cuanto más antiguas, ménos valor tienen.

—Segun.

—¿Cuántos años hace que tuvo lugar ese suceso?

—Cuente usted los que han pasado desde el cuarenta y ocho.

—El cuarenta y ocho,—murmuró Plotoski, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Usted no sabe cómo estaba entonces Madrid: era menester que lo hubiese usted visto.

—No creo que eso tenga nada que ver con tu historia.

—Yo me entiendo.

—Pues prosigue,—repuso el extranjero,—para que yo te comprenda tambien.

—Yo tenia entonces un amigo, que luego fué á Ceuta, y ese amigo y yo nos metimos en una casa, acogotamos á un hombre, y le quitamos cuanto tenia.

—Bien.

—El reloj, el dinero, y la cartera con los papeles, todo

pasó á nuestras manos. Por dar este golpe nos habian ofrecido media talega.

—¿Y qué interés tenia el que os pagaba en que robáseis á otro?

—Tenia mucho, porque necesitaba aquella cartera con los papeles...

—Basta,—interrumpió Plotoski, cuyos puños se crisparon.

—¿No quiere usted saber más?

—No.

—Me deja usted con la boca abierta.

—Esa historia la conozco mejor que tú.

—¡Mejor que yo!—exclamó sorprendido Medio-beso.

—Sí.

—No puede ser.

—¿Quieres que te la refiera con todos sus detalles?

—Casi estoy por decir que sí.

—Pues escúchame.

—Veamos,—repuso el bandido,—porque me ha picado usted la curiosidad.

—El año cuarenta y ocho y precisamente en los momentos en que se habia terminado la revolucion, invadísteis una casa de la calle de San Vicente, y allí os pusísteis en acecho junto á una pared rota.

—¡Mil rayos!—exclamó el gigante sin poder contenerse y descargando una puñada sobre la mesa.

—¿Me equivoco?

—No.

—Nada de esto me has dicho, y por consiguiente puede estar tu conciencia tranquila.

—Si usted ha podido averiguarlo, nada tengo yo que ver.

—Por el agujero de aquella pared salió un hombre, caísteis sobre él, lo derribásteis y le quitásteis lo que llevaba en los bolsillos, de lo cual él no se apercibió en la lucha.

Medio-beso, completamente aturdido, miraba á Plotoski.

Éste, que parecia haber recobrado la calma, prosiguió diciendo:

—Huísteis, y os ocultásteis en la escalera. El hombre robado, salió; pero en el portal fué sorprendido por la policía y llevado preso.

—Todo eso es verdad.

—Entretanto vosotros volvísteis á la habitacion, entrásteis por el agujero de la pared y huísteis por la puerta de una casa de la calle Ancha de San Bernardo.

—¡Oh!...

—Entre los papeles de la cartera habia un recibo de cuatro millones en títulos de la deuda del tres por ciento.

—¡Por Satanás!...

—Ten calma, que aún me falta decirte lo mejor.

—¿Cómo ha sabido usted eso?

—¿Y qué te importa?

—Puesto que yo no se lo he dicho á usted...

—Sigue escuchando.

—Ya escucho.

—El recibo estaba firmado por un hombre que se llama Pedro Rubianes, que entonces era pobre y ahora es rico, y los cuatro millones pertenecian á don Guillermo de Luján, que fué deportado á Filipinas, pereciendo en el naufragio del buque donde iba.

Medio-beso no acertó á responder.

—Tú, que sabes leer, te enteraste del contenido de aquel documento, y comprendiste toda la importancia del asunto.

—No soy tonto,—murmuró el bandido.

—Quisieron engañarte y hacer caer sobre tí toda la responsabilidad en caso de que se hubiese frustrado el plan.

—¡Mil rayos!—gritó por fin el gigante con iracundo acento;—sí, quisieron engañarme y salieron engañados.

El extranjero desplegó una sonrisa burlona.

—Creo,—dijo,—que te equivocas, que te ciega la vanidad.

—¿Por qué?

—Crees haber tomado la revancha engañando tú al otro...

—No lo engañé, porque le hablé con franqueza, como siempre hablo yo... pero me vengué.

—Sí,—repuso Plotoski con ironía,—gran venganza... Algunos miles de reales que te ha dado para que no alborotes, y nada más.

—Porque más no he pedido.

—Y el dia que se canse de tus exigencias, se encogerá de hombros y se reirá de tí.

—¡Por todos los condenados del infierno!... ¡Reirse de mí!...

—Se reirá, porque Rubianes tiene una reputacion demasiado bien sentada para que le importen nada tus acusaciones; se reirá, porque si te atreves á revelar el secreto, te llevará á los tribunales por calumniador... Debes reconocer que has cometido una torpeza y que has representado un tristísimo papel.

—Perdone usted si le digo que no sabe lo que habla.

—¿Acaso me equivoco?

—¿Cómo ha de atreverse á llamarme calumniador?

—Porque si no tienes pruebas...

—¿Y el recibo?

—¡El recibo!...

—Eso es.

—¿Pero ese recibo?...

—Lo tengo yo.

—¡Oh!—exclamó Plotoski, mientras sus ojos brillaban como dos carbunclos.

Y fué tal entonces su conmocion, que no pasó desapercibida para Medio-beso.

—¿Qué le sucede á usted?

—Nada, nada...

—Cualquiera diria...

—¿Qué diria?

—No sé; pero...

—¿Te sorprende que me interese por tí?

—No.

—Dices que conservas el recibo, y me alegro, porque solo así te harás respetar por ese hombre: de otro modo, ya no existirías, ó estarias en un calabozo como otros infelices, porque habrias sido delatado y acusado de conspirador.

—¿Se convence usted de que no soy tonto?

—¿Y tú estás convencido de que no has faltado á tu promesa?

—Sí, porque nada he dicho. Sabia usted tanto como yo, y la culpa no es mia.

Plotoski reflexionó.

—Ahora,—dijo despues de algunos momentos,—quiero conocer tus intenciones.

El bandido hizo un gesto que significaba:

—No me he dado cuenta de ellas.

—Siempre,—añadió el extranjero,—no has de estar en la misma situacion, porque así nada conseguirás.

—Poco ha sido el provecho; pero estoy decidido á que ese bribon me pague lo mucho que me debe, y no me contentaré con cubrir mis necesidades.

—Tambien él cambiará de conducta y te hará proposiciones para que le entregues el recibo por una cantidad crecida.

—Voy viendo que es usted adivino.

—¿Por qué?

—Porque esta misma noche me ha propuesto eso, y estaba dispuesto á darme diez ó doce mil duros.

—¿Y aceptarás?—preguntó vivamente Plotoski.

—¡Cá!...

—¿Qué le has contestado?

—Vá usted á ver si soy razonable y justo, y si tengo corazon, á pesar de que soy un perdido.

—Explícate.

—Don Pedro ha ganado algunos millones con los cuatro que robó, y por consiguiente no le hace falta esta cantidad para ser rico.

—No te equivocas.

—Pues bien, yo le he dicho que me dé los cuatro millones, negociaré con ellos, y cuando haya ganado, se los entregaré al hijo de don Guillermo, que es un mozo que vale mucho. Así seremos ricos todos, y los cuatro millones volverán á manos de su dueño.

Este plan, que no dejaba de ser ingenioso, y del cual se envanecia Medio-beso, hizo sonreir á Plotoski.

—¿No le parece á usted bien?—preguntó el gigante.

—Muy bien para ese miserable,—respondió Plotoski; —pero muy mal para tí.

Medio-beso se encogió de hombros.

No comprendia que su plan presentase ningun inconveniente ni peligro.

—Supon,—repuso el extranjero,—que Rubianes te mandase ir con el recibo por los cuatro millones, ¿qué harias?

—Acudir á la cita. ¿Cree usted que tendria valor para tocarme á un solo cabello?

—No; pero cuando hubiese quemado el recibo, y antes de que salieses de la casa, daria el grito de ladrones...

—¡Mil rayos!

—¿Qué te parece este plan contra el tuyo?

—No habia pensado en semejante cosa; pero ya lo sé y puedo evitarlo.

—Desde el momento que no seas dueño del recibo, no habrá nada que á ese miserable lo detenga para hacer que te asesinen.

Medio-beso quedó triste y pensativo.

Las observaciones de Plotoski fueron suficientes para que comprendiera el peligro que corria desde el instante en que entregara el precioso documento.

—Aconséjeme usted,—dijo despues de algunos minutos;—usted es un hombre que piensa en todo... ¡Oh! Tendré que convencerme de que soy un animal.

—Te aconsejaré, porque no quiero que te pierdas, y si no basta el consejo, te mandaré y me obedecerás.

—Ya sabe usted que no puedo desobedecerlo.

—No vuelvas á pedir dinero á Rubiañes.

—¿Con qué he de vivir? ¿Con qué he de atender á las obligaciones que sabe usted que tengo? Los tiempos están muy malos, y...

—Lo que necesites, yo te lo daré.

—¿Es usted rico?

—Lo que soy, no te importa: ya te lo he dicho más

de una vez. Esos mil duros yo te los hubiese dado, y si más querias, tambien.

El gigante fijó una mirada de asombro en Plotoski.

—El recibo,—añadió éste,—no está seguro en tus manos, y debes ponerlo en las de una persona que no sea capaz de engañarte.

—Eso cree don Pedro, aunque el papel lo tengo bien guardado en mi casa.

—No te dejes alucinar por promesas, ni por los cuatro millones, ni por mucho más te desprendas de ese documento.

—Descuide usted.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

—Ya estoy tranquilo.

—Dígame usted qué más he de hacer,—repuso el bandido,—porque yo soy muy bruto.

—Nada más, por ahora.

—Es bien poco.

—Ten confianza en mí...

—Completa.

—Pues bien, dejemos á don Pedro de Rubianes, y ocupémonos de otro asunto.

—Como usted quiera.

—Acaba de cenar, y mientras fumamos, hablaremos sosegadamente.

—Pronto acabo.

Cinco minutos despues, Plotoski daba un cigarro á

Medio-beso, y él llenaba de tabaco una pipa que habia sacado de uno de los bolsillos de su gaban.

Bien pronto el humo empezó á espesar la atmósfera ya pesada del aposento.

La conversacion iba á cambiar; pero no seria ménos interesante.

Á Medio-beso le esperaban nuevas sorpresas.

CAPITULO XLVII.

Sigue la conversacion.

Pocos minutos tardaron nuestros dos personajes en encontrarse envueltos en una nube de humo, que por instantes espesaba.

El aspecto de Plotoski era por esta circunstancia más extraño que nunca.

Sus negros ojos, siempre brillantes como carbunclos, parecian dos luces fosfóricas vistas á través de la niebla.

Su rostro tenia la misma expresion que antes.

Medio-beso saboreó con placer el humo de su cigarro, y con los codos apoyados en la mesa, esperó.

Cada vez se conocia más el respeto con que trataba á Plotoski, y aun se hubiera dicho, que no solamente era respeto, sino miedo lo que sentia.

—Hablemos de la situacion pública,—dijo el extranjero.

—Mal negocio,—respondió el bandido, cambiando de postura.

—¿Y por qué?

—Esto va á pegar un estallido; usted debe saberlo mejor que yo, porque usted lo sabe todo.

—Tal vez no te equivoques,—repuso Plotoski con indiferencia;—pero lo que ignoro, es el motivo que tú tienes para interesarte tanto en la política. Los que viven del crímen nunca están mejor que en las épocas de tiranía, porque el crímen es hijo de las tinieblas, porque sin las tinieblas no es posible el crímen.

—No me pida usted explicaciones que no puedo dar. Me gusta la libertad no sé por qué; pero ello es que me gusta, que la quiero como se quiere á un hijo, y que por conquistarla soy capaz de renunciar á mi vida borrascosa. Yo conozco que ahora estamos mejor que nunca; tengo buenos amigos en la policía, y si las cosas cambiáràn, me veria muy apurado para hacer más de cuatro negocios: sí, esto ya lo sé; pero ¿qué quiere usted? cada vez que el gobierno dá un apreton y merma la libertad, parece que se me enciende la sangre y se me sube á la cabeza, y si entonces me dijesen: «vamos á concluir con esa gente,» no me veria usted vacilar.

Medio-beso, con su rudo lenguaje, decia todo lo que puede decirse.

Antes que sus intereses, antes que sus pasiones, antes

que todo, dominaba en su alma el sentimiento de la libertad, el sentimiento de la justicia.

Por instinto aspiraba á los derechos que están en la misma naturaleza del hombre, en la naturaleza de la creacion.

Sin temor de equivocarnos podemos decir que aquel miserable, avezado á todos los crímenes, estaba moralmente ménos corrompido que esos hombres *respetables* y *honrados* que hacen de su inteligencia una especulacion y de su conciencia una mercancía.

¿Por qué no hemos de reconocerlo?

A nosotros no nos deslumbran ciertas apariencias.

—No necesito más explicaciones para comprenderte: amas la libertad...

—Con toda mi alma.

—Deseas verla triunfante...

—Y estoy dispuesto á todo.

—Ya sabes que hay un refran que dice, que no es oro todo lo que reluce, y por esa razon precisamente has estado muy cerca de que te engañe Rubianes.

—Sí, es preciso desconfiar de todo.

—Es preciso ser prudentes y previsores, porque de otro modo puede sucederte que por defender la libertad, ayudes á los tiranos.

—No entiendo eso.

—Vas á entenderlo muy pronto.

Medio-beso miró á Plotoski, esperando una nueva sorpresa.

—El gobierno dice que se conspira.

—Y es verdad.

—Lo mismo pueden decir todos los gobiernos sin temor de equivocarse.

—Yo no conspiro.

—Pero tampoco estás lejos de hacerlo, porque ya sé que te han hecho promesas...

—¡Mil rayos!... Para usted no hay nada oculto.

—Tú tienes mucha influencia entre cierta clase de gente, y los que cuenten contigo pueden decir que cuentan con un crecido número de desalmados, capaces de todo.

—No se equivoca usted.

—Eres, pues, un tesoro para los conspiradores, y no es extraño que te busquen, que te halaguen y te prometan cuanto les pidas.

—Pues bien, es verdad que me han buscado y que me han hecho buenas proposiciones, aunque yo no necesito más promesas que la de que conquistaremos la libertad.

—Te engañan, te tienden un lazo.

—¡A mí!

—¿Sabes lo que quieren?

—Que nos echemos á la calle cuando llegue la ocasion.

—Eso es, que os echeis á la calle; pero no cuando á vosotros os conviene, sino cuando la revolucion no cuente todavía con medios de luchar.

—¿Y qué adelantarian con eso?

—Os encontraríais solos, y fácilmente triunfaría el gobierno.

—Me confundo con esas explicaciones,—repuso Medio-beso rascándose la cabeza.

—El ministerio se hunde; ha puesto en juego todos los recursos imaginables para sostenerse, y ahora necesita apelar al último, porque pierde su principal apoyo en palacio. ¿No sabes cuál es este recurso? Vencer una revolucion, un simple motin y presentarse con toda la fuerza y el prestigio del que ha triunfado, con toda la importancia del que ha salvado de un gran peligro á la sociedad. Hoy no teme el gobierno la revolucion, porque los que deben hacerla no cuentan con medios suficientes para triunfar; no teme la revolucion, sino que la desea, porque una vez que haya vencido, como venceria, el poder seria suyo para mucho tiempo.

—Voy entendiendo.

—Quizá dentro de pocos dias oigas gritar y veas al pueblo en conmocion.

—Entonces...

—Voy á decirte lo que has de hacer.

—Iré á buscar á mi gente...

—Te meterás en tu casa, y no saldrás hasta que Madrid esté completamente tranquilo.

—¡Encerrarme en mi casa!—exclamó con asombro el bandido.

—Sí.

—¡Encerrarme en mi casa como un cobarde!...

—Lo mismo que una mujer tímida y nerviosa.

—¿Está usted loco?

—Lo mismo ha de hacer tu gente, y el que no siga este consejo, se perderá, ayudará al gobierno, y por toda recompensa será enviado á Fernando Póo.

El gigante dejó escapar una blasfemia.

—Eres tan inocente como un niño,—le dijo Plotoski.

—¡Encerrarme en mi casa, encerrarme en mi casa!..

—Y hacer que se encierren los demás.

—Pero...

—Te lo mando.

—¡Oh!...

—A esos conspiradores les dices que no quieres tomar parte en nada.

—Si supiera usted qué clase de gente es...

—La conozco.

—No puede ser.

—¿Quieres que te diga el nombre del que te ha hecho esas proposiciones?

—Sí.

—Se llama Lucas Pinedo; pero es más conocido por el apodo de *Pinturas*.

La sorpresa del bandido llegó á su colmo.

No acertó á responder.

Era exacto cuanto decia el extranjero.

—Hace un año,—añadió éste,—tu amigo Lucas salió de presidio, donde ha estado desde mil ochocientos sesenta.

—Es verdad; fué por un negocio en que yo no quise meterme.

—¿Y sabes en qué se ocupa ahora?

—Tiene dinero... No sé más.

—Yo te lo diré dentro de algunos dias.

—¿Y por qué no me lo dice usted ahora?

—Por dos razones.

—Sepamos.

—Primeramente, porque temo á tu carácter: te arrebatas fácilmente y eres capaz de cometer mil necedades.

—¿Y si yo le prometo á usted comerme los puños y hacer como si nada supiera?

—Queda otro inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no has de creerme.

—¡Por mi alma!... Cuando usted me dice una cosa...

—El dinero que tiene tu amigo, lo gana con su empleo.

—¡Empleo dice usted!... ¡Pinturas empleado!...

—Vete á las doce de la noche á la calle Mayor, más allá de la plaza de la Villa...

—Allí está el Gobierno civil...

—Observa y dime, si con tu costumbre de reconocer á los que se disfrazan has visto á Lucas...

—¡Mil truenos!...

—¿Entiendes?

—¡Polizonte!...

—Silencio,—replicó Plotoski, poniéndose en pié.

Y luego añadió:

—Acuérdate de lo que me has prometido.

—¿Pero se va usted?

—Y en cuanto á tu cómplice Rubianes...

—Yo cumplo lo que prometo.

—Adios,—dijo el extranjero.

Y salió sin dar tiempo á nuevas contestaciones.

Medio-beso quedó aturdido.

No acertaba á darse cuenta de lo que le sucedia.

Con la mirada fija en la puerta, hubiérase dicho que buscaba todavía una sombra fantástica que hubiese desaparecido.

Para el bandido, la figura de Plotoski tenia mucho de espectral.

Y sin embargo, el extranjero era un sér real, un hombre como todos, y de ello tenia más de una prueba Medio-beso.

¿Pero se conocian suficientemente el uno al otro?

No.

El bandido no podia decir quién era aquel hombre á quien respetaba y obedecia hasta el punto que ya hemos visto.

Habia recibido de él beneficios que no podia olvidar.

En qué consistian estos, lo sabremos más adelante: ahora no diremos más sino que Medio-beso estaba do-

minado por Plotoski, sujeto á él por lazos que no se atrevería á romper jamás.

Habia otra razon: la superioridad en todos sentidos de Plotoski.

Las fuerzas de éste habian hecho creer al bandido que habia hombres con músculos de acero.

Para creerlo así, tenia pruebas incontestables.

En cuanto á la superioridad de la inteligencia, nada tenemos que decir.

En otro siglo, Medio-beso hubiera creido que Plotoski era un hechicero, un nigromántico ó cosa por el estilo.

Más de una vez se habia preguntado el bandido:

—¿Pero quién es este hombre que todo lo vé, que todo lo oye, que todo lo sabe? ¿Quién es este hombre que hasta mis pensamientos adivina? ¿Quién es este hombre que al mismo tiempo se hace respetár y querer?... No puedo averiguarlo, porque me lo ha prohibido, y lo obedeceré, porque no soy malo hasta el punto de ser ingrato.

Tal era la respectiva situacion de estos personajes.

CAPITULO XLVIII.

Sombras.

Cuando Plotoski llegó á su casa daban las doce.

La portera iba á cerrar, y al ver al extranjero, hizo un gesto de disgusto y dijo:

—La fortuna no es para el que la busca. He esperado, porque don Cándido no ha venido, lo cual me extraña, y lo que he hecho por él, ha servido para usted. Así son las cosas de este mundo.

Plotoski se concretó á dar las buenas noches, empezó á subir la escalera mientras la portera continuaba haciendo comentarios sobre la tardanza del vecino honradote del número tres, que nunca dejaba de recogerse á las nueve ó las diez de la noche.

No haber vuelto á las doce don Cándido, era un acontecimiento inexplicable para la portera.

—¿Le habrá sucedido alguna desgracia?—decia mientras cerraba la puerta y apagaba las luces.—Lo sentiré, porque no hay en la casa un vecino como él.

Media hora despues no se percibia el más leve ruido en ninguno de los cuartos.

Plotoski habia entrado en el suyo y encendido luz, cuyos rayos escapábanse á través de las rendijas de una de las ventanas.

La luz no estuvo encendida mas que algunos minutos.

Para que se comprenda lo que vamos á referir, tenemos que hacer algunas observaciones sobre la disposicion y situacion de la casa.

Las ventanas de los sotabancos tres y cuatro estaban abiertas en distintas paredes, que formaban uno de los ángulos de un patio.

Frente á las ventanas del cuarto número tres habia otras que correspondian á la misma casa, y á la derecha un descubierto desde donde podia, por encima de la tapia, verse el jardin de uno de los edificios de la calle de Atocha.

Las ventanas del número cuatro hacian frente á la tapia.

Ésta se levantaba hasta el nivel del cuarto tercero, y el jardin, por el desnivel del terreno entre las calles de Atocha y la Magdalena, elevábase próximamente á la altura del cuarto principal de la casa donde vivia Plotoski.

De la casa de la calle de Atocha partian dos cuerpos de edificio que cerraban lateralmente el jardin.

Uno de estos cuerpos, el de la derecha, era por consiguiente paralelo á las paredes del cuarto número tres, encontrándose casi enfrente, mientras que el cuerpo principal del edificio miraba á las ventanas del número cuatro.

Una de éstas se abrió despues de haberse apagado la luz.

No brillaba la luna; pero el horizonte, azulado y puro, veíase cubierto de estrellas.

El débil y blanquecino resplandor de éstas permitia, aunque confusamente, distinguir los objetos.

En el marco de la ventana se dibujó la extraña figura de Plotoski como un busto de sombra, cuyos contornos se perdian esfuminándose en las tinieblas de la noche.

En aquella casi oscuridad, distinguíase la montaña de crespos cabellos del misterioso personaje, formando conjunto con su enmarañada barba.

En medio brillaban sus pupilas como dos luciérnagas ó como los ojos de un tigre vistos á través del espeso ramaje donde estuviese oculto en acecho de su presa.

No hubiera podido decirse si aquello era una figura humana.

Bien pronto el acompasado ruido de su respiracion interrumpió el profundo y casi sepulcral silencio que por todas partes reinaba.

A pesar de que aún no era la una de la madrugada, Madrid dormia, ó más bien los habitantes de Madrid en su mayor parte se encontraban en sus casas, porque no se hablaba aquellos dias más que de próximos trastornos y la gente pacífica estaba poseida de terror.

¿Qué iba á suceder?

Algo muy grave, como lo probaba el que cada noche las autoridades adoptaban precauciones, ya llenando las calles de Madrid de patrullas de guardia civil armada como si fuese á entrar en combate, ya disponiendo que la guarnicion estuviese sobre las armas, como si de un momento á otro debiese atacar al enemigo.

Y el enemigo, aunque de buena gana hubiese atacado, no tenia medios de hacerlo.

La sombra de la ventana del número cuatro permaneció inmóvil.

Los relumbrantes ojos tenian fija una mirada ardiente en la casa de la calle de Atocha.

Hubiérase dicho que aquella mirada se empeñaba en filtrarse por el muro y escudriñar el interior del edificio.

Era una mirada devoradora.

Para comprenderlo así bastaba ver su intensidad.

Hé aquí lo que aquella mirada vió.

Primeramente un balcon cerrado no más que con la puerta de cristales.

A través de los cristales se descubria una parte de aposento iluminado.

Desde la ventana de Plotoski hubiera podido copiarse hasta el dibujo de la rica alfombra que cubria el pavimento de aquella habitacion.

Veíanse algunos de sus lujosos muebles.

La vivísima luz se oscureció repentinamente.

Entre la luz y el balcon se habia interpuesto una sombra.

Era el cuerpo de una persona que acababa de penetrar allí, era una mujer de maravillosa belleza, pálida y melancólica.

Estaba vestida de negro, y esta circunstancia favorecia al observador para distinguirla más fácilmente.

Sentóse, ó más bien se dejó caer en un diván.

Su cabeza se inclinó lánguidamente sobre su pecho.

Mirada á través de los cristales y desde alguna distancia, aquello no era una mujer, era una sombra no más, un fantasma.

Los ojos de la otra sombra, es decir, las luces que se destacaban del fondo negro de la ventana del sotabanco, brillaron con más intensidad, no puede decirse cómo brillaron.

La respiracion, que antes era leve y acompasada, se hizo violenta y desigual.

Empero nada más se oyó, nada más se vió por entonces.

La mujer pareció quedar petrificada.

Media hora trascurrió.

La luna dejó ver su redonda faz.

Sus resplandores de nácar esclarecieron una parte del jardin y la pared donde estaban las ventanas del cuarto número tres.

La luz volvió á oscurecerse.

Otra sombra apareció en el lujoso aposento.

Era un hombre, un jóven esbelto y hermoso, de hermosura con que solo podia rivalizar la belleza de la mujer.

Un ruido extraño, sordo, inexplicable, que lo mismo podia ser un suspiro ahogado que un rugido, resonó en la ventana donde estaba Plotoski.

¿Se impacientaba el tigre?

¿Se regocijaba al contemplar su presa?

No lo sabemos.

El jóven se acercó á la mujer y la besó en la frente con el mismo cariño que un hijo besa á una madre, con el mismo respeto que puede besarse á un ángel.

Ella habia levantado la cabeza.

Ya no era la mujer melancólica, ya no era la personificacion del sufrimiento constante y callado, ya no revelaba en su semblante la lenta agonía del dolor no interrumpido; era la mujer que sonrie con la sonrisa de la felicidad, la mujer que es dichosa con una dicha tranquila, con una dicha inefable.

Sus lábios sellaron á su vez el rostro del mancebo, lo sellaron con una ternura infinita, con la incomparable ternura de una madre.

Pocos minutos despues desapareció el jóven.

La mujer volvió á inclinar tristemente la cabeza, se puso en pié y cruzó el aposento con ese paso leve, igual y silencioso de los fantasmas.

Tambien desapareció.

Luego quedó la habitacion á oscuras.

La respiracion de Plotoski fué otra vez tranquila y pausada.

Sus ojos no relumbraron con tanta intensidad.

A los pocos momentos se separó de la ventana y la cerró.

Si la portera hubiese estado en observacion desde donde hubiese podido ver las paredes del patio, habria llegado á creer que aún habia séres sobrenaturales como los duendes y las brujas.

¿Y por qué?

Porque se abrió una de las ventanas de la habitacion de don Cándido, y como allí daba el resplandor de la luna, pudo verse la figura del hombre honradote.

¿Cómo sucedia esto cuando no habia vuelto á su casa?

Tal vez habia entrado valiéndose de su llave, mientras Plotoski observaba.

Pero no se habia sentido ruido alguno de pasos en la escalera, ni la puerta de la habitacion de don Cándido habia crujido.

Sin duda como era tan prudente, habia procurado no hacer ruido por si sus vecinos dormian.

De cualquier modo que fuese, ello es que se encontraba allí, y que tuvo el raro capricho de asomarse á la

ventana sin sombrero ni abrigo alguno en la cabeza, á pesar de que á aquellas horas era bastante intenso el frio.

El resplandor de la luna daba de lleno en su rostro y podian verse hasta sus más leves gestos.

Su mirada se fijó en el cuerpo del edificio que por la derecha cerraba el jardin.

En aquella pared habia cuatro balcones.

A través de los cristales de uno de ellos se escaparon los rayos de la luz de una bujía, que en la habitacion ardia y habia sido colocada sobre un precioso mueble de laca que tenia muchos cajoncitos.

Junto al mueble se sentó la mujer espiada por Plotoski.

Desde aquel momento cambió la expresion del rostro de don Cándido.

La portera no lo hubiera reconocido.

No era aquel semblante siempre dilatado por una sonrisa de dulzura sin igual, una sonrisa inocente y que revelaba al hombre pacífico y bondadoso, al hombre feliz con esa tranquilidad imperturbable de las conciencias puras, de las almas donde duermen con el más profundo sueño todas las pasiones.

No, no era esta la expresion de aquel rostro cuando se asomó á la ventana.

Estaba contraido y cubierto de nerviosa palidez.

Dos profundas arrugas se marcaban entre sus negras cejas.

Sus ojos, negros tambien, brillaban con un fuego extraño.

No eran aquellos los ojos del hombre tranquilo, del hombre pacífico, de la criatura sin pasiones.

Lo que expresaba en aquellos momentos el semblante de don Cándido, no puede explicarse.

En fuerza de expresarlo todo, no era posible adivinar lo que pasaba en aquella alma; pero sí se comprendia que estaba agitada por una borrasca espantosa.

Su mirada, devoradora como la de Plotoski, se fijó con ansiedad indescriptible en la mujer melancólica.

Ésta abrió uno de los cajones del mueble.

Sacó un objeto que no podia distinguirse lo que era.

Lo contempló.

Luego lo acercó á sus lábios y quedó inmóvil.

La respiracion de don Cándido se hizo tan violenta, que resonó en el interior de su pecho como un rugido sordo y prolongado.

Su rostro se contrajo más.

Sus manos crispadas oprimieron su pecho con fuerza convulsiva.

La mujer separó de su boca el objeto y llevó un pañuelo á sus ojos como si enjugase una lágrima.

Del cajoncito sacó un papel, fijando en él la mirada y volviendo á quedar inmóvil.

Debia leer con la más profunda atencion.

Trascurrieron más de diez minutos sin que ninguna de las dos sombras se moviese.



Debia leer con la más profunda atencion.



Por fin la mujer melancólica guardó el papel y el otro objeto que habia sacado y pareció que se apresuraba á cerrar el cajoncito y ocultar la llave.

En seguida se levantó, tomó la bujía y desapareció como desaparece un espectro.

Empezó á dulcificarse la expresion del rostro de don Cándido.

Poco despues no expresaba mas que el dolor, y luego, á favor de la claridad de la luna, pudo verse que aquellos ojos que habian brillado como dos carbunclos, se empañaban.

Por las pálidas mejillas de don Cándido rodaron dos lágrimas abrasadoras.

Exhaló un suspiro.

Separóse de la ventana y ésta se cerró en seguida y silenciosamente.

No volvió á percibirse ningun ruido ni á verse más que la soledad y las gigantescas sombras proyectadas en el jardin por los edificios y los árboles.

Ninguna otra luz brilló en el interior de la casa de la calle de Atocha.

Todos sus habitantes dormian, ó por lo ménos estaban callados.

Al cabo de media hora sonaron pasos en la vivienda del hombre bonachon.

Pero este ruido se extinguió bien pronto.

¿Quién era don Cándido? se preguntará otra vez el lector.

No sabemos sino lo que sabia la portera, lo que todo el mundo sabia.

No nos sorprende que Plotoski espiara á los habitantes de la casa de la calle de Atocha, porque ya sabemos que era un hombre aficionado á averiguarlo todo, segun hemos podido ver por su conversacion con Medio-beso; pero lo que no acertamos á explicar es que don Candido hiciese lo mismo.

Desde que vivia en aquella casa se habia concretado á saludar cortesmente á los vecinos cuando los encontraba en el pasillo, la escalera ó el portal.

A todos, sin distincion alguna, les sonreia y les dirigia igualmente la palabra mientras se quitaba el sombrero; pero nunca se detuvo, ni mucho ménos su mirada se fijó en ninguno con esa expresion de curiosidad impertinente que no puede equivocarse.

La portera le habia dicho quiénes eran los inquilinos de toda la casa; pero él se habia concretado á escuchar, sin hacer ninguna pregunta ni observacion que indicase que tenia deseos de conocer vidas agenas.

¿Qué clase de hombre se ocultaba bajo aquel exterior sencillo?

¿Era un enemigo de Clotilde?

De los que espian debe siempre desconfiarse.

Y si era un enemigo, ¿qué significaban aquellas dos lágrimas que habian brotado de sus ojos?

Y si era un amigo, un protector oculto, ¿qué valor tenia su profunda y ardiente mirada, qué clase de senti-

mientos revelaban las violentas contracciones de su rostro y su no ménos violenta agitacion?

El enigma no podia ser más oscuro.

Otra circunstancia tenemos digna de llamar la atencion.

No habia abierto su ventana hasta despues de algunos minutos de haber cerrado la suya Plotoski.

¿Era esto casual?

¿Era que se guardaban el uno del otro?

¿Eran contrarios sus misteriosos fines?

¿Se conocian y procuraban engañarse?

Todo podia ser; pero lo que realmente era, lo ignoramos.

No puede asegurarse mas que una cosa: don Cándido y Plotoski eran dos personajes de mucha importancia y están llamados á representar un gran papel en la historia que vamos refiriendo.

Si eran buenos ó malos, con el tiempo hemos de verlo: ahora tenemos que concretarnos á ser meros observadores, porque toda deduccion de lo que hemos visto, podria conducirnos al error.

A la mañana siguiente salió don Cándido de su vivienda.

Al atravesar el portal le dijo la portera:

—Anoche estuve con mucho cuidado por usted.

—Ya lo supongo, porque vine bastante tarde.

—Tuve abierto hasta despues de las doce...

—Gracias.

—Creí que le habia sucedido á usted algo...

—Nada de particular: me detuvieron en una junta de acreedores á una casa que se ha declarado en quiebra, y tuve que alterar mi costumbre.

—Ese demonio de franchute se aprovechó, porque no vino hasta las doce y encontró abierto y las luces encendidas. Si yo hubiera sabido lo que iba á suceder, cierro y apago á las once en punto, que es mi obligacion.

Don Cándido murmuró algunas palabras, saludó á la portera, quitándose el sombrero, y salió de la casa.

Aquel dia fué uno de los que Plotoski permaneció en su aposento sin salir ni dar señales de vida.

¿Pero qué comerá, qué beberá, qué hará?—se preguntó cien veces la portera.

CAPITULO XLIX.

Preparativos.

Ocho dias despues, en una de las habitaciones del edificio ocupado por el ministerio de la Gobernacion, se encontraban dos hombres.

Del uno no diremos más por ahora sino que estaba sentado en un rico sillon, y que su mirada, penetrante y ardiente á pesar de sus cincuenta y tantos años, se fijaba en el otro con dureza, con expresion de autoridad, de superioridad inmensa.

Pronto haremos su retrato con la exactitud que nos sea posible.

El otro, más jóven, pues parecia frisar en los cuarenta y cinco, estaba en pié y en actitud respetuosa.

Era de regular estatura, pocas carnes y huesoso.

En su rostro moreno, de pómulos salientes, puntiaguda barba, delgados lábios y afilada nariz, brillaban sus ojos pequeños, redondos, hundidos bajo sus prominentes cejas y de pupila color verde muy oscuro.

No tenia patillas ni bigote.

Su frente estrecha lo parecia más por el espeso y áspero pelo castaño que en parte la cubria, y que bastante corto, se erizaba en toda su cabeza, haciéndola parecer un cepillo esférico.

Hacia más de media hora que hablaban.

No sabemos lo que habian dicho y habremos de contentarnos con lo que dijeron despues que nos tomamos la libertad de penetrar sin licencia de nadie en aquella habitacion.

—Es preciso,—dijo el primero con acento breve y como quien no está dispuesto á escuchar réplicas.

—Bien,—respondió el otro, aunque haciendo un leve gesto, que revelaba una resignacion forzosa.

—Lo más difícil está hecho.

—Se ha producido la excitacion, si bien declaro que esto no era difícil, porque no he tenido que habérmelas sino con cabezas demasiado jóvenes, que se calientan bien pronto, con cabezas sin juicio, que se extravían, con imaginaciones brillantes, que se fascinan, con ojos que se deslumbran y ciegan.

—Está casi preparada la hoguera.

—¿Y cómo acabará de prepararse?

—Hé aquí, señor, una pregunta que me hago conti-

nuamente, y reconozco mi torpeza por no haber acertado á contestarme.

—Yo la prepararé.

—¿Y luego?

—Una chispa.

—Ya sé que una chispa basta para producir el incendio; tambien sé arrojar esa chispa en medio del combustible...

—¿Entonces?...

—¿Qué adelantaremos?... Esta es otra pregunta de difícil contestacion para mí, ó si he de hablar con exactitud, una pregunta á que no me contesto satisfactoriamente.

—Si la hoguera se enciende...

—Se apagará por sí sola.

—Señor Morato, esta noche le ocurren á usted ideas bien extrañas.

—Señor, para la hoguera, excepto algunas astillas de pino que arderán pronto y bien, no tenemos mas que leña verde.

—Se secará con el calor de las primeras llamas.

—Humeará mucho sin arder cuando deseamos y quedará seca para otra ocasion.

El personaje que estaba sentado hizo un movimiento de impaciencia.

El llamado Morato se encogió de hombros.

—Hé aquí el plan,—dijo el primero despues de algunos instantes:—se jubilará al rector.

—Eso ya se teme.

—Sí, se teme, porque la voz ha cundido, lo cual nos favorece.

—¿Y una vez jubilado?...

—No será menester más combustible.

—¿Lo demás?...

—No he de hacerlo yo.

—Permítame usted algunos momentos,—dijo el señor Morato.

Y cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Despues de medio minuto abrió otra vez los ojos.

—Me parece buen medio,—murmuró.

—¿Cuál?

—Una serenata.

—¡Una serenata!...

—Si no se les ocurre semejante cosa, fácilmente se les hará pensar en ella, y una vez que lo piensen, lo harán, y una vez que lo hagan, yo haré lo demás. Jóvenes y entusiastas, no sabrán dominarse.

—Sí, principiarán... ¿Por dónde?

—Para hablar con más exactitud diré, que principiaremos por aplaudir, seguiremos por victorear y silbaremos despues. Tras la silba son consiguiente ciertos gritos, tras los gritos alguna pedrada, y... Desde el momento que no se contenten con mover la lengua y muevan tambien las manos, todo quedará hecho.

El que estaba sentado reflexionó á su vez.

Luego dijo:

—¿Me responde usted del éxito?

—Respondo de que se producirá la chispa como se produce el rayo, y de que caerá en el combustible. En cuanto á lo demás, de nada respondo, puesto que nuestras opiniones son completamente distintas.

—No importa.

—Haré cuanto es imaginable para probar que me equivoco.

—Tenga usted fé, y sobre todo, piense y convénzase de que es preciso, y lo que es absolutamente preciso, rara vez deja de ser bueno y justo, ó por lo ménos justificable. La revolucion está encima, es inevitable.

—Lo veo.

—Si la dejamos venir cuando quiera, se levantará poderosa y todo lo arrollará. ¿No es más conveniente para todos provocarla ahora que es débil, que no está organizada, que no tiene recursos, que no cuenta siquiera con fuerza moral?

—Es verdad.

—Nuestro deber es combatir esa revolucion que nada respetará; si ahora podemos vencer, ¿por qué esperar á otro dia? Estamos en nuestro derecho de provocar la lucha cuando nos convenga: nuestros enemigos elegirán tambien el dia que les parezca mejor. El pueblo sufre con las conmociones; pero por mucho que sufra con una rebelion sofocada, sufre más que con una revolucion triunfante. En el primer caso, la calma se restablece

pronto, porque el gobierno sabe adónde vá á parar; pero en el segundo, la convulsion se prolonga, porque los mismos revolucionarios, que saben de dónde parten, ignoran cuándo y dónde han de detenerse. Haremos un gran beneficio, no puede dudarse. ¿Qué hará el pueblo? Derribar un tirano para sacar otro de entre la sangre de la revolucion. Si el pueblo es ciego, nuestro deber es guiarlo.

—Sobre todo, nos atacan, nos defendemos; conspiran, conspiramos. Esto es justo.

—Y conveniente.

—La policía observa, busca, combina planes, se ocultà, se disfraza, disimula, engaña... ¿No hacen esto mismo los conspiradores?... Nos defendemos con las mismas armas, no podemos hacer más que colocarnos en el terreno donde ellos se colocan.

—Perfectamente.

El señor Morato cogió su sombrero.

—¿Necesita usted más observaciones, más instrucciones, más luz?

—Nada.

—Pues hasta mañana.

—Todo estará preparado cuando llegue el momento.

No hablaron más.

Excusado es decir que el séñor Morato era el jefe de la policía secreta.

¿Necesitamos dar explicaciones sobre la importancia y objeto de la conversacion que acabamos de referir?

No; pero si algunas dudas ocurren al lector, se desvanecerán cuando hagamos la pintura de los resultados.

Los habitantes de Madrid dormian tranquilamente, porque eran las dos de la madrugada. No podian sospechar que en aquellos momentos se encendia un volcan bajo sus piés.

¿Habian dicho aquellos dos hombres lo que sentian?

Probablemente no.

Con la facilidad que hemos visto se trataba un asunto tan grave.

Con más facilidad se pondria el plan en ejecucion.

La cosa no podia ser más sencilla: lo que trataba de hacerse puede hacerlo un gobierno siempre que se le antoje y con poquísimo trabajo.

CAPITULO L.

Cuatro palabras.

El ministerio, impopular, habia buscado apoyo en la reaccion, y ésta se lo habia dado; pero como se dá todo en este mundo, con ciertas condiciones.

El que se ahoga, no mira dónde se agarra cuando encuentra un punto de apoyo, y esto precisamente le sucedió al gobierno: para conservar el poder, todo lo aceptó, á todo se avino.

La teocracia creyó el momento oportuno, vió el triunfo de sus intereses y empezó á trabajar, haciendo tales exigencias, que bien pronto llegó á ser el único poder del Estado.

El partido que se llama católico, por más que sus doctrinas políticas sean contrarias al catolicismo, ese partido

tan católico como la Inquisicion, que era una impiedad, no se contenta con lo que reluce, no se satisface con apariencias, desprecia la epidermis y va á buscar las entrañas.

Preciso es reconocerle este mérito.

Si el pueblo hiciera lo mismo, las tiranías serian imposibles, la libertad estaría para siempre asegurada.

No se contentó la teocracia con infiltrarse en palacio: esto era poco, muy poco; el trono no representaba en último caso mas que la cabeza, y no le bastaba ser dueño de la cabeza, necesitaba el corazon.

Su mirada se fijó en la enseñanza pública.

De la juventud que llenaba los claustros de las Universidades, debian salir los hombres que algun dia dispusiesen de los destinos del pueblo.

En épocas anteriores estos hombres salian de las celdas de los conventos, y por consiguiente bastaba entonces á la teocracia que las comunidades religiosas fuesen suyas.

El golpe debia darse con la suavidad y habilidad propias de esa clase de gente.

Principió por decirse: «En las Universidades se enseñan malas doctrinas; los catedráticos hacen de su mision un arma política, inculcando en la juventud los principios de disolucion social.»

Y despues se añadió: «Padres, á vuestros hijos se les arrastra al abismo, y ellos en su inexperiencia se dejan arrastrar. Vosotras, pobres madres, que habeis

enseñado á creer á vuestros hijos, que les habeis enseñado á orar, que habeis encendido en sus corazones la cristiana fé, los vereis, al volver á vuestro lado, descreidos, excépticos y perdidos para siempre.»

Este fué el primer paso que se dió para buscar el apoyo de la opinion pública.

El pueblo español es católico y lo será siempre: es católico por más que le veais pedir la libertad religiosa: el que escribe estas líneas es católico tambien y pide esa libertad, porque es el reconocimiento de un derecho incontestable, es un acto de justicia, y la justicia está precisamente en el catolicismo.

¿Qué sucedió?

Que una parte de este pueblo católico, tan católico que llega á ser fanático, se alarmó, y especialmente la mujer, en el extravío de su cándido fanatismo, fijó la mirada en las Universidades, adonde habia enviado á sus hijos católicos y de donde temia verlos salir herejes.

A las madres se les engañaba; el partido llamado religioso mentia.

Los prelados en su mayor parte firmaron protestas, y en nombre de la santa religion católica pidieron remedio al mal.

Si el alto clero hubiese dicho entonces lo que sentia, le habriamos oido gritar:

—Se nos escapa nuestra influencia, nuestros privilegios, nuestras rentas; los tesoros con que nos proporcionamos una vida sin igual dichosa, se nos van de entre

las manos, porque se abre los ojos á la nueva generacion, y cuando se le abran los ojos, verá lo que no ha visto.

No hizo lo mismo el clero parroquial, porque éste nada perdia, no podia perder, porque nada tiene.

No necesitamos decirlo, porque todos lo saben: el clero parroquial, en su mayoría, no tiene apenas para cubrir las primeras necesidades de la vida. Esos sacerdotes virtuosos, que viven y mueren en el rincon de una aldea, que trabajan constantemente y que son el consuelo de los que sufren, están en la miseria y son mirados, si no con desden, con indiferencia al ménos.

No son para éstos las canongías como justo premio á su virtud y sus servicios, como descanso de sus penosas fatigas, no; las prebendas, los tesoros, los respetos y consideraciones son para los hijos mimados de la fortuna que han tenido influencia ó habilidad.

Tras un paso, el otro.

Tras las protestas y peticiones, las amenazas embozadas.

El gobierno cedió, porque romper con los únicos que le prestaban apoyo, hubiera sido renunciar al poder, que tanto les halagaba á los hombres de la situacion, ó que tanto les convenia.

Si resistieron mucho, no lo sabemos; pero sí podemos asegurar que del trono salió una voz que dijo:

—Hacedlo, ó dejad que otros lo hagan.

¡Otros!...

Los que son ministros no por servir á su patria, sino por ambicion, no se avienen á dejar la poltrona ministerial, porque en ésta dejarian el alma.

Antes que dejar á otros la blanda poltrona, hacerlo todo.

En virtud de una simple real órden, se destituyó un catedrático, que habia llegado á la cátedra despues de triunfar en una oposicion; despues se hizo lo mismo con otros y luego con otros muchos.

Por más que esto se hizo en nombre de la moralidad, la opinion pública se alarmó.

Los estudiantes empezaron á manifestar su disgusto y se les llamó perturbadores.

—El órden está amenazado,—dijo entonces el gobierno.

Y los agentes de policía profanaron con su inmunda planta los templos de la ciencia.

¿Iban á restablecer el órden?

Hábiles agentes, confundidos entre la estudiosa juventud, la excitaban.

Así se explican muchos sucesos que por entonces tuvieron lugar.

Faltaba el golpe más terrible y en *La Gaceta* apareció el decreto jubilando al hombre eminente y respetable en todos conceptos, al anciano virtuoso que era entonces rector de la Universidad central.

Esto produjo el mismo efecto que una bomba.

No sabemos lo que la juventud en su inexperiencia,

y dejándose llevar de los arrebatos propios de sus pocos años, hubiera hecho; pero empezó á decirse:

—No podemos ni debemos apelar á la fuerza: protestemos con nuestra conducta.

—¿Qué hemos de hacer?—se preguntaron todos.

Un acto público era la protesta más elocuente.

¿De quién partió esta idea?

Se ignora.

Proyectóse dar una serenata al rector jubilado.

El proyecto fué acogido con entusiasmo.

Abrióse una suscricion y en muy pocas horas se reunió una cantidad respetable.

Hay sobre este punto una circunstancia digna de mencion: decidióse que cada estudiante contribuyera con un duro, y hecha la recaudacion resultaron muchos más miles de duros que miles de estudiantes habia en Madrid, tantos miles más, que el número estaba triplicado.

Y sin embargo, nadie habia contribuido mas que los estudiantes, y cada estudiante no habia dado mas que un duro.

Hé ahí un problema que no resolveria el mismo Newton; hé ahí un mentís á las matemáticas.

Si cada una de siete personas dá uno, se reunen veinte.

Esto parece falso, y sin embargo es verdadero, porque es un hecho.

Nunca como entonces pudo decirse que tres y dos no son cinco.

¿De dónde salió aquel dinero?

¿Cómo los mismos recaudadores se encontraron con él sin saber por dónde habia venido?

Algunos buscaron la explicacion del enigma y miraron á su alrededor.

No vieron más que á sus compañeros á un lado, y al otro la guardia civil, que se habia posesionado del edificio, dispuesto á enseñar á bayonetazos lo que era derecho civil.

Este era un sistema nuevo de enseñanza.

Verdad es que entre la multitud se veian algunos rostros que nunca se habian visto en las aulas; pero ¿quién fijaba la atencion en esto?

¿Tenemos que decir que aquellos rostros desconocidos eran agentes de la policía secreta?

El plan del señor Morato se realizaba con toda exactitud.

¿Daria el resultado apetecido?

Pronto lo veremos.

La calle de San Bernardo estuvo aquel dia llena de gente.

A pesar de esto, un crecido número de guardias civiles se habian estacionado allí, convirtiendo en cuartel el edificio que ocupa la Universidad.

Por todos lados se veian fusiles y bayonetas.

¿Para qué?

¿Contra quién habian de emplearse aquellas armas?

Los estudiantes estaban desarmados, y hay que ad-

vertir que las dos terceras partes de ellos eran niños de diez á quince años, que gritaban y reian por gritar y reirse, que se movian por moverse, que se agitaban sin dar á su agitacion más importancia que á sús infantiles juegos.

Si aquellos sucesos no hubiesen terminado sangrientamente, si no hubiesen producido los tristes resultados que produce toda conmocion, diríamos que no habia nada más cómico.

No, aquello no fué un drama, fué un verdadero sainete, era la caricatura que provocaba la risa.

¿Podia mirarse sériamente lo que por todos lados era ridículo?

¿Quién habia de creer que contra unos cuantos centenares de niños bulliciosos desplegase el gobierno todas sus fuerzas; quién habia de creer que por temor á una turba infantil que se alegraba, se recurriese á la parte más florida de nuestro ejército?

La verdad es que á nuestros veteranos se les hizo representar el más triste papel; la verdad es que el gobierno hizo caer sobre aquellos leales soldados que cumplian su deber y obedecian, y que estaban cubiertos de honrosas cicatrices, hizo caer sobre ellos, repetimos, un odio que debia tener las más fatales consecuencias.

Lo mismo que el pueblo, fué el soldado entonces víctima del extravío de los tiranos.

¿Qué pensarian los valientes veteranos al verse frente á una multitud de niños y de curiosos?

¿Qué pensarian al recibir la órden de cargar á la bayoneta sobre un centenar de criaturas, que en su mitad tenian que acudir aún á sus madres para que les pusiesen los zapatos?

Algunos de aquellos rapaces se habian armado; pero ¿con qué?

Admírate, lector: las armas eran pequeños silbatos, que hacian sonar á más no poder, y así se divertian, porque el ruido es la alegría de la infancia.

¿No es verdad que debe costarnos trabajo hablar sériamente de aquellos sucesos?

No nos colocamos en el terreno de la broma, porque, repetimos, costaron sangre y produjeron resultados tristísimos.

En medio de todo, no puede negarse, veíase la reprobacion y la indignacion general.

Los mismos partidarios del órden no se recataban para censurar semejantes actòs, y los defensores del gobierno se ocultaban, no por temor, sino por vergüenza.

¿No debian ruborizarse los que hasta tal punto se habian extraviado?

Preciso era mirar con lástima á los que así se conducian.

Como quiera que fuese, Madrid estaba en conmocion.

Díjose que aunque aquello en apariencia nada significaba, tenia importancia grandísima.

Segun el gobierno aseguraba, la escision estudian-

tina no era otra cosa que el humo de una gran hoguera, que debia devorarlo todo.

Y así justificaba sus actos, así se defendia del ridículo de aquellos alardes de fuerza, de aquellos golpes de inexplicable rigor.

¿Era verdad?

Por si lo era, túvose miedo, y desde aquel dia empezó á suceder lo que era consiguiente: todos pensaron en poner á cubierto sus intereses.

Poner á cubierto los intereses, significa no arriesgarse á emprender ningun negocio, guardar el dinero y prepararse á huir para poner á salvo dinero y persona.

Este modo de poner á cubierto los intereses, hace que los intereses de todos se resientan, porque la industria se paraliza, se arruina el comercio, la gran masa trabajadora se queda sin trabajo, y los que no tienen capital empiezan á morirse de hambre, y los que lo tienen empiezan á mermarlo para poder vivir.

Se dice que no hay nada más asustadizo que el dinero, y esto en España es una gran verdad.

Al primer síntoma de trastorno, el dinero se oculta.

Nadie piensa entonces mas que en guardar lo que tiene, para comer mientras pasa la tormenta, y si los que tienen guardan, los que no tienen han de morirse de hambre.

No hay comerciante ni industrial á quien no le hayamos oido estas frases:

—No sé en qué consiste; pero desde los trastornos de

la noche de San Daniel, se concluyó el trabajo, se concluyó el movimiento y empecé á arruinarme.

Si el órden, el verdadero órden hubiera estado amenazado, diríamos que el gobierno habia cumplido su deber, porque el órden es preciso, absolutamente preciso para la vida social.

Pero el órden no peligraba, porque el pueblo, ya fuese porque no contaba con medios, ya por otra razon cualquiera, no estaba dispuesto á lanzarse á la lucha, no queria lanzarse.

De que esto es verdad hay una prueba incontestable: el pueblo se vió provocado, incitado, acuchillado, y no se movió.

El pueblo, á quien se llamaba al combate y no respondió, no habia de responder á las escitaciones de un puñado de niños.

Bajo cualquier punto de vista que la cuestion se examine, se encuentra lo mismo, es decir, el gobierno se hundia, y para sostenerse necesitaba hacer algo, y este algo era poder decir al trono: «Te derrumbabas y te hemos afirmado. Se habian minado tus cimientos, se habian llenado de pólvora y se habia encendido la mecha: hemos cortado la mecha, quitado la pólvora y cegado la mina, de lo cual se deduce, que siquiera por gratitud debes sostenernos á tu vez.»

Y hé ahí cómo se afirmaba un ministerio, que tenia en contra la opinion pública y que empezaba á tener tambien en contra las camarillas palaciegas, pues éstas, im-

pulsadas á su vez por sus particulares intereses, empezaban á olvidar los sacrificios que se les habian hecho.

De todo esto el pueblo no veia más que una cosa: un ministerio que ayer se hundia y que hoy se afirma.

En todo esto no influia mas que el particular interés de unos cuantos.

¿Qué importaba lo demás á los que hacian de la política una especulacion?

CAPITULO LI.

Un nuevo personaje.

Todo quedó arreglado inmediatamente.

Una comision de estudiantes acudió á la autoridad, pidiendo permiso para dar una serenata al rector jubilado.

La autoridad hizo como que reflexionaba, porque el asunto era grave.

Somos de la misma opinion: la música al aire libre tiene cierta importancia, y un gobierno de órden no puede así como quiera dejar que se haga ruido en las calles.

Para ruido, cañonazos, que por lo ménos tienen la ventaja de limpiar de gente la via pública.

Pero al fin, como prueba de que el gobierno queria

permitir la libertad casi hasta la licencia, las autoridades dieron permiso á los músicos para tocar y al pueblo para oir.

Ya sabemos que los ministros no deseaban otra cosa.

Cuando anocheció, la serenata era el objeto de todas las conversaciones en Madrid.

—¿Vas á la serenata?

—Sí.

—¿A qué hora es?

—A las ocho.

—Me alegro saberlo, para meterme en mi casa á las siete y media.

—Dicen que la serenata es un pretexto de los revolucionarios.

—Creo que se empezará por las flautas y se acabará por los cañones.

—Sí, sí, empezaremos riendo y acabaremos llorando.

Y efectivamente, hubo muchos que se metieron en sus casas, porque creian que la sangre iba á correr.

Era el dia ocho de Abril.

A las siete de la noche, en la segunda pieza ó departamento del café de Levante, de la calle del Arenal, habia dos jóvenes.

A uno de ellos lo conocemos ya: era Alberto.

El otro tenia ménos años, y su ropa indicaba que su fortuna no era la de su amigo.

En lo demás tampoco se parecian.

Alberto, ya lo hemos dicho, era de una belleza ver-

daderamente rara y de continente grave y melancólico, que no estaba en armonía con su edad.

El rostro de su amigo era la expresion más exacta de la alegría profunda y constante que por nada y ante nada se turba: aquel rostro era un cielo siempre despejado, siempre iluminado, el cielo de una region donde fuesen desconocidas las nubes, el cielo del Paraiso, donde suponemos que ni la lluvia molestaba, ni las tormentas habian tenido el atrevimiento de darse á conocer.

¿Quereis el retrato de aquel rostro?

Pues figuraos uno blanco, imberbe, con una boca grande y de lábios gruesos, bajo los cuales habia dos hileras de dientes desiguales y algo separados los unos de los otros; una nariz corta, ancha y remangada; unos ojos redondos, azules, relucientes, expresivos, vivos, inquietos, que se revolvian sin cesar y que todo lo miraban y todo lo escudriñaban, y una frente espaciosa, tersa y coronada de finos y desordenados cabellos castaños, figuraos esto y tendreis el rostro de nuestro jóven.

Y si esto no es bastante, añadiremos que aquellos lábios se entreabrian constantemente para reir y para hablar.

No habia nada, por grave que fuese, que no presentase para el jóven un lado risueño.

Su alegría encontraba siempre un punto vulnerable donde herir.

Segun su opinion, todo, absolutamente todo en el

mundo, tenia su faz alegre y su faz triste, su lado sério y su lado ridículo.

Miraba la cara, hacia inmediatamente la caricatura y esto le divertia.

Lo que es motivo de afanes para todos, era por él mirado desdeñosamente.

Con la misma indiferencia pensaba en el dinero que en las posiciones elevadas.

De lo pasado se acordaba lo ménos posible; de lo presente se reia, y no se ocupaba de lo porvenir.

—La vida es hoy,—decia:—¿quién me responde de ella para mañana? El mundo rueda sin que podamos paralizar ni abreviar su curso... Dejémoslo rodar, que lo que haya de venir, vendrá, y no es menester que nos tomemos la molestia de buscarlo ni desearlo.

Muchos de sus compañeros, cuando se ocupaban de él, decian:

—Es una cabeza vana, es un calavera, es un loco; tiene inteligencia; pero nada más.

¿Se equivocaban?

Era lo más probable.

A pesar de aquella ligereza y de aquella alegría, existia en nuestro jóven un fondo digno de tomarse en consideracion y de ser estudiado.

No carecia de sentimiento, ni de juicio: más aún: sus sentimientos eran delicados y nobles, y su ligereza, su alegría y su indiferencia ó desden, eran un sistema adoptado, despues de haber reflexionado mucho.

Sin embargo, téngase presente que no era el hipócrita que fingia, sino el hombre que vivia segun opinaba que debia vivir.

¿Qué papel representaba en la sociedad?

No tenia padre.

Su madre disfrutaba una corta pension y él estudiaba medicina.

La cabeza vana habia ocupado siempre el primer lugar como estudiante entre sus compañeros.

La cabeza vana habia alcanzado en todos los cursos la nota de sobresaliente.

La cabeza vana no habia tenido para estudiar otros libros que los de sus compañeros y los de las bibliotecas públicas, y triunfando en una y otra oposicion y honrándose con su pobreza, habia seguido hasta entonces su carrera sin gastar un maravedí.

No tenia enemigos.

En todas partes era deseado, porque disipaba la tristeza; de todos era querido, porque á todos les habia dado pruebas de sincera amistad, y porque tenia el don, la rara habilidad de reirse de todo sin herir el amor propio de nadie, sin tocar lo que comprendia que era respetable para los demás.

Su nombre de bautismo era Luciano, y su apellido Marin.

Su padre habia sido empleado y habia muerto cuando el jóven tenia cinco años.

Tal era el personaje que nos proponíamos presentar

y que tiene reservado en esta historia un papel de alguna importancia.

No nos resta decir más sino que habitaba en la calle de la Magdalena, y que su madre era la viuda de quien hablamos cuando hicimos mencion de los vecinos que ocupaban los sotabancos de la casa donde vivia Plotoski.

CAPITULO LII.

Pensamientos de la cabeza vana, y consejos inesperados.

Alberto parecia preocupado.

En cambio su amigo hablaba mucho, reia y se movia sin cesar, interrumpiéndose para decir despues de un instante:

—¿Pero qué diablos te ha sucedido? ¿En qué piensas que estás tan triste y cabizbajo?

—Pienso en lo que sucede,—respondió el hijo de Clotilde.—¿Acaso la situacion no tiene para tí tampoco nada de grave, nada de sério? ¿La mirarás como lo miras todo?

—¡Grave, sério!... ¡Oh!—exclamó Luciano abriendo la boca cuanto pudo.—¡Sonoras palabras!

—Si miras con indiferencia las desdichas de tu patria...

—Lo que sucede es ridículo y nada más. ¿No te han divertido las escenas de hoy? ¿Qué te sucedería si las vieses pintadas por el intencionado lapiz de Ortego? Debes ser imparcial y reconocer que ni el grupo de rapazuelos que pitaban, reian y bullian, ni los guardias, que se retorcian el bigote y se ponian cada vez más sérios, podian ser mirados sin reirse. Yo te confieso que me he divertido como pocas veces en mi vida.

—Tú siempre te diviertes.

—¿Qué he de hacer? Ni mi risa ni mi llanto han de influir en la suerte de la patria, y puesto que nada he de hacer en su favor con mi tristeza, no quiero tomarme el trabajo de llorar.

—Calla, Luciano.

—¿Te indignas al oirme?

—Me desagrada que ni aun en broma digas que tus sentimientos están subordinados á tu voluntad, porque eso equivale...

—Yo concluiré,—interrumpió Marin;—eso equivale á confesar que no siento, ¿es verdad?

Calló Alberto, excusándose así de contestar afirmativamente, que es lo que hubiera hecho.

Por un instante, no más que por un instante, se contrajo el rostro de Marin.

Luego dijo con su habitual expresion de ligereza:

—Voy á probarte que soy lo que se llama en el lenguaje moderno un gran pensador. La sociedad es como el individuo. La criatura nace y se desarrolla segun las

leyes de la naturaleza. En vano los médicos se empeñarian en hacer de un niño un hombre: toda la ciencia no basta para conseguir esto: semejante intento seria una estupidez. ¿A qué debemos concretarnos? A prestar ayuda á la naturaleza, ó más bien, á evitar que la naturaleza encuentre inconvenientes, dando al individuo la aplicacion de que es susceptible, segun el período de la vida en que se encuentra.

—¿Qué deduces de eso?

—El pueblo español está en su infancia, y en vano le pedirás lo que no puede hacer. Yo no he de contribuir con mi tristeza á que el niño se haga hombre, y por consiguiente me concreto á mirar al niño y á divertirme con sus inocentadas. Cuando los pueblos atraviesan un período como el que ahora atraviesa España, no hay nada que pueda tomarse por lo sério, y por eso me rio de los que gobiernan, incurriendo en ridiculeces como las de estos dias: me rio de los hombres que se llaman políticos, que piden reformas con las cuales nos quedaríamos como estamos, porque ninguno de ellos busca las entrañas, ninguno pasa de la epidermis; y por último, me rio del pueblo que todo lo sufre con paciencia, de ese pueblo inocenton y cándido que se quedaria muy satisfecho, que se creeria completamente feliz con solo que las carteras ministeriales pasasen á otras manos. ¿Has olvidado los sucesos de nuestra época, es decir, los del año cincuenta y cuatro? Entonces se levantó el pueblo y todos creimos que habia de hacerse algo de provecho; se levantó como

un gigante y por espacio de tres ó cuatro dias fué menester mirarlo con respeto. El gigante no tenia de tal mas que la estatura, y aun ésta, falsa tal vez; moralmente considerado era un niño, sí, un niño con una careta de titan, que se divertia en sorprender y asustar á los viejos. La reina dijo: «Todos nos hemos equivocado.» Y con esto y con cuatro frases dirigidas al pueblo por un anciano que empezaba á chochear, el pueblo se satisfizo y se entregó sin reserva á sus enemigos. ¿De quién fué la culpa? Si tú, por ser ignorante ó tonto, te dejas engañar, no te quejes. Despues cayeron los inocentes en la cuenta de que se les habia tendido un lazo, de que se habia hecho con ellos lo mismo exactamente que se hace con los niños, y vuelven á pedir lo que entonces tuvieron en sus manos y se dejaron arrebatar. ¿Qué harán si lo consiguen? Lo que hicieron entonces, porque el pueblo español no puede hacer otra cosa mientras sea lo que es. Viva la tiranía, mi querido Alberto, gritemos viva la tiranía, porque está haciéndonos el mayor de los beneficios, porque sin saberlo trabaja en favor de la libertad. Una revolucion ahora seria una revolucion á medias, y una revolucion á medias, es la ruina de un pueblo, porque se hacen los sacrificios y no se recogen los frutos. Esperemos dos, cuatro, veinte años, y cuando la nueva generacion, ilustrada, aleccionada con lo pasado y sin compromisos en lo presente se levante, la revolucion se hará, la verdadera revolucion, y España será lo que debe ser, lo que puede ser.

Alberto miró con sorpresa á su amigo, porque nunca lo habia oido hablar así.

—Desengáñate,—añadió Luciano,—mientras el pueblo español tenga ídolos á cuyos piés postrarse, no se hará nada: mientras el pueblo español no pueda hacer nada sin esos ídolos, será lo que es. El año cincuenta y cuatro se postró ante un ídolo y depositó en él su más ciega confianza. Este ídolo, lo mismo que todos, tenia su historia y sus compromisos, y no podia faltar á estos ni ser inconsecuente con su propia historia. ¿Qué sucedió? Llegó un momento en que desembozadamente habia que decidirse entre la libertad y la tiranía, entre el pueblo y ese fantasma que se llama derecho divino. El corazon del ídolo era del pueblo; pero ¿y su cabeza? No pudiendo separar su cabeza de su corazon, tomó un partido: ni el corazon ni la cabeza, y los dejó á todos, diciendo: «Luchad, y que Dios dé la victoria á quien mejor le parezca; yo seré neutral, y por consiguiente no será mia la responsabilidad de lo que suceda.» No creas que acuso á Espartero, porque yo hubiera hecho lo que él hizo, porque yo en su lugar no hubiera ametrallado al pueblo; pero tampoco hubiera derribado el trono, que era obra mia. No, no lo acuso; pero es preciso reconocer que Espartero, el ídolo de entonces, fué una fatalidad, y si el pueblo no hubiese tenido un ídolo á quien someterse, á quien adorar, sino un hombre que lo representara, la tiranía no hubiese triunfado. Mañana vendrá uno cualquiera de esos ídolos, dará el grito de libertad, llamará

al pueblo y hundirá la tiranía; pero luego querrá él ser un tirano; y cuando se le pidan cuentas de su conducta, responderá: «Sin mí estaríais peor de lo que estais: algo, pues, teneis que agradecerme... Pagad como buenós la deuda de gratitud.»

—¿Y qué ha de hacer el pueblo?—preguntó Alberto al fin.

—Cuando uno de esos semidioses le ofrezca la libertad, debe responderle: «No la quiero sino cuando yo la conquiste, porque de tus manos no podré obtenerla sino condicionalmente, y mis derechos de absoluta soberanía no admiten condiciones.»

Alberto inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—Por eso,—añadió Luciano,—te he dicho que la tiranía nos hace un inmenso bien. Una misma generacion no puede hacer dos revoluciones, porque con una se agotan completamente sus fuerzas. La generacion presente y que empieza á desaparecer hizo una revolucion, y es preciso esperar á que la nueva generacion pueda hacer otra. Entonces tuvo el pueblo un Mendizabal; ahora no tiene ninguno y necesita otro. Sin un Mendizabal no hay revolucion posible. Los pueblos, los partidos, no son más que el conjunto de muchos hombres, y por consiguiente, partidos y pueblos han de ser lo que son los individuos de que se componen. ¿Hubiera podido Mendizabal hacer una segunda revolucion? No, ni tampoco el grupo de hombres como él, ya cansados, ya agotados y ligados por los compromisos de su historia.

—¿Es decir que todo lo esperas?...

—De nosotros, cuando seamos verdaderos hombres, solamente de nosotros. La generacion que se vá, no puede hacer más de lo que ha hecho; los ídolos á quienes el pueblo vuelve los ojos, no pueden ir mas allá de donde han ido, porque sus antecedentes no les permiten dar un solo paso, porque su misma conciencia es una valla que no pueden traspasar.

Luciano no se cuidaba de bajar la voz, y por consiguiente pudo ser oido por los que estaban junto á las mesas inmediatas.

—Caballero,—dijo un hombre de cuarenta años, rostro enjuto y aspecto que no era fácil calificar al primer golpe de vista,—perdone usted si me tomo la libertad de dirigirle la palabra sin tener el gusto de conocerlo.

—Es usted muy dueño,—respondió Marin, fijando en el otro su escudriñadora mirada y contemplándolo con un si es no es que pudiéramos llamar de desvergüenza.

—Sus palabras de usted han llegado á mis oidos sin que yo me cuidase de escucharlas.

—Pues me alegro mucho. ¿Y le parece á usted bien lo que he dicho?

—Me parece que sus ideas de usted están en armonía con su juventud. Si tuviese usted más años y más experiencia, no pensaría usted lo mismo. Lo que dice usted no puede ser más bello ni más verdad en teoría; pero en la práctica es un imposible. El pueblo pide libertad, y hace bien; el pueblo tomará la libertad de quien

quiera que se la dé, y así obrará muy acertadamente. No conseguirá todo lo que quiere, todo lo que necesita; pero con alguna libertad tendrá el camino abierto para alcanzarlo todo. Con la tiranía será el pueblo cada vez más ignorante, y cuando ya no existan esos ídolos á quienes usted considera una fatalidad de las revoluciones, el pueblo no tendrá un solo hombre que lo dirija.

—El pueblo no será cada vez más ignorante, sino que aprenderá más, á despecho de todos los tiranos.

—La ocasion se presenta propicia: no se necesita más que una chispa para producir el incendio, y esa chispa puede encenderse quizá esta misma noche si ustedes no vacilan, si ustedes, permítame que lo diga con claridad, tienen el valor de cumplir su deber. La voz de la juventud encontraría inmediatamente eco en las masas populares: den ustedes esa voz, y antes de que el gobierno pueda defenderse, estará vencido.

—¿Qué te parece, Alberto?—preguntó Luciano.

Antes de que el hijo de Clotilde pudiera contestar, acercóse á ellos otro personaje.

Era Plotoski, que con las manos en los bolsillos de su gaban y el rostro casi enteramente oculto entre la enmarañada barba y el tapabocas, fijó en Alberto una mirada intensa, é inclinándose, dijo á los dos jóvenes:

—No han querido ustedes desistir de la idea de la serenata, y han hecho mal; pero ya que está hecho, muéstrense ustedes indiferentes á todo. Si hay quien

grite en favor de la libertad, griten ustedes con más fuerza, victoreando al gobierno, y si alguien intentara perturbar el órden, vuélvanle ustedes la espalda ó sean los primeros que le hagan entrar en razon. Si este consejo no lo siguen ustedes, habrán prestado á la tiranía un gran servicio.

Alberto miró con sorpresa á aquel hombre y sospechó si era algun pobre loco.

Luciano, que habia encontrado alguna vez á Plotoski al entrar ó salir de su casa y que habia oido las murmuraciones de la portera, lo reconoció y le dijo:

—Vecino, llega usted á tiempo... ¿Quiere usted tomar café con nosotros?... Siéntese y hablaremos, quizá no en balde, porque veo que es usted un hombre que lo entiende.

—Gracias,—repuso el extranjero.

Y luego, en el más correcto latin, añadió:

—Ese hombre es un agente de policía secreta.

Estas palabras las entendieron perfectamente Alberto y Luciano; pero no así el otro personaje, cuya sabiduría no llegaba hasta el punto de conocer el latin.

Los dos jóvenes quedaron como aturdidos.

Plotoski saludó con una inclinacion de cabeza y se alejó.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó despues de algunos segundos Alberto de Luján.

—Un vecino mio,—respondió sencillamente Luciano.

Y sonriendo como antes, dijo:

—Es un industrial extranjero que está medio loco y que con sus extravagancias hace reir á la vecindad.

No quedó satisfecho con esta respuesta el hijo de Clotilde.

—Vámonos ya,—dijo Luciano, poniéndose en pié.

Y dirigiéndose al desconocido, añadió:

—Caballero, otro dia continuaremos la conversacion, si la casualidad nos reune por aquí. Ahora vamos á deleitarnos con las sublimes creaciones de Verdi y de Rossini, y si los músicos no tienen miedo, les haremos tocar el himno de Riego y el Trágala.

Salieron los dos jóvenes.

Cuando estuvieron en la calle, Alberto detuvo á su amigo, diciéndole:

—Ahora podemos hablar sin temor.

—¿Vas á preguntarme otra vez quién es ese hombre?

—Sí.

—Pues no puedo satisfacer tu curiosidad.

—¿No es, pues, tu vecino?

—Es mi vecino y habita en el número cuatro; pero con nadie habla ni nadie sabe de él otra cosa que lo que él mismo dijo al alquilar el cuarto: que es francés descendiente de una familia polaca, que se llama Plotoski y que es industrial.

—¿Qué clase de industria es la que ejerce?

—Lo ignoro.

—No sé lo que le encuentro á ese hombre . . .

—Te pareces á mi portera.

—¿Por qué?

—Porque dice que el extranjero es un hombre misterioso.

—En algo se fundará.

—En que algunas veces no sale en todo el dia de su casa, y la portera no puede adivinar qué es lo que come el francés, ni qué es lo que bebe, puesto que no tiene aguador ni él lleva agua. Su conducta es extraña, y ahora empiezo á creer que no es lo que parece.

—No te equivocas,—repuso Alberto, que parecia muy preocupado.

—Habla latin con una correccion admirable; nunca me ha dirigido la palabra, pues para saludarme se ha contentado con hacer un movimiento de cabeza, y ahora, á pesar de su carácter, á pesar de que parece huir de toda comunicacion y sin que nadie le pregunte, nos dá un consejo, y con el acento de la más completa seguridad nos dice que el otro es un agente de la policía secreta.

—¿Y qué opinas de su consejo?

—Que es acertado.

—¿Y en cuanto al otro?

—Me desagrada no sé por qué, y creo firmemente que es de la policía.

Alberto quedó pensativo.

—¿Vamos?—dijo Marin.

—Voy á pedirte un favor.

—Pide cuantos quieras.

—Deseo tener más noticias de ese extranjero.

—Si puedo adquirirlas, te las daré; pero no es fácil.

—Su presencia ha producido en mí un efecto inexplicable.

—¿Qué has sentido?

—No lo sé:

—¿Te desagrada Plotoski?

—No.

—¿Te agrada?

—Tampoco.

—Entonces, si te es indiferente...

—Tampoco.

—A todo dices que no.

—Repito que es inexplicable lo que he sentido: unas veces me parece que ese hombre me infundia terror, y otras. . .

—¿Acabarás?

—No acabaré, porque no acierto á expresarme.

—Pues bien, yo sí sé explicar el efecto que en mí produjo la presencia del extranjero. La primera vez que lo encontré, lo miré y dije: «Ese hombre me gusta.» Y ya ves que su figura no puede ser más rara, y con esas barbas, con ese pelo, con esa ropa, no tiene nada de bonito.

El hijo de Clotilde, con la cabeza inclinada sobre el pecho, escuchaba y callaba, y así hubiera permanecido no sabemos cuánto tiempo, si su amigo no lo sacase de

su distraccion recordándole que era la hora de la serenata, y diciéndole:

—¿No piensas moverte en toda la noche?

—Sí; pero...

—¿Quieres andar?

—Sí.

—Pues vamos.

CAPITULO LIII.

La serenata.

La calle de Santa Clara se veia llena de gente, hasta el punto de que no era posible transitar sino abriéndose paso á la fuerza, sosteniendo una verdadera lucha de codazos y empujones.

De en medio de la apiñada multitud salia una claridad que parecia producida por una hoguera y que iluminaba los edificios, enrojeciendo las paredes. Eran las luces de las antorchas que tenian encendidas los músicos.

Todos hablaban y todos se movian en cuanto les era posible, produciéndose un zumbido sordo y continuado.

Aquello parecia una colmena de abejas descomunales.

El mayor número de concurrentes se componia de estudiantes; pero entre aquellos rostros alegres y juveni-

les, descubríanse otros de expresion siniestra y nada tranquilizadora.

Por la parte del teatro Real y por la opuesta, veíanse algunos guardias civiles armados de sable y rewolver, que con los brazos cruzados se paseaban, miraban y escuchaban.

Esto no debia sorprender á nadie.

Se hablaba de trastornos, se aseguraba que los estudiantes estaban decididos á hacer demostraciones perturbadoras, y era consiguiente que la autoridad adoptara medidas para prevenir los desórdenes y tranquilizar los ánimos de la gente honrada y pacífica.

No mirando el asunto más que en las exterioridades, era preciso dar la razon al gobierno.

El sable y el rewolver de los guardias podia herir la susceptibilidad del pueblo; pero en último caso debia considerarse que era preciso que los agentes de la autoridad tuvieran medios de defenderse en caso de ataque.

Nos proponemos hacer una pintura exacta de lo que sucedió, excusando comentarios y consideraciones que más que aclarar, harian confuso el relato.

Alberto y Luciano vagaban, hablando con unos y otros.

El primero parecia estar aún muy preocupado.

Habia llegado la hora.

Sonaron algunas palmadas, y luego palmotearon casi todos los que se encontraban allí.

En los alrededores de la calle de Santa Clara aumentó la concurrencia.

Presentáronse algunos guardias más.

Despues llegaron dos ó tres inspectores de seguridad pública, seguidos de sus dependientes.

Se hizo entre la multitud más crecido el número de rostros siniestros.

No puede decirse de dónde salian aquellos hombres.

No sabemos cómo llegaban hasta el sitio donde la multitud estaba más apiñada.

Unos iban con capa y otros con gaban.

Los habia de todas edades, y todos parecian pertenecer á distintas clases de la sociedad.

Algunos tenian el aire de personas distinguidas.

Otros, por su aspecto, debian ser tomados por industriales, comerciantes de la última esfera ó empleados públicos de la última categoría.

Cerca de donde se encontraban Luciano y Alberto habia uno, que levantando la voz, dijo:

—Nos han cercado de policía, y el sufrir esto es una mengua.

Los dos jóvenes miraron al que hablaba así.

No sabemos si hubieran respondido; pero si pensaban hacerlo, no les fué posible, porque antes tomó la palabra un hombre como de cincuenta años, cuyo rostro sonriente y de tranquila y benévola expresion, indicaba que no habia ido allí sino por pura curiosidad ó por el placer de oir la música.

—Caballero,—dijo con dulzura,—la policía sirve para proteger á la gente honrada, y como aquí no hemos venido con malas intenciones, nada debe importarnos que abunden los agentes de la autoridad; por el contrario, yo me alegro, pues así pondrán á raya á cualquier loco ó mal intencionado que intente turbar el órden.

—Esto es una ofensa á nuestra dignidad,—replicó el otro.—Es un ataque á nuestros derechos. ¿Por qué no ha de dejarse al pueblo en libertad de que se divierta si á nadie incomoda?

—Y en libertad nos dejan, como usted vé, pues esa policía que tanto le incomoda, se concretará á mirar, mientras nosotros nos concretemos á divertirnos inocentemente. Por mi parte, estoy así más tranquilo, porque tengo la seguridad de que no habrá quien se atreva á cometer ningun abuso.

Y despues de decir esto, el hombre del risueño semblante volvióse á Luciano y añadió:

—¿No es verdad, vecino?

—Para servir á usted, don Cándido,—respondió Marin.—Veo que es usted aficionado á la música, y me complace que tenga usted esas ideas de órden, que tan conformes están con las mias.

—Sí, me agrada la música; pero no estaré aquí mucho rato, porque temo que acaben por estrujarme.

—Yo me ahogo.

—Yo tambien y me voy,—repuso don Cándido.

Y saludando cortesmente, desapareció sin que se

comprendiera cómo á pesar de su abultado cuerpo y su tímido carácter, podia ir y venir fácilmente por entre aquella multitud.

Empezó la música.

Nada de particular ocurrió por entonces.

Los hombres de rostro siniestro iban reuniéndose hácia los dos extremos de la calle.

Esto podia ser una casualidad.

Por el lado del teatro Real llegó un hombre con gaban abotonado hasta la garganta, y levantado el cuello que le cubria parte de la cabeza y del rostro.

Los ojos no se le veian porque llevaba unas gafas con cristales azules.

Un bigote gris bastante crecido cubria su boca.

El sombrero lo llevaba metido hasta las orejas, y ocultaba las manos en los bolsillos de su gaban.

Apenas entró en la calle, se le acercó uno de los otros á quienes hemos mencionado; pero no le habló ni hizo mas que seguirlo.

Un minuto despues otro hizo lo mismo y luego otros dos.

Todos ellos se concretaban á mirarlo, á observarlo, sin que él se apercibiese de espionaje tan importuno.

Cesó la música.

La multitud aplaudió nuevamente.

—¡Viva Montalban!—gritaron algunos.

—¡Viva!—respondieron todos.

—¡Que salga, que se asome!...

—Sí, sí.

—Que salga, que salga...

Estas voces se repitieron sin cesar.

Abrióse al fin un balcon, y á la luz de las antorchas se dejó ver la figura del respetable anciano, á quien tanto cariño manifestaba la juventud.

Las palmadas se repitieron frenéticamente.

—¡Que hable, que hable!—gritó uno de los que se encontraban cerca del de las gafas azules.

—¡Que hable!—repitieron desde el otro extremo de la calle.

Y la multitud entusiasmada dió el mismo grito.

Luego reinó un silencio absoluto.

El virtuoso anciano, con voz ahogada por la conmocion, dió gracias á los que amaba como hijos, y les suplicó se retirasen ordenada y silenciosamente, lo cual consideraría él como prueba la más clara de respeto y cariño.

No pudo hablar más.

El llanto bañaba sus mejillas.

Una mirada y un suspiro, más elocuente que sus palabras, expresaron lo que sentia.

Cerróse el balcon mientras resonaban las palmadas.

En vano los músicos hicieron sonar los instrumentos.

Nadie escuchó.

Todos gritaban, todos se movian.

Los gritos embriagan á la multitud.

Hasta entonces no se habia hecho mas que decir:

—¡Viva Montalban!

—¡Vivan los estudiantes!

Los hombres de rostro siniestro se encontraban ya completamente divididos en tres grupos, dos en ambos extremos de la calle, y uno á la entrada de la de la Amnistía.

De este último grupo salió una voz, que dominando todas las voces, dijo:

—¡El himno de Riego!

—¡El himno de Riego!—repitieron muchos.

Esto pareció el anuncio de un gran peligro.

Prodújose instantáneamente una agitacion violenta, y comprendióse que el primer impulso de los más fué el de dejar la calle; pero ninguno podia dar más de tres ó cuatro pasos.

Los gritos, pidiendo el himno de Riego, continuaron.

Esto era poco aún.

—¡Fuera la policía!—se oyó decir.

—¡Muera la policía!

Mientras no se habia dicho mas que *viva*, todo habia ido muy bien; pero desde que se dijo *muera*, la confusion fué espantosa.

Los unos gritaban de miedo y los otros de entusiasmo.

Resonaron vivas y mueras sin cesar, y se oyeron por todas partes imprecaciones, juramentos y amenazas.

No puede describirse semejante cuadro.

Faltaba el último detalle, tocar el último resorte.

Una piedra pasó por encima de las cabezas y luego otras seis ó siete, que fueron á caer cerca de donde se encontraban los guardias civiles.

¿Quién las habia arrojado?

¿De dónde las habian sacado, cuando en la calle no habia mas que los adoquines fuertemente acuñados en el pavimento?

Esto era tan incomprensible como los miles de duros que se habian recaudado de más al hacer la suscricion.

Pero incomprensible ó nó, eran piedras que se arrojaban á los agentes de la autoridad y que herian.

No importaba tampoco la mano que las arrojaba, ello era una subversion, un ataque á la autoridad.

La autoridad estaba en su derecho de defenderse, y tenia el deber de restablecer el órden y castigar á los delincuentes.

Los gritos de *muera* redoblaron.

Lanzáronse algunas otras piedras.

Una de ellas derribó el sombrero de un guardia.

Los que pudieron salir de la calle, echaron á correr en distintas direcciones, y los que transitaban por las calles vecinas hicieron lo mismo, sin más razon que la de ver que corrian los otros.

El ruido se aumentó con el de los repetidos golpes dados al cerrar puertas y ventanas.

Relumbraron los sables de los veteranos.

¿Pero contra quién habian de esgrimirlos?

No se veian acometidos por nadie, porque todos huian.

En vano quisieron en aquellos primeros instantes detener á algunos por hacer algo; pero viéronse arrollados por los que corrian.

Las antorchas se apagaron, y antes de que trascurriesen dos minutos no quedaban en la calle más de veinte personas.

No se comprendia cómo en tan poco tiempo habia desaparecido tanta gente.

El miedo hace prodigios.

La policía pudo entonces hacer algo.

Empezó á recorrer aquellas calles y sus adyacentes, dando la voz de *alto* á cuantos encontraba, y apoderándose de los que decian ser estudiantes.

Buscaban enemigos con quien combatir.

Los enemigos no existian.

Ni una sola persona hizo resistencia.

A nadie se le encontraron armas.

No habia con quién luchar y era preciso contentarse con prender.

Parecia que de la tierra habia brotado un verdadero ejército de agentes de la autoridad, que se esparcieron por aquellas calles en busca de los promovedores del desórden.

En la calle del Espejo se detuvieron dos jóvenes.

Eran Alberto y Luciano.

El primero, cuyos negros ojos despedian centellas,

apretaba los puños y decia con reconcentrada voz:

—No, no me iré... ¡Oh!... Se nos apalea como á miserables esclavos...

—¿Has perdido el juicio?... Vamos y no olvides el consejo de mi vecino..

—¡Huir!..

—¿Qué adelantaremos con quedarnos?...

—Me matarán; pero habré cumplido mi deber...

—Mira,—interrumpió Marin, señalando hácia la calle del Lazo.

—Sí, un guardia que corre hácia nosotros.

—Vamos, Alberto...

—No,—replicó éste con firmeza.

Y se cruzó de brazos, quedando inmóvil.

El guardia civil, que no sabemos por qué iba solo, llegó, sable en mano, donde estaban los dos jóvenes, diciéndoles:

—Quietos.

—Eso precisamente hacíamos,—respondió Luciano con acento burlon.

—Vengan ustedes...

—¿Adónde?

—Ya lo verán.

—No me moveré de aquí,—dijo Alberto.

—Los llevaré á la fuerza...

—Eso no,—dijo en aquel instante una voz dulce y tranquila.

Y como un fantasma que aparece, vióse la figura de

don Cándido, cuyas manos cayeron sobre el cuello del guardia, mientras decia:

—Váyanse ustedes, que este es asunto mio.

El soldado se revolvió, intentando desasirse; pero las manos de don Cándido le oprimieron hasta el punto, que quedó bien pronto inmóvil.

Alberto y Luciano miraban sorprendidos.

Antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedia, sonaron pasos y se presentó otro guardia.

Don Cándido sacudió al que tenia cogido, y lo arrojó violentamente al suelo.

Luego retrocedió un paso.

Los dos jóvenes, aunque no tenian armas, dispusiéronse á defender al que los habia auxiliado.

No debian hacer otra cosa.

El segundo guardia, al ver tendido á su compañero, sacó el rewolver, extendió el brazo, y dijo:

—No se muevan ustedes.

Por un instante se contemplaron unos y otros, y quedaron como estátuas.

¿Qué habian de hacer nuestros amigos en aquel lugar y á aquellas horas?

No tardarian en llegar otros agentes, y aunque así no sucediera, el guardia podia hacer seis disparos seguidos, lo cual era suficiente para matar tres hombres, y sobre todo para llamar hácia aquella parte la atencion y que acudieran sus compañeros.

Los dos jóvenes y su protector estaban perdidos.

Al primer movimiento que hiciesen para acometer ó para huir, el guardia dispararía sobre ellos.

Encontrábase uno de los otros como á dos ó tres pasos de distancia.

—Escuche usted una palabra,—dijo don Cándido, levantando el brazo derecho, y con la misma tranquilidad y dulzura que cuando hablaba con la portera.

—Nada tengo que escuchar,—replicó el soldado.

Encogióse de hombros don Cándido; pero al mismo tiempo, con una velocidad inconcebible, movió el brazo que tenia levantado, resonó una especie de leve zumbido, y el guardia se tambaleó un instante y cayó pesadamente en tierra.

—¡Ah!—exclamaron á la vez Alberto y Luciano.

—No hay que perder un instante,—dijo sonriendo el agente comercial y mientras doblaba y se metia en el bolsillo una cuerda á cuyos extremos se veian dos pequeñas bolas, cuyo tamaño era próximamente el de un huevo.

Y luego añadió:

—Buenas noches, vecino; buenas noches, señor de Luján.

Desapareció por la calle del Lazo antes de que los dos jóvenes pudieran desaturdirse.

—¿Te vendrás ahora?—dijo Luciano despues de algunos momentos.

—¿Quién es ese hombre, quién es ese hombre?

—Un vecino mio...

—Todos los hombres extraordinarios son tus vecinos...

—Vamos, Alberto, si no quieres que nos lleven á la cárcel.

Sonó ruido de pasos y de voces en la calle de la Independencia.

Alberto comprendió al fin que estaba cometiendo una locura, y siguió á su amigo.

Ambos tomaron apresuradamente calle arriba, y en pocos minutos llegaron á la de Milaneses y se confundieron entre los transeuntes.

Entretanto los agentes de policía continuaban recorriendo los alrededores del teatro Real y haciendo prisiones.

Las puertas, que se habian cerrado, empezaban á abrirse.

Los que habian corrido sin saber por qué, empezaron á detenerse.

Todos se preguntaban qué era lo que habia sucedido.

Nadie sabia explicarlo.

Se habia gritado, se habia corrido, y... nada más.

¿Pero por qué gritaron?

Porque estaban contentos.

¿Por qué corrieron?

Porque se gritaba demasiado.

¿Por qué los guardias civiles habian dado palos y cuchilladas á los que corrian?

Porque les habian mandado restablecer el órden y acometian á cuantos encontraban.

Si no lo hubiesen hecho así, no habrian tenido nada que hacer.

Les bastaba haberse cruzado de brazos, y á los pocos minutos se habrian encontrado solos, puesto que nadie pensó en acometerlos.

Sin embargo, la autoridad tenia poderosas razones para justificar su conducta.

Se habian arrojado piedras.

Un guardia había sido herido en aquellos primeros instantes.

Despues se encontraron otros dos guardias en la calle del Espejo.

Uno estaba desmayado y medio asfixiado.

El otro acababa de recobrar el conocimiento cuando lo encontraron: tenia una herida en la frente, herida que parecia hecha de un golpe con un cuerpo duro como una piedra.

¿No era cosa clara que se habia empleado la fuerza contra la autoridad?

¿No era claro tambien que la serenata habia servido de pretexto para alterar el órden?

¿No era justo y necesario castigar á los delincuentes?

Y por último, ¿no quedaba probado que los conspiradores se habian decidido á dar el grito de rebelion?

El gobierno debia adoptar precauciones, ya para evitar que la revolucion estallase, ya para vencerla si no lo evitaba.

Así concluyó aquella serenata, precursora de los san-

grientos sucesos que dos noches despues, la de San Daniel, debian tener lugar.

Los hechos habian empezado á probar que el señor Morato no se equivocaba al decir, que estaba verde la mayor parte de la leña que habia de echarse en la hoguera.

A él no podian pedirle más de lo que habia hecho.

Su gente se habia conducido con admirable habilidad.

Sin embargo, la agitacion producida en el pueblo facilitaría el camino para llegar al punto deseado.

Dos horas despues la gente transitaba por las calles como todas las noches.

¿Qué habia de suceder si nadie habia pensado en motines, ni nadie los queria?

En los cafés no se hablaba de otra cosa que de la serenata.

El hombre de las gafas azules y el bigote gris atravesó entonces la calle de Santiago, entró por la de la Cruzada, y atravesando por la plazuela del Biombo, llegó á la calle del Factor.

Una vez allí entró en una casa de pobre apariencia y subió hasta el cuarto segundo, abriendo una puertecilla y penetrando en un pasillo.

Encendió un fósforo y con éste una pequeña linterna sorda, que sacó de un bolsillo.

Luego entró en un aposento pobremente amueblado.

Dejó la linterna sobre una mesa.

Se quitó el gaban y el sombrero.

Llevó una mano á la boca y el bigote quedó entre sus dedos.

Despojóse de las gafas.

Entonces pudo reconocerse al jefe de policía.

En pocos momentos se vistió con distinta ropa, tomó la linterna y volvió á salir, apagándola y guardándola.

Cinco minutos despues entraba en el edificio que ocupa el Gobierno civil.

CAPITULO LIV.

Una visita.

A las diez de la mañana del siguiente dia, don Juan de Bustamante entraba en la casa de la calle de la Magdalena y decia á la portera:

—¿No es aquí donde vive don Cándido?

—Sí, señor, aquí es donde vive ese caballero: escalera de la izquierda, sotabanco número tres.

—Gracias.

—No hay por qué, señor mio... ¡Pues á fé que por servir á don Cándido me incomodo!

Subió don Juan, llamó á la puerta del cuarto número tres, y á los pocos momentos se le presentó, sonriendo, el hombre pacífico.

Miráronse ambos por un instante, y por un instante

no más pareció que brillaban con extraño fuego los ojos de don Cándido.

Pero aquello fué como una de esas exhalaciones que en las calorosos noches de estío atraviesan el espacio sin dejar en el horizonte límpido y sereno ninguna huella.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó.

—¿El señor don Cándido?

—Servidor de usted.

—Muy señor mio...

—Tenga usted la bondad de pasar, caballero,—dijo don Cándido, haciendo una profunda reverencia.

Entraron en una habitacion limpia y modestamente amueblada y se sentaron.

—Perdone usted,—dijo don Juan,—si me tomo la libertad de molestarlo.

—Me honra usted, caballero.

—Pero tengo que cumplir un deber de gratitud...

—¡Gratitud!...

—Sí, anoche salvó usted á mi hijo de una desgracia horrible, quizá de la muerte, porque él, jóven é inesperto, no hubiera seguido los prudentes consejos del amigo que lo acompañaba.

—No comprendo lo que quiere usted decir,—replicó sencillamente don Cándido.

—¿Ha olvidado usted lo que hizo en la calle del Espejo despues de la serenata?

—¡Ah!...

—Pues bien, uno de aquellos dos jóvenes es hijo mio,

ó para hablar con más exactitud, hijo de mi esposa.

—¿Es usted el señor don Juan de Bustamante?... ¡Cuánto le agradezco la honra que me dispensa, viniendo á mi pobre casa!

—Yo me honro y me complazco al ofrecer á usted cuanto valgo y cuanto soy, porque amo á Alberto como si fuese mi propio hijo, y por él no vacilaría en dar la existencia.

—Señor don Juan, los nobles sentimientos de usted son demasiado conocidos. Las dos criaturas á quienes por casualidad favorecí, se encontraban en un peligro cuya importancia no comprendian. Yo soy un hombre pacífico, débil y hasta cobarde, lo confieso; pero como me constaba que los dos jóvenes no habian cometido delito alguno, el deseo de favorecer la justicia me dió fuerzas y aliento, y... no sé lo que hice: acometí á los guardias, y... todo eso no vale la pena... Era mi deber, y lo cumplí, y la satisfaccion de haberlo cumplido, me recompensó sobradamente.

Don Juan miraba sorprendido á don Cándido.

¿Quién era este hombre que se llamaba débil y cobarde y que no daba importancia á lo que habia hecho la noche anterior?

—No se sorprenda usted,—añadió don Cándido,—porque hay momentos en que los más pusilánimes cierran los ojos y hacen lo que harian los que están dotados de más valor. Si anoche hubiera yo tenido tiempo de reflexionar, lo primero que me habria ocurrido hubiera sido

echar á correr; pero me lancé sobre el guardia sin pensar lo que hacia, y despues fué cuando tuve miedo. ¿Querrá usted creer que he pasado una mala noche pensando en lo que habia sucedido?

—Es extraño.

—Y ya que usted se muestra conmigo tan benévolo, le pediré un favor.

—Así me complacerá usted.

—Soy un hombre de órden, trabajo y vivo modestamente sin aspirar á más; la política me es indiferente y hasta me horroriza; pero á veces las autoridades no pueden juzgar con acierto, porque tienen que guiarse por apariencias, y pudiera suceder que si se sabe que yo andaba anoche por allí...

—¿Teme usted que lo incomode la policía?

—Lo temo todo.

—Tranquilícese usted.

—La influencia de usted, su posicion como hombre político...

—Nadie lo incomodará á usted; pero si lo incomodasen, concrétese á decir que acudan á mí, envíeme usted un aviso, y dejaré de ser quien soy ó usted quedará en la libertad más completa. ¡Perseguido el que ha salvado á Alberto!... ¡Oh!... Eso, jamás.

—Gracias, señor don Juan, muchas gracias...

—Tuve esperanza de que me pidiera usted un favor y no me pide ninguno.

—Ya llegará la ocasion en que pueda usted hacérmelo.

—La deseo vivamente.

—Yo me ocupo en toda clase de negocios mercantiles, y trabajo algo tambien en la Bolsa y en negocios de cambio, y si usted, que se ocupa en algunos negocios de esta clase, tuviera necesidad de mis servicios...

—Sí, sí.

—Me honrará usted y me hará un señalado favor, porque ya sabe usted que llevamos una mala temporada de paralizacion de los negocios.

—Todo, absolutamente todo cuanto me ocurra se lo encargaré á usted; pero esto tampoco es un favor, esto no es nada, y yo deseo...

—No quiero más.

Aunque don Cándido continuaba sonriendo y hablando con la dulce tranquilidad que lo caracterizaba, de vez en cuando parecia que en sus negros ojos brillaba aquel relámpago de que antes hicimos mencion, y que por un instante hacia cambiar la expresion de su rostro, hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

Don Juan acabó por apercibirse de esto; pero no era posible que diese valor á semejante circunstancia, por más que le produjese un efecto desagradable.

Continuó la conversacion por algunos minutos.

Siguió don Cándido apareciendo sencillo, desinteresado y bueno, lo cual fué para Bustamante motivo de más confusion.

Separáronse.

Don Juan volvió á su casa mientras decia para sí:

—¿Quién es este hombre?.... He sorprendido algunas de sus miradas, que no están ciertamente en armonía, ni con su exterior sencillo, ni con sus palabras inocentes. Se jacta de ser hombre pacífico y lleva en el bolsillo un rompe-cabezas, que maneja admirablemente; dice que es débil, y le sobran fuerzas para extrangular á un hombre; habla de su timidez, de su cobardía, y tiene suficiente valor y serenidad para provocar y sostener una lucha con un hombre bien armado. Sobre este punto he podido hacerle muchas observaciones; pero ¿con qué derecho muestro dudas ó desconfianza, cuando solo tengo el deber de estar agradecido?

No, no le estaba permitido hacer la observacion más leve; solamente le tocaba agradecer el favor.

¿Qué le importaba que don Cándido fuese otra cosa de lo que parecia?

Era preciso dejar al tiempo la aclaracion de aquel misterio.

Pero no porque fuese forzoso esperar, habia ménos motivo para que don Juan se preocupase.

¿Comprendia don Cándido que su conducta no estaba en armonía con su exterior, ni mucho ménos con sus palabras?

Creemos que sí.

CAPITULO LV.

El motin de los pitos.

Al dia siguiente apareció en la puerta de la Universidad central un cartelon con letras grandes que decian:

CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL.

No hay que decir que esto era una travesura de los jóvenes estudiantes, travesura ingeniosa y á la vez elocuente protesta de los abusos del gobierno, pues el edificio habia sido ocupado militarmente, y en casi toda la extension de la calle veíanse numerosas parejas de soldados de la guardia veterana, que como si temiesen el ataque de un formidable enemigo, iban armados de carabina y rewolver.

Los séres más débiles son los más audaces, y por esta

razon la audacia es en general patrimonio de las mujeres y los niños.

Su misma debilidad les escuda, y seguros de que han de respetarlos, hacen lo que no harian los hombres de más valor.

¿Habian de emplear los guardias sus bayonetas contra los niños?

Sabian que esto no habia de suceder, y los niños se burlaban, por consiguiente, de aquellas bayonetas que infundian miedo á los hombres.

Un ataque á éstos, aunque estuviesen desarmados, era posible; pero no á criaturas de diez ó doce años.

El marqués de Zafra, identificado con el gobierno por sus ideas reaccionarias, habia sido nombrado rector de la Universidad central, y aquella mañana debia tomar posesion de su elevado cargo.

Al hacer este nombramiento sabian ya los ministros que el nuevo rector no tendria inconveniente en llevar á cabo lo que se habia negado á hacer su antecesor, es decir, que limitaría los derechos de los catedráticos, incoaría espedientes gubernativos contra los que profesaban principios liberales, propondria suspensiones y daria cumplimiento á todas las órdenes de separaciones dictadas por el gobierno.

No entra en nuestro propósito juzgar al señor marqués de Zafra, y por consiguiente nos abstendremos de manifestar nuestra opinion sobre su conducta como rector. Consignamos hechos y nada más.

Decíase públicamente que se producirian trastornos aquel dia, porque en el acto de la toma de posesion estaban los estudiantes resueltos á hacer cierta clase de demostraciones, y que éstas serian como la señal para que el pueblo se declarase en abierta rebelion.

Nada, pues, más justificado que la conducta del gobierno: si el órden habia de alterarse, era natural que se adoptasen medidas para evitarlo.

Como ya hemos dicho, el edificio Universidad fué ocupado por un crecido número de guardias civiles.

La toma de posesion, segun costumbre y reglamento, debia ser pública, y por consiguiente nada de extraño tenia que los estudiantes acudiesen á presenciar el acto, como siempre habian hecho; pero es el caso que á los más jóvenes, es decir, á los niños les ocurrió la pícara idea de acudir con pitos, que tocaban sin cesar, produciendo un ruido verdaderamente infernal é insufrible en el trozo de calle comprendido entre la de los Reyes y la del Noviciado.

La idea fué diabólica y revelaba la astucia infantil, pues como el tocar un pito no es penable ni está considerado por las leyes ni siquiera como leve falta, no era posible imponer castigo alguno á los pitadores, ni aun prohibirles pitar como no apelasen á la razon de que se lastimaban los oidos de los vecinos del barrio.

La calle estaba materialmente cuajada de gente, y no era posible transitar por allí sin gran trabajo.

Como el ruido es uno de los grandes goces de la in-

fancia, á los niños estudiantes se reunieron otros niños desarrapados, y el lector puede figurarse todo lo cómico de la escena con solo pensar que llegaron á reunirse más de dos mil criaturas provistas de pitos pequeños de madera, que producian un sonido agudo y penetrante, capaz de ensordecer los oidos más resistentes.

Con los niños estaban mezclados los hombres, que si no pitaban, gritaban y reian, haciendo así más atronador y confuso el alboroto.

La burla duele más que la ofensa.

El ridículo hiere más que un puñal.

La diversion de aquellas criaturas era para desesperar al más paciente.

Iban y venian avisos, consultas y órdenes desde la Universidad al Gobierno de provincia y al ministerio de la Gobernacion; pero ni aun el astuto señor Morato encontraba solucion conveniente al conflicto.

¿Qué habian de hacer contra aquellas criaturas?

No podia emplearse la fuerza, y en cuanto á la persuasion, no debia intentarse, porque hubiera sido representar un mal papel.

Consentir aquello, parecia debilidad, y el combatirlo abiertamente, hubiera sido inexcusable abuso.

El gobierno hubiera preferido el silbido de las balas al de los pitos, porque hubiera podido luchar, y vencido ó vencedor, no hubiera por lo ménos aparecido en ridículo.

Algunos agentes de la policía secreta intentaron

hacer lo que la noche de la serenata; pero en medio del dia no era esto fácil, y los mismos estudiantes estorbaron que se diesen voces subversivas, y mucho ménos que se atacase á la fuerza pública.

Los guardias que andaban por la calle eran dignos de compasion.

Colocábanse frente á ellos los niños, alguno de los cuales no tenia más de seis años, los miraban desvergonzadamente, se reian, inflaban los carrillos y pitaban con cuanta fuerza podian.

Era de ver el júbilo que expresaban aquellos rostros infantiles.

Alentados con la impunidad, mostrábanse cada vez más audaces, y los pobres soldados, avinagrando el gesto, sufrian y callaban con una paciencia, con una resignacion verdaderamente heróica.

Por supuesto, que apenas un guardia se movia como si quisiese acometer, la turba infantil se esparramaba y desaparecia instantáneamente, como bandada de pájaros á la vista del cazador.

En situacion semejante no quedó más que un recurso: cerrar las puertas de la Universidad, evitando así que la invadiese la muchedumbre pitadora, lo cual hubiera sucedido, pues de todo eran capaces aquellas diabólicas criaturas.

Lector, cuando te hablen sériamente de los sucesos de aquel célebre diez de Abril, ríete en las barbas del que te los refiera como graves.

Aquello era cómico, puramente cómico.

No era el drama, era el sainete.

Cuanto se veia y se oia era divertido.

No era posible mirar sériamente aquel cuadro.

Era forzoso reirse, y se reian hasta los amigos del gobierno.

Todos se réian ménos los ministros, las autoridades y sus agentes.

Hay risas horribles, risas que son como la tenaza de un alacran que se clavase en el alma, como los dedos de un esqueleto que el alma retorciera.

Así debia ser aquel dia memorable para el ministerio la risa popular.

Pero era preciso sufrir, disimular y guardar el disgusto para mejor ocasion.

Suponemos, y esto no es más que una suposicion, que el gobierno diria: «Reid ahora, que luego llorareis; burlaos de mí, que cargaré la partida en cuenta, y la cuenta quedará pronto saldada. Habeis olvidado aquello de que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague; pero yo os lo recordaré.»

No era posible que los hombres de la situacion, ó más bien los ministros, ó para ser justos y exactos, algunos de los ministros, no era posible, repetimos, que olvidasen las pitadas.

Cerráronse las puertas de la Universidad, que no se abrian sino para dar paso á ciertas personas exceptuadas de la órden.

Murmuraron los estudiantes y sonaron con más fuerza los pitos; pero con esto se contentó por entonces la multitud, y se hubiera contentado si Satanás, que queria divertirse aquel dia, no hubiese proporcionado un nuevo motivo de travesuras á los alegres niños.

Veamos lo que sucedió.

CAPITULO LVI.

Un discurso y un rebuzno.

Hay un refran que dice: «El diablo las carga.»

Así sucedió aquel dia.

Sin duda el diablo creyó que lo ridículo no habia llegado hasta el último extremo, ó al mal intencionado génio de la sátira le pareció que el epígrama no habia sido hasta entonces bastante punzante.

Al cuadro le faltaba un detalle y el sarcástico Asmodeo lo completó.

Cuando con más fuerza alborotaba la multitud, acertó á pasar por allí un pobre campesino sobre un asno rucio miserablemente albardado, que se empeñó en pasar por entre la apiñada turba, para evitarse dar un rodeo por las calles vecinas.

—¡Fuera!—gritaron algunos, queriendo detener al pacífico jumento.

—¡Que pase!—gritaron otros.

Y repitiendo estas voces, se produjo en la multitud un movimiento parecido al del oleaje.

Como el mayor número de los alborotadores eran niños, el labriego, en vez de enfadarse, empezó á sonreir con una expresion tan cándida que rayaba en la estupidez.

Daba con los talones en los ijares del cuadrúpedo, y éste se volvia y revolvia, levantaba unas veces las orejas, otras resoplaba, y adelantaba ó retrocedia segun á ello le obligaban las violentas oscilaciones de la multitud.

Cada movimiento ó resoplido del asno y cada palabra de su dueño eran motivo de nuevas risas, aplausos y alboroto.

Así continuaron algunos minutos, y el paciente jumento, con su no ménos paciente amo, encontráronse frente á la puerta de la Universidad.

Entonces resonó una voz argentina y vibrante, que dijo:

—¡Silencio!

Callaron todas las voces.

Dejaron de sonar todos los pitos.

La multitud quedó inmóvil.

Hubiérase dicho que todos contenian hasta la respiracion.

No parecia sino que la voz que habia mandado callar tenia el poder de petrificar, convirtiendo en estátuas á los séres vivientes.

El silencio fué profundo y pareció más absoluto todavía despues del ruido infernal que atronaba un momento antes.

Un jóven saltó sobre el asno, quedando en pié sobre las ancas de éste, que tambien habia obedecido la voz y estaba inmóvil.

Era Luciano, con el sombrero en la coronilla, deshecho el lazo de la corbata, empolvado el gaban y medio desabrochado el chaleco.

Su mirada viva y ardiente se paseó por la multitud, mientras su rostro tomaba una expresion de gravedad la más cómica que puede imaginarse.

—¿Qué haceis?—dijo con voz, que se oyó clara y distintamente en todo el espacio que ocupaba la multitud.—¿Qué haceis, jóvenes aturdidos? ¿Así probais la superioridad de vuestra inteligencia y la extension de vuestra sabiduría? Razon, y razon sobrada, tiene nuestro paternal gobierno al darnos por rector á quien nos enseñe lo que ignoramos.

Un aplauso interrumpió al orador; pero bien pronto volvió á reinar el silencio.

—Mirad,—añadió Luciano, señalando al cuadrúpedo,—mirad y os convencereis de vuestra torpeza, os avergonzareis de haber juzgado con una ligereza lastimosa. Sabed, mis ilustres compañeros, sabed que en este valle

de lágrimas hay muchos hombres que parecen jumentos, y muchos jumentos que se disfrazan de hombres sábios, y de esta verdad puedo presentaros algunos ejemplos sin necesidad de buscarlos á larga distancia.

Nuevos gritos y aplausos interrumpieron al orador, que señalando al paciente cuadrúpedo, dijo:

—Este que aquí veis, humilde y resignado, no es lo que parece. Contempladlo bien y apreciad en lo que vale su modestia, pensando que el verdadero talento es modesto siempre. Aquí teneis un gran pensador, un filósofo profundo, que noticioso del acontecimiento de este dia, acude á tomar parte en la solemne ceremonia.

Los vítores y aplausos rayaron en frenesí.

—Se han cerrado esas puertas,—continuó el jóven,—para evitar que ese santuario de la ciencia se vea invadido, se vea profanado por la turbulenta multitud, y éste sér grave y pacífico, que ha pasado su vida pastando y meditando, se presenta modesto y humilde, pero con la conciencia de su talento y su sabiduría, para responder al brillante discurso de nuestro nuevo rector, porque considera que no podrán hacerlo esos valientes veteranos que constituyen el auditorio.

Por espacio de tres ó cuatro minutos tuvo Luciano que guardar silencio, porque la gritería fué como nunca atronadora.

Sus últimas frases habian producido un entusiasmo indescriptible.

No podia ser peor intencionada la idea de que el

jumento iba á contestar al discurso del nuevo rector.

—Y vosotros, jóvenes aturdidos, vosotros que os envaneceis con vuestra inteligencia y vuestro saber, vosotros que pedís respeto y consideraciones para el talento, vosotros que admirais á Diógenes á pesar de que era un hombre sucio y mal educado, vosotros que decís profesar el principio de que nada significan las exterioridades, deteneis á este filósofo profundo en vez de abrirle paso y de inclinaros respetuosamente como lo haríais ante Esopo, á pesar de que era muy feo: y le estorbais el paso sin ninguna consideracion, solo porque anda en cuatro piés y porque sus orejas tienen un exceso de longitud, y porque va medio desnudo... ¿No os avergonzais?... Ved cómo os mira con el desden de su grandeza; ved cómo os dice con su silencio: «Me infundís lástima...» Dejémosle, pues, el paso libre, y que entre donde desde hoy tendrán entrada y preferente lugar, no vosotros, escandalosos pitadores y cabezas vanas, no los pícaros demagogos que han intentado meternos en el cuerpo peligrosas doctrinas, sino los que valen tanto como él.

—¡Que entre, que entre!—gritaron todos.

—¡Oh! tú, respetable filósofo,—dijo Luciano dirigiéndose al cuadrúpedo,—perdona si me he atrevido á descansar mi humilde planta sobre tus escuálidas posaderas. No ha sido mi ánimo ofenderte, ni mucho ménos hacerme superior á tí, sino que las circunstancias me han obligado, y ya sabes hasta qué punto obligan las circuns-

tancias á hacer lo que es más contrario á nuestra voluntad y nuestro deseo, y de ello tienes la prueba en lo que hoy sucede. Las circunstancias obligaron anteanoche á nuestro paternal gobierno á molernos á palos al son de las sublimes armonías de Bellini; las circunstancias lo obligan á cerrar esas puertas y á convertir en cuartel la vivienda de las castas musas; sí, las circunstancias lo obligan, y al obedecer á las circunstancias se aflige y llora, como yo tambien lloro y me aflijo porque para hacerme oir he tenido que atreverme á poner los piés sobre tu cuerpo.

Terminado este apóstrofe, que produjo nuevos aplausos, púsose el jóven de un brinco en el suelo.

El campesino se sintió inmediatamente suspendido en el aire, y el jumento, aguijoneado por detrás, avanzó hasta llegar á la puerta, dando en ella con el hocico.

Una mano atrevida cogió el aldabon, levantándolo y dejándolo caer con estrépito.

Los que dentro estaban creyeron sin duda que llamaba alguno de los personajes que debian entrar, y abrieron á la vez que el burro, nuevamente aguijoneado, avanzó, introduciendo en el edificio la cabeza y el pescuezo.

No es posible explicar lo que entonces sucedió.

Brilló la ira en los ojos de los guardias y las risotadas y gritos se redoblaron.

Aún no estaba satisfecho Satanás, porque hizo que el jumento, enderezando las orejas, levantando la cabeza y

abriendo la boca, diese al viento el más sonoro rebuzno que jamás se ha oido.

Moviéronse los soldados con ademan amenazador.

Retrocedieron los estudiantes.

Cerróse la puerta, dando un terrible golpe en la cabeza del pobre jumento.

Corrieron todos en distintas direcciones, gritaron, rieron y tocaron furiosamente los pitos...

Pocos momentos despues habian desaparecido el labriego y el burro, y la policía buscaba á los autores de aquella burla.

Luciano quiso ocultarse; pero no lo consiguió y cayó en manos de los agentes de la autoridad, que se lo llevaron preso.

Nada de lo que hemos referido es de nuestra invencion. Hemos sido fieles cronistas y nada más, y de nuestra exactitud pueden responder los estudiantes, que aún no han olvidado aquellas escenas.

CAPITULO LVII.

Principia la noche de San Daniel.

El gobierno habia devorado en silencio todos los ataques, todas las burlas de que habia sido objeto aquel inolvidable dia.

La opinion pública se habia excitado; pero no pasó de esto, nadie pensó en apelar á la violencia para concluir con los abusos del poder, porque, lo repetimos, el pueblo no contaba con recursos para declararse en abierta rebelion y provocar una lucha con las cien mil bayonetas de que la reaccion disponia.

¿Qué importaba que el descontento y el malestar se sintiese tambien en las filas del ejército?

La mayoría de éste, si llegaba el caso, estaba resuelta á obedecer, porque tenia más miedo á las consecuen-

cias de la revolucion que á las injusticias de que era objeto.

El señor Morato habia tenido el disgusto de ver pagados sus servicios con duras reconvenciones.

Lo que habia hecho su gente no era bastante, puesto que no habia producido el resultado que se deseaba.

Para todos los cargos no tenia el señor Morato mas que una respuesta.

—Es forzoso convencerse: la leña que hemos apilado está verde, y en vano intentaremos hacerla arder. Humo, mucho humo y nada más es cuanto conseguiremos; pero ni una sola llamarada. Se secará, eso sí, lo cual es una desgracia, porque cuando llegue el caso arderá más de lo que quisiéramos.

Al jefe de policía le sobraba razon.

Pero á sus acertadas observaciones se le contestaba siempre:

—Es preciso, es absolutamente preciso.

—Pues bien,—decia el señor Morato,—se hará, y hoy mismo; pero no más de lo que puede hacerse.

Veamos cómo cumplió su palabra.

Al anochecer se veia en la Puerta del Sol mayor número de personas que de costumbre, y una hora despues apenas podia transitarse por allí.

Los cafés estaban llenos como nunca.

Por todos lados no se oia hablar más que de los acontecimientos del dia, cambiándose sin cesar noticias absurdas, ya sobre la caida del ministerio, ya sobre

las medidas extraordinarias que éste habia adoptado.

La policía habia desplegado toda su actividad y sus fuerzas, y sus agentes se mezclaban y confundian entre los grupos, tomando parte en las conversaciones y excitando más y más los ánimos.

Empezaron á sonar algunos pitos en el centro de la poblacion y en los alrededores de la Universidad, que continuaba ocupada militarmente; pero lo mismo que por la mañana, casi todos los alborotadores eran niños, que ninguno tenia más de doce ó catorce años.

La acumulacion de personas en ciertos sitios fué suficiente pretexto para que las autoridades pusiesen la tropa sobre las armas y reforzasen la guardia del ministerio de la Gobernacion.

—¿Qué sucede?—preguntaban todos.

Como nadie intentaba alterar el órden, nadie comprendia que se adoptasen semejantes precauciones.

Bien pronto se aseguró que los conspiradores habian decidido provocar la lucha, y que no se trataba ya de un cambio de ministerio, ni de un cambio político, sino que sus ataques se dirigirian contra el trono, y luego contra la misma sociedad, cuyos más respetables intereses peligraban.

—¿Se quiere acaso una república?—preguntaba cándidamente algun buen ciudadano.

Y si esta pregunta llegaba á oidos de alguno de los dependientes del señor Morato, la contestacion era la siguiente:

—¡República!... No, señor, no se contentan los revolucionarios con tan poco.

—¿Pues qué más desean?

—Ninguno de ellos tiene nada que perder, y por consiguiente todos van á ganar.

—Empiezo á entender; pero...

—La revolucion que se intenta es puramente comunista.

—¡Horror!—exclamaba uno.

—Eso es imposible,—añadia otro,—porque la misma sociedad rechazaría á esa cuadrilla de bandidos; todos, sin distincion de opiniones, nos uniríamos al gobierno para acabar con el enemigo comun.

—Pero la revolucion no ha de presentarse diciendo que intenta atacar todos los intereses, y aun cuando realmente no quiera atacarlos, hemos de tener siquiera por algunas semanas la anarquía más completa, y entonces se cometerán toda clase de abusos, sin que haya nadie que tenga segura ni aun la existencia.

Y estas apreciaciones, estas calumnias, que han venido á desmentirse con los hechos, hacian temblar al pueblo español, porque es un pueblo que no se conoce á sí mismo.

Nadie tenia intencion de cometer ningun abuso; pero cada cual temia que todos los demás los cometiesen.

Con raras excepciones, revolucion no significaba para el pueblo mas que destruccion y torrentes de sangre, la revolucion era el robo y el asesinato.

En tan lastimoso estado se encuentra la educacion política de este pueblo.

Para nosotros la revolucion, despues de hecha, es un fantasma aterrador; para nosotros ciertos principios políticos, son todavía considerados como utopias, como delirios, y estas creencias son precisamente los mayores enemigos de la libertad y de la civilizacion, sin que nos haya convencido ver que en otros pueblos es posible, fácil y hasta sencillísimo lo que á nosotros nos espanta.

El pueblo español es el pueblo de las preocupaciones, y mientras éstas no se desarraiguen, seremos lo que siempre hemos sido y lo que somos.

Preciso es decir la verdad, aunque sea demasiado triste: nuestra ignorancia es lastimosa.

Todo lo vemos desfigurado, abultado y espantable, porque todo lo miramos á través del prisma de nuestra ignorancia.

No hay nada que más asuste, que más espante que lo desconocido.

Este es un sentimiento que está en nuestra misma naturaleza.

Instintivamente se teme más lo que ménos se conoce, porque instintivamente comprendemos la dificultad y hasta la imposibilidad de defenderse de un enemigo que no se sabe con qué armas ataca ni qué fuerzas tiene.

Si hubiéramos aprendido más, mucho más conoceríamos y mucho ménos tendríamos que temer.

Hay fantasmas que aterran al pueblo español, y será preciso obligarlo á que toque el fantasma, para que se convenza de que no es más que humo, sombra, pura imaginacion.

Esto se hace con los niños cuando se asustan ante lo que desconocen. Se les violenta y se les hace sufrir por algunos instantes; pero se les quita el miedo y acaban por reirse de lo que antes les llenaba de pavor.

La cuestion de los fantasmas la trataremos cuando llegue el caso y con la extension que se merece, examinándola bajo todos sus puntos de vista.

Ahora volveremos á nuestro asunto, porque nos hemos extraviado tal vez, olvidándonos de que debemos hablar solamente de los sucesos de la noche de San Daniel.

El número de curiosos, porque no eran más que curiosos, aumentaba en la Puerta del Sol y sus alrededores.

Los agentes de policía se multiplicaban tambien.

Las turbas de muchachos con pitos se paseaban alborotando más y más.

Empero no habia una sola persona que se presentase en ademan hostil, no habia nadie que se ocupase de otra cosa que de ver y oir, ni nadie que no estuviese dispuesto á retirarse á su casa al más ligero síntoma de desórden.

La prueba de esto es que los más amigos del gobierno, los más allegados, eran del número de los curiosos y

se paseaban tranquilamente, porque estaban seguros de que no habia nada que temer.

Colocáronse más centinelas en el edificio del ministerio de la Gobernacion; pero esto dió por resultado el que hácia aquella parte se acumulara la gente.

Muchos guardias civiles empezaron á recorrer la Puerta del Sol y las calles vecinas.

Luego creyó la autoridad que era conveniente hacer entrar en razon á la multitud, aunque la multitud no hacia más que mirar con indiferencia y vagar de un lado para otro.

Fueron llegando entonces pelotones de guardia civil completamente armada, y situándose en las bocacalles que desembocan en la Puerta del Sol.

Tampoco esto fué bastante para que se alejaran los curiosos.

¿Por qué habian de irse?

Estaban desarmados, nada malo hacian, respetaban á la autoridad, y por consiguiente no podian temer que se les atacase.

Algunas patrullas de infantería y caballería empezaron á recorrer aquellas calles.

Los transeuntes los miraban y les dejaban el paso libre.

Ni un solo mercader se cuidó de cerrar su tienda.

Los cafés continuaron abiertos y cada vez más concurridos.

Todos los esfuerzos eran, pues, vanos.

Hay un refran que dice, que cuando uno no quiere, dos no riñen.

Así sucedia aquella noche.

El pueblo no queria luchar y era inútil provocarlo, porque estaba resuelto á hacerse el sordo.

A las nueve de la noche debió faltar la paciencia á los que eran de opinion contraria á la del pueblo.

El señor Morato, lo mismo que dos noches antes, con sus gafas azules y su bigote gris, con el cuello del gaban verde levantado y las manos en los bolsillos, salió del ministerio de la Gobernacion y se dirigió hácia la calle de Alcalá.

Iba solo, ó al ménos así lo parecia.

¿Se habia renunciado al plan ó habia llegado el momento de ponerlo en ejecucion?

CAPITULO LVIII.

Sigue la noche de San Daniel.

El jefe de policía llegó á la entrada de la calle de Sevilla.

En aquel sitio se transitaba con mucha dificultad.

El café Suizo estaba tan concurrido como los demás.

Detúvose el señor Morato y miró á su alrededor.

Pocos momentos despues se le acercó un hombre que ocultaba el rostro bajo el embozo de su ancha capa.

—¿Y los otros?—preguntó el primero.

—En la calle de Sevilla,—respondió el embozado.

—¿Y *Cautela*?

—En la esquina de la Carrera de San Gerónimo.

—Bien, acercaos hácia la calle de Gitanos para que tengais libre la retirada.

—¿Y luego?

—Por la calle de Cedaceros, Greda y Turco, aquí otra vez, subiendo por aquella acera.

—¿Nada más?

—Ya me vereis cuando sea menester.

—¿Ha de venir Caútela con nosotros?

—No.

Alejóse el embozado.

Del café Suizo salió un hombre, que representaba unos cuarenta y cinco años, y que iba vestido con elegancia y esmero.

Paso entre paso, lanzando miradas tiernas á las mujeres que cerca de él pasaban y de desden á los hombres, se acercó al jefe de policía.

—¿Cuántos?—preguntó éste.

—Tres,—respondió el otro.

—Pues preparaos.

—¿Hemos de quedar dentro?

—Sí.

—Entonces...

—Retiraos hácia el billar.

—¿De cuánto tiempo podemos disponer?

—De media hora.

No hablaron más.

El señor Morato entró en la calle de Sevilla y desapareció entre la multitud.

Diez minutos despues atravesaba nuevamente la Puerta del Sol y se paraba junto á la calle de la Montera.

Allí se le acercó un hombre con blusa azul y gorra de paño negro, que parecia ser un artesano.

—¿Estais dispuestos?—preguntó el jefe de policía.

—Esperando.

—Corra la voz.

—¿Y luego?

—Ya sabeis lo que ha de hacerse.

—Es decir que en principiando se arreglarán ellos.

—Eso es.

Desapareció el de la blusa.

El señor Morato se volvió hácia la calle de Alcalá.

Por la calle Mayor desembocaron entonces nuevas fuerzas de caballería de la guardia civil.

¿Para qué?

No era posible adivinarlo, puesto que la multitud continuaba tranquila.

Habia llegado el momento.

Tres pelotones de guardias se dirigieron hácia las calles de la Montera, del Cármen y de Preciados, atropellando á los curiosos.

No fué menester más para que éstos se retirasen, entrándose los unos en los cafés, y yéndose los otros por las calles indicadas.

No se oyó un solo grito ni se hizo demostracion alguna que pudiera infundir sospechas de que el pueblo intentaba rebelarse contra la autoridad.

Sin embargo, los guardias, diciendo *atrás*, recorrieron la Puerta del Sol; pero el sitio que dejaban desocu-

pado, volvian á ocuparlo pocos minutos despues los curiosos.

Esto debió considerarse como gravísimo atentado.

Del ministerio salieron nuevas fuerzas para despejar la plaza.

Los pitos sonaron entonces con más fuerza que nunca.

Oyóse algun grito de «Muera la guardia civil.»

Pero el pueblo no contestó.

¿Quién habia dado aquellos gritos?

No se sabe.

Los guardias se dispusieron entonces á atacar formalmente.

En pocos minutos no quedó un solo curioso en la Puerta del Sol.

Todos habian huido ó se habian refugiado en los cafés.

No habia, pues, enemigos á quienes atacar.

Presentóse el Gobernador de la provincia con nuevas fuerzas.

¿En qué habian éstas de emplearse?

Nunca representaron las bayonetas tan triste papel.

El pobre soldado recibia órdenes y las cumplia, probablemente bien á su pesar.

El soldado español es demasiado valiente, para que le agrade atacar á una multitud indefensa y compuesta de hombres honrados y pacíficos y de niños y mujeres.

Empero el alarde de fuerza se habia hecho y era preciso justificarlo.

Si á las provocaciones no se presentaban enemigos, era forzoso buscarlos en cualquiera parte, y si no se encontraban, hacer como si se encontrasen.

El caso era atacar, fuese á quien fuese, y decir luego que se habia triunfado, que se habia vencido la revolucion.

Hombres que por su talento ó sus antecedentes tenian bien poca importancia, representarian un gran papel, aparecerian como salvadores de la sociedad.

Y los bravos caudillos de aquella jornada, los directores de aquella dragonada ridícula, tendrian derecho á grandes recompensas por el servicio hecho á la causa del órden.

Fuertes destacamentos de la guardia civil se dirigieron hácia las calles que desembocan en la Puerta del Sol.

Habian recibido órden de hacer fuego y cargar á la bayoneta sobre los que siquiera mostrasen intencion de resistirse.

Pero á medida que avanzaban, la multitud retrocedia, dejándolos dueños absolutos del terreno.

No quedó una sola persona en la Puerta del Sol, y como era absolutamente preciso que hubiese alguien á quien atacar, se apeló á un recurso, que seria increible si no fuese un hecho.

Los guardias penetraron en los cafés, atropellando á

todo el mundo y haciendo salir á los que allí se habian refugiado.

Así se consiguió que en las calles hubiese gente.

No importaba que las personas fuesen en gran número mujeres y niños, eran bultos y esto bastaba.

Entonces se lanzaron algunas piedras contra los soldados.

¿Se comprende esto?

¿Cómo se atrevian á arrojar piedras los que huian, los que estaban desarmados, los que no querian luchar?

Las pedradas fueron sobrado pretexto.

La caballería por un lado dando cuchilladas, y la infantería por otro con las bayonetas, hirieron á cuantos lograron alcanzar.

Mientras esto sucedia en la Puerta del Sol, hacíase lo mismo en la calle de Alcalá.

En esta última entraron los guardias, avanzando por las aceras la infantería y por el centro la caballería, mandando correr á cuantos encontraban, y acuchillando al mismo tiempo que daban la órden.

Entretanto se obligó á salir á los que estaban en el café Suizo, de lo cual resultó que el pacífico pueblo se encontrase atacado por dos lados á la vez y sin más salida que la calle de Sevilla.

Como todos se agolparon allí y todos quisieron correr, nadie pudo moverse en algunos minutos.

La gritería fué entonces atronadora; pero no eran los gritos de amenaza ni de combate, sino de terror.

—¡Fuego!—se oyó decir.

Resonó una detonacion, y un centenar de balas silbaron entre la apiñada é indefensa multitud.

No sabemos con qué nombre debe calificarse este acto.

El nombre importa poco: se hizo fuego bárbaramente sobre un millar de criaturas indefensas, y entre las que habia muchas mujeres y niños, sobre un millar de criaturas arrinconadas y apiñadas y que no querian más sino que los dejaran huir, sobre un millar de criaturas á quienes se habia sacado de los cafés reuniéndolas, para que sirvieran de blanco á las balas.

No hay en la historia de ningun pueblo ejemplo igual.

Aquel acto de barbárie fué calificado admirablemente con la palabra *ojeo* por un hombre eminente entre nuestros políticos y literatos.

Y efectivamente, como en el Senado dijo el orador á que nos referimos, lo que se hizo aquella noche fué un verdadero ojeo, exactamente igual al que se hace en un monte para obligar á los javalíes á huir hácia ciertos puntos, donde los esperan los cazadores.

Al ruido de la detonacion siguieron los gritos del pavor y los lamentos de agonía de muchos infelices.

Entre las víctimas se cuenta al desgraciado jóven Nava, cuya familia, no solamente era afecta al gobierno, sino que lo servia en puestos elevados.

El jóven á quien nos referimos, por su posicion y

clase, era muy conocido, y esto nos excusa ocuparnos de él con la extension que merece su memoria.

Hacia poco tiempo que se habia casado, y su esposa, jóven distinguida, virtuosísima y de noble corazon, perdió el juicio al recibir la noticia de la muerte del hombre á quien con tanta ternura amaba.

La pluma se resiste á consignar estos horrores; pero es preciso para que pueda formarse idea de lo que eran capaces los entonces dueños del poder, y para probar que el pueblo de Madrid no pensó siquiera provocar aquella lucha.

Otro detalle consignaremos: aseguróse que uno de los ministros de la corona, hombre por más de un concepto respetable, fué tambien apaleado por la guardia civil veterana.

¿Seria él tambien uno de los pícaros revolucionarios, seria el ministro uno de los que se rebelaban contra el ministerio?

Esto podrá no ser verdad; pero sí lo es que el ministro á quien aludimos, no solamente no se presentó ante las Córtes á defender la conducta del gobierno, sino que salió de Madrid para tomar baños y restablecer su salud.

Esto, que parece incomprensible, se explica fácilmente: de los sucesos de la noche de San Daniel no es verdaderamente responsable mas que el entonces ministro de la Gobernacion, no es responsable mas que el tristemente célebre don Luis Gonzalez Brabo, y las auto-

ridades que le ayudaron en aquella empresa, que tiene tanto de horrorosa como de risible.

No necesitamos pruebas materiales para juzgar: los hechos sobran para que se comprenda que la noche de San Daniel quiso ensayarse en Madrid el sistema de motines oficiales ya muchos años hacia gastado en Francia, donde se esplotó repetidas veces y con especialidad durante el reinado de Cárlos IX.

A los franceses les sucedia en aquella época poco más ó ménos lo que á nosotros: tenian un rey constitucional, que no amaba la Constitucion; tenian un gobierno parlamentario, instituciones populares, y ni el monarca ni el gobierno eran partidarios de semejantes principios.

Allí luchaba encarnizadamente el partido jesuita, el fanatismo y la aristocrácia contra el pueblo y la libertad; luchaban la luz y las tinieblas; luchaban las ambiciones desmedidas con las virtudes y las nobles aspiraciones, y por último se especulaba con la conciencia y cundia la inmoralidad, amenazando corromper todos los corazones.

¿Hemos tenido nosotros otra cosa?

¿Ha estado precisamente el mal en el sistema político que nos regía?

No; el mal no consistia solamente en las instituciones, sino en las personas.

La política no era ni el resultado del juicio, ni del sentimiento; era la especulacion, era un camino como otro cualquiera para hacer fortuna.

Y como la influencia no la ejerce nunca el pequeño sobre el grande, sino el grande sobre el pequeño, el mal cundia y la sociedad se gangrenaba.

Aún no se ha curado el enfermo: tiene el corazon lesionado y necesita un nuevo corazon.

La mayoría de los hombres que en nuestro desdichado país se lanzaban al campo de la política, no consultaban ni su cabeza ni su corazon, no se cuidaban de preguntar á su conciencia, sino que miràban solamente con qué ideas, en qué partido, con qué conducta podrian más pronto escalar los elevados puestos del Estado, hacerse personajes cuando apenas eran personas, y levantar una fortuna.

Los hombres más importantes en política, los que gobernaban el país, les habian enseñado el camino y los alentaban.

El ejemplo tiene mucha mayor fuerza que el consejo, y en vano predicaban las almas puras.

Se principiaba vendiendo la conciencia, y se concluia comprando la conciencia de los que iban á principiar.

Este es el índice de la historia de muchas de las grandes figuras políticas de nuestra patria.

¡Triste grandeza!

No lo envidiamos.

A pesar de todos los esfuerzos, el pueblo no se movia.

Las autoridades se desesperaban, multiplicábanse las

órdenes, apelábase á toda clase de recursos y se cometian innumerables atropellos.

La descarga hecha sobre la masa de criaturas que se habian refugiado en la calle de Sevilla, no fué más que el principio de los crímenes que debian cometerse á pretexto de restablecer el órden.

Se dirá que el órden no se habia alterado, y que por consiguiente no habia necesidad de restablecerlo por la fuerza; pero precisamente por eso calificamos de criminal lo que aquella noche se hizo.

Cuando los que huian pudieron salir por el otro extremo de la calle de Sevilla, se encontraron con nuevos acometedores en la Carrera de San Gerónimo.

Allí hicieron fuego tambien los guardias y quedaron sin vida ó gravemente heridos muchos de los que se habian salvado.

Habia por parte de las autoridades un tenaz empeño en que la poblacion se agitase ó pareciese agitada, y la guardia civil recorria las calles, diciendo á cuantas personas encontraba:

—Corra usted, corra usted.

Y al decirlo blandian las armas para herir.

No respetaban sexo ni clase.

En la calle de Alcalá, lo mismo que á todos, dieron esta órden al diputado y eminente poeta Alarcon.

—Yo no corro,—respondió enérgicamente nuestro amigo.

El espadon de un guardia civil de caballería brilló

sobre su cabeza, y á no resbalar el caballo y estorbarlo el tumulto, el inspirado poeta hubiese quedado allí sin vida, porque se habia cruzado de brazos resuelto á no moverse, y lo conocemos bastante para estar seguros de que se hubiera dejado acuchillar antes que correr.

De estos casos podríamos citar muchos.

Algunos de ellos provocarian la risa de nuestros lectores.

Tan ciegos iban los agentes de la autoridad, que mandaron correr á ancianos, que apenas podian sostenerse, y á tullidos que trabajosamente se arrastraban por la acera y que respondian:

—Máteme ùsted; pero ¿cómo he de correr si estoy cojo?

Se dieron cargas á la bayoneta á los niños que pitaban.

Heridos de bayoneta quedaron en las calles débiles octogenarios.

Heridas por la espalda se encontraron á muchas mujeres.

Cruelmente acuchillados viéronse niños que no tendrian diez años apenas.

Hé ahí los formidables enemigos del órden contra quienes el gobierno lanzaba la parte más veterana y aguerrida de nuestro ejército.

Ni un solo hombre del pueblo estaba armado.

Por parte del pueblo no habia más armas que los pitos de los traviesos rapaces que se divertian.

Lo repetimos: si no hubiera corrido tanta sangre preciosa, no seria posible hablar sériamente de los sucesos de aquella inolvidable noche.

Dejad á un lado la parte horrorosa y criminal, y no vereis más que lo ridículo y lo divertido.

El ensayo de motin no pudo ser más desgraciado.

Sin embargo, dió sus frutos, porque el gobierno se aseguró y hubo motivo para que las autoridades se diesen toda la importancia de salvadores de la sociedad.

No nos es posible referir uno por uno todos los episodios de aquella noche; hablamos no más que de algunos, para que se forme exacta idea de la situacion.

Tampoco podemos referir á la vez lo que á la vez sucedia en distintos puntos, y ya que nos hemos ocupado, aunque ligeramente, de las calles de Alcalá y de Sevilla, volveremos á la Puerta del Sol, donde las escenas no eran ménos interesantes, y en cuyos alrededores esperamos encontrar á algunos de los personajes á quienes hemos dado á conocer.

CAPITULO LIX.

Sigue la noche de San Daniel.

El hombre de la blusa azul, á quien ya vimos hablar con el jefe de policía, con otros tres de rostros patibularios, habíase entrado por la calle del Cármen al mismo tiempo que gran número de personas de las que huian.

—¡Por aquí!—gritó, mientras señalaba hácia la estrecha calle de los Negros, más estrecha en su entrada entonces por el estorbo de una valla de madera que habia delante de las primeras casas, cuya edificacion no estaba concluida.

Detuviéronse casi todos los que corrian y dudaron; pero viéronse relucir más bayonetas hácia la parte del exconvento del Cármen, y ya no vacilaron en buscar la salvacion por la derecha, segun habia indicado el de la blusa.

Éste y sus compañeros juraban y maldecian desesperadamente.

Entraron en la calle de los Negros; pero no bien habian pasado más allá de la valla, cuando diez ó doce hombres corrieron hácia ellos desde la parte superior de la calle, mientras gritaban diciendo:

—No vayais por allí... Nos persiguen, nos acuchillan.

—Por aquí tambien,—replicaron los otros.

—¿Qué hemos de hacer?...

—¿Por dónde hemos de salvarnos?...

—Nos defenderemos,—gritó uno.

—Sí, ¡vive Dios!—exclamó otro.

—Más vale morir peleando que huyendo.

—Nos asesinan...

—Nos harán pedazos; pero no dirán que somos cobardes.

Desde que se oyeron estas voces, la confusion fué completa.

El mayor número, seguro de que habia de morir, no pensó más que en luchar.

La sangre española se enciende fácilmente.

Nuestras imaginaciones se exaltan á poco que se nos excite.

—¡Abajo los tiranos!—gritó el de la blusa.

—¡Viva la libertad!—exclamaron otros.

No fué menester más.

Todos decidieron resistir.

¿Cómo habian de hacerlo?

No tenian armas.

La valla era un parapeto.

—Orden,—dijo el de la blusa.—Saquemos escombros de aquí y fácilmente cerraremos el paso.

—Y nos defenderemos con palos, piedras y ladrillos.

Arrancaron algunas tablas, invadieron el edificio que estaba á medio construir y empezaron á prepararse para la resistencia.

Todos iban, venian, se agitaban y gritaban.

Contrastando con aquel febril movimiento, con aquella confusion, vióse un hombre que adelantaba calle abajo con una tranquilidad inconcebible en aquellos momentos.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos del ancho gaban en que se envolvia, y su mirada, ardiente, penetrante y escudriñadora dirigíase á todos lados.

Era Plotoski.

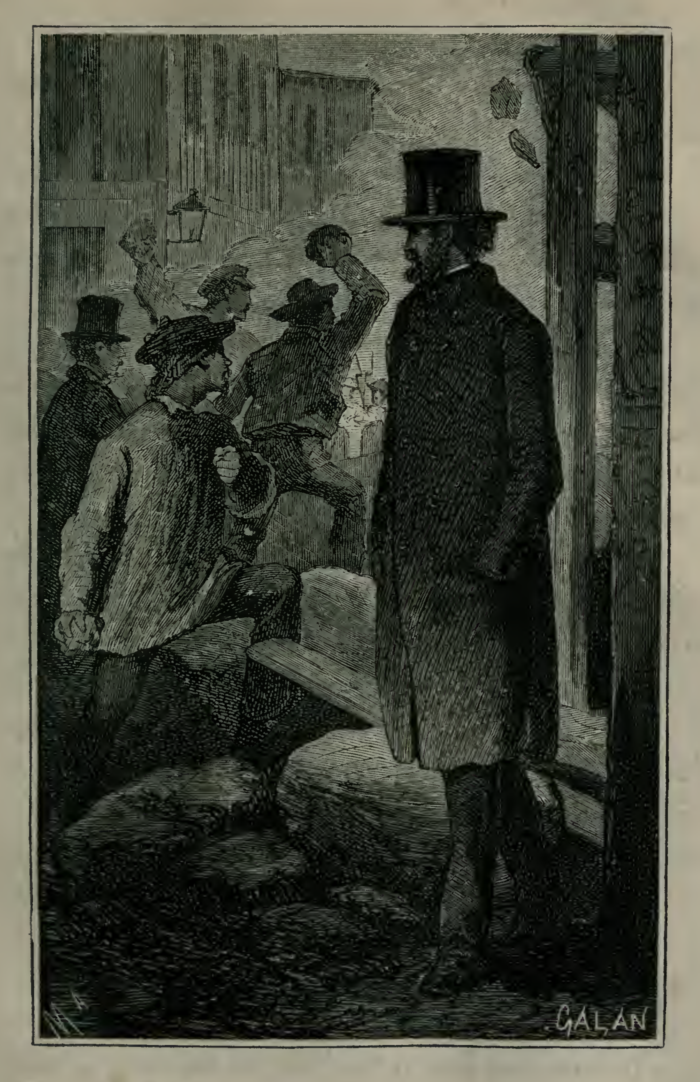
A los pocos minutos llegó el misterioso personaje donde los otros, como impulsados por un vértigo, se revolvian sin cesar.

Confundióse entre ellos, mirándolos afanosamente uno por uno y sin pronunciar una palabra.

De pronto relumbraron sus negros ojos más que nunca y exclamó:

—¡Ah!

Dió un paso, extendió un brazo y dejó caer la mano sobre otra grande y muscular que se levantaba.



Era Plotoski.



—¡Mil truenos!—gritó, volviéndose el que acababa de ser asido.

Y su mirada sombría y amenazadora se fijó en el extranjero.

Bien pronto cambió su rostro de expresion.

—¡Por mi alma!—exclamó más sorprendido que enojado.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Plotoski con dureza.

—Defenderme,—respondió el otro, en quien nuestros lectores habrán reconocido á Medio-beso.

—¿No te he mandado que te metas en tu casa al primer síntoma de alboroto?

—Yo no he buscado camorra y he querido irme; pero usted no sabe lo que pasa: nos acuchillan, nos persiguen...

—Lo sé.

—¡Mil truenos!—exclamó el gigante, apretando desesperadamente los puños.—Puesto que hemos de morir, que no digan que somos cobardes.

—Dirán solamente que sois estúpidos.

—¿Oye usted?

Oíanse efectivamente detonaciones, gritos y el ruido de la caballería que recorria las calles dando cargas.

—Vete,—dijo Plotoski.

—No nos dejan siquiera huir.

—Por esta parte...

—Los que por ahí se fueron han tenido que volverse...

—Los que has visto bajar, diciendo que los perseguian, eran como esos que tanto gritan ahora y llaman cobardes á los que no están dispuestos á resistir.

—No me iré,—replicó Medio-beso, que estaba trastornado por la ira.

—Te irás y ahora mismo, porque un minuto despues será tarde.

—¡Oh!...

—Mira...

—Los guardias...

—Ven...

La guardia civil, mandada por un general, llegó frente á la calle de los Negros y tomó posicion para dar el ataque á los que se habian parapetado tras la valla.

Apenas se situaron allí, el de la blusa azul y sus compañeros arrojaron algunas piedras, y favorecidos por la confusion, retrocedieron y empezaron á ocultarse en los huecos de algunas puertas.

Tras de aquellas piedras se arrojaron otras por los que, como Medio-beso, habian decidido defenderse.

Los guardias cargaron á la bayoneta; pero no pudieron entrar en la calle, porque cayeron sobre ellos tablas y espuertas de escombros que los cegaron y les cerraron el paso.

Plotoski, arrastrando tras sí al bandido, intentaba en vano salir de entre la multitud para alejarse.

Arrojáronse nuevas piedras.

Los guardias se retiraron.

Algunos momentos despues silbaron las balas.

Resonaron los lamentos de los heridos.

La confusion fué entonces espantosa.

Todos quisieron huir.

La valla acabó de deshacerse y caer, formándose á la entrada de la calle un monton de tablas.

Por segunda vez hicieron fuego los soldados.

Ya nadie resistia.

Volvieron á cargar á la bayoneta; pero no tuvieron que luchar con otro enemigo que con el estorbo de las vigas y tablas.

Repetíanse sin cesar los toques de corneta.

El general que mandaba el ataque sobre un brioso caballo, iba y venia de un lado para otro en la calle del Cármen, daba multiplicadas órdenes y dirigia la palabra á los veteranos para que no perdiesen los alientos.

Para lo que habia que hacer bastaba un cabo y cuatro soldados.

Desde las casas no se hostilizaba á los agentes de la autoridad.

Los que estaban en la calle no tenian más armas que las piedras y ladrillos.

Sin embargo, se creyó que era indispensable el prestigio y los conocimientos estratégicos de un general, como si se hubiese tratado de asaltar una plaza fuerte.

Y tanto se creyó así, por tan difícil se tuvo la empresa de entrar en la calle de los Negros, tanto envaneció la victoria, que en pleno Congreso al dia siguiente se

comparó aquel ataque con el del ejército francés en el puente de Magenta.

No te rias, lector.

No exageramos, ni mucho ménos inventamos.

El diario de las sesiones de córtes de aquellos dias prueba la exactitud de lo que acabamos de decir.

La guardia civil, aquí tropezando, allí cayendo, si no cubierta de sangre y de gloria, al ménos cubierta de polvo, acabó por penetrar en la estrecha calle, sin encontrar más enemigos que los infelices que estaban en tierra heridos.

Entonces pudieron decir: «¡Gran batalla hemos ganado!»

Y algun chusco hubiera podido dar la respuesta.

Entretanto Plotoski y Medio-beso atravesaban la plazuela del Cármen y subian por la calle de las Tres Cruces.

—¿Está usted herido?—preguntaba el segundo.

—No.

—Entonces todo va bien.

—Más aprisa, más aprisa...

—Por aquí ya no hay cuidado.

—Te equivocas.

Salieron á la calle de Jacometrezo.

Algunos guardias civiles se les acercaron.

—Corran ustedes,—les dijeron.

—¡Mil rayos!—gritó Medio-beso.

—Corramos,—dijo Plotoski.

Y asiendo por un brazo al bandido le obligó á correr hácia la calle de la Montera.

—¿Pero adónde vamos?

—No te importa.

—Bien, paciencia.

—Busco á una persona y no la encuentro,—dijo Plotoski, deteniéndose algunos instantes en la Red de San Luis y mirando á su alrededor.

No vió otra cosa que los grupos de guardias civiles que subian desde la Puerta del Sol y la gente que se alejaba por las calles de Fuencarral, Hortaleza y Caballero de Gracia.

Por esta última siguieron apresuradamente.

La ardiente mirada del extranjero lo escudriñaba todo.

Su rostro estaba cada vez más contraido y su agitacion era más violenta.

Salieron á la calle de Alcalá, la atravesaron y penetraron en la del Turco.

No encontraron allí mas que dos ó tres personas.

Plotoski los miró á todos con un afan indescriptible.

—Por estos sitios,—murmuró,—debe andar. ¡Oh!... ¿Llegaré tarde?

—¿Qué dice usted?—le preguntó Medio-beso.

—Nada, nada.

—¿Pero á quién diablos quiere usted encontrar esta noche? El que no está muerto ó herido en la calle, está en su casa.

Llegaron á la Carrera de San Gerónimo.

Volvieron á detenerse.

Sin duda Plotoski no encontró tampoco á la persona á quien buscaba, porque dijo:

—Vamos, vamos.

Subieron por la calle del Prado, tomaron por la del Leon, y algunos minutos despues se encontraban en la plazuela de Anton Martin.

Iban á seguir calle de Atocha arriba; pero vieron que diez ó doce personas retrocedian apresuradamente, obedeciendo á un grupo de guardias, que hacian allí lo que en otras muchas partes.

Se preparaba una escena de mucho interés y que debia producir graves consecuencias para algunos de los personajes que figuran en esta historia, por cuya razon dejaremos á Plotoski y al bandido, para ocuparnos bien pronto de ellos con el detenimiento que requiere la situacion, y diremos ahora cuatro palabras sobre el estado en que se encontraba el centro de la poblacion.

En la calle Mayor, lo mismo que en la de Alcalá, Cármen y Preciados, se habian dado cargas de caballería, quedando muertos ó heridos lo mismo hombres, que niños y mujeres.

No fué la carnicería mayor, porque los soldados no encontraron más personas á quienes acuchillar.

Se cerraron los cafés, las tiendas y las casas.

En la Puerta del Sol y sus alrededores no quedó nadie mas que la guardia civil.

La revolucion estaba vencida.

¡Pobres tiranos!

Colocáronse centinelas en distintos puntos de aquellas calles, y varias patrullas empezaron á recorrerlas sin inconveniente alguno.

Alejándose de aquellos sitios y llegando á la plaza de Santo Domingo ó calle de la Luna, nada se encontraba de particular.

Para que se comprenda la importancia del supuesto motin, basta decir que ni aun las tiendas se cerraron en las calles situadas fuera del centro.

En los extremos de la poblacion se ignoraba lo que sucedia y todo el mundo estaba en su vivienda descuidado y tranquilo.

Sin embargo, las autoridades continuaban tomando precauciones.

La guardia civil seguia vigilando ó más bien buscando sin encontrar.

A las once de la noche reinaba por todas partes el más profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de los acompasados pasos de la guardia veterana, que en dos filas deslizábanse por las aceras envueltos en los capotes y las carabinas bajo el brazo.

Vistos de lejos parecian una procesion de negros fantasmas.

Lo repetimos: nunca se ha hecho representar á la fuerza pública más triste papel.

Ahora, lector, podemos retroceder para ir en busca

de nuestros conocidos y relatar los sucesos que tuvieron lugar en la plazuela de Anton Martin, sucesos que, segun hemos dicho, son de mucha importancia. Así terminaremos la célebre noche de San Daniel, cuyo recuerdo no se borrará de la memoria de los habitantes de Madrid.

CAPITULO LX.

Una lucha sangrienta.

El alumbrado público no era suficiente para reconocer á alguna distancia á las personas que formaban el grupo de que antes hemos hablado y que se habian visto obligadas á retroceder hácia la plazuela de Anton Martin.

Muchos siguieron calle de Atocha abajo, cinco ó seis desaparecieron por la calle del Leon, y tres ó cuatro entraron en la de la Magdalena.

Plotoski quiso mirarlos á todos y esto fué causa de que no pudiera fijar bien la atencion en ninguno.

—¿Qué hacemos?—preguntó el bandido, viendo que se acercaban los soldados.

—Tú á tu casa y yo á la mia.

—Entonces...

—Por aquí.

Entraron en la calle de la Magdalena, de donde salian tres de las personas que pocos momentos antes habian creido encontrar por allí libre el paso.

Una sola habia quedado.

Era el jóven Alberto, que para ir á su casa, habia pensado buscar nuevamente la calle de Atocha por la de Cañizares.

Hé aquí lo que acababa de suceder.

Las cuatro personas que por aquel lado iban, encontráronse con cuatro guardias civiles, que les mandaron retroceder.

Tres de ellas obedecieron apresuradamente y sin replicar; pero Alberto, cansado ya de encontrar por todas partes estorbos para entrar en su casa, se detuvo y replicó:

—Voy á recogerme.

—Por otro lado,—le dijo ásperamente uno de los guardias.

—Tampoco me dejan pasar...

—Atrás se ha dicho...

—¡Oh!...

No entraron en más contestaciones.

Los soldados acometieron, y antes de que el jóven pudiese huir, fué herido en un costado.

Al sentir el frio glacial de la bayoneta, dejó escapar, no un ay de dolor, sino un rugido de rabiosa ira.

En aquel instante se presentaron Plotoski y Medio-beso.

La escena que entonces tuvo lugar fué rápida como un relámpago.

—¡Es él!—exclamó el extranjero.

Y de sus negros ojos se escaparon dos llamaradas.

Alberto llevó las manos á la herida y se apoyó contra una puerta, porque se sentia desfallecer.

—¡Miserables asesinos!—gritó fuera de sí Plotoski.

Y se lanzó hácia los guardias como impulsado por un vértigo.

Medio-beso, jurando y blasfemando, hizo lo mismo.

La lucha que iba á entablarse no podia ser más desigual.

El resultado debia ser fatal para nuestros amigos.

Uno de los guardias acometió á Plotoski con la bayoneta, mientras que otro, sacando el rewolver, apuntó á Medio-beso.

Ni unos ni otros volvieron á pronunciar una palabra.

El extranjero dió un paso á su derecha al mismo tiempo que su contrario asestaba el golpe, y la bayoneta fué á clavarse en la pared.

Plotoski asió entonces con la mano izquierda la carabina, y con la derecha el cuello del guardia, sacudiéndolo tan rudamente, que le hizo perder el equilibrio y caer.

Entretanto disparó el otro; pero la bala fué tambien á clavarse en el muro, y Medio-beso, sin dar lugar á un

nuevo disparo, abrió los brazos y cayó sobre el guardia, estrechándolo fuertemente y rodando ambos mientras que luchaban con las fuerzas de la desesperacion.

Los otros dos guardias no tuvieron más que adelantar algunos pasos para acudir en auxilio de sus compañeros.

Pero Plotoski, dueño de la carabina, la dejó caer sobre la cabeza del que tenia más próximo, haciéndole rodar sin vida ó gravemente herido.

La puerta donde Alberto se apoyaba, se abrió, saliendo un hombre armado de una palanqueta de hierro.

Este auxilio inesperado fué la salvacion del extranjero, que iba á ser herido en la espalda por el cuarto soldado.

Empero antes de que esto sucediese, ó más bien en el momento en que iba á suceder, la palanqueta cayó sobre la nuca del soldado, que vaciló un instante y quedó sin vida.

Medio-beso, cuyas hercúleas fuerzas eran muy superiores á las de su contrario, habia sujetado á éste y le habia puesto sobre el pecho una rodilla, oprimiéndole tan brutalmente que el desdichado arrojó una bocanada de sangre y exhaló el último suspiro.

Los otros dos permanecian sin conocimiento.

Alberto lo habia perdido tambien.

De esta circunstancia no se apercibió Plotoski; ni tampoco hubiera podido decir con seguridad si alguien

lo habia socorrido, porque su atencion estaba fija solamente en los guardias y no sintió abrirse la puerta.

El de la palanqueta, apenas terminada la lucha, se inclinó, cogió en sus brazos al jóven, lo levantó como se levanta una pluma, entróse en su vivienda y volvió á cerrar.

Todo esto fué ejecutado con una rapidez casi inconcebible.

El extranjero, sin enemigos ya de quien defenderse, corrió al sitio donde Alberto habia quedado.

Éste habia desaparecido ya.

No puede comprenderse la sorpresa de Plotoski.

Por algunos segundos quedó como petrificado.

Luego se volvió á uno y otro lado, movióse y anduvo en todas direcciones, mirando con un afan indescriptible.

¿Dónde estaba el herido?

¿Habia éste aprovechado sus últimas fuerzas para huir?

Era lo más probable, era lo que debia suponerse.

Plotoski corrió como un loco calle arriba.

No encontró alma viviente.

Retrocedió sin pensar el peligro que corria permaneciendo en aquel sitio.

—¿Pero qué hacemos aquí?—le dijo Medio-beso, deteniéndolo.

—¿Dónde está, dónde está?

—¿Quién?

—El jóven á quien hirieron cuando nosotros llegamos.

—Se habrá ido, que es lo mejor que ha podido hacer.

—Preciso es buscarlo...

—¿Dónde?

—Tú por ese lado, yo por este...

—¿Y qué?

—Nos reuniremos en la calle de Atocha.

—Pero...

—Corre, ¡vive el cielo! corre.

Medio-beso obedeció maquinalmente, tomando hácia la plazuela de Anton Martin.

El extranjero se alejó en direccion opuesta.

Pocos minutos despues se reunian en la calle de Atocha.

A nadie habian encontrado.

Plotoski se acercó á la puerta de una casa grande y pareció dudar.

—Ahora,—dijo el bandido,—me encuentro bien por que me he desahogado. Al que me disparó, lo he aplastado, y á uno de los otros, que empezaba á moverse, le he clavado la navaja en el corazon.

Plotoski no oyó lo que decia Medio-beso.

—¿En qué piensa usted?—añadió éste.

—¡Oh!... Esta duda...

—Si no se ha vuelto usted loco, no le falta mucho.

La mirada del extranjero tenia una expresion profundamente sombría y espantosamente terrible.

¿Por qué perdia la calma aquel hombre, que con la mayor indiferencia habia oido silbar las balas?

¿Por qué habia entablado aquella lucha desigual cuando poco antes aconsejaba huir?

¿Por qué con tanto afan buscaba al jóven herido?

Lector, habrás de tener paciencia, porque nos es imposible aclarar este misterio por ahora.

Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales Plotoski pareció meditar.

—Vamos,—dijo al fin.

—¿Hácia dónde?

—Hácia nuestras casas.

Por la calle de Cañizares volvieron á la de la Magdalena.

Allí se detuvieron.

—¿Me voy ya?—preguntó el bandido.

—Sí, y en cuanto á lo que ha pasado...

—No necesita usted advertirme que conviene callar y disimular.

—Nos veremos mañana.

—¿Dónde?

—Yo te buscaré.

—Buenas noches.

Alejóse Medio-beso.

El extranjero sacó una llave, abrió la puerta de su casa y entró.

Ya era tiempo: un minuto más y su perdicion hubiera sido cierta, porque en aquel momento una patrulla

entraba en la calle por el lado de la plazuela de Anton Martin, y poco despues llegaba al sitio donde estaban los guardias civiles heridos ó muertos.

Los dejaremos, porque es preciso que sigamos ocupándonos del extranjero misterioso, que nó era posible que se contentara con lo que le hemos visto hacer.

CAPITULO LXI.

Don Juan y Plotoski se reunen.

Pocos segundos despues de haber entrado Plotoski en su habitacion, viósele asomar á la ventana desde la cual hacia sus observaciones incomprensibles.

Su rostro continuaba lívido y descompuesto.

No habian perdido sus ojos el brillo intenso que poco antes tenian, sino que por el contrario parecia que relumbraban más y más.

Su mirada, con una expresion de afan, de avidez indescriptible, se fijó en la casa del jardin, encontrando la misma luz y la misma mujer que habia visto algunas noches antes.

Empero no estaba ella inmóvil como una estátua, no parecia, como otras veces, que absorta en sus pensa-

mientos se hubiese olvidado de cuanto la rodeaba y hasta del mundo.

Con frecuencia cambiaba de postura.

Volvia los ojos hácia la puerta y escuchaba como quien á la vez teme y anhela.

Unas veces se oprimia el pecho como si quisiera contener las violentas palpitaciones de su corazon y otras ocultaba el rostro entre las manos.

Sus negros y magníficos ojos relumbraban con el fuego de la fiebre.

Su mirada, ya suplicante, ya dolorosa, solia dirigirse al cielo.

En todo revelaba la infeliz una mortal angustia.

Para Plotoski no pasó desapercibido ni el movimiento más leve de Clotilde.

—¡Oh!—murmuró el extranjero despues de algunos minutos de observacion.—No ha vuelto á su casa, porque su madre estaria á su lado... ¿Qué ha sido de él?

Y apretando los puños, exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio!

Siguió observando.

En medio del silencio profundo que reinaba pudo percibirse, aunque lejano y muy confuso, el sonido de una campanilla.

Clotilde se puso en pié como impulsada por un resorte.

Dió un paso hácia la puerta; pero se detuvo como si tuviese miedo.

Pareció dudar.

Antes de que se decidiese á adelantar ó retroceder, levantóse la cortina que cubria la puerta, y entró un hombre.

Era don Juan de Bustamante.

Cómo relumbraron los ojos de Plotoski, ni lo que expresó su rostro, es imposible explicarlo.

Sus manos, crispadas y convulsas, asieron el marco de la ventana, clavando las uñas en la madera.

En el interior de su pecho resonó como un rugido sordo y espantable.

El semblante de don Juan no tenia tampoco nada de tranquilizador.

Estaba violentamente contraido.

Su mirada era sombría y revelaba el sentimiento de la más reconcentrada ira, casi la desesperacion.

Plotoski vió que los dos esposos hablaban, que Clotilde cruzaba las manos y parecia suplicar, y que Bustamante daba muestras de la mayor desesperacion.

La escena fué breve.

Don Juan cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Clotilde, con las manos puestas sobre el corazon, permaneció tambien como una estátua.

No pasaron mas que dos ó tres minutos.

Don Juan tomó el sombrero, que habia arrojado al entrar sobre una silla.

Plotoski desapareció entonces de la ventana, la cer-

ró, salió de su cuarto, bajó precipitadamente la escalera sin cuidarse de llevar luz, y con el tino de un ciego atravesó el portal, abrió la puerta que daba á la calle y salió de la casa, volviendo luego á la derecha y alejándose rápidamente.

Entró por la calle de Cañizares y salió á la de Atocha, encontrándose allí con don Juan, que parecia dirigirse al centro de la poblacion.

El extranjero se le puso delante, diciéndole:

—Caballero...

—¿Qué quiere usted?—preguntó Bustamante sorprendido.

—Por aquí,—repuso Plotoski, señalando en direccion de la calle de la Magdalena.

—¡Por ahí!...

—Sí, por aquí lo encontraremos.

—¿A quién?—repuso don Juan, casi aturdido por la sorpresa.

Pero en lugar de responder á esta pregunta, dijo Plotoski:

—No puede haberse alejado mucho.

—Pero...

—Ayúdeme usted, y... ¡Oh!... Por atormentadora que en este caso sea la duda, es mucho más horrible la realidad.

Bustamante fijó una mirada escudriñadora en el extranjero y empezó á creer que éste era un infeliz demente.

El extraño aspecto de Plotoski ayudaba á confirmar esta sospecha.

—¡Ojalá estuviese loco!—murmuró el extranjero con profunda amargura.—Así se habrian borrado todos mis recuerdos, así me seria todo desconocido, y...

—Cuanto me ha dicho usted es incomprensible, y mi sorpresa...

—Es natural.

—Perdone usted,—repuso Bustamante;—pero no puedo detenerme: los momentos tienen para mí un inmenso valor...

—Por eso no debemos perderlos. Sale usted de su casa para buscar al hijo de su esposa...

—¡Ah!...

—Aún no hace media hora que la casualidad me llevó al lado de Alberto.

—¿Dónde?

—En la calle de la Magdalena.

—¿Y qué ha sido de él?

—Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra. En los pocos minutos que permanecimos reunidos no pude ocuparme de él, porqué me era forzoso atender á los que le habian acometido antes de que yo llegase y me acometieron despues á mí.

—Presiento una desgracia...

—Cuando encontré á Alberto, ya lo habian herido..

—¡Oh!...

—Y cuando quité de en medio á los miserables autores

del atentado, volví la cabeza y ya no encontré al desgraciado mancebo.

—Herido... En la calle de la Magdalena... Se habrá refugiado...

—No sé; pero no puede estar lejos de aquí. Creí que habria vuelto á su casa...

—No, no ha vuelto, y su madre...

—Ya lo sé.

—¡Que lo sabe usted!...

—Sí: usted tambien ha sido atropellado...

—Es verdad.

—No perdamos el tiempo.

—Sea usted quien fuere, por ahora no veo en usted más que un hombre noble y generoso que ha expuesto su vida por mi hijo...

—Sí,—interrumpió Plotoski con voz alterada,—el hijo de su esposa de usted, merece... Pero vamos, señor don Juan, vamos.

Bustamante no hubiera sabido explicar lo que sentia, lo que le hacia experimentar la voz, la mirada profunda de aquel hombre misterioso y de tan raro aspecto.

No eran aquellos los momentos más oportunos para entrar en explicaciones, y don Juan guardó silencio y siguió al desconocido.

Bien pronto llegaron al sitio donde habia tenido lugar la lucha.

En el pavimento se veian dos charcos y manchas de

sangre; pero ni una gota de la de Alberto habia quedado por allí.

Era, pues, imposible seguir el rastro.

—Ruego á usted,—dijo don Juan,—me refiera con todos sus detalles lo que ha sucedido.

El extranjero, colocado junto á la puerta de que ya hicimos mencion, comenzó el relato, concluyendo por decir:

—Creo que la herida la recibió Alberto en un costado.

—Una herida mortal...

—Segun.

—¿Y luego?

—Le faltaron las fuerzas y se apoyó aquí... No sé más.

—Es extraño,—repuso Bustamante.

Al decir esto crujió la puerta y se movió, abriéndose y presentándose un hombre.

Era el mismo que antes habia salido con la palanqueta.

—¡Ah!—exclamó el extranjero.—La persona que se presentó y desapareció... Sí, usted debe ser...

—Yo fuí, vecino,—respondió el otro,—y ahora salia para ir á casa de este caballero y decirle que he tenido la fortuna de poder auxiliar á su hijo, recogiéndolo en mi pobre vivienda.

—¡Está aquí!...

—Entremos, entremos.

—Perdonen ustedes... Antes que nada necesitamos un médico.

—Pero la herida de Alberto...

—Supongo que es grave. Aún no ha recobrado el conocimiento.

No se necesitaban más explicaciones.

Consultaron brevemente sobre lo que convenia hacer, y se decidió que el dueño de la casa quedara al cuidado del herido, que Plotoski fuese en busca de un médico, y que entretanto don Juan volviese á su morada y preparase el ánimo de Clotilde para hacerle más soportable el terrible golpe que debia recibir.

Una vez adoptada esta determinacion, cerróse la puerta, don Juan tomó hácia la calle de Cañizares, y el extranjero hácia la plazuela de Anton Martin.

Y hé ahí cómo la casualidad puso tambien en relaciones á Plotoski con Bustamante, siendo Alberto la causa, como habia sucedido con don Cándido.

Ahora deberá sernos más fácil descubrir el misterio en que aquellos dos hombres se envolvian.

Tambien averiguaremos lo que se proponian, observando el interior de la casa de don Juan, y sabremos al fin si eran amigos ó enemigos de éste.

Los dejaremos y penetraremos en la vivienda donde habia sido auxiliado Alberto, porque la familia que allí habita tiene destinado un papel de muchísima importancia en la presente historia.

CAPITULO LXII.

La familia Moncayo.

En la planta baja del edificio donde tenian su vivienda don Cándido y Plotoski, habia varias tiendas ocupadas casi todas por artesanos.

En una de ellas, la más espaciosa, no se veia nada que al primer golpe de vista llamasê la atencion.

Sobre la puerta se leia lo siguiente:

Moncayo, mecánico cerrajero.

Tres ó cuatro cajas de hierro, un armario, una mesa y algunas sillas era cuanto se encontraba al entrar en el establecimiento del señor Patricio Moncayo, que tenia su taller en otra habitacion, cuyas ventanas daban al patio que ya conocemos.

Por una escalerilla de madera muy empinada se subia á las habitaciones ocupadas por la familia de Moncayo, y que eran parte del entresuelo de la casa.

El señor Patricio tenia una gran reputacion en su oficio y una numerosa clientela, porque no habia en Madrid otro que pudiera hacer lo que él hacia.

Por esta razon ganaba mucho, más de lo que necesitaba para vivir, y vivia con más decoro y comodidad que ningun artesano.

Frisaba en los cincuenta, era de estatura más bien elevada y fuerte organizacion.

Su juventud habia sido de trabajo, y por consiguiente de virtudes, de lo cual resultó que á su edad, como todo hombre que ha tenido una vida arreglada en la adolescencia, conservase el vigor físico y la energía moral de los treinta años.

Su rostro no carecia de belleza varonil.

Sus ojos eran grandes, negros y de mirada ardiente y expresiva.

Su cabeza, perfectamente modelada, empezaba á verse desnuda de cabellos en su parte superior, cabellos que ya habian encanecido, lo mismo que su barba.

Con perfecta salud, con sobrados recursos para vivir con holgura y con la conciencia tranquila, el señor Patricio Moncayo era el hombre más feliz del mundo, y el recuerdo de sus pasadas desgracias, en vez de amargar su dicha presente, la completaba, dándole más valor.

Una sola nube empañaba el horizonte de su felici-

dad, y en qué consistia esta nube lo diremos despues.

En cuanto á su carácter y sus costumbres, nada tenian de particular, sino el no parecerse á las de los demás de su clase.

Era poco ó nada comunicativo.

Amigos verdaderos, amigos íntimos no se le conocia ninguno; y sin embargo, el último conocido podia llegar á pedir á Moncayo un favor, seguro de que éste no se lo negaria, aunque el favor hubiese de costarle un sacrificio.

Con esto solo puede ya juzgarse de sus nobles sentimientos.

Moncayo se levantaba al rayar el dia, se metia en su obrador y se ponia á trabajar, sin interrumpir su tarea mas que el tiempo preciso para comer.

El trabajo puede decirse que era una de sus afecciones, era en él una especie de pasion dominante.

Los dias festivos los dedicaba á su familia, pasándolos en honestas y tranquilas diversiones; pero aquellos dias de descanso no estaba nunca tan de buen humor, porque echaba de ménos su taller y su trabajo.

Tenia una mujer sencilla, dulce y buena, y una hija de diez y ocho años, que era un prodigio de belleza y un tesoro de virtud y de ternura.

Además tenia otro hijo, que por entonces no vivia con ellos.

En el interior de la casa no habia lujo; pero sí limpieza, órden y comodidad.

Se comia bien para vivir; pero no se vivia para comer.

¿Cuáles eran los antecedentes del señor Patricio Moncayo?

Vamos á darlos á conocer.

Muy niño habia quedado sin padre.

Se dedicó al oficio de cerrajero, se aplicó, y antes de cumplir diez y seis años era ya el sosten de su madre anciana y enferma.

Cuando se consideró feliz porque era útil á su madre, ésta dejó de existir.

Moncayo sufrió lo que era consiguiente y buscó el consuelo en el trabajo; pero no pasó de ser lo que es un cerrajero en España.

Habia aprendido á leer y escribir; pero nada más, y por consiguiente era imposible que adelantase, imposible que supiese hacer otra cosa que lo que hacia su maestro.

Ganaba un buen jornal, y como no podia vivir sin afecciones, acabó por casarse.

Tuvo un hijo y luego una hija.

Aunque no habia recibido educacion, como estaba dotado de clara inteligencia y era hombre de sentimiento, no pudo mostrarse indiferente á la suerte de su patria y se ocupó de la política.

Meditó tan juiciosamente como era natural en él.

Cuando tuvo una opinion y estaba seguro de no cambiarla, manifestó sus ideas en cuantas ocasiones se le presentaron, y concluyó por comprometerse sin que

le hiciesen vacilar los temores de ninguna desgracia.

El año cuarenta y ocho se batió en las calles de Madrid.

Fué el primero que se presentó á luchar y el ultimo que se retiró.

Conocíalo demasiado la policía y tuvo que ocultarse y huir.

Lo favoreció la suerte y consiguió entrar en Francia.

Una vez allí, buscó trabajo, lo encontró y no pensó ya mas que en reunirse á su familia.

A los seis meses se realizó su deseo, yendo á Francia su esposa y sus dos hijos.

Moncayo vió un mundo que le era desconocido.

No tardó en avergonzarse de su ignorancia, y sin dejar de trabajar en su oficio, estudió con una constancia y un ardor verdaderamente febril.

Dos años despues era ya otro hombre.

Quiso adelantar más y se fué á Inglaterra.

Despues de otros dos años se trasladó á Alemania, y al siguiente volvió á París.

Allí se estableció.

Ya no era el artesano rudo, sino el industrial bien educado, y sobre todo una notabilidad en su oficio.

Se le presentaba un porvenir risueño, porque cada dia ganaba más.

Habia cuidado de educar bien á sus hijos.

La revolucion de 1854 le abrió las puertas de España.

Aunque se encontraba muy bien en París, el amor patrio pudo más que ningun otro interés.

Por más que la fortuna nos sonria, no podemos ser completamente felices en extraña tierra.

Moncayo traspasó su establecimiento y regresó á España.

Aquí pasó el señor Patricio Moncayo más de un año antes de conseguir que á su trabajo se le reconociese el mérito que tenia, y cuando empezaba á adquirir crédito, cuando creyó que empezaba á sonreirle la fortuna, lo postró una gravísima enfermedad.

Apenas convaleciente, enfermó tambien su esposa, resultando de todo esto que acabara por arruinarse, pudiendo apenas atender á las necesidades más perentorias de su familia.

Cumplió el hijo veinte años y llegó la época de las quintas.

La fatalidad no se habia cansado de perseguir al señor Patricio: su hijo fué soldado.

¿De dónde sacar ocho mil reales para que aquel hijo querido no fuese á servir de instrumento á la ambicion de los tiranos?

Moncayo hizo cuanto es imaginable; pero no consiguió reunir la cantidad que necesitaba y tuvo que separarse de su hijo.

Un año despues empezó á sonreirle la fortuna, y sin nuevos quebrantos pudo llegar á ser lo que deseaba.

¿Pero y su hijo?

Hé ahí la nube que empañaba el horizonte de su felicidad.

El hijo era física y moralmente el retrato del padre.

Con decir esto lo damos suficientemente á conocer.

El dolor de los padres fué doblemente intenso por lo mismo que el hijo era bueno y los amaba mucho.

El señor Patricio sufrió horriblemente; pero no exhaló una queja y aun procuró ocultar lo que sentia.

Evitaba que le hablasen de su hijo, y sin embargo no lo olvidaba un instante.

El hijo tenia al trabajo tanto amor como su padre, se habia aplicado y valia tanto como éste.

Mucho tiempo pasó antes de que Moncayo se acostumbrara á estar solo en su taller, y muchos dias, entregándose á sus dolorosos pensamientos, olvidaba el trabajo, apoyaba en las manos la frente y permanecia inmóvil dos ó tres horas.

Cuando volvia á levantar la cabeza veíanse aún algunas lágrimas en sus mejillas.

Para que llorase un hombre como él, debia sufrir mucho.

El hijo procuraba endulzar aquellos dolores, escribiendo con frecuencia y asegurando que se encontraba muy bien.

El valor, la inteligencia y la honradez del jóven le conquistaron las simpatías de sus jefes.

A los pocos meses de servicio fué nombrado cabo.

Luego ascendió á sargento.

Le tocó ir á la guerra de Africa, y tanto hizo allí, que sin influencia de ninguna clase volvió de subteniente.

Nada de esto halagó á Moncayo: por el contrario, parecia sufrir más cada vez que recibia la noticia de haberse dado un ascenso á su hijo.

Éste aceptaba los empleos, no por ambicion, sino porque su situacion no fuese tan triste y por verse algo más considerado de sus superiores.

No sabemos si cuando llegó á oficial pensó continuar la carrera: es probable, porque ninguna indicacion hizo que revelara el deseo de cambiar la espada por la lima, el uniforme del soldado por la blusa del obrero.

A su edad nada tenia de extraño que le halagase el nuevo porvenir que se le presentaba.

¿Quién sabia si con el tiempo llegaria á una elevada posicion?

Un hombre que vale, que se siente con fuerzas para todo, aspira á todo, y abriga toda clase de esperanzas.

No pensaba el jóven que en nuestra época lo que ménos sirve es el verdadero mérito.

Como él era incapaz de cometer una injusticia, tenia fé en la rectitud de los demás.

El señor Patricio no habia dicho una sola palabra á su hijo en cuanto al porvenir de éste.

Queria dejarlo en completa libertad para no ser responsable de lo que pudiera suceder.

Sin embargo, el señor Patricio, despues de haber vivido seis años en el extranjero, creia que para su hijo no habia nada más honroso ni más conveniente que ser lo que era su padre.

Ser honrado y trabajador era para Moncayo lo que más podia halagar y aun envanecer á un hombre.

Su independencia y su reputacion, valian para el señor Patricio más que todas las elevadas posiciones que otros se afanan para alcanzar.

Su conciencia estaba tranquila, tenia con qué vivir decorosamente; no necesitaba adular á nadie y podia rechazar las humillaciones por que se hubiera intentado hacerle pasar.

¿Qué más necesitaba?

El señor Patricio Moncayo estaba, pues, orgulloso de sí mismo.

Tal era él y tal su situacion en los momentos en que lo presentamos á nuestros lectores, y una vez que ya lo conocemos, justo es que digamos cuatro palabras sobre su esposa y su hija.

CAPITULO LXIII.

Sigue la familia Moncayo.

La señora Catalina era un tipo completamente opuesto al de su esposo.

Él era reservado y severo hasta la dureza.

Ella era comunicativa, bondadosa, impresionable y débil.

Tenia la señora Catalina la misma edad que su marido; pero representaba ocho años más.

Sus últimas enfermedades habian dejado muy quebrantada su salud y era muy raro el dia en que se encontraba completamente buena.

El haberle arrebatado á su hijo habia sido para ella un golpe terrible, que debia menguar considerablemente su existencia.

No habia podido hacerse superior á la desgracia y

se habia dejado dominar por su dolor, que en vez de calmarse, parecia ser más intenso cada dia.

Arrebatar á una madre un hijo despues que lo ha criado, cuando el hijo puede ser su sosten y es su consuelo, cuando el hijo es la única estrella que brilla en el horizonte de la ancianidad, cuando la madre está orgullosa de aquel hijo y este orgullo es el único goce en su vejez, arrebatárselo, repetimos, es un crímen consignado en nuestras leyes, es una ley que santifica un crímen.

—¿Qué será del pobre hijo de mis entrañas?—decia la madre.—¿Cómo podrá vivir sin mis cuidados?

Y pensaba en todos los detalles que más horrible hacian aparecer la desgracia.

Sus consideraciones sobre este punto en nada se parecian á las del padre.

—Mi hijo,—decia Moncayo,—el hijo á quien yo he criado y educado, va á ser ciego instrumento de ambiciones y tenebrosas intrigas, va á ser quizá mi mayor enemigo, porque se le enseñará á ser enemigo del pueblo, se le obligará á que lo sea.

Esto no le ocurria á la madre, sino que pensaba qué comeria su hijo, en qué clase de cama dormiria, quién lo cuidaria en una enfermedad.

Por este estilo eran todas sus consideraciones, que aunque parezcan de poco valor, tenian mucho para su corazon de madre.

El tiempo no habia agotado las primeras lágrimas que la infeliz derramó al separarse de su hijo.

No habian vuelto á verla sonreir sino triste y amargamente.

Cada carta que del hijo se recibia, era para la pobre madre un acontecimiento que la trastornaba, y mientras la carta se leia, la señora Catalina se agitaba convulsivamente y lloraba y reia al mismo tiempo.

Despues de leida la carta por el padre, la anciana mandaba á su hija que volviese á leer, y ésta tenia que hacerlo tres ó cuatro veces, interrumpiéndose á cada paso para dar lugar á los comentarios y observaciones de la madre.

Semejante ocupacion duraba algunas horas.

La señora Catalina se apoderaba luego de la carta, la cubria de lágrimas y besos y la guardaba con las demás en una bolsita de tela de seda, que siempre llevaba con un cordoncito colgado al cuello y sobre su pecho á manera de escapulario.

En aquella bolsa habia tambien un retrato del hijo querido.

Mientras la hija se ocupaba en los quehaceres domésticos, la pobre madre, cuya falta de salud y debilidad apenas le permitia moverse, se sentaba en un sillon, sacaba la bolsa que contenia su inestimable tesoro, contemplaba el retrato, lo besaba amorosamente y lloraba, pasando así horas y horas.

Cuando se le hacian observaciones sobre lo que más que cariño era ya debilidad, contestaba que no sufria, sino que gozaba.

La existencia de la infeliz iba consumiéndose lentamente.

La respuesta á las cartas era otro acontecimiento.

El señor Patricio escribia, dirigiendo á su hijo algunas frases cariñosas y aconsejándole que cumpliera sus deberes, sin olvidar por esto que del pueblo era hijo, que al pueblo habia de volver, y que al pueblo se lo debia todo, hasta la honra.

Pero la señora Catalina, cuyos ojos iban debilitándose hasta el punto de no poder leer sino muy trabajosamente, hacia sentar á su hija y empezaba á dictar, escribiendo tres veces más que su esposo y diciendo mucho ménos que éste.

La palabra hijo mio, hijo de mi alma, se veia repetida por lo ménos cien veces en el escrito de la madre, y sus consejos consistian en rogar á su hijo que no la olvidase ni dejase de ser buen cristiano.

Así se consolaba y tranquilizaba la tierna madre.

Cuando se recibió la noticia de haber sido nombrado subteniente el hijo, suspendió el padre la lectura de la carta.

Su frente se contrajo y su mirada se tornó sombría por algunos momentos.

En los ojos de la madre brilló, por el contrario, el fuego de un júbilo sin igual, y en su semblante se reveló el orgullo de que en aquellos momentos estaba poseida, orgullo noble, orgullo maternal, orgullo santo.

Mujer al fin, sintió halagado su amor propio.

En un instante se pintó en su imaginacion á su hijo con el brillante uniforme de oficial, y lo encontró tan hermoso, que casi puede decirse que por algunos momentos consideró compensados todos sus pesares.

Sin embargo, no pronunció una palabra que indicase lo que sentia.

Tampoco el señor Patricio dijo lo que pensaba.

Aquella carta fué leida más veces que las otras.

Al contestarla pidió la madre al hijo un retrato, porque queria verlo con su uniforme y su espada.

El retrato no se hizo esperar.

Dionisio, que así se llamaba el jóven, era verdaderamente hermoso, con la misma hermosura varonil de su padre.

El segundo retrato fué desde entonces el más contemplado y besado por la señora Catalina.

Así pasó el tiempo.

La salud de la infeliz madre se quebrantaba más y más, y su vista iba menguando notablemente.

No habia hecho cambio alguno en su sistema de vida.

Dejaba el lecho tarde, almorzaba y se sentaba en su sillon.

Sacaba el retrato y las cartas, y con estos queridos objetos se ocupaba hasta que su hija se sentaba á su lado poniéndose á coser ó bordar.

Mientras la cariñosa hija hacia su labor hablaba con su madre.

Susana, que tal era el nombre de la jóven, no pro-

nunciaba una palabra que no fuese de ternura y de consuelo.

Susana era un verdadero ángel.

Estaba dotada de un gran corazon y de un espíritu enérgico como el de su padre.

Lo mismo que á éste, le habia hecho sufrir á ella la ausencia de Dionisio, y tambien sobre este punto eran iguales sus ideas á las de su padre.

Pero nunca, ni cuando Dionisio fué nombrado subteniente, hizo Susana observacion alguna que pudiese contrariar á su buena madre.

Su prudente conducta la hizo, pues, encantadora para todos.

Susana cuidaba constantemente de no desagradar á nadie, y era forzoso amarla.

Siempre que su opinion era contraria á la de los demás, excusaba manifestarla en cuanto le era posible.

Con este sistema no podia desagradar á nadie.

En cuanto á su persona, hemos dicho ya que Susana era un prodigio de belleza.

En sus negros y magníficos ojos revelábase la grandeza de su alma y su exquisita sensibilidad.

Estaba dotada de un talento clarísimo, y la esmerada educacion que habia recibido en Inglaterra habia hecho de la jóven una mujer verdaderamente rara.

Con su talento, su belleza y su instruccion, hubiera producido en los salones del gran mundo una verdadera conmocion.

Susana era un tesoro oculto, una perla escondida en su concha y en el fondo del mar; pero no porque estuviese oculta á los ojos del mundo, valía ménos.

¿La conocen ya bastante nuestros lectores?

Creemos que sí, y por consiguiente, podemos ocuparnos ahora del efecto que en la jóven produjo la presencia de Alberto.

CAPITULO LXIV.

El efecto que en Susana produjo la presencia de Alberto.

Cuando el señor Patricio regresó á España hizo propósito de no volver á mezclarse en la política.

El propósito lo cumplió no volviendo á conspirar; pero él mismo no estaba seguro de poder dominarse y mostrarse indiferente si llegaba el momento de la lucha.

Así sucedió el año 56: olvidó el propósito y se batió hasta el último momento, escapando milagrosamente con vida.

La noche de San Daniel estaba el señor Patricio en su casa cuando sonaron los primeros tiros, y su primer impulso fué lanzarse á la calle; pero su hija por un lado y su esposa por otro, en fuerza de súplicas y lágrimas lograron detenerlo.

—Me quedaré,—dijo al fin.

Y se puso á pasear en la habitacion como el leon se pasea en su jaula.

De vez en cuando abria una de las ventanas que daban á la calle, miraba, escuchaba y aun pedia noticias á los transeuntes.

La señora Catalina se acostó á la misma hora que todas las noches.

Susana se puso á bordar, y frecuentemente miraba con inquietud á su padre; pero no se atrevió á dirigirle la palabra.

Oyeron ruido de pasos y de voces.

El señor Patricio interrumpió su paseo y escuchó.

Pocos segundos despues resonó un tiro.

Susana exhaló un grito de terror.

Su padre rugió como un tigre y se lanzó fuera del aposento, bajando precipitadamente la escalerilla sin detenerse á tomar una luz y cogiendo la barra de que ya hicimos mencion.

Susana corrió tras él, diciéndole:

—Padre mio, padre mio.

—Silencio,—replicó Moncayo con tan imperioso tono, que la jóven no se atrevió á articular una sílaba más.

El cerrajero abrió la puerta y vió caer á sus piés al hijo de Clotilde.

No se detuvo á reflexionar: salió, descargó el mortal golpe sobre la cabeza del guardia, y como ya vimos, recogió á Alberto, volvió á entrar y cerró.

Susana habia acudido con la luz.

Ambos contemplaron al hermoso jóven, y en algunos momentos no acertaron á pronunciar una palabra.

—Ahora,—dijo al fin el señor Patricio,—dime que no he debido salir. Sin mi auxilio, este jóven hubiera muerto.

Susana no respondió.

Su mirada, intensa y profunda, estaba fija en Alberto con una expresion indefinible.

Su rostro se habia cubierto de mate palidez, y sus miembros temblaban convulsivamente.

—¿Qué te sucede?—le preguntó Moncayo.—No está muerto, y tal vez pueda salvársele. En cuanto á lo demás, el peligro ya pasó.

Susana se apoyó con una mano en una de las cajas de hierro, y puso la otra sobre su corazon, oprimiéndolo fuertemente.

Sus negros ojos se abrieron más y más, y sus pupilas se dilataron.

Despues de algunos momentos consiguió exhalar un suspiro.

—¿Pero qué te sucede?—replicó Moncayo.

—¡Es él!—murmuró Susana con voz sorda y sin darse cuenta de lo que decia.—¡Es él!

—¿Qué quieres decir?

—¡Ah!...

—¿Acabarás?—replicó con impaciencia el señor Patricio.

La jóven hizo un esfuerzo, y recobrando la energía, se acercó á su padre, diciéndole:

—No perdamos tiempo... Socorrámosle...

—Tú conoces á este jóven... ¿Quién es?

—Lo he visto algunas veces . . .

—¿Dónde?

—En uno de los balcones que dan al jardin...

—En esa casa vive don Juan de Bustamante.

—Debe ser su hijo...

—¡Oh!...

—Socorrámosle, padre mio, socorrámosle.

—¡El hijo de uno de los hombres de la situacion, de los que mañana, como representante del pueblo, se presentará á defender en el Congreso estos asesinatos!...

Interrumpióse el señor Patricio y desplegó una sonrisa profundamente amarga.

Efectivamente, Bustamante estaba obligado á defender en el Congreso el proceder de los ministros, porque era uno de los oradores con quien el gobierno contaba siempre, y porque se habia comprometido demasiado en la política y no podia retroceder ni aun mostrarse neutral, sin colocarse en una situacion muy difícil y nada halagüeña.

Otra circunstancia habia que ignoraba Moncayo: el mismo don Juan, al volver á su casa aquella noche, se habia visto detenido y groseramente tratado por los guardias civiles, sin que le valiese decir su nombre y que era un representante de la nacion. Los soldados habian recibido una consigna y la cumplian con exactitud.

Se habia dispuesto que todos corriesen y mandado

que se atacase á los que corriendo escitaban los ánimos y turbaban la tranquilidad del vecindario pacífico.

Los agentes de la autoridad hacian, pues, correr á todo el mundo y luego atacaban á los que corrian.

Verdad es que siempre tenian que atacar por la espalda, porque todos corrian para huir; pero no importaba esto: el caso era poder decir que se habia luchado y que se habia triunfado.

¿Qué tenia que hacer don Juan para defender al gobierno?

Tenia que decir: «Me han atropellado, me han maltratado groseramente, y han asesinado á mi hijo, porque queria entrar en su casa. Todo esto está bien hecho: yo doy gracias al gobierno porque ha mandado apalearme, y apruebo que á mi hijo lo hayan atravesado de un bayonetazo.»

Con razon sonreia amargamente el señor Patricio.

Preocupado con estas ideas, no pudo apercibirse bien del estado en que se encontraba su hija.

Llevaron á Alberto al aposento de ésta y lo colocaron en la cama.

Lo primero que hizo Moncayo fué averiguar dónde estaba herido el jóven.

Susana seguia temblando convulsivamente.

Con mucha dificultad sostenia la luz.

Su mirada era como antes, ávida y profunda.

Su corazon palpitaba como si fuera á romperse.

Alberto continuaba sin sentido.

—¿Qué hemos de hacer ahora?—preguntó al fin la jóven.

—Ante todo,—respondió el señor Patricio,—es menester dar parte de la desgracia á don Juan de Bustamante, porque él solo tiene derecho á disponer lo que mejor le parezca.

—Debe venir un médico...

—¿Crees que no lo llamarán en seguida?

—Supongo que no podrán trasladarlo á su casa...

—Así me parece; pero no es á nosotros á quien toca determinar.

—Mientras viene el médico...

—Nada podemos hacer.

—Continúa saliendo la sangre...

—Procuraremos restañarla.

—Y en seguida, padre mio...

—Iré á casa de don Juan.

En pocos momentos puso Susana sobre el lecho hilas, trapos y vendas.

El señor Patricio, como mejor le fué posible, vendó la herida, evitando que el enfermo perdiese más sangre.

—Ahora,—dijo,—á comunicar la triste noticia.

Y salió del aposento.

Susana cruzó las manos, elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora, y exclamó:

—¡Dios mio!

Por fin dos lágrimas brotaron de sus magníficos ojos.

Se sintió más aliviada.

Inclinó la cabeza, y su mirada, que expresaba una ternura infinita y el dolor más intenso, volvió á fijarse en el rostro lívido y desfigurado de Alberto.

Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Ya sabemos que el señor Patricio no tuvo que salir.

Volvió, pues, á los pocos minutos sin que de su presencia se apercibiese Susana.

El padre se detuvo en el dintel y contempló á su hija.

Al cabo de algunos momentos la frente del señor Patricio se contrajo más de lo que estaba.

Lo que pensó no lo sabemos.

Sin duda cambió luego de ideas ó de opinion, porque dijo para sí:

—No, no... Esto es una coincidencia que no tiene ninguna importancia.

¿Qué significaban estas palabras?

Lo ignoramos.

Tosió el señor Patricio.

La jóven se extremeció como si la despertasen repentinamente de un pesado sueño.

—¿No ha vuelto en sí?—preguntó Moncayo.

—No.

—No he tenido necesidad de ir á casa de don Juan, porque lo he encontrado á la puerta con nuestro vecino Plotoski.

—¿Aquel extranjero de las cerraduras?...

—Sí, y segun he comprendido, á Plotoski es á quien

antes salvé cuando salí. Ignoraban que estuviese aquí el herido y lo buscaban.

—¿Y cómo es que su padre no ha entrado?

—Ha ido á preparar el ánimo de su esposa.

—¡Pobre madre!

—Entretanto Plotoski avisará al médico y pronto sabremos si la herida es mortal.

Nada podian hacer entonces.

El señor Patricio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, empezó á pasearse por la habitacion.

Susana volvió á quedar inmóvil.

Cerca de media hora trascurrió sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Oyóse el ruido del aldabon.

—Llaman...

—Sí.

—Será el médico...

—Será don Juan...

—Voy á abrir,—dijo el señor Patricio, dirigiéndose á la puerta.

—¿No lleva usted luz?

—Es verdad; pero...

—Tome usted esta.

—¿Has de quedar á oscuras?

—Para nada la necesito ahora.

—Bien.

—No les hagamos esperar...

—Allá voy.

Moncayo tomó la luz y salió.

Los dos jóvenes quedaron envueltos entre las tinieblas.

A los pocos momentos se oyó un suspiro de esos que parecen escaparse de lo más profundo del alma.

Luego resonó un leve roce.

¿Recobraba Alberto el sentido?

No podemos saberlo hasta que vuelva con la luz el señor Patricio.

Esto no tardó en suceder.

Presentóse seguido de Plotoski y del médico.

Alberto continuaba en el mismo estado.

El suspiro lo habia exhalado Susana.

Los dejaremos para trasladarnos á la vivienda de don Juan de Bustamante, y ver cómo éste daba á Clotilde la triste nueva.

CAPITULO LXV.

De cómo Bustamante dió la noticia.

Don Juan temblaba cuando llegó á su vivienda.

¿Cómo dar la noticia á Clotilde?

Pálido y sombrío se presentó á su esposa.

Ésta lo esperaba con angustioso afan.

Al verlo exhaló un grito, fijando en él una mirada que queria decir:

—Si no lo has encontrado ¿por qué vuelves?

Esta muda reconvencion mortificó horriblemente á Bustamante, y como queriendo defenderse, dijo:

—No vengo sin noticias de Alberto.

—¡Traes noticias suyas y no viene contigo!... ¡Oh!... ¿Qué ha sucedido? Habla, que cada instante de duda es un sufrimiento insoportable.

—Tranquilízate.

—¡Que me tranquilice!...

—Sí, escúchame con calma.

—Díme dónde está mi hijo, lo que ha sido de él...

—A los pocos pasos de aquí encontré á un hombre de figura tan extraña que no sé calificar.

—¿Qué me importa?... Lo que quiero es saber dónde Alberto se encuentra.

—Pero...

—¡Oh!... ¿No comprendes mi tormento? ¿Acaso no te se alcanza lo que es el corazon de una madre?

—¿Y tú,—replicó don Juan,—no comprendes lo que yo tambien sufro?

—¡Dios mio!...

—Alberto está vivo.

—¡Vivo!... Entonces lo han herido...

—Escúchame.

—Nada escucharé: quiero saber dónde está mi hijo, tengo derecho á saberlo, y este derecho no puede negármelo nadie.

—No, no te lo niego; pero es preciso que me escuches, porque de otro modo será imposible que me comprendas, y te atormentarás doblemente, creyendo que la desgracia es mayor.

—Ya te escucho,—dijo Clotilde.

Y fijó en su esposo una penetrante mirada, y quedó inmóvil.

—El hombre de quien te hablo, que me conoce sin

que yo lo conozca, me detuvo y me dijo: «Por aquí.» Le pedí explicaciones de sus incomprensibles palabras, y me respondió que habia visto á Alberto en la calle de la Magdalena, acometido por cuatro guardias civiles.

Clotilde no pudo contener un grito de terror.

—El desconocido,—añadió Bustamante,—iba acompañado de otro y ambos acometieron á su vez á los guardias de tal modo y con tanto valor, que mataron ó hirieron gravemente á tres de ellos.

—¿Y no sabes,—preguntó Clotilde,—quiénes son esos hombres generosos?

—No tardaré en saberlo.

—¿Pero mi hijo?...

—Estaba herido.

Clotilde exhaló un nuevo grito y se sintió desfallecer; pero reunió todas sus fuerzas y pudo sostenerse y seguir escuchando.

—Cuando ese hombre generoso, ese hombre misterioso iba á sucumbir á su vez, se abrió una puerta y salió otro, que puso término á la lucha matando á uno de los guardias y recogiendo á Alberto, que se habia desmayado.

—Está, pues, en la calle de la Magdalena...

—Sí, en una de las tiendas de la misma casa donde habita ese don Cándido, que tambien salvó á nuestro hijo, y donde, segun he podido entender, vive el hombre misterioso.

No escuchó más la pobre madre.

Como impulsada por un vértigo, abrió un armario, sacó un abrigo, envolvióse en él y dijo:

—Vamos.

—Espera,—replicó don Juan, deteniéndola.

—¡Que espere!...

—Sí.

—Ni un solo instante...

—Es preciso.

—¡Que es preciso!... ¿Por qué?

—Porque así,—respondió don Juan de Bustamante,—lo aconseja la prudencia.

—¿Quién podrá detenerme, cuando quizá en este instante espira el hijo de mis entrañas?

—Te detendrás, porque no dejarás de escuchar la voz de la razon.

—Necesito ver á mi hijo, salir de dudas...

—Lo verás esta noche.

—Ahora mismo.

—Ahora ese hombre ha ido por el médico; éste reconocerá la herida y dirá lo que debemos esperar ó temer.

—Yo quiero estar presente.

—En el estado en que Alberto se encuentra puede serle fatal la más leve conmocion, y sin que el médico dé permiso, no te presentarás á él, ó al ménos no lo harás sin que se le anuncie y se le prepare para evitar los efectos de la sorpresa.

—No entraré en el aposento donde él se encuentre;

aguardaré en otro, y cuando pueda hacerlo sin peligro, me presentaré.

—Mucho más conveniente es que aguardes aquí.

—No, no,—replicó enérgicamente Clotilde.

—Yo iré y volveré apenas lo haya visto el médico.

—No, no,—repitió la infeliz madre.

—Clotilde mia...

—Déjame.

—Perdona; pero...

—No me detendrás sin hacer uso de la fuerza.

Estas palabras las pronunció Clotilde con acento de tan firme resolucion, que hizo temblar á Bustamante.

Ignoraba éste la gravedad de la herida, y como era posible que sucediera, temió que Alberto hubiese dejado de existir cuando su madre fuese á verlo.

Era preciso evitar situacion tan horrorosa, evitar que aquella desdichada madre no encontrase de su adorado hijo mas que el cuerpo inerte y frio.

Hasta entonces no pensó don Juan que habia cometido una ligereza, volviendo á su casa sin ver antes al jóven y apreciar el estado de éste en cuanto le fuera posible.

Pero ya no tenia remedio la torpeza, que era hija del aturdimiento y del trastorno del dolor.

Suplicó don Juan; pero la respuesta de Clotilde fué lanzarse fuera del aposento.

Siguióla él.

A los pocos minutos se encontraban en la calle de la Magdalena.

Entraron en la vivienda del señor Patricio.

Éste no tuvo más que mirar á Clotide para comprender que era la madre del jóven herido, y deteniéndola despues que habian subido la escalerilla, le dijo:

—Perdone usted, señora.

—Mi hijo...

—Va usted á tener noticias suyas,—repuso Moncayo.

Y señaló á una puerta por donde salió el médico.

A éste tampoco se le ocultó que aquella mujer era la madre del herido.

—Quiero saber la verdad, la verdad desnuda,—dijo Clotilde.

—Señora,—respondió el médico,—yo le diré á usted verdad.

—Sí, sí.

-La herida está en un costado y es grave.

'Oh!...

—ro los primeros síntomas que en su estado general senta el paciente, empiezan á infundir esperanzas salvacion.

—Qu ver á mi hijo.

—Por ed ha preguntado, y le he prometido que pronto la á usted.

—Enton

—Preséntc isted; pero sencillamente, como si ya lo hubiese vis como si ningun temor le inspirase su

vida. Háblele usted poco, y no le permita hablar nada.

—Me presentaré tranquila... Todo puede hacerlo una madre por la vida de su hijo.

Y sin esperar un instante, se dirigió hácia la puerta, seguida de don Juan.

La seguiremos tambien nosotros.

CAPITULO LXVI.

Una situacion incomprensible.

Alberto habia recobrado el conocimiento; pero se encontraba en tal estado, que apenas podia moverse ni hablar.

Junto al lecho estaba Susana como antes la hemos visto, inmóvil y con la mirada fija en el paciente.

Al otro lado de la cama, y en un rincon del aposento, veíase á Plotoski como envuelto en la sombra proyectada por la pantalla del quinqué.

Sus formas apenas se dibujaban, eran confusas, perdíanse, confundíanse, parecian esfuminadas sobre la pared, y por consiguiente, su figura aparecia más extraña.

Hubiérase dicho que era una sombra entre la sombra, un fantasma, un espectro que debia representar

allí uno de esos misteriosos papeles de la vida misteriosa de la naturaleza, inexplicable para la razon humana.

En medio de aquella oscuridad relumbraban sus negros ojos como dos luciérnagas, haciendo doblemente fantástico su aspecto.

Como ninguno de los tres hablaba ni se movia, el silencio que allí reinaba era absoluto y aun pavoroso...

Nos equivocamos, porque se percibia clara y distintamente el ruido de la respiracion precipitada de Alberto, y aun escuchando con cuidado hubieran podido contarse las palpitaciones violentas del corazon de Susana.

En tanto que el médico habia reconocido la herida y hecho la primera cura, Plotoski habia mirado alternativamente al enfermo y Susana.

En el rostro del extranjero habíanse pintado distintas sensaciones cada segundo; pero no habia pronunciado una palabra.

Clotilde entró, y sin cuidarse de Susana ni de Plotoski, acercóse al lecho, esforzándose para disimular lo que sentia.

Alberto miró á su madre, quiso sonreir, movió los lábios y murmuró con débil acento:

—Madre mia...

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Clotilde.

Y estampó un beso de inmensa ternura en la pálida frente del jóven.

—Esto no es nada,—dijo Alberto, que á pesar del

estado en que se encontraba, pensaba en tranquilizar á los que debian sufrir por él.

—Ya lo sé, hijo mio; pero no me moveré de aquí....

—¿Para qué?

—No hables... el médico lo ha prohibido...

La recomendacion era inútil.

Alberto no tenia fuerzas para hablar.

Cerró los ojos y quedó como aletargado.

Clotilde hizo un gesto doloroso y se oprimió el pecho, exhalando un penoso suspiro.

Entonces se volvió á Susana.

—Perdone usted,—dijo;—pero...

—Señora,—replicó la jóven con voz dulcísima y acento lánguido y triste,—no debe usted ocuparse de nadie en estos momentos.

A pesar del estado de agitacion y trastorno en que se encontraba, Clotilde, sin querer, fijó la atencion en la rara y fascinadora belleza de la jóven.

Hay criaturas que tienen el don de hacerse contemplar de todos y en todas las circunstancias y situaciones, y esto le sucedia á Susana.

Ya lo hemos dicho; en aquellos momentos la hija de Moncayo parecia, más que una mujer, un ángel protector de Alberto.

Su sencillez la hacia mucho más encantadora.

Clotilde le dirigió algunas frases de cariño y gratitud, á que ella contestó, asegurando que no habia hecho mas que cumplir su deber.

Hasta aquel momento la escena nada habia tenido de particular; lo que todos habian hecho estaba en armonía con la situacion; pero don Juan de Bustamante, despues de dirigir á su vez algunas palabras corteses á Susana, dijo á su esposa, mientras señalaba á Plotoski:

—Mi querida Clotilde, no has fijado la atencion en la persona á quien indudablemente debe la vida nuestro hijo.

La dolorida madre volvió la cabeza, y su mirada se encontró con la del extranjero.

Entreabrió la boca para hablar; pero ni una sílaba articuló.

¿Por qué?

No lo sabia.

Su trastorno fué completo.

No puede explicarse el efecto que produjo en la infeliz la presencia del extranjero.

Éste no era para ella un hombre, era un sér fantástico.

Aquellos ojos, ó más bien aquellos dos puntos luminosos en medio de la oscuridad, abrasaban el corazon de Clotilde.

Al ménos á ella le pareció así.

¿Era un sentimiento de pavor el que esperimentaba Clotilde?

Tal vez.

Pero ¿cómo le infundia terror el que habia salvado la vida de Alberto?

Plotoski permanecia como una estátua.

Sus ojos brillaban más cada vez, y su mirada era más profunda.

Trascurrieron algunos segundos.

Don Juan tambien se extremeció.

La situacion era demasiado violenta para que se prolongase mucho.

Clotilde hizo un esfuerzo sobrehumano, y con pasos vacilantes se acercó al extranjero, diciéndole con voz insegura:

—Caballero, ha arriesgado usted su vida para salvar la de mi hijo... Mi gratitud será eterna, y si usted quiere contarme en el número de sus amigos, me consideraré favorecida.

Al decir esto alargó la diestra, que temblaba convulsivamente.

Plotoski hizo un movimiento de cabeza.

Pareció vacilar...

Al fin tomó la mano de Clotilde, la estrechó y la dejó.

La pobre madre sintió entonces como si le atravesaran el corazon con un cuchillo de hielo.

La luz huyó de sus ojos y no pudo respirar.

Retrocedió un paso.

Volvió á detenerse.

Su rostro pálido se tornó lívido y se desfiguró.

Extendió los brazos, rígidos como los de un cadáver.

De su pecho se escapó un gemido.

Su cuerpo vaciló y cayó pesadamente en los brazos de don Juan.

Éste y el señor Patricio exhalaron una exclamacion de sorpresa y de espanto.

El extranjero permaneció inmóvil.

Así su papel de fantasma era más perfecto.

Susana acudió en auxilio de Clotilde.

La sacaron del aposento, la colocaron en otra cama y le prodigaron todos los cuidados imaginables.

Nadie pronunció una palabra, nadie se atrevió á hacer ninguna observacion.

Verdad es que todos estaban aturdidos.

Moncayo y su hija creyeron que el desmayo de Clotilde era efecto de lo que habia sufrido con el temor de que Alberto perdiese la vida.

Bustamante no creyó esto ni nada: solamente dijo para sí:

—No lo comprendo... ¿Por qué este hombre me produce el mismo efecto que don Cándido?

Cuando Clotilde recobró el conocimiento, Moncayo y su hija volvieron al lado del herido.

Plotoski no habia cambiado de postura.

—¿Cómo se encuentra esa señora?—preguntó.

—Ya ha vuelto de su desmayo,—respondió el señor Patricio.

El extranjero dió algunos pasos mientras decia:

—El enfermo tiene ya los cuidados de su madre además de los de ustedes.

—Sí, vecino, debe usted retirarse, que tendrá necesidad de descanso.

—Volveré apenas amanezca,—repuso Plotoski.

Y dirigiéndose á Susana, añadió:

—Señorita, la felicito á usted por los nobles sentimientos que en esta ocasion ha demostrado.

Luego salió acompañado del señor Patricio.

Entretanto Clotilde dejaba el lecho.

—No te levantes,—le dijo su esposo, intentando detenerla.

—Quiero volver al lado de mi hijo...

—Ya sabes que no está solo.

—Es verdad: lo acompaña esa jóven, que debe ser un ángel.

—Y ese hombre misterioso...

—¿Cómo se llama ese hombre?—preguntó Clotilde extremeciéndose.

Y miró á su alrededor como si temiese la aparicion de un fantasma.

—Aún no lo sé,—respondió Bustamante, que cada momento parecia más preocupado.

Su esposa no pronunció una palabra más.

Salió del aposento y fué al en que se encontraba su hijo.

Contra su voluntad dirigió la mirada al rincon donde habia estado Plotoski.

Quedó pensativa.

¿Se alegraba de que se hubiese ido el extranjero?

Una vez que habia pasado su primera conmocion, deseaba verlo otra vez, y sin embargo, le hacia temblar la idea de encontrarse en presencia de aquel hombre misterioso.

No hay que decir que ni Clotilde ni don Juan volvieron á su casa aquella noche.

Tampoco se acostaron Susana ni el señor Patricio.

CAPITULO LXVII.

El señor Rubianes empieza tambien á tomar parte en la situacion.

Aquella noche habia sido al principio de ruido y de movimiento, y despues de silencio y de quietud, porque los habitantes de Madrid se encerraron en sus casas; pero entonces, es decir, á las doce, hora en que la célebre y ridícula dragonada habia concluido, los ministros, las autoridades y los hombres políticos de cierta importancia y ligados íntimamente al gobierno, empezaron á agitarse, y por la calle Mayor, la de Alcalá, la del Arenal y plaza de Oriente, por la Carrera de San Gerónimo y la calle de Atocha, todas silenciosas y solitarias, atravesaba de vez en cuando un carruaje.

Los hombres de la situacion se ponian de acuerdo sobre la conducta que debian seguir, las autoridades re-

cogian datos sobre los sucesos que habian tenido lugar, y á la madrugada la policía habia hecho importantísimas averiguaciones.

De estas resultaba que habian sido muertos ó heridos muchos niños y mujeres, que algunos hombres respetables y defensores del gobierno habian sido atropellados, y por último, que hasta un ministro, el que era más digno de consideracion, siquiera por su talento, habia sido apaleado por la guardia civil.

El señor Morato iba reuniendo y comunicando estas noticias con su calma habitual, y se encogia de hombros á cada muestra de disgusto que observaba.

De nada era responsable y estaba tranquilo.

No habia hecho más que obedecer contra su voluntad; habia puesto en ejecucion un plan que creia descabellado.

Tres noches antes lo habia dicho así, no quisieron escuchar sus advertencias, y como Pilatos, lavó sus manos y se lanzó á la empresa.

Vió el gobierno nublarse nuevamente el horizonte.

Posible era que al dia siguiente tuviese por enemigos á sus amigos mejores.

Era preciso conjurar la tormenta, y desplegó una actividad verdaderamente prodigiosa.

A las seis de la mañana don Juan de Bustamante se separó de su esposa y de Alberto y volvió á su casa para descansar y reflexionar sobre la conducta que debia seguir.

Ya sabemos que para don Juan la política no era un negocio, y si defendia al ministerio era porque de buena fé creia que la felicidad del pueblo no podia realizarse sino robusteciendo el principio de autoridad y con un gobierno fuerte; pero no por esto dejaba de ser amante de la justicia y enemigo de todos los abusos.

Lo que aquella noche se habia hecho no estaba justificado para él, mucho ménos cuando tenia la prueba en lo que le habia sucedido.

Si el pueblo estaba desarmado, si huia en vez de acometer, ¿por qué se le habia atacado?

¿Por qué á un hombre pacífico que se retira á su casa se le manda correr y se le acuchilla?

¿Por qué la infeliz obrera que sale de su taller, donde ha trabajado todo el dia, y poseida de miedo se retira á su vivienda, por qué se vé acometida y maltratada?

¿Por qué se han dado cargas de caballería á grupos de niños de ocho y diez años?

Todo esto se preguntaba don Juan sin acertar á responderse, concluyendo por decir lo que era consiguiente:

—El gobierno se extravía.

Y su conciencia se rebeló contra aquellos abusos, de que él mismo habia sido víctima.

Su primer impulso fué el de levantar su voz contra el gobierno, y esperó con ansia la ocasion de hacerlo así.

Una vez decidido, se acostó para recuperar con el reposo las perdidas fuerzas; pero le fué imposible dormir.

A las nueve de la mañana volvió á vestirse, dispo-

niéndose á ir á la calle de la Magdalena para saber cómo se encontraba el herido; pero se presentó un criado, anunciándole á don Pedro Rubianes.

Si no eran amigos íntimos, se conocian y se trataban como debia suceder entre dos personas de su clase y posicion.

Don Juan no podia excusarse de recibir al hombre respetable, mucho ménos cuando éste, al presentarse á semejante hora, debia ir para un asunto de mucha importancia.

Rubianes entró, pues, como quien está triste y preocupado, y despues de saludar cortesmente á Bustamante, dijo:

—Me apresuro á venir para saber si exageran en las noticias que corren respecto á su apreciable hijo de usted.

La frente de don Juan se contrajo.

No pensaba disimular y respondió:

—Si dicen que han asesinado á mi hijo, no mienten; si aseguran que á mí se me ha tratado tan groseramente como al hombre más despreciable, no exageran. Alberto se retiraba tranquilamente á su casa; le obligaron á retroceder y quiso dar la vuelta por la calle de la Magdalena, y allí le mandaron tambien volver atrás, y solo porque advirtió que venia á su casa y rogó que se le dejase el paso libre, se le atravesó de un bayonetazo.

—Eso es horrible.

—Es criminal.

Rubianes exhaló un triste suspiro, y repuso:

—Mi buen amigo, comprenderá usted que á las autoridades les ha sido imposible evitar que sus agentes cometan algunos excesos. A los soldados hay que darles las órdenes terminantes, porque de otro modo, ni las entenderian, ni harian nada, puesto que ellos no pueden apreciar ni distinguir como nosotros; pero esos excesos se castigarán, y los que han herido á su hijo de usted quedarán pronto y severamente castigados, si ya no lo estuviesen, pues de cuatro que eran, tres dejaron de existir, y el otro se encuentra en un estado tan grave que no podrá vivir. Si el gobierno se hubiese mostrado débil anoche, á estas horas estaríamos en plena revolucion.

—El pueblo estaba desarmado; la mitad de las personas que habia en las calles eran mujeres y niños. ¿Dónde estaban, pues, los revolucionarios?

—¿No comprende usted que esperaban el momento oportuno? Agitaron la opinion para hacer una prueba, porque esperaban que el ejército los hubiese auxiliado, y de que esto es verdad podemos convencernos con los dos depósitos de armas y municiones que se han descubierto esta madrugada, y con gran número de proclamas incendiarias que se han cogido á un hombre de dudosos antecedentes. ¿Qué ha de hacer el gobierno?

¡Depósitos de armas, impresos clandestinos, conspiraciones!...

No habia duda que la causa del órden peligraba.

El gobierno habia ido más allá de donde debia; pero claro era que algo tenia que hacer, porque de mostrarse débil ó descuidado, se hubiese encontrado frente á la revolucion sin poder quizá dominarla.

La soldadesca habia cometido excesos; pero esto era imposible evitarlo.

Los excesos y los abusos son consiguientes á los trastornos.

Para dar una prueba de su amor á la justicia, el gobierno aseguraba estar dispuesto á castigar á los que hubiesen cometido abusos; tan dispuesto, que empezaba á reunir los antecedentes para juzgar la conducta de la guardia civil.

En todo esto fundó Rubianes las observaciones que siguió haciendo.

Don Juan lo escuchaba y empezaba á vacilar.

—Antes que las afecciones,—dijo por fin don Pedro, —es nuestro deber; la justicia antes que todo. Se encontrarán pocos hombres tan imparciales como usted, amigo mio. ¿Dejará usted de serlo ahora? Haga usted un esfuerzo, olvide por un instante que su hijo de usted ha sido una de las víctimas inocentes, y cuando haga usted esto, comprenderá que no puede, que no debe declararse enemigo del gobierno. ¿Qué haria usted si Alberto no hubiera sido herido? Pregunte usted á su conciencia y respóndame con la sinceridad que le caracteriza. No, señor de Bustamante, su voz de usted, acusando al gobierno, no será la voz de la justicia, sino el desahogo

de su justo dolor y el eco de sus particulares afecciones, heridas vivamente.

¿Qué responder á esto?

Sin la desgracia de Alberto, don Juan, por más que hubiese creido que el gobierno se habia extraviado, no se habria seguramente presentado en abierta oposicion.

Su conciencia le mandaba ser imparcial.

Además era hombre de partido y al triunfo del suyo debia sacrificarlo todo.

A la perspicacia de Rubianes no se ocultó lo que pasaba en el alma de don Juan, y para acabar de decidirlo, aseguróle que uno de los ministros tendria el placer de ir á visitarlo aquella misma mañana y á darle toda clase de satisfacciones.

—Déjeme usted reflexionar,—respondió al fin Bustamante.

—Sí, reflexione usted; pero le ruego que no dé paso alguno sin advertirme cuál ha sido su última resolucion.

—Lo haré así.

—Gracias.

—Ahora,—repuso don Juan poniéndose en pié,—permítame usted que lo deje, porque desde esta madrugada no sé cómo mi hijo se encuentra, y voy á verlo á la casa donde lo recogieron.

Rubianes sabia ya donde Alberto se encontraba; pero fingióse sorprendido y replicó:

—¿Acaso no tiene usted aquí á su hijo?

—No señor.

—Hé ahí una doble desgracia.

—Pero con fortuna, porque la familia que lo auxilió ha hecho por él cuanto es imaginable.

—Pues si usted me lo permite, iré á verlo y á ofrecer mis respetos á su desconsolada madre, que supongo estará á su lado.

Esta muestra de amistad y fina atencion, no podia ser rechazada, y pocos segundos despues don Juan y el señor de Rubianes salian para ir á la calle de la Magdalena.

El segundo, como quien desea simple y sencillamente explicarse lo que no ha podido comprender, preguntó cómo Alberto habia podido librarse de los cuatro guardias y cómo éstos habian quedado en pocos minutos fuera de combate.

Bustamante, sin sospechar la importancia de aquellas preguntas, refirió la verdad, aunque no dijo quiénes eran los que habian defendido al jóven y herido á los soldados.

Hablando así llegaron á la vivienda del señor Patricio.

Éste, que se encontraba en su taller trabajando, saludó á los otros y les invitó á que subiesen, diciéndoles que el médico acababa de irse y que encontraba síntomas favorables en el enfermo.

¿Meditaba Rubianes algun nuevo plan, tan horrible como los que ya le hemos visto poner en ejecucion?

Todo debe esperarse de un hombre como él.

Era posible que no se propusiese mas que cubrir las apariencias, haciendo lo que cualquier otro amigo en aquellos momentos de tribulacion.

Sin embargo, su amistad no le obligaba á hacer estas demostraciones.

Además, parece que él debia rehuir encontrarse con Clotilde.

¿Por qué en vez de evitar estas ocasiones las buscaba?

Razones poderosas debia tener para obrar así.

No era el señor de Rubianes hombre que diese pasos en balde.

Iba á arrostrar la mirada de su víctima, de la mujer que le habia llamado ladron.

Iba á fingir que se interesaba por la vida de Alberto, á quien habia robado, de Alberto, á quien habia sumido en la miseria.

La audacia y el cinismo no podian rayar á mayor altura.

La desgraciada Clotilde debia sufrir horriblemente al ver al miserable que habia sido causa de sus desgracias todas.

Y don Juan, con la mejor buena fé del mundo, iba á contribuir al nuevo sufrimiento de su esposa, á quien ya sabemos que amaba con la mayor ternura.

¡Pobre Rubianes, si su traicion y sus crímenes hubieran sido conocidos de don Juan!

La situacion iba complicándose demasiado, y aún habia de complicarse más, porque, repetimos, el miserable Judas debia meditar algun nuevo crímen.

Por su exterior nada podemos adivinar, porque, como siempre, la expresion del rostro de don Pedro era tranquila.

Estaba demasiado acostumbrado á fingir para que en aquella ocasion no ocultase perfectamente sus sentimientos.

No tardaremos en salir de dudas.

Subieron la escalerilla y llegaron al aposento donde se encontraban Clotilde y su hijo, así como Susana, que aún no habia querido desentenderse completamente de los cuidados que el enfermo reclamaba.

CAPITULO LXVIII.

Siguen los efectos de causas desconocidas.

La escena que tuvo lugar, fué breve y de esas que es imposible pintar con exactitud.

—Mi querida Clotilde,—dijo Bustamante al entrar,—tengo el gusto de presentarte á mi respetable amigo el señor don Pedro Rubianes, que vivamente interesado por la suerte de nuestro hijo, ha querido verlo y saber cómo se encuentra.

Mientras esto decia don Juan, Rubianes hacia una profunda reverencia.

La frente de Susana se contrajo.

Sus mejillas palidecieron.

Miró un instante al traidor, y luego volvió la cabeza hácia otro lado.

¿Qué significaba esto?

Casi estamos por decir que Susana era una mujer incomprensible.

Clotilde fijó en su verdugo una mirada intensa, profunda, mirada de odio, de desden, de desprecio sin igual, mirada que expresaba tanto, tan claramente y con tanta fuerza, que Rubianes, á pesar de toda su audacia y de todo su cinismo, se extremeció.

No pudo dominarse la infeliz, y con un acento indescriptible de amargura, dijo á su esposo:

—¡Que tu amigo se interesa por la suerte de mi hijo!...

Nadie más que Rubianes pudo comprender el valor de estas palabras.

Aunque no era posible que las apreciase don Juan, las oyó con extrañeza y miró sorprendido á su esposa.

Ésta hizo un esfuerzo, desplegó una sonrisa, y añadió, dirigiéndose al criminal hipócrita:

—Gracias... Mi hijo curará, porque Dios lo protegerá como siempre lo ha protegido... No puedo entrar en más explicaciones sobre su estado, porque el médico ha prohibido que se hable aquí.

Por un instante relumbraron los ojos del traidor.

Luego se entreabrieron sus lábios para sonreir triste y dulcemente, y dijo con perfecta calma:

—Señora, me alegraré que las esperanzas de usted se realicen. Yo tambien creo que Dios protegerá á su hijo de usted y le devolverá la salud... Tengo el honor de ofrecer á usted mis respetos y mi consideracion más dis-

tinguida, y le agradezco la honra que me ha dispensado acogiendo benévolamente mis demostraciones de sincera amistad.

Ni una palabra más pronunciaron.

Rubianes hizo otra reverencia y salió seguido de don Juan, que estaba completamente aturdido.

En la puerta de la calle se separaron.

Don Pedro prometió repetir sus visitas.

—¿Qué significa esto?—se preguntó Bustamante cuando estuvo solo.—Las palabras de Clotilde son misteriosas... No ha podido recibir peor á Rubianes y lo ha despedido duramente... Nada de esto ha pasado desapercibido por él, y sin embargo no se muestra ofendido, sino que, por el contrario, parece haber quedado muy satisfecho de la entrevista... ¡Oh!... Desde hace algunos dias, todo lo que sucede es misterioso, todo lo que veo es incomprensible... Primero ese don Cándido, á quien no puedo olvidar; anoche ese extranjero; hoy don Pedro Rubianes... Necesito aclarar todo esto... Pero ¿cómo lo aclararé?

Muy preocupado volvió Bustamante al lado de su esposa.

Susana habia salido ya del aposento.

Alberto, aletargado por la fiebre, no estaba en estado de apercibirse de nada.

Ninguna ocasion más propicia para entrar en explicaciones.

Empero una nueva circunstancia lo estorbó.

Cuando Bustamante se disponia á dirigir la palabra

á su esposa, entró el señor Patricio Moncayo con don Cándido.

Éste, como de costumbre, sonreia con la inocente expresion que tan bien justificaba su nombre.

Su visita no debia sorprender á nadie: habia tenido noticia del desgraciado suceso, y como ni don Juan ni Alberto eran para él personas extrañas, presentábase á ofrecer sus servicios.

Clotilde lo miró distraidamente; pero bien pronto sus ojos brillaron y se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró instantáneamente.

Su mirada, que expresaba á la vez un afan indescriptible y un terror profundo, fijóse en don Cándido como la noche anterior se habia fijado en Plotoski.

Lo que sintió no puede explicarse.

Un instante despues no vió ni oyó, ni hubiera sabido decir si existia.

Sentíase ahogada como si le faltase aire que respirar.

Su corazon, más que latir, revolvióse convulsivamente en su pecho.

—Señora,—dijo con dulce acento don Cándido,—tengo el honor...

No pudo proseguir, porque Clotilde, extremeciéndose violentamente y poniéndose en pié, exhaló un grito destemplado, desgarrador y espantoso, grito que

parecia salir de lo más profundo del alma ó llevarse el alma tras sí.

Lo mismo que la noche anterior, la desdichada extendió los brazos como si buscase un punto de apoyo, y vacilando, cayó sobre el lecho.

Todo esto sucedió en un solo instante.

Al grito acudió Susana.

Ésta y don Juan, que sentia su cabeza arder, cogieron á la pobre madre y la sacaron del aposento.

El señor Patricio miraba atónito á don Cándido, mientras que éste, con su imperturbable calma, le decia:

—Vecino, tenga usted la bondad de llevarme á donde podamos hablar tranquila y reservadamente.

Moncayo obedeció como un autómata.

Ambos se encerraron en otro aposento.

Lo que allí sucedió, nadie lo sabe: lo único que puede decirse es que una hora despues don Cándido salia de la casa, y el señor Patricio, con el rostro pálido y contraido y la mirada profundamente sombría, entraba en su taller y se ponia á trabajar.

Pero no tardó cinco minutos en interrumpir el trabajo, sentarse, apoyar los codos en una mesa y la frente en las manos y quedar inmóvil como una estátua.

CAPITULO LXIX.

Situacion en que quedaron Clotilde y don Juan.

Más de dos horas trascurrieron antes de que Clotilde se encontrase en estado de volver al lado de su hijo.

Don Juan, con la noble delicadeza que le distinguia, fingió por entonces no haber dado á lo que acababa de suceder más importancia que la que merecia un accidente casual y que solo tenia relación con la salud de su esposa.

Ésta sufria horriblemente y no hubiera sido generoso aumentar su sufrimiento con la más ligera observacion.

—En todo esto,—dijo para sí don Juan,—hay uno de esos misterios verdaderamente espantosos; pero antes que mi tranquilidad, es la de mi infeliz esposa, cuyas virtudes no pondré jamás en duda.

Empero por lo mismo que tenia que callar y disimular, era mayor el tormento de Bustamante.

Si tres dias antes le habia dado mucho que pensar don Cándido, desde aquella mañana se le hizo doblemente sospechoso.

Ya no dudó que aquel hombre tan sencillo no era lo que parecia.

¿Pero por qué la presencia de don Cándido habia producido en Clotilde el mismo efecto que la de Plotoski?

Bustamante hubiera dado la mitad de su vida por aclarar el misterio; pero le era forzoso esperar á que el tiempo y las circunstancias lo aclarasen. Así lo aconsejaba la prudencia; así lo exigian sus nobles sentimientos.

Cuando todos estuvieron ó parecieron tranquilos, don Juan volvió á su casa.

Necesitaba estar solo para entregarse con entera libertad á sus pensamientos.

Parecíale que su cabeza encerraba un volcan.

Tantas y tan diversas ideas no cabian en su cerebro.

Clotilde, Alberto, don Cándido, Plotoski, Rubianes, y por último su situacion como hombre político.

En todo esto tenia que pensar á la vez, porque todo le interesaba igualmente, porque le era preciso adoptar con respecto á todo una resolucion y fijarse una línea de conducta.

Era demasiado.

Al entrar en su vivienda se le presentó su ayuda de

cámara con una bandeja de plata donde habia una tarjeta.

Don Juan tomó distraidamente la tarjeta, que tenia un pico doblado, y leyó el nombre de un ministro.

Debajo del nombre habia escrito con lápiz lo siguiente:

«Acabo de disponer que se ponga en libertad al jóven recomendado por usted.»

Para que nuestros lectores comprendan lo que esto significa, debemos decir, que Alberto acudió á don Juan el dia anterior, pidiéndole que hiciese uso de su influencia para que pusiesen en libertad á su buen amigo Luciano, quien, como recordará el lector, habia sido preso á consecuencia del discurso que pronunció á las puertas de la Universidad y sobre las ancas del jumento que tan oportunamente rebuznó.

Habia una madre que sufria y don Juan no vaciló para hacer lo que Alberto le pedia.

El ministro no se mostró muy dispuesto á complacerle, porque el discurso de Luciano habia producido gran efecto y se consideraba una burla sangrienta á objetos respetables, burla que constituia un grave delito, delito que era preciso castigar severamente para evitar que siguiesen el mal ejemplo otros jóvenes audaces.

A la mañana siguiente, como ya hemos visto, el ministro cambió de parecer y se apresuró á ir en persona á participar á Bustamante que el jóven calavera estaba en libertad.

Este favor, que en aquellas circunstancias y aquellos momentos tenia mucha importancia, era un inconveniente más para que Bustamante levantara en el Congreso su voz contra los ministros.

Reflexionó y dudó más que nunca, y entre dudas y vacilaciones pasó la mañana.

Cada vez se sentia más atormentado y acabó por convencerse de que en su trastorno le seria imposible resolver nada con acierto.

Clotilde tambien habia meditado.

Sus pensamientos eran muy distintos de los de su esposo.

Desde la noche anterior no habia dejado un solo instante de acordarse de aquella carta misteriosa recibida el dia de su segundo casamiento.

Parecíale tener constantemente ante sus ojos al hombre de la negra barba y á Plotoski.

El efecto que le produjo don Cándido, lo hemos visto ya, y éste aumentó el número de los fantasmas que llenaban su alma de pavor.

Una sospecha horrible habia surgido en su mente; pero cuando trataba de ponerla en claro, confundíase más y más, acabando por decir:

—Éste, el otro, aquel... ¡Oh!... ¡Dios mio, Dios mio!

Luego murmuraba:

—¡Guillermo, Guillermo!

El único consuelo era su hijo, sobre cuyo lecho se

inclinaba, y aprovechando los momentos en que estaba sola, daba libre curso á su amargo llanto.

Particularmente desde aquella mañana hubiera podido decirse que el alma de la infeliz era un caos negro y espantoso.

Al fin acabó por comprender todo lo crítico de su situacion.

¿Qué debia hacer?

Lo que habia hecho desde que se casó con Bustamante: disimular, fingir, devorar silenciosamente sus sufrimientos, ocultar con el mayor cuidado sus temores y sus afanes.

No habia de destruir en un instante la obra de muchos años.

Quizá ya habia empezado á hacerse sospechosa.

Comprendió que don Juan debia sufrir, y este hombre noble y generoso, que no pensaba más que en la dicha de los demás, merecia que todos se sacrificasen por él.

Ya conocemos á Clotilde y no debe sorprendernos que acabase por hacerse superior á todo.

Nunca como entonces probó lo que podia su voluntad.

Al medio dia estaba segura de poder resistir con tranquilidad aparente la presencia de aquellos dos hombres misteriosos.

No se equivocaba.

Cuando don Juan volvió la encontró en completa calma.

Ella sonrió, aunque tristemente, y sin dar tiempo á que le pidieran explicaciones, habló del trastorno que le habia producido el dolor de la desgracia de Alberto, y añadió que sin duda por el estado en que su organizacion se encontraba, cuantas personas extrañas se le habian presentado, habian producido en ella un efecto inexplicable.

De Plotoski decia que la extraña figura de éste le infundia pavor, y en cuanto á Rubianes, aseguraba que no podia verlo con tranquilidad, por ser uno de los defensores de los asesinos del jóven.

¿Y don Cándido?

Su figura nada tenia de extraña ni de espantable; pero Clotilde dijo que cuando éste se presentó, ella, por una aberracion inexplicable de sus ojos, creyó ver al extranjero, y perdió el sentido antes de salir de su error.

Los síntomas de mejoría que Alberto presentaba y además el reposo, habian producido los mejores efectos en su naturaleza, segun decia Clotilde, y ya no le importaba ver á aquellos dos hombres ni tampoco á Rubianes.

—Yo estaba loca,—decia,—loca por el dolor y la desesperacion; pero ya he recobrado el juicio, parece que me han arrancado un velo que cubriese mis ojos, y todo lo veo distinto que hace algunas horas. Aunque no es mia la culpa, casi me avergüenzo de mis injustificados pavores, y me hace sufrir la idea de lo que he hecho sufrir á

los demás. ¿Qué habrán pensado de mí estas buenas gentes? Me tranquiliza su misma bondad.

Todo esto lo dijo Clotilde con un acento tal de sencillez y naturalidad, que Bustamante empezó á creer que él tambien en su trastorno habia exagerado.

La verdad la diria el tiempo.

—Observemos,—dijo para sí don Juan.

Y no hizo á su esposa ninguna observacion, concretándose á dirigirle frases de puro cariño y tranquilizadoras.

Si Clotilde ocultaba algo, era inútil preguntarle, y si decia la verdad, ¿para qué atormentarla mostrando dudas?

Poco despues de haber tenido esta conversacion, se presentó Luciano.

Con su desenfado natural dió las gracias á Bustamante y dirigió á Clotilde algunas palabras, manifestando su sentimiento por la desgracia de su amigo.

Luego rogó que le permitiesen instalarse allí ó al ménos pasar muchas horas como enfermero, pues era cosa que entendia perfectamente, por haberlo ya practicado en el hospital.

A pesar de su aparente ligereza, Luciano agradó á Clotilde y á don Juan, y éstos no se atrevieron á negarle lo que pedia.

Inmediatamente se acercó al enfermo, lo pulsó y lo observó con atencion profunda.

Sus ojos brillaron con el fuego de la más viva alegría.

—¿Qué ha dicho el médico?—preguntó.

—Empieza á tener una leve esperanza,—respondió la pobre madre.

—Pues yo, señora,—repuso el jóven con acento de la más profunda conviccion,—tengo seguridad de que Alberto quedará perfectamente curado. Segun parece, ha estado en peligro de que la herida sea mortal; pero como no lo es, no debemos atormentarnos, porque es una tontería sufrir por lo que pudiera haber sucedido.

Y cambiando repentinamente de conversacion, añadió:

—Usted, señora, necesita tambien cuidarse. No ha dormido usted la noche pasada, ¿no es verdad? Ha experimentado usted muy grandes, muy violentas conmociones: ¿me equivoco? No, porque lo dice su cara de usted. Aun en este momento está usted todavía muy agitada. Hay señales inequívocas de ciertas alteraciones en su organizacion. Si usted no consigue dormir, tendremos dos enfermos en vez de uno, y la enfermedad de usted será de cuidado. Preciso es que duerma usted, porque es preciso que cuando Alberto se encuentre en estado de darse cuenta de lo que le sucede, la vea á usted, y la vea tranquila y con salud.

No dió Luciano lugar á que Clotilde le contestase, porque dirigiéndose á don Juan, dijo:

—Tambien es preciso que usted se ocupe de sus asuntos con más asiduidad que nunca. Salga usted, busque á sus amigos, hable con ellos, que motivos de conversacion sobran hoy, y procure usted, sobre todo,

no estar parado, sino moverse, agitarse, correr, fatigarse y rendirse, para que así vuelva su organizacion á su marcha natural. Aquí estoy yo y nadie hace falta.

Tampoco entonces esperó Luciano respuesta.

Acercóse otra vez á la cama, inclinóse y se puso á observar á su amigo.

Clotilde y don Juan cruzaron una mirada que queria decir:

—Hay que querer á este jóven. Podrá ser una cabeza vana; pero se le escucha con agrado.

Un cuarto de hora despues salia don Juan.

¿Qué habia resuelto en cuanto á su conducta como hombre político?

Nada todavía.

Dudaba, y dudando empezó á recorrer calles y calles.

¿Debia presentarse en el Congreso?

Si se presentaba le seria forzoso hablar en pro ó en contra del gobierno.

Su especial situacion no le permitia callar encontrándose allí.

Dos horas trascurrieron.

Sin saber cómo, se encontró en la plaza de las Córtes.

Detúvose y fijó la mirada en la multitud que acudia á las tribunas y en los carruajes que iban y venian.

Muchas veces se sintió impulsado á entrar en el palacio de los representantes del pueblo; pero otras tantas

se arrepintió, deteniéndose al dar el primer paso.

—¿Qué haré, qué haré?—se preguntaba sin cesar.

Despues de media hora, dijo:

—No haré nada.

Y como para no arrepentirse, alejóse, atravesó el Prado presurosamente y se dirigió al Retiro.

Su conducta, si no era un acto de abierta oposicion al gobierno, era una reprobacion tácita que todos los hombres políticos debian comprender.

Su silencio era demasiado elocuente.

Bustamante paseó hasta el anochecer.

Durante el dia, una vez Plotoski y otra don Cándido, habian estado en la vivienda del señor Patricio; pero sin entrar donde se encontraba el enfermo, sino solamente en el taller.

El padre de Susana seguia muy preocupado.

CAPITULO LXX.

Se preparan nuevos sucesos.

Ocho dias pasaron.

Don Juan no habia vuelto á presentarse en el Congreso.

Su situacion como hombre político no era ya dudosa.

Además de no ir al Congreso habia huido las ocasiones de hablar de los sucesos de la noche de San Daniel.

Algunas horas del dia las dedicaba á pasear solo en su carruaje, y las demás las pasaba al lado de su esposa y de Alberto, ya hablando con ella, ya escuchando á Luciano, cuya conversacion variada y chispeante le agradaba cada vez más.

El herido continuaba presentando síntomas de feliz curacion; pero aún se encontraba muy grave y no podia responderse de su existencia.

Durante aquellos dias Clotilde habia justificado sus palabras, recibiendo tranquilamente las visitas de Plotoski y de don Cándido, si bien éstos se concretaban á presentarse y preguntar por el enfermo, yéndose en seguida.

Con Rubianes, que no dejó un solo dia de ir, mostróse atenta.

Sobre una circunstancia casual debemos llamar la atencion: muchas veces al salir del aposento el señor de Rubianes, encontróse con Plotoski ó con don Cándido, que casualmente iban á entrar.

A esto no debia dársele ningun valor; pero nosotros lo tomamos en cuenta, porque se trata de dos hombres cuya misteriosa conducta no hemos podido aún poner en claro.

Muchos amigos de don Juan y de Alberto se apresuraron á visitar á éste, y para que el enfermo no sufriese molestia, á ciertas horas Clotilde se instalaba en otra habitacion y allí recibia las visitas y recados, que eran muchos.

Entretanto Susana y Luciano quedaban junto al herido.

Y más de una vez sucedió que mientras la desgraciada madre se ocupaba en recibir á sus amigos, Plotoski ó don Cándido entraron en la habitacion del enfermo, permaneciendo entonces allí largo rato.

No podemos dudar que algo de comun habia entre estos dos personajes y Clotilde; pero nos llama la aten-

cion que nunca se viese reunidos á don Cándido y al extranjero, ni se tuviese noticia de que fuesen amigos, ni aun siquiera de que se conociesen.

Hechas estas observaciones y advertencias, que debiamos hacer, los dejaremos para ocuparnos de Rubianes, cuyo nuevo plan es ya tiempo de que demos á conocer.

No habrá olvidado el lector que Medio-beso habia dicho al señor de Rubianes que iria por otros cinco mil duros; pero obedeciendo el bandido las órdenes de Plotoski, no se presentó en busca del dinero, ni tampoco para hablar del nuevo asunto que se le habia anunciado.

La ausencia de Medio-beso fué muy sospechosa para el señor de Rubianes.

¿Qué significaba semejante conducta?

Bien podia ser que el bandido no hubiese tenido aún necesidad de los cien mil reales; pero debia ir para saber qué clase de negocio era el que habia de proponérsele.

Don Pedro aguardó.

Trascurrieron algunos dias y entonces dijo:

—Esto me desagrada... Puesto que no viene, lo llamaré.

Hízolo así..

Medio-beso acudió.

—¿Qué es de tu vida?—le preguntó el señor de Rubianes con indiferencia.

—Lo mismo que siempre,—contestó el bandido, mientras se sentaba y encendia un cigarro.

—Me pedistes cinco mil duros...

—Ya no los necesito.

—Me alegro; pero sabes que habíamos de hablar de otro negocio que te convenia.

—Ahora,—replicó el bandido con indiferencia,—no puedo ocuparme de nada.

—¿Tan ocupado estás?

—Quiero cambiar de vida.

—¿Piensas hacerte hombre honrado?

—Sí, quiero entrar en la policía secreta.

El señor de Rubianes fijó una mirada escudriñadora en Medio-beso.

Éste siguió fumando tranquilamente: su semblante nada decia.

—Bien,—dijo don Pedro despues de algunos instantes,—si es que tienes empeño en entrar en la policía, lo conseguirás.

—¿Me ofrece usted su influencia?

—Sí.

—No la necesito.

El señor de Rubianes volvió á mirar con sorpresa al bandido.

Éste parecia otro hombre.

Por algunos segundos guardaron ambos silencio.

El hombre respetable dijo al fin:

—Puesto que ni necesitas los cinco mil duros ni mis

relaciones, ni tampoco quieres ocuparte de ningun negocio, hablemos de otra cosa.

—Hablemos.

—Me hicistes una proposicion exagerada y loca.

—Sí, que me diese usted los cuatro millones en cambio del recibo.

—Eso es.

—A usted no le convino, y nos quedamos en paz.

—He reflexionado.

—Eso hacen los hombres juiciosos,—replicó el bandido con acento burlon.

—Sí, he reflexionado y me he convencido de que la tranquilidad vale más que el dinero.

—¿Y qué mas?

—Sin necesidad de esos cuatro millones puedo vivir con decoro.

—Eso mismo decia yo la otra noche.

—Por consiguiente empiezo á pensar en una transaccion.

—No entiendo lo que eso quiere decir.

—Quiere decir que casi estoy resuelto á darte los cuatro millones por el recibo.

Medió-beso arrojó una bocanada de humo y dijo:

—Me ha sucedido lo mismo que á usted.

—¿Qué?

—He reflexionado, lo cual no habia hecho en toda mi vida.

—¿Puedo saber el resultado de tus reflexiones?

—Sí.

—Explícate.

—Aunque yo tenga cuatro millones, pueden enviarme á presidio ó pegarme una puñalada.

La frente de Rubianes se contrajo.

—Es verdad,—dijo.

—Y sin los cuatro millones, mientras tenga en mi poder el recibo, nada me sucederá. Por consiguiente, he cambiado tambien de opinion: guardaré el papel, y usted, el dinero y los dos estaremos perfectamente. ¿Me entiende usted? No quiero los cuatro millones, no quiero un cuarto, no quiero ni verlo á usted.

—¿Qué intentas?

—Le dí á usted una palabra y la cumpliré. Puede usted estar tranquilo, don Pedro, que el papel no lo verán ojos de criatura mientras no me juegue usted una mala partida.

Y al decir esto el bandido, se puso en pié y añadió:

—Quede usted con Dios.

—¡Te vas!—dijo aturdido el señor de Rubianes.

—Ya lo vé usted.

—Espera...

—Tengo mucho que hacer.

—Pero...

—Que haya salud,—replicó Medio-beso.

Y escupiendo por el colmillo, salió mientras arrojaba espesas bocanadas de humo.

De su extraña conducta, incomprensible para el se-

ñor de Rubianes, no dedujo éste mas que una cosa y la expresó con las siguientes palabras:

—Me amenaza un gran peligro: necesito conocerlo y conjurarlo.

Desde aquel momento dió constante tortura á su imaginacion.

Llegó la noche de San Daniel y al dia siguiente, como ya sabemos, conoció el señor de Rubianes detalladamente los sucesos que se relacionaban con el hijo de Clotilde.

No necesitó más.

—Tengo mi plan,—dijo.

Y lo puso en práctica.

CAPITULO LXXI.

Un exhordio.

Eran las doce del dia.

Clotilde habia ya recibido muchos recados y tarjetas de sus numerosos amigos, habia almorzado y se habia instalado en la habitacion donde acostumbraba pasar algunas horas saludando á los que iban á visitarla.

No hacia cinco minutos que se encontraba allí cuando don Cándido entró en el taller dondé trabajaba el señor Patricio.

Saludáronse cordialmente, y sin entablar ninguna conversacion, volvieron á separarse.

Don Cándido subió la escalerilla y con pasos silenciosos entró por un estrecho pasillo, adelantando hasta llegar junto á una puerta, que abrió sin hacer el más leve ruido.

No tuvo que dar mas que dos pasos para encontrarse en el interior de una alcoba, donde habia dos camas y donde apenas penetraba una claridad muy débil á través de las cortinillas de seda azul que cubrian la puerta de cristales que daba salida á otra habitacion.

Una vez allí, quedó inmóvil y con el rostro junto á la puerta, mirando por el estrechísimo espacio que quedaba entre una de las cortinillas.

Entretanto Clotilde, sentada y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se entregaba á sus tristes meditaciones.

Al cabo de un cuarto de hora se oyó la voz del señor de Rubianes, pidiendo permiso para entrar.

Su víctima lo recibió como los dias anteriores, ofreciéndole una silla.

Aunque estaban solos y no tenian necesidad de fingir, ella disimulaba por si inesperadamente se presentaba su esposo.

Despues de cruzar algunas frases sobre la salud de Alberto, el señor de Rubianes miró á su alrededor, acercó más su silla á la de Clotilde y dijo:

—Señora, me he tomado la libertad de venir más temprano que otros dias y á una hora inconveniente, porque he supuesto que así podríamos hablar con libertad.

Clotilde miró sorprendida al traidor.

Éste preguntó:

—¿No nos escucha nadie?

—Nadie.

—Entonces, si usted me lo permite...

—Entre nosotros,—interrumpió Clotilde, cuya frente se contrajo,—nada hay de comun mas que un crímen horrendo, de que yo fuí víctima; nada hay de comun ni de nada tenemos que tratar, y por consiguiente, más que á mí, á usted le conviene que no continúe la conversacion, porque de otro modo, ahora que nadie nos oye, ahora que solo Dios nos vé, me será imposible disimular y lo trataré á usted como merece.

No se turbó don Pedro de Rubianes: permaneció impasible, y con una calma verdaderamente horrible, espantosa, replicó:

—Se equivoca usted, señora: tenemos que hablar, es preciso que hablemos, y si no quiere usted disimular, haga en buen hora lo que mejor le parezca; pero le advierto que será completamente inútil que se tome el trabajo de acusarme, porque desde luego declaro que merezco sus acusaciones, porque me hice dueño de la herencia de su hijo de usted, y que no estoy arrepentido. ¡Qué quiere usted!—añadió el señor de Rubianes encogiéndose de hombros,—cada cual vé las cosas de su modo, porque cada cual tiene sus sentimientos ó su modo de sentir. Cuando yo cometí ese crímen profesaba ciertos principios que aún profeso, y sobre este punto puedo dar á usted explicaciones si las quiere oir. Yo era malo, y su primer esposo de usted demasiado inocente; la culpa no fué solamente mia, sino de los dos; y en cuanto á la cuestion de conciencia debemos dejarla, porque me

es imposible hablar de lo que no entiendo, de lo que ni siquiera concibo.

Clotilde miró aturdida al miserable traidor.

El cinismo de éste llegaba adonde no es imaginable.

¿Qué se proponia?

¿Qué queria?

Era imposible adivinarlo.

Puesto que ya era dueño de la fortuna de Guillermo de Luján y no habia medios de reclamársela ni acusarlo, puesto que los años trascurridos debian haber probado al señor de Rubianes que su víctima se habia resignado y que no pensaba en recobrar los cuatro millones, era incomprensible el por qué se tocaba semejante cuestion.

—Se sorprende usted, ¿no es verdad?

—Basta,—replicó duramente la pobre madre:—salga usted de aquí...

—No.

—Mi esposo puede presentarse en momentos en que me sea imposible disimular, y si llega á saber...

—El señor de Bustamante no tardará ménos de dos horas en volver. Ahora lo he dejado en el ministerio, adonde ha ido á ruegos del señor ministro para conferenciar sobre la situacion política, y de donde saldrá convertido en enemigo declarado del gobierno.

—Esa será mi mayor dicha.

—No, porque el señor de Bustamante perderá toda su influencia.

—¿Para qué la quiere si no es un miserable ambicio·

so, si antes moriria que especular con su conciencia?

—Suponga usted que tiene necesidad de favorecer á alguien, y que por estar inutilizado para pedir nada al gobierno...

—Bien, bien,—interrumpió Clotilde:—todas esas observaciones son inoportunas... Hemos concluido, déjeme usted y no me obligue...

—Señora, se deja usted arrebatar demasiado fácilmente.

—No quiero que permanezca usted aquí, y en último caso, llamaré...

—Eso seria lo mismo que pronunciar la sentencia de muerte, ó por lo ménos la ruina de esa honrada familia.

—¿Qué dice usted?

—Que la suerte de la familia que habita esta casa, la de su hijo de usted y la de ese extranjero que lo favoreció la noche de San Daniel, están en mi mano.

El rostro de Clotilde se cubrió de mortal palidez.

—Escúcheme usted, señora, escúcheme usted, porque le conviene.

La pobre víctima guardó silencio y permaneció inmóvil y con la mirada fija en su verdugo.

Éste añadió despues de algunos instantes:

—Hé aquí lo que sucedió la noche de San Daniel, ó por lo ménos lo que resulta de las declaraciones de cierto guardia veterano, que aún se encuentra en el hospital.

—Sé lo que sucedió,—murmuró Clotilde con voz sorda.

—Bueno es que recordemos algunos detalles. Su hijo de usted hizo resistencia á la fuerza armada y fué herido en la calle de la Magdalena y á la puerta de esta casa. En aquel momento llegaron dos hombres y acometieron á los cuatro guardias civiles, lo cual por sí solo constituye un delito muy grave. Aquellos dos hombres consiguieron echar por tierra á tres de los guardias, matando á dos y dejando á otro casi muerto, y cuando se encontraban en lo más encarnizado de la lucha, se abrió la puerta de esta casa, salió el señor Patricio Moncayo con una pesada barra de hierro y mató de un golpe al guardia que aún no habia sido desarmado.

Clotilde empezó á comprender y á sentirse poseida de terror.

—De todo esto,—añadió el señor Rubianes, siempre con la misma calma,—tiene sobradas pruebas la policía, y aunque no las tuviese, con un gobierno de fuerza como el nuestro, bastarian las sospechas, puesto que no ignora usted que por simples delaciones ó sospechas no más, se han llenado los calabozos de la cárcel despues de la noche de San Daniel. La justicia tiene un deber que cumplir castigando dos delitos: el de rebelion y resistencia á los agentes de la autoridad, y el de homicidio con circunstancias agravantes, y si ya no ha impuesto la pena merecida, ha sido porque mi influencia lo ha estorbado. Si el señor de Bustamante hubiese hecho lo que yo, es decir, si se hubiera puesto al lado del gobierno y en la representacion nacional hubiera levanta-

do su voz en defensa del ministerio, nada tendrian que temer, ni su hijo de usted, ni su favorecedor, ni esta familia, porque entonces una palabra suya hubiera bastado para que á los guardias se les hubiese dado por bien muertos y hasta para que se protegiese á ese extranjero y al señor Moncayo; pero no ha sucedido así, y por consiguiente el ministerio no está obligado á tener consideraciones con quien se declara su enemigo, precisamente en los momentos en que los amigos le son más necesarios. ¿Comprende usted?

Demasiado habia comprendido Clotilde.

Lo que acababa de decir el señor de Rubianes, podia traducirse del modo siguiente: «Si no me escucha usted ahora y luego accede á mis exigencias, entrará en esta casa la policía y se llevará á un calabozo al señor Patricio Moncayo, y hará lo mismo con Plotoski y con el que lo acompañaba la noche de San Daniel, y pondrá guardias á la puerta del aposento de su hijo de usted para llevarlo á otro calabozo apenas salga del lecho, y esta honrada familia, esos grandes corazones que han salvado la vida de su hijo de usted, que tan grandes beneficios le están haciendo, se verán tratados como criminales, y si no acaban en un patíbulo, irán á un presidio ó serán deportados á Fernando Póo, en cuyo clima mortífero perecerán bien pronto.»

Esto queria decir, y sobradamente lo comprendió Clotilde.

No puede explicarse lo que la infeliz sintió.

En algunos minutos no pudo articular una sílaba ni apenas respirar.

Su rostro estaba lívido y descompuesto.

—¡Miserable! —murmuró al fin con indescriptible acento.

El señor de Rubianes hizo un gesto de indiferencia, y repuso:

—No he pensado siquiera decir que soy un hombre bueno: me reconozco malo, muy malo, y por consiguiente es inútil acusarme, no hay para qué echarme en cara la fealdad de mi conducta, porque soy el primero que la califico de horrible y criminal.

A pesar de su trastorno, comprendió Clotilde que era inútil hacer ninguna observacion, y que con discutir no adelantaría mas que atormentarse.

Rubianes no era hombre que retrocediese cuando se habia propuesto cometer un crímen, y una vez que habia dado el primer paso, seria completamente inútil tratar de detenerlo.

Las súplicas de nada servirian, tratándose de un hombre que no tenia corazon; la conciencia era una palabra vana, y las amenazas no tenian fuerza en boca de quien por noble y generoso no habia de cumplirlas.

Lo que más convenia, pues, á la infeliz madre era terminar cuanto antes aquella conversacion.

Por lo ménos así abreviaría su tormento.

La presencia de Rubianes la mortificaba horriblemente.

Dejar de verlo era una dicha.

Además, era preciso salir pronto de dudas.

Ni remotamente sospechaba Clotilde en qué habia de consistir la exigencia de don Pedro.

¿Cómo habia de adivinarlo?

Si ella hubiese tenido noticia de que existia un testamento de su primer esposo, lo habria comprendido, y sus dudas se habrian disipado completamente si hubiese sabido que el miserable traidor habia firmado un recibo sin poder inutilizarlo despues.

Para contenerse, seguir escuchando y poder hablar con alguna calma, tuvo la infeliz que hacer sobrehumanos esfuerzos.

Situacion como la suya no puede imaginarse.

Y sin embargo, aún no habia sufrido todo lo que tenia que sufrir, porque aún no conocia la alternativa espantosa en que habian de ponerla.

Si fuésemos fatalistas diríamos que Clotilde era una de esas criaturas que nacen ya para sufrir, y que por consiguiente luchan en vano contra la desgracia, no consiguiendo con la lucha mas que hacer doblemente cruel su tormento.

¡Pobre madre!

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

El rostro del señor don Pedro de Rubianes no se habia alterado.

Su tranquilidad era la misma que siempre.

Para que la hubiese perdido era menester que se le presentara algun inconveniente insuperable.

Empero no veia ninguno que hiciese dudoso el éxito de su plan.

Cuando Clotilde pudo hablar, dijo:

—Comprendo mi situacion.

—Me alegro, señora.

—Diga usted, pues, lo que exige de mí; pero sea usted breve, porque no podré resistir mucho tiempo.

—Breve seré.

—Ya escucho.

CAPITULO LXXII.

Despues del exhordio.

Todo lo que habia dicho el señor de Rubianes, por más importancia que tuviese, no debia considerarse sino como un exhordio.

Pero hay exhordios horribles, espantosos, y aquel era uno.

Clotilde, con la mirada ardiente, profunda y fija en el traidor, con el rostro pálido y contraido, se dispuso á escuchar.

Preciso es reconocer que la infeliz estaba dotada de un valor casi inconcebible.

No se comprende cómo resistia aquel nuevo y terrible golpe despues de los que habia sufrido.

—Señora,—dijo el hombre respetable,—me ha pedido usted que sea breve, y lo seré.

—Sí.

—Si nuestra conversacion se prolonga, no será la culpa mia, sino de usted, que no se decidirá pronto, que me hará observaciones inútiles, que querrá discutir sobre lo que ya está decidido y ha de hacerse.

—Acabe usted.

—Su primer esposo de usted murió sin dejar ningun documento que pusiese en claro el grave asunto de su fortuna. Yo no era su cajero, ni consta que cuando él salió de Madrid me encargara de sus intereses.

—Ya sé que no hay prueba ninguna del crímen que cometió usted.

—No, no hay medio de reclamarme nada.

—No lo he hecho ni lo haré.

—Ha obrado usted con prudencia, porque así se ha evitado muchos disgustos.

—Acabe usted, acabe usted,—volvió á decir Clotilde con marcada impaciencia.

—Aunque nada debo temer, y aunque usted ha observado hasta ahora la conducta que más nos conviene á todos, dando así una prueba de su clarísimo y raro talento, que me complazco en reconocer...

—¡Oh!...

—Aunque usted, repito, ha obrado así, no sabemos lo que puede hacer mañana, porque nadie puede responder de lo que sucederá.

—No sucederá más de lo que ha sucedido.

—Parece que esté usted dispuesta á guardar siempre

este secreto, siquiera sea por evitar que su hijo de usted ó el señor de Bustamante me pidan cuentas de mi conducta, y yo tenga que dárselas en un terreno, que tanto puede costar la vida á uno de ellos como á mí.

—Tranquilícese usted.

—Tranquilo estoy, por aquello que dice el refran de: «Tu cabeza guarda la mia.» Verdad es que usted tendria un placer grandísimo en que me matasen; pero siempre que para que yo dejase de existir no arriesgase la vida, ni su hijo de usted, ni su esposo.

—Entonces nada debe usted temer para el dia de mañana.

—Temo que usted tenga un momento fatal, uno de esos momentos de extravío que tienen las cabezas más firmes, y por si llega ese caso, quiero estar á cubierto de todo.

—No comprendo.

—Pues es muy sencillo.

—Puesto que no hay pruebas del crímen que cometió usted...

—No las hay para un tribunal,—repuso el señor de Rubianes;—pero su palabra de usted es prueba sobrada para su hijo y su esposo.

—En ese caso...

—Si usted les revela el secreto...

—Creerán lo que yo les diga.

—Precisamente.

—Le exigirán á usted que devuelva lo que robó, abu-

sando de la buena fé de su bienhechor, de la impotencia de una mujer y de la debilidad de un niño.

—Eso harán.

—Pues para evitarlo no veo más que un medio.

—¿Cuál, señora?

—Morirme, porque así no habrá peligro de que mis lábios digan lo que usted desea que se calle, y supongo que no pretenderá usted que me suicide.

—No pretendo tal cosa.

—Entonces...

—Hay otro medio.

—No se me alcanza.

—Usted no se suicidará; pero firmará usted un documento, declarando haber recibido cuatro millones nominales en títulos de la deuda del tres por ciento, cuya cantidad confió á mi honradez el señor de Luján para que yo la entregase á usted si él moria antes de que le fuera posible disponer de su fortuna.

—¡Un recibo!...

—Eso es, un recibo con la fecha del dia siguiente al en que el señor de Luján fué preso y sacado de Madrid con direccion á Cádiz.

Todo ménos esto lo esperaba Clotilde.

No acertó á responder.

—Así,—añadió tranquilamente el señor de Rubianes,—el dia que su hijo de usted viniera á reclamarme su herencia, yo le respondería, enseñándole el recibo, y mal que le pesase habria de convencerse de que yo no lo ha-

bia robado, sino de que usted habia tenido la desgracia de perder el dinero.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Clotilde con desgarrador acento y levantando al cielo los ojos.—¿Es posible tanta maldad?

—Posible es, señora.

—Jamás, jamás accederé á esa exigencia.

—Sí accederá usted.

—No,—replicó enérgicamente la infeliz.

—Hemos concluido,—repuso el traidor, poniéndose en pié.—La dejo á usted; pero como comprendo que en este instante se halla trastornada y que el asunto es grave y necesita reflexion, volveré mañana para saber lo que decide.

—Es inútil.

—Y de aquí á mañana el señor Patricio Moncayo, el extranjero y su amigo estarán constantemente vigilados por la policía y no podrán dar un solo paso sin que se les observe: cometerán una locura si intentan huir.

Clotilde se oprimió el pecho y dejó escapar un gemido.

—Mañana, si usted se obstina en no firmar el documento, entrará la policía en esta casa, se llevará al señor Patricio, y quedará su hijo de usted en calidad de preso hasta que los médicos declaren que puede llevársele adonde á los criminales se les lleva.

—¡Esto es horrible!...

—O el documento, ó la ruina de todos...

—Entonces hablaré...

—Su hijo de usted no se encuentra en estado de pedirme cuentas, y si intenta hacerlo el señor de Bustamante, yo sabré librarme de él como de los otros.

La pobre madre ocultó el rostro entre las manos.

—Puesto que no piensa usted reclamarme nada ni revelar á nadie ese secreto, ¿qué le importa firmar el recibo?... Reflexione usted y se convencerá de que tiene bien poco valor lo que le pido.

—Salga usted de aquí, salga usted,—exclamó Clotilde con voz reconcentrada y acento de desesperacion;—salga usted inmediatamente.

—Sí, me voy; pero volveré mañana, y así no tendrá usted el derecho de decir que no le he dado tiempo para tranquilizarse y reflexionar, y que ha decidido usted sin saber lo que hacia; así, cuando se arrepienta usted, no tendrá derecho para acusarme.

Al decir esto, salió el señor de Rubianes con la misma tranquilidad que habia entrado.

Clotilde, con la frente apoyada en las manos, quedó inmóvil.

Pocos momentos despues don Cándido salia de la alcoba y volvia al taller.

Su rostro estaba pálido y contraido y su mirada era profundamente sombría.

No era entonces el don Cándido bonachon, tan alabado por la portera, sino el hombre misterioso á quien vimos una noche asomado á la ventana y con la mi-

rada ardiente y fija en los balcones de la casa de Bustamante.

Como ya hemos dicho, entró en el taller del señor Patricio Moncayo.

No podemos seguirlo, ni tampoco nos atrevemos á escuchar.

Tenemos que ir al ministerio á presenciar una escena extraña.

CAPITULO LXXIII.

Consejos y advertencias.

Mientras el señor de Rubianes se separaba de Clotilde, don Juan de Bustamante salia del despacho del ministro, con quien habia conferenciado, dando nobles y francas explicaciones sobre su proceder, y declarando terminantemente que jamás defenderia la conducta del gobierno.

Al atravesar un pasillo encontróse don Juan con el señor Morato, que se detuvo, lo miró y lo saludó, diciéndole:

—Señor de Bustamante, puesto que la casualidad nos reune, quiero aprovechar la ocasion y que hablemos dos minutos.

—Con el mayor gusto,—respondió don Juan, que co-

nocia perfectamente toda la importancia del jefe de la policía.

—No estamos en buen sitio... ¿Quiere usted venir por aquí?

—Vamos.

El señor Morato abrió una puertecilla.

Entraron en una habitacion de reducidas dimensiones.

Miráronse por un instante.

Bustamante estaba, más que grave, sombrío.

El hombre de policía, como siempre, entreabria sus delgados lábios para sonreir.

Sin duda por costumbre miró á su alrededor como para convencerse de que nadie los observaba.

Luego dijo:

—Acaba usted de romper abiertamente con el gobierno.

Don Juan no respondió.

—Lo adivino,—añadió el señor Morato,—porque lo conozco á usted. No podia suceder otra cosa, y lo siento tanto como me alegro.

—Caballero,—replicó Bustamante sorprendido,—no comprendo ni el sentimiento ni la alegría de usted.

—Se explica fácilmente: me alegro, porque si hay muchos que siguen el ejemplo de usted, el gobierno se convencerá de que ha obrado con ligereza y que á mí me sobraba la razon al hacer ciertas observaciones. ¿Ignora usted que he obedecido contra mi voluntad?

—Lo ignoro.

—Es extraño que con usted, en quien tanta confianza tenia su excelencia, no se haya quejado de mí.

Bustamante fijó una mirada escudriñadora en el señor Morato.

¿Queria éste sincerarse?

¿Con qué fin?

—No culpo á usted de la desgracia de mi hijo,—replicó don Juan.

—Es usted demasiado justo para acusarme, puesto que usted debe saber que yo estuve con mi gente en el centro, y el resto de la poblacion quedó á cargo de la guardia veterana. Esto no significa que dejasen de cometerse atropellos en todas partes, porque era forzoso. Se me dijo: «Es menester;» respondí: «Es imposible;» me replicaron: «Es preciso,» y obedecí, pensando en Pilatos. La verdadera responsabilidad no es, pues, mia. Todo se ha hecho contra mi opinion, todo contra mis planes, y así se explica que me alegre de que usted y otros que valen tanto como usted, me den la razon con su conducta.

—Efectivamente, queda explicada la alegría.

—Falta explicar el disgusto, ¿no es verdad?

—Sí,—respondió distraidamente Bustamante.

—Supongamos que no tengo corazon: así se cree y no es esta la ocasion de que me tome el trabajo de probar que se equivocan.

—Señor Morato...

—Hablemos con franqueza,—repuso éste, cuya sonrisa se hizo más marcada.

—Sigo escuchando.

—Si no por estimacion, por conveniencia, debo respetar á los pocos hombres que valen tanto como usted, y que se encuentran en su misma ventajosa situacion.

—Si me hace usted mal, no tema usted mi venganza, porque yo perdono y desprecio.

—No me basta, señor de Bustamante; en mi crítica situacion, eso es poco, muy poco, y necesito mucho más.

—Debo estar aturdido, porque no comprendo lo que usted se propone.

—Una cosa muy sencilla.

—Sepamos.

—No quiero más que tomarme la libertad de darle á usted un consejo.

—¡Un consejo!...

—Eso es.

—Entiendo ménos cada vez.

—¿Tiene usted medios honrosos de hacer las paces con el gobierno?

—¡Caballero!—exclamó don Juan con acento de indignacion.

El señor Morato hizo un gesto que significaba:

—Siento que no se me comprenda.

Y luego replicó:

—Le hago á usted una pregunta... ¿Quiere usted hacerme el favor de contestarme?

—Ni tengo medios honrosos, ni aunque los tuviese, los emplearía. Acabo de declarar que desapruebo los abusos que se han cometido, y no seré débil hasta el punto de cambiar mañana de opinion.

—Si no tiene usted medios, yo se los proporcionaré, y de tal naturaleza, que no pueda decirse que ha sido usted inconsecuente ni débil; de tal naturaleza, que la dignidad de usted quede á salvo, que en nada se resienta su amor propio.

—Gracias.

—Lo peor es que usted no quiera seguir mi consejo.

—¿Cree usted que me amenaza algun peligro?—preguntó don Juan.

—Por temor á peligros que á usted le amenazasen, no retrocederia usted, caballero; lo sé, porque lo conozco demasiado.

—Entonces ¿por qué me aconseja usted que siga defendiendo á los autores de los sucesos de la noche de San Daniel?

—Porque tengo ideas raras, muy raras; esto lo sabe todo el mundo, y usted no debe ignorarlo. Mi consejo se funda quizá en un capricho; pero lo doy con la mejor intencion.

Y al decir esto el señor Morato, se encogió de hombros y bajó los ojos.

Su semblante expresaba en aquel momento la más completa candidez.

La frente de don Juan se contrajo más de lo que estaba.

Para quien conociese al señor Morato, las palabras de éste en aquellas circunstancias tenian grandísimo valor.

¿Por qué daba tan extraño consejo?

¿Estaba de acuerdo con sus jefes para hacer cambiar de resolucion á Bustamante?

Nosotros sabemos la verdad y podemos decirla: el señor Morato queria de todo corazon prestar un servicio de importancia á Bustamante, porque así le convenia.

El ministerio, á pesar de la ridícula farsa de la noche de San Daniel, no podia sostenerse.

En las regiones elevadas, por más que otra cosa quisiera hacerse ver, empezaba á comprenderse que no se habia dado golpe alguno á la revolucion, que nada se habia hecho, y que las antiguas instituciones estaban tan amenazadas como antes, ó algo más; porque de la causa del órden, como se llamaba á la tiranía, se habian separado algunos de sus defensores.

¿Qué seria del señor Morato el dia que se nombrase un ministerio, no liberal, sino que quisiera aparecer amante de la justicia?

Don Juan de Bustamante podia ser ministro, ó por lo ménos tendria gran influencia cuando cambiase la situacion, y el señor Morato necesitaba contar con esta influencia para conservar su destino y acabar de hacer su fortuna.

No deseaba Morato que Bustamante volviese á ser defensor del gobierno de entonces, y el aconsejárselo así era un pretexto para tener ocasion de prestar el servicio.

Conseguido esto, nada más seria menester.

Don Juan, cuando se le exigiese, tendria que pagar la deuda de gratitud, pagarla sin detenerse ante ninguna consideracion.

—Caballero,—dijo Bustamante despues de algunos momentos,—si sabe usted que los peligros no han de hacerme temblar, no han de obligarme á cambiar de conducta, ¿para qué me habla usted de ellos?

—Porque no es á usted á quien amenazan esos peligros.

—Entonces...

—La noche de San Daniel murieron en la calle de la Magdalena tres guardias civiles, y otro quedó gravemente herido. Esto es un crímen con circunstancias agravantes: ¿no debe castigarse?

—A esos guardias se les hirió en legítima defensa...

—¡Defensa contra la autoridad!... Señor don Juan, con usted pueden excusarse muchas explicaciones. Dos hombres, que no habian sido atacados, acometieron á los guardias sin saber si así favorecian á un criminal, los acometieron en vez de dejarlos que bajo su responsabilidad obrasen; una puerta se abrió, saliendo otro hombre y matando al único guardia que podia defenderse. Los dos primeros eran: un francés que se llama

Plotoski, y que es sospechoso á pesar de que tiene todos sus documentos corrientes, y un criminal de oficio, conocido por Medio-beso. A este criminal lo tienen reclamado los tribunales; la policía lo busca; pero no lo encontrará, porque se le ha dicho que no lo encuentre. Se ignoraba que estos dos hombres se conociesen; pero ahora se conocen ciertos detalles del episodio de la calle de los Negros en la noche de San Daniel.

Don Juan miraba atónito al señor Morato.

Éste prosiguió diciendo:

—El que mató al último guardia era el señor Patricio Moncayo, republicano, antiguo conspirador y emigrado desde el 48 al 54... Y ahora no lleve usted á mal que le recuerde que el hijo de su esposa de usted, aunque no hirió á nadie, hizo resistencia á los agentes de la autoridad, ó al ménos así consta.

—¡Caballero!...

—Nada de esto es un secreto: el verdadero secreto lo confiaré al honor y á la discrecion de usted.

—Pero...

—La casa del señor Patricio, que es la misma de Plotoski, está vigilada. Fije usted la atencion en tres personajes que á todas horas se encuentran por allí.

—¿No comprende usted qué horrible es lo que está diciendo?—replicó don Juan, apretando los puños.

—Lo comprendo y por eso lo digo.

—¡Oh!...

—Tenga usted la bondad de escucharme.

—Prosiga usted.

—Cuando vaya usted á la calle de la Magdalena, fije usted la atencion en tres personas: un mendigo cojo y con muletas que se apoya en la pared cerca de la esquina de la calle del Ave-María; un muchacho de catorce años, que á pesar de las ordenanzas de policía urbana vende fósforos y tiene su mercancía en una cesta colocada en el suelo junto á la acera, y un hombre con una cicatriz en la mejilla izquierda, que unas veces vaga por la calle y otras bebe en una taberna, hablando con el tabernero, aunque sin perder de vista la casa en cuestion.

—Espías...

—Observadores,—repuso sonriendo el señor Morato.

Don Juan reflexionó.

—Bien,—dijo luego,—todo está comprendido: esperaban mi última resolucion para dar el golpe.

—Tal vez.

—Pues ya he resuelto y no retrocederé.

—Ni Plotoski, ni Medio-beso, ni el señor Patricio dan un solo paso sin que se les siga.

—No retrocederé, no retrocederé,—volvió á decir don Juan:—antes que todo, mis deberes, mi conciencia.

—Yo mismo no entiendo las órdenes que se me han dado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay algo más de lo que se vé.

—¿Qué puede haber?

—Lo ignoro completamente; pero estoy seguro de no equivocarme.

El señor Morato mentia, porque si no todo, sabia mucho más de lo que decia.

Bustamante volvió á quedar pensativo.

—Señor don Juan,—dijo despues de algunos momentos el jefe de policía,—he concluido.

—Las últimas palabras de usted son misteriosas.

—Digo cuanto sé... ¿Puedo hacer más?

—Lo que usted adivine, lo que sospeche...

—Ni sospecho ni adivino; pero si llego á saber ó adivinar, tendré el gusto de darle una nueva prueba de mi adhesion.

—Gracias, caballero.

—Me espera el director...

—Un momento.

—Mande usted.

—¿Cree usted que hay medios de que antes que se dé el golpe se oculten los que favorecieron á mi hijo?

—Que no lo intenten.

—Podrian huir...

—No.

—¿Cómo he de permanecer tranquilo sabiendo lo que les amenaza?

—Aun á riesgo de comprometerme, haré en favor de ellos cuanto me sea posible; pero le advierto á usted que de nada respondo, que no tengo esperanza de que se salven, porque hay muchas miradas que me espien.

Sin embargo, no quiero ser responsable de nada, y usted hará lo que mejor le parezca.

Cruzaron algunas palabras más.

El señor Morato se despidió y se dirigió á la puerta; pero antes de salir se detuvo y dijo:

—¿Cómo está usted con el señor don Pedro de Rubianes?

—Como siempre: ni bien ni mal.

—Hoy es una gran influencia,—dijo el señor Morato,—y en caso de apuro...

—No quiero pedirle ningun favor.

—Yo tampoco le aconsejo á usted que se lo pida.

—¿Por qué se acuerda usted ahora del señor de Rubianes?

—Porque es de la situacion, porque puede mucho... Nada más.

—Señor Morato, perdone usted que se lo diga con franqueza; pero hoy me parece todo en usted más misterioso que nunca.

—Y sin embargo, nunca he hablado con tanta claridad.

—El recuerdo de don Pedro de Rubianes...

—Es un recuerdo como otro cualquiera.

—Sí; pero...

—Nos encontramos en un apuro, y es natural que pensemos en los hombres que pueden servirnos.

—A la vez me aconseja usted que ningun favor pida al señor Rubianes.

—Caballero,—repuso el jefe de policía volviendo á

sonreir,—ya le he dicho á usted que soy raro y caprichoso.

—Algo me oculta usted...

—Nada.

—Diga usted...

—Me espera el jefe; perdone usted... Tengo el honor de repetirme suyo.

El señor Morato salió.

Don Juan quedó completamente aturdido.

Puede comprenderse la importancia que para él tenia en aquellos momentos el nombre de don Pedro de Rubianes.

Bustamante volvió á pensar en la primera entrevista de Clotilde y el traidor.

Luego en la conducta de éste, que en vez de mostrarse ofendido, habia continuado más atento que nunca.

Era imposible adivinar nada.

—¡Misterios, siempre misterios!—murmuró don Juan desesperadamente.

Pensó en Plotoski.

—Sospechoso,—dijo.—¿Pero qué se sospecha de él?... Que no sea lo que parece, y como parece un hombre honrado, debe suponerse...

Interrumpióse, y luego añadió:

—Es amigo de un criminal depravado, y Clotilde perdió el sentido cuando lo vió... ¡Esto es horrible!... No más misterios, no más misterios...

Sin que le fuera posible coordinar sus ideas, salió.

Su cabeza se abrasaba.

Latian con violencia sus sienes y su corazon.

Las dudas lo atormentaban horriblemente.

Buscaba luz como el sediento busca el agua; buscaba luz y no encontraba mas que tinieblas.

Y sin embargo, esto era una fortuna, porque el dia que se disipasen aquellas tinieblas, sufriria mucho más.

Despues que se separó del señor Morato fué cuando pensó don Juan que debia haberle preguntado por don Cándido.

Éste era tambien otro personaje misterioso, y que habia producido en Clotilde el mismo efecto que Plotoski.

El señor Morato, si nada sabia del agente de comercio, lo averiguaría fácilmente.

Era, pues, preciso pedirle que lo hiciese así.

Una vez recibido el primer favor del jefe de policía, no habia inconveniente en pedirle otros.

CAPITULO LXXIV.

Bustamante sigue sorprendiéndose.

Clotilde permaneció más de media hora sin acertar á darse cuenta de lo que sentia.

Cuando empezó á tranquilizarse, ó más bien á recobrar el uso de su razon, horrorizóse más que antes.

Esto era consiguiente: debia sufrir más cuanto con más exactitud apreciase su situacion.

Si solamente á ella se hubiesen dirigido las amenazas de Rubianes, la infeliz no habria vacilado para negarse á firmar el documento que se le exigia; pero ¿cómo sacrificar, no solamente á su hijo, sino á la noble y generosa familia á quien tanto debia?

Susana habia llegado á interesar hasta tal punto á Clotilde, que ésta habria hecho por aquella todos los sacrificios imaginables.

No era menester más que amenazar á la encantadora hija del señor Patricio Moncayo para que temblase la madre de Alberto.

Y Rubianes la amenazaba con la ruina, con la miseria, y hasta con la orfandad.

No, no; esto no podia consentirlo Clotilde, cuya abnegacion conocemos ya.

En cuanto á Plotoski no diremos más sino que tenia para Clotilde quizá mucha más importancia que Susana, tanta casi como Alberto.

¿Por qué?

Una sospecha, que no sabemos si calificar de horrible, se habia levantado en el alma de Clotilde.

Aquella sospecha, por lo aterradora, por la extraña impresion que producia, no podia compararse sino á la fantástica sombra que se levanta de un sepulcro y nos mira, se nos acerca, nos llama y nos tiende los brazos.

Empero debemos advertir una cosa: don Cándido habia producido el mismo efecto en Clotilde, habia evocado el mismo recuerdo, grato y aterrador á la vez, habia despertado la misma sospecha.

Si Rubianes hubiese amenazado á don Cándido, tambien Clotilde se habria sentido poseida de terror, tambien habria decidido sacrificarlo todo por él.

Sobre este punto no podemos dar más explicaciones.

¿Cómo hemos de hacerlo si la misma Clotilde no se atrevió á decirse lo que pensaba?

Nunca como entonces pensó la infeliz en su primer esposo.

Nunca el recuerdo de Guillermo de Luján habia sido para ella tan dulce.

Pero tambien más que nunca, temió á todas horas y en todas partes encontrar la personificacion de aquel recuerdo.

De esto resultó que el pensamiento de Clotilde estuviese constantemente ocupado por el hombre de la barba negra, que le habia escrito la incomprensible carta, por el misterioso extranjero y por el sencillo don Cándido.

Los tres hacian sentir lo mismo á Clotilde.

Pero ella no se atrevia nunca á darse cuenta de lo que sentia.

No hay nada que tanto deseemos conocer como lo que nos infunde profundo terror; y sin embargo, es lo que ménos nos atrevemos á examinar.

Como ya hemos dicho, al cabo de media hora de dudas comprendió la desdichada Clotilde que era absolutamente preciso determinar.

Dejar que el pensamiento vagase, no era hacer nada.

No hacer nada, era perderse.

Al dia siguiente se presentaría Rubianes.

Si no se llevaba el documento, se llevaria á un calabozo al señor Patricio y á Plotoski.

¿Qué resolver?

Ante todo era prudente averiguar si el peligro pintado por Rubianes era verdadero.

¿Podria el miserable cumplir su amenaza?

—Tal vez no,—dijo Clotilde.

Estas palabras fueron para la infeliz un rayo de esperanza consoladora.

Don Juan la sacaria de dudas.

Todo dependia quizá de la situacion en que Bustamante hubiese quedado con el gobierno.

Antes deseaba Clotilde que su esposo se declarase enemigo de los que ella llamaba asesinos de su hijo.

Luego anheló lo contrario.

Si don Juan se hubiese presentado en las Córtes á defender al ministerio, su esposa se habria horrorizado.

La situacion cambió, y la pobre madre hubiera visto con alegría que Bustamante conservaba su poderosísima influencia, porque así nada habria tenido que temer de don Pedro de Rubianes.

Don Juan volvió.

Ya sabemos en qué estado se encontraba.

Empero á pesar de su agitacion, dirigió á Clotilde palabras cariñosas, preguntándole con el más vivo interés por Alberto.

No tuvo ella mas que mirar á su esposo para adivinar lo que sucedia.

La desdichada se extremeció y dijo:

—¿Vienes del ministerio?

—Sí,—respondió Bustamante.

—¿En qué situacion has quedado?

—¿Acaso ignoras la resolucion que adopté?

Clotilde inclinó tristemente la cabeza.

Don Juan la miró sorprendido, y añadió:

—Yo esperaba, no solamente que alabases mi conducta, sino que te llenase de satisfaccion, porque está de acuerdo con tus opiniones, porque debe halagar tus sentimientos.

—He reflexionado.

—¿Y cuál es el resultado de tus reflexiones?

—El que debia ser, no juzgando apasionadamente. Me olvido de que mi hijo ha sido víctima de los abusos de la tiranía, pienso en tus compromisos, en tus deberes como hombre de partido, y...

—Concluye.

—Tienes tus opiniones que podrán ser erróneas, pero sinceras; crees de buena fé que en la fuerza de los gobiernos está la dicha de la patria, y en las circunstancias de hoy, atacar al gobierno por un hecho aislado, es desautorizarlo, es dar tácitamente la razon á los que combaten las instituciones que hoy tenemos... No quiero, pues, que por mí hagas el sacrificio de ayudar más ó ménos directamente á tus adversarios, á los que crees que arruinarian á España el dia que triunfasen.

—¿Es decir que me pides que apoye al gobierno?

—Sí.

—¡Tambien ella!—dijo para sí don Juan.—¿Qué significa esto?

—¿Te sorprendes?—preguntó Clotilde.

—Es natural.

—Quiero probarte que aprecio y juzgo sin pasion, y que antes que todo es para mí la razón y la justicia.

—Lo sé; pero ahora...

—Otras consideraciones de mucha importancia me hacen tambien pensar así.

—Sepamos.

—Tres de los cuatro guardias que acometieron á Alberto, quedaron sin vida.

—Es verdad.

—Esto nadie lo ignora.

—Prosigue.

—Las apariencias condenan á los que aquella noche salvaron á Alberto, y aun á Alberto mismo.

—Es indudable.

—Creo que por consideraciones á tí no se ha dado paso alguno; pero si te declaras en abierta oposicion con el gobierno, éste quedará en libertad completa de accion, y á nombre de la justicia procederá contra los que hicieron resistencia á los agentes de la autoridad, hiriendo gravemente á uno y matando á tres.

Don Juan pasaba de una sorpresa á otra mayor.

No parecia sino que Clotilde se habia puesto de acuerdo con el señor Morato.

La conducta de éste no era extraña, se explicaba perfectamente.

La de ella no se comprendia.

Era preciso creer que Clotilde obraba así á impulsos de ese delicado instinto de que está dotada la mujer.

—Ya no es tiempo de retroceder,—dijo don Juan despues de algunos instantes.

—Tiemblo.

—¿Por qué?

—¿Qué será de los generosos favorecedores de mi hijo?

—¿Y he de salvarlos á costa de mi dignidad y aun de mi conciencia?

—¡Ah!...

—Siquiera por decoro es preciso obrar así, puesto que yo mismo fuí atropellado aquella noche, y todo el mundo lo sabe. ¿He de presentarme á la faz de la nacion y decir que la soldadesca hizo bien en apalearme?... Jamás, jamás. Los hombres tienen el deber de hacer todos los sacrificios, para pagar los beneficios que reciben; pero el sacrificio de la honra ni la dignidad, no se hace por nadie ni por nada, ni nuestros bienhechores tienen tampoco el derecho de exigirlo, porque no puede exigirse de los otros lo que uno no está obligado ni dispuesto á dar.

Clotilde inclinó tristemente la cabeza.

Bustamante, sin cuidarse de ocultar su agitacion, empezó á pasearse.

Trascurrieron algunos minutos.

—Bien,—dijo al fin Clotilde;—Alberto no se salvará, porque no puede moverse; pero los demás...

—Tampoco,—replicó don Juan con voz sombría.

—Les diré el peligro que corren...

—Ya es tarde.

—¡Tarde!...

—Mira,—repuso Bustamante, tomando una mano de su esposa y llevándola á la ventana.

Ella miró á la calle.

—¿Ves aquel mendigo?—añadió don Juan.

—Sí.

—Es un agente de policía.

—¡Dios mio!...

—¿Ves aquel muchacho que grita, anunciando los fósforos que vende?

—Pero...

—Otro espía... Fija la atencion y te convencerás de que se cuida más de esta casa que de su mercancía.

—¡Oh!...

—Repara en aquel hombre de rostro repugnante y señalado por una cicatriz...

—Sí, sí,—balbuceó Clotilde, mientras temblaba convulsivamente.

—Otro miserable.

—¡Estamos rodeados de policía!...

—Si Plotoski ó el señor Patricio intentan huir, harán inmediatamente con ellos lo que tal vez no hagan despues.

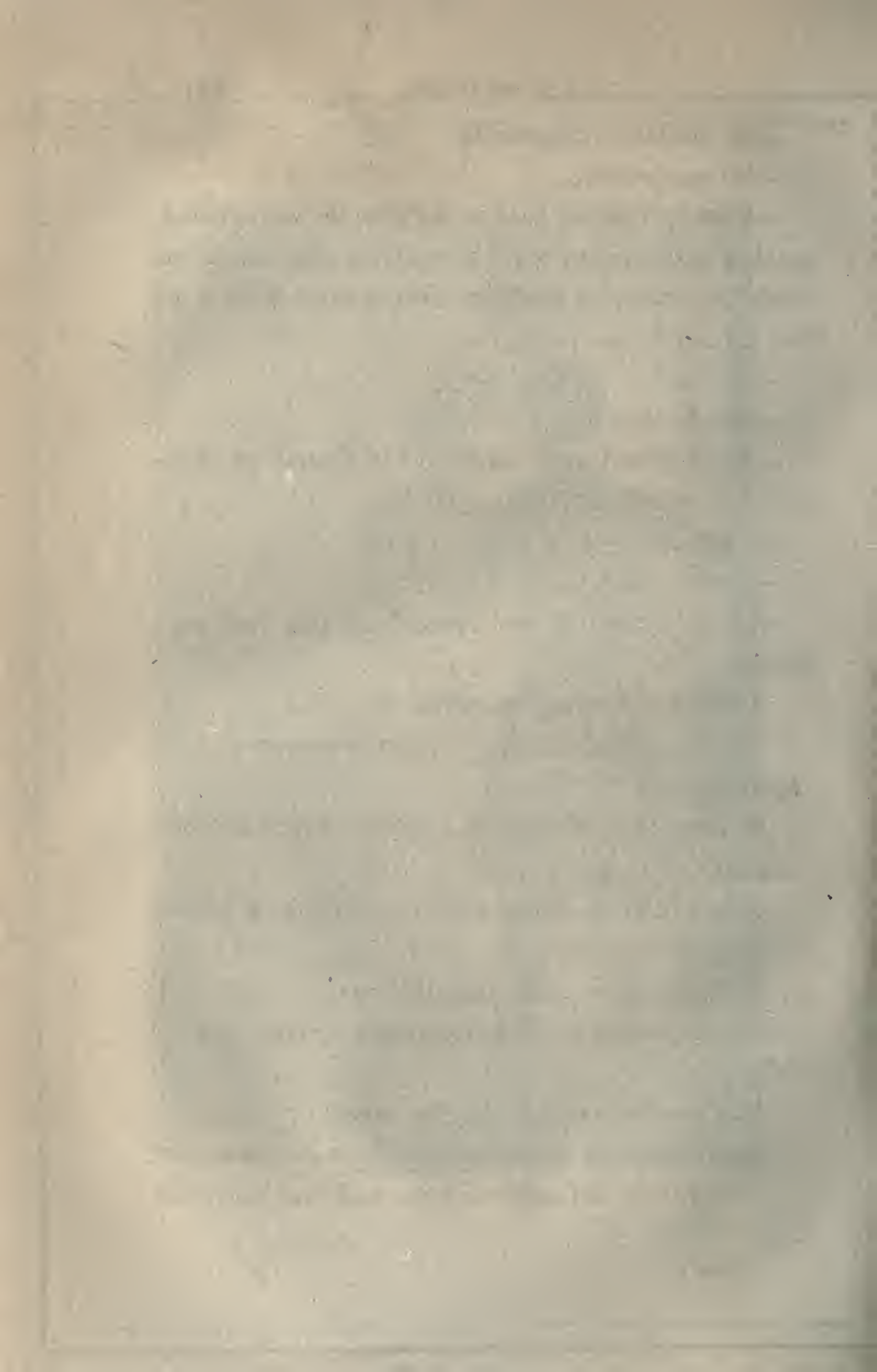
Clotilde quedó anonadada.

—Ahora,—repuso don Juan,—decide.

—¡Que yo decida!...



Ella miró á la calle.



—Te obedeceré ciegamente.

—No comprendo...

—Si tú lo quieres, haré el sacrificio de mi dignidad, y ahora mismo iré á decir á mis adversarios: «Aquí me teneis, soy vuestro á condicion de que no toqueis á un solo cabello de mis protegidos.»

—No, no.

—Decide, decide...

—¡Tu dignidad!—exclamó Clotilde, fijando en su esposo una mirada profunda.—¡Jamás!...

—¡Ah!...

—¡Jamás, jamás!...

—¡Alma grande y noble!—exclamó don Juan conmovido.

Y estrechó á su esposa contra su pecho.

Por las pálidas mejillas de ésta corrieron algunas lágrimas.

El valor de aquel llanto no podia comprenderlo Bustamante.

¿Cómo habia de comprenderlo, si ignoraba el crímen del señor de Rubianes?

No habia, pues, medio de salvacion.

Era forzoso firmar el documento exigido por el traidor.

Muy poco hablaron ya los dos esposos.

¿Qué habian de decirse que no fuera atormentarse?

Clotilde salió del aposento para volver al lado de su hijo.

Don Juan de Bustamante se dejó caer en una silla, entregándose á las más tristes reflexiones.

Aún no habian pasado tres minutos cuando dieron tres golpecitos en la puerta.

—Adelante,—dijo don Juan.

Plotoski se presentó.

CAPITULO LXXV.

Plotoski tranquiliza y aturde más á Bustamante.

La mirada ardiente y penetrante de Plotoski se fijó en Bustamante.

Éste se esforzó para aparecer tranquilo y aun para sonreir.

Púsose en pié y alargó la diestra á Plotoski, mientras lo saludaba afectuosamente.

Pero el extranjero, como si no se apercibiese de la accion de don Juan, conservó sus manos en los bolsillos, segun su costumbre, y despues de responder al saludo, dijo:

—Está usted agitado, caballero, y la causa de su agitacion es el temor de los peligros que amenazan á cuatro personas: el hijo de su esposa de usted, el señor Patricio Moncayo, mi amigo Medio-beso y yo.

Estas palabras acabaron de aturdir á don Juan de Bustamante.

—En la calle, y vigilando esta casa,—añadió el extranjero,—hay tres agentes de policía.

—¿Sabe usted?...

—Yo lo sé todo.

—¡Que lo sabe usted todo!...

—Sí.

Don Juan no acertó á responder.

Plotoski repuso:

—Ha roto usted completamente con el gobierno, por lo cual debe usted felicitarse. Eso exigia la dignidad de usted.

—Sí, eso exigia mi dignidad; pero...

—Tranquilícese usted.

—¡Que me tranquilice, cuando quizás hoy mismo se cometerá un nuevo abuso con las personas á quienes debo más que la vida!...

—Esos temores son vanos.

—El gobierno no ignora quiénes fueron los que mataron á los tres guardias.

—Lo sabe; pero nada hará,—repuso el extranjero con calma,—y estoy tan convencido de que no me equivoco, que aquí me tiene usted completamente tranquilo y sin pensar en huir.

—La fuga es imposible.

Plotoski hizo un gesto de desden.

—La policía,—dijo,—es torpe.

—Puesto que usted mismo sabe que estamos espiados...

—Por la calle.

—Basta.

—No basta, porque en caso de necesidad, el señor Patricio puede escalar la tapia del patio, saltar al jardin de su casa de usted y huir por la calle de Atocha.

—¡Ah!...

—¿Se convence usted de que la policía de España es torpe?

—Sí, sí; pero usted...

—Tengo la misma salida.

—¿Y Medio-beso?

—En cuanto á Medio-beso, ningun peligro corre hasta mañana á estas horas.

—¡Hasta mañana á estas horas!...

—Entonces intentarán prenderlo, y á nosotros nos dejarán en libertad, y para mañana tambien él estará en salvo.

—No comprendo la diferencia que hay entre él y los demás...

—¿Qué importa que usted no la comprenda si existe?

Cada vez aparecia Plotoski más misterioso.

—Perdone usted,—dijo don Juan;—pero...

—Mañana á estas horas no se cuidará de nosotros la policía, y en cuanto á mi amigo Medio-beso, no lo encontrará.

—Si se equivocase usted...

—He venido para tranquilizarlo y sentiré que no tenga fé en mis palabras; pero de cualquier modo, el plazo es corto y no tardará usted en convencerse.

—¿Quién es este hombre?—dijo para sí don Juan.—¿Quién es?

Y como si este pensamiento lo hubiese adivinado Plotoski, dijo:

—Caballero, no se empeñe usted en adivinar lo que es imposible que sepa.

—Acabaré por volverme loco,—murmuró Bustamante sin poder contenerse.

Plotoski guardó silencio.

Su mirada intensa permanecia fija en don Juan.

¿Era verdadera la calma del extranjero?

El brillo extraño de sus ojos decia que no.

Su misma inmovilidad era una violencia.

En aquellos momentos estaba horriblemente agitado su espíritu.

Plotoski era un misterio; pero un misterio tenebroso.

Bajo su interior tranquilo y frio se ocultaba algo muy espantoso, tan espantoso como el volcan que se enciende en el corazon de una montaña cubierta de hielo.

Sí, el fuego asolador cubierto por la nieve.

Aquel fuego no podia estar siempre oculto.

El cráter abriria su boca y se desbordarian las corrientes de encendida lava.

No hubiera podido decir don Juan la clase de influen-

cia que sobre él ejercia aquel hombre misterioso.

A Bustamante le sucedia lo que á su esposa: cuando veia á Plotoski, sentia lo mismo que al ver á don Cándido.

A ambos les debia grandes beneficios; ambos habian probado tener gran corazon y los más nobles sentimientos, y sin embargo, los dos hacian experimentar á don Juan un sentimiento inexplicable como de repulsion ó de pavor.

¿En qué consistia esto?

La situacion, que parecia tan grave, la presentó sencillísima Plotoski.

En caso de necesidad, el señor Patricio podria huir.

Otra circunstancia habia muy extraña: Medio-beso no correría peligro hasta que dejasen de correrlo los demás.

Si á todos se les amenazaba por igual motivo, el peligro debia ser igual para todos.

¿Por qué tan incomprensible diferencia?

—No lo entiendo, no lo entiendo,—dijo Bustamante despues de algunos minutos.

—Hé aquí la situacion,—repuso Plotoski:—Alberto, el señor Patricio y yo, estaremos amenazados hasta mañana, mientras que mi amigo Medio-beso no correrá ningun peligro.

—¿Y mañana?...

—La policía recibirá órden de dejarnos en libertad y

de prender á Medio-beso, sin que el mismo señor Morato, á quien debe usted conocer, pueda decir el por qué se dan órdenes tan extrañas. Dejemos, pues, que nos espien. ¿Qué nos importa? No hay enemigo temible cuando se conocen sus armas y sus medios de ataque, porque con anticipacion se prepara uno á la defensa. El golpe verdaderamente terrible es el inesperado, el que nos sorprende, porque hiere antes de que pueda evitarse. Ni el señor Patricio ni yo tenemos nada que hacer, puesto que nada se intentará contra nosotros, y en cuanto á Medio-beso, se encontrarán burlados, porque nos sobra tiempo para desbaratar el plan.

Como era consiguiente, estas explicaciones debian confundir más á Bustamante; pero le era forzoso aceptar como bueno cuanto se le decia, le era forzoso esperar, puesto que nada podia hacer.

Plotoski saludó con un movimiento de cabeza, y sin sacar las manos de los bolsillos del gaban, dirigióse á la puerta.

Empero lo mismo que habia hecho el jefe de policía, ántes de salir detúvose el extranjero y dijo:

—Si aún no tiene usted fé en mis palabras y le parecé oportuno dar algun otro paso, acuda usted á cualquiera de los amigos con quienes cuenta y que pueden con su influencia poderosísima hacer mucho.

—¡Amigos!...

—Por ejemplo, el señor don Pedro de Rubianes, cuya situacion...

—¿Por qué me habla usted del señor de Rubianes?—replicó vivamente don Juan.

—Porque es uno de los hombres de la situacion que más valen y más pueden.

Bustamante, decidido á pedir claras y terminantes explicaciones, dió un paso hácia el extranjero; pero éste, como si no conociese semejante intencion, hizo otro movimiento de cabeza y salió tranquilamente.

Volvió don Juan de Bustamante á dejarse caer en una silla.

Plotoski bajó, entró en el taller y dijo al señor Patricio:

—No me equivoqué.

—¿De modo que mañana?...

—Lo traeré.

—Bien, bien,—murmuró Moncayo como si hablase maquinalmente.

—De lo demás no tengo que hacer ninguna advertencia.

—¡Oh!... ¿Cuándo llegará el dia?

—Jamás para mí,—repuso Plotoski con acento de profunda amargura.

—Habrá víctimas inocentes; pero mientras de nada lo acuse á usted su conciencia...

—Siempre sufriré.

No hablaron más; pero en las pocas frases que cruzaron, á más de lo oscuro de su significado, pudo advertirse otra cosa digna de tenerse en cuenta: el acento

de Plotoski era castellano puro, tan puro como el de un hijo de Madrid.

Razon le sobraba al señor Morato para decir que el extranjero, á pesar de los documentos que habia presentado, era sospechoso.

El francés descendiente de polacos podia muy bien ser español de pura raza.

CAPITULO LXXVI.

La firma.

Llegó el dia siguiente, el dia terrible para la pobre madre, á quien se habia puesto en la más espantosa alternativa.

Alberto habia mejorado notablemente, y el médico se atrevió á responder de la curacion completa y rápida de la herida.

Eran las doce.

Don Juan de Bustamante, tal vez más preocupado que el dia anterior, habia salido.

De ningun negocio tenia que ocuparse; pero necesitaba estar solo y reflexionar.

Plotoski no habia salido de su casa; pero sí don Cándido, que saludó á la portera y se dirigió á la morada del señor Patricio.

Éste se encontraba en su taller; pero en vez de trabajar, se paseaba.

Para que el señor Patricio no trabajase era menester que estuviese muy preocupado.

Interrumpió su paseo cuando se presentó su vecino.

Éste, al entrar en el taller, dejó, puede decirse, su máscara de inocencia y de dulzura.

Los músculos de su rostro se contrajeron.

Sus negros ojos relumbraron como dos carbunclos.

Era sombría y terrible la expresion de su rostro.

Si la portera lo hubiese visto entonces, habria retrocedido espantada.

El querubin se habia convertido en demonio.

—Aún no habrá venido, ¿es verdad?—preguntó.

—No,—respondió Moncayo, á quien no pareció sorprender la trasformacion de su misterioso vecino.

Don Cándido sacó de uno de sus bolsillos una cajita de carton de forma cilíndrica.

—¿Es eso?—preguntó el señor Patricio.

—Sí.

—¿Nada hay que hacer con él?

—Lo que sabe usted.

—Si no diese el resultado...

—Lo dará.

—¡Oh!...

—Nadie más interesado que yo: esté usted tranquilo.

Moncayo tomó la cajita y la guardó con el mismo cuidado que se guarda una joya de gran valor.

—Voy, pues, antes que ese miserable venga,—dijo don Cándido.

—Ya no tardará.

—Y usted...

—Esperaré en el otro aposento.

—Dios nos proteja.

Don Cándido salió del taller, subió la escalerilla, y lo mismo que el dia anterior, se metió por el pasillo y fué á ocultarse á la alcoba, poniéndose junto á la puerta de cristales.

Clotilde se encontraba en la sala, donde ya la hemos visto.

Dos veces habia mirado por la ventana.

Los espias estaban en su puesto.

El peligro era, por consiguiente, el mismo.

La amenaza de Rubianes se cumplia.

La infeliz se sentó.

Extremecíase cada vez que llegaba á sus oidos el ruido de un carruaje.

Por fin uno se detuvo junto á la casa.

Tres minutos despues entraba en el aposento el señor don Pedro de Rubianes, que miró á todos lados para convencerse de que nadie habia allí mas que Clotilde.

Ésta palideció como un cadáver y tembló convulsivamente.

Era preciso hacer el último esfuerzo, y la desdichada lo hizo.

—Acabemos,—dijo con acento breve.

—Para eso he venido, señora,—replicó Rubianes con una tranquilidad horrible.

Y luego añadió:

—¿Cómo se encuentra su apreciable hijo de usted?

Clotilde lanzó una terrible mirada al traidor, que se encogió de hombros con indiferencia y mientras decia:

—Creí que lo cortés no quitaba lo valiente. No tengo motivo para odiar á su hijo de usted, que ningun mal me ha hecho, y aunque tampoco me interesa su salud, me pareció conveniente cumplir un deber de urbanidad.

No se dignó responder Clotilde.

Rubianes se sentó.

—Ahora,—dijo,—si usted quiere, nos ocuparemos de nuestro asunto.

—Sí.

—Habrá usted meditado y se habrá convencido de que los peligros que ayer le pinté son reales, por desgracia de usted y fortuna mia.

—Ya sé que estamos espiados.

—Veo que no se ha contentado usted con meditar, sino que ha consultado... Me alegro y me complazco de que sea usted prudente. Dice el refran, que más ven cuatro ojos que dos, y no ha querido usted fiarse de los suyos.

—Deseo que terminemos.

—Cuanto antes, señora.

—¿Insiste usted en su criminal exigencia?

—¿Y ha podido usted dudarlo? Para retroceder, no me tomo el trabajo de adelantar.

—¡Miserable!...

—Más de una vez se ha tomado usted la molestia de llamarme así... Acabaré por acostumbrarme.

—¡Oh!... Acabemos, acabemos.

—¿Ha decidido usted?

—Ya he decidido.

—¿Firmará usted el documento?

—Lo firmaré.

—Lo traigo extendido para que no se tome usted la molestia de escribir mucho.

El señor de Rubianes sacó una preciosa cartera de piel de zapa con broche de oro, y de ella un papel, que presentó á Clotilde.

Ésta lo tomó con trémula mano, y dijo:

—Necesito una garantía de que usted no me engañará.

—¡Engañarla!

—Sí, usted es capaz de todo...

—Ciertamente.

—¿Quién me responde de que no se cumplirán las amenazas de usted, aun despues de firmado este documento?

—Señora, en esta clase de asuntos no hay ni puede haber más garantías que la buena fé, y si usted no dá crédito á mi palabra, no llegaremos á entendernos. ¿Qué garantía he de dar?... Ninguna... Si usted encuentra

medio razonable, un medio que no me comprometa, dígamelo.

El razonamiento del señor de Rubianes no tenia réplica.

—Firmaré,—dijo Clotilde.

Y se acercó á una mesa, donde le habia parecido ver otros dias un tintero.

No lo habia.

—Espere usted un instante,—dijo.

Y salió del aposento.

En el inmediato encontró al señor Patricio, que casualmente lo atravesaba.

—¿Quiere usted algo, señora?—preguntó el industrial.

—Un tintero y una pluma....

—Voy por él en seguida.

—Perdone usted...

—¿Necesita usted papel?

—No.

Volvió Clotilde donde estaba Rubianes.

Pocos segundos despues se presentó Moncayo, poniendo sobre la mesa un tinterito de cristal azul y una pluma nueva.

—¿Algo más?—preguntó.

—Nada.

Salió el señor Patricio.

La desdichada madre tomó la pluma.

Sus movimientos parecian los de un autómata.

Sentia que le faltaban las fuerzas.

Era preciso concluir pronto.

Las cortinillas azules de la puerta de la alcoba, se agitaron.

En aquella alcoba se encontraba don Cándido.

¿Cómo no acudia en auxilio de Clotilde?

Una vez que ésta firmase, todo se habria perdido para siempre, porque el recibo que guardaba Medio-beso no tendria ningun valor.

Empezamos á creer que don Cándido, más que un amigo, era un enemigo.

Tal vez al proteger á Alberto, se proponia inspirar confianza, para dar con más seguridad un golpe terrible.

En nuestra opinion, su conducta era más sospechosa que la de Plotoski.

¿Pero no estaba de acuerdo con el señor Patricio?

Así parecia; y la honradez de Moncayo no puede ponerse en duda.

Amigo ó enemigo, permaneció en la alcoba sin hacer más que observar.

Clotilde hizo un esfuerzo y firmó.

Como el tigre que cae sobre su presa, el señor de Rubianes se apoderó del papel.

Examinó la firma.

Sus lábios se entreabrieron para sonreir con expresion satánica.

Sus ojos relumbraron como dos luces fosfóricas.

—¡Ah!—exclamó como si se sintiese libre de una mano que lo ahogase.

Dobló el papel y lo guardó en la cartera con el mismo cuidado que antes habia guardado el señor Patricio la cajita que don Cándido le entregó.

—Todo lo he sufrido,—dijo Clotilde con acento breve;—pero si ahora me engañase usted, juro por la vida de mi hijo, que revelaré el secreto á mi esposo, aunque lo exponga á morir.

—Serán respetados el señor Patricio y Plotoski, lo mismo que su hijo de usted. Esto he prometido y nada más, y lo prometido lo cumpliré.

—Salga usted de aquí,—dijo la pobre madre extendiendo un brazo hácia la puerta.

—Señora, tengo el honor de ofrecer á usted mis respetos.

El señor de Rubianes, sin pronunciar una palabra más, salió tranquilamente.

Clotilde apoyó los brazos en la mesa y la frente en las manos.

Se habian agotado sus fuerzas.

Don Cándido salió de la alcoba.

Sus pasos eran vacilantes como los de un hombre ébrio.

Su rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado, y su frente empapada en frio sudor.

Atravesó el pasillo, bajó la escalera y entró en el taller.

El señor Patricio lo miró y apretó los puños con muestras de reconcentrada ira.

No pronunciaron una palabra.

Dejóse caer don Cándido en una silla.

Parecia encontrarse en el mismo triste estado que Clotilde.

Lector, no puedes comprender el valor de las escenas que vamos refiriendo, no puedes todavía apreciar la importancia del drama silencioso que tenia lugar en la tranquila morada del señor Patricio. Lo comprenderás cuando se aclaren los misterios.

Al cabo de cinco minutos recobró la calma don Cándido.

Levantóse, estrechó la diestra del industrial y le dijo:

—Gracias, amigo mio.

Luego salió.

¡Gracias!... ¿Y por qué?

Lo ignoramos.

CAPITULO LXXVII.

Empiezan á realizarse los anuncios de Ploloski.

El señor de Rubianes era un hombre muy exacto en el cumplimiento de sus compromisos, y de ello dió bien pronto una prueba.

Cuando entró en su carruaje, dijo al lacayo:

—Al ministerio de la Gobernacion.

Para seguir apoyando al gobierno despues de la noche de San Daniel, habia impuesto sus condiciones el hombre respetable.

El que se ahoga, se agarra de un hierro candente, y como el ministerio se ahogaba, aceptó cuantas condiciones le impusieron ciertos hombres de la situacion.

Lo que importaba era salvarse.

El pueblo veria que tal ó cual personaje levantaba su

voz para defender al gobierno; pero ignoraba que esta conducta fuese el resultado de estipulaciones secretas.

En la época de tiranía y manejos tenebrosos que hemos atravesado, se arreglaba así la cuestion política.

Los votos de muchos representantes de la nacion se ajustaban como una libra de peras.

A su vez el diputado, cuando no era mas que candidato, ajustaba tambien y compraba con dinero, empleos ó favores de otra clase los votos de los electores.

Luego decia el gobierno: «Esa es la representacion nacional; en su mayoría me es favorable, y por consiguiente la mayoría popular me sostiene.»

Desde el principio hasta el fin todo era mentira y todo era farsa.

El pueblo eran los ricos, porque los pobres no tenian derecho á votar.

En gran parte, los representantes de la nacion eran empleados que necesitaban conservar sus empleos y ascender, porque con su empleo vivian y ninguno tenia la virtud de condenarse á la miseria por el bien de la patria.

Los que no eran empleados aspiraban á serlo.

Los ricos aspiraban á cruces y títulos.

De lo cual resultaba que casi todos, por uno ó por otro motivo, necesitaban al gobierno y lo apoyaban para conseguir lo que querian.

Ser diputado, no era una pesada carga, era un negocio lucrativo.

Si las condiciones del señor de Rubianes no hubiesen sido aceptadas, el hombre respetable, para probar la rectitud de su conciencia, su amor á la justicia y su independencia, se habria pasado á la oposicion.

Y sin embargo, aquella independencia, aquella rectitud no significaba más sino que le habian negado lo que habia pedido.

Se lo concedieron á cambio de sus votos, y quedó á su disposicion la suerte de algunas familias.

Así se decidia de los destinos de la patria.

Una hora despues, el señor Morato llegó á la calle de la Magdalena.

El hombre de la cicatriz, que se paseaba, se detuvo; pero no se acercó á su jefe.

Éste sacó un pañuelo, lo pasó por sus delgados lábios y siguió.

No podia llamar esto la atencion de nadie.

El agente se embozó en su capa, tomó hácia la plaza del Progreso, y desapareció.

Guardó el pañuelo el señor Morato, llegó donde estaba el fosforero y le compró una cajita sin pronunciar una palabra.

El rapaz tomó su cesta y se alejó tambien.

Luego el jefe de policía sacó una moneda de cobre y la puso en la mano que el mendigo le tendia.

—Dios se lo pague,—dijo el pordiosero.

Y apoyándose en sus muletas, se dirigió á la plazuela de Anton-Martin.

El señor de Rubianes acababa de cumplir su promesa.

Nuestros amigos estaban en completa libertad.

Quince minutos despues llegó Bustamante, y antes de entrar en la vivienda del señor Patricio, miró á todos lados.

No vió á los agentes de policía y dijo:

—Plotoski no se equivocaba... Sabia mucho más que Morato, puesto que sabia lo que habia de suceder, con tanta exactitud, que ni en la hora se equivocó.

En aquel momento salió Plotoski de su casa.

Don Juan lo miró y se extremeció sin saber por qué, haciéndose la pregunta de siempre:

—¿Quién es este hombre?... ¿Cómo sabe lo que ha de hacer el gobierno, lo que el gobierno no revela ni á sus agentes de más íntima confianza?

—Buenos dias,—dijo el extranjero, deteniéndose junto á Bustamante.—¿Está usted ya tranquilo?

—No veo á los espías...

—Hace un cuarto de hora que desaparecieron.

—Perdone usted si ayer dudé de sus palabras...

—La duda era natural.

—¿Pero y Medio-beso?

—Ya está dada la órden para que lo prendan.

—¡Oh!...

—Descuide usted, que no lo encontrarán.

—Aunque no conozco á ese hombre, aunque me han dicho que es un criminal, me interesa su suerte, porque me ha hecho un beneficio, y si en algo puedo contribuir á su salvacion . . .

—No es menester, gracias.

—Quisiera recompensar su accion generosa...

—Es desinteresado y nada aceptaría.

—Lo siento.

—Medio-beso es un criminal de profesion; pero no tan criminal como muchos que se tienen por honrados y son respetados.

—Por lo ménos,—repuso don Juan,—prueba que es un hombre de corazon.

—No se equivoca usted.

—Deseo conocerlo...

—Un hombre rudo, brutal, feroz...

—No importa.

—Le rogaré que venga á verlo á usted; pero dudo que quiera hacerlo.

—¿Por qué?

—Es cuestion de carácter,—respondió Plotoski.

Y saludando á don Juan, se alejó.

Como siempre que hablaba con el extranjero, quedó Bustamante preocupado.

Clotilde, que habia observado desde la ventana, vió con satisfaccion que los espias habian desaparecido.

Despues, temerosa de que volviesen, miró otra vez y vió á su esposo hablando con el extranjero.

La infeliz tuvo que hacer un supremo esfuerzo para contener un grito.

Su mirada afanosa no se apartó un instante de ellos.

Hubiera dado la mitad de su vida por saber lo que hablaban.

La conversacion parecia tranquila.

Cuando Plotoski se alejó, ella lo siguió con la mirada, observándolo con verdadera avidez.

Luego, como si no pudiera sostenerse, apoyó las manos en el respaldo de una silla.

Sus negros ojos se levantaron al cielo, dirigiendo al Omnipotente una mirada de angustia mortal.

Mientras esto sucedia, el señor Morato, bajando por la calle del Ave-María, entró en la de la Cabeza.

Allí, frente á una miserable casa, que no tenia mas que el piso bajo, el principal y las boardillas, habia dos hombres decentemente vestidos y embozados en sendas capas.

El jefe de policía se acercó á ellos.

—¿Hay novedad?—les preguntó.

—A las doce salió, fué á la taberna de Perico, compró media arroba de vino, sardinas y huevos duros, y se volvió.

—¿Qué mas?

—Poco despues llegaron dos de sus amigos con tres mozas, y en seguida se armó el jaleo.

—¿Hasta qué hora?

—A las tres estaban completamente borrachos, y á las cuatro debian dormir profundamente.

—¿No han vuelto á salir?

—Ninguno.

—Ya debian haber despertado.

—Hemos escuchado varias veces, y no parece sino que todos se hayan muerto.

El señor Morato hizo un gesto de disgusto.

—¿Se habrán burlado de vosotros?—preguntó.

—Imposible.

—Esperad,—dijo el jefe de policía.

Y se dirigió hácia la calle del Olivar.

CAPITULO LXXVIII.

Pintura y Cautela.

Cinco minutos despues volvió el señor Morato seguido de dos guardias civiles y de dos hombres, que merecen especial mencion, porque representan en esta historia un papel de alguna importancia.

Uno de ellos era de regular estatura, anchos hombros, rostro moreno oscuro y abultadas facciones.

La expresion de su rostro era desagradable, porque al primer golpe de vista se adivinaba al criminal, al miserable de alma depravada. Su mirada sombría, muchas veces recelosa, dábale ese aspecto inequívoco de los que han vivido siempre en medio de una borrasca, constantemente odiando y á la vez temiendo.

En vano intentaba con su ropa, elegante hasta cierto punto, disimular, ocultar su procedencia, porque á pesar

de esto se veia al hombre sin educacion, rudo y grosero.

Este personaje, á quien ya hemos oido nombrar, era el conocido por el apodo de *Pintura.*

Como todos tenemos nuestras debilidades, Pintura las tenia tambien, y la mayor de las suyas era la vanidad.

A esto tal vez debia su sobrenombre, aunque no podemos asegurarlo.

Desde niño mostró gran aficion á vestir bien, ó por lo ménos trajes vistosos por la viveza y variedad de colores.

Esta aficion le condujo á dar los primeros pasos en la senda del crímen, porque á toda costa quiso tener recursos para satisfacer sus caprichos.

Dado el primer paso y saboreado el fruto de su extravío, no se detuvo.

Una faja de seda de vivos colores, una cadena, una sortija, eran para Pintura el mayor de los goces.

¿Cómo habia de renunciar á lo que le hacia feliz?

Esto era imposible.

Horrorizábale la sola idea de ponerse una blusa ó una chaqueta de paño pardo y de ennegrecerse, encallecer y desfigurar sus manos con las herramientas del obrero.

Y sin embargo, sus manos eran anchas, y sus dedos cortos, gruesos y redondeados en sus extremidades.

No parecia sino que la naturaleza se habia compla-

cido en mortificar á Pintura, dándole rudas formas y al mismo tiempo vanidad y anhelo de belleza.

Sus inclinaciones, sus deseos y su cuerpo estaban, pues, en completa oposicion.

Empero como somos impotentes contra estos caprichos de la madre naturaleza, Pintura se empeñó en buscar bellezas en medio de sus fealdades, ó por lo ménos razones para convencerse de que su misma fealdad era hermosa, y en fuerza de buscar, encontró, acabando por creer que no tenia motivos para quejarse de la naturaleza, sino por el contrario, para estarle muy agradecido.

Su vanidad se aumentó, y sobre todo, era cada dia mayor su deseo de parecer bien, y en satisfacer este deseo se ocupó exclusivamente.

No hubo crímen que no cometiese.

Más de una vez se habian teñido sus manos con sangre, cometiendo asesinatos, hasta que tuvo la desgracia de caer en manos de la justicia, y fué enviado como ladron á los presidios de Africa.

Pintura no estaba dotado de mucha inteligencia: tenia solamente ese ingenio, esa travesura de todos los criminales, porque en ellos es forzoso que el ingenio despierte y se aguce.

Pero si entre sus compañeros y para su profesion no valía mucho como hombre de inteligencia, si ésta daba escaso fruto para el crímen, tenia en cambio un valor á toda prueba, y una serenidad imperturbable, que era quizá de más importancia que el valor.

Nadie lo habia visto en ninguna situacion temblar ni turbarse, ni mucho ménos lo habian visto conmoverse ante ningun dolor.

Hubiérase dicho que las fibras del corazon de Pintura estaban secas: á ningun hombre hubiera podido llamársele con más razon descorazonado.

Tenia compañeros; pero no amigos.

Se le conocieron queridas; pero ninguna consiguió interesarlo verdaderamente, y á todas las abandonaba con la mayor indiferencia.

En su alma no habia más que odio, egoismo y vanidad.

Ni un solo sentimiento delicado, ni un impulso noble se veia en aquel miserable.

Le gustaba el trato, buscaba el bullicio de la sociedad; pero era porque así podia lucir su persona engalanada y halagar su vanidad.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores, iba vestido como quien cuenta con abundantes recursos para vivir; pero se echaba de ver su aficion á los relumbrones en tres ó cuatro sortijas que brillaban en sus dedos, en el alfiler de oro y perlas que sujetaba su corbata de seda azul y amarilla, y en la gruesa y larga cadena que resaltaba sobre su chaleco de terciopelo de vivos colores.

Pintura era feliz, y hubiera preferido helarse antes que abotonarse el gaban y ocultar su alfiler y su cadena, ni ponerse unos guantes que taparan sus sortijas.

Tenia cuarenta años.

Habia pasado cuatro en Melilla, y hacia uno que habia desertado.

No es del caso ahora decir de qué medios se valió para salir de presidio, pues lo que necesitamos saber es, que despues de cavilar habia decidido presentarse al señor Morato, rogándole que le permitiese continuar sus servicios y extinguir su condena, no en presidio, sino en la policía.

La oportunidad es el todo, y la oportunidad salvó á Pintura.

El señor Morato se encontraba en un apuro: necesitaba un hombre valiente, y sobre todo, frio: uno de esos hombres que ante nada se conmueven, que ante todo se encogen de hombros con la más completa indiferencia. No lo encontraba á medida de su deseo, y como suele decirse, vió el cielo abierto cuando se le presentó Pintura.

Éste obtuvo, pues, plaza en el honroso cuerpo de policía secreta, principió por prestar un gran servicio al gobierno, y continuó prestando muchos, mientras que de vez en cuando, para ocupar sus ratos de ocio y aumentar sus recursos, se dedicaba á su antigua profesion, apoderándose de lo ageno.

Tal era Pintura, hombre en ciertos casos útil como pocos, y por consiguiente uno de los más importantes para el señor Morato.

El otro en nada se parecia al primero.

Tenia la misma edad que éste; pero era flaco, pá-

lido, amarillento, débil y de aire modesto, más bien humilde.

Completamente imberbe, rostro enjuto, pómulos muy salientes, larga nariz, boca grande y delgados lábios, ojos pequeños, redondos, hundidos, verdes, relucientes.

Tal era su rostro.

Andaba con el cuerpo algo encorbado hácia adelante y la cabeza inclinada.

Parecia que siempre miraba al suelo con la humildad de un novicio; pero podemos asegurar que para él no pasaba desapercibido cuanto habia á su alrededor y á largas distancias.

Cuando no llevaba las manos en los bolsillos de su pantalon ó gaban, las frotaba una con otra.

Así se le veia siempre, y como se encogia, contrayendo el cuello, parecia que aun en el estío tiritaba.

Tenia la costumbre de suspirar con frecuencia.

Sus suspiros eran lánguidos, parecian angustiosos y lastimeros.

Hablaba con dulzura.

Nunca se le habia visto encolerizarse ni levantar la voz.

Sus ademanes estaban en armonía con sus lánguidos suspiros y su palabra dulce.

Iba todo vestido de negro.

Llevaba la levita abotonada hasta el cuello.

Calzaba zapatos de cordoban, y al andar dejaba ver sus medias de lana, negras como toda su ropa.

El sombrero estaba medio raido y mugriento, y era demasiado grande para su cabeza. Habíale metido entre el forro y por la parte anterior unos papeles, de lo cual resultaba que se le desviase de la frente.

Esta precaucion no evitaba que le descansase en las orejas.

—Señor *Cautela*,—solia decirle Pintura,—deshonra usted la clase.

Cautela sonreia cándidamente ó suspiraba y respondia:

—No sé cómo otros lo hacen: á mí el sueldo apenas me alcanza para mal vivir.

Cuando la casualidad le deparó semejante hombre, el señor Morato habia creido hacer un gran descubrimiento.

No se equivocaba.

Aunque Cautela era cobarde, podia servir de mucho, y lo probó haciendo verdaderos prodigios.

La historia de Cautela nada tenia de particular.

Cuando era niño, habia servido como monaguillo en una parroquia de Madrid.

Luego consiguió la plaza de sacristan en un convento de monjas.

Nadie tan honrado como él, nadie tan exacto en el cumplimiento de sus deberes.

Además, su dulce carácter le conquistó las simpatías del cura y de las monjas.

Entonces no se le conocia por el apodo de Cautela,

con que fué bautizado despues por los polizontes, sino por su nombre de pila.

Llamábase Perfecto, y era, en concepto de todos, una verdadera perfeccion.

Era honrado, humilde y servicial.

Apenas manifestaba una monja el más ligero capricho, el menor deseo, el hermano Perfecto la complacia.

Sobre sus sentimientos religiosos no hay que hablar: era católico ardiente, fanático.

Otra circunstancia lo hacia doblemente apreciable: era instruido, tanto, que hablaba el latin mejor que el cura, conocia los escritos de los Santos Padres y casi sabia de memoria la Biblia.

No tenemos que decir que el humilde sacristan era un gran hipócrita.

¿Cuáles eran sus debilidades?

No tenia que acusarse de inclinacion á más vicios que á dos capitales: la lujuria y la avaricia.

El sacristan estaba dominado por estas dos pasiones, y las disimulaba para realizar más fácilmente sus deseos.

Era astuto y prudente hasta la exageracion.

Antes de hacer una cosa, la meditaba, hacia toda clase de suposiciones, pensaba en todos los inconvenientes y contaba con todas las eventualidades, las casualidades y las coincidencias.

No se le escapaba un solo detalle.

Aun esto le parecia poco, y siempre que cometia un abuso, seguia nuestro sacristan un sistema que pro-

baba hasta qué punto era cauto y previsor, pues no se contentaba con poner los medios de librarse de toda sospecha, sino que hacia de modo que otro apareciese delincuente.

Esto era ruin hasta el último grado de la ruindad; pero de Perfecto no debia esperarse otra cosa.

Siendo monaguillo robaba cera, aceite, dinero del que se recogia para el culto, y algo más, pues en los dias en que la concurrencia al templo era grande, no dejaba de pasar del ageno bolsillo al suyo algun pañuelo ó reloj.

Más de una víctima inocente pagó por él.

Los robos fueron luego de más consideracion; pero nunca fué descubierto, ni nadie puso en duda su honradez.

En cuanto á mujeres, sus primeras calaveradas amorosas tuvieron por objeto los rancios hechizos de algunas beatas, hasta que más experimentado buscó la juventud, y aun la inocencia, gastando en estos placeres una gran parte del producto de sus robos.

Todo lo que habia hecho hasta entonces no le satisfacia, porque aspiraba á ser rico y necesitaba dar un gran golpe.

Para otra cosa no se hubiera tomado el trabajo de fingir toda su vida.

Los hipócritas sufren mucho, porque la hipocresía es una careta que ahoga, y nadie se condena á sufrir en vano.

Perfecto creyó que su gran negocio estaba en el convento, porque allí habia joyas de mucho valor.

Tenia vivienda en el mismo edificio, unido al qué, estaba la casa del capellan.

Principió por hacerse la reputacion de hombre honrado y por inspirar confianza.

Así que consiguió esto, empezó á trabajar.

El gran golpe requeria mucho tiempo, porque las joyas estaban bien guardadas; pero mientras llegaba la ocasion hizo un ensayo.

No pudo ser más feliz: la corona de oro de una imágen de la Vírgen pasó á manos de Perfecto.

Se alarmó la comunidad y acudió la justicia.

El sacristan estaba triste y preocupado y suspiraba más que de costumbre.

Declaró justificándose y á nadie acusó; pero hizo con habilidad algunas indicaciones, y el juez creyó conveniente fijar la atencion en un pobre anciano que cuidaba del jardin ó huerta del convento.

Se disiparon bien pronto las dudas: en la vivienda del hortelano encontróse un pedazo de corona, así como en el jardin y en la puerta de éste, huellas y señales inequívocas.

En vano juró el honrado viejo: fué llevado á la cárcel, donde el infeliz murió á los quince dias.

Seis meses despues el sacristan lo habia preparado todo para dar el golpe decisivo; pero quiso su desgracia que la superiora advirtiese en una de las monjas algo

que le pareció muy sospechoso y muy pecaminoso.

Púsose en observacion, tendió un lazo con habilidad, y el raton cayó en la ratonera.

El raton era el sacristan, que muchas noches se entretenia en pasar algunas horas en dulce y amorosa plática con una monja de veinticuatro años.

No tenemos que decir la conmocion que esto produjo en la comunidad.

¿Qué hacer?

El criminal debia ser castigado; pero para esto era menester dar parte á la justicia, lo cual produciria el escándalo, y al fin acabaria todo por redundar en descrédito de la comunidad, dando la razon á los pícaros herejes que piden la supresion de los conventos.

Determinóse, pues, callar y hacer salir del convento al sacrílego.

Lo que hicieron con la monja no lo sabemos.

Un pecado fué causa de que no pudiese cometer otro el sacristan.

Desesperado salió del convento.

Maldijo las mujeres, haciendo propósito de no volver á mirar á ninguna.

Pero este propósito no duró mas que dos dias.

—¿Qué es el mundo sin el dinero y las mujeres?—se preguntó.

Y añadió luego:

—Esto ha sido uno de tantos tropiezos de la vida, y tal vez una fortuna. ¿Quién sabe lo que me hubiera

sucedido si llego á dar el golpe?... Paciencia y calma.

Perfecto tenia algunos ahorros; pero no los suficientes para vivir con independencia.

Además no renunciaba á ser rico, y para serlo no queria seguir el camino de todos los ladrones. Necesitaba más seguridad de la que éstos tenian, más probabilidades de impunidad.

Entre la gente de iglesia estaba desprestigiado.

Meditó por espacio de quince dias y decidió.

Luego hizo todas las averiguaciones convenientes y se presentó al señor Morato, ofreciéndole humildemente sus servicios.

¿Cuáles eran sus títulos para que le concediesen lo que pedia?

Su historia, de que nada ocultó, porque sabia muy bien que seria más estimado cuanto apareciese más criminal.

A su vez hizo el señor Morato averiguaciones y acabó por convencerse de que el ex-sacristan era un tesoro.

Perfecto fué, pues, admitido en la policía secreta, donde ya contaba dos años de antigüedad.

Su historia llegó á ser conocida de todos sus compañeros, que no tardaron en llamarle *Cautela*, de lo cual se alegró él mucho, porque le desagradaba su antiguo nombre, demasiado conocido entre cierta gente.

Ya conoces, lector, á dos agentes de policía secreta.

Por el estilo de estos eran todos.

Debemos advertirte que sobre este punto hay muy poco ó nada de nuestra invencion.

Preguntaremos ahora lo que en otro capítulo: ¿Hay razon para que el pueblo odie á la policía, organizada por los gobiernos tiránicos?

¿Puede semejante policía ser un elemento de órden y de seguridad de los intereses del ciudadano honrado y pacífico?

Pues aun esto es poco.

En el trascurso de esta historia acabará de conocerse á la policía secreta, cuya existencia se han atrevido á negar alguna vez los mismos que la organizaban y sostenian.

Los dos guardias civiles y los dos agentes que habian vigilado la noche anterior, se colocaron á la puerta de la casa.

El señor Morato, Cautela y Pintura, entraron, dieron algunos pasos en el estrecho, húmedo y oscuro portal, y se detuvieron junto á una puerta.

El primero se inclinó y miró por el ojo de la cerradura.

—No hay luz,—dijo.

Luego escuchó.

No se percibia ruido alguno.

La frente del señor Morato volvió á contraerse por un instante.

—Llama,—dijo á Pintura.

Éste dió tres ó cuatro palmadas en la puerta.

CAPITULO LXXIX.

Un cuadro repugnante.

Nadie respondió.

—¿Qué te parece de esto?—preguntó el señor Morato á Cautela.

Éste hizo un gesto de duda, y respondió:

—No sé, no sé... Aseguran que aquí ha pasado la noche...

—Lo han oido hasta las tres ó las cuatro de la madrugada, hora en que se durmieron.

—Hora en que debieron dormirse; pero no sucede todo lo que debe suceder.

—Mi amigo Medio-beso es torpe,—observó Pintura.

—Ahora tiene un consejero,—replicó el señor Morato,—y además sospechaba que corria peligro.

Cautela suspiró tristemente y dijo:

—Esto me desagrada. Me parece que vamos á quedar deslucidos, derrotados, burlados y...

—Concluye,—dijo el jefe de policía, que daba gran valor á las opiniones del ex-sacristan.

—Medio-beso no debia estar de buen humor, puesto que ya sabia que lo esperaban y temia que le echasen el guante.

—Es verdad.

—Le gusta beber y divertirse; pero no con cierta clase de mujeres, porque prefiere la suya y está loco por ella.

—Así es.

—¿Por qué en tales circunstancias le ocurre divertirse?

—¿Y qué deduces de eso?—preguntó el jefe de policía.—Sepamos.

—Deduzco que la broma de anoche ha sido un pretexto.

—Pero esta casa, que no tiene más salida que la puerta...

—Lo veremos,—dijo Cautela.

Y fijó la mirada en la escalerilla que estaba al fondo del portal.

Por tercera vez se contrajo la frente del señor Morato, cuya perspicacia le hacia sospechar lo mismo que á su dependiente.

—Salgamos de dudas,—murmuró.

Volvieron á llamar, dando muchos y muy récios golpes, porque no habia campanilla.

—¿Quién es?—preguntó una voz soñolienta.

—Abrid,—respondió el jefe de policía.

—No estamos en casa,—dijo la misma voz con burlon acento.

—¿No sospechais quién viene á visitaros? Pues si me obligais á romper la cerradura, lo pasareis muy mal: por consiguiente, daos prisa.

Estas palabras produjeron el mejor efecto, porque algunos instantes despues se abrió la puerta, mientras la persona que antes habia hablado, con voz algo más clara, decia:

—¡Vaya unos fueros!... ¿Quién es?... ¿Si habrán creido que nos asustamos?

Presentóse una mujer descalza, y sin más ropa que unas enaguas y la camisa.

Apenas tendria diez y siete años.

Era delgada, esbelta, morena y de ojos negros, grandes y expresivos.

En su rostro, que era bello, advertíase esa palidez mate de la falta de salud, y el sello inequívoco de una vida de vicios y desórdenes repugnantes.

No podia mirársela sin compadecerla.

Era triste, muy triste, aquella juventud marchita; era dolorosa aquella belleza.

¿Cómo tan jóven, y quizá con un corazon bueno, habia venido tan pronto á semejante estado?

No podemos ahora entrar en consideraciones sobre este punto, porque no es la ocasion de hacerlo.

¿Habia salvacion aún para aquella desdichada?

Probablemente no la habia.

Era la azucena arrancada de su tallo y arrojada al lodo.

Frescura, pureza, aroma, todo lo habia perdido.

Apenas le quedaba algo de su bella forma, algo para recordar lo que habia sido.

Debia secarse, podrirse y desaparecer en el cieno adonde habia sido arrojada.

En poco tiempo, el alma de aquella infeliz debia haber llegado á la más completa depravacion.

Los ojillos de Cautela relumbraron como dos carbunclos.

Sus pálidas y descarnadas mejillas enrojecieron por un instante.

Conocemos una de las dos debilidades del ex-sacristan, y no debe sorprendernos que se trastornase al ver á la jóven, cuyos tentadores hechizos se le presentaban tan sin estorbo y tan repentinamente.

No tuvo ella más que mirar á los que habian llamado, para comprender que eran agentes de la autoridad; pero no por esto se turbó, ni tampoco se le ocurrió ocultarse para acabar de vestirse.

Con una mano apoyada en el picaporte, y arreglándose con la otra los negros cabellos, que tenia en el más completo desórden, permaneció tranquila.

Desde la puerta no se veia del interior de la casa mas que una parte del pasillo.

Mas allá las tinieblas.

—No esperaba encontrarte, buena pieza,—dijo el señor Morato.

—Pues aquí me tiene usted,—respondió la jóven con ese acento indescriptible y peculiar de las de su clase.—¿Qué delito he cometido para que me busque usted y venga tan bien acompañado?

Y asomando la cabeza á la puerta, divisó á uno de los guardias, añadiendo:

—¿Tambien civiles?... Me parece que viene usted equivocado, porque las tres que estamos aquí, tenemos nuestra *cartilla*.

—No vengo equivocado, y la prueba es que voy á entrar.

—Pues va usted á ver cosa buena. Todos duermen, y yo he despertado, porque tengo el sueño ligero.

—¿Qué hombres hay aquí?

—Precisamente el que vive en este cuarto.

—Sí, *Calabazas*, ya lo sé.

—Y el *Zurdo*...

—Me alegro, porque así me evita el trabajo de buscarlo.

—No se habia perdido.

—Sí, se habia perdido hace tres dias, y creí iba á darnos que hacer... ¿Quién mas?

—Medio-beso.

—Pues abre, hija, abre las ventanas para que entre luz y se despabile esa gente, que ya es hora.

—Mire usted, esta noche la hemos pasado alegremente y nos hemos achispado; pero aquí á la chita callanda sin dar escándalos, y yo creo que...

—Ya sé lo que habèis hecho, y no te acuso.

—Y si es que viene usted por el Zurdo, porque, ya se vé, como dicen que si por aquí ó por allá... En fin, hay muchos bocones; pero unos cardan la lana y otros tienen la fama, y cuando se empeñan en colgarle á uno un milagro...

—No es extraño que le cuelguen milagros al Zurdo; porque es santo, tan santo, que no estaría mal en una capilla.

Este equívoco espantoso hizo extremecer á la muchacha y á Cautela.

—Cualquiera diria,—replicó ella,—que el pobre Zurdo ha cometido algun delito muy gordo y que merece que le aprieten el pescuezo.

—Déjate de observaciones y abre las ventanas.

Tomó la jóven por el pasillo, y tras ella el señor Morato, Cautela y Pintura.

Entraron en una habitacion, cuya atmósfera no podia respirarse con facilidad.

La muchacha abrió una ventana con reja que daba á la calle.

A través de los sucios y verdosos vidrios penetró trabajosamente la luz, y más trabajosamente se esparció

entre los espesos vapores del vino y del humo del tabaco.

El cuadro que se presentó no podia ser más repugnante.

En medio de la habitacion habia una mesa, y sobre ésta dos ó tres jarros, vasos de vidrio, rotos algunos, y restos de bacalao frito y sardinas saladas.

Sentado, con los brazos apoyados en la mesa y la frente en los brazos, habia un hombre, que dormia profundamente.

Era el llamado Calabazas.

En un rincon, acurrucada y con la cabeza sobre las rodillas, una mujer.

En otro rincon habia una miserable cama.

Era la que habia ocupado la jóven que abrió.

En el suelo, boca arriba, con los brazos abiertos y roncando estrepitosamente, habia otro hombre de horrible aspecto.

Era el llamado Zurdo.

Sobre las piernas de éste descansaba la cabeza de una mujer medio desnuda, que habia caido allí, quedándose dormida.

Nadie más habia en la habitacion.

El señor Morato examinó de una ojeada á aquellos miserables.

La jóven que estaba despierta pareció tambien sorprendida.

¿Y Medio-beso?

Esta pregunta se hicieron, lo mismo ella que los agentes.

Hubo algunos instantes en que no se percibió más ruido que el sordo y desagradable de los ronquidos del Zurdo.

—Si no los despertamos,—dijo al fin la muchacha,—no despertarán.

—Espera.

—¿Qué quiere usted?

—Aquí estaba Medio-beso.

—Sí, aquí estaba: como que él nos ha convidado.

—Ya no está...

—Se habrá metido por la cocina.

—Debes saberlo.

—No lo sé, porque no he despertado hasta que llamaron ustedes, y como estábamos á oscuras.

—¿Dónde ha dormido?

—Se dejó caer sobre la mesa lo mismo que Calabazas, y en seguida empezó á roncar.

—¿Y tú?

—Me acosté en la cama y me dormí.

—¿Y la luz?

—Se quedó encendida: era una vela de sebo...

—¿Dónde estaba puesta?

—¡Pues es verdad!... No veo el candelero... Ya lo entiendo.

—Explícate.

—Despertaría, tendria necesidad de entrar á la coci-

na, se llevaría la luz y allí mismo se habrá quedado dormido.

Y al decir estó soltó la jóven una carcajada burlona.

Calabazas se movió, levantó la cabeza, se restregó los ojos y miró sorprendido á los agentes, á quienes conocia demasiado bien.

—¡Ah!—exclamó con acento que revelaba claramente su disgusto.

Luego se puso en pié.

—¿Qué tal?—le preguntó el señor Morato.

—Perdone usted... Me habia vencido el sueño, y...

—Eso no es ningun crímen.

—¡Usted por aquí!...

—Tranquilízate.

—Yo le diré á usted,—repuso Calabazas, esperezándose y mirando al Zurdo,—no tengo cuidado por mí; pero...

—¿Y Medio-beso?

—No sé... aquí estaba... ¿Es muy tarde?

—La una.

—Se habrá ido.

—Sí, se ha ido y os ha dejado para que respondais por él; se ha ido, porque temia que yo viniese á buscarlo, y os ha emborrachado...

—No entiendo.

—Lo entenderás cuando te desaturdas.

Calabazas se encogió de hombros, mientras su mirada estúpida se fijaba en el señor Morato.

—Ven,—dijo éste á Cautela.

Y dirigiéndose á Pintura, añadió:

—Cuida de esta gente.

El jefe de policía y el ex-sacristan recorrieron bien pronto todas las habitaciones.

—Me parece,—dijo el primero,—que has acertado.

—Desgraciadamente.

Salieron al portal.

—Por la puerta no se ha ido.

—No.

—Vamos por aquí.

—Este es el camino.

Empezaron á subir la escalera.

Llegaron al cuarto principal, se detuvieron un instante y continuaron subiendo.

CAPITULO LXXX.

Lo que habia sido de Medio-beso.

En toda la escalera no habia mas que una ventana con reja, que daba á un patio pequeño de negras paredes.

El señor Morato miró por la ventana.

—No hay ninguna puerta en ese patio,—dijo,—ni más que otras tres ventanas con reja tambien.

—Meterse ahí,—observó el ex-sacristan,—es como meterse en una ratonera.

—En ese cuarto principal...

—No se habrá escondido, porque nadie sale de una jaula para entrar en otra.

—A las boardillas.

—En esta casa no hay más que dos...

—¿Habitadas?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Tuve aquí un conocido.

—Una amiga...

—Es igual para el caso, mi respetable señor,—dijo Cautela, bajando los ojos como si se ruborizase.

—Entonces sabrás cuál es la que pertenece al inquilino del cuarto bajo.

—Desgraciadamente lo sé,—repuso Perfecto, suspirando.

—¿Y por qué desgraciadamente?

—Porque en cierto asunto,—respondió Cautela,—tuve cierta fatal equivocacion, que me costó una paliza, si bien me consuela que el apaleador pagó ya con creces su brutal abuso.

—Habria de por medio...

—Debilidades, mi respetable señor, debilidades de las criaturas.

Llegaron á las boardillas.

—Esta es la correspondiente al cuarto bajo.

El jefe miró al suelo, viendo dos ó tres gotas de sebo helado.

Sonrió maliciosamente.

—Esto no es cera,—dijo el ex-sacristan.

—Ni esperma.

—Ya va pareciendo la vela perdida.

La puerta de la boardilla estaba bien cerrada.

—¿Necesitamos para abrir las fuerzas de Pintura?—preguntó el señor Morato.

—Si sube, se llenará de polvo y telaraña, y es un dolor que se ensucie. Procuraré abrir para evitarle que estropee su chaleco de terciopelo.

—No seas mordaz, Cautela.

—Es una observacion...

—Abre.

Perfecto sacó dos ganzuas, miró el ojo de la cerradura, y dijo:

—Esta.

No tardó en abrir.

En el interior de la boardilla no habia más que una cosa: un candelero de barro con un trozo de vela de sebo.

—Ya pareció.

—Sin consumirse la vela, porque la apagaron antes de salir.

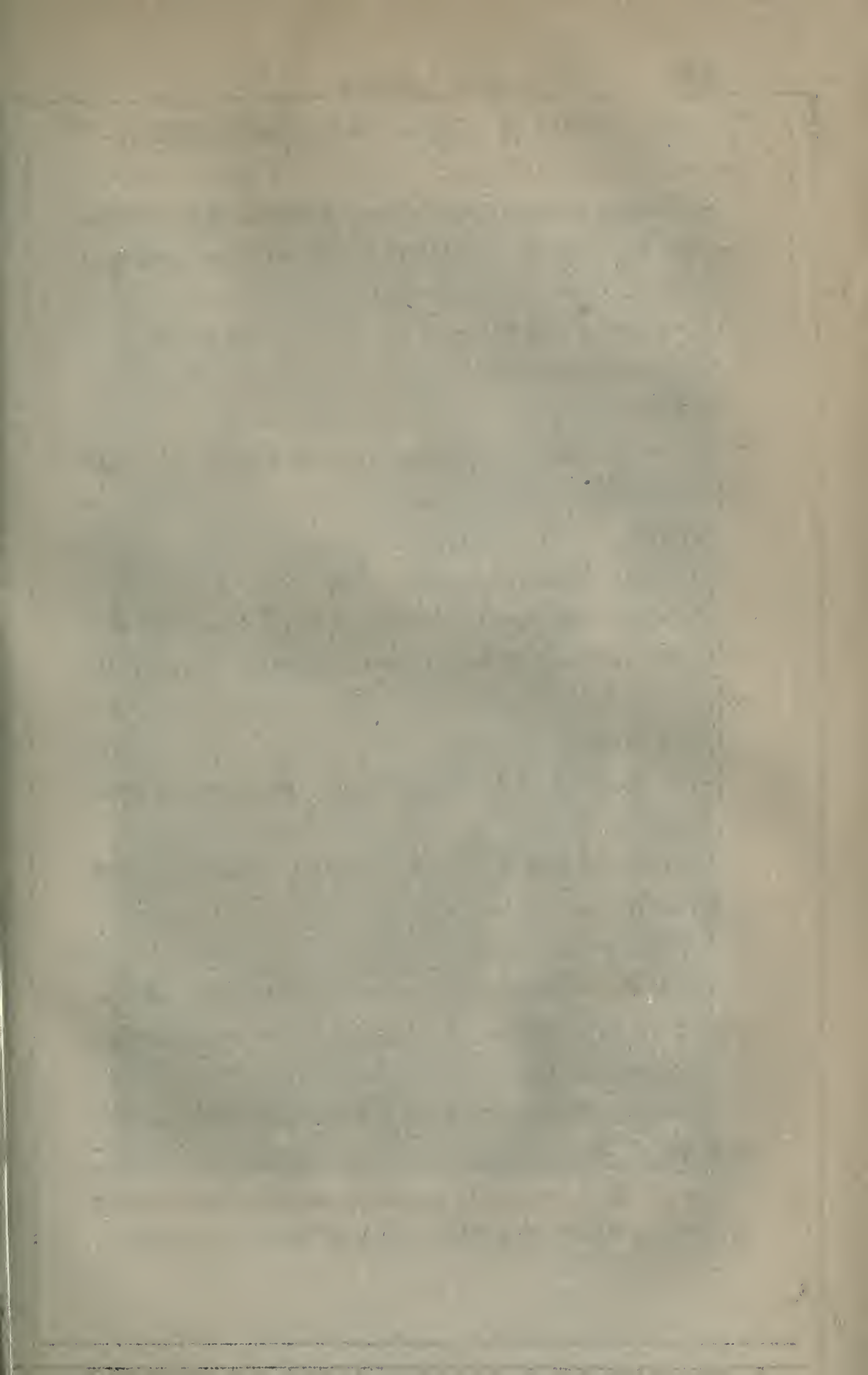
—Se conoce que el bribon de Medio-beso tiene quien le aconseje.

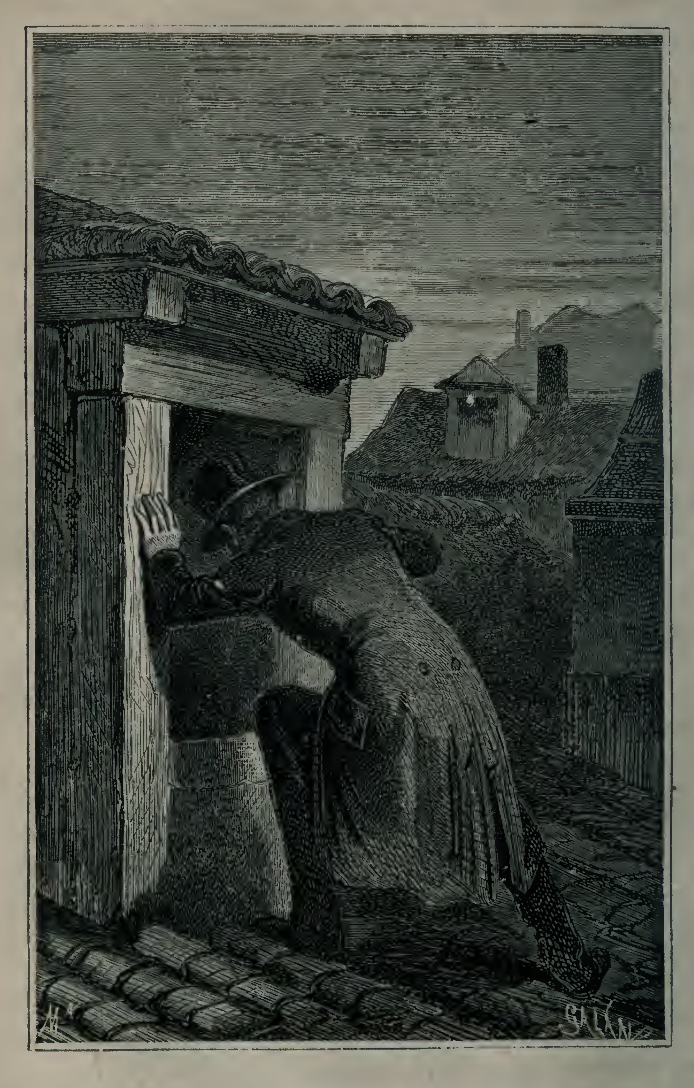
—Y quien lo proteja.

—Plotoski,—murmuró el señor Morato, como si hablase para sí.—Es preciso aclarar el misterio, es absolutamente preciso.

Cautela oyó estas palabras y miró disimuladamente á su jefe.

Luego se asomó á la ventana, miró á los tejados y dijo:





Pocos minutos despues se detuvo junto á la ventana de otra boardilla.

—Mi respetable señor, puede usted ir á esperarme á la calle del Olmo.

—¿Crees?...

—Estoy seguro de lo que digo, tan seguro como de que Sor Juana de San Miguel me amaba y era un tesoro de delicias.

—Bien, iremos á la calle del Olmo.

—No necesito decir á usted á la puerta de qué casa han de aguardarme.

—No es menester,—repuso el señor Morato mientras á su vez miraba desde la ventana.

—¿Emprendo ya la marcha?

—Sí.

Cautela salió al tejado.

Tomó á la derecha y luego á la izquierda sin vacilar un solo momento, con la misma seguridad que si hubiese caminado por la calle.

Pocos minutos despues se detuvo junto á la ventana de otra boardilla.

Encontrábase en el tejado de una de las casas de la calle del Olmo.

La ventana estaba abierta de par en par.

El señor Morato, cuyo semblante revelaba su disgusto, salió, bajó y dijo á los que vigilaban:

—Esperad.

Entretanto Cautela entró en la boardilla, donde no se veia mueble ni objeto alguno.

—Hemos llegado tarde,—murmuró.—Lo que hago no

sirve más que para satisfacer una curiosidad. Mis compañeros han sido torpes, muy torpes. No se les ha ocurrido reconocer los tejados para saber si habia salida, ni tampoco pensaron en vigilar dentro del portal desde el momento en que dejaron de oir el ruido de los alegres bebedores.

Recorrió la boardilla, examinándola cuidadosamente.

—Tiene razon mi respetable jefe,—añadió:—Medio-beso tiene quien lo aconseje y lo proteja; pero no imaginé que fuera ese Plotoski... ¡Oh!... Esto es un rayo de luz.

La puerta de la boardilla estaba cerrada; pero Cautela la abrió, sirviéndose de las ganzuas.

La casa era poco más ó ménos tan miserable como la otra.

Bajó el ex-sacristan la escalera y salió á la calle.

Allí encontró al señor Morato, que acababa de llegar.

—Nada, ¿es verdad?—preguntó el jefe de policía.

—Absolutamente nada.

—¡Oh!...

—¿Interesaba mucho la captura de Medio-beso?

—Muchísimo: es órden terminante del ministro, una de esas órdenes que no admiten réplica ni observaciones, porque quieren decir: «Hágase hasta lo imposible.»

—Buscaremos.

—Temo mucho no encontrar.

—Espiando al protector, daremos con el protegido.

—No, no hay que pensar siquiera en el protector.

Cautela se encogió de hombros.

—Nos habremos de contentar por ahora con el Zurdo y los otros.

Volvieron á la casa de la calle de la Cabeza.

Todos habian despertado ya.

Las mujeres se habian vestido.

Hacian preguntas y observaciones á Pintura; pero éste no respondia una palabra. Paseábase junto á la puerta con el aire de un gran señor.

Entraron tambien entonces los guardias y los otros dos agentes.

—Llevaos á la cárcel á toda esta familia,—dijo el jefe de policía.

—¿Y por qué?—preguntó el Zurdo.

—Ya lo sabes, y si lo ignoras, te lo dirán.

—Que se lleven á ese, bien,—dijo la jóven;—pero á nosotras, á mí...

—Todos sois encubridores de criminales, de conspiradores.

—¡Yo!..:

—Mi respetable jefe,—dijo Cautela, señalando á la jóven,—no escuche usted á esta muchacha; es una sirena y lo engañará...

—No soy tan sensible como tú.

Los mandados prender quisieron hablar; pero se les impuso silencio.

Permitieron á Calabazas que se llevase la llave de su habitacion.

El señor Morato, nada tranquilo, volvió á la calle del Ave María.

Allí lo esperaba un coche, donde entró, diciendo:

—Al ministerio.

Sus reflexiones no eran nada agradables.

—Por primera vez en mi vida,—murmuró,—empiezo á aturdirme. Se manda prender á Medio-beso y se me prohibe ocuparme de Plotoski, que lo protege. Ayer, por el contrario, se me mandaba respetar á Medio-beso y parecia que el francés debia ser la víctima. ¿Qué significa esto? ¿No anda en el asunto el señor de Rubianes?... ¡Oh!... Creo que sí; pero ¿qué le importa esta gente?... ¿Por qué protege á los unos y persigue á los otros? ¿Por qué cambia de proteccion tan repentinamente?... Quiero ver claro... De un hombre de sus antecedentes todo debe esperarse. Por de pronto me parece que podré contar con la influencia de Bustamante cuando llegue el caso; pero si ahora consigo descubrir á ese bribon de Medio-beso, ¿qué sucederá?... Tiemblo presentarme al ministro para decirle que se han burlado de nosotros. ¿Escuchará mis razones? ¿Se convencerá de que nada puedo hacer si no me dejan completa libertad de accion?... Cuando dicen «quiero,» no hay razones, porque han llegado á creer que un jefe de policía es un sér sobrenatural.

Mientras esto pensaba el señor Morato, las tres mujeres y los dos hombres eran conducidos á la cárcel.

Al dia siguiente dirian los periódicos ministeriales

que se habian descubierto nuevas conspiraciones, y esto daria motivo para alabar en todos los tonos el celo del gobierno por la causa del órden.

Si la policía se hubiese apoderado de Plotoski y del señor Patricic, se hubiera dicho: «Justicia.»

Los dejó en libertad y se dijo: «Generosidad.»

¿Y de qué dependia lo uno y lo otro?

Nuestros lectores lo saben.

Dos hombres de los que tenian á su disposicion la suerte del pueblo, se comprometian á favorecerse mutuamente, ofreciendo cada cual lo que era provechoso á los intereses particulares del otro, y de este convenio resultaba un acto político de trascendencia.

Hé ahí la causa y el efecto.

Los actos más graves de un ministro eran siempre resultado de móviles mezquinos, respondian, no á las necesidades políticas del pueblo, sino á intereses privados.

Así hemos estado gobernados, y tememos que así hemos de continuar, porque la regeneracion de la patria no ha de venir de hombres ya gastados y educados en la escuela de desmoralizacion que desgraciadamente han tenido.

Esto se ha visto claro como nunca en la última revolucion.

Esos amantes de la libertad, amantes tan entusiastas cuando eran los oprimidos, ¿por qué odiaban la libertad cuando eran opresores?

Cuando se elevaban y enriquecian á la sombra de los tiranos, la tiranía era santa.

¿Podemos tener fé en esos corazones gastados?

¡Pobre pueblo, pobre pueblo!

Sí, desdichado pueblo, porque en las tinieblas de su ignorancia, aún no vale bastante para hacer lo que debe y lo que le conviene, aún es débil para tomar sobre sí lo que es suyo.

No eran vanos los temores del jefe de policía: se le escuchó con disgusto y se le respondió con aspereza.

—No necesito saber que el criminal ha escapado, sino que está preso.

—Señor,—se atrevió á observar Morato,—hemos tenido que concretarnos á espiar...

—Torpemente.

—Tal vez.

—¿Para qué se mantiene á esa canalla?

—Para que trabaje con éxito; pero si no se le deja en libertad de accion...

—No han tenido estorbos, no se les han marcado límites sino despues de cometida la torpeza.

—Buscaremos y acabaremos por encontrar.

—Sí, es preciso encontrar á ese hombre, es absolutaménte preciso y urgente.

—Espero conseguirlo.

—No quiero saber nada; no me traiga usted más noticia que la de tenerlo encerrado.

—Si no ha salido de Madrid...

—¿Qué importa que haya salido?... Más que un hombre corre la electricidad.

—Ciertamente.

—Ese miserable será reconocido por cualquiera, aunque se disfrace, pues lleva en la cara señas inequívocas.

—Todo se hará, señor, todo.

—Señor Morato, hace algunos dias que está usted desconocido, y lo siento.

El jefe de policía no respondió.

Fué despedido con un ademán y salió desesperado.

Si no encontraba á Medio-beso, podia contarse destituido.

Desde aquel momento deseó que hubiese un cambio de ministerio.

CAPITULO LXXXI.

Las intrigas toman nuevo giro.

El señor de Rubianes no tenia en la prision de Medio-beso otro interés que el de vengarse por lo que habia sufrido con la constante amenaza del documento fatal; pero cuando supo que el bandido se habia ocultado, preguntóse el hombre respetable:

—¿Por qué huye?... Siempre ha tenido la seguridad de que nada intentaría yo contra él, y de que lo protegería con toda mi influencia en caso necesario. Si ahora me teme, no puede ser sino porque sepa que el recibo ya no tiene ningun valor. A no ser así, continuaría exigiéndome que lo protegiese.

Don Pedro meditó.

Habia muchas circunstancias que lo pusiesen en gran

cuidado, haciéndole temer una de esas intrigas misteriosas y hábilmente puestas en juego, de las cuales es imposible defenderse por la dificultad de conocerlas.

Medio-beso habia rechazado los cuatro millones que pocos dias antes exigia.

No hay efecto sin causa.

¿Cuál era la causa de este inexplicable proceder?

Medio-beso, que se creia seguro, huia.

¿Por qué?

¿Habia Clotilde cambiado de sistema y revelado el secreto?

Esto no era probable, porque á suceder así, don Juan hubiese tomado parte en el asunto, y don Juan, por el contrario, continuaba mostrándose buen amigo de Rubianes, tratándolo como lo habia tratado siempre.

Tampoco era posible que Clotilde estuviera en relaciones con Medio-beso, porque entonces habria conocido la existencia del documento firmado por Rubianes, y ella no habria firmado el que éste le exigia, sino que por el contrario, hubiese amenazado en vez de tolerar que le amenazasen.

En fuerza de pensar, el señor de Rubianes se acordó de que el ministro le habia hablado de Plotoski, suponiendo que éste era el consejero y protector de Medio-beso.

—¿Quién es ese Plotoski?—se preguntó don Pedro.

Hizo despues la pregunta al ministro y se le respondió:

—Es un francés, descendiente de una familia polaca. Ha presentado todos sus documentos, y aparte lo que sucedió la noche de San Daniel, de nada puede acusársele.

El señor de Rubianes acabó por no comprender lo que sucedia, y casi por aturdirse.

—Está visto,—dijo desesperado;—desde que soy rico, no sirvo para nada. El dinero es el enemigo mayor de la inteligencia.

Cualquiera que fuese la causa de lo que sucedia, el señor de Rubianes comprendió que la prision de Mediobeso le interesaba para algo más que para vengarse.

No quiso dejarlo todo á la policía, y él mismo puso en juego cuantos medios son imaginables con el fin de encontrar al bandido.

Todo fué en vano.

Se decidió entonces espiar al extranjero con todo el disimulo imaginable.

Tan delicada comision se confió á Cautela, Pintura y otro agente.

Siendo tres que alternasen, Plotoski no se apercibiría tan fácilmente de que era observado.

Empero Plotoski salia de su casa y no iba mas que á pasearse solo, á comer á alguna de las fondas de última clase, ó á llevar á vender modelos de cerraduras complicadas á Moncayo, ó de muebles raros y caprichosos á los ebanistas de más fama.

En apariencia el francés no era más que un hombre

que habia hecho profundos estudios de mecánica, física y química, y que se ocupaba en hacer inventos y los vendia en vez de explotarlos.

En el espacio de una semana no se le vió hacer otra cosa.

Fué, pues, inútil seguirlo.

Si protegia á Medio-beso, lo hacia con tanta prevision, con tanta habilidad, con tanto disimulo, que era imposible averiguarlo.

Lo único que pudo saberse y que llamó la atencion, fué que algunos dias los pasaba en su habitacion.

Esto mismo habia llamado la atencion de la portera, es decir, ésta habia hecho tanto como la policía.

¿Y don Cándido?

Nadie pensaba en él mas que Clotilde.

Y tal vez don Cándido hubiera podido dar razon del paradero del bandido.

Para suponerlo así nos fundamos en que el hombre bonachon salió muchos dias de su casa, y en lugar de ir á ocuparse de sus negocios, se dirigia al extremo opuesto de Madrid, al final de la calle de Leganitos, entraba en una casa de pobre apariencia, subia al cuarto principal y llamaba.

Hé aquí lo que entonces sucedia.

Abria una mujer anciana y vestida con limpieza; pero modestamente y á la usanza de la clase artesana.

Don Cándido la saludaba con su natural dulzura y sencillez.

Ella le respondia con muestras de profundo respeto y consideracion.

Cruzábanse luego algunas frases que no tenian ninguna importancia.

—¿No hay novedad?—preguntaba por fin don Cándido.

—Ninguna á Dios gracias,—respondia la mujer.

Entonces él atravesaba un pasillo, abria una puerta y desaparecia.

La anciana lo dejaba, y como si estuviese sola, ocupábase solamente en sus faenas domésticas.

Un buen fisonomista hubiera encontrado en el rostro de la anciana los rasgos característicos de la señora Josefa, es decir, de la mendiga socorrida por Luján en el café Suizo, de la lavandera que á su vez socorrió á Clotilde y fué causa inocente de que ésta se casase con don Juan de Bustamante.

¿Era la misma?

Creemos que sí.

Acercándose á la puerta por donde desaparecia don Cándido, se hubiese oido la voz de éste, y luego otra más áspera y desagradable que le respondia.

¿Con quién hablaba?

La señora Josefa vivia sola: al ménos así lo creian los vecinos.

Tampoco ignoraban éstos que la buena mujer recibia una pension de don Juan de Bustamante.

Esto era público.

No era, pues, la anciana una mujer misteriosa.

Sus recursos eran conocidos.

Sus ocupaciones tambien, puesto que no hacia otra cosa más que ir algun dia á saludar á Clotilde, á misa todas las mañanas, al jubileo muchas tardes, y alguna vez á dar un paseo por el barrio de Pozas ó la montaña del Príncipe Pio.

A su casa no iba nadie, como no fuese algun criado de don Juan de Bustamante, cuando la señora Josefa dejaba pasar muchos dias sin ir á casa de éste.

Entonces enviaban á saber si la anciana estaba enferma.

Hé ahí todo.

Su conducta no podia, por consiguiente, excitar la curiosidad de los vecinos.

Si se ocupaban de ella, era para decir con ese acento que revela el despecho de la envidia:

—La fortuna no es para quien la busca. Nosotros nos matamos trabajando y no podemos vivir, y ella cayó en gracia á esos señores y le dan una pension, y puede pasarlo como una reina.

—¿Y por qué le dan la pension?

—¡Mire usted qué pregunta!... Porque sí, porque quieren dársela.

—¿Cuánto le dan?

—Treinta duros cada mes.

—¿Y en qué gasta tanto dinero?

—En comer muy rebien, que yo la encuentro algu-

nas mañanas cuando voy á la compra, y se trae lo mejor de la plazuela.

—Tambien hace obras de caridad, porque á la Juana, cuando tuvo las calenturas y se vió tan malísimamente que no tenia más remedio que irse al hospital, le pagó el médico y las medicinas, y ningun dia faltó bien que comer á los tres chicos.

—Y al señor Manuel tambien le prestó el año pasado quince duros para que comprara materiales, y luego no ha querido cobrarlos.

—Eso sí que no lo sabia yo.

—Pues él no lo niega.

—Lo que me parece es que no serán treinta duros la pension.

—Treinta; lo sé de buena tinta, porque una vez que vino el mayordomo de esos señores, enredé conversacion con él y todo lo supe.

No era ni querida ni odiada la señora Josefa: envidiada no más.

Don Cándido permanecia quince ó veinte minutos allí.

Luego salia, saludaba á la anciana y se iba.

Hubiérase dicho que don Cándido se guardaba de Plotoski, porque solo cuando éste se encontraba en su habitacion era cuando aquel salia para ir á casa de la señora Josefa.

No podemos dudar que la antigua lavandera ocultaba á Medio-beso, y en este caso no se comprende la

conducta del hombre bonachon, puesto que el amigo y protector del bandido era el francés.

La policía fué torpe y perdió el tiempo, ó más bien á la policía se le pidió un imposible.

En todo esto quien iba ganando era Cautela, porque observaba á Plotoski, y ya sabemos que parecia tener interés en hacerlo así.

Cuantos más dias pasaban, disminuian las probabilidades de encontrar á Medio-beso.

El señor de Rubianes, aunque comprendia lo difícil de la empresa, fingió no hacerse cargo de los inconvenientes y empezó á mostrarse disgustado porque no se le complacia.

Su disgusto fué tomado en consideracion.

No habia más que complacerla ó probar que á todo trance habia querido hacerse así.

El señor Morato fué llamado por el ministro.

—¿Para qué sirve la policía?—preguntó éste.

—Nadie lo sabe mejor que vuecencia.

—Se manda prender á un criminal, y no se le encuentra. Es difícil encontrarlo, ya lo sé; pero precisamente para lo difícil es para lo que se necesita la policía, compuesta de bribones á quienes se les paga muy caro y se les protege: para lo fácil bastarian hombres honrados y mezquinamente retribuidos.

—Señor,—repuso el jefe de policía,—una cosa es lo difícil y otra lo imposible.

—Creo que será conveniente pensar en una refor-

ma... No será usted de mi opinion, y por consiguiente habré de buscar quien me ayude.

—Encontraré á Medio-beso; pero necesito algunos dias más,—dijo el señor Morato, que pálido al empezar la conversacion, se habia puesto lívido.

—¿Algunos dias más?

—Sí, señor.

—¿Y cuántos son algunos?

El jefe de policía reflexionó.

—Si he de comprometerme,—dijo luego,—si he de echar sobre mí toda la responsabilidad de este asunto, necesito que se me concedan quince dias.

—Es mucho.

—Sí, mucho para el que aguarda; pero muy poco para el que tiene que hacerlo. ¿No he de ocuparme á la vez en otros asuntos de grandísimo interés?

—Sí.

—Pues bien, necesito quince dias, porque son cortos y no puedo prolongarlos como Josué.

—Tiene usted quince dias.

—Gracias, señor.

—Plazo fatal.

—Ya sé que si nada consigo, la policía deberá reformarse por otro más hábil que yo.

—Precisamente.

No hablaron más.

Cuando el señor Morato salió del ministerio, dijo para sí:

—Estoy seguro de que no he de encontrar á Medio-beso, y por consiguiente no quiero perder el tiempo en buscarlo. Me amenazan con destituirme... ¿Qué debo hacer para evitar el golpe?... Si el ministerio cae, no podrá el ministro cumplir su amenaza.

Esta idea hizo sonreir al señor Morato.

Reflexionó y añadió:

—Si el ministerio cae, serán llamados los hombres de la union liberal, y como para entonces estará con los unionistas don Juan de Bustamante, me sostendré. Combinemos el plan.

Volvió á meditar y á sonreir el jefe de policía.

Despues de algunos minutos, dijo:

—Lo primero es hablar con Bustamante y ofrecerle mis servicios, diciéndole que se me amenaza porque no me apodero de Medio-beso. Mis servicios significan mucho, porque nadie mejor que yo puede dar á la oposicion armas contra el gobierno, armas terribles con que se le combata hasta dentro de palacio. Tengo quince dias... En este plazo caerá el ministerio. El ministro me ha tratado con injusticia, porque es grande y yo pequeño... ¡Oh!... Debió pensar en la fábula del águila y el escarabajo... He servido con lealtad, se me paga con ingratitud... Bien.

Si el ministro hubiera llegado á sospechar las intenciones del señor Morato, de seguro al enojo de éste habria preferido el de don Pedro de Rubianes.

Los verdaderos conspiradores, los de más importan-

cia, es decir, los que conspiraban en elevadas regiones, nada debian temer desde aquel dia.

Para ellos seria sordo, ciego y torpe, sobre todo, el señor Morato.

Además, éste poseia ciertos secretos de tal importancia, que podian ser un arma terrible.

El señor Morato no queria perder su empleo, porque ya hemos dicho que se habia propuesto hacer su fortuna, y á esto no era posible que renunciara.

Cuando su ambicion estuviese satisfecha, le importaría muy poco la política y los conspiradores, porque con una crecida renta podria vivir tranquilo y con todas las comodidades, podia ser el hombre más feliz del mundo.

El señor Morato era demasiado positivista para dejarse deslumbrar por el brillo de elevadas posiciones: lo que ambicionaba era dinero, porque conocia bien su valor, y lo demás lo miraba con desden.

Más de tres horas pasó aquel dia el señor Morato en su despacho sin recibir á nadie y ocupado en registrar legajos y separar algunos papeles.

A las once de la noche fué á la casa de la calle del Factor, donde ya sabemos que tenia una de sus viviendas, porque hay que advertir que tenia más de una.

Quince minutos despues salió.

Nadie, ni aun el astuto Cautela, lo hubiera reconocido.

Su volúmen habia aumentado muy considerablemente.

Aparecia un hombre de sesenta años, grueso y de abultado abdómen.

Grandes patillas blancas ocultaban sus mejillas.

Su lábio superior estaba oculto bajo un espeso bigote.

De su sombrero de alas anchas, escapábanse largos mechones de blanquísimos cabellos.

Un gaban azul oscuro, de moda ya pasada, le servia de abrigo.

Sus anchos piés, calzados con gruesas botas, estaban en perfecta armonía con su cuerpo.

Apoyábase en un grueso baston con puño de plata.

Con tardo paso se dirigió á la calle de Atocha y entró en la suntuosa morada de don Juan de Bustamante, solicitando hablar á éste para un asunto de mucho interés.

Ninguna dificultad encontró en ser recibido, porque añadió que iba de parte de uno de los amigos de don Juan.

Más de una hora permaneció allí.

Volvió á su casa, se despojó de su disfraz y se fué al gobierno civil.

Cautela lo esperaba.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó el jefe.

—He visto á Plotoski,—respondió el ex-sacristan,—y por lo que valiera, lo seguí, convenciéndome pronto de que él seguia tambien á un hombre grueso, con patillas blancas, y que tendria sesenta años.

—¿Qué mas?

—El de las patillas entró casa de don Juan de Bustamante, y Plotoski esperó quince minutos y se fué.

—¿Y entonces á quién de los dos seguiste?

—Al francés.

—Mi querido Cautela, es la primera torpeza que has cometido en tu vida.

El ex-sacristan hizo un gesto de disgusto.

No tenia que decir más sino que Plotoski se habia ido á su casa.

El señor Morato le dió algunas órdenes y lo despidió.

—Bien,—dijo cuando estuvo solo,—ahora Plotoski me espia, y lo hace mejor que mi gente... Preciso es ocuparse de Plotoski con preferencia á todos.

CAPITULO LXXXII.

Observaciones que hizo Luciano.

¿Y Alberto?

Mejoraba rápidamente.

Cuando cedió la fiebre y recobró el uso de su razon, no pudo ser más agradable su sorpresa.

Miró á un lado de la cama y vió á su madre, que lo contemplaba afanosamente.

El jóven sonrió con dulzura, y murmuró:

—¡Madre mia!

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Clotilde.

Y estampó un beso de inmensa ternura en la frente pálida de su hijo.

Luego levantó al cielo los ojos, dando gracias al Omnipotente.

Alberto vió entonces á su amigo Luciano, que estaba

á los piés de la cama, con los brazos cruzados y el semblante risueño.

—¡Ah!—exclamó el enfermo con alegría.

—Aquí me tienes para disipar tu tristeza; pero por ahora tendrás la bondad de no exigirme que te dé conversacion, porque no te conviene.

—Supongo que á mi enfermedad no le habrás encontrado ningun lado alegre, divertido.

—Te equivocas.

—¡Luciano!...

—El lado divertido es tu médico, que vale mucho, lo reconozco; pero que ha exagerado el peligro, porque así tendria más mérito la curacion, y por consiguiente ganarian mucho su reputacion y su bolsillo.

—Siempre el mismo.

—Mi querido Alberto, despues de darte las gracias porque á tí y á tu padre debo haber salido de la cárcel, donde, dicho sea de paso y como despues sabrás, he visto y aprendido cosas muy buenas, y me he convencido más y más de la sabiduría de nuestros legisladores y de los gobiernos; despues de darte las gracias, repito, te advertiré que en este momento estás dando pruebas de descortés, de ingrato y hasta de impío.

—¿Por qué?

—Eres descortés y eres ingrato, porque como estás viendo, no te encuentras en tu cama ni en tu casa, y lo primero que debieras haber hecho era preguntar quién te habia socorrido, mostrando deseos de pagar siquiera

con una frase de gratitud; y en cuanto á la impiedad, consiste en que te ocupas de mí, pobre criatura, sér humano, en vez de ocuparte primero de los séres divinos, es decir, del ángel que tienes á tu lado y que se digna mirarte como no mereces.

Alberto volvió la cabeza y vió á Susana.

No hay nada comparable con la belleza de la jóven en aquellos momentos.

Habia inclinado la cabeza, y un ligero tinte de rubor habia asomado á sus pálidas mejillas.

Por un instante, no más que por un instante, sostuvo la mirada de Alberto, y luego bajó los ojos, cuyas brillantes pupilas quedaron ocultas por las negras, finísimas y largas pestañas.

El jóven experimentó algo más que el efecto natural de la sorpresa; pero no hubiera podido decir lo que sintió.

Quedó absorto, inmóvil, como si se hubiese petrificado.

Ya hemos dicho que la belleza de Luciana era verdaderamente ideal, una de esas bellezas rarísimas, no solamente por la perfeccion de la forma, sino por la expresion, porque tenia un encanto inexplicable, porque conmovia profundamente, porque habia momentos en que fascinaba.

En su semblante se revelaba á la vez la dulzura y la energía, la inocencia y el fuego de un alma apasionada.

La belleza de Susana era el cielo con su trasparencia

encantadora, su pureza inmaculada y la hoguera del sol.

Para Alberto aquella belleza tenia doble atractivo, doble encanto, doble fascinacion, porque la imaginacion del jóven, exaltada aún por la fiebre, propendia á sublimarlo todo.

La fiebre, en cierto estado, engendra la idealidad.

La fiebre nos aleja de la tierra y nos acerca al cielo.

La imaginacion más inclinada al realismo, se convierte con la fiebre en imaginacion soñadora de poeta.

La fiebre mata; pero sublima.

Examinad el pulso de un poeta en los momentos de inspiracion, de verdadera inspiracion, examinadlo, y ni una sola vez dejareis de encontrar más ó ménos alta la fiebre.

Algunos segundos pasaron sin que ninguna de aquellas cuatro personas pronunciase una palabra.

Susana se esforzó y rompió al fin el silencio.

—Caballero,—dijo con acento que revelaba su turbacion,—mi padre tuvo la fortuna de poder prestarle á usted algun auxilio y la satisfaccion de cumplir un deber.

Oyó Alberto que la jóven hablaba; pero no entendió lo que ésta decia.

La voz de Susana no habia sido para el enfermo más que una música dulcísima, un eco suavísimo, celestial.

—Sí,—murmuró Alberto con débil voz,—es un ángel, un ángel...

Nuevamente se tiñeron de carmin las mejillas de la jóven, que balbuceando algunas frases vagas, salió del aposento.

Alberto quedó inmóvil y con la mirada fija en el sitio por donde habia desaparecido Susana.

Hubiérase dicho que el enfermo no se daba cuenta de lo que le sucedia, ó que su imaginacion estaba muy lejos de cuanto lo rodeaba.

—Ahora,—dijo Luciano, despues de algunos minutos, —atrévete á quejarte y á decir que tu herida ha sido una desgracia; atrévete y probarás que eres ingrato con la fortuna, tan ingrato como un tigre, tan ingrato como un fraile y hasta como los reyes, que piensan que todo se les debe, que todo es suyo, hasta la vida de sus pobres vasallos, y creen que no están obligados á agradecer ni á pagar. Y esto que de los reyes te digo, no son doctrinas mias, no son mis ideas, puesto que ya sabes que yo no tengo ideas sobre nada, que no profeso ningun principio, porque soy una cabeza vana, un calavera, un loco: esto es lo que tú, pícaro demócrata, me has enseñado.

Interrumpióse repentinamente Marin, y cambiando de conversacion, añadió:

—Ahora duerme, que cada minuto de sueño vale más que cien recetas de tu doctor.

Alberto continuó inmóvil.

Pensaba en lo que para él era celestial aparicion, y no se ocupaba de lo demás.

Susana se habia ido; pero él tenia necesidad de verla.

Cuando queremos ver, á pesar de las distancias y de todos los obstáculos materiales, cerramos los ojos.

Alberto cerró los suyos para mirar solamente con los del alma.

Cinco minutos despues empezaba á soñar despierto.

Al cabo de otros diez minutos se dormia soñando.

En una cabeza exaltada por la fiebre y por el amor, caben todas las extravagancias...

De seguro Alberto, mientras soñaba, bendecia las bayonetas de los guardias civiles que lo habian herido, y aun estamos por asegurar que bendecia tambien aun al mismo Gonzalez Brabo.

Esto te prueba, lector, que enamorarse es equivalente á perder el juicio.

No podemos seguir paso á paso todas las peripecias de la nueva situacion, porque hay cosas que no pueden pintarse.

En apariencia nada sucedia de particular.

Para encontrar algun valor á lo que pasaba era menester ir reuniendo leves detalles, que cada uno de por sí no tenia ninguna importancia.

Luciano, á pesar de su ligereza, debia haber observado más de lo que era menester, porque algunas veces se le veia sonreir con expresion maliciosa, y muchas de

sus palabras parecian intencionadas y alusivas á los sentimientos de su amigo.

Clotilde observaba tambien; pero no habia querido hacer ninguna alusion.

Pasaron los dias en medio de la más completa tranquilidad, y decimos tranquilidad, porque aparentemente la habia.

El alma de algunas de aquellas personas estaba agitada tal vez por una borrasca espantosa.

En cuanto á Clotilde no podemos dudarlo.

Empero de Susana y de Alberto nada debe asegurarse todavía.

Siempre que el jóven abria los ojos encontraba la hechicera figura de la hija del señor Patricio.

Para ésta era siempre la primera mirada de Alberto: mirada rápida, sí; pero que encontraba una hoguera en los negros y magníficos ojos de Susana.

Despues miraba Alberto á su madre y le hablaba cariñosamente, y por último entablaba conversacion con el alegre Luciano.

Clotilde preguntaba afanosamente al médico cuándo podria dejar la cama su hijo.

Éste no lo preguntaba nunca. Hubiérase dicho que deseaba permanecer allí eternamente.

Tambien esto lo observó Luciano.

En el carácter de Susana se advirtió algun cambio: parecia triste, y sobre todo, muy preocupada.

Pero de esto no pudo apercibirse su anciana madre,

más falta de vista cada dia, y constantemente ocupado su pensamiento con su hijo.

En cuanto al señor Patricio, ya sabemos que pasaba la vida en su taller.

Además absorbian su atencion las conferencias que frecuentemente tenia, ya con Plotoski, ya con el misterioso don Cándido.

Estos habian visitado varias veces al herido, escuchando de él palabras de gratitud.

¿Qué efecto habian producido estos dos hombres en el ánimo de Alberto?

El mismo ó muy parecido que en Clotilde, aunque no tan violento.

Alberto se preguntaba muchas veces:

—¿Quiénes son?

Y otras decia:

—No son lo que parecen.

Sin embargo, no quiso por entonces aventurar ninguna pregunta y dejó este asunto para tratarlo despues con su amigo Luciano.

Llegó por fin el dia en que el médico dijo que el enfermo podia dejar la cama por un par de horas.

Susana suspiró.

Su suspiro parecia triste.

Alberto suspiró tambien y miró á Susana.

En tanto Clotilde sonreia con la expresion del júbilo y de la felicidad.

Luciano miraba á los unos y á los otros, y con voz

apenas perceptible cantaba el ária final de la Lucía.

Esto no es extraño, porque ya sabemos que Luciano era una cabeza vana.

Desde aquel dia las visitas de Susana fueron ménos frecuentes.

Ya no tenia pretexto para permanecer al lado del herido, porque éste no necesitaba otros cuidados que los que exige la convalecencia de una enfermedad.

¿Y el señor de Rubianes?

Sin duda para que su conducta no llamase la atencion, seguia, como siempre, dando muestras de interesarse mucho por la salud del jóven, y unos dias enviaba una tarjeta y un recado, y otros se presentaba él mismo, si bien procurando hacer estas visitas á las horas en que sabia que don Juan de Bustamante se encontraba al lado de su esposa.

La cabeza vana, ó lo que es lo mismo, Luciano, entre otras muchas observaciones, habia hecho la de que el respetabilísimo señor de Rubianes miraba con una expresion indescriptible á la bella Susana, y de que ésta palidecia y salia del aposento apenas entraba aquel.

¿Qué significaba esto?

Luciano se empeñó en buscarle un lado divertido, como hacia con todo.

Lo encontró; pero no podia dejar de ver al mismo tiempo otro lado demasiado sério, demasiado grave.

En tal situacion se encontraban los habitantes del entresuelo de la casa de la calle de la Magdalena, cuando

el señor Morato, decidiéndose á ser enemigo de sus jefes, fué á ver á don Juan de Bustamante y empezó á trabajar para que cayese el ministerio.

La situacion se complicaba más cada dia.

¿Qué consecuencias tendria lo que hasta entonces habia sucedido?

Es imposible adivinarlo.

CAPITULO LXXXIII.

Los trabajos del jefe de policía.

El señor Morato amenazaba á sus dependientes y multiplicaba las órdenes para que se buscase á Medio-beso; pero no hacia más.

Parecia que al bandido se lo habia tragado la tierra.

—Debe háber salido de Madrid,—decian todos.

—No, no,—replicaba el jefe de policía.

Y cada dia que pasaba se le veia más preocupado, lo cual nadie extrañaba, puesto que trabajaba inútilmente para conseguir lo que queria.

Mientras no hubiese espirado el plazo, no habia derecho para reconvenirlo, y ni siquiera se le habló de semejante asunto.

Esto nada tenia que ver con lo demás, y el señor Morato continuó recibiendo pruebas de confianza de sus jefes.

Antes de ocho dias se hablaba entre los hombres políticos de oposicion, de ciertos sucesos graves en elevadas regiones.

¿Cómo habian llegado á saberse?

Un traidor, ó por lo ménos un indiscreto, habia entre los interesados en que se sostuviera el ministerio.

El señor Morato fué el primero que se quejó de que se divulgasen ciertos secretos, asegurando que de nada respondería si no se remediaba el mal.

Sus quejas no podian ser más justas.

¿Quién habia de sospechar de él?

Diez dias pasaron.

Una noche á las ocho llegó un carruaje de alquiler á la estacion del ferro-carril del Mediodía.

Del carruaje salieron dos hombres embozados hasta los ojos.

Uno de ellos era de escasa estatura.

Confundiéronse entre la multitud, y no se separaron hasta que el más alto de ellos se acercó al despacho de billetes y pidió ocho asientos de primera clase, haciendo la advertencia de que se le reservase un departamento.

Sin pronunciar una palabra y siempre recatando el semblante, aguardaron la salida del tren.

Éste partió al fin.

En Aranjuez salieron del coche los dos embozados.

Habian tomado los billetes para Alicante, y sin embargo, en lugar de volver al coche antes de que el tren partiese, salieron de la estacion y se alejaron.

Ocho minutos despues llegaban á un edificio grande y sombrío.

Era el convento de monjas de San Pascual.

Acercáronse á una puertecilla.

El más alto llamó.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta, y entraron los dos viajeros.

Paciencia, lector, paciencia. No penetramos en el convento, porque esta no es la ocasion oportuna; pero lo haremos más adelante, lo examinaremos detenidamente, sabremos lo que allí solia suceder, y tu curiosidad quedará completamente satisfecha.

No hay que olvidar que en este primer libro ó parte el asunto se concreta á la noche de San Daniel y sus consecuencias, y por consiguiente debemos esperar á que le toque su vez á lo demás.

Mientras los dos viajeros misteriosos se encontraban en el asilo de las vírgenes, en Madrid se hablaba entre ciertas personas de aquel viaje.

A la mañana siguiente repitió sus quejas el señor Morato.

El ministro empezó á perder la tranquilidad y á desesperarse.

Algun indiscreto habló de este asunto en el interior de palacio.

Tampoco faltó quien se atreviese á decir allí:

—La mejor policía es la que no cuesta el dinero, la de los conspiradores.

Y dicen que respondieron unos lábios augustos:

—Seremos dueños de esa policía, convirtiendo á los conspiradores en ministros y á los ministros en conspiradores.

No podemos responder de que esto sea verdad; pero es lo cierto que los ministros estuvieron desde aquel dia tristes y preocupados como nunca.

Otro incidente tuvo lugar.

Cuatro dias despues el señor Morato se presentó al ministro, diciéndole:

—Señor, anoche en el café de la Iberia un hombre hablaba á otro de cierto viaje hecho á Madrid por Sor Patrocinio, y referia detalles que nadie puede conocer.

El ministro brincó en su asiento.

—¿Quiénes eran esos dos hombres?—preguntó.

—Lo ignoro, porque el agente que los escuchó y que intentó seguirlos, los perdió de vista.

—¡Oh!...

—La torpeza le ha costado cara, porque hoy mismo volverá al presidio de Valencia, de donde se habia fugado hace año y medio. Lo peor es que esta mala noticia que tengo el disgusto de dar á vuecencia...

—Acabe usted.

—Sospecho que se la han dado tambien á su majestad.

El ministro cogió el cordon de la campanilla y tiró con fuerza convulsiva.

Presentóse un portero.

—El coche inmediatamente.

El señor Morato se despidió.

Diez minutos despues el ministro, en su carruaje, se dirigia hácia la plaza de Oriente.

Una hora despues volvia al ministerio.

Su rostro estaba pálido y contraido.

Su mirada era profundamente sombría.

A las tres de la tarde los ministros se reunian en consejo.

A las cinco se decia en todo Madrid:

—Hay crisis.

¿Por qué?

La situacion política era la misma que los dias anteriores, y por consiguiente no habia razon para semejante cambio de ministerio.

¿Y cómo se sabia que habia crisis?

La noticia la habian hecho cundir los enemigos que dentro de palacio tenia el ministerio.

Se quejaban los hombres de la situacion que se hundia.

¿No era una ingratitud volver la espalda á los que habian vencido la revolucion la noche de San Daniel?

Se pasaron veinticuatro horas de ansiedad para todos.

El señor de Rubianes quiso aprovechar aquel tiempo y que lo aprovechase la policía, apoderándose de Plotoski, ya que no se encontraba á Medio-beso; pero no fué atendida su peticion.

¿Qué le importaba ya al gobierno el enojo del señor de Rubianes?

Éste tuvo que resignarse.

El pueblo estaba contento.

No comprendia que los que iban á subir harian lo mismo que los que bajaban.

No hay como la masa popular para entregarse á ilusiones y risueñas esperanzas.

—Ahora se hará justicia,—decian unos.

—Ahora se esclarecerán los hechos,—añadian otros.

Y lanzaban á los guardias veteranos miradas que significaban:

—Vais á pagar lo que hicísteis la noche de San Daniel.

Verdad es que para creer esto habia motivo, porque los periódicos de eso que se llama union liberal, protestaron y clamaron pidiendo justicia cuando los sucesos de la noche de San Daniel, y en todos los tonos dijeron que era preciso castigar severamente los excesos de la guardia civil, y hacer un terrible escarmiento con los autores y directores de la célebre dragonada.

Y tanto gritaron los unionistas, que el pueblo llegó á creer que los hombres de la union liberal, si no eran muy liberales, por lo ménos eran justicieros.

El pueblo habia olvidado que el jefe de la union liberal, ante los representantes de la nacion, habia dicho: «Señores, no moriré de empacho de legalidad.»

Tambien habia olvidado que en San Cárlos de la

Rápita, la union liberal, á trueque de conservar el poder y el presupuesto, le habia dado de puntapiés á la justicia, y mientras fusilaba á un general rebelde, doblaba la rodilla ante el autor de la rebeldía, le abria las puertas de la prision, donde con justicia se le habia encerrado, atropellaba los tribunales y ponia á disposicion del delincuente un buque del Estado, y le pagaba un costosísimo viaje con el dinero del pobre pueblo.

Todo esto y mucho más se habia olvidado, ó por lo ménos así parece, puesto que el pueblo se regocijó, creyendo que se haria justicia.

El pueblo español parece más cándido cuanto más se le engaña.

Y es que el pueblo no está acostumbrado á tomar parte en la política, porque la política en España es patrimonio de unos cuantos hombres, es una farsa representada por unos pocos á costa de los demás. Entre dos docenas de hombres se arregla todo en esta tierra desdichada, y lo que ellos hacen, hecho se queda, y no hacen nada con la mira del bien público, sino con la de sus particulares intereses.

Creemos haberlo dicho ya: aquí no hay más que ambiciones y odios, y para vengar ofensas ó acrecentar fortunas, es para lo que se mueven los que pudiéramos calificar de mangoneadores políticos.

Siempre estamos lo mismo, porque siempre son los mismos hombres.

Cambia un ministerio.

¿En qué consiste el cambio político?

En cambiar los empleados.

Los que han subido dicen entonces:

—Ahora está España muy bien.

Esto se parece á lo del que era llevado en hombros de otro y decia:

—*Vamos* muy bien.

El gran banquete llamado presupuesto se disputa en España á cañonazos.

Son capaces de exterminarse los hombres políticos, los mangoneadores, por el derecho de ponerse la servilleta y clavar el diente á la tajada.

Los ministerios contestaban á las oposiciones:

—Dame pan y llámame tonto; grita cuanto quieras con tal que me dejes comer.

¡Pobre España!...

Entre unos y otros no te han dejado ya mas que los huesos, y no habrá que comer ni aun para los que siempre han comido.

Verdad es que hay dentaduras que se atreven hasta con los huesos.

Hasta tu esqueleto se lo disputan y corre peligro, pobre pueblo...

¿Nos hemos separado del asunto?

No, porque escribimos una novela, que ante todo es política.

Continuemos, pues, y ocupémonos de la última hazaña de aquellos inolvidables ministros.

CAPITULO LXXXIV.

La astucia, prevision y sistema del señor Morato.

Ya no era posible que los ministros evitasen su caida; habian presentado su dimision y habia sido aceptada.

El señor Morato hàbia, pues, conseguido cuanto necesitaba, porque conservaría su empleo y seria el hombre de confianza de los unos como lo habia sido de los otros.

Entonces pensó nuevamente en cambiar de conducta; pero no de sistema.

Ningun interés tenia ya en hacer daño á los ministros salientes: si habia trabajado contra ellos, no habia sido sino para evitar el terrible golpe de su destitucion.

Sabia muy bien el señor Morato que aquellos ministros que salian, odiados por el pueblo y desacreditados

en elevadas regiones, volverian, en un plazo no muy lejano, á ser dueños del poder.

¿No convenia dejarles un recuerdo grato, prestarles un servicio de importancia, obligarlos con una deuda de gratitud?

Era demasiado astuto el jefe de policía para no comprenderlo así.

Ante todo, su conveniencia.

Estar bien con todos, para poder hacer la fortuna á la sombra de todos.

¿Qué le importaba al señor Morato la política?

Nunca habia pensado servir tal ó cual causa, sino enriquecerse.

—Veamos,—se dijo.—¿Qué puedo hacer por los que están en desgracia, qué puedo hacer que me lo agradezcan y les imponga la obligacion de pagármelo?... De almas grandes y generosas es ponerse de parte del débil, del caido... Quiero mostrarme generoso y grande.

El señor Morato desplegó una burlona sonrisa.

Luego separó de la frente sus espesos cabellos.

Cerró los ojos y meditó.

Despues de algunos minutos volvió á sonreir.

—Es buena idea,—murmuró.

Se encontraba en su despacho, levantóse y abrió un armario, sacando algunos papeles, que examinó uno por uno.

—Lo que falta,—dijo,—vale bien poco; pero lo uniré tambien.

Acercóse á la mesa y escribió tres ó cuatro líneas.

Hizo sonar un timbre.

Se presentó un portero.

El señor Morato le dió lo que acababa de escribir, diciéndole:

—Al señor Hernandez. Aquí aguardo, porque á mí me aguardan.

Salió el dependiente.

El jefe de policía, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, empezó á pasearse.

Trascurrieron algunos minutos.

El portero volvió con un legajo poco voluminoso, que puso sobre la mesa, yéndose otra vez sín pronunciar una palabra.

El señor Morato revisó los papeles que acababan de llevarle.

Luego los reunió con los otros.

Rompió el que habia escrito él, y que le habia sido devuelto, y arrojó los pedazos á la chimenea.

Guardó en uno de los bolsillos de su gaban todos los papeles, tomó su sombrero y salió.

Diez minutos despues se encontraba en el ministerio de la Gobernacion.

El ministro lo recibió en seguida.

Aquellos dos hombres cruzaron una mirada, cuyo significado era difícil comprender.

El semblante del señor Morato expresaba el disgusto más profundo.

Al verlo se le hubiera creido agobiado por un sufrimiento horrible.

Hubo algunos instantes de silencio.

El jefe de policía fué el primero que habló.

—Señor,—dijo,—soy muy aficionado á los adagios españoles.

—Ya lo sé,—respondió el ministro.

—Vengo á recordarle uno á vuecencia.

—Lo escucharé con gusto; pero en esta ocasion no valen adagios, porque hay situaciones en que de nada sirven. A Sancho Panza no le sirvieron de nada sus refranes para evitar que lo mantearan.

—Ciertamente; pero cuando no sirven para lo presente, se aprovechan para lo porvenir.

—Diga usted, señor Morato,—repuso el ministro, acomodándose en su sillon y fijando su mirada penetrante en el jefe de policía.

—Del arbol caido todos hacen leña.

El ministro, á pesar de su rara penetracion, no pudo adivinar adónde iba á parar el señor Morato.

Empero éste no hablaba nunca en balde, y cuando recordaba el adagio, tendria sérias razones para hacerlo así.

—Ciertamente: todos hacen leña del árbol caido, ya lo sé.

—Estamos, pues, de acuerdo.

—¿Y bien?...

—Mañana será usted el árbol caido, señor don Luis.

—¿Teme usted que abusen de su ventajosa situacion los que entran y que se ensañen contra mí?

—Lo temo.

—¿Qué han de hacer?

—Mucho.

—Si me derribara una revolucion, me amenazaría el peligro consiguiente á la excitacion, á la embriaguez popular.

—Entonces no seria ese adagio el que yo recordaría.

—Sepamos qué es lo que debo temer.

—Los nuevos ministros necesitan dar uno de esos golpes que se llaman de relumbron.

—Es verdad, lo necesitan para afirmarse.

—Querrán aparecer justicieros ante todo.

La frente del ministro se contrajo.

Empezaba á comprender.

El señor Morato, sin cambiar de tono, prosiguió diciendo:

—Harán algo que no sea hacer nada, pero que parezca mucho.

—Lo creo firmemente, porque los conozco.

—Pues bien, es prudente evitarlo, y por si era usted de mi opinion, he hecho ya algunos preparativos.

—Prosiga usted.

—Algun diputado pedirá que se lleven al Congreso todos los antecedentes que haya relativos á los sucesos de la noche de San Daniel.

—¡Oh!...

—Y se llevarán.

—Señor Morato...

—Es preciso que esos antecedentes desaparezcan.

—¿Y cuando los echen de ménos?

—Sin ellos se quedarán. ¿Qué ha de suceder?

—Se hará cargo á los empleados.

—No pueden hacerle cargo mas que á uno, al que entiende en la cuestion de órden público.

—Ese uno es usted.

—Yo soy.

—Y usted...

—Me explicaré, señor.

—Sí, sí.

—Dos cosas pueden suceder: ó quedo cesante ó conservo mi empleo.

—En el primer caso...

—Si me preguntan, responderé: «Todos los papeles que habia, quedaron en su sitio: si faltan algunos, no es culpa mia; se habrán sustraido despues de haber cesado yo.» Y como una oficina no es una biblioteca ni un museo, donde lo que existe se entrega y recibe en virtud de inventario, ningun cargo sério podrán hacerme.

—No, no probarán nada contra usted; pero moralmente...

—¿Qué me importa que estén convencidos de que he cometido un abuso? De todos modos no han de devolverme mi empleo, y yo tendré que buscarme la vida como Dios me dé á entender.

—No dudará usted que esto ha de cambiar algun dia, y entonces será usted recompensado como merece.

—Gracias, señor.

—Pero supongamos que no se le declara á usted cesante, de lo cual me alegraré.

—Yo me alegraré tambien, porque, ¿quién sabe si podré prestarles á ustedes algunos servicios? A usted debo cuanto tengo y soy, y haré lo posible para pagar la deuda.

—Pues si ha de cumplir usted ese noble propósito, es preciso que conserve usted su empleo.

—Haré lo posible por conservarlo, si esto no ha de parecer á usted una deslealtad.

—No, no.

—Pues bien, continuaremos suponiendo que me dejan en mi destino.

—Le pedirán á usted esos papeles.

—Daré los que no tienen ningun valor, los que todo el mundo puede ver.

—¿Y los demás?

—Diré que no hay ninguno, aseguraré que la noche de San Daniel se me comunicaron órdenes verbales, y que obedecí como mejor pude, y aun esas órdenes verbales nada tendrán de particular. ¿Qué han de hacer contra esto? Nada. Todo lo más que podrá suceder será que digan: «Nuestros antecesores no han dejado en este asunto bastantes datos.» Y esto, señor,—añadió sonriendo el señor Morato,—es lo mismo que si dijesen: «Al irse,

apagaron la luz...» ¿No estábais en vuestro derecho al hacerlo así?... Si ellos quieren luz, que la enciendan, que no ha de tomarse otro el trabajo de encenderla para que ellos se alumbren.

—Señor Morato, vale usted mucho.

—Los papeles en cuestion, los de verdadera importancia, no constan en los registros, y por consiguiente, su existencia se presume, pero no está probada.

—Muy bien, muy bien.

—Yo les daré papeles reservados; pero serán pruebas de verdaderas conspiraciones que dieron motivo á medidas de rigor. Que las lleven á las Córtes y así justificarán la conducta de los mismos á quienes acusan.

—Estoy convencido.

—Me alegro,—repuso el señor Morato.

Y sacó, poniendo sobre la mesa, los papeles que llevaba.

—Hé aquí,—dijo,—todo lo que existe.

—¿Todo?

—Nada más hay que pueda comprometer.

—Gracias...

—Yo soy el agradecido.

El ministro examinó los papeles y los guardó.

Aquello era un tesoro.

Meditó algunos momentos y luego dijo:

—Pensemos en otra cosa.

—Espero.

—La canalla que tiene usted á sus órdenes...

—¿Teme usted la indiscrecion de alguno de los agentes?

—Debo temerlo todo.

—Esos hombres no son del gobierno que les paga, sino del jefe inmediato que dispone de su suerte; son mios.

—Bien.

—Además, ellos obedecen; pero no saben nunca lo que hacen.

—Esa razon me tranquiliza.

—¿Qué mas, señor?

—Nada,—respondió el ministro.

Y se dignó estrechar la diestra del señor Morato.

No cruzaron ya más que algunas frases afectuosas.

El jefe de policía salió.

Acababa de asegurar su fortuna para cuando hubiese un nuevo cambio de ministerio.

El sistema no podia ser más ingenioso.

Tenia un inconveniente y ofrecia sus peligros; pero un hombre como el señor Morato tenia la seguridad de vencerlo todo.

Acababa de prestar un gran servicio al ministerio que caia.

Esto era lo que se veia.

La verdad la conocen nuestros lectores: habia sido traidor y á todos los engañaba para hacer fortuna con todos.

Habia de llegar un dia en que tales enredos se pu-

siesen en claro; pero ¿qué le importaba al señor Morato que sucediese así?

Para entonces habria realizado sus planes, seria rico y se reiria de las acusaciones y de los que le acusasen.

Con dinero seria feliz y le respetarian hasta los mismos á quienes habia engañado.

El señor Morato se fué á su casa, se sentó y dijo:

—He trabajado mucho; pero puedo descansar veinticuatro horas.

Un dia de descanso era un acontecimiento hasta inconcebible para él.

El ministro tambien decia:

—Puedo descansar.

Y contemplaba los papeles y sonreia con expresion de la satisfaccion más dulce.

Nada tenía que temer.

No habia nada que le hiciese sufrir, porque si le hacian dejar la poltrona ministerial, estaba seguro de ocuparla otra vez y en término no lejano.

CAPITULO LXXXV.

La situacion en que quedaron los personajes de esta historia.

El pueblo vió con alegría el cambio de ministerio.

¿Por qué se alegraba?

¿Acaso los nuevos ministros no profesaban las mismas ideas que los otros?

En otras ocasiones habian sido dueños del poder y habian hecho lo que todos hacen.

Sus abusos eran los de todos.

Esto no se ignoraba.

¿Por qué, repetimos, se alegraba el pueblo?

Ya lo hemos dicho: el pueblo se alegra con bien poco, con nada, porque el pueblo español se alimenta casi siempre con ilusiones.

El alimento no es de los más nutritivos.

Así está de gordo y saludable.

Lo peor es que el dia que coma bien, su estómago debilitado no podrá digerir y tendrá una indigestion, y para curarlo será preciso ponerlo otra vez á dieta.

Las ilusiones y esperanzas del pueblo debian desvanecerse bien pronto.

En el siguiente libro veremos cómo sucedió.

Ahora nos ocuparemos solamente de la situacion en que quedaron los personajes de esta historia, situacion no muy halagüeña.

El señor Morato, á quien tanto debian los hombres de la nueva situacion, fué sostenido en su empleo, y aun se le ofreció otro de mayor categoría.

No aceptó, asegurando que se contentaba con su posicion modesta y oscura, y que no habia trabajado por ambicion.

Don Juan de Bustamante no quiso ser ministro; pero su influencia se aumentó considerablemente, y pudo hacer por lo ménos tanto como habia hecho el señor de Rubianes.

Una palabra suya fué bastante para que el nuevo gobernador de Madrid dijera al jefe de policía:

—Deje usted tranquilo á un pobre hombre, que segun parece es conocido por el apodo de Medio-beso.

—Ningun crímen ha cometido,—respondió el señor Morato.

—Ya sé que se le perseguia por consecuencia de los sucesos de la noche de San Daniel.

Los agentes de policía recibieron inmediatamente órden de no ocuparse del bandido.

Apenas esto sucedió, don Cándido hizo una visita á la señora Josefa.

Medio-beso se paseó aquella noche por las calles de Madrid y visitó muchas tabernas y bodegones.

Al dia siguiente se presentó en la morada de Rubianes.

A éste no le sorprendió la visita; pero le desagradó.

Recibió al bandido, no como siempre, sino con altivez y desprecio, y le preguntó:

—¿Qué quieres?

Medio-beso, como siempre hacia, se sentó, encendió un cigarro y dijo:

—No quiero nada.

—Entonces no comprendo para qué vienes.

—Ya lo sabrá usted.

—Te hice una proposicion...

—No me convenia.

—Quedaron completamente rotas nuestras relaciones.

—Por eso ya no quiso usted guardarme más consideraciones, y la policía intentó echarme mano.

—Sí.

—Yo habia cumplido mi promesa, porque soy leal, confiéselo usted.

—Es verdad, habias cumplido tu promesa de no entregar á nadie el recibo; pero eso no era bastante.

—Era bastante, porque no prometí otra cosa.

—¿Vienes á acusarme?

—Sí.

—Pues bien,—replicó desdeñosamente el señor de Rubianes,—quedo enterado.

—Quiero que conste que el primero que ha faltado...

—He sido yo.

—Eso es.

—Lo reconozco.

—Y que por consiguiente...

—Estás libre de todo compromiso.

—Se pone usted en la razon.

—Si quieres enseñar mi recibo á todo el mundo, puedes hacerlo.

—¿De veras?

—Te autorizo para que hagas de ese papel lo que te se antoje.

—Muchas gracias por la licencia,—dijo con acento burlon el bandido.

—¿Quieres mas?

—Me sobra.

—Hemos concluido.

—Le advierto á usted que si tratan de asesinarme no me esconderé, sino que le buscaré á usted y lo mataré.

—No pienso ocuparme de tí por ahora.

—¿Aguarda usted á que vuelvan los suyos?

—Déjame en paz.

—¿Sabe usted, don Pedro, que ahora habla usted muy fuerte?

—Tu protector y consejero Plotoski podrá decirte por qué.

—¿Tambien á él le tiene usted mala voluntad? Pues mire usted que es pájaro de cuenta.

—¿Quieres dejarme?

—Sí, porque ya he concluido,—dijo Medio-beso poniéndose en pié.

Y luego añadió:

—Con que quedamos en que...

—Puedes hacer lo que te convenga.

—Pues que haya salud.

El bandido salió.

Rubianes contaba con que Clotilde, para evitar peligros á su hijo y á su esposo, preferiría declarar que ella habia perdido los cuatro millones, antes que decir cómo se le habia obligado á firmar el documento que guardaba el miserable traidor.

Éste no se equivocaba.

La que habia hecho tantos sacrificios, no vacilaría para hacer uno más.

Los malos cuentan siempre con la generosidad de los buenos.

No quiere esto decir que el señor de Rubianes estuviera completamente tranquilo.

A Clotilde, por cualquiera circunstancia, podia faltarle la fuerza para sufrir, y en un momento de desesperacion todo se perdería.

Las palabras de la infeliz madre tendrian para su es-

poso y para su hijo más valor que la firma del documento.

Empero era preciso dejar que el tiempo decidiese, porque intentar nuevos tratos con Medio-beso, hubiera sido una locura.

Para el señor de Rubianes, el enemigo más temible era ya Plotoski.

En éste debia fijar aquel toda su atencion.

En don Cándido no pensó, ni podia pensar, puesto que ni siquiera sabia que existiese.

Y sin embargo, no era Plotoski, sino don Cándido el que, como ya hemos visto, últimamente habia protegido á Medio-beso.

No era valiente el señor de Rubianes, ya lo sabemos; pero tampoco era cobarde hasta el punto de renunciar su fortuna por evitar un duelo.

Además tenia la ventaja de manejar las armas bastante bien, y nó debia considerarse completamente perdido si se batia.

Quince dias pasaron.

Alberto se encontraba restablecido.

No habia ya ningun inconveniente en que se trasladase á su casa.

En la del señor Patricio pareció extenderse una sombría nube.

El honrado industrial estaba preocupado, como le sucedia desde que tuvo las misteriosas conferencias con don Cándido y Plotoski.

De su esposa nada tenemos que decir, porque como siempre, pensaba en su hijo y lloraba.

Susana, que era el ángel de alegría y de consuelo de aquella casa, debia sufrir mucho y necesitar que la consolasen.

Decimos esto, porque sus sonrisas tenian una expresion indescriptible de tristeza y aun de amargura.

Hay sonrisas que son llanto, que son verdaderos ayes del alma.

La dolorosa tristeza de estas sonrisas es contagiosa.

Susana hacia lo posible para ocultar lo que sentia; pero no es fácil ocultar ciertos dolores.

Al ver á Susana sonreir, se decia: «Esta mujer sufre.»

¿Por qué?

Hé ahí lo que no era fácil adivinar sin el conocimiento de algunos antecedentes, sin haber hecho, como Luciano, ciertas observaciones.

Cerca de Susana no era posible estar alegres.

No parecia sino que el aliento de la jóven creaba á su alrededor una atmósfera de hiel.

Expliquemos un poco su situacion.

Alberto tenia la costumbre de asomarse al balcon de su gabinete todas las mañanas en cuanto se vestia.

El balcon era uno de los que daban al jardin.

Ni el frio ni la lluvia eran bastante para que el jóven alterase esta costumbre.

Allí, aspirando el aire puro y embalsamado, pa-

saba cerca de una hora mirando distraidamente las flores y los arbustos.

A los pocos minutos, su actitud revelaba que, absorto en sus pensamientos, miraba sin ver.

Así era: Alberto meditaba unas veces sobre su situacion y otras sobre su pasado, del que no se explicaba mas que una parte.

Sobrado era esto para olvidarse de todo, porque ya sabemos la lucha que el jóven sostenia, queriendo por una parte dar pruebas de gratitud á don Juan de Bustamante, y por otra seguir el camino que le trazaban sus inclinaciones, haciendo lo que habia hecho su noble y desdichado padre.

No sospechaba Alberto que era espiado diariamente por las miradas de dos personas, y si no espiado, por lo ménos observado ó contemplado, pues todo esto podia ser.

Uno de los observadores ó espias era Plotoski, que á la misma hora se colocaba junto á su ventana, fijando en el jóven una de aquellas miradas ardientes y penetrantes que ya conocemos.

La otra persona era Susana.

¿Por qué ésta miraba al hijo de Clotilde?

Ella misma no lo sabia.

Una mañana, por casualidad, lo habia visto, y lo miró con esa curiosidad instintiva que no tiene ningun valor, lo miró distraidamente, casi sin darse cuenta de que lo miraba.

Pero algunos momentos despues sintió la jóven que se abrasaban sus mejillas.

A tener allí un espejo, habria visto que su rostro se ponia del color de la grana, como si por él fuese á brotar la sangre.

Luego, sin saber lo que hacia, llevó las manos á su pecho.

Su corazon palpitaba con violencia.

La jóven se separó de la ventana y miró á su alrededor como si temiese ser sorprendida por alguien.

¿Qué le importaba que la encontrasen allí?

Nada malo hacia, ni nada de particular tenia que estuviese donde todos los dias estaba á la misma hora.

Ni pensó en explicarse su primera emocion, ni mucho ménos sus temores.

Empezó á ocuparse en limpiar y arreglar los muebles del aposento, que era el que le servia de dormitorio; pero contra su voluntad volvia frecuentemente la cabeza hácia la ventana, y desde cualquier sitio descubria el balcon donde estaba Alberto.

Al dia siguiente le sucedió lo mismo, y al fin, al cabo de una semana, atrevióse á confesarse que el vecino era un jóven hermoso.

Todo es principiar.

Las mujeres son curiosas, y tal vez por curiosidad, Susana se preguntó:

—¿En qué pensará?

Quiso adivinarlo, aunque era querer un imposible.

Para conseguirlo tuvo que pensar en él.

Esto no bastaba, y le fué preciso observar.

A veces la actitud y la mirada revelan el pensamiento.

De sus observaciones no dedujo Susana más sino que el jóven estaba triste.

No se le ocurrió pensar que semejante tristeza fuese pura y sencillamente característica, sin reconocer más causa que una predisposicion natural.

Susana se preguntó:

—¿Por qué estará triste?

No era la pobreza lo que entristecia al jóven, puesto que debia ser rico quien habitaba aquella casa.

La imaginacion puede tanto, que Susana creyó un dia oir un suspiro lánguido y profundo exhalado por el jóven.

No hay que decir que esto era pura ilusion.

A la distancia que habia entre el balcon y la ventana, era imposible que se oyese, no un suspiro, sino tampoco la voz, á ménos que se gritase.

El supuesto suspiro fué para Susana casi una explicacion.

Y la explicacion no tuvo nada de agradable, debió mortificar á la jóven, porque sus mejillas, por un momento rojas, palidecieron y luego se pusieron lívidas.

El vecino melancólico debia estar enamorado.

Pensaba en el objeto de su amor.

Susana buscó instintivamente una idea consoladora.

Tal vez aquel amor no era correspondido.

Esto podia ser la causa de la tristeza del mancebo.

Pero correspondido ó nó, su corazon no le pertenecia.

Desde que sucedió esto, Susana observó al jóven con un afan inconcebible.

¿Reconocia la hija del señor Patricio que estaba enamorada?

Ni una sola vez se habia dicho:

—Amo á ese hombre.

No, no se lo habia dicho.

Así pasaron los dias y los meses.

Llegó la noche de San Daniel.

Ya sabemos lo que sucedió, y aunque ya se haya sospechado, ahora se comprenderá más claramente el motivo por qué Susana se sintió tan profundamente conmovida al ver mortalmente herido al jóven melancólico.

Las desgracias y los sufrimientos de la persona amada acrecentan la ternura del que ama.

Así le sucedió á la hija del señor Patricio.

La noche de San Daniel fué cuando se atrevió á decirse sin vacilar:

—Lo amo, lo amo, y... ¡cuánto es mi amor!

Le faltaba á Susana convencerse de que Alberto no amaba á otra mujer.

De esto creia ella que dependia toda su dicha.

¿Cómo averiguarlo?

Para una mujer enamorada no hay imposibles.

La mujer no reconoce mas que dificultades; pero imposibles, jamás.

Susana recogió una por una las palabras del enfermo cuando éste deliraba trastornado por la fiebre.

Alberto no pronunció más nombre de mujer que el de su madre.

Esto era ya un dato.

En pocos dias Clotilde y Susana llegaron á ser verdaderas amigas.

No podia suceder otra cosa.

Dos almas como las suyas se comprenden bien pronto.

Clotilde, cuya rara inteligencia conocemos, supo apreciar en su verdadero valor la nobleza de corazon, los delicados sentimientos de la jóven.

¿Qué importaba la posicion modesta de Susana?

Clotilde era superior á las vanidades y estúpidas preocupaciones de la sociedad.

Pasaban, pues, horas y horas hablando como dos amigas verdaderas.

No tenian otra cosa que hacer, y además se complacian así.

Casi siempre la conversacion se referia al enfermo.

Susana se mostró habilísima, porque de aquellas conversaciones dedujo que Alberto no amaba á ninguna mujer.

Al ménos Clotilde no sospechaba siquiera que su hijo amase, y aún consideraba este caso lejano, en razon al

carácter del jóven y á lo que absorbian su atencion los estudios y la política.

Esto era otro antecedente, otro dato de mucha importancia.

Sin embargo, no era suficiente.

La hija del señor Patricio Moncayo decidió entonces tocar otro resorte.

Luciano era amigo íntimo de Alberto y debia conocer los secretos de éste.

Muchas veces, mientras Clotilde reposaba, Susana y Luciano quedaban solos con el enfermo.

Luciano hablaba entonces, y lo mismo que Clotilde, se ocupaba de Alberto.

¿Dedujo Susana algo de estas conversaciones?

Sí, dedujo tanto que acabó por convencerse de que el jóven melancólico no amaba á ninguna mujer, puesto que Luciano, con su acostumbrada y aparente ligereza, se burlaba de su amigo, llamándole jóven de corazon viejo, pues hacia todo lo contrario que los de su edad, es decir, que en vez de huir de los libros y correr tras las mujeres, miraba indiferentemente á estas y no dejaba de las manos aquellos.

—Eso es increible,—observaba Susana.

—¡Increible!—decia Luciano.—Ocasiones tendrá usted de convencerse de que Alberto es un misántropo ridículo.

Susana debió ser entonces dichosa; pero se tranquilizó y nada más.

Desde el momento en que se desvanecieron sus temores, se entregó á su afan de ser amada.

Entonces creyó que en esto consistia su dicha.

Alberto se mejoró y pudo ocuparse de las personas que lo rodeaban.

Los enamorados, particularmente las mujeres, leen en los ojos de la persona á quien aman.

A los ocho dias Susana, mientras relumbraban sus negras pupilas, enrojecia su rostro y exhalaba un suspiro, exclamó:

—¡Me ama!...

¿Era ya dichosa?

Estaba muy lejos de serlo.

Hasta entonces el corazon lo habia hecho todo, absolutamente todo.

El corazon estaba ya satisfecho y dejó el campo libre á la cabeza.

La pícara razon, la enemiga irreconciliable del corazon, dijo:

—Me han tenido sujeta, me han tenido ahogada... Yo me vengaré.

Y se vengó cruelmente.

Susana se preguntó:

—¿Puedo aspirar á ser esposa de Alberto?

La respuesta no era dudosa.

Alberto era rico y pertenecia á una clase distinguida.

Sus padres no consentirian jamás que se casase con la pobre hija de un artesano.

Alberto debia casarse con una mujer, si no precisamente rica, educada en el gran mundo donde tenia que vivir.

Susana, por más que hubiese recibido la mejor educacion y fuese más instruida que casi todas las mujeres de elevada clase, no se reconocia á propósito para alternar en el gran mundo.

Sus mismos sentimientos delicados, sus severos principios eran quizá un inconveniente.

Además, aun suponiendo que los padres de Alberto no se opusiesen á semejante union, se creeria que ella se casaba, no por amor puro, sino por interés.

La dignidad de Susana rechazaba esta injusticia.

Por nada del mundo hubiera dado lugar á que se pusiese en duda su noble desinterés.

Antes renunciaría cien veces á su amor y preferiría morir.

La razon se habia vengado cruelmente del corazon.

El amor de la jóven era un amor sin esperanza, y por consiguiente un tormento el más espantoso.

Buscando la tranquilidad y la dicha, habia concluido Susana por encontrar el sufrimiento.

La infeliz se propuso ocultar su pasion, sufrir y callar.

Cuando la conozcamos nos convenceremos de la firmeza de sus propósitos.

Susana tenia sobrado valor para morir antes que cambiar de resolucion.

Alberto era rico, ella era pobre...

No se casaria con Alberto.

Todo razonamiento, toda reflexion, seria inútil para convencerla.

Aun cuando los padres de Alberto suplicasen á Susana, ésta no cedería.

Esto podia ser una exageracion, una locura; pero así era.

Nosotros, que conocemos perfectamente á Susana, estamos seguros de que así sucedería.

¿Habia pasado aquel desgraciado amor desapercibido para todos?

No; porque Luciano, á pesar de su ligereza, lo habia adivinado.

En esto consistian sus observaciones, y ya estamos viendo que no se equivocaba.

Quizá tambien habia comprendido el propósito de Susana.

¿Y Clotilde?

Empezaba á sospechar y observaba.

El resultado de sus observaciones lo ignoramos.

Por de pronto tenian mucha importancia sus sospechas.

De Plotoski y de don Cándido nada podemos decir, porque nada sabemos.

Don Juan no habia tenido ocasion de hacer observaciones, ni su preocupacion, cuyos motivos conocemos, le permitia tampoco fijar la atencion en la hija del señor Patricio.

Tal vez se crea que hemos dado demasiada extension á estas observaciones; pero era preciso que lo hiciésemos así si habian de comprenderse los sucesos que tenemos que referir.

¿Y Alberto?

Veamos lo que sentia y lo que pensaba; pero en el capítulo siguiente, porque éste se prolonga demasiado.

CAPITULO LXXXVI.

Lo que Alberto pensaba y sentia.

Ya conocemos la primera impresion que en Alberto produjo Susana, y sabemos que se durmió pensando en ella y que con ella soñó.

Al despertar, lo que para él era celestial aparicion, no estaba allí.

El jóven suspiró tristemente.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó su madre.

—Bien, muy bien,—respondió.

Podemos asegurar que no se daba cuenta de lo que decia.

Esperó con ansiedad; pero Susana no volvia.

Pensó Alberto preguntar por ella, y á pesar de su deseo, no se atrevió.

¿Por qué?

Creyó que su pregunta podia ser sospechosa.

Volvió á dormirse, y cuando nuevamente despertó, la jóven estaba cerca del lecho.

Entonces Alberto sonrió dulcemente y otra vez brillaron sus ojos.

Desde aquel dia sintió Alberto en su sér un cambio inexplicable.

No tardó mucho en reconocer que amaba á Susana, y lo mismo que ella, sufrió, si bien sus temores fueron distintos.

Empezó por donde habia concluido Susana, es decir, por pensar si seria correspondido.

No experimentó el tormento de los celos, sino el de su mismo afan y el de su incertidumbre.

Tambien pensó si la jóven seria digna de ser amada, si bajo aquel exterior de belleza angelical se abrigaría un alma noble, un corazon puro.

Púsose Alberto en observacion.

Cada palabra que pronunciaba la hija del señor Patricio, era para nuestro jóven objeto de deducciones y comentarios.

¿Era posible que sin otros datos ni antecedentes llegara á conocer á Susana?

Alberto creia que sí.

Los enamorados, sobre vivir de ilusiones, tienen muchas veces la pretension de hacer lo que es imposible y creen que han de hacerlo.

Al cabo de algunos dias formó su juicio el enamorado jóven.

Por casualidad no se habia equivocado.

Para su dicha faltaba solamente que su amor fuese correspondido.

Quiso averiguar los sentimientos de la jóven sobre este punto y se mostró mucho más torpe que ella, puesto que creyó que Susana no lo miraba sino con el interés que se mira al que sufre.

En los ojos de la hija de Moncayo creyó Alberto encontrar, no el amor, sino un sentimiento de lástima, de compasion que empezó á mortificarlo horriblemente.

Procuró Alberto desde entonces disimular con más cuidado lo que sentia.

El trabajo que se tomó fué completamente inútil con respecto á Susana y á Luciano.

Éste adivinaba el amor de su amigo como el de ella.

A pesar de todo, el hijo de Clotilde hubiera dado la mitad de su vida por no salir de aquella casa.

El estado en que se encontraba el alma de Alberto es inexplicable, es incomprensible.

En fuerza de dudar, de desear y de temer, sintióse completamente aturdido.

Le hubiera sido muy difícil darse cuenta de su verdadera situacion.

Alguna vez que quedó solo con su amigo Luciano, habló con él de Susana, procurando aparentar que lo hacia con la más completa indiferencia.

Empero Luciano, que comprendia toda la gravedad de la situacion, concretábase á responder sencillamente, haciendo justicia á los sentimientos de Susana; pero nada más.

La opinion de Marin quedó, pues, ignorada para su amigo.

Para conocerla era preciso preguntarle claramente, y á esto no se atrevió Alberto.

Llegó el dia, que podemos llamar terrible, de la separacion.

Aunque creia que no era correspondido, parecióle á Alberto que le seria imposible vivir separado de Susana.

Faltarle ésta, era faltarle la luz para su alma, faltarle hasta la vida.

¡Qué dichoso se hubiera considerado en aquella humilde casa y al lado de ella!

Ignoraba que el tormento de la jóven fuese mayor y la miraba con envidia.

—Ella al ménos,—decia Alberto para sí,—pasará tranquilamente la existencia, no sentirá el corazon destrozado por esta separacion.

Y luego añadia:

—¿Qué me importa la curacion de la herida de mi cuerpo, si la herida de mi alma no ha de cicatrizarse jamás?

La suerte de Alberto no era tan triste, puesto que más ó ménos tarde se convencería de que era amado.

Susana, por el contrario, no debia abrigar esperanza, porque su dicha se fundaba en un imposible.

Alberto era rico y de clase distinguida, y lo seria siempre.

Aquella union no era, pues, posible.

El jóven podria por lo ménos abrigar la esperanza de disuadirla y hacerle aceptár su mano.

Esto era un consuelo de que ella estaba privada.

La verdad es que ambos debian considerarse muy desgraciados, porque les esperaban grandes sufrimientos.

Además del enemigo de su propia situacion, tenian otro: el señor de Rubianes.

Las miradas de éste eran sospechosas para Luciano, y la opinion de Luciano tiene para nosotros mucho valor.

De cualquier modo que fuese, llegó el dia y era preciso separarse.

—Puede salir el enfermo,—habia dicho el médico.

Y despues de semejante declaracion no habia pretexto para seguir abusando de las bondades de aquella familia.

El cielo estaba despejado y la atmósfera serena, es decir, que hasta la naturaleza se conjuraba contra los deseos de los dos enamorados.

Marin continuaba mirando á los unos y á los otros y hablando con todos tan alegremente como de costumbre.

Sin embargo, más de una vez y por un instante pudo

verse que su frente se contraia y que hacia un leve gesto de profundo disgusto.

¿Pero quién habia de fijar la atencion en semejante circunstancia?

Todos tenian demasiado en qué pensar, y nadie creia tampoco que Marin estuviera representando en aquellos momentos el más importante papel.

Así se encontraban el dia de la separacion.

Veamos cómo se verificó ésta.

CAPITULO LXXXVII.

La despedida.

En la habitacion donde habian tenido lugar las escenas entre el señor de Rubianes y Clotilde, encontrábase ésta al lado de su hijo, y frente á ellos Susana, sus padres y Luciano.

Alberto habia recuperado la salud; pero no completamente las fuerzas, y en su rostro pálido y en su mirada melancólica, se pintaba el estado de su espíritu y de su cuerpo.

Todos parecian profundamente tristes, á pesar de que todos debian haber estado alegres.

Marin era el único que hablaba y solia sonreir.

Lo escuchaban todos; pero nadie le respondia.

Sonó el ruido de un coche, que se detuvo junto á la puerta de la casa.

Susana y Alberto se extremecieron.

Sus rostros palidecieron más de lo que estaban.

Sin querer cruzaron una rápida mirada, que parecia ser del más intenso dolor.

Luego sus corazones palpitaron con la misma violencia que si hubieran ido á romperse.

Algunos segundos pasaron y se presentó don Juan de Bustamante, que despues de saludar afectuosamente, se acercó á la esposa de Moncayo y le dijo:

—Señora, tengo que pedir á usted un señaladísimo favor.

—¡Un favor á mí!—exclamó sorprendida la anciana.

Y miró con su natural candidez á don Juan.

—Sí,—repuso éste,—un favor que le agradeceré mucho, y que el señor Moncayo no se opondrá á que usted me otorgue.

Parecia natural que el señor Patricio se apresurase á decir que estaba dispuesto á complacer á Bustamante; pero no lo hizo así, sino que, con extrañeza de todos, guardó silencio, y aun pareció que experimentaba una contrariedad.

Esto debió ofender al esposo de Clotilde; pero tampoco sucedió así, pues con tono aún más afable, añadió:

—Deseo que en esta casa quede un recuerdo mio, y usted lo aceptará.

—No entiendo,—murmuró sencillamente la anciana.

Don Juan sacó un papel, se lo entregó y le dijo:

—Guarde usted eso, en la inteligencia que es para us-

ted, no más que para usted, y por consiguiente ni el señor Moncayo ni nadie tiene derecho á hacerme ninguna observacion.

La anciana desdobló el papel, dándole vueltas entre sus dedos.

No podia leer, porque su falta de vista no se lo permitia.

El señor Patricio debió comprender lo que aquello era, porque su frente se contrajo.

Susana, que lo miraba afanosamente, dirigió una mirada angustiosa á su padre, una mirada con la que parecia suplicarle que no se mostrase demasiado severo ni intransigente.

—Hija mia,—dijo la anciana despues de algunos momentos y alargando el papel á la jóven,—tú me dirás lo que es esto.

—No es menester,—replicó entonces Moncayo;—á nuestro hijo se le concede el empleo de teniente, y ese es el real despacho.

—¡Teniente!—exclamó la anciana.

Y sus miembros temblaron convulsivamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

No pudo articular una silaba más.

Sentíase ahogada por una emocion de júbilo incomparable.

Su hijo, su adorado hijo, obtenia un empleo.

Esto era el colmo de la dicha.

La anciana no vió nada despues de esto.

En su sencillez no podia ver otra cosa más sino que su hijo hacia fortuna.

Andando el tiempo, ¿quién sabe si aquel hijo querido llegaria á ser general?

Esto no era ningun imposible.

El corazon de la madre no necesitaba más para estar satisfecho.

A la buena anciana no habia que pedirle razon, porque en tratándose de su hijo, ella no tenia más que corazon.

En aquellos momentos y á dejarse llevar de sus impulsos, hubiera caido de rodillas ante don Juan, besándole los piés.

¡Pobre madre!

Susana tembló tambien; pero no de alegría, sino de miedo.

¿Qué haria su padre?

Éste se acercó á don Juan y le dijo:

—Caballero, Dios me libre de echar sobre mi conciencia la responsabilidad de influir en la suerte de mi hijo. Su porvenir es cosa suya. Yo no he podido hacer más que educarlo, dar luz á su inteligencia y enseñarle el camino que deben seguir los hombres honrados. Le dí la existencia y cumplí mi deber, dándole tambien los medios para vivir como yo he vivido. Nada le faltaba, pues, nada podia reclamarme, nada tiene derecho á pedirme mas que cariño y consejos. El cariño lo tiene, y los consejos no se los negaré jamás. Desde que es mayor

de edad y tiene elementos propios para subsistir, no soy más que su amigo, su mejor amigo; pero como amigo veré con pena que acepta lo que no ha ganado, que hace fortuna, no en fuerza de trabajo y honradez, sino de favores, que tal vez perjudican á otro. No, no quiero para mi hijo gracias, sino justicia, severa justicia.

—Antes de pedir esta gracia,—replicó don Juan,—he visto los antecedentes que hay en la direccion respecto á su hijo de usted, y son los más honrosos.

—Así lo creo.

—No habrá ganado el empleo; pero lo merece, y si á otro, por favor tambien, ha de dársele, quiero que sea para él. Yo soy el primero en combatir ese favoritismo que nos desmoraliza y que acabará por dar los más tristes resultados; pero ya que me es imposible corregirlo, creo cumplir un deber aprovechándolo en bien de los que tanto han hecho por mí. Hoy recibe una gracia su hijo de usted... ¿Quién sabe si mañana será víctima de una injusticia?... Así todo quedará compensado. No se oponga usted...

—¡Oponerme!... ¿Con qué derecho?... Disfrute mi hijo en buen hora ese empleo; pero conste que se le dá contra mi opinion y que lo acepta contra mi voluntad.

—¡Contra tu voluntad!—replicó vivamente la anciana.—¿Y por qué?... Nuestro hijo vale mucho y cumple su deber, y no ha de morirse de hambre, mientras otros, que valen mucho ménos, suben como la espuma y se ponen galones y fajas. No, no quiero que mi hijo sea mé-

nos que otros, porque eso es una ofensa y una injusticia. Si á otros se les dá con razon ó sin ella, han de hacer con él lo mismo. ¿No quieres justicia, Patricio? Pues esto es lo justo, sí, es lo justo que todos sean iguales. ¿Hay gracias para todos? Pues para él tambien. Que no las haya para nadie, y entonces yo seré la primera que me oponga á que le den empleos sin haberlos ganado, aunque sobre este punto habria mucho que hablar. ¿Pues nuestro hijo no tiene ganado esto y mucho más? ¿Pues qué, no lo merece?... ¡Bah!... No hay más que verlo, porque su cara dice lo que es su corazon... ¿Usted no le conoce, señor don Juan?... Es verdad que no... Va usted á conocerlo.

La anciana sacó la bolsita, y de ésta los retratos de su hijo, añadiendo con voz ahogada por la emocion:

—Mire usted, caballero, mire usted.

—Gallardo jóven,—dijo don Juan.—Y ese rostro, esa mirada... ¡Debe ser un gran corazon!...

—Ya lo ves, Patricio, ya lo ves. Todo el mundo dice lo mismo... No se equivoca usted, caballero; mi hijo tiene un gran corazon. Y eso que hay mucha diferencia de verlo pintado á verlo en persona... ¡Oh!... ¿Quién me convencerá de que no se le hace justicia, dándole una faja de capitan general?

Y la tierna madre, poseida de orgullo, enseñaba el retrato á todos.

Y como todos alababan la belleza del jóven, ella lloraba y reia.

En aquellos momentos era completamente dichosa la anciana.

Cuando hubieron examinado todos el retrato, ella lo besó, no con ternura, sino con frenesí.

Luciano no habia dicho que el jóven era hermoso, ni que revelaba grandeza de corazon, sino solamente estas palabras:

—El retrato de su padre.

El señor Patricio no pronunció una palabra durante aquella escena, cuya tierna y sublime sencillez no puede describirse.

Clotilde, que tambien era madre, sintió sus negros ojos humedecidos por dos lágrimas.

Luego miró á su hijo como si quisiera decirle:

—No vales tú ménos que ese.

Desde aquel momento era la conversacion embarazosa para todos.

Así debió comprenderlo Luciano, porque rompiendo el silencio, dijo:

—Mi madre me espera, y los libros tambien me llaman, porque los tengo abandonados hace algunos dias. Ya he tenido la satisfaccion de verlos á ustedes reunidos, no por la desgracia, como hace algunos dias, sino para felicitarse por la curacion de Alberto.

Estas palabras produjeron el mismo efecto que una órden de separacion.

Todos se pusieron en pié.

Clotilde y don Juan pronunciaron algunas frases de

cariño y gratitud, y estrecharon la diestra de Moncayo, que parecia profundamente conmovido.

Luego la primera abrazó á Susana.

Ambas quisieron hablar; pero no pudieron articular una sílaba.

Un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

¿Por qué lloraban?

Sentian el corazon oprimido.

Las dos disimulaban, aseguraban que eran dichosas; pero ya sabemos que sufrian mucho.

Si hubiesen hablado con franqueza, se les habria oido decir lo mismo á la una que á la otra:

—Presiento desgracias horribles, espantosas.

Y la verdad es que el presentimiento no dejaba de ser fundado.

Desde que Clotilde habia visto á don Cándido y Plotoski, temia...

¿Qué temia?

No lo sabemos, porque el secreto de sus temores no se atrevia á revelárselo Clotilde á ella misma.

Ni en sus tristes horas de insomnio y soledad habia tenido valor para pronunciar una palabra que expresase sus sentimientos sobre este punto, que diese idea de sus sospechas y temores.

El fantasma que la habia perseguido por espacio de doce años, se levantaba á sus ojos más terrible y aterrador que nunca.

Esto es lo único que podemos decir.

En cuanto á Susana, ya sabemos por qué sufria.

Habia renunciado á su dicha, habia decidido sufrir y morir sin exhalar una queja.

De Susana no puede decirse con exactitud que presentia, puesto que no era un presentimiento, sino la seguridad de que era desgraciada y habia de serlo más cada dia.

La jóven habia comprendido que era amada, y sufria por ella y por Alberto, porque tendria más ó ménos tarde que decirle:

—Olvídate de mí, que no te amo, que no puedo amarte, que jamás te amaré.

Esto seria lo mismo que destrozar el corazon noble de Alberto.

¡Y ella misma tendria que destrozarlo!

¡Ella tendria que ser el implacable verdugo del hombre á quien adoraba!

Luciano, que era el único que comprendia el valor del llanto de la jóven, tomó su sombrero, ocupándose en limpiarlo con la manga de su levita, mientras se movia de un lado para otro como el que busca una posicion cómoda sin encontrarla.

Hay escenas que no pueden pintarse, y esto sucede con la que nos ocupa.

Clotilde y Susana hicieron un esfuerzo sobrehumano.

Separáronse y limpiaron sus ojos.

Alberto, con la mirada fija en la jóven, parecia una estátua.

Estaba trastornado.

Cuando es absolutamente preciso hacer una cosa, se hace casi siempre, porque la voluntad es la más fuerte de nuestras potencias.

Domináronse y cruzaron las palabras de despedida.

Don Juan ofreció el brazo á su esposa.

Alberto se apoyó en el de su amigo.

Salieron seguidos de Moncayo.

La anciana, que aún no habia guardado el retrato de su hijo, volvió á sentarse y fijó en él su débil y tierna mirada.

La de Susana siguió á Alberto.

Reinó en la habitacion un silencio absoluto.

La madre, absorta en la contemplacion de la imágen de su hijo, no se apercibia de lo que á su alrededor pasaba.

Susana continuó por algunos minutos en pié, inmóvil y con la mirada fija en la puerta.

Luego llevó las manos al pecho y se lo oprimió con fuerza convulsiva.

¡Cómo palpitaba su corazon!

Hizo un esfuerzo, mordióse violentamente el lábio inferior, y mientras levantaba los ojos, secos y relumbrantes, al cielo, murmuró con acento breve:

—¡Para siempre!

Estas dos palabras expresaban todo lo que sentia, absolutamente todo.

Salió con pasos vacilantes del aposento.

Entretanto exclamaba su madre:

—¡Teniente, teniente!... ¡Ah!... Tendrá que enviarme otro retrato con las nuevas insignias; otro retrato para que yo lo vea con las dos estrellas y los dos galones... No será esto lo último que haga el señor de Bustamante... En pasando algunos meses, pueden darle siquiera el grado de capitan... Esto se hace todos los dias con los que tienen favor.

Los demás se dirigian silenciosamente hácia la puerta de la calle.

Luciano era el único que hacia ruido, cantando, aunque á media voz.

Nunca se le habia visto tan alegre.

No debia esperarse otra cosa de una cabeza vana como la suya.

Llegaron donde esperaba el carruaje.

—Iré luego á visitarte,—dijo Marin á su amigo.

Y saludando á los demás, se alejó y entró en su casa.

Entonces dejó de cantar.

Cambió de expresion su rostro. Ya no expresaba la alegría.

—Bien,—dijo mientras subia la escalera. —Hemos hecho un pan como unas hostias... Hay un refran que dice: «Bien vengas mál si vienes solo...» Todos los refranes son verdaderos, segun opinion de mi buena madre. ¿Qué vá á suceder?... Nada bueno, nada bueno, porque esa mujer no se parece á ninguna, y Alberto tampoco se parece á muchos hombres... Veremos, veremos... Tengo que andar muy listo y ser muy pru-

dente si he de hacer algo en bien de mi pobre amigo.

Calló, y despues de reflexionar mientras continuaba subiendo los ciento cincuenta escalones que ponian en comunicacion el portal con su cuarto, dijo:

—¿Y los otros?... ¡Diantre!... La cosa me parece mucho más grave todavía... ¿Qué diablo de enredo hay aquí?... Creo que concluirán por no entenderse, y yo por aturdirme, que es lo peor que puede suceder, pues así no haremos más que desatinos, y lo malo será peor... Mis vecinos... ¡oh!... mis vecinos don Cándido y Plotoski... ¿Y cuál es la verdadera situacion del señor de Bustamante? Es una situacion bien rara y bien desagradable, la misma situacion del que á media noche se vé acosado por los mosquitos, y mientras se quita los que le pican en el cogote, siente que otros le acometen á las narices.

Luciano acabó por sonreir.

No era posible que estuviese sério largo rato.

¿Y el señor Patricio?

Habia entrado en su taller y cerrado la puerta, echando la llave.

Seguro de que nadie lo observaría, sacó una cartera y de ella un retrato.

Era el de su hijo; pero no con el uniforme militar, sino con la blusa del obrero.

—¡Este es, este es mi hijo!—exclamó.

Y besó repetidas veces la imágen querida.

Bien pronto se humedecieron sus negros ojos.

Dos lágrimas abrasadoras rodaron por sus mejillas.

¿Quién hubiera creido que el señor Patricio llorase?

Algunos minutos despues limpió sus ojos, que volvieron á brillar como antes.

—¡Oh!—exclamó apretando los puños y con voz reconcentrada.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

EL VEINTIDOS DE JUNIO.

CAPITULO PRIMERO.

Un consejo.

Por espacio de un mes todo pudo continuar en el mismo estado.

Alberto se encontraba como el que durante un pesado sueño ha sido llevado á un lugar desconocido, y al despertar no se explica lo que le sucede y necesita algun tiempo para desaturdirse y darse cuenta de su nueva situacion.

Habia seguido el jóven su costumbre de asomarse por las mañanas al balcon de su cuarto; pero ya no fijaba como antes su mirada distraida en el jardin, sino que buscaba afanosamente las ventanas del entresuelo de la casa de la calle de la Magdalena.

No pasaba dia sin que viese á la hija del señor Patricio, si bien ésta, haciendo tambien lo contrario de lo

que siempre habia hecho, en vez de detenerse en la ventana, ocupábase en arreglar los muebles de su aposento, desapareciendo en seguida.

Así cumplia su propósito.

Alberto no podia, pues, verla como hubiera deseado, sino con la vaguedad de una sombra, lo cual aumentaba su afan y encendia más su pasion.

Clotilde habia ido varias veces á visitar á la familia del obrero, y Susana habia tenido, por consiguiente, que corresponder, haciendo lo mismo.

Cuando esto sucedia, Alberto no salia de su casa, y su madre acabó al fin de convencerse de que su hijo estaba enamorado.

¿Y ella?

Hé ahí lo que no le fué fácil averiguar á la esposa de Bustamante.

Susana cumplia su propósito y disimulaba, por más que su disimulo fuese un tormento horrible.

Dicen que el amor no puede estar oculto, y esto es verdad.

Cuando el fuego no se descubre, por lo ménos se vé el humo.

Susana sabia que su reserva y su disimulo era equivalente á un veneno que se hubiese empeñado en guardar en lo más recóndito del corazon, y que más ó ménos tarde acabaría con su existencia; pero estaba resuelta á morir y no cambiaría de propósito.

Sus sufrimientos no la espantaban.

¿Qué puede arredrarle al que ha decidido sacrificar la vida?

No le sucedia lo mismo al hijo de Clotilde, puesto que él no renunciaba á ser dichoso, y en vez de decidir guardar silencio y morir, estaba dispuesto á luchar.

Amaba y necesitaba ser correspondido, queria ser amado.

Muchas veces, en presencia de Susana, dejó ver el jóven en sus ojos lo que sentia.

Empero ella fingió no comprenderlo.

Alberto sentia una imperiosa necesidad de desahogar su corazon.

¿En quién habia de depositar el secreto de sus pesares?

Esto pensaba una mañana, en tanto que miraba afanosamente la vivienda del señor Patricio, sin apercibirse de que á su vez era observado por Plotoski.

Cuando más absorto estaba en sus pensamientos el jóven, sintió sobre su espalda una mano.

Extremecióse como si repentinamente lo despertasen de un pesado sueño y se encontró con su amigo Luciano.

El semblante de éste expresaba la alegría, lo cual no era nada extraño.

—¿Qué haces aquí?—dijo, sin dar tiempo á que su amigo le hablase.

—Ya lo ves,—respondió Alberto con alguna turbacion.

—Sí, ya lo veo, es verdad... Debí excusar la pregunta, que en este caso es necia.

—Sabes que tengo la costumbre de respirar el aire puro de la mañana...

—Y de contemplar los árboles y las flores.

—Sí.

—Esa era tu costumbre.

—No la he dejado.

El rostro de Marin cambió de expresion.

—¿Quieres,—dijo,—que hablemos con franqueza?

—Así hemos hablado siempre.

—Ménos desde la noche de San Daniel.

—No te comprendo.

—Me comprenderás.

—En este momento te desconozco.

—¿Por qué?

—Hablas con una seriedad...

—Pues soy el mismo de siempre, ligero, burlon... Me sentaré.

Luciano llevó una silla al balcon, y sentándose, dirigió la mirada hácia el entresuelo.

Su amigo lo miró con sorpresa.

Hubo algunos minutos de silencio.

—Mi querido Alberto,—dijo Marin, volviendo á dar á su rostro la expresion que siempre tenia,—antes de que te hiriesen no habias pensado que desde aquí se descubre una ventana á la que suele asomarse una mujer.

—¡Luciano!...

—¿Te enfadas?

—No; pero...

—Oye lo que pienso sobre el amor.

—¿Y por qué me hablas de amor ahora?

—Para que conozcas mis ideas sobre todo. Otras veces te he hablado de política, y ya sabes lo que pienso sobre este punto. ¿Crees que no tengo tambien mis opiniones en cuanto al corazon humano?... Soy tu mejor amigo, tu amigo íntimo...

—Mi único amigo verdadero.

—Pues bien, debes conocerme á fondo.

—Dí lo que quieras.

—Los poetas no hablan del amor sin hablar de llamas, de hogueras, de volcanes, y como tú tienes algo de poeta, debes opinar lo mismo.

—Luciano, hoy estás de mejor humor que nunca,—replicó Alberto, procurando sonreir.

—Me felicito, porque estás triste y necesitas que te alegren.

—Sepamos adónde vas á parar con tus teorías sobre el amor.

—Voy á parar á la ventana del entresuelo; pero antes es preciso que yo sepa tu opinion sobre esos volcanes; es menester que me digas si crees que estar enamorado no es igual á tener en el pecho una hoguera, entre cuyas llamas se revuelve y consume el pobre corazon.

—Sí,—respondió Alberto.

—Dicen tambien los poetas que una chispa enciende

el combustible, y el fuego se extiende, y la hoguera es cada vez mayor, de lo cual se deduce lógicamente que cuanto más tiempo pase, más difícil es apagar el fuego.

—Prosigue.

—Estás enamorado...

—¡Luciano!—exclamó Alberto extremeciéndose.

—Sí,—repuso Marin con firmeza,—estás enamorado, y como no has de ser correspondido, te conviene hacer lo posible para apagar el fuego antes que tome mayores proporciones. Si hubieras hecho lo que debias hacer, confiando tu secreto á tu mejor amigo, hace un mes que este amigo, cabeza vana, loco de atar, te habria dado el mismo consejo y te habria ayudado á combatir esa pasion, que será tu desgracia si la fomentas como ahora.

Alberto quedó aturdido.

En algunos minutos le fué imposible articular una sílaba.

En pocas palabras y con una seguridad para él espantosa, le habian dicho todo lo más grave y trascendental que podian decirle: «Estás enamorado y no serás correspondido.»

¡Que no seria correspondido!

¿Por qué?

¿Quién podia responder de lo porvenir?

Si Susana no amaba entonces á Alberto, podria amarlo algun dia.

No siempre el amor es repentino.

Lo que no habia sucedido en un instante, podia suceder en un año.

De esto hay muchos ejemplos.

Todos los dias se ven mujeres que acaban por amar con locura al hombre que han mirado con más indiferencia, y este amor es el más firme, el más duradero, es quizás el verdadero amor.

¿Por qué no habia de suceder así con Susana?

Era la hija del señor Patricio una mujer de elevada inteligencia y de gran corazon, y debia creerse que, aún más bien que otra, se enamoraría, no de la belleza del cuerpo, sino de la belleza del alma.

Los sentimientos de un hombre no se aprecian al primer golpe de vista como las perfecciones y encantos de la forma material.

Era, pues, preciso dar tiempo á que Susana pudiera conocer é interesarse por lo que aún le era desconocido.

Todo esto lo pensaba el hijo de Clotilde.

Entretanto su amigo lo miraba y sonreia como si no hubiese dicho nada de particular.

—Pues bien,—dijo al fin resueltamente Alberto,—amo á Susana, la adoro.

—¡Gracias á Dios que hablaste!

—¿Por qué me aconsejás que la olvide?

—Porque no ha de ser tuya, y vivirás constantemente atormentado.

—¡Que no ha de ser mia!...

—No.

—¿Qué razones tienes para creerlo así?

—Dame un cigarro y te lo diré, ó más bien lo repetiré.

Alberto alargó distraidamente la petaca á su amigo.

Éste sacó un cigarro y lo encendió, diciendo mientras arrojaba una bocanada de humo:

—Hazle á Susana una declaracion amorosa, y te responderá que no puede ser mas que tu amiga. ¿Te parece que este obstáculo no es invencible? No te hablaré de la oposicion de don Juan, oposicion que tú debes tener muy en cuenta por tu situacion especial; nada te diré tampoco de lo que opine tu madre sobre semejante casamiento. ¿Para qué? Si Susana no acepta tu amor, de nada te servirá que los demás lo aprueben.

—Luciano, te has propuesto trastornarme.

—No; pero es posible que así suceda contra mi voluntad, por aquello de que un loco hace ciento, y como yo no tengo un adarme de juicio, segun es fama...

—Sabes que te hago justicia.

—Entendámonos. ¿Me haces justicia, creyendo como los demás, que soy un tarambana?

—Amigo mio...

—¿Me concedes juicio?

—Sí.

—Pues entonces no tomes á broma mis palabras.

—Las escucho como merecen, y precisamente por eso me atormentan.

—Hay un refran que dice: «Quien bien te quiera te

hará llorar.» Aplícalo al caso presente. No se me oculta que es para tí horrible lo que te digo; pero si te atormento ahora, es para evitar que más tarde sufras doblemente.

—Pero...

—No hay nada tan amargo como los desengaños; no hay nada tan triste como ver que se desvanecen ilusiones risueñas ante negras realidades.

—Es verdad.

—Pues precisamente eso es lo que quiero evitar que te suceda, y si antes no te he aconsejado que olvides á Susana, ha sido porque quise convencerme de la exactitud de mis observaciones.

—¡Tus observaciones!...

—Sí.

—¿Qué has observado?—preguntó Alberto, cada vez más sorprendido.

—Lo que necesitaba observar para saber que tu amor no seria correspondido.

—Posible es que ahora...

—Alberto, ni ahora ni jamás.

—¡Oh!...

—Jamás, jamás.

—Me destrozas el alma...

—Lo sé; pero más sufririas si lo que yo te digo te lo dijese ella.

—Quiero conocer las razones que tienes para responder de lo porvenir.

—No las conocerás.

—Entonces...

—Por última vez, mi querido Alberto,—replicó Luciano, poniéndose en pié:—olvida á Susana, principiando por dejar de verla.

—¡Dejar de verla!... ¡imposible!

—Tu familia ha determinado no salir de Madrid este verano; pero tú puedes hacerlo, y si te decides, haré el sacrificio de separarme de mi madre por un par de meses y te acompañaré. Eres rico y puedes pagarme el viaje. Ya sabes que yo siempre estoy de buen humor...

—No, no.

—Correremos la mitad de España...

—Te digo que no.

—Hágase tu voluntad.

—Luciano, tu reserva...

—Me pides franqueza, ¿no es verdad?

—Sí.

—Yo te pido fé en mi amistad y en mi buen juicio.

Alberto apretó desesperadamente los puños.

—Saldré de dudas,—dijo.

—¿Qué intentas?

—Diré á Susana que la amo...

—¿Has perdido la razon?

—Sí, estoy loco...

—Ya lo veo.

—La vida ó la muerte.

—Si de eso depende tu existencia...

—Déjame, Luciano, porque no retrocederé. Me pides un imposible: mi voluntad es impotente contra mi pasion.

—Si ya es tan intensa tu pasion...

—¿Qué he de hacer?

—Sufrir,—dijo tristemente Luciano.

—Sufriré; pero no el tormento de la duda.

—Te espera una realidad mucho más horrible.

—¡Amigo mio!...

—Adios.

—No te vayas...

—Sí, te dejo para que reflexiones, y si al fin decides tomar mi consejo, avísame y prepararé mi pobre equipaje.

Luciano estrechó la diestra de su amigo y salió tristemente.

Alberto se sentó.

—¡Oh!—exclamó.—Se me abrasa la cabeza.

Oprimióse las sienes y quedó inmóvil.

Quiso reflexionar; pero le fué imposible coordinar sus ideas.

De vez en cuando murmuraba:

—¡Que la olvide!... ¡Oh!... Para olvidarla necesito arrancarme el corazon.

Y otras veces decia:

—Saldré de dudas, sí, saldré de dudas, aunque la realidad me atormente hasta quitarme la vida.

CAPITULO II.

Entre bribones.

Mientras llega el momento en que el hijo de Clotilde ha de poner en ejecucion su plan, ó para hablar con más exactitud, comete la locura de hablar de su amor á Susana, nos ocuparemos del señor de Rubianes, que tampoco se avenia á dejar que el tiempo resolviese la situacion.

Esperar los acontecimientos es entregarse al azar, dejando que éste decida, y don Pedro queria decidir, hacer algo, porque no tenia fé en las casualidades, ni mucho ménos en lo que se llama fortuna.

Tenia muchos enemigos que combatir, y debia desarmarlos antes que lo hiriesen.

Aunque el gobierno, en las cuestiones políticas que podemos llamar capitales, pensaba lo mismo que el ante-

rior, aunque su conducta fuese con poca diferencia la misma que la de todos, se daba nombre de partido distinto, y el señor de Rubianes, á pesar de ser amigo de los ministros, no gozaba de la influencia que antes habia gozado, al ménos para triunfar en cierta clase de intrigas.

—Ahora,—dijo,—no puedo contar más que con mis propias fuerzas; pero no son pocas, porque me sobra dinero y conozco bribones que me ayuden.

¿Quién de aquellos bribones era el más á propósito para sus intentos?

Acudió á su buena memoria el hombre respetable, y recordó que dos ó tres veces habia visto al señor Morato seguido por una especie de sacristan de rara figura.

Por pura curiosidad preguntó don Pedro al jefe de policía, y éste le hizo algunas indicaciones sobre las cualidades de su dependiente, cuya astucia y prevision eran un tesoro.

Cautela era, pues, el hombre que necesitaba el señor de Rubianes.

No importaba que el ex-sacristan estuviera al servicio del gobierno: por el contrario, esta circunstancia podia ser ventajosa.

La misma mañana que Alberto y Luciano tuvieron la conversacion de que hemos dado cuenta, el agente de policía llegó á la morada de don Pedro Rubianes.

Antes de entrar, miró á todos lados sin descubrir semblante que le infundiese temor.

Tranquilo y satisfecho, frotóse las manos á pesar de que era uno de los primeros dias del mes de Junio y el calor se dejaba sentir con bastante fuerza.

Subió la ancha escalera, se detuvo en el piso principal, miró por el ojo de la cerradura y escuchó.

Podrian ser inútiles estas precauciones; pero Cautela seguia su costumbre.

Tiró del llamador con tanto cuidado, que apenas sonó la campanilla.

La puerta se abrió, presentándose un criado.

—¿El señor don Pedro?—preguntó Cautela con dulcísima voz y quitándose el sombrero.

El sirviente miró de piés á cabeza al ex-sacristan y respondió:

—Creo que ha salido.

—Si tiene usted la bondad de verlo...

—Y aunque esté en casa...

—Supone usted que no podrá recibirme.

—Me parece que no.

Cautela exhaló uno de sus lánguidos suspiros, y mientras daba vueltas entre las manos al sombrero, repuso:

—Tendré paciencia y volveré en ocasion más oportuna; pero ahora...

—Le pasaré recado.

—Es usted muy amable...

—¿Su nombre de usted?...

—No lo conoce el señor don Pedro, y puede usted de-

cirle que soy el cesante del otro dia... Ya comprenderá... Eso es bastante.

—Aguarde usted,—dijo el criado con aspereza, porque creyó que trataba con algun pobre pretendiente.

Y se alejó, yendo al aposento donde su señor se encontraba.

—No he llamado,—dijo éste.

—Ha venido un hombre que pide hablar con usía...

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre, sino que es el cesante del otro dia.

—¡Ah!...

—¿Debe irse?

—Que entre.

A los pocos momentos Cautela se presentaba al hombre respetable, diciendo:

—Cumplo mi palabra y aquí estoy.

—Es usted exacto.

Fijó el señor de Rubianes una mirada escudriñadora en el agente de policía.

Éste, con los ojos bajos, segun su costumbre, parecia que contemplaba el pavimento, y sin embargo, lo que hacia era examinar uno por uno todos los objetos que allí habia, y de los cuales algunos eran de gran valor.

Si se repetian las visitas, á manos de Cautela pasaría tarde ó temprano alguno de aquellos objetos.

Hubiérase creido que era difícil empezar la conversacion; pero no, porque el señor de Rubianes conocia

demasiado bien á los miserables como Cautela y sabia cómo habia de hablarles.

El disimulo era completamente inútil.

—Nos explicaremos con claridad, con franqueza,—dijo don Pedro,—y así acabaremos más pronto.

—No hay nada que me agrade como la franqueza.

—Tengo necesidad de un hombre como usted.

—Espero órdenes, señor don Pedro.

—Del precio de los servicios que usted me preste...

—Hablaremos despues, porque es imposible apreciar lo que no se conoce.

—Perfectamente.

—Tengo el hònor de escuchar.

—Se trata de dos hombres y una mujer.

Cautela hizo un gesto de disgusto y murmuró:

—Una mujer... El asunto es grave.

—¿Por qué?

—Porque donde hay mujeres, sale uno siempre mal.

—Si no hubieran de vencerse dificultades, si no hubieran de arrostrarse peligros....

—No me necesitaba usted, lo comprendo.

—¿Se decide usted á servirme?

—Estoy decidido.

—No ignora usted quién es un extranjero que se llama...

—Plotoski, ¿no es verdad?

El señor de Rubianes miró sorprendido á Cautela.

Éste suspiró y dijo:

—Ese demonio de francés...

—¿Tambien le tiene usted miedo como á las mujeres?

—No, no es miedo; pero... En fin, sepamos qué es lo que usted desea.

—¿Cree usted que ese hombre es lo que parece?

—Probablemente no.

—Pues quiero saber lo que es.

—Lo ignora todo el mundo, hasta mi digno jefe el señor Morato, porque se ha intentado averiguar y nada se ha conseguido.

—Eso es decir que desde luego se declara usted vencido...

—¡Vencido!... Eso, jamás.

—Pero si le pido á usted un imposible...

—Imposible no hay nada. Moisés hizo brotar agua de una piedra; Josué prolongó el dia; Lázaro resucitó; la burra de Balan habló...

—Esos son milagros.

—Tengo el honor de participar á usted que he conseguido hacer más de uno.

—Lo creo.

—Y haré muchos más si es menester, para que quede usted complacido.

—¿Por qué no los ha hecho usted para servir al gobierno?

—Todo tiene sus límites en este mundo. El gobierno ha tenido por conveniente marcar un límite á la paga

que me dá, y yo estoy en mi derecho de limitar tambien mis servicios y de no hacer milagros de balde.

—Comprendo.

—Puedo, por consiguiente, aunque con mucho trabajo, hacer averiguaciones de gran importancia respecto á Plotoski.

—Necesito más aún.

—Sepamos.

—Ese extranjero puede hacerme mucho mal y quiero evitar que me lo haga.

El significado de estas palabras lo comprendió perfectamente Cautela; pero no hizo más que un leve gesto de disgusto y siguió escuchando.

—Además de Plotoski,—añadió el señor de Rubianes,—hay otro...

—Medio-beso.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque despues de hablar del protector, debia usted ocuparse del protegido.

—Así es.

—Medio-beso no seria enemigo temible sin Plotoski.

—Lo sé.

—¿Tambien estorba?

—Sí.

—De modo, que hay que hacer primero averiguaciones, y luego...

—Lo que yo disponga.

—No es obra de un dia ni de una semana.

—No; pero es preciso abreviar...

—Muy bien.

—Antes de entrar en otros detalles de mucho interés, nos ocuparemos...

—De la mujer, que estará tambien relacionada con Plotoski.

—Poco.

—Mejor.

—Se conocen y nada más.

—Me tranquilizo.

—¿Sabe usted tambien quién es el señor Patricio Moncayo?...

—Lo sé.

—Y que tiene una hija...

—No lo ignoro; pero nunca la he visto.

—Es un prodigio de belleza...

—¡Oh!—exclamó el agente, cuyos ojuelos relumbraron á la sola idea de una mujer hermosa.—Un tesoro perdido, una perla escondida.

Y desde aquel momento la conversacion fué para él más interesante que nunca.

El señor de Rubianes pareció vacilar; pero decidido á concluir pronto, repuso:

—Quiero que sea mia esa mujer.

Cautela pensó en sus aventuras amorosas, y muy particularmente en la que ocasionó su salida del convento.

Exhaló un suspiro.

—Supongo,—dijo,—que no pensará usted ofrecer su mano á la hija del cerrajero.

—Seria inútil que se la ofreciese, porque la rechazaría.

—En los tiempos que corremos, un rapto...

—Es casi un imposible.

—Sí.

—Hay otros medios.

—¿Ha encontrado usted alguno?

—No.

—Entonces...

—Usted me ayudará.

—Es cuestion de ingenio.

—Precisamente.

Cautela meditó.

—Necesito un dia para reflexionar,—dijo luego.

—Bien, pues hablemos de lo que valen los servicios de usted.

—Por ahora, nada ó lo que usted quiera darme, aunque sea muy poco, y cuando recobre usted su influencia... proteccion.

—Tanto desinterés...

—No aceptaré otra cosa.

Esto sorprendió á Rubianes más que nada; pero no sospechó que la generosidad de Cautela ocultaba alguna intencion satánica.

Para trazar planes no necesitaba el agente de policía más explicaciones.

Era inútil continuar la conversacion hasta el dia siguiente; pero de todos modos, ya vemos que la vida de Plotoski y de Medio-beso corrian peligro.

El golpe que amenazaba á Susana no era ménos terrible.

—Señor don Pedro,—dijo Cautela,—ruego á usted ordene á sus criados que no me pongan inconvenientes para recibirme, ni se ocupen de preguntarme cómo me llamo.

—Descuide usted.

—Tampoco me conviene que me vean entrar y salir, y si alguna vez sucede que no se encuentre usted en casa...

—Puede usted esperarme en mi despacho, donde nadie lo incomodará.

—Gracias.

—A todas horas, lo mismo de dia que de noche, encontrará usted franca la entrada, y desgraciado del que sea curioso ó no le guarde á usted toda clase de consideraciones.

Saludó Cautela para salir; pero se detuvo y dijo:

—Olvidaba lo mejor.

—¿Qué?

—Puedo desde ahora dar á usted algunas noticias interesantes.

—¿De Plotoski?

—Sí, señor.

—Diga usted, diga usted.

—No es francés.

—¡Que no es francés!...

—Es español.

—¡Ah!...

—Tengo pruebas.

—¿Y eso lo ignora el señor Morato?

—Lo ignora, porque es de lo que está fuera de los límites de que tuve el honor de hablarle á usted.

—Español, español,—murmuró el señor de Rubianes.

—Por consiguiente, el nombre con que se le conoce no es el suyo.

—¿Y el verdadero?

—Eso es lo que falta averiguar.

—¡Oh!... No me equivoqué al acudir á usted, no me equivoqué.

—¿Tiene usted algo que mandarme?

—Nada...

—Pues hasta mañana, si Dios quiere... Soy su más humilde y leal servidor...

—Hasta mañana.

Salió Cautela, observando la disposicion de las puertas con un disimulo admirable.

El señor de Rubianes quedó pensativo.

En pocos minutos cambió muchas veces de expresion su rostro.

Mirándolo con atencion hubiera podido decirse cuándo pensaba en Plotoski y cuándo en la hija del señor Patricio.

Despues de largo rato, y refiriéndose á Cautela, murmuró:

—Este bribon vale mucho, muchísimo: tal vez vale más que su jefe... Me servirá... Lo único que me desagrada es que se muestre tan desinteresado; pero si tiene otras miras, otra ambicion... Haré su fortuna, porque lo merece, porque vale más que Morato.

Pronto veremos que en esto se equivocaba.

CAPITULO III.

Donde se verá que el señor Morato valia más que Cautela.

A las ocho de la noche entraba Cautela en el despacho del señor Morato.

Éste lo miró de piés á cabeza, sonrió y le dijo:

—Bien venido, señor Perfecto.

El ex-sacristan exhaló un doloroso suspiro, inclinó la cabeza y preguntó:

—¿En qué he faltado, mi respetable jefe?

Semejante pregunta, que entonces parecia inmotivada, era muy oportuna, porque cuando el señor Morato dejaba de tutear á Cautela ó lo llamaba por su verdadero nombre, era señal de disgusto, era como el anuncio de una reconvencion ó de una reprimenda.

—En nada, señor Perfecto, porque supongo que no

hace usted nada sino en bien del servicio, y que no será á mí á quien trate de engañar.

—Le agradezco á usted con toda mi alma que me haga la justicia de no creerme tan torpe.

—Sepamos en qué han quedado ustedes.

—¡En qué hemos quedado!...

—Sí.

—No comprendo,—repuso Cautela, que empezaba á perder la tranquilidad.

El señor Morato volvió á sonreir.

—Sentiré,—dijo,—que me dé usted una prueba de torpeza, señor Perfecto.

—Pero...

—¿No viene usted á decirme qué es lo que él queria y qué es lo que usted le ha prometido?

Cautela palideció y tembló.

Su entrevista con Rubianes habia llegado á noticia del señor Morato.

Cuando éste lo aseguraba, tendria pruebas.

Negar era, pues, perderse.

El ex-sacristan suspiró.

—Mi respetable jefe,—dijo,—no venia precisamente á eso, porque mis relaciones con el señor de Rubianes aún no ofrecen gran interés; pero ya que de este asunto hablamos, daré explicaciones, principiando por decir que no creo faltar á mis deberes si en los ratos de ócio me ocupo en buscar un pedazo de pan.

—Nada de eso.

—Supongo que la noticia la ha traido *Cara de Palo,* que me odia no sé por qué.

—Es enteramente igual.

—Paciencia,—murmuró el ex-sacristan, suspirando por tercera vez.

—Se olvida usted del asunto, señor Perfecto.

—Vuelvo á él.

—Ya escucho.

—El señor don Pedro Rubianes desea saber quién es Plotoski.

—¿Qué mas?

—Plotoski estorba al señor Rubianes.

—Un poco, es verdad.

—Medio-beso tambien estorba.

—Lo sé.

—He prometido hacer averiguaciones.

—¿Qué más desea el señor de Rubianes?

Cautela pareció dudar.

—Señor Perfecto,—dijo el jefe de policía,—una casualidad puso en mis manos ciertas pruebas sobre el robo sacrílego de...

—Por Dios, mi respetable jefe,—interrumpió el ex-sacristan,—por Dios, no evoque usted esos recuerdos...

—He preguntado qué más desea el señor de Rubianes.

—Quiere meterse en un mal negocio, muy malo.

—¿Cuál?

—Está enamorado de la hija del señor Patricio.

—Basta.

—¿Necesita usted saber más?

—Todo lo que usted le ha dicho, y todo lo que le ha prometido.

—Le he prometido trazar un plan.

—¿Y no le ha dado usted ninguna noticia?

Era absolutamente preciso hacer la última y más grave confianza.

Cautela volvió á suspirar lastimosamente.

—Señor,—dijo,—una casualidad me ha dado ocasion de convencerme de que Plotoski es español.

Se contrajo por un momento la frente del señor Morato.

Consideraba de grandísima importancia el descubrimiento de que Plotoski era español.

Esto era para el señor Morato lo que es un rayo de luz para el que camina en medio de las tinieblas.

—Pruebas,—dijo sin poder ocultar su afan.

—Por bien que un extranjero hable nuestro idioma, no pronuncia con el acento puro que nosotros.

—Cuando Plotoski habla español...

—Parece francés, lo mismo en el acento que en ciertas incorrecciones ó faltas gramaticales, y por lo mismo es doblemente extraño que alguna vez hable como nosotros.

—¿Y usted lo ha oido?...

—Sí, en un momento de distraccion y algo exaltado por un importuno.

—Mi querido Cautela, te perdono en gracia del servicio que acabas de prestar.

—Me tranquilizo.

—Si te decides á ser leal...

—¡Que si me decido!... ¿Pues acaso no lo soy?

—A medias; pero esto no es del caso.

—Espero órdenes con respecto al señor de Rubianes.

—Le darás las noticias que puedan dársele, segun mis instrucciones.

—¿Y en cuanto á lo demás?

—Por ahora,—dijo el señor Morato,—es preciso respetar la vida de Plotoski.

—Queda Medio-beso.

—Déjalo tambien en paz, que así te conviene.

—Entonces haré de modo que pasen los dias...

—Eso es.

—¿Y la hija del señor Patricio?

—Ocúpate de ella, no importa; pero que yo sepa lo que haces. ¿No la conoces?

—No, señor.

—Temo que tú tambien te enamores de ella.

—Desde el enredo de la monja tengo miedo á las mujeres.

—Sin embargo, las buscas.

—Debilidades, señor, debilidades; pero siempre me arrepiento despues.

—Vete, que nada tengo que mandarte.

Cautela salió, diciendo para sí:

—Este hombre se ha empeñado en convencerme de que vale más que yo, y empiezo á creerlo.

El señor Morato hizo sonar el timbre que tenia sobre la mesa.

Presentóse un portero.

—Que venga Pintura.

No tardó éste en entrar.

—Señor vanidoso,—le dijo el jefe de policía,—es preciso estar alerta para que no le suceda ninguna desgracia á tu pobre amigo Medio-beso.

—Lo estoy.

—No te olvides,—repuso el señor Morato,—de que Cautela está en el mundo y sabe hacer algo más que despavilar cirios.

—Entendido.

—Puedes irte.

Ya debia tener sobre este asunto minuciosas instrucciones Pintura, porque no pidió explicaciones, concretándose á decir:

—¿A qué hora?

—A las doce.

—No faltaré.

—Pero si estás muy ocupado con tu amigo, no vengas hasta mañana.

—Bien.

—Al salir dí á Cara de Palo que entre.

—Esperando está.

El señor Morato hizo al agente llamado Cara de Palo

advertencias parecidas á las que habia hecho á Pintura; pero con referencia al misterioso Plotoski.

Luego salió para ir al ministerio.

Lo dejaremos, porque ahora no nos interesa seguirlo.

Tambien dejaremos para más adelante hacer el retrato de Cara de Palo, que merece alguna atencion.

CAPITULO IV.

Más complicaciones.

Cautela, antes que de nada, se ocupó en trazar un plan, no para servir al señor Rubianes, sino para conseguir lo que deseaba.

Luego se ocupó de Plotoski, aunque no mucho, dejó en paz á Medio-beso y fijó toda su atencion en lo que se relacionaba con la hija del señor Patricio.

Inútilmente observó en las cercanías de la casa: la jóven no se dejó ver.

Esperó cinco dias.

Llegó un domingo.

Eran las ocho de la mañana.

El ex-sacristan se encontraba colocado tras una de las esquinas de la calle del Ave María.

Se abrió la puerta de la tienda del señor Patricio Moncayo.

La esposa de éste y su hija salieron.

Iban á misa.

El rostro de Susana estaba pálido.

Su mate blancura resaltaba más entre el negro manto con que se cobijaba.

Su mirada era profundamente melancólica.

Tal vez por esto era mucho más interesante su belleza.

El ex-sacristan la contempló absorto.

Su escuálido rostro se contrajo y se desfiguró horriblemente.

Quedó inmóvil.

Sus ojos relumbraron como dos ascuas, y se abrieron como si fueran á saltar de sus órbitas.

En algunos instantes le fué imposible respirar.

Sintió que se le abrasaban las mejillas y la frente.

No debia suceder otra cosa.

Conocemos sus debilidades, y este resultado no es sorprendente.

Si todos admiraban la belleza arrebatadora de la jóven, ¿cómo habia de mirarla con indiferencia un hombre de las condiciones de Cautela?

Su agitacion fué creciendo á medida que analizaba los encantos de Susana.

¡Cuánto hubiera dado por contemplar aquel talle sin el estorbo del abrigo, por ver sin la enojosa cobija aque-

lla cabeza tan admirablemente modelada, aquella cabellera, negra y reluciente como el azabache!

En un momento pensó Cautela en lo que veia y en aquellos encantos, que estaban ocultos bajo el manto y el abrigo.

¿Quién sabe adónde va el pensamiento de un hombre como el ex-sacristan?

¿Quién puede concebir lo que forja una imaginacion exaltada por la fiebre de una pasion?

Las dos mujeres se dirigieron hácia la plazuela de Anton Martin.

—¡Ah!—exclamó al fin Cautela.

Y las siguió continuando su análisis, y haciendo suposicion tras suposicion, que encendian más y más el fuego lúbrico que lo abrasaba.

—El mismo tipo de la monja,—murmuró,—el mismo tipo; pero mucho más bella, ¡oh! muchísimo más... ¡Qué tesoro de delicias prometen esos ojos de mirada melancólica y profunda!...

Sin sospechar que eran seguidas, llegaron á la iglesia de Monserrat.

Entraron y se arrodillaron en el más oscuro rincon.

Cautela entró tambien, colocándose donde pudiera ver á la jóven.

Pocos minutos despues empezó la misa.

El espia, con la cabeza inclinada y dándose golpes en el pecho, miraba de reojo á la que podemos llamar su víctima.

—¿Es posible,—se preguntó,—que esta mujer no tenga quien la ame?

Y tras esta pregunta le ocurrió la idea de ver si alguien la miraba.

Sus ojuelos se revolvieron en todas direcciones.

Repentinamente se contrajo más su rostro.

Tuvo que esforzarse para no exhalar una exclamacion de sorpresa y de rabia.

¿Qué habia visto?

Al otro extremo de la iglesia, y casi oculto por una pilastra, encontrábase Alberto.

No tenemos que decir que su mirada estaba fija en la mujer á quien adoraba.

Y como de sus ojos brotaba el fuego de su amor, fuéle muy fácil á Cautela comprenderlo todo.

Ignoramos si Susana habia visto al hijo de Clotilde: lo que podemos decir es que ella no dirigió ni una sola mirada al sitio donde estaba él.

—Hé aquí,—se dijo el ex-sacristan,—las consecuencias del bayonetazo... ¡Oh!... Peor para tí, jóven demócrata, peor para tí... No sabes lo que puede costarte tu amor. Yo me perdí por la monja, y tú te perderás por esta mujer sublime... Es menester cambiar de sistema.

Desde aquel momento Cautela miró tanto á Susana como al enamorado mancebo.

Concluyó la misa.

Las dos mujeres salieron.

Alberto las siguió con la mirada; pero no se movió.

—Un amante prudente,—murmuró Cautela.

Y entreabrió los delgados lábios para desplegar una sonrisa de expresion indefinible.

Nada tenia que hacer ya en el templo, y salió.

¿Cómo habia de renunciar á contemplar otra vez la belleza de Susana?

La siguió con el mismo disimulo que antes.

Las dos mujeres llegaron á su casa.

Entraron y se cerró la puerta.

El ex-sacristan quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Su mirada, siempre intensa, permaneció por algunos minutos fija en la pared que ocultaba á la jóven.

—¡Oh!—exclamó al fin.—Estoy trastornado y necesito alejarme de aquí si he de reflexionar con alguna calma.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para irse, porque parecia que sus piés estaban clavados en la tierra.

—Meditemos,—dijo mientras cruzaba la plazuela de Anton Martin.—Por de pronto determino que el secreto que acabo se descubrir no lo conozca el señor de Rubianes sino cuando me convenga... ¿Y mi jefe?... Será preciso decirle la verdad, porque es muy peligroso engañarlo.

¿Qué plan diabólico se fraguaría en la cabeza del ex-sacristan?

Probablemente el más horrible.

Alberto estaba ya amenazado, quizás de mayores

peligros que Plotoski y Medio beso, de peligros tan graves como los que amenazaban á Susana.

Nada más sucedió aquel dia, y no fué poco suceder, por las consecuencias que debia producir, ni tampoco los siguientes, puesto que pasaron quince cuando tuvo lugar lo que vamos á referir.

CAPITULO V.

¡Jamás!

La esposa del señor Patricio cayó enferma, lo cual, segun sabemos, le sucedia frecuentemente.

Por de pronto no pareció que peligrase su vida; pero tuvo que permanecer en el lecho.

No hay mal que por bien no venga.

Esto debió decir Alberto, porque aquella enfermedad podia proporcionarle la ocasion que tanto deseaba.

Clotilde y don Juan acudieron inmediatamente, mostrando el mayor interés por la salud de la anciana.

La primera no se concretaba á hacer una visita de atencion, sino que pasaba muchas horas en compañía de Susana.

Así cumplia un deber de gratitud y satisfacia sus deseos, pues cada dia profesaba á Susana mayor cariño.

A pesar de la diferencia de posiciones, eran verdaderas amigas, y si hemos de ser exactos debemos decir que la única amiga verdadera de Clotilde era la jóven, y aquella de ésta.

Conocemos el corazon de ambas y nos es fácil comprender esto.

Clotilde estaba relacionada con las principales familias de la corte; pero no hacia de estas relaciones más uso que el preciso para sostenerlas, porque en su posicion, ó más bien la de su esposo, le era forzoso hacerlo así. La infeliz representaba su papel en la gran comedia social; pero nada más.

Lo que le costaba representarlo ya lo sabemos.

Para ella no existia nada agradable, no habia más goces que el purísimo de su amor maternal, y aun éste que debió hacerla dichosa, levantaba en su alma recuerdos espantosos.

Su vida era un tormento el más horrible.

¿Quién habia de comprender lo que sufria?

No podia comprenderlo nadie.

Clotilde tenia que presentarse siempre ante el mundo con una máscara de felicidad, tenia que sonreir y que decir que era dichosa.

Esta obligacion de aparecer feliz, de asegurar que encontraba agradable la existencia, cuando la existencia era un tormento, debia producir en Clotilde, si no el odio contra el mundo, porque ella no podia odiar, el deseo, el afan constante de estar separada del mundo, que la

obligaba á disimular y á fingir á costa de destrozarse el alma.

Los que son dichosos y rien, no están bien junto á los que sufren y lloran, porque se turba su alegría.

Los que padecen, no están bien entre los que gozan, porque su tormento es doble mayor.

El mundo de la risa y el mundo del llanto son distintos.

Cada cual en su mundo.

Los que rien no pueden vivir en la atmósfera de los que lloran.

Los que lloran necesitan respirar otra atmósfera distinta de la que dá vida á los que rien.

Susana ignoraba los sufrimientos de Clotilde, y ésta los de aquella.

Pero ambas se comprendian sin darse cuenta de ello.

Los que sufren tienen un lenguaje especial y se entienden.

El que es dichoso se aburre cuando habla con un desgraciado.

No hay conversacion posible entre los que hablan distinto idioma.

Así se explica la amistad de aquellas dos mujeres, que á los ojos del mundo debian estar separadas por una distancia inmensa.

Alberto pasaba tambien largos ratos en la humilde vivienda del señor Patricio.

Éste, segun costumbre, trabajaba en su taller, sin más excepcion que la de subir alguna vez á informarse del estado en que se encontraba su esposa.

—Hé aquí la ocasion,—dijo el jóven, que no habia cedido de su propósito de declarar su amor á Susana.

Hacia pocos minutos que las dos amigas se habian separado.

Alberto se presentó en la vivienda del señor Patricio.

Éste trabajaba en su taller.

La anciana se habia quedado dormida.

Su cama estaba en la alcoba donde vimos ocultarse á don Cándido.

En la sala, y entretenida en bordar, encontrábase la jóven.

Podia, pues, hablarse con todo descuido.

¿Era posible que Alberto desaprovechara la oportunidad?

Cuando Susana le participó que la enferma estaba mejor y que dormia, dijo él para sí:

—No esperaré un instante.

¡Que no esperaría!...

Miró á la jóven y quedó mudo.

El rostro de ella se tiñó de vivo carmin.

Sus manos temblaron ligeramento.

Inclinó más el cuerpo sobre el bastidor.

Quiso seguir bordando como si no pensase en otra cosa.

Más de una vez la aguja se clavó en sus dedos.

¿Pasó desapercibida esta conmocion para Alberto?

Éste no sabia darse cuenta de lo que veia ni de lo que sentia.

Su corazon palpitaba como si fuera á romperse.

Respiraba con dificultad y sentia los lábios abrasados por su aliento.

No se percibia más ruido que el que sonaba en la calle.

Alberto estaba decidido á no perder un instante.

Sin embargo, pasaba el tiempo, que no sabemos si le parecia breve ó largo.

En cuanto á Susana, sí podemos asegurar que los minutos le parecian interminables.

¿Qué esperaba Alberto?

No se crea que era un hombre tímido; era delicado, comedido, prudente y nada más.

Pero buscaba una palabra y no la encontraba, ó para hablar con más exactitud, no encontraba más que una.

Hubiera dicho que amaba; pero esto necesitaba algunas frases preparatorias; era menester explicar cómo se habia encendido aquel amor, y prepararse á discurrir sobre cualquiera observacion que se le hiciese.

Para esto no sirvió de nada toda la inteligencia de Alberto, inteligencia que sabemos ya era muy clara.

Susana, que parecia tener la facultad de leer en el rostro de Alberto, adivinó lo que iba á suceder.

Por eso tembló.

El mayor peligro no la hubiera infundido tanto miedo.

No la hubiera dominado tanto el terror en presencia del mayor enemigo.

Su situacion era la más crítica y la más horrible.

Tenia que rechazar al hombre á quien amaba, y tal vez rechazarlo con dureza ó con desden, para evitar encontrarse en nuevos compromisos.

¡Cuánto debia sufrir la desdichada para ocultar lo que sentia y mortificar á Alberto!

Si Susana levantaba los ojos, no era para mirar al jóven, sino á la puerta.

¿Qué buscaba?

Era la esperanza y el afan de ver entrar á su padre, cuya presencia pondria término á la situacion.

Empero el señor Patricio trabajaba, y no pensaba subir á ménos que lo llamasen.

Cerca de media hora trascurrió.

Más de una vez movió Alberto los lábios, haciendo temblar á Susana; pero no articuló una sílaba.

Por fin comprendió que era preciso acabar.

O hablar ó irse.

Hizo un esfuerzo.

—Señorita,—dijo con voz alterada,—cuando ya es imposible callar, se habla; cuando faltan las fuerzas para sufrir, se muere.

—Caballero,—replicó Susana, en tanto que la aguja se clavaba otra vez en el dedo pulgar de su mano izquier-

da,—cuando es preciso callar, se calla. Callar, cuando hay necesidad de hablar, es sufrir, y no es imposible sufrir mientras se vive, porque no poder sufrir, es morir. Cuando las fuerzas físicas acaban, concluye la existencia. Despues no hay necesidad de hablar: el cuerpo calla en el sepulcro.

¿Qué intencion tenian estas palabras?

Luciano las hubiera traducido fielmente.

Alberto fué más torpe.

Dudó, porque se empeñaba su deseo en engañarlo, es decir, su corazon queria hacer lo que habia hecho el de Susana, ofuscando la razon.

La cabeza del jóven se vengaría tambien cruelmente.

Alberto acabó por creer que no habia querido Susana imponerle silencio, sino aconsejarle que se resignara cuando Dios tuviera por conveniente enviarle la desgracia.

La hija del señor Patricio habia hablado sin más disimulo que el que exigian las buenas formas; pero habia dicho claramente que no queria escuchar ninguna confesion, que debia callarse y sufrir, aunque el sufrimiento costase la vida.

Siempre nos resistimos á creer lo que nos desagrada ó no nos conviene; siempre interpretamos segun nuestro deseo.

Alberto interpretó tambien con arreglo á las exigencias de su corazon.

—Sé resignarme,—dijo;—pero ¿por qué sufrir, cuando es posible encontrar remedio á nuestro mal?

—¡Posible!—murmuró Susana con una amargura, que pasó desapercibida para Alberto.

—Sí, posible, por más que no sea probable, por más que sea difícil.

La hija del señor Patricio guardó silencio.

Otra vez se clavó la aguja en el pulgar.

Miró á la puerta.

¡Nadie entraba!

Miró á la alcoba.

La anciana seguia durmiendo.

No era posible que Alberto creyese que la jóven deseaba que los interrumpiese algun importuno.

Por algunos minutos volvieron á callar.

Cuanto más tiempo pasase, más difícil era reanudar la conversacion.

Así lo comprendió el hijo de Clotilde, y dijo:

—Mis sentimientos no son criminales, ni hay ninguna razon de prudencia que me imponga silencio... ¿Quiere usted escucharme?

No era posible responder negativamente.

La jóven, como persona bien educada, tenia la obligacion de escuchar, mientras no se le faltase á las consideraciones que merecia.

La infeliz se extremeció.

Su rostro se cubrió de mortal palidez.

Para no conceder ni negar, apeló á un recurso, que

por lo ménos le haria ganar algunos minutos, durante los que podia llegar su padre ó despertar su madre.

—Segun,—respondió.

—¡Segun!—repitió Alberto sorprendido.—¿Es condicional la benevolencia de usted?

—Me explicaré.

—Escucho con afan.

—Parece que quiere usted confiarme un secreto.

—Sí.

—No hay carga más pesada, porque el secreto impone la obligacion de la reserva. Hacer lo posible para no echar sobre sí deberes, es un egoismo, lo reconozco; pero en mí, semejante egoismo, es hijo del convencimiento de mi debilidad. Con gran trabajo cumplo las obligaciones que ahora tengo. ¿Puedo con una más? Creo que no. ¿Debo aceptarla? Responda usted por mí.

—El secreto que quiero confiarle á usted, no le impone el deber de la reserva, porque usted podrá revelarlo á todo el mundo sin que yo lo lleve á mal.

—Gracias.

—Es un secreto de mi corazon... ¿No quiere usted conocerlo?

—Caballero...

—Susana,—dijo el jóven con acento de exaltacion creciente,—Susana...

—Pero...

—¿No me comprende usted?...

—No... no...

—¡Oh!... De usted depende mi reposo, mi felicidad, mi vida, porque mi vida es mi amor... ¡Susana, Susana!... Mi corazon le pertenece á usted, le pertenece mi existencia....

Susana exhaló un grito desgarrador.

Oprimióse el pecho, púsose en pié como impulsada por un resorte, y dijo:

—Mi madre... ha despertado...

Y dió un paso hácia la alcoba.

Empero Alberto, que estaba trastornado, que habia perdido la razon, la detuvo, cogiéndole una mano y cayendo de rodillas.

—No,—replicó,—no ha despertado... Respóndame usted... pronuncie mi sentencia de vida ó muerte...

—¡Ah!...

—¡Susana, Susana!...

—¡Dios mio!—exclamó la jóven, elevando al cielo una mirada de angustia mortal.

Y procuró desasirse.

—Una palabra, no más que una palabra...

—Imposible...

—¡Imposible!... ¿Por qué?... Si á otro hombre pertenece el corazon de usted...

—No, no,—replicó vivamente Susana.

—Entonces...

—¡Jamás!—dijo la jóven.

Y haciendo un esfuerzo desesperado, separóse de Alberto y corrió á la cama donde estaba su madre.

—¡Jamás!—murmuró el hijo de Clotilde con sorda voz.—¡Jamás!...

—Madre mia,—dijo Susana,—madre mia, ya es hora...

La anciana abrió los ojos.

Alberto se puso en pié, tomó el sombrero, y como si hubiera perdido el juicio, se lanzó fuera de la sala.

Afortunadamente la anciana no acabó de sacudir el sueño.

Sonrió dulcemente y volvió á cerrar los ojos.

Susana, cuyas fuerzas se habian agotado, se dejó caer en una silla.

Es imposible hacer comprender lo que sufria.

El sacrificio estaba hecho.

¡Cuánto le habia costado!

Su valor rayaba en el heroismo.

Su abnegacion no podia compararse más que con la de Clotilde.

¡Qué pensamientos tan amargos brotaron en su imaginacion!

¿Dejaria de amarla Alberto?

Así lo deseaba ella, porque queria verlo tranquilo y feliz.

Pero el dia que no la amase, se interesaría por otra mujer el corazon del jóven.

—¡De otra, de otra!—murmuró la desdichada.

Y apretó los puños y rechinó los dientes.

Los celos le destrozaban el alma.

—No, no, de otra no... ¡Ah!...

Al cabo de algunos minutos se la vió languidecer.

—Sí,—dijo tristemente:—que sea dichoso y queden para mí los sufrimientos... ¡Qué horrible es la existencia!... Callar y sufrir mientras hay vida, y morir cuando para sufrir faltan las fuerzas... Este es mi porvenir, donde no se vé nada risueño mas que el sepulcro.

Esta era la misma esperanza de la infeliz Clotilde: la muerte.

¿Podria Susana representar su papel?

¿No le faltarian las fuerzas para fingir?

No, porque estaba dotada de un corazon tan grande, de un espíritu tan enérgico como el de su amiga.

Entretanto Alberto salia de la casa.

No habia más que mirarlo para decir:

—Ese hombre va desesperado.

No acertaba el jóven á explicarse la conducta de Susana.

¿Por qué lo rechazaba ésta?

¿Por qué tan friamente habia pronunciado aquel *jamás* tan espantoso?

Era lógico pensar que Susana no lo amaba.

Empero él no lo creyó así, porque la turbacion de ella revelaba lo contrario.

Susana no habia respondido con frialdad, ni mucho ménos con desden.

Si no le hubiera interesado el sufrimiento del jóven, se la habria visto tranquila.

No habia intentado con una excusa cualquiera justificar ni endulzar su negativa.

Sus respuestas parecian arrancadas violentamente.

¿Temia la oposicion de una ó de otra familia?

Lo hubiera dicho.

¿Temia ser engañada?

Los antecedentes de Alberto no daban lugar á semejante sospecha.

Se habia cumplido con toda exactitud el vaticinio de Luciano.

Éste podia explicar lo que Alberto no comprendia.

Luciano debia conocer la razon de aquel *jamás* anunciado por él con tanta anticipacion.

CAPITULO VI.

El enamorado jóven se aturde más y más.

Alberto sentia su cabeza y su pecho como abrasados por un volcan.

Latian sus sienes como si fueran á romperse las arterias.

Su corazon no latia, sino que se revolvia en su pecho como agitado por una convulsion.

Apenas podia respirar.

Todos sus miembros estaban contraidos y temblaban.

Su rostro, cubierto de nerviosa palidez, estaba desfigurado, hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

¿Cómo habia de reflexionar en semejante estado?

Hacíase pregunta tras pregunta; pero á ninguna se contestaba.

Sus negros ojos, relucientes como carbunclos, parecian despedir dos corrientes de fuego.

Otros ojos no ménos relucientes se fijaron en él.

Eran los de Cautela, que se encontraba cerca de la casa del señor Patricio y acechaba como los dias anteriores.

Habia visto entrar á Alberto y esperaba con afan á que saliese.

—¿Qué ha sucedido?—se preguntó el ex-sacristan.

Y despues de algunos momentos, añadió:

—Cualquiera diria que el pobre mozo va desesperado. ¿Por qué? No será porque ella lo desdeñe, puesto que un hombre jóven, buen mozo, de elevada clase y rico, no puede ser desdeñado por una mujer pobre y de humilde posicion. A ella se le presenta la fortuna y no la despreciará.

Sobre este punto, como sabemos, se equivocaba Cautela.

Su ruindad no podia comprender la nobleza y elevacion de sentimientos de la infeliz Susana, ni mucho ménos que ésta, para cumplir con lo que creia que le mandaba su dignidad, rechazaba al hombre á quien amaba con frenesí.

Despues de algunos momentos de reflexion acabó Cautela por creer que todo ello no significaba más que un disgusto cualquiera entre los dos amantes.

Y si el disgusto ponia tan desesperado al mancebo, muy claro era que éste amaba con todo su corazon.

Semejante idea produjo mal efecto en el agente de policía.

Su frente se contrajo.

—Peor para él,—dijo.—Cuanto más la ame, más lo aborrezco, y cuanto mayor sea mi odio, más terrible será el golpe... Supongo que irá á su casa... Veamos.

El ex-sacristan siguió al jóven.

Efectivamente, éste siguió rápidamente la calle de la Magdalena, tomó por la de Cañizares, salió á la de Atocha y bien pronto penetró en el portal de su casa.

Al mismo tiempo y tambien con gran prisa salia Luciano, que al ver á su amigo se detuvo y exclamó:

—¡Ah!...

Alberto se paró tambien, asió por un brazo á Marin y le dijo:

—Ven, ven.

—¡He llegado tarde!—murmuró Luciano, haciendo un gesto de desesperacion.

No pronunciaron entonces una palabra más.

Subieron.

Cuando se encontraron en la habitacion del hijo de Clotilde, contempláronse por algunos instantes.

Luciano acababa de adivinar lo que habia sucedido y no necesitaba explicaciones.

—Bien,—dijo,—al fin has cometido la locura, sin hacer caso de mis consejos.

Y se sentó, poniendo una pierna sobre otra, cruzando los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho.

Su amigo se encontraba demasiado excitado para poder estarse quieto.

Empezó á pasearse de un extremo á otro de la habitacion, murmurando palabras que era imposible entender.

Trascurrieron algunos minutos.

Alberto se detuvo al fin, y clavando en Luciano una mirada ardiente y dura, le dijo:

—Vas á darme una prueba de amistad.

—¿La necesitas?—preguntó Marin con acento ligeramente irónico.

—Sí.

—Bien, hombre, bien, no te enfades, porque si de mi amistad no tienes pruebas, si de ella dudas...

—Dudo.

—Has perdido el juicio, Alberto.

—Llámame loco; pero...

—Te diré una cosa en que no has pensado.

—¿Qué puedes decirme que me convenza de que es verdadera tu amistad?

—No quiero convencerte de eso, sino de todo lo contrario,—repuso Marin con calma.

—¡Todo lo contrario!

—Sí.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

—Te ruego que lo hagas con brevedad, porque los instantes son siglos para mí.

—Antes de que me hicieses ningun favor como el que me hiciste cuando me llevaron á la cárcel por haber pronunciado aquel discurso en alabanza de nuestro rector, no debia dudarse que yo te queria solo por quererte.

—¡Luciano!...

—¿Te enfadas otra vez?

—¿Tan ruin me haces que has podido imaginar que te creo deudor de ningun beneficio? Nada he hecho por tí, ya lo sé, nada he hecho, porque no se ha presentado la ocasion de hacer.

—Pues bien, supon que mi amistad no es tan grande como tú has creido. ¿Tienes algun derecho á reconvenirme? Ninguno, porque yo no tengo obligacion de quererte, y si no tengo semejante obligacion, ¿por qué me exiges pruebas de mi cariño? Supon que no te las doy... ¿Qué sucederá?... Ni podrás acusarme ni quejarte: nos quedaremos como estábamos; cada cual en su casa y Dios en la de todos.

—¡Oh!—exclamó Alberto.—Eres cruel y me estás destrozando el alma.

—A los locos es menester tratarlos á palos para hacerles entrar en razon.

—Perdona, Luciano, que mi intencion...

—No te molestes en darme excusas, porque la mayor de todas es tu falta de juicio en estos momentos. Has perdido la razon y no te hago caso, te escucho como quien oye llover... ¿Crees que me ofenden tus pala-

bras?... Me ofenderian si no estuvieses trastornado. Ahora dí cuanto quieras, que yo hablaré sériamente cuando recobres la razon.

—Te hablo de nuestra amistad, porque en su nombre nada puedes negarme, y como una palabra tuya me devuelva tal vez la tranquilidad, quizá me haga dichoso...

—No, Alberto: mis palabras de nada sirven, porque no tienes fé en ellas. Así lo has probado ya. Te dí un consejo y no lo escuchaste. ¿Qué harás si ahora te doy otro? Lo mismo que antes.

—No son consejos los que te pido.

—¿Qué es lo que quieres?

—Explicaciones.

—Perdona; pero ninguna puedo darte.

—¿Por qué?

—Decir el motivo seria lo mismo que dar la explicacion que niego.

—¡Oh!...

—La prudencia me obliga á seguir esta conducta, y la seguiré, porque de otro modo, en vez de hacerte un beneficio, te haria el mayor de los males.

—Mi tormento es la duda...

—Te equivocas.

—Los misterios me hacen sufrir horriblemente...

—Hay otra cosa peor.

—Luciano, mi buen amigo...

—Escúchame.

—Sí, sí.

—Hace pocos minutos que vine á verte y no encontré más que á tu buena madre. Le pregunté por tí y me respondió que suponia que habias ido á ver á la enferma. Ir á ver á la enferma, no estando allí tu madre, era encontrarte á solas con Susana. Lo que debia suceder no era dudoso. Tú estabas resuelto á decirle que la amabas, y aprovecharías la ocasion.

—No te equivocaste.

—Como yo sabia lo que habia de suceder, quise evitarlo, porque así te evitaba un sufrimiento espantoso.

—Soy muy desgraciado.

—Dices que las dudas te atormentan, y es verdad; pero hace dos horas, con el tormento de tus dudas eras más feliz que en este momento que has empezado á entrever la realidad.

Alberto calló.

—Seguro de hacerte un beneficio,—añadió Luciano,—determiné ir á casa del señor Patricio, estorbando con mi presencia que cometieses la locura que has cometido. Me despedí de tu madre y eché á correr... ¡Ya era tarde!

—Sí, he hablado de mi amor á Susana...

—Y ella te ha contestado...

—Una palabra no más, la palabra terrible que tambien pronunciaron tus lábios...

—Comprendo: te habrá dicho: «¡Jamás!»

—Sí, con una firmeza espantosa, exclamó: «¡Jamás!»

—¿Te convences ahora de que yo no me equivocaba?

¿Te convences de que mi consejo era acertado, y que hubieras ganado mucho con seguirlo? Alberto, ya sabes que soy aficionado á los refranes, y no extrañarás que ahora te recuerde aquel que dice, que de los escarmentados nacen los avisados. Ya tienes la prueba de que en este asunto no me equivoco, y por consiguiente debes seguir con fé ciega el camino que yo te trace.

—Aclara mis dudas y te obedeceré.

—¿Y en qué consisten esas dudas?

—Susana no me ha respondido con frialdad; estaba tan agitada como yo...

—Así debia suceder.

—Al contestarme parecia que con su voz exhalaba el alma.

—¿Qué deduces de eso?

—Que no es indiferente á mis sufrimientos, que no es indiferente á mi amor.

—Ya ves que lo rechaza.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo á ella, aunque seria en vano, porque no te lo diria.

—Pero tú lo sabes...

—Lo presumo.

—Puedes decírmelo...

—No.

—¡Oh!...

—Ese secreto,—repuso Luciano con firmeza,—no te lo revelaré jamás.

—Pues bien, yo lo averiguaré, aunque todos se empeñen en ocultármelo.

—Supongamos que Susana no es dueña de su corazon...

—Susana no ama á ningun hombre.

—Creo que te equivocas.

—¿Crees acaso?...

—Sí.

—¿Quién es el hombre amado por Susana,—preguntó afanosamente Alberto,—quién es?

—No puedo decírtelo, no puedo hacer más que repetir mis consejos.

—Ella me ha dicho terminantemente, que no amaba á ningun otro hombre...

—Mejor debe saberlo que yo.

—Y Susana no puede mentir.

—Alberto, aún es temprano: tienes tiempo de arreglar tu equipaje hasta la hora de la salida del tren correo... ¿Quieres que esta misma noche nos alejemos de Madrid?

—No.

—Te pierdes.

—Dejar de verla...

—Eso es, dejar de verla hasta olvidarla, puesto que jamás ha de ser tuya, y pensar en ella es atormentarse en vano.

Alberto volvió á pasearse mientras murmuraba:

—Ama... Me ha dicho que no... Ha mentido... Yo le

arrojaré al rostro la fealdad de su proceder... ¡Oh!... Es una mujer como todas.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Luciano.

—Nada... Que ya estoy curado de mi amor, que ya no pensaré en ella...

—Ahora piensas más que nunca, porque más que nunca la amas.

—No, no.

—Intentas engañarte...

—No me engaño: yo la amaba porque la creia una mujer excepcional...

—Entonces ya estarás dispuesto á que nos vayamos de Madrid.

—Sí, amigo mio, nos iremos.

—¿De veras?

—Mi palabra de honor.

—Voy á pedir permiso á mi madre...

—Pero no emprenderemos hoy el viaje.

—¿Por qué?

—Antes quiero ver á Susana...

—¿Para qué?

—Para enseñarle cómo se procede con un hombre como yo, para probarle que tengo un alma más noble que la suya...

—¡Alberto!

—Para despreciarla.

—Ahora sí que aseguro que te has vuelto loco. ¿De qué puedes acusar á esa infeliz? Le dices que la amas, y

ella no quiere corresponderte. ¿Tiene acaso obligacion de amarte?

—No.

—¿Entonces?...

—Ha debido decirme que no puede disponer de su corazon, porque pertenece á otro hombre.

—¿Y por qué ha de hablarte de sus sentimientos?

—Le he preguntado, ha negado...

—¿Y qué?

—Ha mentido.

—Debia mentir, si es que lo ha hecho.

—Sí, lo ha hecho, porque su negativa...

—No la has entendido.

—Fué terminante.

—Repito que no la has entendido.

—Luciano, no estoy loco; pero tú me harás perder la razon.

—Esfuérzate y recobra la calma, siquiera en cuanto es preciso para que escuches los consejos de mi amistad. Despues de tu madre, nadie te ama en el mundo más que yo.

—Lo sé.

—¿Por qué no te daré explicaciones?

—Lo ignoro.

—Pues debes comprenderlo.

—Sí, porque crees que tus explicaciones harian mayor mi desgracia.

—Precisamente.

—Pero tú, como todas las criaturas, puedes equivocarte.

—En esta ocasion no me equivoco.

—Es demasiado asegurar...

—Tienes la prueba. Te anuncié que Susana te respondería con un *jamás*, y así ha sucedido.

—Ahora me dices que ama...

—Y añado que no entiendes lo que te digo.

—¿No son bastantes tus palabras para trastornar la razon más firme?

—Pero no debes olvidarlas.

—Me pides un imposible.

—No te pido más que fuerza de voluntad.

—Pero...

—Salgamos de Madrid, procuraré curarte, y si lo consigo, te daré cuantas explicaciones desees. Entonces no me pedirás pruebas de mi amistad, sino que me llamarás tu mejor amigo.

—Ahora tambien...

—Son las cinco y media,—dijo Luciano, poniéndose en pié y mirando un reloj que habia sobre la chimenea. —Nos sobra tiempo para comer, porque tenemos cerca de tres horas... ¿Te decides?

—Estoy decidido.

—¿Y nos iremos?

—No.

—Paciencia.

Volvió á pasear Alberto.

Su amigo siguió mirando el reloj.

Pasaron diez minutos.

El enamorado jóven iba perdiendo las fuerzas; pero no recobraba la calma.

Luciano cavilaba inútilmente, porque no encontraba medio de resolver aquella situacion.

¿Debia decir la verdad?

Conocia demasiado bien á Alberto y estaba seguro de que éste cometería todas las locuras imaginables apenas supiese el motivo de la noble conducta de Susana.

No se equivocaba Marin.

Alberto era capaz de todo: se separaría de su familia, declararía que no queria heredar del que le servia de padre, y no descansaría hasta verse pobre.

Susana no aceptaría estos sacrificios, y la situacion seria peor.

Don Juan de Bustamante no consentiria tampoco que diesen su resultado semejantes locuras, y buscaría á su vez medios para evitar que Alberto se viese en la miseria.

Clotilde sufriria como nunca habia sufrido.

Y todos acabarian por no entenderse, y se esforzarian por sostener una lucha, cuyo término debia forzosamente ser malo.

Era, pues, absolutamente preciso guardar aquel secreto.

¿Cederia por fin el enamorado jóven?

No.

Su pasion era demasiado intensa; dominaba su corazon y no escucharía jamás los prudentes consejos de su amigo.

Habia cometido una locura y cometeria otras mil.

Queria á toda costa aclarar el misterio, y nuevamente buscaria ocasion de entrar en explicaciones con Susana.

Lo que de estas explicaciones debia resultar, no es difícil adivinarlo.

Dieron las seis.

Se presentó un criado para anunciar que estaba dispuesta la comida.

—Adios,—dijo Luciano.

—¿No quieres comer con nosotros?

—Tengo que hacer.

—¿Volverás esta noche?

—Dentro de dos horas me tendrás aquí.

Luciano salió.

Alberto se esforzó para disimular y se dirigió al comedor, donde lo esperaban su madre y don Juan.

CAPITULO VII.

Lo que valia Susana.

A la mirada de una madre nada se oculta.

Clotilde comprendió que su hijo sufria, y queria averiguar la causa; pero sus cariñosas preguntas fueron contestadas por Alberto con negativas.

Aseguró el jóven que era feliz, y que su preocupacion no reconocia más motivos que la situacion política, más violenta cada vez.

Luciano, que á toda costa queria evitar nuevos sufrimientos á su amigo, convirtióse en un espia, en una sombra de éste, y así pudo trascurrir una semana sin que tuviese lugar ningun suceso desagradable.

Comprendió Alberto que se hacia lo posible para estorbarle hablar á solas con Susana, y disimuló.

El que acecha y es constante, encuentra al fin la ocasion que busca.

No era posible que Marin estuviese dia y noche al lado de su amigo, y éste, más ó ménos tarde, podria disponer de algunos minutos para llevar á cabo su intento.

Así sucedió.

Eran las nueve de la mañana.

Todavía no se habia presentado Luciano en casa de don Juan de Bustamante, porque no iba hasta despues de las once.

Clotilde no visitaría á la enferma hasta despues de almorzar.

El señor Patricio debia estar en su taller.

Los enfermos duermen casi siempre por la mañana mejor que por la noche, y tal vez la anciana no habria despertado.

Todo, pues, hacia presumir que la ocasion era propicia.

Estas reflexiones se hizo Alberto, miró á su alrededor y dijo:

—Estoy solo; ahora soy libre.

Aquella libertad fué para él una dicha.

Decidió aprovecharla y salió con el corazon palpitante por el afan y los temores.

¿Seria más afortunado aquel dia?

A los pocos minutos se encontraba en la calle de la Magdalena.

Allí estaba ya el ex-sacristan, que al ver al jóven, dijo:

—Una visita á estas horas, prueba que las relaciones se hacen más íntimas cada vez... Preciso es concluir este negocio. Esperaré á que salga, para saber si han tenido algun disgusto como el otro dia, y si así sucede, probará que se adoran, porque los amantes riñen más á menudo cuanto más se quieren. La paz entre dos amantes, significa la indiferencia, es decir, todo lo contrario que entre marido y mujer.

Hecha esta observacion, que no podia ser más acertada, esperó Cautela.

Alberto entró en la vivienda del señor Patricio.

—La fortuna me protege,—pensó.

Así lo creia, porque Moncayo trabajaba y la anciana dormia profundamente.

Susana tembló como nunca, porque estaba segura de que Alberto le hablaria nuevamente de su amor.

Despues de cruzar algunas frases de pura fórmula, guardaron silencio.

Ella buscó un pretexto para no mirar al jóven, y tomó su bordado.

Alberto, en un minuto, sintió muchas y muy distintas emociones.

Al fin su rostro tomó una expresion grave, casi sombría.

—Señorita,—dijo,—perdone usted si le hablo de lo que deseo dar al olvido.

Susana guardó silencio.

Sus ojos se volvieron alternativamente á la puerta y á la alcoba.

Aquella mirada era como un grito, pidiendo socorro.

—No tema usted que la importune con súplicas,—añadió Alberto.—Ya sé que no puede usted amarme...

—No puedo, respondió al fin Susana.

—Ningun derecho tengo á qué se me ame, y no me quejo; pero usted será tambien justa y reconocerá que aun despues de su negativa á corresponderme, he debido tener alguna esperanza.

El giro que tomaba la conversacion, empezó á tranquilizar á la hija del señor Patricio.

—Caballero, no he intentado siquiera disponer de los sentimientos de usted; pero he debido quitarle toda esperanza, porque no quiero responsabilidades, no quiero que nadie tenga derecho á reconvenirme.

—¡Quitarme toda esperanza!... No he pódido perderla con las palabras de usted; porque si hoy no me ama, puede amarme dentro de algun tiempo. ¿Quién responde de lo que hará el dia de mañana?

—Yo, cuando se trata de ciertos sentimientos; yo, porque me conozco, porque sé hasta dónde puedo contar con mis fuerzas.

—Sí, usted respondería si su corazon fuese ya de otro hombre; usted respondería, porque en semejante caso estaría segura de que, aun siendo olvidada, aun siendo engañada, no podria usted amar nuevamente. ¿Por qué

tiene usted tanta certeza de lo porvenir? Con la noble franqueza que yo he procedido, debiera usted haberme pagado; con la misma franqueza debiera usted haberme dicho que amaba á otro hombre, y así mis esperanzas se hubieran desvanecido por completo.

Susana levantó la cabeza, y por primera vez miró frente á frente al jóven.

Éste se sintió turbado.

No pudo resistir aquella mirada intensa y en la que se traslucia algo de altivez.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Caballero,—dijo al fin Susana con grave voz,—aseguré que no amaba á ningun otro hombre...

—Y sin embargo...

—Yo no sé mentir,—interrumpió la jóven con energía imponente.

Y siguió mirando á Alberto.

Éste bajó los ojos.

—¡Que no ama usted á nadie!—murmuró sordamente.—¡Que no!...

—No amo á ningun otro hombre, y para probarlo así, basta mi palabra... No, no me rebajaré hasta el punto de intentar siquiera convencerlo á usted con razonamientos, porque eso seria reconocer que es posible que yo mienta, reconocer que hay quien tiene derecho á poner en duda mis palabras.

—Señorita...—balbuceó Alberto.

—En ciertos casos, defenderse es olvidar la dignidad,

humillarse. Dude usted cuanto quiera; pero no me lo diga, porque no lo escucharé.

El acento de la jóven tenia esa frialdad grave que aturde, que anonada.

Sus negros ojos brillaban como nunca.

Su mirada era intensa y ardiente; pero tranquila, y por lo mismo más imponente.

Alberto no acertó á responder en algunos instantes.

—Perdone usted,—dijo al fin;—pero se me habia asegurado.....

No pudo proseguir, porque el rostro de Susana cambió de expresion.

Su mirada dejó de ser dura y altiva; fué una mirada del más profundo desprecio.

Era una ofensa gravísima el hecho de buscar en las palabras de otro la confirmacion de las palabras de ella.

La confundian con las mujeres más vulgares, y Alberto hacia lo que el hombre de más vulgares sentimientos y mezquina inteligencia.

Esto no merecia mas que desden, desprecio.

Susana miró, pues, al jóven como el gigante mira al enano.

Tras el desprecio, la compasion.

Una sonrisa de lástima humillante se dibujó en los lábios de la jóven.

Alberto temblaba.

No acertaba á explicarse lo que sentia.

La mirada y la sonrisa de Susana pesaban sobre él como una montaña de plomo.

Parecíale que lo habian hundido hasta las entrañas de la tierra.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Ante todo necesitaba justificarse.

Hizo un esfuerzo y dijo:

—Ruego á usted que me escuche.

—Hable usted.

—A nadie he confiado el secreto de mi amor.

Susana hizo un gesto que significaba:

—¿Qué importa eso?... Lo grave es la ofensa de la duda.

—Pero mi amor,—añadió Alberto,—ha sido adivinado.

—Por un amigo de usted, ¿no es verdad?

—Sí, por Luciano.

El semblante de Susana empezó á dulcificarse.

—Luciano, que no es lo que parece, adivinó mi pasion y me aconsejó que la olvidase á usted.

—¡Qué buen consejo!

—Le pregunté qué razones tenia para dármelo, y me respondió: «Susana te dirá que no puede corresponderte, su contestacion será un jamás, que te hará sufrir mucho...» No se equivocó, y me convencí de que él conocia secretos que yo ignoraba.

—¿Y luego?

—Sin duda con el fin de quitarme toda esperanza...

—¿Qué dijo?

—Que usted amaba.

—¡Que yo amaba!...

—Sí.

Susana inclinó la cabeza y quedó pensativa.

—Sea usted imparcial, sea usted justa,—añadió Alberto.—¿No he debido creer á quien antes me habia dicho la verdad, á quien parecia conocer antecedentes y secretos ignorados por mí?... Ahora veo que he cometido una ligereza, que Luciano, aunque quizá por un error y de buena fé, ha mentido...

—No, Luciano no ha mentido.

—Se ha equivocado...

—Tampoco.

Alberto miró sorprendido á Susana.

Ésta preguntó:

—¿No ha dicho su amigo de usted más sino que yo amo?

—Nada más.

—Pues bien, ni ha mentido, ni se ha equivocado.

—Entonces, si él no miente ni se equivoca...

—Yo tambien digo la verdad.

—Aseguran ustedes dos cosas contrarias, y por consiguiente...

—No.

—Luciano dice: «Susana ama.»

—Y yo afirmo...

—Usted....

—He dicho,—repuso Susana,—que no amo á ningun otro hombre.

—La contradiccion...

—No existe.

—¡Señorita!...

—No nos entiende usted.

La frente de Alberto se contrajo.

¿Se burlaban de él?

Esto era imposible.

¿Habia perdido la razon?

Tal vez.

¿Eran Susana y Luciano los que estaban locos?

Dos locos de acuerdo, es un imposible.

Todas estas reflexiones se las hizo Alberto en un instante.

¿Pero qué adelantó?

Aturdirse más y más.

El infeliz se oprimió la cabeza.

Parecíale que su cerebro iba á estallar.

—Alberto,—dijo Susana despues de algunos minutos y con una dulzura incomparable.

El jóven se extremeció al oir su nombre de los lábios de ella.

Esto era una demostracion de franqueza y de cariño, que para él tenia un valor inmenso.

—Hay secretos que no puede usted conocer,—añadió Susana,—y le suplico que los respete, se lo suplico por su bien, y si esto no es bastante, por el mio, y si por

algo más respetable, más santo es menester suplicarle á usted, lo haré en nombre de su madre...

—¡Ah!...

—Olvídeme usted...

—¡Susana!...

—¡Sufre usted mucho!...

—¡No puede usted concebirlo!...

—Hemos nacido para sufrir.

—Pero hay tormentos insoportables...

—Sí,—repuso Susana,—hay tormentos que menguan la vida; pero...

—¡Oh!...

—El mejor amigo de usted es Luciano.

—Ya lo sé.

—¿No quiere usted mi amistad?

—Quiero su amor...

—Imposible,—replicó Susana, poniéndose en pié.

—No es imposible,—dijo arrebatadamente Alberto.—Usted corresponderá á mi amor, porque mi amor es tanto...

—¡Jamás!...

—¡Siempre esa terrible palabra!...

—Sí.

—¡Susana!...

—Adios, Alberto,—dijo la infeliz jóven, alargando una mano al hijo de Clotilde.

Alberto cogió aquella mano, que temblaba, la oprimió con fuerza convulsiva, la puso sobre su corazon,

que latia violentamente, y la besó, no con ternura, sino con frenesí.

Susana exhaló un grito desgarrador.

—¡Siquiera por compasion!—exclamó Alberto fuera de sí.

—¡Jamás!—dijo ella con voz ahogada.

Y desasiéndose, dió un paso hácia la alcoba para despertar á su madre.

El hijo de Clotilde quiso entonces salir de allí, y se dirigió hácia la puerta.

Pero se detuvo y quedó como una estátua.

En el dintel, inmóvil y con las manos en los bolsillos del gaban, estaba Plotoski, cuyos negros ojos relumbraban como nunca.

Susana se detuvo tambien y fijó en el extranjero una mirada de profundo terror.

Hubo algunos instantes de silencio absoluto.

Alberto, sin poder contenerse, dijo á Plotoski:

—¿Con qué derecho me espia usted?

—No espio,—respondió con calma el extranjero;—llego y nada más, entro aquí con licencia del dueño de la casa... Esto es todo... Lo demás... casualidades... Tambien por casualidad llegué cuando fué usted herido, lo cual desagradó mucho á los guardias civiles.

El jóven comprendió el valor de estas palabras, inclinó la cabeza, y cambiando de tono, dijo:

—Me acusa usted de ingrato...

—Justifico, ó más bien explico mi presencia aquí...

—Perdone usted... Por un instante olvidé que le debo á usted la vida... ¡Ingrato!... No, no: antes me daria yo mismo la muerte...

—Susana, hija mia,—dijo la enferma.

La jóven corrió al lado de su madre.

Plotoski adelantó hácia la alcoba.

Alberto salió.

Entónces no corria.

Sus fuerzas se habian agotado.

No era la desesperacion, sino el dolor lo que expresaba su semblante.

Paso entre paso salió de la casa y se dirigió á la suya.

Cautela lo contempló y dijo:

—Hoy no va desesperado, va disgustado, triste... No han reñido, sino que se hacian caricias, y como Plotoski los ha interrumpido, se ha puesto de mal humor.

El ex-sacristan siguió disimuladamente al jóven, en tanto que añadia:

—Basta de observaciones. Desde hoy trabajaré para preparar el terreno, y dentro de algunos dias daré el golpe y esto acabará.

Alberto continuó lentamente.

Su mirada tenia una expresion extraña, indefinible.

El desdichado comprendia que en algunos momentos su razon se trastornaba completamente.

La verdad es que habia sobrado motivo para trastornar la cabeza más firme.

La aclaracion del misterio dependia de una sola palabra.

No pensó el jóven que era á él á quien Susana amaba.

Ésta decia:

—No amo á otro hombre.

Y luego añadió:

—Luciano no se equivoca, porque amo: dice la verdad, y yo lo digo tambien.

Cuanto más cavilaba Alberto, ménos comprendia.

Era natural que así sucediese.

Los esfuerzos de su imaginacion aumentaban su trastorno.

Cada vez ponia mayor empeño en adivinar, y llegó á olvidarse de todo lo que no fuese el motivo de aquella idea.

No habria sabido decir dónde se encontraba, ni siquiera si se movia.

Andaba maquinalmente, como un autómata que obedece á sus resortes.

El instinto le hacia dirigirse á su casa.

Si hubiera encontrado un obstáculo, se habria detenido y quedado inmóvil.

CAPITULO VIII.

Un momento crítico.

En semejante estado llegó á su casa.

Entró, subió y siempre maquinalmente se detuvo y llamó.

Abrió un criado y le dijo:

—El señor de Marin espera en su cuarto de usted.

Alberto entró sin contestar.

No habia oido al sirviente, ni siquiera lo habia visto.

Su rostro se contraia y desfiguraba más cada vez.

Tampoco vió á Luciano, y empezó á pasearse por el aposento.

Marin fijó una mirada de sorpresa en su amigo.

Lo contempló sin hablar y arrugó el entrecejo.

Algunos minutos despues palideció y se extremeció.

Encontraba en la distraccion, la mirada y los ademanes de Alberto, inequívocos síntomas de trastorno mental.

¡Loco!

Esto era horrible.

¿Era tiempo aún de salvarlo?

Luciano, esforzándose para ocultar su agitacion, púsose en pié, acercóse á su amigo y le dijo, gritando cuanto podia:

—Alberto.

Su voz produjo el efecto de un cañonazo.

El hijo de Clotilde se extremeció violentamente, exhaló un grito, detúvose y fijó en Marin una mirada de espanto.

—¡Oh!—exclamó Luciano, asiendo por un brazo al infeliz Alberto y sacudiéndolo rudamente.—Llora, yo te lo mando; llora si amas á tu pobre madre, á tu santa madre; llora si aún es algo para tí la que te llevó en sus entrañas, la que todo te lo ha sacrificado...

—¡Mi madre!—exclamó Alberto.

—Sí, tu madre...

—¿Qué le ha sucedido?... ¡Ah!...

Y al decir esto el hijo de Clotilde, quiso correr hácia la puerta.

Luciano lo detuvo, y en vez de sacarlo del error, advirtiéndole que ninguna desgracia habia sucedido á su madre, le dijo:

—Luego lo sabrás...

—Déjame...

—Llora...

—¡Mi madre, mi madre!... ¡Madre de mi alma!..

—Llora y te dejaré que salgas de aquí, te permitiré que la busques.

El rostro de Alberto cambió de expresion.

Se empañaron sus ojos.

Dos lágrimas abrasadoras rodaron por sus mejillas.

—¡Ah!—exclamó Luciano.

Y levantando al cielo los ojos, añadió:

—¡Se ha salvado!... ¡Gracias, Dios mio!

—Mi buen amigo,—dijo Alberto con tono suplicante,—déjame salir, quiero ver á mi madre... ¿Qué le ha sucedido?

—Espera,—replicó Marin, tirando del cordon de la campanilla.

Un criado se presentó.

—Diga usted á la señora que tenga la bondad de venir ahora mismo.

Alberto no acertaba á comprender lo que sucedia, si bien continuaba creyendo que á su madre le habia acontecido alguna desgracia.

En aquellos momentos se olvidó de Susana, se olvidó de todo.

No pensó más que en su madre.

Desde que esto sucedió, no corria peligro su juicio.

Marin lo habia salvado como no lo hubiera hecho el médico más hábil.

Verdad es que Marin, aunque no habia terminado oficialmente sus estudios, habia aprendido ya más de lo que muchos médicos sabian.

Clotilde, agitada, se presentó y miró sorprendida á su hijo.

Éste se arrojó al cuello de su madre y la estrechó contra su pecho, mientras exclamaba:

—¡Madre mia, madre de mi alma!...

—¡Hijo de mis entrañas!...

—Ya lo ves,—dijo Luciano:—tu madre está completamente buena.

Y dirigiéndose á Clotilde, añadió:

—Señora, acabe usted de tranquilizar á su hijo, asegurándole que ninguna desgracia le ha sucedido á usted.

—¡Que lo tranquilice!...

—Sí, porque creia que se habia usted muerto ó que faltaba poco.

—¿Qué ha dado motivo á tu error, Alberto?

—Madre mia, Luciano...

—Sí, yo le he hecho sospechar, ó más bien creer...

—¡Usted!...

—Yo, que he tenido ese capricho... Ya sabe usted que soy un calavera.

—Pero ..

—Perdone usted, señora: en ocasion más oportuna nos explicaremos. Ahora tenga usted la bondad de irse con la misma prontitud que ha venido.

Clotilde fijó una mirada escudriñadora en Marin, cuyo rostro habia vuelto á aparecer risueño como siempre.

Vaciló un momento la pobre madre; pero como ella no era de los que tenian á Luciano por cabeza vana, se decidió á salir, segura de que esto era lo que convenia hacer, por más que entonces no lo comprendiese.

—Bien,—dijo sonriendo y como si no diese á lo que sucedia más importancia que la que se dá á una broma, —obedezco; pero á condicion de que usted sea tambien obediente cuando á mí me toque mandar.

Y salió.

Alberto se sintió tan enervado que no pudo permanecer en pié.

—¿Quieres explicarte ahora?—dijo.

—Sí,—respondió Luciano;—pero aún tendrás que aguardar algunos minutos. Luego contestaré clara y terminantemente á cuanto me preguntes.

—Pero mi madre...

—Ha sido menester que pienses en algo que te interese mucho, y por eso te hablé de tu madre.

—Aún no comprendo...

—Así he conseguido tranquilizarte y podremos hablar y entendernos.

—Lo deseo.

—Pero es menester que sigas el ejemplo de tu buena madre, que á pesar de no comprender lo que pasa, me ha obedecido ciegamente.

—Haré lo mismo.

Luciano volvió á tirar del cordon de la campanilla y dijo al criado:

—Traiga usted agua caliente.

Luego abrió un armario y sacó una cajita.

Era el botiquin de viaje de Alberto.

—¿Qué haces?—preguntó éste.

—Has experimentado una gran conmocion, estás muy excitado, no me gusta el estado de tu cerebro y voy á sangrarte, á ménos que no te fies de mi sabiduría, en cuyo caso me iré sin entrar en más explicaciones.

—He prometido obedecer.

—Esta es la primera vez que te encuentro razonable.

—Tengo bien poco apego á la vida, y por consiguiente...

—Tu madre no se ha muerto. ¿Quieres vivir para ella?

—¡Oh!...

—No dices más que necedades. ¿Para cuándo guardas ese talento que te conceden todos?

—Luciano...

—Calla... Ahora no soy tu amigo, soy el médico... La mano... Cuando te vea tu madre, se va á quedar con un palmo de boca abierta.

Alberto alargó su mano izquierda á Marin.

Un segundo despues corria la sangre.

—¿Ya puedes empezar?—preguntó el hijo de Clotilde.

—¡Empezar!... Pues si estoy acabando.

—Hablo de las explicaciones que me has prometido.

—Eres impaciente como un niño.

—Me mandaste esperar...

—Pues espera todavía.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que te ponga la venda.

—Bien.

—Así me gusta, que sepas resignarte, que hagas lo que deben hacer los hombres... ¿Sientes mucha debilidad?

—Ninguna.

—Si te desmayas...

—Descuida.

—No te sacaron bastante sangre los guardias civiles la noche de San Daniel...

—¡Oh!...

—Esto ha concluido... Muy bien.

Luciano restañó la sangre.

CAPITULO IX.

La explicacion.

No era aquella la ocasion más oportuna para entrar en explicaciones; pero habia necesidad de hacerlo para evitar que el enamorado jóven volviese á su idea fija, empeñándose en aclarar el misterio, lo cual hubiera puesto nuevamente y en mayor peligro su razon y su existencia.

Luciano necesitaba más que nunca meditar sus palabras.

Una ligereza produciria los más tristes resultados.

—Ya te escucho,—dijo Alberto, recostándose en el sillon.

—No te conviene hablar mucho, y por consiguiente, me responderás sí ó nó á lo que voy á preguntarte.

—Lo haré.

—En cuanto á lo que yo te diga, no hagas observaciones, porque sobre ser inútiles, nos harian perder el tiempo que necesitas para reposar.

—Reconozco que me aconsejas lo mejor.

—Pues bien, ahora dime si has visitado á Susana.

—Sí.

—Le has hablado otra vez de tu amor...

—Es verdad.

—La has reconvenido...

—Tambien.

—Y ella, que es una mujer que vale mucho, se habrá mostrado como quien es.

—Mis acusaciones, mis dudas sobre la veracidad de sus palabras, fueron contestadas con profundo desprecio...

—Lo merecias.

—Me aseguró que á ningun otro hombre amaba...

—Es verdad.

—Me defendí hablándole con franqueza...

—Y ella te diria entonces que yo no mentia.

—Todo lo adivinas...

—Eso no lo comprendes.

—No y acabaré por perder el juicio.

—Te ha faltado poco.

—Lo creo.

—¿Qué seria de tu madre si te sucediese una desgracia?

—¡Oh!...

—No hagas nada por tí; pero por tu madre...

—Mi voluntad no basta, Luciano.

Este reflexionó algunos instantes.

Luego dijo:

—¿Te quedarás satisfecho con saber lo que significa eso de amar y no amar al mismo tiempo?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Cuidado...

—Cuando me expliques ese enigma, comprenderé todo lo demás.

—Y aunque no llegues á comprenderlo, deberás contentarte, porque así lo has prometido.

—Y lo cumpliré.

—Piénsalo bien...

—Lo he pensado.

—Prepárate á oir una cosa muy agradable.

—Habla, habla.

—Susana no ama á ningun otro hombre, porque tú eres el amado.

No es posible hacer comprender el efecto que estas palabras produjeron en el hijo de Clotilde.

Al pronto no pudo articular una sílaba.

—¡Me ama!—exclamó al fin.

—Sí, te ama, tanto por lo ménos como la amas tú, te ama.

—¡Luciano!... ¡Ah!... ¡Cuánto te debo!...

—No más que algun disgusto.

—¡Me ama!...

—Mucho.

—¡Qué dichoso soy!...

—Pero no será tu esposa,—replicó Luciano,—entiéndelo bien, no será tu esposa.

—¿Y por qué?

—Por que no.

—Si los dos nos amamos...

—Os quedareis como estais.

—¿Quién estorbará nuestra union?

—Ella.

—¿Otro misterio?...

—Puede haber muchas razones para que Susana no quiera casarse. Ignoro cuáles son... Respeta su voluntad, sufre y calla. Si puedes olvidarla...

—¡Jamás!

—Lo siento.

—Ella te habrá dicho...

—Nada, porque si algo sé, he tenido que adivinarlo. Conocí que os amábais; pero que ella queria ocultarlo, y supuse que estaba decidida á no corresponderte. Una mujer como Susana no hace propósitos en balde, y el suyo lo cumplirá...

—¡Oh!...

—¿Tendrás ménos valor que una mujer?

—Amigo mio...

—Hemos concluido. Te prometo ayudarte; pero nada más.

—Ya tengo esperanza...

—No quiero desvanecerla.

Luciano, apelando á todos los recursos imaginables, obligó á Luján á que se acostase.

El infeliz enamorado hubiera seguido la conversacion; pero sus fuerzas menguaban por momentos y comprendió que se agotarian bien pronto.

Para tener valor, pensó en su madre.

Sufria mucho; pero su dolor no era tan intenso desde que supo que Susana lo amaba.

Sus risueñas esperanzas empezaron á renacer.

Ya no le parecia tan horrible y espantoso el *jamás* pronunciado por Susana.

Cuando Luciano vió á su amigo más tranquilo, lo dejó para ir en busca de Clotilde.

Ésta esperaba afanosamente.

CAPITULO X.

Explicaciones que son indispensables.

Puede decirse que el amor de Alberto entró en un nuevo período, porque el amor, cuando aún no es más que la pasion sin satisfacer, tiene sus períodos como las enfermedades.

Desde que el jóven tuvo la seguridad de que era amado por Susana, se sintió más tranquilo.

Y decimos seguridad, porque despues de lo que habia sucedido, eran para él artículos de fé las palabras de Luciano.

Éste habia dicho: «El corazon de Susana es tuyo.»

Y Alberto creyó, no pensó en buscar pruebas de lo que le parecia tan extraño como todo.

Era lógico que así sucediese: lo que le decian estaba conforme con sus deseos y lo aceptó sin vacilar.

¿Cuál debia ser su conducta?

En esto solamente pensó el hijo de Clotilde.

Preciso era mostrarse tan grande por lo ménos como Susana.

Ésta daba el ejemplo de fortaleza de espíritu, y Alberto debia probar que era digno de semejante mujer.

Tal vez ella no aguardaba más que esta prueba; tal vez cuando la tuviese no ahogaria sus sentimientos, se dejaria llevar de los impulsos de su corazon.

Provocar nuevas explicaciones con Susana, seria lo mismo que aumentar las dificultades.

Cualquiera que fuese el motivo de la extraña conducta de ella, solo el tiempo y las circunstancias podian cambiar la situacion.

Alberto empezó, pues, á ser prudente y juicioso, por más que la prudencia le costara violentarse y sufrir.

Determinó esperar.

¿Cuánto tiempo?

Esto dependia de las circunstancias.

Luciano contribuyó mucho á que su amigo adoptase esta resolucion.

¿Abrigaba esperanzas Alberto?

Claro es que sí.

Sabiendo que era amado, no podia perder la esperanza, y más que esperanza, tenia seguridad de que algun dia su afan se veria satisfecho.

Todo era para él cuestion de tiempo, y por consiguiente debia considerarse dichoso ó poco ménos.

Hechas estas reflexiones y trazada la línea de conducta que debia seguir, pensó Alberto en su madre.

—¿Debo hablarle de mi amor?

Esto preguntó á Luciano, cuya respuesta fué la siguiente:

—No sabemos bajo qué punto de vista mirará tu buena madre la cuestion, y por consiguiente opino que nada le digas.

—Si aprueba mis amores. . .

—Sufrirá con el temor de que no se realicen tus deseos, y si no los aprueba, sufrirá tambien porque no consigue que olvides á Susana.

—Es verdad. .

—Además, dándole parte en este asunto, la colocaremos en una situacion muy difícil con respecto á Susana.

—Han llegado á ser verdaderas amigas, amigas íntimas...

—¿No turbaremos esa amistad?

—Preciso es evitarlo,—dijo Alberto.

Y decidió seguir ocultando su amor á su madre.

Ésta, á su vez, tambien fingia, puesto que nada ignoraba, absolutamente nada.

Luciano conocia demasiado bien á Clotilde y le habia revelado el secreto, refiriéndole con todos sus detalles cuanto habia sucedido.

Esto fué un nuevo motivo de sufrimiento para ella.

No tenia en el mundo más que su hijo; por la dicha

de su hijo lo habia sacrificado todo, y lo veia amenazado de grandes desgracias.

Por sus relaciones con Susana y por el bien de Alberto, debia Clotilde aparentar completa ignorancia de aquel desdichado amor, concretándose á observar, obrando segun las circunstancias y de acuerdo con Luciano.

Una duda quedaba por resolver para todos.

¿Representaba Plotoski algun papel en aquel asunto?

No habia motivo para creerlo así, puesto que el extranjero parecia completamente extraño á lo que sucedia.

Sin embargo, todos pensaron en él.

Clotilde pensó tambien en otra persona, en don Cándido, y aunque cuidando que no se trasluciesen sus verdaderos temores, habló de ambos á Marin, rogándole que emplease todo su talento y su ventajosa situacion en romper el velo del misterio en que aquellos dos hombres se envolvian.

Esto dió lugar á que Luciano, sin sospechar la grave trascendencia de sus palabras, dijese que á él tambien le habian infundido sospechas aquellos dos hombres, porque en los ojos de don Cándido habia visto relámpagos que no podian brotar del fuego de un alma cándida y tranquila, y que en cuanto á Plotoski, habia observado que éste, muchas mañanas, parecia observar desde su ventana á Alberto, como puede observar un espia.

Clotilde se extremeció y guardó silencio; pero apro-

vechó el aviso de Marin, y desde el siguiente dia, oculta tras las persianas de uno de los balcones que daban al jardin, pudo convencerse de que Plotoski espiaba al jóven Alberto.

Con la seguridad de que nadie la observaba, pudo Clotilde por primera vez mirar detenidamente al extranjero.

¿Qué sintió la infeliz?

Parecióle que su sangre se helaba.

Una espesa nube se extendió ante sus ojos, y para no caer tuvo que apoyarse en el marco del balcon.

Despues, aquel hielo que parecia correr por sus venas, se convirtió en fuego.

Su corazon latió por intervalos desiguales y con violencia dolorosa.

Oprimióse el pecho.

—Sí, sí,—murmuró.

¿Qué revelaba su acento y su descompuesto semblante?

¿Qué decia su agitacion profunda?

Lo mismo podia ser su conmocion efecto del espanto que de otro sentimiento.

Expresaba muchas cosas; pero no era posible adivinar nada.

Lo que pasaba en el alma de la infeliz, solamente ella lo sabia.

De la ventana al balcon habia bastante distancia; pero á Clotilde le parecia que no mediaba ninguna entre

su corazon y los negros y relumbrantes ojos del extranjero.

¡Oh! aquella mirada, á pesar de dirigirse á Alberto, llegaba hasta lo más recóndito del alma de Clotilde; aquella mirada era para ella una corriente de fuego devorador.

La desdichada permaneció inmóvil hasta que Plotoski se quitó de la ventana.

—Sí, sí,—dijo otra vez.

No pronunció una palabra más.

Siguiendo su costumbre, pensó; pero no habló.

Aquel dia, á la hora en que tenia seguridad de que nadie habia de interrumpirla, encerrada en su aposento hizo lo que muchas veces: leyó la misteriosa carta que habia recibido pocos dias despues de su segundo casamiento y contempló con mirada ardiente y devoradora el retrato que conservaba de su primer esposo.

Por espacio de diez minutos pareció sostener una lucha tenaz.

Al fin acercó el retrato á sus lábios y lo besó con frenesí.

Luego lo oprimió contra su pecho.

—¡Tú, solo tú!—exclamó con acento indescriptible.

Y despues de algunos momentos, añadió con exaltacion creciente:

—No más que tú... Muerto ó vivo, tú, siempre tú, siempre, siempre... ¡Ah!... Desde el primer dia de nuestro amor hasta hoy no media para mí ni un solo

instante... Mi pasion es la misma... Soy tuya, Guillermo, no más que tuya. He sacrificado mi cuerpo á la dicha de nuestro hijo; pero no he dado mi corazon; la felicidad de nuestro hijo la he comprado con mi belleza... Perdóname, Guillermo, porque para mí no ambicionaba nada, no deseaba más que la muerte, para que mi alma fuese á morar donde moraba la tuya; todo lo he deseado para mi hijo, que es tambien tuyo, el hijo de nuestro amor sin igual, de nuestras ilusiones, la sangre de nuestra sangre, el alma de nuestra alma... Perdóname... La belleza que he dado es un valor ilusorio... Mi corazon es tuyo, tuyo no más.

Clotilde no mentia, ya lo sabemos.

A Don Juan de Bustamante le sobraba motivo para tener celos de un fantasma, de un recuerdo, celos de la muerte.

Aunque Clotilde no esperaba ver á Plotoski hasta el siguiente dia, aquella noche miró tambien por entre la persiana, y con gran sorpresa suya vió luz en la habitacion del extranjero y que la figura de éste dibujábase dentro del marco de la ventana.

En medio de la oscuridad de la noche relumbraban los ojos de Plotoski como dos luciérnagas.

Clotilde experimentó las mismas sensaciones que por la mañana.

Un cuarto de hora despues el extranjero cerró la ventana; pero á los tres minutos se abrió una de las del aposento de don Cándido.

—¿Qué significa esto?—se preguntó Clotilde.

Don Cándido tenia para ella tanta importancia como Plotoski.

Esto no se comprende bien; pero es así. Las razones que habia para que sucediese así, las daremos á conocer cuando llegue la ocasion.

Los ojos del hombre bonachon relumbraban como los del extranjero.

Aquel brillo era lo que Marin habia calificado de relámpago.

La esposa de don Juan miró afanosamente.

Nadie hubiera podido comprender la importancia de aquella escena muda, que duró media hora.

A la mañana siguiente la ventana del aposento de Plotoski estaba cerrada; pero don Cándido se encontraba asomado á la suya y parecia tambien observar á Alberto.

¿Qué sintió Clotilde?

No lo sabemos.

Segun todas las apariencias, debió sentir lo mismo que el dia anterior.

Oprimióse el pecho y con voz trémula exclamó:

—¡Ese, ese!... El otro no... Este sí... Aquel... ¡Oh!... ¡Dios mio, Dios mio!

Y apoyó la frente en la pared, quedando inmóvil.

Cuando levantó la cabeza y volvió á mirar á la ventana, don Cándido habia desaparecido.

Así trascurrió una semana.

Una mañana, al salir Luciano de su vivienda, se encontró con don Cándido.

Éste lo saludó con su acostumbrada dulzura, y le dijo:

—Vecino, voy á tomarme la libertad de pedirle á usted un favor.

—Concedido desde luego,—respondió Marin.

—¿Puede usted disponer de media hora?

—Y tambien de medio dia.

—Pues si quiere usted honrar mi pobre vivienda...

—Con el mayor gusto.

Don Cándido abrió la puerta de su habitacion y ambos entraron.

No nos atreveremos á ser curiosos hasta el punto de seguir y escuchar lo que hablaron.

Hay secretos que deben respetarse, y este es uno.

Tendremos, pues, que contentarnos con que la casualidad nos lo dé á conocer más adelante.

Ahora no podemos decir más sino que la conversacion se prolongó demasiado, porque tardó cerca de una hora en volver á salir el jóven.

¿Podemos deducir algo de su aspecto?

Lo único que puede deducirse es que algun asunto gravísimo habian tratado.

El rostro de Luciano estaba violentamente contraido, pálido como el de un cadáver y bañado en frio sudor.

Su mirada era sombría.

Su respiracion trabajosa revelaba su agitacion profunda.

Dió dos ó tres pasos y tuvo que detenerse para tomar aliento.

Luego se pasó las manos por la frente y murmuró con voz sorda:

—¡Oh!... Esto es horrible.

Ya sabemos que Luciano no se aturdia fácilmente.

Cinco minutos despues consiguió dominarse y empezar á recobrar la calma.

Su conducta empezó á variar desde aquel dia con respecto á Clotilde, si bien el cambio no parecia que tuviese ninguna importancia, pues consistia en aparentar que no daba ningun valor al misterio en que se envolvian don Cándido y Plotoski, y en asegurar que era imposible averiguar de ellos más de lo que ya se sabia.

Suponemos que con las explicaciones que hemos dado, se comprende bien la extraña situacion de cada uno de los personajes de que hemos hecho mencion.

Solo nos resta decir que don Juan de Bustamante habia vuelto á ocuparse de sus negocios y de la política como siempre, y que Alberto, con el ánimo más tranquilo, habia emprendido tambien de nuevo sus tareas, escribiendo ardorosamente contra los abusos del poder.

De esto resultó que se renovasen los callados disgustos entre el uno y el otro.

Bustamante se mostraba cada dia más exigente, porque cada dia sentíase más profundamente herido como

hombre público, al ver entre sus contrarios, entre sus mayores enemigos, al que daba el nombre de hijo, al que habia educado y amado con tanta ternura.

Alberto guardaba tambien ménos consideraciones á don Juan.

No podia suceder otra cosa: ya hemos indicado algo sobre las fatales consecuencias que tienen las luchas políticas.

Aquellos dos hombres de tan gran corazon, que tanto se amaban y que estaban dispuestos á hacer los mayores sacrificios el uno por el otro, acabarian por hacer lo posible para aniquilarse, si así habian de alcanzar un triunfo en favor de sus ideas políticas.

¿Significaba esto algo en contra de sus nobles sentimientos?

No.

Ya lo hemos dicho: el sentimiento político llega á convertirse en una verdadera pasion, que todo lo domina.

Debe hacerse excepcion de los hombres que no miran la política sino como uno de tantos medios de hacer fortuna.

Desgraciadamente esta clase de hombres abundan demasiado.

La situacion entre don Juan y Alberto debia hacerse dificilísima en un plazo cuyo término no estaba lejano.

Esto significaría una nueva y horrible desgracia para Clotilde.

¿Podria soportarla despues de lo que habia sufrido? Dudoso es, porque las fuerzas tienen su límite.

¡Infeliz!

Ya sabes, lector, cómo se encontraban unos y otros despues de algunos dias de los últimos sucesos que hemos dado á conocer.

Veamos lo que despues aconteció.

CAPITULO XI.

Primer golpe de Cautela.

El horizonte político se cargaba de nubes.

La lucha de ambiciones bastardas era cada vez más tenaz.

Se conspiraba por una parte y se oprimia por otra.

Los conspiradores se justificaban con la oposicion, y los opresores con las conspiraciones.

Los ambiciosos se cubrian con la máscara del bien público.

Siempre hacen lo mismo, es decir, siempre se ponen un antifaz, buscan un pretexto.

Cuando les toca estar caidos, el pretexto es la libertad.

Cuando son dueños del poder, invocan el órden.

Los ambiciosos caidos hacian todo lo posible para conseguir que el pueblo les ayudase.

Pero el pueblo, aunque no podia soportar ya tanta tiranía y tantos abusos, no se sentia con fuerzas para lanzarse á una lucha y se contentaba con quejarse, con lamentar su desgracia.

Sin embargo, tanto trabajaban los conspiradores ambiciosos y los de buena fé, porque de ambos habia, que al fin estallaría la revolucion.

Esto estaba en la mente de todos; no era un temor vano.

El pueblo no se sentia con fuerzas para ponerse á luchar frente al ejército; pero esta dificultad se salvaba fácilmente, porque no habia más que decidir al ejército á que se rebelase.

Para sublevar á un regimiento se le ofrece al soldado la licencia absoluta, que es cuanto desea; á los sargentos se les prometen empleos de oficiales, y á éstos y á los jefes, ascensos.

Esto lo sabe todo el mundo.

Se principia por el sargento, que es el que tiene la influencia sobre el soldado: se le dá dinero en abundancia para que trabaje, porque sin dinero nada se hace en el mundo.

Una buena parte de este dinero se gasta en los cafés, tabernas, fondas y bodegones.

Los jefes empiezan á sospechar cuando tienen noticias de que sus subordinados gastan mucho más de lo

que reciben; pero entonces se acude á los jefes para comprometerlos tambien.

Si hay alguno que se resiste, se le deja, porque uno más ó ménos no importa.

No siempre sale bien este intento, porque el primer sargento á quien se acude, finge aceptar; pero dá parte al coronel, ó bien el soldado no quiere la licencia á costa de que lo fusilen si la empresa se desgracia.

Es difícil provocar una sublevacion militar; pero no es imposible si trabajan para conseguirlo hombres que tengan alguna influencia en el ejército.

No ignoraba el gobierno que se conspiraba.

¿Cómo habia de ignorarlo mientras contase con los servicios del señor Morato?

Se hacian muchas prisiones sin más motivo que la de una sospecha, sin más razones que una delacion.

Y tanta prisa se daba el gobierno á encerrar y desterrar hombres liberales, que no parecia sino que se habia propuesto acabar con todos.

Tal vez se habia dicho:

—Cuando no quede ninguno, ¿quién conspirará?

Una cosa parecida se habia dicho tambien Herodes:

—Si degüello á todos los niños, morirá tambien el Mesias.

Pero al Mesias no le faltó un camino por donde huir y un rincon donde ocultarse, y el Mesias volvió para dar mucho que hacer á Herodes.

Así sucedió con los conspiradores: los más temibles

tenian más medios de librarse de la persecucion y volverian con mayor deseo de aniquilar á los perseguidores.

Como se trabajaba principalmente para sublevar al ejército, el gobierno no sabia qué hacer.

Con el ejército, que era su sosten, no podia concluir.

De esta situacion violenta debia resultar no solamente los temores, sino la incertidumbre, las vacilaciones y la duda.

Cuando por cualquiera causa se vacila, cuando se quiere conciliar, hermanar lo que es opuesto, no se consigue más que perder un tiempo precioso.

En política, todo es cuestion de oportunidad. Cuando no se vacila, cuando con firmeza se adopta una resolucion buena ó mala, y se pone en práctica sin retroceder ante ningun obstáculo ni consideracion, se resuelven las situaciones más difíciles.

Por eso hemos visto triunfar las peores causas, por eso, porque las defendian hombres de iniciativa, hombres de resolucion, hombres que tenian una conviccion ó un decidido empeño, y el valor para arrostrarlo todo.

En las altas regiones del poder no se hacia más que preguntarse:

—¿Qué hacemos?

Y cada vez que esto se preguntaba, oíanse diez respuestas distintas, y que eran poco más ó ménos las siguientes:

—El mal consiste en la perversion de las criaturas. Cunde el racionalismo y se pierde la fé. Prohíbase la circulacion de esos libros que infiltran el veneno en las almas puras y sencillas, y que los ministros de Dios sean los únicos que instruyan al pueblo, enseñándole sanas doctrinas, inculcándole el respeto á las instituciones venerables. El uno niega el divino derecho de soberanía de los monarcas; el otro evoca el recuerdo de reyes que fueron antorcha de la cristiana fé, los saca de sus tumbas y los presenta como hipócritas detestables ó despiadados verdugos, y algunos se atreven á presentar las comunidades religiosas como centro de inmoralidades y tenebrosas intrigas. ¿Qué ha de suceder? Se desprestigia lo que es más santo; lo más respetable deja de infundir respeto, y no debe sorprender que un dia el pueblo quiera levantarse á la altura del trono, diciendo al monarca: «El soberano soy yo; te he mirado como una cosa extraordinaria, como un sér sobrenatural, y ahora estoy convencido de que eres una criatura como todas. Los derechos son mios; no gobiernas á mi gusto, y te quito esa corona, que puedo dar á quien se me antoje.»

Otros lábios decian:

—Nada podemos hacer sin la ayuda de Dios: roguémosle, y para que aplaque sus iras, demos esplendor á nuestra religion santa con actos solemnes.

Y tras estos consejos, se daban los de un sistema de fuerza, ó el contrario de dulzura y libertad.

Y el trono escuchaba todos los consejos, y á trueque

de salvarse, queria seguirlos todos, y como esto era imposible, de cada consejo ponia en práctica una pequeña parte.

Opinaban los unos que se acabase de una vez, se diese el golpe de Estado, y el monarca fuese monarca, verdadero soberano, dueño de todos los poderes, árbitro de todos los derechos; porque así, no teniendo que ocuparse cada individuo más que de trabajar para vivir, todos vivirian en completa calma. El pueblo no necesita periódicos; le basta la *Gaceta* para saber lo que el rey manda, y obedecer; no necesita libros en que se le diga que Felipe II fué un hombre de gran talento, pero un miserable ingrato con entrañas de tigre, y un hipócrita; ni que cortes de reyes tan piadosos como Cárlos IV eran foco de repugnante prostitucion, ni mucho ménos que los palacios se convertian en lupanares, ni que los sombríos muros de los conventos solian ser encubridores de orgías. No, no necesita saber nada de esto, porque lo único que le interesa es comer, y si come, no tiene para qué cuidarse de lo demás.

Otros, por el contrario, opinaban que puesto que, en un período más ó ménos largo, era inevitable la revolucion y su triunfo, el trono se anticipase, hiciese la revolucion, evitando así que la hiciese el pueblo, y se decidiera á ser lo que son otros tronos.

Todo quiso hacerse y no se hizo nada.

Para el golpe de Estado no habia suficiente fuerza.

Para conceder libertades y derechos faltaba voluntad.

Isabel II habia heredado todas las ideas, y aun muchos de los instintos de sus abuelos, y no podia avenirse á ser una reina que reinase sin gobernar.

El trono donde se sentaba habia *sido propiedad* de su padre; ella lo habia heredado con arreglo á las leyes, y por consiguiente era *suyo*.

¿Quién tenia derecho á quitárselo?

Si sus vasallos habian sostenido por espacio de siete años una guerra para defender los derechos que ella tenia á la corona, no habian hecho más que cumplir su deber.

Isabel de Borbon nada tenia que agradecer á *sus* vasallos.

Si para que fuese reina habia habido necesidad de derramar mucha sangre, la culpa no era suya, sino de los que pusieron en duda sus derechos.

No habia que advertir á Isabel II que no era su persona la que á tanta costa habian defendido los españoles, que no era por sus ilusorios derechos al trono por lo que habian luchado, sino por la libertad, y que se le habia dado la corona condicionalmente, pues para tener un rey absoluto no hubiera sido menester sostener una asoladora guerra civil, sino dejar que reinase Cárlos V. No, no habia que advertirle nada de esto, porque ella no se creia obligada á cumplir condiciones que no habia aceptado. Era una niña cuando lucharon por ella, no tenia voluntad propia, y cuando estuvo en edad de apreciar y decidir, decidió.

Isabel II no reconocia lo hecho mas que en una sola parte, en que era reina.

Ceñia la corona, luego era soberana.

Era soberana, debia mandar.

Vivia ciega, vivia de ilusiones.

Creia que su persona infundia un profundo respeto; creia que aún estábamos en aquellos tiempos en que el solo nombre del monarca hacia inclinar la frente de los más altivos y temblar á los más animosos.

Pero aquel respeto concluyó, porque era verdaderamente supersticioso, y las supersticiones han concluido.

No tenia otra razon de existir, y era forzoso que acabase.

Ya no hay supersticion, hay razon, y ésta se burla y se rie de todo lo que aquella encontraba, no solamente respetable, sino aterrador.

La supersticion hacia que en otro tiempo nos aterrorizasen los duendes y fantasmas, y hoy la razon nos hace reirnos de los fantasmas y duendes.

Lo mismo sucede con los tiranos.

Isabel II creia que todo, absolutamente todo podia suceder ménos que se tocase á su persona.

Los ejemplos recientes de otras naciones debieran haberla sacado de su error.

Pero no sucedió así, porque creia que el pueblo español no era como los demás.

¡Error desdichado!

El pueblo español tiene sus condiciones de carácter

y sentimiento en razon de su suelo, de su clima y de su raza; pero no por esto habia de dejar de sucederle lo que á todos los pueblos, es decir, que tarde ó temprano abriese los ojos y viese la verdadera luz.

El pueblo español es noble y generoso como ninguno; pero esto no quiere decir más sino que no teñiría sus manos con la sangre de ningun rey, que se contentaría con recobrar lo que era suyo, y recobrar lo que es suyo significa hacer uso de sus derechos de soberano.

¡Reina por la voluntad del pueblo, mera depositaria del poder!...

No, eso no.

Reina por mi derecho divino; no depositaria, sino dueña del poder, de la soberanía.

No transigiré, porque no puedo transigir.

Si mi derecho es divino, no puede discutirse por los hombres, porque como divino, está sobre todo lo humano.

Hé ahí lo que Isabel II se decia.

Discutir sus derechos de soberana, era lo mismo para ella que discutir la divinidad.

¿Cómo ha de examinar y discutir la razon humana lo que está sobre la razon, lo que es para ésta incomprensible, lo que es, en fin, divino?

¿Era esto error de buena fé ó soberbia?

Lo uno y lo otro: soberbia y error.

Soberbia por instinto, por sentimiento, por carácter y hasta por educacion.

Error por ignorancia y por extravío de consejos de aduladores ambiciosos.

Caro debia costar á Isabel II su tenaz empeño de ser reina como su padre.

Aún era tiempo de que se hubiese salvado, y esto se comprende ahora mejor que nunca.

Quedaba todavía en el pueblo español un resto, si no de amor, de consideracion hácia la persona que ocupaba el trono; todavía dudaba el pueblo si á pesar de todos los extravíos, en el pecho de la reina latia el corazon de una mujer agradecida, el corazon amoroso de una madre.

Con algun talento, semejante duda podia haber producido los mejores resultados para la hija de Fernando VII.

Pero no parece sino que desde que sintió vacilar el trono, Isabel II se propuso hacerse, más que impopular, odiosa hasta para los mismos que la defendian.

Tal fué la série de torpezas que cometió.

Puesto que tenia la inapreciable fortuna de que aún se le reconociera por el noble pueblo lo que vulgarmente se llama buen corazon, debió cuidar mucho de sostener esta creencia, que bien puede decirse era su único apoyo moral; pero bien pronto veremos que la primera ocasion que tuvo de demostrar que tomaba parte en las desgracias del pueblo, dió con su torpe proceder el más triste desengaño.

No comprendió que el pueblo debia decir:

—Si ya que es mala reina fuese buena madre de los españoles, todo se lo perdonaríamos.

Así como en el ánimo de la reina luchaba su temor de perder la corona y su deseo de imperar en sentido absoluto, en el ánimo de los ministros luchaba tambien su deseo de hacer concesiones liberales, como único medio de salvacion, y sus temores de perder la gracia de la reina si la contrariaban en sus aspiraciones.

La union liberal se encontraba en la alternativa de renunciar al poder y reconocer franca y terminantemente los derechos de soberanía del pueblo sobre todo otro derecho, ó conservar el poder á costa de los principios que habia proclamado, á costa de sus propias convicciones, de su conciencia política.

Ciertos hombres no hubieran vacilado y habrian renunciado al poder, porque éste era para ellos, más que un lucro, una pesadísima carga, porque á nada tenian ya que aspirar, y porque, seamos justos, ya nada ambicionaban; pero unos cuantos hombres no eran todos, no eran el partido, y los demás, antes que el triunfo de estas ó las otras ideas, antes que la patria, antes que todo, miraban su propia conveniencia.

Para la mayoría de los que componian la union liberal, el sacrificio de una retirada significaba la pérdida de su influencia y sus empleos, y este sacrificio era imposible que lo hiciesen, porque el presupuesto era para ellos la única cosa buena de su partido.

En ninguno se han despertado las ambiciones des-

medidas, locas, y alguna vez hasta risibles, como en la union liberal.

El último de sus individuos se creia con derecho á ser ministro.

No aspiraba á ménos ni uno solo de ellos.

Y como para todos no habia ministerios y embajadas, eran muchos los descontentos, y en la época más floreciente de la union liberal, cuando debian haber estado todos más unidos, se dividieron, se produjo lo que se llamó disidencia, y pretendiendo cada cual de ambos grupos ser el verdadero representante de la union desunida, lucharon con el mayor encarnizamiento.

No necesitamos decir quiénes eran los hombres que nada ambicionaban, porque todo el mundo lo sabe.

La mayoría del partido, es decir, la parte que queria medrar, ejercia presion sobre la minoría, es decir, sobre los que nada ambicionaban, sobre los que, por más que anhelasen aplausos, no querian dinero.

La union liberal no dejó, pues, el poder.

A los desinteresados se les hizo creer que así se prestaba un gran servicio á la patria, porque se evitaba por un lado la revolucion, y por otro se cerraban las puertas á la tiranía.

Para conservar el poder era preciso hacer grandes sacrificios, someterse á la voluntad de Isabel II.

¿Pero qué importaba esto?

Francisco I dijo despues de la batalla de Pavía: «Todo se ha perdido ménos el honor.»

Y á pesar de que su ejército habia sido destrozado en pocas horas y de que él mismo fué hecho prisionero, quedó tranquilo, se sintió orgulloso, porque el honor era para él lo primero, y el honor se habia salvado.

La union liberal lo sacrificó todo, y la mayoría de sus individuos, con satisfaccion profunda, exclamó:

—¡Todo se ha perdido ménos el presupuesto!

La union liberal murió siendo una cosa muy distinta de lo que habia sido al nacer.

Como algunos séres, sufrió una metamorfosis; pero al contrario de lo que le sucede al gusano de seda, que nace reptil feo y sucio y muere blanca y nítida paloma.

La union liberal se formó en nombre de la moralidad y la justicia, y á esto, más que á sus principios políticos, debió el prestigio que empezó á tener.

Su mismo autor, hombre de elevada inteligencia, de voluntad inquebrantable, de convicciones profundas, de rarísima consecuencia, el mismo autor ó creador de la union liberal, repetimos, llegó á desconocerla, llegó á decirle como el padre severo al hijo pródigo:

—No eres mi hijo.

Sí, hubo un hombre en la union liberal que se quedó solo, enteramente solo, no porque él se retirase, sino porque los demás se extraviaron, y tuvo valor para decir en pleno Congreso á su partido:

—No te conozco.

Así como tuvo valor despues de la noche de San Da-

niel para levantarse, lanzar una mirada de desprecio terrible al banco azul, y decir á los ministros:

—¡Miserables!

Para que veas, lector, si somos imparciales, que hacemos justicia á todos.

No te se habrá ocultado que el hombre limpio y severo á quien nos referimos es don Antonio Rios Rosas, y por consiguiente comprenderás nuestra imparcialidad, puesto que nuestras ideas políticas están muy distantes de las suyas.

Quizá nos separamos del asunto, aunque la política es nuestro principal objeto en esta obra; pero volveremos á lo que tiene relacion con los personajes de esta historia, y diremos que despues de muchas dudas y vacilaciones, la reina decidió salir de Madrid para tomar baños en uno de los puntos de las provincias vascongadas.

Allí se creia segura si durante el verano la revolucion levantaba la cabeza, porque los vascongados conservaban sus fueros y libertades y no tenian interés en la revolucion.

La partida de la corte fué la señal de emigracion veraniega de muchas familias que aún no habian decidido salir de Madrid.

Los hombres políticos de más importancia emprendieron tambien el viaje, porque así lo exigia su posicion.

Cerca de Isabel II debian estar sus defensores cuando el trono peligraba.

Don Juan de Bustamante fué uno de los que decidieron viajar.

Habló de esto á su esposa; pero por primera vez desde que se habian casado, Clotilde encontró pretextos para separarse de su marido.

¿Por qué?

Fácilmente lo adivinará el lector.

Sin que ella quisiera confesárselo á sí misma, la retuvo en Madrid, no sabemos si Plotoski ó don Cándido, ó tal vez los dos.

¿Cómo se explica que ambos tuviesen la misma importancia para ella?

¿Habia en la historia de Clotilde algun misterio que aún nos es desconocido?

Todo puede ser, y con el tiempo ha de ponerse en claro.

A don Juan le sorprendió la conducta de su esposa, conducta completamente opuesta á la que siempre habia seguido, y no se la explicó sino creyendo que ésta se quedaba en Madrid por complacer á su hijo, que tambien habia mostrado deseos de quedarse.

Pero don Juan disimuló y partió sin hacer observacion alguna.

Clotilde podia entregarse con entera libertad á sus pensamientos.

No tenia que disimular más que delante de su hijo, y éste se encontraba muy preocupado con su amor y la política.

Además, tal vez podria hacer algunas averiguaciones con respecto á Plotoski y á don Cándido.

¿Quién le ayudaria en esta difícil y delicada empresa?

Clotilde pensó en Luciano; pero éste, desde que habia tenido la entrevista con don Cándido, cambió de conducta, segun ya sabemos.

Del cambio no se habia apercibido Clotilde, y decidió insistir con el jóven para que trabajara sin descanso en aclarar el misterio.

Nada debia conseguir, siquiera fuese porque Luciano, á juzgar por las apariencias, estaba ya de acuerdo con los dos personajes en cuestion, ó al ménos con uno.

Creyó Clotilde que durante la ausencia de su esposo, podria contemplar á su placer á aquellos dos hombres; pero se equivocó, porque ni don Cándido ni Plotoski volvieron á dejarse ver en sus ventanas.

—¿Por qué cambian de sistema?—se preguntó la esposa de don Juan.

Pero en vano caviló, y más en vano consultó con Marin, porque éste decia:

—Empiezo á creer que hemos dado á mis vecinos más importancia de la que tienen.

Así trascurrieron quince dias.

La situacion política era más grave cada vez.

La policía trabajaba sin descanso. Conocia demasiado bien á los conspiradores; pero no conseguia coger *in fraganti* á los principales de ellos.

Las delaciones llovian, y las prisiones se multiplicaban.

En este estado las cosas, recibió Clotilde una carta de su esposo en que éste decia:

«Es absolutamente preciso que Alberto salga inmediatamente de Madrid y esté á mi lado. Para que esto le sea ménos desagradable, puedes tú venirte tambien, si así te parece conveniente.

»Con gran pesar te advierto que toda mi influencia no servirá de nada para salvar á tu hijo, si se obstina en quedarse en Madrid. Cualquiera desgracia hija de sus locuras la sentiré, porque sabes que lo amo; pero la responsabilidad no será mia.»

No podia ser más terminante don Juan.

El tono de la carta revelaba un profundo disgusto, y lo que era peor, que empezaban á romperse los lazos de ternura que lo habian unido al jóven.

Era la primera vez que Bustamante decia: *tu* hijo: siempre habia dicho: *nuestro* hijo.

Clotilde sufrió lo que no puede explicarse.

Sintió vivamente herido su maternal corazon.

Y sin embargo, no tenia motivo para quejarse de don Juan.

Éste no daba explicaciones sobre su determinacion; pero bien se comprendia la causa.

La pobre madre, despues de reflexionar, concluyó por no ver más que el peligro que su hijo corria.

Quiso salvarlo y nada más.

Si no salian de Madrid, la policía tendria pretexto para apoderarse del jóven.

Alberto podria ser inocente; pero mientras así lo probaba, Dios sabe lo que podria suceder.

—Hoy mismo, hoy mismo,—dijo resueltamente Clotilde.

Y esperó con impaciencia á que volviese Alberto, que habia salido con Luciano.

Diez minutos despues los dos amigos se presentaron á Clotilde.

Ésta no podia ocultar su agitacion.

Alberto la miró con inquietud.

La frente de Marin se contrajo. No adivinó lo que sucedia; pero sí que habia sucedido alguna nueva desgracia.

Preparóse, pues, á escuchar y luchar en caso necesario, y su mirada, penetrante y escudriñadora, se fijó en la madre de su amigo.

No se ocultará á nuestros lectores que la travesura de Cautela andaba en este asunto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

La plantilla para la colocacion de las láminas se dará al final de la obra.





